

BELLEZA ATORMENTADA

El amor ¿todo lo puede?



ANA COELLO

BELLEZA ATORMENTADA

ANA COELLO

Belleza atormentada

© 2014, Ana Coello

Primera edición: agosto 2014

Diseño de portada: Mariana Coello

Corrección: Esperanza García

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda totalmente prohibida, sin autorización, escritas de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático.

TABLA DE CONTENIDO

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

Epilogo

1

El camino parecía no tener fin. Andrea observaba por la ventana atenta a cada cosa del paisaje que ya se había vuelto monótono y aburrido un par de horas atrás. Sin embargo, hablar con Cristóbal, era inútil. Hacía mucho tiempo que la relación se rompió, ya no quedaba más que decir.

Al principio eso le dolió mucho, no obstante, a esas alturas ya se había acostumbrado a vivir así. Las últimas semanas en especial se convirtieron en una pesadilla. Recordaba cada momento mirando distraída por la ventana: el desastre en aquella tienda, en parte causado por ella, las acusaciones de Mayra. De sólo recordarla se le revolvía el estómago. Las circunstancias la estaban obligando nuevamente a no ser dueña de su destino a pesar de cumplir los veintidós años hacía poco y lograr concluir una carrera que no le gustaba en lo absoluto, pero a la que accedió entrar presa de las presiones de Cristóbal y chantajes de esa mujer.

La música de fondo lograba hacerla caer aún más hondo en sus pensamientos. La vida que le deparaba no sonaba en lo absoluto atractiva, al contrario. Sin embargo, no podía ser peor de la que ya era.

Había escuchado varias veces que el mejor amigo de su hermano se convirtió en un hombre amargado y duro después de la muerte de su esposa. Lo recordaba mucho de su niñez y vagamente en la boda de Cristóbal. Sin embargo, eso no le decía nada sobre él, por otro lado, ese día fue después de la muerte de sus padres, uno de los peores de su vida.

El nudo en el estómago de aquel momento regresó de pronto. Giró en dirección a Cristóbal sintiendo pena y coraje hacia él. Sabía que si no fuera tan ciego las cosas en ese momento serían muy diferentes y ella no sentiría constantemente esas ganas de gritar para que alguien la escuchara.

—Ni se te ocurra mirarme así, tú sola te metiste en todo esto —Andrea volcó los ojos harta de oír siempre lo mismo. El tono de Cristóbal le dejaba ver que hablaba en serio. Llevaban más de dos semanas sin poder comunicarse educadamente, todo era gritos y reclamos por parte de los dos. Sin embargo, alcanzaba a ver el lado positivo de la situación: no estaría más en aquella casa, ni tendría que aguantarlos por un año y cuando el plazo terminara, haría su vida en otra parte lejos, muy lejos de ese par.

Una hora después se desviaban de la carretera central para tomar una pequeña brecha, al parecer el lugar de verdad estaba hasta el fin del mundo. La hacienda quedaba a unas cinco horas de la capital de Veracruz, donde aterrizaron un día antes en la noche en un vuelo privado. No obstante, Cristóbal decidió no ir hasta allá por aire ya que Mayra no tenía interés de conocer el puerto y no estaba dispuesta a quedarse a esperarlo a que regresara. Así eran las cosas... con ella siempre se hacía lo que ella deseaba.

Intentó regresar su atención al camino. Por lo que había escuchado a lo largo de su infancia, en aquel lugar a donde se dirigían, cosechaban café y caña de azúcar que se surtía a casi todo el país y el extranjero, por eso la ubicación era clave, se localizaba al parecer en un lugar templado que contaba con todas las condiciones para que su enorme producción fuera de alta calidad.

Recordaba que Cristóbal solía pasar muchas vacaciones ahí y que ella, incluso, fue algunas veces con sus padres, pero de eso ya hacía mucho tiempo. Los padres de Matías y los suyos mantuvieron una entrañable amistad cuando vivían, por lo que la relación siempre fue muy fuerte entre ellos. Ahora sus progenitores residían en Europa. Desde allá se manejaba la industrialización del producto y él decidió quedarse al mando de la producción enterrándose en ese lugar tan apartado de todo.

Después de una hora, por fin llegaron a lo que al parecer era la entrada de ese lugar. Una reja inmensa custodiada por varios hombres que iban armados, se levantaba imponente frente a ellos. Cristóbal bajó el vidrio una vez que detuvo la camioneta que alquiló en Córdoba. Uno de ellos se acercó tranquilamente.

—Buenos días, soy Cristóbal Garza, tu patrón me espera.

—Por supuesto señor, solamente debo pedirle una identificación —su hermano sacó de la billetera lo que le pedían y la mostró.

—Bienvenido señor Garza, adelante.

—Gracias —en seguida abrieron el gigante portón y los dejaron ingresar no sin antes observar a Andrea con desconcierto. El camino continuó por quince minutos más. Ella miraba todo indiferente, kilómetros y kilómetros de sembradíos, hombres a caballo por doquier. El sendero estaba empedrado por lo que no se podía ir a mucha velocidad. Se daba cuenta que iba a estar completamente aislada del mundo, ahí el tiempo parecía haberse detenido, todo era naturaleza, verdor, animales...

Recargó la cabeza en el respaldo cerrando los ojos. Un año, sólo un año, pensaba una y otra vez sintiéndose vacía y sin vida. Era eso o tener antecedentes penales por estar involucrada en aquella... situación. No podía arriesgarse, si eso sucedía no podría rehacer su vida en otro sitio lejos de todo y por sus propios medios. Esa era la única ocasión que agradeció tener dinero, ya que gracias a eso, todo se solucionó de la mejor manera. Por primera vez en casi diez años Mayra, Cristóbal y Andrea estuvieron de acuerdo, sólo que por motivos muy diferentes. Mientras para ella era una oportunidad de comenzar de nuevo, para Mayra era la ruina ante la sociedad por la que luchaba tanto para pertenecer, por la que había hecho tantas atrocidades y que si eso sucedía, sus planes se vendrían abajo en un segundo. Y para su hermano representaba poner en entre dicho la buena imagen del enorme conglomerado que sus padres les heredaron al morir, al cual Andrea achacaba toda su infelicidad y detestaba con fervor.

—Llegamos —escuchó cómo Cristóbal apagaba el motor. Respiró profundo abriendo al fin los ojos. La casa era enorme, parecía un palacete salido de un sueño, todo era cantera y ventanas, no la recordaba así por mucho que intentó encontrarla en su memoria. Haló la manija de la puerta juntando ánimos para bajar; se sentía intimidada ante lo majestuoso e inmenso del lugar. En donde se posara su vista había vegetación. De una forma muy particular la maravilló y eclipsó—. Vamos, baja tus cosas —no lo sugería, se lo ordenaba.

Fue hacia la cajuela y sacó con poco esfuerzo el equipaje que llevaba. Sonrió al recordar el tipo de ropa que eligió. Durante varias semanas eligió mostrar un *look dark*; decisión pensada en molestar a la esposa de su hermano y como la nueva imagen había tenido el efecto deseado, no la cambió aunque eso implicara que la gente la viera como una chica inmadura y desequilibrada. Su aspecto nunca tuvo importancia para ella, regularmente tenía otras cosas más importantes en las cuales ocupar su cabeza, por lo que tener los ojos pintados de ese negro intenso y los labios color sangre, no le representaba ningún problema.

Arrastró el equipaje con descuido hasta quedar a un lado de Cristóbal.

Una señora delgada y alta, de gesto duro, ya estaba ahí saludándolo. Al verla no pudo esconder su impresión. Andrea ya estaba acostumbrada, todo mundo se alarmaba de su imagen. Su problema, se decía evitando reír.

—Tú debes de ser Andrea —aseguró la mujer con un tono de voz áspera. La muchacha no le contestó, simplemente se limitó a devolverle la misma mirada de desaprobación—. Matías no tarda en llegar, ya le han avisado. Pasen —Cristóbal caminó a lado de ella despreocupado. Era evidente que se conocían por la forma en la que se hablaban y trataban. Acostumbrada a ser ignorada, avanzó tras ellos arrastrando nuevamente la maleta.

Las cosas no se las iban a hacer fáciles ahí, al darse cuenta de ello tragó saliva un poco preocupada por lo que le deparaba. Sin embargo, no se dieron cuenta de eso ninguna de las dos personas que caminaban frente a ella. Otra cosa a la que estaba habituada, sabía muy bien guardar sus emociones. Tenía un enorme orgullo que había intentado ser pisoteado de las formas más crueles y viles, pero que consiguió mantener a pesar de todo.

Los escalones para poder llegar hasta la puerta eran grandes y altos. Los subió con un poco de dificultad, al llegar rodó con desgano el equipaje. Cruzó la entrada sin prestar mucha atención a los detalles. Cristóbal y la mujer seguían conversando cariñosamente. La joven esperó tras ellos con el gesto torcido concentrándose en la música que provenía de su *ipod*.

De repente, a su lado izquierdo, notó que alguien se acercaba. Viró su rostro y se desconcertó al ver quién era. Matías lucía mayor, no obstante era extremadamente guapo y varonil. Los años le sentaron, pensó, o ella ya no era una niña. Se le secó la boca observándolo caminar hasta ellos de forma segura y firme. Vaya, el

hombre destilaba masculinidad. Su gesto era de total seriedad, apenas y le echó un vistazo para enseguida poner su atención en la pareja que estaba frente a ella platicando animadamente. Desvió la mirada perdiéndola en las enormes escaleras de cantera y madera que se extendían frente a ella, no quería que se percatasen de lo asombrada que se quedó al verlo.

—Llegaron temprano... —alcanzó a escuchar Andrea por detrás de la música que oía. Ambos hombres se saludaron calurosamente.

—Salimos a primera hora de Córdoba —enseguida Cristóbal volteó hacia su hermana haciendo alusión al motivo por el que ahí se encontraban.

—Hola Andrea —la saludó Matías indiferente.

—Hola —respondió de la misma forma al escucharlo dirigirse a ella, aunque a decir verdad su respiración paró por unos segundos. El hombre tenía una mirada embriagadora, sensual.

Matías la observó desconcertado. Había crecido mucho en los últimos años. Era imposible saber qué cara tenía con esas plastas de pintura que la hacían parecer un payaso mal caracterizado. Era alta y por lo que podía adivinar delgada, sin embargo, la ropa tan holgada y mal puesta no dejaban percibir nada de ella. Su cabello era demasiado largo, lucía bastante sucio, oscuro y descuidado, una parte lo llevaba sobre el rostro. Verla así resultaba decepcionante, sabía que desde que sus padres murieron dejó de ser una niña dulce y parlanchina, como él la había conocido. Ahora era una mujer muy inmadura, provocadora de desastres y conflictos en donde estuviese. De hecho por eso estaba ahí, recordó, por haber sido parte de un intento de robo a una tienda departamental en donde un chico quedó herido. El juez, gracias a las influencias de Cristóbal, no la condenó, al igual que los dueños del gran almacén. Sin embargo, la obligaron a permanecer alejada durante un año demostrando que podía ser responsable y que dejaría las drogas a un lado para convertirse en una buena ciudadana, de lo contrario no habría contemplaciones y un escándalo de enormes proporciones caería sobre ellos poniendo en peligro incluso su estabilidad económica y su gran reputación. Cristóbal le suplicó que lo ayudara, no quería internarla en una institución ya que debía ser discreto. Matías no creía poder ayudarlo mucho, no cuando Andrea parecía ser un huracán sin control. Prometió intentarlo después de hablar con sus padres y aceptar ayudar a los hijos de sus mejores amigos.

—Te mostraré la recámara en donde te quedarás, síganme —Matías tomó su maleta y comenzó a subir los escalones. Andrea lo observó desconcertada, nadie solía tener atenciones con ella, ni siquiera la gente que trabajaba en su casa. Siguió a la pequeña comitiva sin muchas ganas. La parte de arriba era muy amplia, había varias puertas, la que quedaba frente a ellos estaba cerrada, una larga pared y unas sillas, después otra, ésta estaba abierta y Matías se dirigía hacia ella. Varias puertas más de lado derecho e izquierdo, un pequeño hall con sillones, estanterías llenas de libros y videos, una enorme pantalla plana se encontraba entre dos habitaciones de lado izquierdo y varios cuadros decorativos que en conjunto hacían un lugar moderno y clásico a la vez.

—Andrea, ésta será tu habitación —La joven entró sin aspaviento asintiendo. El lugar era agradable y muy amplio. Contaba con una enorme cama que estaba cuidadosamente vestida con colchas en diferentes gamas de café, un ventanal de lado derecho de piso a techo, un par de sillones de frente con una pequeña mesa en medio; un tocador de lado izquierdo y una puerta de madera tallada justo frente a ella.

Matías subió su equipaje a la cama.

—Ábrelo por favor.

Andrea frunció el ceño extrañada al escucharlo, pero se dio cuenta, por su expresión, que no bromeaba.

—Pero...

—Ábrela y saca tu ropa interior, dásela a María para que la acomode donde irá —la miraba serio y su tono de voz no denotaba broma. Cristóbal se quedó esperando la reacción de su hermana. Andrea se acercó dudosa e hizo lo que Matías le decía sin entender qué era lo que sucedía. Comenzó a sacar lentamente sus cosas sin pudor. María las tomó y se dirigió hacia el baño. Una vez que terminó, se quedó paralizada en su lugar.

—Es toda —Matías se acercó a ella y comenzó a sacar todo lo que había en el interior del beliz—. ¿Qué

haces?, son mis cosas —sentía la cara hirviendo de indignación. No podía creer lo que él hacía.

—Verificar que ésta maleta esté limpia.

—Claro que está limpia, ¿de qué hablas? —intentó quitarlo, Matías no se movió ni un centímetro y continuó haciendo su labor.

—Sé perfectamente en qué estás metida y mientras estés en ésta casa olvídate de todos tus “pasatiempos” — Andrea abrió la boca para defenderse. Al mirar a Cristóbal, se dio cuenta de que él era el que le había proporcionado esa información—. Además toda ésta ropa no te va a servir, no quiero que distraigas a mis trabajadores con esa mala caracterización de un payaso salido de la oscuridad. Aquí te vestirás como el resto, trabajarás como el resto y no causarás un solo problema. ¿Entendido?

—No traje más ropa —logró decir con un hilo de voz. Matías posó sus ojos sobre ella despectivo y enseguida se giró hacia su amigo.

—Ella no se puede quedar con esos disfraces Cristóbal. La Magdalena está a una hora, uno de mis trabajadores de confianza te acompañará, por favor asegúrate de traer toda la ropa que se puede usar en éste lugar: vaqueros, zapatos cómodos, blusas, chamarras, en fin... todo lo que creas necesario y por favor que sea de su talla, esto es patético —señaló el atuendo que portaba ella en ese momento. Cristóbal asintió disfrutando el evento. Al fin alguien que parecía podría meterla en cintura.

— ¡No puedes hacer eso Matías, no tienes ningún derecho! —intentó hacerlo entrar en razón. Andrea sentía ganas de llorar, de gritar. Sin embargo, consiguió que su voz se escuchara tranquila e inmutable. Él volteó hacia ella sin expresión en el rostro.

—Pásame tu mochila y quítate esos audífonos por favor —la chica hizo lo que le pidió sabiendo que no tenía más remedio. Matías parecía ser bastante inflexible y autoritario. Respiró hondo rogando que ese año pasara lo más rápido posible. Él la abrió y la revisó—. De acuerdo, todo esto no lo necesitarás. La computadora, la mayoría de tus cosméticos, todo esto es inútil aquí, así que... me las quedaré hasta que crea que puedes tenerlas. Dame tu reproductor y celular —la joven dio un paso hacia atrás instintivamente. No llevaba más de quince minutos en aquel lugar y parecía que iba a ser peor que en su propia casa—. Andrea dámelos o no te quedarás —lo miró asombrada, estupefacta era más adecuado.

—Por favor... —él negó rotundamente manteniendo extendida la mano.

—¿No entiendes por qué estás aquí?, no es un paseo, ni vacaciones, así que madurarás te guste o no. No eres digna de mi confianza después de saber de todo lo que eres capaz, así que no mantendrás contacto con nadie a menos que yo lo sepa y no te aislarás con ese aparato que escuchas —Andrea no iba a discutir con él, ya había tratado de defenderse demasiadas veces y estaba muy cansada de hacerlo. Le dio ambas cosas mostrando indiferencia—. Perfecto. El desayuno se sirve a las seis treinta, así que si no llegas a esa hora, no comerás. A las siete, uno de los trabajadores siempre te esperará para llevarte a tus quehaceres del día. Aquí quien no trabaja no come. De la recámara, así como de todas tus cosas, te encargas tú y deben estar limpias y en orden. Tu cabello debe estar agarrado y tú correctamente vestida, no quiero que distraigas a nadie con tu aspecto. María —giró hacia la mujer a la que le dio su ropa hacía unos minutos para que supiera a quién se refería— tiene tanta autoridad como yo, así que quiero que la obedezcas en todo, no quiero una sola queja. ¿Está todo claro? —ella asintió seria—. Bien. Otra cosa; no quiero la puerta de la habitación con llave, nadie entrará sin tocar, pero debido a tus antecedentes no puedes tener ese derecho. Ahora, por favor, date un baño, lávate bien el cabello y quítate toda esa pintura del rostro. Cristóbal te traerá lo que necesites en unas horas —Andrea observó a su hermano que continuaba con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Lo estaba gozando. En otro momento le hubiera encantado darle un golpe donde se juntaban sus piernas, pero a esas alturas, gastar siquiera un poco de fuerza en él, le daba simplemente fastidio, así que, como siempre, lo ignoró.

—¿Algo más? —preguntó irónica.

—Por ahora no, pero si lo hay, te lo haré saber —Matías caminó hacia la salida de la recámara sintiéndose miserable por lo que acababa de hacer. La vida le había enseñado a ser duro y ella necesitaba darse cuenta que no era tan sencilla. Una vez fuera, esperó que su amigo y María salieran y cerró la puerta—. María, lleva

esto a la biblioteca —le tendió la mochila y la maleta que había revuelto.

—Sí Matías, estaré en la cocina si necesitan algo.

—Ten la comida lista para las dos —la mujer asintió y se fue enseguida—. No puedo creer en lo que se ha convertido tu hermana Cristóbal —un rayo de tristeza atravesó el rostro de su amigo.

—Lo sé, no tienes idea de lo difícil que han sido los últimos años Matías, en verdad que si mis padres vivieran estarían muy decepcionados de ver en lo que se ha convertido y para ser te sincero, me siento culpable —ambos hombres caminaban escaleras abajo.

—¿Culpable?... tú has intentado hacer lo mejor —Cristóbal bajó la mirada asintiendo.

—Sí, te juro que lo he intentado, pero... no pude... ahí está el resultado... En fin... voy a comprar lo que me pediste.

—Siento todo lo que hice arriba, sin embargo, me parecía necesario, no sé cómo permitieron que se vea así...

—No la puedo controlar Matías, de hecho me pareció increíble que no te dijera nada, no tienes idea del carácter que tiene. Con Mayra se pelea de una forma... su relación ya es imposible —Matías lo escuchaba sintiendo piedad por él. Entendía lo que el sentimiento de culpa despertaba en una persona y si él podía ayudar a su mejor amigo, casi hermano, lo haría.

—No te preocupes Cristóbal, aquí estará bien, ya verás cómo cambia... no tiene muchas opciones.

Andrea miraba por la gran ventana de la que ahora era su recámara. Intentaba sentir, llorar, mostrar alguna emoción. Sin embargo su cuerpo estaba entumido al igual que su alma. Hacía mucho tiempo que nada le inmutaba, ni lo bueno, ni lo malo. Lo único que la mantenía en pie era el saber que cada vez se acercaba más a su libertad y el día en que se podría olvidar de todos para siempre. Ésta vez no cometería errores, con esa mujer lejos todo le sería más fácil. Haría lo que Matías le dijera y esperaría a que en un año todo terminara.

Caminó serena hasta el baño y se observó en el espejo. La imagen que éste le devolvió le dio igual. Con el tiempo aprendió a no darle importancia a cosas superficiales. Sabía que lo que le había dicho Matías hacía unas horas era cierto; ella misma lo pensaba aunque lo hizo por fastidiar, por mantener lejos a las personas, pero ahora, ahí, no tenía ningún sentido. Se desmaquilló lentamente, poco a poco sus enormes ojos verdes iban develándose, quitó el labial intenso dejando en su lugar unos labios carnosos y grandes. Se duchó sin ánimo y media hora después se puso un pijama ya que no contaba con más ropa que la que traía puesta hacía unos minutos, la cual, no quería volver a usar. Secó su largo cabello castaño cobrizo de color curioso, pues contaba con matices naturales en tonos dorados, lo trenzó dejándolo caer de lado y se recostó en la gran cama esperando que el tiempo corriera.

Muchos recuerdos de los últimos años la asaltaban, se daba cuenta de que nunca borraría todo lo sucedido por mucho que lo intentara, lo único que la consolaba era pensar que no volvería a ocurrir, nunca más se mostraría vulnerable y al alcance de nadie que le quisiera hacer daño, nunca.

Un toque en la puerta la despertó

—Adelante —María entró. La mujer al verla, sin todo ese atuendo extraño, frunció el ceño desconcertada.

—Aquí está la ropa que su hermano compró, la comida estará servida en quince minutos —metió varias bolsas que se veían bastante pesadas. Andrea se levantó de prisa para ayudarla; otra muchacha venía tras ella y cargaba otras más.

—Gracias María, ahora la acomodo —La mujer la seguía evaluando, parecía no comprender—. No bajaré a comer, prefiero ordenar todo esto, gracias nuevamente —María no atinó a decir nada más, solo asintió seria saliendo de la recámara.

Andrea sacó toda la ropa dándose cuenta que era sencilla y muy adecuada para el lugar: *jeans*, botas, *tenis*, blusas, camisas, sudaderas, chamarras, una que otra falda y vestidos, todo de colores variados y corte moderno y austero. Metió todo al ropero que se encontraba en el baño, una vez terminado, se recostó de

nuevo. Dejó volar sus pensamientos con la vista perdida en la ventana sintiendo cómo pasaba el tiempo lento y espeso. Un par de horas después la puerta se abrió.

—Andrea ya me voy —era Cristóbal, ella apenas y le dedicó una fugaz mirada para después ignorarlo. Sintió cómo se sentaba en la cama cerca de ella—. Cuídate, aquí estarás bien, estaremos al pendiente —al escucharlo hacer referencia a aquella mujer una pequeña sonrisa irónica escapó de sus labios. Él acercó una mano hasta sus piernas, pero al sentir su contacto, las hizo a un lado de inmediato rechazándolo—. Siento mucho que las cosas hayan llegado hasta éste extremo... ojalá que aprendas a valorar lo que tienes —al notar que ni siquiera lo veía, se levantó vencido de la cama y caminó hacia la puerta—. Vendré a verte si lo necesitas.

—No te preocupes, no quiero que lo hagas.

—Nunca vas a cambiar ¿no es cierto? —ahora se escuchaba irritado.

—No quiero pelear, déjame sola de una vez —su voz era plana, sin emoción. Cristóbal sentía ganas de zarandearla, odiaba que hablara así, que fuera así, parecía indiferente a todo, era como si se escondiera en un lugar muy lejano al que no dejaba que nadie accediera. Sin embargo, respiró profundo ésta vez y no lo hizo.

—De acuerdo, como quieras. Hasta luego —Al ver que su hermana ni siquiera volteaba, salió cerrando la puerta tras él, soltando un lastimero suspiro de frustración.

La noche llegó y ella seguía sin moverse. Decidió poner el despertador una hora antes de la hora del desayuno. Cerró las ventanas, corrió las cortinas, apagó las luces y se metió bajo las cobijas. Media hora después ya había quedado profunda.

2

—¿La... señorita no bajará a cenar? —Matías se encogió de hombros sin saber qué contestarle a esa mujer que quería como otra madre. Masticó el guisado que ella preparó para cenar pensativo—. No bajó en toda la tarde, ni siquiera ha hecho un solo ruido.

—Ya vendrá cuando tenga hambre —aseguró no muy convencido. Aun sentía un poco de remordimiento por la forma en que la trató por la mañana, había alcanzado a percibir algo en sus ojos que no lo dejaba estar tranquilo.

—¿No habrá hecho alguna locura? —Matías la miró desconcertado

—No creo que sea capaz.

—Pues... no lo sé... por lo que Cristóbal decía se ve que no está muy bien hijo —conocía a esa mujer, así que entendió enseguida lo que quería, ella era la única que podía doblegarlo y lograr de él casi todo lo que quisiera, siempre y cuando estuvieran solos, porque de lo contrario, se mostraba duro e inflexible, incluso con ella.

—De acuerdo, iré a ver —María dejó salir un suspiro de alivio—. No debes preocuparte tanto, ya verás que todo estará bien —bajó la vista no muy segura, después de todo algo así ya había sucedido en esa casa ya hacía un tiempo.

Unos minutos más tarde Matías se encontraba frente a la puerta de su recámara. Acercó el oído a la puerta para ver si escuchaba algún ruido y en efecto, no se oía nada. Abrió despacio. Todo estaba oscuro, pero pudo distinguirla dentro de las cobijas de la cama, al parecer, profundamente dormida. Verla así lo conmovió, después de todo se quedó huérfana muy pequeña y había tenido que ser criada por aquella mujer que por alguna razón no le daba mucha confianza y por la cual su amigo perdió la cabeza. Cerró despacio y regresó a la cocina.

—¿Está bien? —preguntó la mujer impaciente.

—Claro que está bien, de hecho ya está dormida —agarró una tortilla y el tenedor con el que estaba comiendo. María se acercó hasta la ventana de la cocina pensativa—. ¿Ahora qué sucede? —quiso saber Matías tenso, a veces esa mujer lo sacaba de quicio.

—Sólo pensaba...

—Y supongo que me dirás en qué....

—En que hoy que fui a dejarle la ropa era otra, no sé... no parece todo lo que Cristóbal dijo.

—María, ella ha hecho todo lo que escuchaste y hay que tener mano firme. No la subestimes por favor, me parece raro en ti... siempre eres muy mal pensada de la gente —la mujer lo miró respirando hondo de nuevo.

—Tienes razón hijo, debo estar al pendiente, después de todo era aquí o la cárcel, no ha de ser una perita en dulce.

—No, no lo es. No niego que ha sufrido mucho, pero no es la única en éste mundo que pasa por una tragedia, debe aprender a enfrentar las cosas. Ya sabes que no tolero las personas débiles. No piensan en los demás y pueden hacer mucho daño a los que las rodean —María se acercó hasta la larga mesa rectangular que se encontraba en medio de la cocina y se sentó frente a él.

—¿Algún día olvidarás hijo? —Matías dejó de comer negando con firmeza

—Sabes que no, lo que hizo Tania me cambió para siempre y... ya me espantaste el hambre —se levantó de prisa y desapareció sin decir más.

María conocía muy bien esa reacción, desde que aquella mujer fue diagnosticada unos meses después de su matrimonio, Matías no había vuelto a ser el mismo; tiempo después, cuando ella... murió, se transformó en un hombre vacío, frío y un poco cruel. Odiaba a las personas que se dejaban vencer y no aceptaba el menor símbolo de debilidad por más justificado que éste pudiera ser. Esperaba que algún día se diera cuenta que la

vida no era así y que no podía ser tan duro con las personas pues cada quien tiene sus razones por las que se comportaban de cierta manera y su esposa había tenido las propias.

La alarma sonó justo a la hora que la programó. Por un instante no reconoció en dónde estaba. Se estiró perezosamente, hizo las cobijas a un lado y se dirigió al baño. Se duchó rápidamente, tomó el vaquero entubado, unos tenis y una camisa a cuadros con manga hasta los codos que le quedaba exacta. Se trenzó su largo cabello de manera que le cayera de lado izquierdo por debajo del pecho. Regresó a la habitación, tendió la cama con agilidad, acomodó todo y cinco minutos antes de las seis treinta ya iba bajando las enormes escaleras. No conocía la casa pero pronto escuchó algunas voces al final de un corredor, se dirigió hacia allí tan ecuánime como siempre, cruzó unas enormes puertas talladas en madera y se encontró con un elegante comedor para doce personas muy bien cuidado; de lado izquierdo notó una puerta abatible, la empujó para pasar a lo que ya para esos momentos estaba segura, era el lugar que buscaba.

Al entrar María fue la primera que la notó.

—Buenos días señorita —Andrea contestó intentando sonreír. Un pequeño comedor rectangular para seis personas estaba justo frente a ella, en él, Matías acababa de dejar de comer y la observaba desconcertado. Al sentir su escrutinio, un pequeño rubor cubrió sus mejillas. Jamás le había importado lo que pensarán las demás personas de su imagen, sin embargo, en ese momento sintió la necesidad de revisar si lo que se había puesto era adecuado.

—Bue... nos días —logró decir apenada. Matías asintió dirigiendo su atención de nuevo a la comida con el pulso extrañamente acelerado. Con una mano hizo un ademán para que se acomodara intentando mostrarse indiferente. Andrea tragó saliva, arrastró una silla un poco alejada de él y se sentó. Enseguida un café bien caliente y unos huevos revueltos estaban frente a ella—. Gracias María —agarró un trozo de pan de la cesta y comenzó a comer. Un silencio sepulcral se apoderó del lugar. No levantó la vista mientras ingería lo que se le había servido. De repente el ruido de la única silla ocupada la hizo elevar la mirada.

—Gracias María, espero llegar a la hora de la comida.

—Sí Matías —él se acercó a ella relajado y le dio un beso en la frente, enseguida giró hacia Andrea con semblante serio.

—No tardes, Lorenzo debe estar a punto de venir por ti, estamos en plena cosecha y tú vas a ayudar allá —Andrea asintió nerviosa—. María, mándale algo de comer porque no sé a qué hora regrese —una vez dicho eso desapareció por una puerta que daba al exterior. La muchacha terminó lo poco que le quedaba por comer, tomó sus platos y se acercó al lavadero. Abrió la llave dispuesta a limpiarlos.

—No te preocupes muchacha, ve y lávate los dientes, ya te dijo Matías que Lorenzo no tardará —Andrea sonrió por primera vez en meses al escuchar la consideración de aquella mujer, nadie solía tenerla con ella.

—Gracias... de nuevo María —salió de prisa. La encargada de la casa se quedó pensativa. Esa joven no parecía ser quien decían, podía jurar que tenía secretos y mucho dolor en la mirada. Unos minutos después la chica entró rápidamente a la cocina, María le tendió una pequeña vianda con algo de comida y la llevó hasta la salida donde ya la esperaban. Observó cómo se alejaba la camioneta sintiendo que el pecho se le contraía, la cosecha era muy cansada y difícil, Andrea no duraría mucho.

—Es aquí —el hombre parecía serio como toda la gente que ahí trabajaba; no le preguntó nada en todo el camino y sólo la volteaba a ver de vez en cuando intrigado. Andrea abrió la puerta dudosa, había mucha gente, el sol ya estaba en lo alto desde hacía varios minutos—. La llevaré con Ernesto, él le dirá lo que tiene

que hacer —la joven asintió agradecida. Caminó nerviosa a su lado sintiendo las miradas de todos sobre ella. Un hombre robusto, alto y de cara dura estaba dando órdenes firmemente. Una vez que los vio se acercó de inmediato—. Señorita, él es Ernesto —el capataz y él se saludaron amigablemente y luego desapareció.

—Así que usted es la señorita Andrea —afirmó evaluándola.

—Sí —logró decir con hilo de voz. Miró a su alrededor y ya todos habían desaparecido, unos en camionetas y otros caminando se alejaban del lugar yendo directamente hacia grandes plantas con frutos muy pequeños color rojo.

—¡Pedro! —gritó el enorme hombre. Enseguida un muchacho delgado de unos quince años apareció.

—Dígame papá.

—Ésta señorita va ayudarnos en la cosecha —una sonora carcajada salió de la garganta del chico, pero al ver los ojos enojados de Ernesto calló enseguida—. Enséñale qué debe hacer y cómo, espero que eso sí lo puedas hacer bien —la advertencia que encerraban sus palabras no pasó desapercibida para Andrea que sentía ganas de darle un puntapié al tal Pedro.

—Sí papá... yo me haré cargo —obedeció serio.

—Eso espero, si no es así, tú serás quien le responda al patrón ¿comprendes? —el chico asintió nervioso —... ¿Qué esperas? Llévala pa' que le expliques... ahora —el muchacho era casi de la estatura de Andrea y tenía unos lindos ojos muy oscuros.

—¿Vamos? —la instó observándola fijamente encantado. Andrea lo siguió sin prestarle mucha atención a sus intentos de apantallarla.

Anduvieron más de quince minutos entre líneas y líneas de matas. Mucha gente ya trabajaba sin parar, recolectando sobre unas enormes canastas aquel fruto que había que recoger. De pronto se detuvo frente a una de esas grandes plantas.

—Aquí —comenzó a explicarle el proceso, no era difícil, pero sí minucioso y cansado. Le tendió una canasta para que la sujetara de su cintura y sin más empezó su labor; sentía miradas curiosas de hombres y mujeres, las ignoró y se concentró en lo que hacía. Pedro se colocó a su lado haciendo lo mismo. Después de dos horas los brazos comenzaron a punzarle de tenerlos elevados y la yema de los dedos a escocer de tanto jalar aquellas frutas que estaban bien aferradas, pero no se quejó, apenas estaba comenzando. Todos lo hacían con una agilidad asombrosa, producto de años y años de experiencia. Pedro ya iba por su tercer canasto y varias plantas a distancia de ella, mientras que Andrea iba a la mitad de la primera. Sin embargo, ella continuó, no se mostraría como una persona débil, nunca lo había hecho y no tenía planes de comenzar.

Para la hora de la comida todos pararon a descansar. Tomó la pequeña vianda que María le mandó, sacó un emparedado de jamón junto con una manzana, lo comió sola; Pedro ya se había alejado y platicaba animadamente con otros que ahí trabajaban. Nadie le hacía mucho caso y ella lo prefería así. Se quitó la sudadera que se puso antes de salir de la casa, se la amarró alrededor de la cintura y siguió. Las horas continuaban pasando, el dolor en cada músculo era cada vez más fuerte, los pies los sentía ya hinchados de tanto estar de pie, los dedos le ardían y los hombros los sentía entumidos ya que tenía que tener los brazos en alto para poder arrancar el café. Ya comenzaba el sol a ocultarse cuando escuchó caballos, cerca de donde ella y Pedro estaban; un temblor, que intentó a toda costa disimular, la invadió. Al girar vio que Matías se acercaba junto con Ernesto a pie.

—¿Cuántos cestos lleva? —preguntó Matías a Pedro señalando a Andrea. El muchacho se acercó desconcertado con la pregunta.

—Tres patrón —Matías la evaluó un momento con fría indiferencia.

—No se irá hasta que haga mínimo cinco, entendido, el promedio son quince —Pedro y Ernesto abrieron los ojos asombrados, sin embargo, ambos asintieron obedientes.

—Ya escuchaste Pedro... no te irás hasta que termine.

—Sí papá —el muchacho observó consternado y compasivo a la joven. Andrea le devolvió una sonrisa tranquilizadora, le conmovía ver que a él le preocupaba su situación sin siquiera conocerla.

—Que Lorenzo la lleve cuando acabe —una vez dicho esto, Matías subió a su caballo sin el mínimo

esfuerzo y giró alejándose sin más. Varios metros después tuvo que frenar fingiendo observar unos cafetales. Andrea parecía exhausta, no se quejó en todo el día, al contrario, no había parado según el reporte de Ernesto en quien creía ciegamente, pues era uno de sus empleados de mayor confianza. Sin pensarlo comenzó a recorrer su rostro, cada facción tan armónicamente acomodada sobre su cara, su cuerpo alto, delgado, ese cabello que aun trenzado lo hacía tener ganas de tocarlo y esa sonrisa... a pesar de lo que él acababa de decir, lo único que ella atinó a hacer era regalarle esa hermosa expresión a Pedro para tranquilizarlo ante su consternación por su decisión. Sacudió la cabeza al darse cuenta de lo que hacía; apenas acababa de llegar el día anterior, él estaba ahí para hacerle ver que la vida tenía consecuencias y era importante madurar, no para admirar su obvia belleza recién descubierta de la cual ella parecía completamente ajena.

—¿Pasa algo Matías? —Ernesto estaba justo detrás, pero él ni de eso se había dado cuenta por unos segundos.

—Nada, encárgate que todo termine bien aquí. Voy a ver el ganado y la empacadora. El azúcar debe estar ya saliendo para el envío de mañana.

—Está bien... yo me haré cargo, nos vemos mañana entonces —Un minuto después Matías ya estaba a varios metros de ahí.

Ernesto lo conocía muy bien, lo había visto crecer, alejarse cuando decidió casarse con aquella débil mujer; regresar completamente derrotado, lleno de culpa y coraje primero por la enfermedad, luego, semanas después, por la reciente muerte de su esposa y convertirse poco a poco en un hombre inflexible, duro e implacable con todo aquel que mostrara el menor signo de debilidad. No comprendía cómo era que el hermano de esa muchacha pensó dejarla justamente con él. Matías le había contado parte de la historia. Para él todo lo que ella hizo era egoísta y una muestra inequívoca de debilidad. En verdad la empezaba a compadecer, su vida ahí no iba a ser nada fácil, por otro lado, no parecía ser quien aseguraban que era, pero eso solo el tiempo lo diría.

Una hora después Andrea sentía que se le caerían los brazos. Pedro sin decir más le había comenzado a ayudar.

—No se preocupe señorita el patrón es muy duro, pero no es mala persona —ya casi terminaban gracias a la agilidad del muchacho.

—Lo sé Pedro.

—¿Sabe? Conmigo se portó igual cuando dejé la escuela —Andrea lo miró intrigada.

—¿Dejaste la escuela?, ¿por?

—Pos porque... no sé... soy muy bruto y me costaba mucho trabajo, eso ya fue hace mucho tiempo... —por su tono de voz ella se dio cuenta de que estaba arrepentido por aquella decisión.

—¿Y no piensas volver? —quiso saber mientras continuaba ya por pura inercia recolectando el café.

—Ya no me dejarían, mi apá me lo advirtió y... —de pronto un rubor muy extraño cubrió su rostro. Andrea le sonrió dulcemente.

—¿Y?... no se lo diré a nadie —le guiñó un ojo animándolo con ese pequeño gesto de complicidad; el muchacho le inspiraba confianza, cosa rara ya que eso le costaba mucho trabajo.

—Pos... porque ya ni me acuerdo de cómo escribir... hace mucho que no lo hago y... en la escuela ya no me aceptarían —Pedro agachó la mirada triste.

—¿Y... a ti te gustaría regresar?

—Pos... no sé... pero mi apá dice que soy un burro y así me quedaré por mis tonteras —Andrea torció el gesto pensativa—. Y... ¿uste?... digo... ¿por qué está aquí?... el patrón se ve tan enojado como cuando me descubrieron que no iba a la escuela —Andrea se encogió de hombros fingiendo indiferencia, no sabía cómo le podría explicar las cosas.

—Está bien si no me quiere decir...

—Me llamo Andrea, Pedro dime así, cuando me dices señorita me siento muy rara —Pedro le sonrió asintiendo al ver como ella fruncía el ceño.

—Andrea... ¿hiciste algo malo? —ella bajó la vista sopesando su respuesta.

—Es una larga historia... que si somos amigos prometo te contaré.

—¿Quiere... digo, quieres ser mi amiga? —ella asintió alegremente.

—Eso si tú lo quieres.

—Claro que quiero, nunca he tenido una amiga mujer y menos una tan... bonita —ese muchacho la ponía de buen humor a pesar de sentir que su cuerpo se estaba rompiendo en dos.

—Yo tampoco tengo muchos amigos... así que me encantará que lo seamos —Andrea le tendió la mano para sellar su trato. Él se la limpió en su pantalón y se la estrechó alegre.

A las ocho ya iban en camino a dejar la última de las canastas.

—Te veré mañana, yo te ayudaré para que no se te haga tan pesado.

—No te preocupes por mí Pedro, ya aprenderé... —ya era de noche y a unos metros estaba Lorenzo esperándola en la camioneta. El regreso fue muy corto, los ojos se le cerraban. Al llegar, bajó sintiendo que las piernas se le doblarían, los brazos estaban entumidos y los dedos ni los sentía. Abrió la puerta con dificultad, se sentía sucia y llena de tierra, pero con mucha más paz que en muchos años. Caminó hacia la cocina recordando que por la mañana María había dicho que la cena se servía temprano.

Entró discretamente y en efecto, ahí estaba acompañada de otra mujer que se encontraba acomodando algunos recipientes.

—Buenas noches —María giró al escucharla.

—Buenas noches señorita, ¿quiere cenar? —Andrea asintió acercándose a la mesa tímidamente.

—Sí aún puedo... sí.

—Claro que puede, siéntese —la mujer comenzó a servirle algo que preparó y que hacía que la cocina oliera estupendamente—. Matías no tarda en llegar, pero usted vaya empezando, sólo ha comido lo que le mandé —se puso a su lado para acomodarle el plato frente a ella.

—No te preocupes María, el emparedado estaba delicioso, muchas gracias —agarró el tenedor intentando que la mujer no se diera cuenta del enorme esfuerzo que eso estaba siendo para ella.

—Buenas noches... —ambas elevaron la vista al escuchar a Matías entrar. Se sentó sin más en el mismo lugar de la mañana.

—¿Cómo terminó el día Matías? —María ya le estaba sirviendo a él también.

—Bien María, el pedido de azúcar sale mañana por la mañana y la cosecha va sin problemas, por eso llegué tan tarde —Andrea comía sin mirarlo, no comprendía por qué él la ponía un poco nerviosa, además era evidente que no la soportaba.

—Sí lo sé hijo, que bueno que todo vaya bien.

—¿Acabas de llegar? —Andrea tardó en darse cuenta que la pregunta iba dirigida a ella. Lo miró asintiendo—. ¿Entonces terminaste? —su tono era de incredulidad.

—Sí, tú dijiste que no me podía ir hasta que hiciera cinco, así que... eso hice —María lo vio con asombro y con un poco de reproche al escucharla. El hombre la ignoró y continuó con su vista clavada en Andrea.

—Así es y cuando digo algo, espero que mis órdenes se cumplan.

—Lo sé y como te dije, así lo hice —Matías se asombró de la forma en la que ella le contestaba, no parecía molesta, pero estaba dejando muy claro que él no la asustaba.

—Perfecto, mañana espero que los termines más temprano ya que aquí todo mundo debe de trabajar de forma rápida y eficiente —Andrea asintió y dejó de verlo para concentrarse en tomar bien el tenedor sin que se notara la dificultad que esto estaba implicando para sus dedos y manos. Matías, ni nadie más hablaron, aunque varias veces sintió su mirada clavada en ella. Unos minutos después, él se levantó, agradeció a María y desapareció. Un poco más tarde ella logró terminar.

—Váyase a descansar, mañana será otro largo día.

—Gracias, de verdad estaba muy bueno.

—Por un momento lo dudé, tardó mucho en comerlo —Andrea sonrió dulcemente

—Es sólo que estoy un poco cansada, pero claro que me ha gustado.

—Gracias muchacha, ahora ve a descansar —en cuanto la escuchó subir las escaleras, salió de la cocina dirigiéndose al estudio donde sabía que lo encontraría. Abrió la puerta sin tomarse la molestia de tocar.

—¿Pasa algo María? —Matías estaba frente a su ordenador rodeado de varios papeles.

—Sí y sabes bien qué es —él ni siquiera desvió su atención de lo que hacía.

—No tengo ni idea.

—Matías, hijo, esa muchacha no está acostumbrada a la cosecha, si la explotas así no va a durar.

—Ella no vino de paseo y me extraña de ti que tengas tanta consideración, no tiene opción de renuncia —ahora sí la miraba sonriendo con sarcasmo.

—No es consideración, es sentido común, sé que no está de vacaciones, sin embargo, eso no quiere decir que la lledes a límite; los hombres y mujeres que cosechan llevan toda la vida dedicándose a eso.

—María basta. Esa niña va aprender que las cosas cuestan, que no puede ir por la vida haciendo cosas inconscientes y sin consecuencias, para eso la trajo Cristóbal —María se puso furiosa al escucharlo.

—En primera no es una niña y sé muy bien que ya te diste cuenta —al comprender su insinuación se puso de pie de inmediato—. Y en segunda, enséñale lo que quieras, pero no seas inhumano —las palabras, de la que consideraba su segunda madre, lo estaban sacando de quicio.

—Es mejor que te vayas, haré lo que yo crea apropiado ¿entendido? Y no quiero saber que eres condescendiente con ella, seguramente con esa cara ha logrado embaucar a muchas personas, pero a mí no... y espero que a ti tampoco. Siempre has sido muy desconfiada, no sé qué te sucede ahora —la confrontó molesto. María sabía que no había más que hablar, lo conocía de sobra y por otro lado, podía llegar a tener razón. Salió sin decir más cerrando la puerta tras ella.

Lo que le acababa de decir lo había dejado desconcertado. Se acercó a la gran ventana y se perdió en la obscuridad de la noche. ¿Qué le sucedía a María?, con Tania nunca había sido así, la trataba con paciencia y mucho respeto, pero jamás había dicho algo a su favor. De pronto los recuerdos de aquella época se agolparon en su cabeza. La quiso, la amó, su delicadeza, su fragilidad era justo lo que lo enamoró de ella, su forma suave de moverse, de hablar. Tania había sido toda femineidad, también debilidad y egoísmo. No quiso superar su enfermedad, no se dejó ayudar, al contrario, se hundió sin luchar y al final, teniendo aún esperanzas, decidió que verse marchita no era una posibilidad y se quitó le vida sin importarle nada ni nadie más.

Matías recargó su frente en el vidrio. Eso recuerdos le dolían, le abrían una herida que sentía nunca sanaría. La culpabilidad no se había apartado de él ni un solo día, ella no dio señales de hacer algo de esas proporciones; jamás sospechó que esa idea se estuviera formando en su cabeza. Y eso era lo que lo atormentaba. Después de aquel desastre, su alma se quedó suspendida, se sentía incapaz de sentir piedad, amor, compasión o algún sentimiento similar por alguien. Desde ese día fabricó un mundo inflexible, dominante, en donde todo aquel que no fuera fuerte no cabía y lo rechazaba automáticamente. Jamás volvería a permitirse estar rodeado de gente débil. Nunca.

Andrea tomó un baño que la dejó completamente relajada y aún más adolorida. Lavarse el cuerpo y el cabello había sido una labor titánica, sin embargo, ya estaba en la cama dentro de las cobijas, no tardó ni dos minutos cuando cayó completamente rendida.

Por la mañana el despertador sonó a la misma hora que el día anterior. Se quiso levantar cuando percibió que los músculos no le respondían. Resopló varias veces, giró de lado y juntando todas sus fuerzas, lo logró. Nunca había sido tan consciente de su cuerpo como en aquel momento en el que podía jurar que le dolían hasta los poros de la piel. Sin saber cómo, pudo apagar el reloj y ponerse de pie. Caminó lentamente hasta el baño, agarró una muda de ropa, una pequeña ducha para despertar y después de mucho esfuerzo logró vestirse. Tendió la cama como pudo e incluso sudando por lo que implicaba. Se sujetó el cabello en una coleta, ya que la trenza representaba usar aún más los brazos; cuando por fin terminó eran las seis treinta en

punto. Bajó lentamente intentado manejar el dolor. Al llegar a la cocina respiró profundo y abrió la puerta, no quería que se dieran cuenta que apenas y podía mantenerse de pie, ese era un gusto que no le iba a dar a Matías. Después de todo su orgullo era lo único que le quedaba.

—Buenos días —saludó al tiempo que se sentaba en el mismo lugar que el día anterior. María le contestó mientras que Matías sólo asintió sin mirarla hojeando un periódico. La hacienda era un lugar muy apartado, se daba cuenta que no le hacía falta nada, al contrario, se vivía con los mismos privilegios que en una ciudad, sólo que más tranquila.

María le acercó un plato muy bien servido. Al verlo supo que en primer lugar, no podría terminárselo debido al esfuerzo que esto implicaba y en segundo, se había dado cuenta de que la jornada laboral era muy larga. Le sonrió agradecida y poniendo toda su atención en eso, comenzó a comer.

Veinte minutos después, apenas y avanzó.

—Date prisa, en unos minutos Lorenzo estará por ti y no quiero que lo hagas esperar —Andrea elevó la vista seria. Se sentía en un dilema. Si no se lo terminaba, María probablemente se sentiría ofendida, pero si no se apuraba, cosa imposible, Matías, que parecía no tener planes de moverse, probablemente se molestaría.

—Te lo pondré para el almuerzo ¿te parece? —Andrea volteó hacia esa amable voz sonriendo.

—Gracias María, creo que es lo mejor...

Matías enarcó una ceja con reprobación. La joven intentó ignorar el gesto, comenzaba a pensar que iba a ser mucho más difícil de lo que imaginó estar en aquel lugar. Sin embargo, cualquier cosa era mejor que continuar con esa mujer encima de ella. Se puso de pie con mucho esfuerzo que buscó no hacer notar. Caminó hacia la salida intentando que pareciera de lo más normal.

Él la observó por un momento, algo extraño le sucedía, parecía tener hambre y sin embargo, apenas y comió. Esa chica lo intrigaba, ese día no se sujetó el cabello con esa larga trenza, sólo lo llevaba con una coleta, tenía las mejillas y nariz un poco rojas, seguramente debido al sol al que el día anterior estuvo expuesta. Se había vuelto a vestir de forma casual, lista para trabajar y sin embargo, parecía tener una elegancia natural que generaba tener que verla y preguntarse si la ropa había sido hecha para realzar su figura. Sacudió el rostro un momento volviendo a intentar concentrarse en lo que leía. Debía controlar sus pensamientos, ella estaba ahí para pagar por algo que hizo y él era el responsable de que aprendiera la lección; no iba a dar su brazo a torcer, le ayudaría a entender cómo era la vida. Por más cara de ángel que tuviera, era culpable de muchas cosas y no debía olvidarlo, nunca.

—Veo que estás decidida María —Andrea ya había desaparecido y no pasó por alto que ella estaba siendo demasiado condescendiente con la chica.

—No sé a qué te refieres Matías... —refutó mientras continuaba metiendo varios recipientes en una pequeña lonchera.

—Sabes muy bien de qué hablo, no quiero tantas consideraciones ¿entendido?, no está de vacaciones.

—Lo sé, pero tampoco está acusada de muerte. No puedo ser inhumana, apenas y podía estar en pie —lo veía atenta. Matías ni siquiera se molestó en levantar la vista de lo que fingía leer.

—No lo creo y si es así, es porque ha tenido todo en la vida y es obvio que no ha sabido valorarlo, así que... no cuestiones como abordo esta situación. Ella aprenderá lo que viene aprender ¿de acuerdo?

—No completamente Matías... —esa mujer lo estaba impacientando.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó ya dejando el diario a un lado y mirándola tan fijamente como ella lo hacía.

—A que no la consentiré, pero tampoco le haré las cosas más difíciles, me parece que contigo tendrá más que suficiente —Matías resopló poniendo los ojos en blanco. No le gustaba pelear con ella y no lo haría en ese momento; y menos por aquella chica.

—Está bien, sólo eso espero de ti, nada más que no me contradigas frente a ella cuando dé una orden —la mujer asintió y enseguida se giró ignorándolo para continuar con su labores. Él salió un segundo después dándose cuenta que ya no había más que decir.

3

Andrea llegó puntual, Pedro ya la esperaba con una gran sonrisa. Ambos comenzaron a trabajar inmediatamente. Conforme pasaron las horas el dolor en los brazos disminuyó de intensidad sin que desapareciera del todo. Sin embargo, el escozor de los dedos y heridas que se estaban haciendo iban en rápido incremento. Ignorar esto no le fue fácil, pero con Pedro platicándole sobre la vida de la gente de allí, hacía que pudiera distraerse. Al parecer conocía a prácticamente todo el pueblo y se sabía la historia de cada uno de ellos.

—Sabe seño... perdón Andrea... —al hacer la aclaración un rubor cubrió el moreno rostro. Ella sonrió y continuó cosechando—. Irma... la hija de Lorenzo —al ver cómo la nombraba, Andrea se dio cuenta enseguida de que el muchacho estaba enamorado de aquella chica—, dice que soy un ig... ignorante... y pos, no es que sepa muchas cosas, pero... esa palabra pos es muy fuerte ¿no crees? —la chica asintió riendo—. Ella ya está terminando la secundaria y dice que pos alguien como yo no va a prospe... prospre... bueno.

—Prosperar —lo corrigió Andrea al darse cuenta de lo que quería decir.

—Sí, eso. La verdad es que no le entiendo mucho pero... —se rascaba ahora la cabeza pensando en algo.

—Pedro, Irma te gusta ¿no es cierto? —el muchacho la miró atónito como si no entendiera cómo se había enterado.

—¿Cómo lo supo?

—Pues, lo adiviné —le mintió Andrea. No quería decirle que era obvio por cómo se expresaba de ella. El rostro del chico enseguida se ensombreció asintiendo.

—Sí... pero pos ella dice que no puede estar con alguien tan burro como yo.

—Y ¿te gustaría aprender? —quiso saber ella curiosa. Una idea comenzaba a formarse en su cabeza.

—Pos... sí... la verdad es que sí... pero como dice mi apa, ya es muy tarde —parecía abatido y triste al evocar esas palabras.

—Si tú de verdad quisieras... yo... podría ayudarte —él dejó de hacer lo que estaba haciendo y la miró pestañeando varias veces perplejo.

—Uste... digo... tú ¿me enseñarías? ¿Haría eso? —Andrea asintió tranquila. No tenía ni idea de cómo se enseñaba a alguien a escribir, sin embargo, a lo largo de su vida siempre se le había hecho fácil explicarle a sus compañeros cosas que no entendían y que ella siempre tenía muy claras. No tenía que ser muy diferente —. Pero... —se acercó a ella susurrando—. Nadie se debe enterar... mi apa se molestaría mucho y el patrón, uyyy, ni le digo —la joven frunció el ceño extrañada ante aquella confesión.

—¿Por qué se molestaría?... no tiene nada de malo querer aprender —de pronto escucharon la voz de uno de los capataces cerca y siguieron trabajando. Unos minutos después ella volvió a preguntarle—. Pedro... ¿dime por qué Matías se molestaría?

—Pos porque a él no le va a gustar que uste me esté ayudando, se ve que está muy enojado contigo. No creo que quiera... además me lo ha pedido muchas veces y siempre le dije que no.

—¿Qué te pedía?, ¿qué regresaras a estudiar? —él asintió apenado. Andrea comprendió enseguida el porqué de su temor.

—No te preocupes Pedro, encontraríamos la forma y ya que sepas podrás regresar a la escuela.

—¿De verdad cree que podré? —Andrea se encogió de hombros optimista. Con él se sentía serena y contenta, emociones que hacía mucho no vivía.

—Pues yo creo que sí, además es peor no intentarlo —el adolescente asintió alegre.

—Tienes razón, y así a lo mejor Irma pos... me vea con otros ojos —seguramente así sería, pensó ella. Pedro era un muchacho atractivo y muy sonriente.

—Ojalá, pero si no, ya no te podrá decir burro...

—Eso sí... —después de esa plática él se comprometió a buscar libros de sus hermanitas y a conseguir un cuaderno y lápiz ya que Andrea veía muy difícil obtener cualquier cosa de esas. Estaba vigilada y prácticamente prisionera en aquel lugar. A medio día Pedro la llevó con otro grupo de recolectores, todos se sentaron a comer sin hacerle mucho caso, aunque de vez en vez sentía las miradas desconcertadas. Sus manos estaban rojas, sucias y llenas de sangre. Las metió a una palangana llena de agua en la que veía cómo los demás se enjuagaban, el puro contacto casi la hizo gritar, llenó de aire sus pulmones y comenzó a lavarlas. Tenía pequeñas heridas por todos los dedos y las sentía muy sensibles, también moría de hambre. Sacó con mucho esfuerzo lo que María le había puesto y comenzó a comerlo. Estaba frío, aun así muy bueno. Ya todos estaban terminando y ella apenas llevaba la mitad. Los brazos le dolían cada vez más por lo que tomar el tenedor requería de toda su concentración para no soltarlo por el dolor.

—¿No te gustó lo que te mandó María? —le preguntó Pedro poniéndose de pie. Ya sólo quedaban ellos dos.

—Sí... cocina muy bien —él observó su plato desconcertado. Sujetó una de sus manos y la acercó a su rostro. El puro movimiento de su brazo halado por Pedro casi la hizo llorar—. ¿Te duelen? —ella intentó quitársela aguantando el llanto.

—No es nada...

—Mi mamá tiene una pomada para éstas cosas, mañana te la traeré ¿de acuerdo? Vas a ver cómo te curas rápido.

—¿Qué pasa Pedro? A trabajar —era la voz de Ernesto, parecía molesto.

—Sí apa... ya íbamos a regresar.

—Pues moviéndose... andando... —estudió a Andrea serio. Ambos asintieron. Pedro le ayudó a poner los recipientes de nuevo en su lugar y la tomó de su ante brazo para ponerla en pie. Cinco minutos después ya continuaban trabajando. Ninguno de los dos habló durante un buen rato; ella porque el dolor ya era casi imposible de soportar y debía de concentrarse demasiado para contener el llanto que amenazaba salir de puro reflejo. Y el otro, porque estaba pensando en la mejor forma de sacar los libros de sus hermanitas cuando no se dieran cuenta e ideando cómo le podrían hacer para que Andrea le enseñara sin que nadie lo notara y ocasionara algún problema para ella o para él.

Ya oscurecía de nuevo y todos ya se habían ido, quedaban sólo unos cuantos platicando sobre la jornada a lo lejos. Andrea había llenado cuatro canastos, no tenía ni idea de cómo podría terminar el último si ya estaba al límite. Pedro se acercó a ella después de estar ya a varios metros de distancia y de haber llenado más de una docena.

—Andrea deja te ayudo... no te podrás ir hasta que cumplas la cuota —ella giró su cansado rostro hacia el chico.

—Lo siento... sé que tú también te tienes que quedar hasta que termine —se disculpó culpable. El muchacho le guiñó un ojo intentando que no se sintiera mal por eso.

—No te apures, no tengo nada más que hacer —la joven intentó sonreír, pero ya no pudo, sentía que las manos y los brazos se le caerían a pedazos en cualquier momento y además, por si fuera poco, moría de hambre gracias a lo poco que había podido ingerir a lo largo del día.

—¿Cómo que todavía no hace las cinco? —Matías estaba junto con Ernesto en la empacadora.

—No patrón... Pedro ahí está con ella, pero han de estar terminando el cuarto —ambos caminaron hacia afuera.

—Pues no se irá hasta que acabe y no quiero que tu hijo le ayude, él cumplió con su parte, no tiene por qué hacer más. Dile a Lorenzo que no se aleje de donde ella está, no se irá hasta que sola termine ¿de acuerdo? —Tomó las riendas de su caballo y montó sin dificultad sobre él. Ernesto se quedó atónito y rascándose la cabeza dudoso— ¿Qué pasa? ¿Por qué no te mueves? —quiso saber Matías molesto e impaciente, todavía le faltaban algunas cosas que hacer y el día prácticamente se había ido.

—No... pos nada... solo que... ¿no crees que es mucho? La muchacha sí ha trabajado... —Matías rodó los ojos. No comprendía el porqué de tantas consideraciones para ella, sin embargo, no cedería.

—No seas blandengue... obedece y punto, aprenderá que la vida es dura —un segundo después desapareció a todo galope dejando a su capataz desconcertado y sintiendo lástima por aquella chica que estaba en los cafetales.

Andrea llegó a la casa después de las nueve. Su cabello se adhería a su rostro, las manos las tenía llenas de pequeñas heridas sangrientas e hinchadas. Sus brazos colgaban sin vida a los lados. Aún no podía creer que Matías hubiera dado aquella orden, no había hecho más, simplemente porque no tenía ni la práctica ni la experiencia de los demás trabajadores que ya tenían las manos curtidas al igual que la piel. Lorenzo intentó ayudarla a bajar, él se había quedado en todo momento a su lado cumpliendo órdenes. Cuando tomó su brazo, sintió que se lo partía en dos, apartándolo de inmediato.

—Lo... siento... pero yo puedo sola, gracias Lorenzo —quiso sonreírle ocultando sus manos tras sus caderas. El hombre asintió apenado creyendo que había hecho algo malo a esa linda señorita y se fue.

Inhaló varias veces y anduvo lentamente hasta la casa. Fue directo a la cocina, sabía que por más hambre que tuviera esa noche no podría comer, pero no podía simplemente subir y encerrarse en su recámara. Llegó ahí sintiendo que los ojos se le cerraban. En cuanto María la vio dejó de moverse.

—Son más de las nueve —no lo decía reclamando, sino asombrada, observando un tanto consternada el rostro de la joven.

—Sí... lo sé... siento llegar tan tarde, pero... hasta ahora terminé mi cuota —La mujer mayor sacudió la cabeza en señal de desaprobación, aunque era claro que no hacia ella.

—Siéntate... te serviré de cenar —Andrea moría por hacerlo, sin embargo, rehusó educadamente.

—No te preocupes María, creo que lo mejor será que me vaya a dormir, estoy rendida...

La mujer la evaluó intrigada.

—Como te dije cuando llegaste, esto no es restaurante, María ya hizo la cena, así que la comerás —Andrea giró en redondo al escucharlo justo detrás de ella. Era Matías y estaba recién bañado, despedía un olor a limpio y a hierbas que inundó de pronto todos sus sentidos. La miraba serio a menos de un metro—. ¿Me escuchaste? —preguntó serio.

—Sí... sí... lo siento... —admitió desconcertada por lo que su cercanía le provocaba.

—María, sírvele —Andrea volteó de nuevo hacia la mujer sintiendo cómo la atravesaba el dolor en sus extremidades con tan solo ese movimiento.

—No... de verdad. Sé que no es un restaurante y te lo agradezco mucho... pero... quisiera dormir... Por favor —lo último lo dijo susurrando con súplica. Matías hubiera jurado que la voz se le quebraba.

—Matías, le mandé suficiente para que comiera... déjala —Andrea recordó que tenía en una de sus manos la lonchera con los recipientes casi llenos. Maldición. La acercó más a ella dándose cuenta que el gesto llamó la atención de él. De pronto Matías se los arrebató sin darle tiempo de reaccionar y los sopesó. La miró sonriendo triunfalmente.

—Creo que aquí hay alguien que no le gusta tu comida María —enseguida le tendió la bolsa a la mujer. Andrea sintió rabia, ¿Qué diablos le pasaba?

—¡Eso no es cierto! —giró hacia la mujer negándolo—. Te prometo que no, cocinas delicioso, es solo que...

—¿Qué? —su sarcasmo era palpable—. ¿Estás a dieta?, o entre tus muchas cualidades es que también tienes desórdenes alimenticios, por...

—¡Basta! —le gritó haciéndolo callar de inmediato—. No tengo ni quiero explicarte nada, no me interesa lo que piensas ni tú ni nadie... Trabajé lo que me pediste, me quedé hasta terminar como ordenaste ¿qué más quieres? —Matías se quedó estupefacto. Nunca nadie le había hablado así y no iba a permitir que ella lo hiciera. La sujetó por el brazo con la intención de arrastrarla hasta la mesa y hacerle ver quién mandaba ahí. Pero no contó con el desgarrador grito que ella soltó cuando lo hizo y que logró la soltura de inmediato. Una lágrima se asomó por el orgulloso rostro de Andrea, que a pesar de parecer verdaderamente cansado, no

dejaba de ser demasiado... perfecto.

—¿Qué te sucede?! —le preguntó molesto. María se acercó a ella y delicadamente tomó una de sus manos. Andrea quiso quitársela pero ella la aferró lo suficiente como para que no lo hiciera.

—Tus manos... —susurró mirándola enseguida a los ojos. Andrea se las quitó lentamente.

—Estaré bien, yo... con permiso —un segundo después caminaba directo hacia las escaleras sin querer voltear a ver a las dos personas que se habían quedado observándola sin haber dicho una sola palabra.

Cuando llegó a su recámara se deshizo de los zapatos con sus pies, intentó lavarse las manos, pero al ver lo que ardía desistió, regresó a la habitación y se acostó sintiendo cómo el dolor fuera de disminuir, aumentaba gracias a que los músculos iban enfriándose cada minuto. Apretó los dientes aguantando el dolor. No lloraría, no se quejaría, esto pasaría, se repetía una y otra vez.

No supo cuánto tiempo pasó cuando escuchó que alguien tocaba su puerta.

—Adelante —contestó adormilada al fin.

—Muchacha... ni siquiera te cambiaste —era María, su voz se escuchaba preocupada.

—Mañana lo haré, no te preocupes —eso fue lo único que atinó a decir mientras el sueño de nuevo la envolvía. De pronto sintió que le tomaba una de sus manos, el dolor la hizo despertar de golpe.

—Sh... lo siento niña, voy a curarte, no puedes quedarte así.

—No... por favor, no es necesario... —María agarró una pequeña palangana con agua y sumergió un trapo dentro de ella.

—Sí que lo es... esto se puede infectar, además las traes muy hinchadas. Verás que con lo que te voy a poner mañana amanecerás mejor ¿los brazos también te duelen? —Andrea asintió con lágrimas en los ojos que amenazaban con salir. Nunca nadie se había tomado tantas molestias con ella. Aprendió con el tiempo a solucionar sola lo que le sucedía y a no contar más que con ella misma. El tacto de la mujer era delicado e intentaba no lastimarla más, le iba limpiando herida por herida. Ardía, así que mantenía los ojos cerrados y apretando los dientes sin quejarse.

—¿Es por eso que no comiste?

—Sí... —abrió los ojos para explicarle. Pero no pudo ya que lo primero que vio fue a Matías recargado en el marco de la puerta. ¿Cuánto tiempo llevaría ahí? La miraba serio, pero no molesto, parecía pensativo y muy lejos de aquel lugar.

—Lo supuse, me hubieras dicho —dejó de observarlo y dedicó su atención a la mujer que le tendía su ayuda desinteresada.

—Lo siento... pensé que era normal, después de todo no estoy... muy acostumbrada —María asintió serena y continuó atenta a su labor. Andrea dedicó una última mirada a Matías que parecía haber regresado mientras observaba cómo la curaban. Unos segundos después volvió a cerrar los ojos, si no lo hacía lloraría del dolor. En cuanto terminó le untó algo en la mano y luego se la envolvió en varias telas. Después hizo lo mismo con la otra. Le hizo un pequeño masaje en ambos brazos. Andrea quería gritarle que parara, que le dolía mucho, pero no se atrevió. Apretó los labios e intentó pensar en otra cosa.

—Listo, ahora tómate estas pastillas y verás que mañana te sentirás mucho mejor —así lo hizo con su ayuda dándose cuenta que Matías ya no estaba ahí.

—María... muchas gracias —la mujer le sonrió en respuesta.

—Descansa... mañana será otro día —le puso una frazada encima para que no se moviera y salió de la recámara apagando la luz.

—¿Qué haces ahí? —María sabía muy bien que Matías estaba mirando por una de las enormes ventanas que daban hacia el exterior.

—Pensando... —admitió sin verla. La mujer avanzó hacia las escaleras, sabía muy bien que cuando él se ponía así no se le podía sacar ni una sola palabra— ¿En serio tenía las manos tan heridas? —al escucharlo

paró en seco desconcertada.

—Pues sí... tú bien sabes que no soy una escandalosa Matías... pero te dije que exagerabas, no lleva ni dos días y le exiges como a los recolectores más viejos.

—Pero... ¿Por qué no se quejó entonces?...

—Probablemente porque sea tan orgullosa como tú o porque a diferencia de otras personas, a ella no le gusta demostrar debilidad —Matías giró hacia ella enseguida.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes a qué me refiero... no tengo porque aclararte nada, esa muchacha no se ha quejado cuando tú esperabas que no parara de hacerlo, no ha dado un problema en estos dos días y lo que dijiste hoy acerca de la comida fue muy grosero, sólo basta verla para saber que ella está muy bien de salud... La provocas, esperas que reaccione como...

—¿Cómo quién?... dilo —Matías sabía muy bien a quién se refería. La sangre comenzaba a hervirle de sólo recordarlo.

—Tu... esposa —en cuanto escuchó esas palabras avanzó hacia su recámara furioso—. Odiabas que hable de eso, pero date cuenta en lo que te has convertido. Esa muchacha hizo algo mal o muchas cosas, pero tiene derecho a ser perdonada... igual que Tania, tu mujer... no sabía que te lastimaría así...

—¡Ni una palabra más! —había dejado de caminar—. No es lo mismo... no entiendo por qué la sacas a colación.

—Porque desde que ella... bueno, desde que pasó lo que pasó, te has vuelto un ser muy duro y no le das la más mínima oportunidad a nadie.

—Andrea está aquí porque usaron sus influencias, si no estaría enfrentando un juicio penal. Es una muchacha malcriada y mimada que está acostumbrada a salirse con la suya. Dime ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Dímelo tú... parece que estás intentado provocar que saque precisamente esa parte de su carácter que aseguras... La quieres llevar al límite, es un humano Matías, y está haciendo lo que se le pidió... ¿Qué más quieres?

—Que comprenda que la vida no es fácil, pero con tus mimos no creo que lo logre... —ya se veía más tranquilo, sin embargo, María lo conocía muy bien, seguía molesto y ahora también frustrado.

—No la estoy consintiendo, esa muchacha estaba muy herida, si la dejamos así mañana no podrá ir a la cosecha aunque tú quieras —Matías sabía que ella tenía razón, había alcanzado a ver las heridas y le parecía incluso increíble que Andrea no se hubiera quejado y hubiera aguantado toda la curación sin decir nada a pesar que se veía, le dolía mucho. Estaba demostrando en el poco tiempo que llevaba ahí que era fuerte o que por lo menos eso intentaba.

—Está bien María, de nuevo tú ganas. No me ensañaré con ella, pero trabajará jornada completa y lo que alcance, mientras me reporten que colabora. No se saltará comidas y la mantendrás bien vigilada, no quiero que resulte ser todo esto un embuste ¿de acuerdo?

—De acuerdo —enseguida entró a su habitación buscando intimidad y soledad. Odiaba recordar lo ocurrido con Tania y en los últimos dos días, había salido ya a colación dos veces. Le guardaba resentimiento, odiaba la forma en que había enfrentado la vida y mucho más aun la forma en que terminó con ella. Su amor no fue suficiente, su paciencia, su devoción. Ella... no lo tomó en cuenta, no pensó en él. Su debilidad y fragilidad la llevaron a tomar aquella decisión que cambió por completo su manera de ver todo. Cada ida al doctor era un llanto desbordante, cada mañana había que serenarla. No existía forma de hacerla salir de la recámara. Él cedió un año de su vida viviendo en la ciudad, descuidándolo todo para que ella se sintiera feliz, tranquila pero nada había sido suficiente... y ahora no lograba encontrar la paz, a pesar de haber sucedido hacía cuatro años y darse cuenta que ya no la amaba. Dejó de hacerlo desde el momento en que lo abandonó sin más. Se dio cuenta que ella desde el principio estaba creada para no soportar ninguna situación difícil que se le pudiera presentar.

Tomó un largo baño sintiéndose de pronto muy cansado; recordarla siempre lo dejaba agotado. Intentó leer

algo sobre el ganado, pero nada lograba quitar de su cabeza el hermoso rostro de Andrea aguantando el dolor sin decir una sola palabra. Por un instante sintió que se acercaría y le diría que no se preocupara, que no le exigiría más. Había algo en ella que lo desconcertaba, lo mejor era mantenerse al margen y evitarla.

Por la mañana Andrea despertó a la hora de siempre gracias a la alarma. Los brazos aún le dolían, pero para su sorpresa mucho menos que el día anterior. Observó sus manos envueltas en aquel trapo, lo hizo a un lado delicadamente y notó que estaban mucho menos hinchadas y las heridas no se veían tan grandes. Con más ánimos se levantó, dobló la cobija con la que María la había cubierto, se deshizo con esfuerzo de la ropa con la que había dormido y había trabajado. Olía a sucio y se veía peor gracias a la tierra y a la intensa jornada. Se duchó lo más rápido que pudo, no quería llegar tarde al comedor, estaba claro que a Matías no le agradaba y no quería volver a ser víctima de un ataque por no hacer las cosas tan exactas como él decía. Volvió a sujetarse el cabello en una coleta y se vistió como los últimos dos días. Se miró al espejo y por primera vez en meses o... años, ya no sabía, se miró en serio, ya no era una niña, en algún momento se había convertido en una mujer, sus rasgos eran ya más delicados y estaban en armonía con su rostro, su cabello se veía brillante, ahora que lo tenía libre de aceites y cosas para hacerlo ver sucio u oscuro, era alta y su figura siempre fue delgada, sólo que ahora tenía curvas en los lugares adecuados. Se parecía mucho a su madre, comprendió de pronto con tristeza. Torció la boca pensando en cómo se le había ido la vida sin siquiera darse cuenta. Siempre existían otras prioridades, siempre tenía que defenderse, cuidarse, protegerse y si se presentaba la oportunidad, atacar. La soledad se volvió su compañera más fiel, en la única que confiaba y creía. No contaba prácticamente con amigos gracias a los cambios de escuela constantes a que la sometió Mayra con cualquier pretexto. Bastaba que comenzara a tener una mínima relación con alguien para que a los días, ella con algún pretexto, la moviera de colegio o internado. Salir había sido imposible por años, esa víbora argumentaba que su conducta era lamentable y rebelde por lo que no tenía permiso nunca. Ya mayor, se escapaba, pero siempre lograba encontrarla. Esa mujer era una maldición, *su* maldición y Cristóbal a lo largo de esos diez años no lo había querido ver, él se dejó envolver por ella desde el día en que sus padres murieron y Mayra pasó de ser una niñera cariñosa a ser la que movía los hilos de la casa y decidía cosas pasando por alto a la ama de llaves de toda la vida. Logró deshacerse de todas las personas que Andrea consideraba la querían y para culminar, enamoró a Cristóbal e hizo que se casara con ella tres años después. Su vida, ya de por sí difícil gracias a su presencia, se volvió insoportable, su hermano le dejó todo el poder para hacerse cargo de su educación, aunque en realidad, ya llevaba haciéndolo desde el día en que sus padres faltaron.

Un ruido del exterior la hizo volver en sí, miró el reloj y salió lo más rápido que pudo al darse cuenta de que era justo la hora en la que debía estar abajo. Aún era consciente de cada uno de sus músculos, descender por las escaleras fue doloroso. Llegó agitada. María la vio enseguida y le dedicó una media sonrisa

—Buenos días muchacha.

—Buenos días María —contestó desde la puerta. Matías no se encontraba ahí lo que le produjo un gran alivio.

—Veo que estás mejor —la mujer examinaba sus manos desde donde se encontraba.

—Sí... muchas gracias por... todo —le agradeció ruborizada. Ese gesto extrañó a la mujer y se volvió de nuevo a sus labores.

—Siéntate, debes comer —Andrea asintió obedeciendo enseguida. María era seria y parecía que aún no confiaba en ella del todo. Sin embargo, la trataba mejor que todo el servicio de su antigua casa. Comió con dificultad, cada bocado era un pequeño triunfo que le provocó una pequeña capa de sudor debido al esfuerzo requerido, pero el hambre era en ese momento mayor que su dolor, así que intentó darse prisa y terminar con todo. En cuanto acabó, María le tendió su lonchera del día

—Cuidate muchacha —Andrea le sonrió agradecida.

—Dime Andrea, yo te digo María ¿no es así? —la mujer la observó desconcertada.

—Sí pero...

—Por favor... —le rogó con la mirada.

—Está bien... Andrea —esa chica era muy extraña, nada encajaba,
.Le gustó que ella se lo pidiera.

—Gracias María, nos vemos más tarde —y salió haciendo un notable esfuerzo.

Diez minutos después Matías entró por la puerta trasera de la cocina, dejó su tejana en un pequeño perchero que estaba a lado y saludó a María con un beso en la frente.

—¿Despertó Andrea? —lo preguntaba asumiendo que ya sabía la respuesta tomando un periódico desde su asiento.

—Sí, ya se fue —Matías elevó los ojos hacia ella extrañado—. Sí hijo, comió y se fue.

—Entonces lo de ayer no era tan grave —esa era la única explicación. Desde que despertó juró que se quedaría haciendo ovillos con el pretexto del dolor y el cansancio.

—Grave no era y lo sabes... —lo regañó con su mirada severa—. Pero sí estaba herida y en el límite de sus fuerzas, ¿por qué te empeñas en ser tú su verdugo?

—María no exageres... después de todo ella sabe que si no cumple con sus obligaciones su otra opción es la cárcel, no creo que tenga mucha alternativa —volvió a poner su atención en el diario que traía entre las manos después de darle un gran trago a su café.

—Está bien, no diré más, a ver qué sucede con el tiempo... sólo recuerda lo que me prometiste ayer —Matías supo enseguida a que se refería.

—Sí, ya di órdenes para que sólo fuera la jornada, siempre y cuando trabaje —lo decía sin mirarla.

—Espero que así sea.

—Hoy trae mejor cara señorita —Lorenzo era muy reservado con ella. El día anterior parecía que desfallecería en cualquier momento y no pudo evitar el comentario. Andrea le dedicó una linda sonrisa, no estaba acostumbrada a que las personas la notaran.

—Sí, creo que me siento mejor, ha sido muy cansado pero supongo que me acostumbraré —el hombre iba tranquilamente manejando rumbo a su destino.

—Sí, no se preocupe, además hoy se quedará el mismo tiempo que el resto —ella giró extrañada hacia él.

—No comprendo.

—Sí, el patrón dio órdenes de que sólo trabajara la jornada —el conductor no dio más información y ella ya no quiso preguntar. No entendía lo que sucedía. Probablemente la discusión del día anterior lo hizo comprender que ella iba a trabajar y a hacer lo que se le pidiera, o también era posible que un ángel hubiera descendido del cielo y le ablandara ese corazón de roca que tenía. Sí, lo segundo era más creíble admitió torciendo la boca en lo que quiso ser una sonrisa. Al llegar a la plantación descendió lentamente, ciertamente se sentía mejor pero no del todo. Se despidió de Lorenzo mientras él le dedicaba una mueca amigable. Pedro apareció enseguida.

—Hola Andrea, creí que hoy no vendrías —caminaron juntos hacia el lugar donde cosecharían.

—No creo que me lo hubieran permitido —confesó sintiendo que era cierto. Pedro se encogió de hombros como pensando en lo que ella acababa de decir.

—Sí... el patrón es muy estricto, pero en fin... ¿Qué crees? Conseguí los libros y un cuaderno —al escucharlo tan animado se le olvidó enseguida el dolor y la conversación sobre Matías.

—¿En serio?, eso es genial. Ahora debemos de buscar la forma de vernos sin que se den cuenta.

—Ya pensé en eso también —Andrea rio contenta. Se sentía una chiquilla a su lado y eso la llenaba de vitalidad, de una alegría desconocida que viajaba por cada fibra de su cuerpo permeándolo todo.

—Eres veloz Pedro, no pensé que te urgiera tanto —el muchacho se ruborizó metiendo las manos en sus bolsillos.

—Si no puedes... yo entiendo... —la joven le dio un pequeño empujón con el hombro.

—Claro que puedo, dime ¿Qué se te ocurrió? —escuchó todo su plan con suma atención. Era un tanto descabellado, sin embargo, no tenían mucha opción. Ella llegaría a cenar temprano ahora que ya solamente trabajaría la jornada, al terminar fingiría que se iría dormir, cuando dieran las ocho treinta, por la parte trasera de la casa, saldría escabulléndose hasta llegar a los establos donde a esa hora no había gente. De ahí se podía ver una especie de granero, caminaría sigilosamente hasta el lugar y Pedro ya la estaría esperando. Al final de toda la explicación asintió rogando que funcionara. No necesitaba más problemas con Matías. Pero por otro lado quería ayudar a ese muchacho, después de todo no estaba haciendo nada malo. Decidió arriesgarse, después de todo si los descubrían sólo habría que decir la verdad.

—¿Cómo ha trabajado? —Matías estaba en las plantaciones con Ernesto a un lado mirando en dirección a Andrea. Ella lucía exhausta; sin embargo, no se detenía, recordaba su rostro el día anterior cuando María la estaba curando. Tenía una mirada limpia, mucho más limpia que la de la mayoría de la gente que conocía. No comprendía, esa joven comenzaba a ser un gran acertijo para él, las cosas no cuadraban. Tenía una cara realmente hermosa y una belleza natural de la que ella parecía no ser consciente, además sonreía a cualquiera que le hiciera un mínimo gesto amable. No llevaba ni tres días ahí y ya parecía haber iniciado una amistad con el cabezota de Pedro, situación que le parecía más extraña aún, porque si bien no era malo ese mocoso, sí era muy rebelde, arisco, grosero y desconfiado. Continuamente había que estarlo separando de peleas con otros muchachos y andarlo reprendiendo por sus maneras de dirigirse hacia los demás, incluso, el hijo mayor de Ernesto trabajaba ahí con él para poder tenerlo vigilado después de que descubrieran que no iba a la escuela sino más bien a hacer cualquier cantidad de destrozos con otros vagos de los alrededores. Pero con ella parecía ser diferente y no sabía si preocuparse por esa amistad o alegrarse.

—Sí Matías, ha trabajado como el resto —contestó Ernesto entendiéndolo de inmediato a quién se refería.

—Bien, entonces que Lorenzo la lleve cuando termine la colecta —el capataz asintió serio. Él también había notado la amistad entre ella y su hijo y no comprendía cómo era que Pedro la trataba con tanto respeto en el poco tiempo que tenía de conocerla, él no solía ser así. Ambos muchachos trabajaban sin parar y sin ser conscientes de que los estaban viendo continuaron cuchicheando con complicidad.

Andrea llegó poco antes de las siete, caminó rendida hacia la cocina. Moría de hambre y sueño; sin embargo, quedó con Pedro de verlo más tarde así que no podría descansar hasta más tarde.

—Llegas temprano mu... perdón, Andrea —la mujer estaba dándole vueltas con un enorme cucharón a una olla de las mismas proporciones.

—Sí... Matías permitió que me fuera igual que el resto... —su voz denotaba lo extraño que le parecía el evento.

—Pues eso es bueno ¿no? —María se giró hacia ella limpiándose las manos con el delantal.

—Sí... supongo —reflexionó aún de pie frente a la larga mesa de madera. La mujer se acercó hasta ella y tomó sus manos sin pedirle permiso.

—Están un poco mejor —afirmó torciendo el gesto, de inmediato fue a uno de los cajones de la despensa y sacó un pequeño frasco color ámbar—. Toma, báñate y póntelo cuando estés limpia, verás que poco a poco vas mejorando.

Andrea pestañeó varias veces sin poder entender por qué esa mujer se preocupaba sin conocerla más aun creyendo los antecedentes que tenía sobre ella.

—Anda... —la apremió al ver su reacción—, no tardo en servir la cena —le guiñó un ojo y comenzó a darle órdenes a la muchacha que lavaba los trastos.

Se bañó sintiendo cómo cada uno de sus músculos se lo agradecía profundamente, se puso una falda de colores bastante sencilla que le llegaba a las rodillas junto con una blusa blanca y unas sandalias. Era principios de agosto, así que el calor ahí era húmedo y pegajoso por lo que moría por ponerse algo fresco. Se untó tranquilamente el ungüento que María le acaba de dar, olía a menta y otras hierbas que no pudo identificar pero que le daban a sus manos y brazos una sensación de descanso que le urgía sentir. Se recostó un poco en la cama disfrutando del momento, de pronto recordó que la cena se servía a las siete y treinta. Salió de prisa, ya en las escaleras se dio cuenta de que el cabello no se lo había sujetado. Diablos. Pasó saliva sopesando si se regresaba por algún broche o llegaba a tiempo, de pronto el camino a su recámara se le antojo eterno, después de todo su cabello estaba limpio, libre de aceites y fijadores.

A unos pasos de la cocina escuchó su voz, eso la detuvo en seco, respiró hondo y entró.

—Buenas noches.

Matías giró hacia ella para responderle indiferente como solía, pero lo que vio lo dejó sin aliento. Andrea parecía una aparición, iba vestida de una forma tan sencilla y tan diabólicamente hermosa que lo hizo pensar por un segundo que ya estaba alucinando. Pero lo más impactante era su cabello, caía hasta la cintura aun poco húmedo, tenía delicados reflejos que con la poca luz lo hacían parecer que brillaba y el resto era de un color caoba rojizo que provocaba no poder dejar de admirarlo. Pestañeó perplejo ante tan deslumbrante imagen.

—Lo... lo siento —logró ella decir aturdida al notar que él la escudriñaba desconcertado—. Olvidé sujetarlo.

Matías se dio rápidamente cuenta de su reacción y desvió la mirada fingiendo indiferencia.

—Mientras lo laves y sujetes para el trabajo, está bien. María ¿nos sirves? —dicho esto se sentó donde solía hacerlo. Andrea hizo lo mismo sin atreverse a levantar los ojos de la mesa, había jurado que él la iba hacer regresar para recogerlo por la forma en que la observó.

Cenaron en silencio, como ya era costumbre. María y él de vez en cuando intercambiaban palabras pero nada más. Ninguno de los dos parecía notar que ella estuviera ahí. Comió lento pues aún las heridas y el dolor muscular estaban ahí. El hecho no pasó inadvertido para él, que sin que se diera cuenta, la evaluaba sin poder evitarlo cada cierto tiempo. Necesitaba salir de ahí, tenerla sentada en la misma mesa y controlarse

estaba siendo una labor verdaderamente titánica. No entendía qué le sucedía, pero cada que la tenía a una distancia no tan amplia o tan solo la veía, sentía que el deseo lo atravesaba y unas ganas enormes de saber lo que escondía se apoderaban de él. Así que en cuanto terminó se levantó dándole las gracias a María, subió hasta su recámara prendió la ducha sin usar el agua caliente y se sumergió en ella, recargó ambas manos en la pared y esperó que el agua surtiera el efecto deseado, intentó poner su mente en blanco para no pensar, para no recordarla. Lo que estaba sucediendo no le gustaba en lo absoluto, media hora después logró enfriarse, se vistió de prisa y se encerró en el estudio para conseguir permanecer distraído.

Andrea lo escuchó salir de su habitación, esperó unos minutos más. Se sentía nerviosa. Respiró profundo y poco antes de la hora que había quedado con Pedro, bajó sigilosamente. Salió por una pequeña puerta que el muchacho le describió por detrás de la casa, frenó cada que escuchaba algún ruido sintiendo que el corazón se le saldría por la garganta, sin embargo, la noche estaba en su apogeo y eso la ayudaba. En efecto, no encontró a nadie durante el trayecto como el chico le dijo, oía voces a lo lejos pero nada más. Llegó al granero mirando hacia todos lados esperando que alguien la viera y todo se viniera abajo.

—Ps ps... por aquí —no alcanzaba a ver muy bien pero enseguida reconoció la voz de Pedro. Caminó medio tropezando. Él ya la esperaba. La sujetó del ante brazo, cruzaron una puerta, varios metros de paja y por fin llegaron. Ya había adecuado un pequeño espacio con un par de bancos improvisados, una pequeña tabla que fungía de mesa y un par de quinqués que iluminaban lo suficiente, de verdad sería muy difícil que alguien ahí los encontrara, pensó un poco más tranquila.

No sabía por dónde comenzarían, así que se cercioró de los conocimientos que tenía. Sabía escribir, leer de forma muy irregular, sabía sumar y restar. Las multiplicaciones ya eran otro tema, su ortografía era fatal y su letra muy poco legible.

—¿En serio te quedaste en sexto de primaria? —quiso saber al ver lo escaso de su instrucción. Pedro se ruborizó, incluso con aquella mediana luz Andrea lo pudo notar.

—Sí, pero... la verdad es que no ponía mucha atención y pos casi no iba, además ya fue hace mucho —esto último lo dijo a manera de excusa. Andrea sonrió asintiendo al mismo tiempo que evaluaba lo que acababa de escribir y de resolver. Suspiró cerrando los ojos volviendo a asentir.

—Muy bien Pedro, tenemos mucho trabajo, que conste que no soy maestra pero voy a hacer lo mejor que pueda ¿de acuerdo?, vamos a empezar por lo más básico, esa letra está fatal, te apuesto que ni siquiera tú la puedes leer —Pedro frunció el ceño un poco indignado.

—Claro que sí —le quitó el cuaderno de las manos y se dispuso a intentar demostrarle que sí se entendía. Andrea lo observó tranquila evitando sonreír.

—La... ppp... er.... sss... o.... la persona, sí eso, la persona qqqq... uu... ee... —se rascó la cabeza poniendo toda la concentración para entenderse. Andrea le bajó la libreta delicadamente e hizo que la mirara.

—Pedro, no pasa nada, por eso quieres mi ayuda ¿no es cierto?, no te preocupes, escribirás y leerás muy bien, ya lo verás, sólo que necesito que seas sincero y no te ofendas cuando te diga algo que no te guste, si no, no podremos avanzar —el muchacho asintió completamente embelesado al verla tan de cerca.

—Lo prometo Andrea, perdón —ella volvió a sonreír. Él lograba ese efecto en ella, en los últimos días lo había hecho más que en varios años. Por alguna extraña razón ahí se sentía libre, con un mundo ante ella lleno de posibilidades.

Una hora y media después de que hubiera llegado ahí, Pedro la escoltó hasta la entrada de la casa evadiendo, como todo un maestro, la vigilancia de dos hombres que resguardaban el lugar por cualquier cosa.

Al llegar a su recámara cerró la puerta con cuidado y soltó la respiración. El corazón se le había querido detener en más de una ocasión. Sin embargo, ya estaba ahí, sana y salva, pero sobre todo, sin ser descubierta. El reloj de la mesilla de noche marcaba las diez y cuarto, resopló meditando un momento en cómo le ayudaría a Pedro. Debía conseguir por lo menos unas hojas y un lápiz, no le podían negar eso, pensó decidida, así que al día siguiente le diría a Matías y también le pediría un libro. Se acercaba el fin de semana y entonces sí sospechaba que habría momentos de mucha soledad y aburrimiento. Una vez tomada esa decisión se puso la ropa de dormir y se recostó felizmente en la cama. Se durmió prácticamente al tocar el colchón.

Otro día más. El despertador sonó y sintió que apenas puso la cabeza en la almohada. Aún adormilada, se duchó y vistió sin darse cuenta, ya era viernes y no tenía ni idea de lo que el fin de semana le deparara o mejor dicho, de lo que decidiera Matías para ella esos días.

Los brazos le dolían, pero la realidad era que menos que el día anterior y los pies, aunque los tenía un poco hinchados, los sentía un levemente más descansados. Se vistió como ya era su costumbre y bajó a la hora indicada. Cuando entró a la cocina María le sonrió.

—Buenos días —saludó extrañamente animada.

—Buenos días Andrea, veo que te sientes mejor —la muchacha asintió agradeciéndole con la mirada sus atenciones. Matías aún no estaba ahí así que se sentía menos estresada y alerta.

Estaba por terminar los huevos revueltos que le sirvieron cuando lo escuchó llegar a sus espaldas. No saludó, tomó el diario que estaba a un lado de ella y se sentó sin decir más. Andrea no lo comprendía, era un ser realmente extraño. Su esposa murió pero ya hacía algunos años y nada lo podría cambiar, sabía muy bien que la vida no era de color rosa y que siempre llevaba consigo sorpresas no gratas. A pesar de todo por lo que tuvo que pasar los últimos doce años, se sentía optimista, la vida al parecer le estaba dando una nueva oportunidad de comenzar lejos de todo y la aprovecharía, costara lo que costara. ¿Por qué él no buscaba la manera de volver a ser feliz?, era obvio que su presencia le molestaba y estaba decidido a que aprendiera de sus errores, pero había algo más, algo triste y doliente en su mirada. Pasó su último bocado y levantó la vista lentamente, tomando aire para agarrar valor.

—Matías... —Por un momento pensó que no le haría caso, sin embargo, un segundo después, posó sus ojos en ella. La chica con la que compartía la mesa lo desconcertaba, era como si... disfrutara estar ahí, como si fuera feliz a pesar de lo que hizo. Cristóbal le contó miles de historias sobre ella y ninguna cuadraba con lo que ahora tenía frente a él. No quiso pensar más, la escruto serio. Se dio cuenta de que estaba nerviosa pero no le ayudó en lo absoluto, le sostuvo la mirada esperando—. Sé... que no tengo derecho a pedir nada... —dejó el diario a un lado, ahí estaba el peine, pensó—. Pero... ¿sería posible que... me prestaras hojas y algo con que escribir en ellas? —el hombre frunció el ceño sin comprender, juraba que le pediría la computadora, el teléfono, una salida, lo que fuese menos... “hojas”—. Y... un libro... si es que tienes... de lo que sea, de verdad me da igual —agitaba las manos mientras hablaba.

—¿Hojas y un libro? —ella asintió al escucharlo hablar por primera vez.

—Y... pluma o lápiz —completó más tranquila.

—¿Te gusta leer? —preguntó extrañado. Andrea se daba cuenta de que creía que además de ser un desastre, también era una ignorante. No discutiría, después de todo él podía pensar lo que se le viniera en gana. Asintió paciente en lo que se limpiaba el sudor de las palmas en su pantalón debajo de la mesa—. Y las hojas... ¿para qué? —quiso saber.

—Para... escribir... supongo, me gusta anotar sobre lo que leo —le explicó seria. Y en parte era cierto, quería ver si contaba con algún libro sobre floricultura o algo por el estilo. Matías continuó estudiándola sin comprender del todo, pero al final asintió.

—Muy bien, te las daré por la noche y el libro lo puedes escoger cuando quieras, en el estudio hay muchos aunque dudo que encuentres algo de tu interés... —ella sonrió complacida.

—Muchas gracias, seguro encontraré algo en lo que pueda entretenerme...

—Si tú lo dices... —parecía escéptico. Retomó el diario ignorándola nuevamente mientras ella salía corriendo para alcanzar a Lorenzo. En cuanto desapareció de la cocina María y él se miraron.

—¿Qué se traerá entre manos?— preguntó él. La mujer se limpió las manos en el delantal y se encogió de hombros en señal de no saberlo.

—Mañana es sábado Matías ¿Qué haremos con ella estos dos días?—él no lo había pensado, se frotó la quijada cavilando.

—Que vaya a la plantación por la mañana y por la tarde que haga los quehaceres, me imagino que debe lavar ropa, limpiar su recámara y el domingo, ya veré... algo se me ocurrirá.

—Si de verdad toma ese libro probablemente sea bueno que descanse como cualquier jornalero ¿no? —

Matías puso los ojos en blanco.

—¿Qué te ha dado esa niña que le tienes tantas consideraciones María?, tú sueles ser dura, tanto que yo debo intervenir algunas veces.

—No lo sé Matías, hay algo extraño en ella, no veo maldad en sus ojos, a mí también me parece raro, sin embargo, me inspira confianza y... ternura —lo decía con la mirada perdida como recordando su imagen o pensando en algo que no comprendía.

—Espero, por ti, que tengas razón, por mi parte me iré con cuidado, creo que puede ser cautivadora y así consigue lo que desea.

—Eso es lo que tú crees porque te tiene con la boca abierta y porque no es lo que tú quieres que sea —Matías se levantó de inmediato atravesándola con la mirada.

—No sé a qué te refieres, pero no me gusta nada lo que insinúas, tú y yo siempre hemos tenido una buena relación, no busques que eso cambie ¿de acuerdo? —la mujer se acercó a él también molesta, no le tenía miedo, lo conocía desde crío y sabía muy bien qué hacer ante sus desplantes.

—Si no te gusta escuchar la verdad entonces salte de mi cocina, sabes bien que lo que digo es cierto, Andrea no es “cautivadora” —esto último lo dijo imitándolo—. Si así fuera, no estaría aquí y su hermano te hablaría maravillas de ella y no es así, y en cuanto a ti, basta ver cómo la miras, por Dios, te escondes en esa fachada grosera y ruda para evitarla, crees que no te vi ayer...

—Cállate —le ordenó ya acercándose a la salida de la cocina.

—Ya te dije, si no quieres escuchar vete de aquí. Esa muchacha esconde cosas, algo raro sucede, lo sabes y es por eso que te tiene así, hay algo que no encaja —él la observó un minuto sopesando sus palabras. Tomó su texana ya más tranquilo; en efecto, Andrea no parecía ser lo que decían de ella.

—Habrá que esperar, todavía es muy pronto para afirmar nada... ya veremos quién tiene la razón.

—Ya veremos... sólo recuerda que sabe más el diablo...

—De verdad no sé por qué te aguanto —gruñó fastidiado saliendo de inmediato sin esperar la respuesta de la mujer. A veces se lo preguntaba, era grosera y dura con las personas, difícilmente mostraba clemencia, el trato a los demás a veces era un tanto tirano y cruel. Sin embargo, la conocía de toda su vida, siempre que iba al rancho con su padre ella se hacía cargo de él y le mostraba la vida allí. Al pasar de los años se daba cuenta que la respetaba más que a su propia madre, a la cual no le gustaba salir de la ciudad y se la pasaba inmersa en sus eventos, compromisos y organizaciones, no la podía culpar. Ella hacía lo que debía, ser la esposa de alguien como su padre era un papel complicado, difícil y ajetreado. Además, cuando estaba junto a él, era cariñosa y condescendiente, al igual que su padre que le inculcó el amor a esas tierras toda su vida. La mitad de su existencia la había pasado ahí, excepto el periodo en el que estuvo casado con Tania. Ella era de ciudad y alegaba que haber estado confinada en el rancho esos meses hizo que enfermera de esa forma.

Iba cabalgando sin rumbo recordando aquel episodio de su vida que tan desesperadamente deseaba olvidar y que se empeñaba en volver de una u otra forma a él.

—Matías... —le llamó Ernesto a lo lejos—. Patrón —escuchó más cerca, enseguida giró dándose cuenta que se dejó ir por los recuerdos.

—Dime Ernesto —el hombre sonrió comprendiendo que de nuevo se había fugado en sus pensamientos.

—En la empacadora te buscan —ambos cabalaron mientras discutían sobre la plantación.

El día transcurrió no muy diferente que el anterior, los jornaleros no le hablaban mucho y la veían extraño, pero Pedro no la dejaba sola ni un sólo momento cosa que ella agradecía. Hacía mucho calor, el cuerpo pedía de nuevo a gritos descansar, sin embargo, gracias a los chistes y anécdotas de su nuevo amigo, las horas pasaban más rápido. Llevaba ya cuatro días ahí, los restaba mentalmente en su cabeza, trescientos sesenta y uno faltaban para poder desaparecer. Debía planearlo muy bien, tenía que fabricarse una nueva vida y nunca más mirar atrás ya que sentía que si no lo hacía, acabarían poniéndole una camisa de fuerza o algo peor. Sacudió la cabeza intentando volver al presente. Pedro le acababa de decir algo a lo que ella no supo ni qué contestar, él sonrió al notar su falta de atención

—Perdón, no te escuché.

—No te preocupes, sólo estaba preguntándote si en la noche nos vemos a la misma hora.

—Claro, creo que ya conseguí algunas hojas y un lápiz para poder planear mejor lo que creo, debes saber. Pero necesito que hoy me prestes los libros de tu hermana... —él asintió, ya los tenía entre sus cosas listos para dárselos, sólo rezaba porque no preguntaran por ellos.

Matías estuvo varias veces tentado en ir a la cosecha para verla, sin embargo, lograba auto persuadirse, no debía perder el piso. Andrea había estado involucrada en un asalto y un muchacho salió gravemente herido por sus amigos. Eso y muchas otras cosas formaban parte de una lista inmensa de problemas que ella había provocado: drogas, fiestas, hombres, eran algunas de las que él sabía y que Cristóbal le comentó hacía unas semanas. No se podía dejar embaucar por ese rostro, por esa mirada. No, debía ser fuerte, probablemente llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Desde Tania prácticamente las había evitado, pues todas las que conocía se acercaban a él con lástima o fingiendo buscar su protección y ambas cosas lo encolerizaban y bajaban su libido a cero. Probablemente ya era hora de poner punto final a esa abstinencia.

Por la noche Andrea bajó ya limpia a cenar, al llegar no vio a Matías, como siempre; sintió alivio pero por otro lado su ausencia le era muy evidente y esa noche, además, necesitaba lo que le había pedido por la mañana.

Él se detuvo en la puerta de la cocina observándola sin que nadie lo notara. No la había visto desde el desayuno, ahora sí llevaba el pelo recogido cosa que sin poder evitarlo, lo frustró. La visión de ese cabello acariciando su cintura lo hacía perder toda perspectiva, además se había puesto un vestido de algodón verde con tirantes que sabía combinaba a la perfección con el color de sus ojos. Por un momento dudó entrar, sin embargo, respiró hondo regañándose a sí mismo y exigiéndose control. Era un hombre de treinta y dos años, no un quinceañero.

—Buenas noches —la joven elevó la vista y como supuso, sus ojos aún se veían más verdes con ese atuendo. Desvió de inmediato la mirada hacia María.

—Buenas noches —respondió incómoda al darse cuenta que su mera presencia lo irritaba.

—Hola hijo, anda, ahora te sirvo —el recién llegado asintió mientras se sentaba y comenzó a hablar con María de nuevo ignorándola.

Cuando Andrea terminó, empezó a juntar el coraje para preguntarle sobre lo que le pidió el día anterior. Alzó la vista de su plato y al hacerlo, se dio cuenta de que él la observaba de una forma que la dejó perpleja. De pronto el tiempo dejó de tener sentido y se perdió en sus ojos color miel que la atraparon apenas y se posaron en los suyos, un montón de mariposas aleteaban fuertemente en su estómago y un calor que jamás había experimentado empezó a correr por todo su cuerpo. Tragó saliva con dificultad sin entender lo nuevo de esa sensación.

—¿No quieres más Andrea? —María se dio cuenta que algo sucedía al dejar de escuchar a Matías y cuando giró, lo único que vio era a ese par de muchachos mirándose de aquella forma tan intensa. Decidió darles un segundo, pero al notar que ninguno de los dos parecía darse cuenta de nada, salvo de sus ojos conectados, se permitió interrumpirlos. Lo que estaba surgiendo no podía ser bueno a pesar de lo que ella intuía sobre aquella chica.

Matías fue el primero en reaccionar al escuchar a la mujer, desviando su atención desconcertado. No estaba preparado para lo fuerte de aquel gesto. Ella... había... traspasado su alma... ingresó sin dificultad a un lugar dentro de él que ni siquiera sabía existía. Se puso de pie inmediatamente con la intención de abandonar cuantos antes ese lugar para poder pensar claramente, pero al girar hacia la puerta, notó que Andrea se hundía en la silla completamente ruborizada y confundida. La desolación que vio en su rostro lo atravesó como una marea de zozobra, no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo, el ambiente era denso y muy extraño.

—María te dará lo que necesitas —logró decir escuchándose mucho más duro de lo que en realidad pretendía. Un segundo después salió prácticamente volando de la cocina, un par de minutos después, se escuchó el rugir del motor de una de las muchas camionetas que había en el lugar y la cual, se alejaba

rápidamente.

Andrea no comprendía qué había sucedido, no obstante, fuese lo que fuese, era evidente que a él lo enfureció. Pasó saliva con dificultad levantándose lentamente, de pronto fue consciente de que no estaba sola en aquel lugar. María le puso una mano en el ante brazo logrando así que la volteara a ver.

—Vamos, en el estudio está lo que necesitas —los labios de la muchacha temblaban, pestañeó varias veces y luego de unos segundos, ya tenía la misma cara de siempre.

—Gracias María.

Ya eran casi las ocho treinta y Matías no regresaba, le daba miedo salir y toparse con él, era evidente que estaba molesto con ella, la mirada que habían intercambiado seguramente había dejado en evidencia la incipiente atracción que sentía hacia él, cosa que seguramente lo insultó tanto que tuvo que salir corriendo de su propia casa como alma que llevaba el diablo. Se regañó a sí misma por no controlarse. Lo cierto era que por unos minutos hubiera jurado que él también la miraba así. Nunca había experimentado en su corta experiencia algo similar a lo de ese momento. Claro que besó varios labios a lo largo de su vida, incluso pasó un poco más de eso con unos pocos, pero con ninguno sentía nada... tan era así, que no lograba ir más allá con nadie, por lo menos no conscientemente. Y eso no se debía a que creyera que la primera vez debía ser con alguien especial o charadas de ese estilo, solamente era que ningún chico le parecía... deseable y así era muy difícil pensar en compartir su cuerpo. Sin embargo, con Matías sentía precisamente esas ganas que nunca había sentido jamás.

Esperaba sentada a los pies de la cama observando cómo las manecillas del reloj avanzaban, moría de sueño, debía salir ya e ir a ayudar a Pedro. Cinco minutos antes de la hora se encomendó a todos los seres religiosos que pudiesen ayudarle y salió de la recámara lo más cautelosa posible. Llegó puntual a su cita, una vez ahí, decidió que el primer paso era que leyera bien; su lógica le decía que después le sería más sencillo recordar escribir y de ahí podían irse hacia los números. Bromearon, rieron, trabajaron y al final él la escoltó hasta la misma puerta que el día anterior. Matías no había llegado gracias a todas sus plegarias. Entró a su habitación sigilosamente, se mudó de ropa y cinco minutos después estaba profunda sobre aquella mullida superficie.

Matías no sabía cuántas horas llevaba ahí, su primera reacción al salir de esa casa fue ir en busca de una mujer para que ese deseo y hambre bajaran de una jodida vez y pudiera pensar coherentemente. Así fue como se encontró en la puerta de Camila, esa mujer siempre estaba dispuesta a retozar un rato con él, hacía mucho que no la buscaba y esperaba que no le cuestionara sobre el tema, no tenía humor de hablar con nadie. La muchacha abrió, al verlo sonrió y lo haló de la camisa introduciéndolo sin miramientos a su casa. Lo besó sin hablar, lo medio desvistió, un segundo después ella dejó a un lado su sostén, sus bragas y se entregó a él tan apasionada como siempre. Diez minutos después la joven fue en busca de un cigarrillo y lo prendió estudiándolo. Ese hombre era colosal, sin embargo, no daba nunca ni un ápice de más. Poco sabía sobre su vida y sinceramente no le interesaba, lo único que buscaba en él era esa pasión siempre tan arrebatada. Ahora había sido diferente, él parecía haber sido prácticamente violado, por un momento incluso llegó a pensar que no podría responder o que saldría corriendo de ahí.

Matías sentía náuseas, no podía permanecer en ese lugar ni un minuto más. Se abrochó los pantalones de prisa y sin decir nada, salió de ahí igual que de su casa. Encontró la cantina a unas cuadas, entró, pidió tequila y comenzó a beber. Su cabeza era un torbellino. Tania no paraba de reaparecer en su memoria mientras que las hermosas facciones de Andrea y aquel cabello, se metían sin permiso entre sus recuerdos. No comprendía lo que le sucedía. Jamás ni siquiera con Tania, sintió algo similar. Andrea lo halaba hacia ella como un imán. Desde que apareció ese día por la mañana en la cocina con su cara lavada y vestida de esa forma tan sencilla, no había podido dejar de pensar en eso y odiaba que así fuera. Esa chica era muy problemática, estaba ahí bajo su tutela, debía hacerla entender que la vida era para los que luchaban, no para las personas débiles que se escudaban en sus desgracias para hacer cualquier tipo de bajeza. Sin embargo, por alguna extraña razón, ella no le provocaba todo eso, no veía ni un poco de maldad en sus ojos, al

contrario, rebozaban de inocencia, ingenuidad y una dolorosa desconfianza, era increíble ver cómo respondía ante el mínimo gesto de amabilidad, era como si no estuviera acostumbrada a ello, eso lo desconcertaba pues sabía muy bien que era extremadamente adinerada y que debía estar acostumbrada a que la gente hiciera lo que ella quisiera y le resolvieran todo. No obstante, ante la más pequeña atención regalaba una cálida sonrisa y una mirada de agradecimiento infinita. Se sirvió otro caballito y lo bebió de un solo trago, el líquido le quemaba la garganta, aspiró fuerte y continuó cavilando. Algo debía hacer, no podía confundirse, esa chica tenía apenas veintidós años y él le llevaba diez, era la hija de los mejores amigos de sus padres, la hermana de su mejor amigo y estaba ahí por haber estado involucrada en aquel asalto.

Después de dejar aflorar todo ese torrente de ideas que en su cabeza pujaban ansiosas por salir, comenzó a pensar con más lógica. Dejó a un lado la botella prácticamente llena y decidió que la ayudaría a cambiar, que intentaría verla como una hermana menor, intentaría que rectificara su camino y a lo mejor, con el tiempo, lograba de verdad hacer de ella una persona de provecho, ya no la provocaría más e intentaría fluir con ella. Eso sí, sin soltar las riendas y siendo muy estricto cuando debiera serlo. María tenía razón, si se humanizaba un poco más, probablemente pudiera ver las cosas en perspectiva y esa imagen que se estaba formando de ella se desvanecería sin darse cuenta.

Llegó pasada la media noche a su casa. Se dio un baño y quedó súbito como una tabla un minuto después.

El sábado María le comentó a Andrea que trabajaría media jornada como el resto y que por la tarde se pondría a hacer los quehaceres de su recámara. Y así lo hizo. Ese día no veía a Pedro, él le informó que los fines de semana eran más arriesgados, pues los horarios eran muy irregulares. Lavó su ropa, las sábanas y toallas. Acomodó y limpió todas sus cosas con tranquilidad ya que no había tenido oportunidad de hacerlo en toda la semana. Su cuerpo aún estaba adolorido pero ya nada en comparación con los dolores de hacía dos días; el ungüento y pastillas que María le proporcionó, habían logrado que se sintiera mucho mejor. Sus manos seguían con pequeñas heridas, por lo que antes de dormir las untaba con aquel remedio envolviéndolas como aquella noche aprendió y con eso amanecían como nuevas. Cuando terminó le avisó a María, ésta subió a inspeccionar.

—Veo que sabes hacer los quehaceres —admiró sorprendida.

—Sí —aceptó Andrea ruborizada. Al ver que la chica no diría nada más, se dio media vuelta para salir de la recámara—. María —la mujer giró enseguida.

—¿Sí?

—Crees que... ¿pueda agarrar ahora sí el libro que no pude elegir ayer? —la mujer le sonrió secamente, no era muy afectuosa a las muestras de cariño, sin embargo, tenía que aceptar que esa chica se la estaba ganando y en un tiempo record.

—No veo ningún problema —volvió a voltear con la intención de irse, pero la mano de Andrea sobre su hombro la detuvo.

—¿Podrías... acompañarme?... Sé que a Matías no le soy grata y no quiero que piense mal que yo esté ahí, no quiero que crea que husmeo en sus cosas o infrinjo alguna de sus reglas, yo sé que con mi presencia aquí ya tiene demasiado —la mujer pestañeó asombrada. Andrea lo decía tranquila, sin el más mínimo reclamo o dolor en su voz, como alguien que estaba acostumbrado a no ser tratado dignamente, ni que le tuvieran confianza.

—Claro que sí Andrea.

Varios minutos después aún seguían en el estudio frente a las filas interminables de libros.

—No pensé que fueran tantos... —admitió culpable. Sabía que María podía comenzar a impacientarse.

—Dime de qué buscas y veremos si te puedo ayudar ¿de acuerdo?

—¡Gracias! —y posó una mano cariñosa en su antebrazo. Después volvió a poner su mirada al frente—. Floricultura.

—¿Floricultura? Y eso ¿para qué? —hubiera jurado que le pediría cualquier otra cosa.

—Bueno... es que... las flores me gustan mucho —María de nuevo se daba cuenta de que había más, pero parecía que ella no tenía la más mínima intención de decirle. Los pocos días que llevaba conociéndola se

percató que era una chica muy agradecida pero también muy desconfiada y reservada. Varios minutos después continuaban sin encontrar nada. Andrea comprendió que no podía seguir reteniendo ahí a María.

—¿Qué buscan tan perseverantemente? —ambas voltearon de inmediato. Andrea pasó saliva bajando la vista de inmediato.

—No te sentí entrar hijo, Andrea busca algo de floricultura —Matías frunció el ceño sin comprender porqué alguien quisiera un libro sobre el cultivo de las flores, además, ver su reacción, le provocó un pinchazo en el pecho, tenía la mirada en el piso y se había metido las manos a las bolsas del pantalón. Decidió no hacer ningún comentario, tomó una pequeña escalera que tenía para tomar los libros más alejados, revisó varios títulos y luego tomó uno y se lo tendió tranquilo. Ella lo agarró dibujando una sonrisa casi imperceptible.

—Gracias —musitó con miedo a que ante esa muestra de agradecimiento él saliera de nuevo furioso.

—De nada, en ese estante hay varios más... agarra los que quieras, ojalá y los entiendas —ella asintió nerviosa mientras observaba los libros que él le señalaba. De pronto el hombre giró y tomó un pequeño libro de uno de los estantes de más abajo—. Ten, es un diccionario, lo necesitarás —lo sujetó sin dudar, sabía que era verdad.

—Gracias de nuevo.

—No hay de qué... —aceptó Matías tan ecuánime que no pudo evitar verlo a la cara confusa. Ya no parecía molesto, ahora era hasta amable. Sus cambios de ánimo la confundían. Al sentir sobre él esa mirada tan intensa y cargada de preguntas, giró hacia María que presenciaba todo cada vez más desconcertada y preocupada. Una atracción muy grande estaba surgiendo entre ellos dos. Andrea no llevaba ni una semana ahí y Matías ya había pasado por todos los estados de ánimo imaginables, ¿qué sería en un mes? Rogaba porque ambos supieran detener lo que parecía ya imposible parar—. María, necesito que hagamos cuentas, ¿tienes un momento? —ella asintió de inmediato, un segundo después Andrea desapareció sin el mayor aspaviento. Ambos la observaron evaporarse.

—¿Qué es todo esto Matías? —la mujer ya se estaba acomodando en una de las sillas que estaba frente al gran escritorio. Él se sentó en la suya y la miró frunciendo el ceño.

—No te comprendo. Vamos a hacer las cuentas como cada sábado, ¿qué tiene de raro? —ella lo observó con ironía, era evidente que no quería hablar del tema. Asintió clavando la mirada en él, al tiempo que decidía que no le diría más, a menos que las cosas se salieran de proporción, después de todo era un adulto y sabía muy bien lo que hacía.

Andrea se sentó en un columpio con forma de banca para dos que había en el jardín, comenzaba a anochecer, pero las luces ya estaban prendidas y eran tan potentes que no tenía ningún problema para leer. Cada cinco minutos dejaba el libro a un lado y buscaba significados en el diccionario que Matías le había dado. Hacía apuntes en el cuadernillo que María le proporcionó el día anterior y luego retomaba de nuevo la lectura. Era mucho más difícil de lo que creía, pero tenía la idea de que su nueva vida no iba a ser más fácil que lo que en ese momento leía, así que debía ser tenaz y paciente; después de todo era su oportunidad de una vida diferente, así que haría todo para lograrlo.

—La cena ya está... —esa voz la sacó de su concentración de inmediato. Un tanto asustada giró hacia él asintiendo.

—Lo siento, no me di cuenta de la hora, no volverá a ocurrir —cerró los libros rápidamente, bajó enseguida del columpio y en menos de un minuto, ya caminaba hacia la cocina.

Él la observó sin comprender. La estuvo observando desde hacía varios minutos. Cuando fue a la cocina y se dio cuenta de que ella no había llegado, se sintió irritado y se reprendió por no haberla puesto a hacer algo de provecho en el día. María le dijo que iría a buscarla, pero él la detuvo y decidió que lo haría personalmente, tenía que recordarle las reglas de esa casa. No tardó en dar con ella, seguía en el mismo lugar desde el atardecer. Leía atenta y cada cierto tiempo abría el diccionario, luego tomaba su pluma y anotaba quién sabe qué cosas en su cuaderno. Estaba sumamente concentrada, como si de verdad le interesara ese libro que estaba seguro, no comprendía. Ella no era consciente de él, por lo que la podía contemplar sin temor ni restricción. Andrea era un acertijo. O era una excelente actriz o en serio algo estaba muy mal en

cuanto a la imagen que tenía Cristóbal de ella. Ahí, sentada, tan tranquila, parecía tan vulnerable, tan tierna, que no podía imaginarla haciendo todo lo que él le había dicho, algo no encajaba... de eso estaba seguro, pero ¿qué?, esperaba que con el tiempo lo supiera porque no quería cometer errores en cuanto a ella.

5

Al entrar a la cocina encontró a Andrea de pie a lado de María agregándole algo al guisado, parecían entretenidas. La mujer le daba instrucciones y la muchacha las obedecía contenta. Resopló ya completamente perdido. Enseguida ambas se dieron cuenta de su presencia. Andrea se puso seria y se sentó de inmediato sin decir nada, era como si quisiera ser invisible para él. Recordó enseguida lo de la noche anterior; se había sentido culpable por eso le habló de aquella forma y por lo mismo desapareció de ahí, pero era evidente que ella se sentía responsable de alguna forma y se comportaba de la manera más discreta posible como para que no la notara. Comieron en silencio cada uno perdido en sus pensamientos. Él terminó antes que ella, de vez en cuando la estudiaba, aún tenía sus manos heridas, pero parecían no molestarle mucho; unas pequeñas ojeras enmarcaban sus ojos, lucía cansada, sin embargo, no se había quejado ni una sola vez desde que llegó a la hacienda.

En cuanto ella terminó, se levantó de la silla agradeciendo a María mientras ésta le quitaba los platos de la mano.

—Buenas noches —se despidió caminando hacia la puerta. No deseaba importarlo más con su presencia, no podía correr el riesgo de que él no la tolerara y le pidiera que se fuera. Si eso sucedía, estaría en problemas y la posibilidad de rehacer su vida, se esfumaría de inmediato.

—Espera... —ella se detuvo sin voltear—. ¿Sabes montar no es cierto? —Andrea lo miró aturdida y confusa. Él hubiera jurado que un poco de miedo cruzó por sus ojos verdes.

—Pues... no muy bien —expresó sintiendo que el temor crecía en su interior, recordar la última vez que montó a un caballo todavía le provocaba nauseas.

—Te ayudaré a recordarlo, sé que antes lo hacías, así que lo volverás a hacer sin problema, es cuestión de que te vuelvas a habituar —ella pestañeó respirando agitadamente, no sabía qué hacer.

—Matías, te lo agradezco... pero no es necesario —él le dedicó una sonrisa torcida dándose cuenta que de verdad no quería incomodarlo y por un segundo se sintió más culpable.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Además esos son los planes que tengo para ti mañana, no creas que estarás por ahí sin hacer nada.

Andrea sentía que las piernas le temblaban como gelatinas en plena sacudida, no sabía cómo se saldría de esa.

—Mañana a las ocho en las caballerizas, sé puntual ya lo sabes —la joven asintió rápidamente para de inmediato desaparecer sin decir más.

María y él se miraron desconcertados.

—No pareció gustarle tu idea.

—Sí lo sé, probablemente tuviera otros planes...

—No lo creo, parecía asustada —él meditó un momento tomando de su café.

—Probablemente... ¿sabes? Ahora sí comienzo a pensar que algo no cuadra —al escucharlo hablar de eso, se acomodó de inmediato frente a él—. Sus conductas no tienen nada que ver con lo que su hermano me contó. Hace lo que se le pide, es atenta, se mueve como si quisiera que no la notaran, ante la más insignificante atención sonríe como si le hubieran bajado el sol. No comprendo María, sé que no lleva mucho tiempo aquí, apenas unos días y no quiero equivocarme, pero esa sensación de que algo no está bien ya no me deja.

—Me pasa lo mismo. Tú sabes cómo soy y esa muchacha me gana, ¿sabes? Presiento que ha sufrido mucho y que intenta desesperadamente olvidarlo —el hombre asintió evaluándola serio.

—Le daremos tiempo, sólo así sabremos qué es real y qué no.

—Estoy de acuerdo, no podemos confiarnos... de hecho ella está consciente de que no se la tenemos y cree que estás molesto porque su presencia aquí —Al escuchar apareció un nudo en la garganta.

—No es eso, si no, no hubiera aceptado ayudar a Cristóbal...

—Matías... ¿qué fue lo que ocurrió ayer aquí en ésta mesa?— él permaneció serio e inexpresivo.

—Nada, absolutamente nada.

—Fue muy claro que ambos se miraron muy adentro, pero tu reacción la dejó atolondrada y muy insegura, juraría que lloraría. Pero unos segundos después cambió por completo su rostro como si estuviera acostumbrada a no mostrar nada y volvió a ser de nuevo ella —él la escuchó perdido en su bebida.

—María, no fue nada y lo que crees que viste no volverá a ocurrir, es por eso que quiero que vea que tengo disposición a ayudarla y espero que aprenda a valorar lo que tiene —ella asintió frustrada, sabía muy bien que él no le diría más. Sin embargo, no necesitaba que hablara, se daba cuenta que las cosas se estaban removiendo dentro de su alma.

Andrea tuvo pesadillas toda la noche. Las imágenes que se le venían a la cabeza eran como un video en cámara lenta. Ella montando, amaba el aire en su rostro y sentir al decidido animal correr bajo sus órdenes. De pronto todo cambiaba, ella atrapada, éste completamente cabreado y corriendo sin parar, por más que ella intentaba detenerlo no la obedecía, sus botas estaban enganchadas en la silla. El animal se levantaba en dos patas desesperado. Ella gritaba rogando ayuda, pero nadie aparecía, sabía que moriría ahí. De pronto se despertó sudando, no quería montar, no podía. Era otra de las cosas que Mayra le había arruinado; ahora estar sobre un caballo era impensable... Respiró nerviosa estrujando las sábanas entre sus dedos sintiendo cómo se quedaba sin circulación de tanto apretarlas.

A las siete y media Andrea estaba de pie junto a su ventana, tenía que hablar con Matías, pero ¿y si no le creía? y ¿si pensaba que lo hacía porque no quería hacer nada? o ¿porque quería llevarle la contra? como según su hermano decía era su especialidad. Maldición.

Bajó despacio dispuesta a negociar con él sin importarle lo que pensara. En el comedor no había nadie, vio que el desayuno estaba hecho pero le era impensable ingerir algo con el estómago revuelto. Salió por la puerta trasera y caminó despacio, casi no había movimiento, llegó hasta los establos sin dificultad, buscó con la mirada a Matías, nada. No se atrevía a acercarse a los caballos, los oía relinchar, moverse en sus lugares y tan solo eso ya la ponía algo alterada, sus palmas sudaban y de inmediato su respiración se disparaba. Sin pensarlo mucho salió corriendo de ahí.

—Eres puntual —giró en redondo, él ya se acercaba a ella sin esperar respuesta—. Ven —no se movió ni un centímetro, por lo que Matías sujetó su mano y la haló delicadamente. ¿Qué pasaba con ésta chica? Parecía no tener intenciones de seguirlo. Su contacto le produjo un extraño cosquilleo en la palma de la mano, intentó ignorar la sensación. Sería su hermano mayor, se recordó, intentando ignorar esa ansiedad por tocarla de otra manera, debía demostrarle que si hacía las cosas bien, él podía ser considerado y amigable. Caminó con ella unos cuantos pasos, dos caballos ya estaban ensillados y el mozo de la cuadra los sujetaba alegre—. Vamos... te ayudo —Andrea abrió los ojos como plato al ver tan de cerca al animal. Su primer impulso fue correr, sin embargo, sus piernas no le respondían, las sentía adheridas al piso y por más que les exigía mentalmente que la obedecieran, éstas la ignoraban. Desde aquel día no volvió a acercarse a uno.

Matías no se percató de su reacción, la sujetó por la cintura sintiéndola tensa bajo su tacto para ayudarla a subir ya que no se movía, supuso que se debía a que no recordaba cómo hacerlo.

El grito que prosiguió a eso y el rostro de la joven fue lo siguiente que vio. Andrea estaba sobre el lomo del animal completamente lívida, con los labios transparentes e intentaba bajar desesperadamente. El caballo, al sentirla nerviosa, empezó a inquietarse, ella rodeó su cuello fuertemente con pánico desmedido reflejado en su rostro. Matías la observó atónito por unos segundos, sabía que había hecho equitación de niña y recordaba haberla visto hacerlo con la felicidad reflejada en su rostro ¿qué estaba ocurriendo?

El caballo empezó a cabrearse a pesar de lo dócil que era. Andrea volvió a gritar desgarradoramente, tanto que el mozo intentó sujetar las cuerdas ansioso. Matías reaccionó un segundo después.

—Sujétalo —exigió con firmeza. ¿Qué mierdas era todo eso? El muchacho siguió sus órdenes, fue necesario que Matías también lo ayudara. Andrea parecía que iba desmayarse en cualquier instante, se aferraba al

animal con fuerza, apretando los dientes, ya para esas alturas, era evidente que se encontraba completamente fuera de sí. Otro hombre llegó a la escena e intentó ayudar a bajar a la muchacha, pero ella parecía no escuchar, no reaccionar y tenía la mirada nublada de pavor, lastimaba al caballo con su reacción, por lo que éste se sacudía violentamente empeorándolo todo. Matías, ya rebasado, le pasó las riendas al recién llegado y en segundos se subió al animal. Buscó soltar lo más delicadamente que pudo a Andrea, pero ella ponía resistencia—. Andrea... por favor, escúchame... suéltalo, ya te voy a bajar, no va a pasar nada, suéltalo —no mostró haberlo siquiera oído. Con firmeza logró quitarle una mano despegando dedo por dedo y luego la otra para de inmediato pegarlas a su pecho y evitar que hiciera de nuevo lo mismo. La joven sudaba a borbotones, temblaba sin control y respiraba muy agitada, como una locomotora a toda máquina. Matías jamás había visto algo así. La sujetó fuertemente de la cintura, se agachó y cruzo una de sus piernas por encima de la silla pues ella no parecía ya estar en este mundo—. Héctor, agárrala —ordenó con fuerza. Bajó casi al mismo tiempo que ella—. Llévenselos —gritó, dándose cuenta de que seguía en estado de shock. No sabía qué hacer.

Tomó su rostro entre sus manos ahora sí muy preocupado, su mirada estaba desorbitada, ella ya no parecía estar consciente.

—Andrea... Andrea... ya se fueron... veme... Andrea... ya estas abajo... —de pronto sus enorme ojos verdes comenzaron a cobrar vida y se le empezaron a formar dos pozos dentro de ellos. Él suspiró aliviado al ver que reaccionaba—. Todo está bien... veme... todo está bien —ella por fin regresó de aquel sitio donde se había perdido y lo enfocó. Las lágrimas salieron sin poder frenarlas— Dios... ¿qué fue todo esto? —preguntó al tiempo que por instinto la abrazaba. Andrea lloraba nerviosa, asustada. La arrastró sin que se diera cuenta a un montón de paja apilada. La sentó a su lado y continuó sin soltarla. Él también estaba espantado, el miedo que vio en su mirada fue aterrador.

Cuando la sintió más tranquila comenzó a separarla de sí, tenerla tan cerca estaba provocando en él un deseo desesperado y para ser sincero, desconocido. Oler su delicado aroma, tocar su piel cálida, sentirla vulnerable bajo su tacto, ella parecía embonar perfectamente en sus brazos. Sacudió su cabeza haciendo a un lado esos pensamientos que no cabían en ese momento.

—Andrea... ¿estás mejor? ¿Qué fue todo eso? —ella elevó la mirada culpable y todavía llorosa.

—Lo siento... de verdad lo siento... yo no quería —no estaba preparado para la ternura que le provocó escucharla hablar de esa forma. Acarició su mejilla delicadamente.

—No te preocupes... debiste decirme —ella se levantó de inmediato sin darle tiempo de nada.

—¿Puedo irme a mi habitación? —él la observó desconcertado y sintiendo su mano extrañamente vacía. Se levantó quedando a unos centímetros de ella. Andrea bajó la vista, parecía ansiosa y a punto de desfallecer.

—Andrea... —susurró cerca de su rostro.

—Por favor Matías... —su tono de voz era de súplica, más no lo veía directamente. Se alejó un paso de ella perplejo por todo lo que estaba ocurriendo.

—Sí, luego hablamos —ella giró y corrió prácticamente hasta la casa.

De nuevo se sentó sobre los sacos de paja tallándose la cara completamente perturbado. ¿Qué había sido todo eso?, ¿por qué al tenerla cerca se habían destapado todos sus sentidos de una forma tan intensa y desconocida?, el miedo en su mirada era irracional. Dios... ¿Qué le estaba ocurriendo?, no comprendía nada.

—¿Y la señorita patrón? —Héctor lo sacó de sus pensamientos.

—Se fue a descansar —informó al ponerse de pie.

—¿Vio su cara?, parece que les tiene mucho miedo, ¿por qué no le dijo? —Matías paró en seco al escucharlo. Maldición. Recordó que el día anterior ella le había dicho que no quería ir, pero no le hizo caso. Luego, cuando la encontró cerca de las caballerizas, prácticamente la arrastró dando por hecho que ella le tenía miedo a él, no al caballo.

—Héctor, mientras ella esté cerca y en lo que vence su miedo, por favor mantén los caballos lejos de su presencia ¿de acuerdo?

—Claro patrón, no tiene que pedirlo... estaba bien asustada —Matías le dio una palmada en el hombro y

regresó a la casa aún en asombro. Subió las escaleras, caminó hasta su recámara y antes de tocar, se detuvo para ver si escuchaba algún ruido. Llamó con dos golpes a la puerta

—Pasen —abrió creyendo que la encontraría tendida llorando en la cama. Estaba en una de las sillas junto a la ventana, nuevamente leyendo, con su libreta abierta. Al verlo entrar desvió la mirada nerviosa.

—¿Podemos hablar? —cerró tras él esperando su respuesta. La chica asintió apenas y perceptiblemente. Él se sentó en la cama observando el immaculado orden de la habitación—. No sé qué fue lo que ocurrió allá afuera... pero te ofrezco una disculpa —ella alzó la mirada sin poder ocultar su incredulidad—. Sí, no debí forzarte... lo único que me justifica es que no sabía lo que ellos te provocaban. No volverá a suceder —Andrea volvió a asentir sin decir más. Acariciaba el lomo del libro una y otra vez con los ojos puestos en la mesa. El hombre se dio cuenta de que ella no le diría nada al respecto, no quería presionarla, seguramente no le era grato recordar la raíz de su miedo—. ¿Cómo vas con tu lectura? —al ver que cambiaba de tema la joven relajó el cuerpo y lo encaró serena.

—Pues... hay cosas que no entiendo... aunque el diccionario ha sido de mucha utilidad —él se acercó hasta la mesita y se sentó frente a ella. Se sentía muy culpable, esa chica estaba ahí por lo que había hecho, pero eso no justificaba hacerla pasar por una situación como la de hacía unos minutos.

—¿Por qué entonces lo quieres leer? —la joven dudó unos segundos y lo notó, de verdad parecía no confiar, la duda que leyó en sus ojos le provocó un nudo en la garganta. ¿Por qué miraba de esa forma?

—Yo... es que... me gustan las flores y... —Andrea se sentía ansiosa con su presencia, percibía que si no le decía la verdad él pensaría que le ocultaba algo y entonces volvería a portarse como hacía unos días. Era evidente que quería llevar la fiesta en paz aunque ella no se lo había facilitado con lo ocurrido hacía unos minutos.

—¿Y?

—Y... me gustaría tener una florería —listo, por fin se lo había dicho a alguien. Esperaba no haberse equivocado confiándole eso a él.

—¿Una florería? Eso suena bien —al ver que no había crítica ni ironía en su respuesta, le sonrió tranquila—. Y ¿qué no entiendes? Probablemente pueda ayudarte, digo, no estudié eso, pero tengo nociones de cultivo en general.

—No quiero cultivar, pero... quiero saber los procesos, sino, no sabré como tratar a las flores o cuáles son mejores, o cuáles son de qué clima —él asintió comprendiendo muy bien lo que le intentaba explicar.

—Tienes razón, si quieres hacer algo, hay que saber de ello —Andrea asintió nuevamente avergonzada, estaba compartiendo con él más que con cualquiera en muchos años—. Ahora dime ¿qué no comprendes? si puedo, te ayudaré —dudó un segundo durante los cuales, él no la presionó y esperó paciente a que bajara sus defensas. De pronto le acercó sus notas arrastrándolas por la mesa lentamente. Matías observó admirado el orden con el que trabajaba y los puntos que ahí tenía anotados. Notó que había varios enunciados entre signos de interrogación y decidió comenzar con eso. Para su sorpresa, ella no estaba completamente ignorante del tema y sus dudas eran muy específicas, lo escuchaba con atención y anotaba todo meticulosamente, interviniendo cuando era oportuno o algo que no comprendía. Sin darse cuenta estuvieron ahí más de tres horas. Parecía muy natural encontrarse ahí, conversando sobre el cultivo de las flores, sobre las diferentes variedades, cuáles eran las diferentes formas de cuidarlas, etc. Andrea era culta y muy inteligente, hacía comentarios asertivos y parecía genuinamente apasionarse por el tema. Verla así fue un aliciente para él, sonreía y hablaba ya sin dudas ni desconfianza. Esa nueva faceta era... refrescante, hermosa si era honesto.

De pronto su móvil sonó. Ernesto. Lo necesitaba en los rastros, un animal parecía haber enfermado. Se disculpó pidiéndole que comiera sola, ya que no sabía a qué hora regresaría. Ella asintió serena, sin mostrar ninguna emoción.

En cuanto se fue, dejó sus libros en la mesilla y se quedó observando por la ventana los enormes jardines del lugar. De pronto, sin entender por qué, se sintió extrañamente sola, su presencia había llenado la habitación, las últimas tres horas cambiaron por completo la imagen que tenía de él, en ningún momento se portó duro e inaccesible, al contrario, había sido amable, condescendiente y simpático. Sintió de nuevo esas

mariposas dentro de su estómago. Matías estaba despertando en ella cosas que no se debía permitir. Recordó el incidente de la mañana y se ruborizó enseguida, tendría que contarle por lo menos una parte de la historia, del porqué temía tanto a esos animales. Evocó sin dificultad y sí con algo de rubor sus manos sobre su cuerpo, su preocupación, aquella caricia sobre su mejilla que la hizo casi llorar nuevamente y es que desde hacía tantos años nadie la había mirado así, nadie la había acariciado con interés sincero, con ternura, a nadie le había importado después de que sus padres dejaron de existir. Sacudió su cabeza regañándose a sí misma por sus pensamientos. Estaba ahí de paso, él era el mejor amigo de su hermano y si algo sucedía entre ellos, solamente provocaría más desastres, por otro lado, sabía perfectamente que Mayra no se quedaría de brazos cruzados si lo llegara a siquiera intuir, la odiaba demasiado como para dejarla ser feliz aun si eso no la afectaba. De pronto recordó que debía ver qué le enseñaría a Pedro al día siguiente, así que las próximas dos horas se dedicó a escribir y pensar qué harían los siguientes cinco días. Cuando la tripa le pidió ser atendida, bajó y una chica que no conocía, estaba limpiando frijoles en la cocina, en cuanto la vio le ofreció sopa.

Andrea comió en silencio, puesto que la muchacha no parecía tener la más mínima intención de dirigirle la palabra, aunque le sonreía de vez en vez. Cuando terminó, lavó sus platos a pesar de las negativas de la joven y sin decir más comenzó a ayudarla en su tarea. Ambas trabajaron en silencio, no quería regresar a su recámara, ya había estado ahí demasiado tiempo.

—Creo que ya terminamos —dijo Andrea sonriente.

—Me llamo Indira señorita.

—Yo Andrea.

—Lo sé, todos aquí lo saben.

—Oh.

—Aquí las noticias vuelan —la chica lo decía como si fuera de lo más normal.

—Ya veo —sólo esperaba que la causa de su estadía ahí no, porque sería muy vergonzoso que supieran el motivo por el cual permanecía ahí recluida.

Unos minutos después de esa conversación Andrea se puso a vagar un poco en los jardines. Contempló cada flor recordando soñadora la conversación que mantuvo con Matías por la mañana ¿Qué le sucedía con él?, ¿por qué su pulso se detenía o desbocaba cuando aparecía?, ¿por qué su presencia la alertaba?, ¿por qué no dejaba de pensar en su mirada? Resopló frustrada, las respuestas a esas preguntas no servían de nada, ella haría lo que debía y nada la detendría.

Un rato después se sentó en el columpio y comenzó a perderse en sus pensamientos. No estaba acostumbrada a tanta tranquilidad. Hasta apenas un par de semanas su vida era una total y absoluta pesadilla. Recordaba cada detalle, cada situación con una claridad absoluta. Desde el momento en que sus padres murieron, hasta unos días atrás, su vida se había convertido en una lucha constante de sobrevivencia. El odio y ambición de Mayra no tenía límites. A muy temprana edad tuvo que aprender lo que era la maldad, y encontrar la forma de enfrentarse a ella y aun con todo eso, logró, no sabía cómo, tener ilusiones y esperanza.

Por supuesto que se arrepentía de acompañar a esos chicos que apenas conocía a aquella tienda, sin embargo, desconocía sus intenciones. La invitaron para molestar un poco a la gente esnob con su presencia, eso le daba lo mismo, lo interesante radicó en que escuchó una conversación de Mayra, la mujer pasaría por esa tienda a media tarde, por lo que se le antojó buena idea ir y ridiculizarla un rato para variar, ya que las cosas solían ser al revés. Pero muy pronto todo se salió de control. Los chicos con los que iba planeaban robar, sacaron un arma y todo fue confusión, gritos y caos. Hirieron a un vendedor de la tienda, prácticamente cayó sobre sus piernas al recibir el impacto, aun podía sentir el miedo en su mirada al comprender que tenía una bala incrustada en el cuerpo. Dios, claro que se arrepentía, no debió ser tan inconsciente, no debió haber ido con esos chicos de los que apenas y sabía sus nombres, no debió buscar molestar a Mayra porque al final, la única que resultó perjudicada, como solía ocurrir en su vida, fue ella.

Sin embargo, en ese momento comprendía, que si no hubiera estado ahí, aún continuaría en esa casa, ideando la manera de salir de una maldita vez. Sí, esa se convirtió, sin querer, en la solución para todos. Andrea estaba lejos de la maldad de Mayra y si hacía lo que le pedía al terminar el año, probablemente no

volviera a saber de nadie nunca más. Lanzó un suspiro de agobio. Miles de veces le rogó esa solución, no obstante, hasta hacía unas semanas la aceptó; no le interesaba ya el porqué, sólo la tranquilidad de saber que jamás la volvería a ver. Cederle toda su fortuna y desaparecer para siempre, era poco para librarse de ese insecto ponzoñoso y asqueroso que vivía para hacerla infeliz.

Matías se desocupó ya entrada la tarde. Por suerte la enfermedad del animal no era viral por lo que el resto no corría peligro. Todo el día se sintió ansioso por regresar a la casa, quería verla de nuevo, su sonrisa surtía un efecto tan tranquilizador en él, que quería volver a experimentarlo. Intentaría ser su amigo, tal vez así pudiera comprender por qué había actuado así a lo largo de su vida o si existía algo más, se lo podría preguntar, pero era evidente que tendría primero que hacerla confiar ya que en ese aspecto tenía severos problemas.

Se duchó, se cambió de ropa y media hora después ya estaba abajo de nuevo. Fue a la cocina en busca de algo de comida, estaba famélico.

—Indira ¿Ya comió la señorita? —la pequeña muchacha asintió seria mientras le servía—. Y ¿dónde está?

—En el jardín patrón, parecía aburrída —Matías frunció el ceño al escucharla.

—¿Aburrída?

—Sí, me estuvo ayudando aquí a limpiar los frijoles y luego salió a dar un paseo —Irma no era de muchas palabras, de hecho estaba seguro de no haber cruzado más de dos cada que la veía, sin embargo, notaba cierta simpatía de su parte hacia Andrea—. ¿Quiere que la busque? —él arqueó las cejas desconcertado. Así que ya se había echado a la bolsa a alguien más. Increíble.

—No, no es necesario, gracias —En cuanto terminó, él mismo fue al jardín. Estaba sentada de nuevo en aquel columpio con las piernas arriba y sus brazos enrollados en ellas. Su mirada parecía estar completamente perdida, muy lejos de ahí. Recordaba algo que no le provocaba alegría, su expresión tensa lo demostraba. Dudó un segundo en interrumpirla, parecía muy ausente, a miles de kilómetros. De repente, la joven cambió de posición y giró en su dirección—. No quería interrumpirte —admitió avergonzado al verse descubierto. Ella bajó sus piernas de inmediato negando.

—No, está bien. ¿Pudiste solucionar el problema? —Matías se acercó como atraído por un hilo invisible y se sentó a su lado, sin saber porqué, comenzó a relatarle todo lo ocurrido en los rastros. Andrea lo escuchaba atenta, haciendo comentarios de vez en vez—. Matías... creo que... te debo un explicación por lo de hoy en la mañana, no quiero que pienses... —él no le permitió terminar.

—No debes decirme nada, no te preocupes —la chica desvió la mirada y continuó sin hacerle caso.

—No quiero que pienses que no agradezco tu intención.

—No lo pensé —admitió estudiándola. Era tan hermosa como intrigante, situaciones que lo hacían sentir como un crío en pleno despertar de las hormonas. Algo en su interior cobró vida de repente, fue como si una puerta que había mantenido cerrada y la que no conocía, se abriera sin previo aviso. Sin más, se encontró anhelando saber qué se sentiría tener ese cuerpo asombroso debajo del suyo gimiendo y gritando su nombre, moría por averiguar el sabor de sus labios, era una necesidad investigar qué se sentía tener su piel rosando la suya, mejor aún, era imperioso comprender qué escondía, conocerla en su totalidad.

—Hace muchos años tuve un... accidente con un caballo... con *mi* caballo en realidad —giró su rostro hasta él mirándolo con tristeza. Matías logró hacer a un lado todos aquellos pensamientos para concentrarse en lo que esos labios carnosos decían, le estaba revelando algo importante y quería saber qué era—. Ella... bueno, estaba enferma y no me di cuenta. La cabalgué y... —se le quebraba la voz. Él no sabía si detenerla o dejarla, algo en su pecho lo hizo sentir incómodo ante su notoria tristeza, no le gustó verla de nuevo mal—. Todo ocurrió muy rápido, enloquecí, yo no pude bajarme, estaba atorada y no me hacía caso —se detuvo un momento y desvió de nuevo la vista—. Mucho tiempo pasó hasta que pudieron tranquilizarla. No podían disparar e inyectarla, ni hacerle nada en realidad, nos encontrábamos a unos metros de un pequeño

acantilado, si caía, caíamos juntas y era probable que ninguna saliera viva. Fue aterrador, no se dejaba dominar, no atendía ninguna orden y permanecía en dos patas casi en su totalidad relinchando enloquecida — sacudió la cabeza como queriendo deshacerse del recuerdo y de la sensación—, al final lo lograron cuando ambas estábamos ya agotadas... La tuvieron que dormir pues al examinarla se dieron cuenta que ingirió una planta venenosa que no tenía cura. Ese caballo... fue el último regalo que me hicieron mis padres —terminó por fin. Matías perdió su mirada en el hermoso jardín pensando que esa sí que era una razón suficiente para temerles. La anécdota era tormentosa de verdad—. Fue muy doloroso, yo... la quería mucho. Desde ese día no he podido acercarme a otro caballo sin tener miedo o culpa.

—¿Culpa? —preguntó extrañado. Andrea pensó un momento antes de terminar, le había contado casi toda la historia, pero hacía falta un pedazo que tenía prohibido decir.

—Bueno... sí... debí haberme dado cuenta que no se encontraba bien, la conocía perfectamente —él posó una mano sobre la suya buscando consolarla. Andrea al sentir su tacto cálido y suave giró hacia él aturrida.

—Eso le puede ocurrir al cualquiera Andrea, lo que sí es extraño es que el mozo no lo supiera y te hubiera permitido montarla —sonrió irónica recordando cómo Cristóbal había enfurecido con ella culpándola de la muerte del animal por su imprudencia. Él ni siquiera se detuvo a pensar con la lógica de Matías, simplemente la miró con reprobación recriminándole ser una persona egoísta e irresponsable—. ¿Qué?

—Nada, es sólo que... no había pensado en eso —el hombre supo en seguida que se reservaba algo. Decidió dejarlo así, después de todo le tuvo la confianza para decírselo. De repente Andrea se levantó quitando su mano de ese lugar agradable pero prohibido—. Creo que es mejor que vaya a dormir, mañana hay que trabajar y estoy un poco cansada ¿Está bien? —otra mentira, en realidad lo que quería era poner distancia entre ellos dos. Lo que ese asombroso hombre le despertaba al tenerlo cerca era más de lo que se podía permitir, debía pensar con claridad y no complicar también su situación ahí.

Él la observó un segundo pensativo deseando saber lo que por su cabeza pasaba, vencido asintió.

—Buenas noches, descansa —Andrea le regaló un pequeña sonrisa y desapareció si voltear ni una vez.

Matías se quedó con los ojos clavados en el espacio vacío de la banca. Estar ahí con ella platicando, parecía tan normal como si siempre hubiera ocurrido, su ausencia era tan dolorosamente evidente que sin comprender porqué, le provocó cierta desolación y nostalgia. Pensó un momento en lo que le acababa de platicar, la entendía. La experiencia debió ser aterradora, sin embargo, nuevamente percibía que algo faltaba, esa situación ya comenzaba a irritarlo. ¿Qué debía hacer?, ¿debía esperar?, ¿debía hablarle a su amigo y preguntarle? Esa solución enseguida la desechó, Cristóbal ya le había dejado muy claro lo que pensaba al relatarle muchos de los diferentes problemas y situaciones por demás molestas con Andrea. Suspiró perdiéndose en la espesura del cielo, en las estrellas que acaban de aparecer luminosas y brillantes, en la dueña de la noche que, en ese momento, se encontraba en cuarto menguante. Debía esperar, no tenía mucha opción, por otro lado, no podía perder de vista la razón por la que estaba ahí por muy hermosa y vulnerable que le pareciera.

Las semanas siguientes fueron relativamente más fáciles que la primera. Aun se cansaba bastante y no lograba terminar más de cuatro cestas en su jornada. Llegaba por la tarde a la casa, se duchaba, se cambiaba y bajaba a cenar. Todo sin un error, no llegaba retrasada y hacía todo lo que María le pedía. Con Matías las cosas también parecían ir mejor. En el desayuno poco platicaban, ya no la ignoraba como antes. Pero a la hora de la cena sí compartían un poco más, aunque en cuanto terminaban, él desaparecía encerrándose en su estudio, en su recámara o saliendo de nuevo.

Los fines de semana los pasaba la mayor parte del tiempo sola. Matías siempre se aparecía a la hora de la comida los domingos y conversaban sobre sus dudas acerca del libro. Esos espacios eran los que ella esperaba con más ilusión, aun sabiendo que no estaba bien, que no debían ser. No obstante sentirlo tan cerca le generaba una mezcla de seguridad y excitación. Él era endemoniadamente guapo y su aroma alertaba todos

sus sentidos, hablaba con ella de forma respetuosa, la escuchaba paciente y terminaba sin dudas al concluir esas horas a su lado, lo malo era que en cuanto el tema se agotaba, él inventaba algún pretexto y desaparecía.

Por otro lado, cada día le era más fácil escabullirse para ir con Pedro, ya estaban sincronizados y al parecer nadie sospechaba; cuando regresaba sentía que un tractor le había pasado encima por lo que caía profunda en segundos.

Para Matías las cosas eran muy diferentes. La atracción que sentía amenazaba con quemarlo en todo momento. Cada que entraba a esa maldita cocina lo permeaba todo con su aroma. Para esas alturas ya estaba seguro que fue pésima idea quitarle el maquillaje espantoso que traía puesto cuando llegó a la hacienda, ordenarle mantener su cabello limpio y exigirle a Cristóbal un guarda ropa “normal”. Su belleza natural lo perturbaba profundamente, el querer saber más de ella lo inquietaba todo el tiempo, verla tan obediente y adaptada, lo desconcertaba tanto que se encontraba a veces conjeturando miles de cosas sin sentido. María, Lorenzo, Indira, Pedro y hasta el mismo Ernesto, parecían estar encantados con ella y lo cierto era que Andrea parecía tener mucha humildad, siempre estaba dispuesta y hacía todo de buen modo, era amable, incluso servicial con los demás y regalaba sonrisas a diestra y siniestra, nunca mostraba superioridad o prepotencia. Diablos. Era demasiado consciente que necesitaba con urgencia encontrarle alguna falla, algún defecto, algo que le diera pie para bajarla de ese pedestal en el que se daba cuenta, comenzaba a ponerla. Intentaba permanecer alejado de ella en la medida de lo posible, sin embargo, los domingos esperaba con desesperación el momento de verla y platicar de lo leído en la semana. Pero en cuanto el tema quedaba resuelto, sabía que lo mejor era poner de nuevo distancia, aunque esto lo quemara por dentro y lo dejara listo para recibir un largo baño de agua fría y si tenía hielos, mejor.

Ya llevaba casi tres meses ahí. Las lluvias torrenciales acompañadas por el calor de agosto y septiembre estaban terminando, dándole poco a poco entrada a noches más frescas, incluso a veces demasiado, el frío lentamente iba adueñándose de todo, octubre estaba en su apogeo.

Andrea salió como siempre sigilosamente, ahora más abrigada que antes, por detrás de la casa sin sospechar que María terminaba de inspeccionar el trabajo de una de las chicas en una de las vitrinas donde se encontraban diferentes antigüedades. La mujer, quisquillosa desde que lo recordaba, solía hacerlo con la luz apagada ya que la iluminación del exterior delataba los detalles mal hechos. Un objeto aún sucio apareció frente a ella cuando de pronto un movimiento casi imperceptible llamó su atención. Se quedó quieta en su lugar. Entornó los ojos suspicazmente. No solía terminar tarde sus deberes, sin embargo, tendrían pronto visitas de una comercializadora muy importante y debía verificar que todo estuviera impecable, mejor aún, perfecto si era posible.

No logró a divisar quién era, pero por la silueta y el tipo de movimientos, parecía ser una mujer. Temeraria desde pequeña, la siguió sigilosamente. Ese cabello era inconfundible al igual que la altura, descubrimiento que la dejó aturdida. Pestañeó varias veces consternada, rogaba con todas sus ganas que Andrea no estuviera haciendo alguna tontería y que ella no hubiera sido tan ilusa e ingenua como para no darse cuenta. La joven volteaba de vez en cuando para verificar que nadie la siguiera. María sentía que el martilleo de su corazón la delataría, frustración e indignación comenzaban a apoderarse de ella como si de un tsunami se tratara. La siguió hasta que se detuvo en seco al ver a Pedro que se le unía en el camino— Par de chiquillos —juró por lo bajo. Ahora sí no tenía duda, ese muchacho era terrible y sabía de sobra que se habían hecho amigos allá en el campo. Volvió a maldecir sin detener su cuidadoso espionaje. Los dos chicos de pronto desaparecieron en el viejo granero. La mujer tomó aire y entró sin hacer ruido. A lo lejos se escuchaban sus voces. La siguió sin problema, se escondió detrás de una de las pilas de paja que estaba muy cerca de ellos, quería agarrarlos infraganti. Se sentía tan herida en su confianza y orgullo por esa niña que rechinó los dientes furiosa. En cuanto a Pedro, mocososo de pacotilla, ahora sí se encargaría que aprendiera la lección, nunca se había equivocado tanto. Esperó unos segundos y atusó el oído.

—A ver, enséñame —era la voz de Andrea, no parecía tener el más mínimo miedo ni remordimiento. Demonio de muchacha, pensó con las manos en un puño del coraje—. Pedro, esto no es lo que te pedí —parecía un poco molesta, sin embargo, lo decía cariñosa.

—Lo sé Andrea, pero es lo que pude —el chico sonaba culpable. María estaba a punto de entrar en escena cuando escuchó nuevamente a la joven.

—Pedro, yo arriesgo mucho cada noche escabulléndome hasta aquí para enseñarte cómo puedo lo que necesitas para regresar a la secundaria y tú me dices simplemente que “no pudiste” —al oír eso, la mujer abrió los ojos de par en par tapándose la boca por miedo a que se le saliera algún ruido debido al asombro. Andrea le estaba enseñando a Pedro.

—Lo sé, pero no tuve mucho tiempo, lo siento.

—No Pedro, si no pones de tu parte yo no puedo seguir y es más, si tú no le echas ganas le diré todo a Matías y a Ernesto, no me importa que a mí también me regañen, bien merecido lo tendré por intentar ayudar a alguien que no quiere que lo ayuden —Andrea parecía muy enojada. En el tiempo que llevaba de conocerla, nunca la había escuchado así, pero una parte de ella le daba gusto que alguien lo estuviera poniendo en su lugar a ese chiquillo rebelde.

—No, no por favor, quiero que sea una sorpresa y si les dices y aún no sé nada, mi apá y el patrón ya no me dejarán estudiar, ellos me lo dijeron —María ya comprendía el porqué del secreto y sintió cómo su corazón se le comprimía al entender lo que esa chica estaba haciendo. En ese instante sintió unas ganas terribles de

protegerla, ahora no tenía ni la menor duda: Andrea no era quien decían que era y la defendería del mismo Matías si era necesario.

—Entonces prométeme que harás los ejercicios que te dé y dejarás de quejarte por todo e inventando excusas —ya la había convencido ese muchacho de porras.

—Sí, lo prometo. No volverás a enojarte, lo juro —Andrea ya no dijo nada más. Con mucho cuidado salió de ahí, no iba a descubrirlos; lo que hacían no tenía nada de malo y cuando se llegara a saber ella intervendría por los chicos. Caminó serena hasta la casa para terminar sus quehaceres sintiéndose de nuevo orgullosa de su sexto sentido y regañándose por dudar seriamente de él, jamás le había fallado.

Andrea regresó a eso de las diez treinta a la casa. María esperaba escondida en la oscuridad; casi dos horas había estado con Pedro. Varias preguntas se agolparon en su cabeza: ¿Lo harán diario?, ¿siempre duraban lo mismo?, ¿nadie de verdad lo sabía? Decidió que los próximos días estaría más al pendiente para saber si así era, sentía mucha ternura por ella, trabajaba todo el día y aun así ayudaba a Pedro cuando podía ya estar profundamente dormida como hasta ese día todos creían.

Después de fijarse los próximos cuatro días, se dio cuenta de que así era. Ella se escabullía alrededor de las ocho treinta y Pedro la acompañaba de regreso a la misma hora que el día que los descubrió. El que no cruzara sola el casco de la hacienda y aquellos lugares desolados a esas horas, la dejó más tranquila, sabía bien que el lugar era seguro, pero nunca era bueno confiarse. Por otro lado, no debía descuidar ese tema por si Ernesto, Matías o cualquier otro se daban cuenta. Ambos muchachos tenían pésima reputación y ese par de hombres no dudarían en hacer el mismo juicio que ella había hecho, con la diferencia de que ninguno tendría la paciencia que ella tuvo para escuchar lo que en realidad pasaba.

Los días seguían transcurriendo, todo permanecía en perfecta calma. La cosecha estaba por terminar y Andrea se sentía más feliz ahí que en los últimos doce años. Sabía que Matías hablaba con Cristóbal cada cierto tiempo; ella no había tenido el más mínimo deseo de hacerlo y cuando éste le preguntaba si quería intercambiar unas palabras con su hermano, daba un tajante “no” por respuesta. Habían pasado ya demasiadas cosas entre ellos que no tenían solución y que probablemente nunca la tuvieran. Andrea sabía que él siempre estaría listo para creer lo peor, por otro lado, ella jamás le podría perdonar haber metido a esa mujer a sus vidas y que por su decisión, tuviera que haber vivido ese infierno. Todo eso, con el paso de los años, dejó heridas que jamás podría cerrar, pues sabía que si algún día lo hacía, tendría que ser con ayuda de un profesional ya que su niñez y adolescencia no fueron como debieron ser y eso la había marcado de muchas formas.

Matías sentía enloquecer. Cuando parecía avanzar en la relación con ella algo cambiaba en su mirada y retrocedía. Lo cierto era que sin sospecharlo, Andrea se sentía relajada y contenta a su lado. La seguridad que le brindaba aquel lugar y su dueño era algo que hacía mucho no experimentaba, no obstante, la atracción que sentía por él la hacía sentir insegura y demasiado vulnerable. No quería que se diera cuenta por ningún motivo, probablemente ardería de coraje y la echaría de ahí. Por otro lado, era el mejor amigo de su hermano, aunque en los últimos años su contacto hubiera sido escaso y como si todo eso fuera poco, tenía diez años más que ella, por lo que creía que probablemente la veía más como una chiquilla boba, revoltosa, inmadura, consentida y bastante desubicada, que como una mujer que estaba desesperada por vivir, olvidar, soñar y sentir.

Por lo que a Pedro respecta, a excepción del regaño de hacía unos días, parecía tomarse muy en serio las clases. Él era un chico que la llenaba de vida, sus comentarios la hacían reír hasta que el abdomen le dolía, también con sus burradas lograba hacerla enfurecer, sin embargo, disfrutaba cada noche de su compañía al igual que su ayuda en el día. Lo mejor de todo eso, era que a pesar de no tener experiencia como maestra, Pedro estaba avanzando. Debía reconocer que de verdad el muchacho tenía muchas ganas de aprender y enmendar su error, así que ella lo seguiría ayudando, sólo esperaba que las cosas salieran como las estaban planeando.

Llevaba varios días completamente sumergido Matías en su trabajo. La hacienda no le daba respiro,

además en una semana esperaba visitas de dos comercializadoras extranjeras que iban agregar sus productos y querían conocer los procesos. Por lo tanto apenas tenía un respiro. Sus momentos con Andrea los domingos por la tarde eran sagrados; comía con ella sin importar nada, ni siquiera si el mundo entraba en coalición y se quedaba a su lado hablando de flores y de la hacienda por varias horas. Cuando estaba con ella el tiempo dejaba de cobrar sentido y era consciente de su cuerpo, a tal extremo, que después de ese lapso debía inventar alguna excusa y desaparecer ya que estaba seguro de que si no lo hacía, la besaría y le haría el amor sin miramientos, ahí, sobre la mesa de ese lugar. Esa mujer lo tenía ya enfermo, desquiciado en realidad. No le molestaba sentirse así, al contrario, tenía que aceptar que era refrescante y completamente nuevo, incluso, comenzaba a percatarse que el recuerdo de Tania cada día era más débil y totalmente ensombrecido por las sonrisas genuinas de Andrea o por sus ojos anhelantes al querer saber más.

—Hijo ¿no tienes hambre?, mira que últimamente casi ni te apareces por aquí —salió de sus pensamientos al escuchar a María. Asintió aún atolondrado por el curso que llevaban sus pensamientos y comenzó a comer —. Matías, ahora que la cosecha termine ¿Qué haremos con Andrea?, al principio pensé en los caballos —él negó enseguida recordando su reacción—. Sí, lo sé, Héctor quedó tan impresionado con su rostro que aun después de tanto tiempo lo sigue comentando.

—Y créeme, no exagera María, debo confesarte que verla así a mí incluso me asusto, pensé que había perdido la razón.

—Bueno... es que con lo que te contó no es para menos hijo, esas cosas tardan mucho en quitarse, tu deberías ayudarla —el hombre frunció el ceño sin comprender cómo. La mujer estaba sentada frente a él con un vaso de agua fresca entre las manos.

—¿Ayudarla? María, creo que la tendría que llevar al hospital si la acerco a un caballo nuevamente —y eso era algo a lo que no pensaba exponerla, no después de ese día.

—Hijo, a muchos chicos aquí les pasan cosas parecidas. No digo que la obligues a montar de nuevo, pero si poco a poco la vas acercando de nuevo a ellos y haces que les vaya perdiendo el miedo, a lo mejor con el tiempo vuelve a montar... —Matías no había pensado en eso. Después de lo ocurrido simplemente se prometió no volver a causarle una impresión como aquella, sin embargo, lo que María decía no sonaba tan descabellado, podía intentarlo.

—Puede ser... tengo que pensarlo muy bien, no quiero volver a ver esa expresión en su rostro, en serio no te imaginas cómo se puso —la mujer lo miró comprensiva. Se daba cuenta de los sentimientos que él tenía hacia ella y de la manera que intentaba torpemente disimularlos o ignorarlos. Lo cierto era que ambos se gustaban y mucho, pero ninguno daba su brazo a torcer ya que debía aceptar que motivos no les faltaban, aunque ya para esas alturas sabía que era cuestión de tiempo. A Andrea no la conocía tanto, pero era una chica inocente y buena, ahora ya lo sabía y nadie la sacaría de esa idea. En cuanto a él, ni a su propia esposa miró de esa forma, esa joven lo tenía completamente embelesado y eso que aún no sabía lo que hacía por Pedro todas las noches.

—¿María? ¿Me escuchaste? —ésta asintió enseguida mientras él la evaluaba intrigado por su actitud ausente. Algo escondía—. ¿Pasa algo?

—No hijo, ¿Por qué la pregunta?

—Por tu sonrisa... algo ocultas —la mujer se puso de pie enseguida negando con la cabeza.

—Son tus ideas, pero bueno... ¿entonces qué haremos con ella? —Matías se dio cuenta de cómo lo evadía, sin embargo, logró captar de nuevo su atención con aquella pregunta—. En la empacadora las muchachas se la comerán viva y los chicos ni te cuento... —él lo sabía muy bien y esa no era opción.

—Lo sé, ahí no la puedo llevar... voy a pensarlo, aquí siempre hay mucho qué hacer, algo se nos debe ocurrir... Veo que es muy organizada y ordenada... Probablemente nos pueda ayudar en los graneros, oficinas de la hacienda, bodegas...

—¿Sola? No creo hijo, ella no puede cargar y mover tantas cosas —su voz sonaba preocupada—. Prometiste que serías menos exigente con ella —él sonrió al escucharla hablar así, de verdad Andrea la tenía comiendo de su mano.

—Por supuesto que sola no, le pondré ayuda. A lo mejor Pedro y alguien más para que hagan las cosas pesadas. ¿Qué pasa contigo María? la defiendes como si fuera un ángel y yo el diablo —la mujer sonrió ante sus palabras.

—No es eso hijo, es sólo que estos meses no nos ha dado ninguna queja... y tú prometiste...

—Sí, lo sé, no te preocupes. Ya te he dicho que estoy de acuerdo contigo en que hay algo que no cuadra, pero por más que intento que hable, no lo logro... En fin... lo cierto es que aquí no ha dado ningún problema y mientras así siga se le tratará con consideraciones y sin exageraciones, después de todo a lo mejor ya escarmentó y quiere cambiar —ambos se miraron sin decir más pero seguros de que eso no era.

Andrea estaba rendida, el trabajo en el campo era agotador. No podía quejarse, el tiempo se le pasaba de prisa y aunque no era muy rápida, se daba cuenta de que hacía mejor la recolecta al paso de las semanas.

—Gracias Lorenzo, nos vemos mañana.

—De nada señorita... descanse, hoy se ve más cansada —ella le sonrió amablemente.

—Lo estoy pero ya se acabó el día así que... —bajó de la camioneta y cerró la puerta tras ella. Elevó su mano para despedirse mientras él hacía lo mismo. Ese hombre le caía muy bien, siempre se mostraba atento y amable. En realidad todos en ese sitio eran gente que valía la pena, pensó al entrar rendida.

Se duchó sin perder el tiempo, se puso ropa limpia y a la hora de la cena ya estaba lista como siempre. Bajó tranquilamente, al llegar a la cocina vio que Matías ya estaba ahí. Últimamente casi no lo veía, cosa que sin poder evitar la decepcionaba, pero que fingía que le daba igual. En seguida la sangre se agolpó en su cabeza, él parecía cansado; sin embargo, estaba recién bañado y vestía un jean deslavado, una playera blanca y una sudadera gris que lo hacía parecer más joven. Pasó saliva con dificultad sonriéndole amablemente.

—Buenas noches.

Aún no se acostumbraba a verla aparecer así. Su aroma llenaba la cocina y su cabello suelto, como lo traía en ese momento, le despertaba un deseo abrazador. Era de verdad demasiada tentación.

—Buenas noches Andrea —ella se acercó como solía hacer hasta la enorme cazuela y olió alegre lo que había en su interior

—Te va a encantar. Es cocido de res, ahora que está el clima un poco frío te va a caer de maravilla —ella le sonrió al escuchar a María.

—Me imagino... huele, como siempre, delicioso.

Matías las observaba en silencio. Eso ya era parte del ritual de todas las noches, ambas hacían siempre lo mismo y la sensación le encantaba, lo hacía sentir... en un hogar. Se impresionó de inmediato de sus pensamientos.

—Siéntate hija, ahora les sirven —ella obedeció y se acomodó donde siempre. Él estuvo en especial callado. Andrea lo miraba de vez en vez desconcertada por su actitud, ya no solía ser así, si bien no era todo sonrisas, sí platicaban entre los tres de cualquier tontería logrando que el ambiente durante la cena siempre fuera ameno y agradable.

María también notó su cambio de ánimo, intentó integrarlo a su conversación un par de veces, pero al ver que no la seguía, se dedicó a distraer a Andrea que parecía preocupada por el cambio de Matías. En cuanto el hombre terminó la cena, desapareció dando un escueto “buenas noches”. Ambas se quedaron mirando el lugar por donde acababa de desaparecer.

—Está muy presionado, van a llegar las personas que te he comentado y ya de por sí el trabajo en ésta época es agotador —Andrea asintió un poco más tranquila al escucharla. Debía ser eso, no existía otra razón. Aun así sintió un pequeño nudo en la garganta; siempre esperaba las cenas como una de las partes del día que más le gustaban y esa no fue como solía. En cuanto acabó de engullir el delicioso caldo, le dio un beso en la mejilla a María, esa mujer se estaba convirtiendo en un ángel en su vida.

—Gracias... por todo —su mirada estaba llena de agradecimiento, era obvio que no era sólo por la cena. Un segundo después desapareció.

María se quedó helada ante la muestra de cariño. Se daba cuenta de cómo esos cambios de humor de

Matías la hacían sentir insegura y temerosa, seguramente creía que su estancia en la hacienda peligraba.

Matías, después de unos minutos de caminar en el jardín intentando ordenar su cabeza, decidió salir a cabalgar. Necesitaba sentir el aire en su rostro, oler el campo, sobre todo, distraerse un poco. Andrea se iría en unos meses y él tendría que estar preparado para eso. Ella sólo estaba de paso y no tenía el mínimo interés de convertir el lugar donde residía desde hacía muchos años en un “hogar” ¿o sí? Eso ya lo había intentado con Tania y el resultado fue un desastre, sin embargo, la comparación era absurda, ambas eran agua y aceite. Una era vitalidad, sonrisas, inteligencia, misterio y una belleza natural abrazadora, mientras que la otra era delicadeza, sensibilidad, ternura y femineidad. Tania era hermosa indudablemente, pero de una manera estereotipada, jamás estaba sin maquillaje. Raro fue el día que la vio sin él, sus atuendos eran elegantes y fuera de lugar en aquel sitio, era como si siempre estuviera lista para ir a algún evento y hacer gala de su impecable estilo. Eso en algún momento le gustó si era franco, le hacía sentir orgulloso de la mujer que tenía por esposa. Con los meses que pasaron en la hacienda, comenzó a molestarle ya que era la prueba perfecta de que no estaba cómoda en ese lugar y esperaba con ansia el regreso a la ciudad y lo había logrado. Después enfermó y todo fue chantaje, manipulación, frustración y dolor, mucho dolor. De sólo recordarlo regresaba el malestar de aquellos días, la soledad e impotencia al ver que su vida se venía abajo sin entender el porqué.

Se bajó del caballo, le quitó la montura, le dio agua y lo cepilló unos minutos. El animal lucía cansado después de hacerlo correr como hacía mucho no sucedía. Caminó tranquilo para la casa, cuando de pronto, unas siluetas en la oscuridad llamaron su atención. Se escondió detrás del muro más cercano que encontró y esperó. Los siguió a lo lejos dispuesto a saber quiénes eran. Un sudor helado recorrió su columna al identificarlos. Eran Andrea y Pedro. Maldición. Se movían sigilosamente, venían... llegando. Una furia casi ensordecedora se apoderó de él haciéndolo temblar por dentro, cerró sus puños apretando los dientes, ambos le habían estado viendo la cara a él y a todos.

Se acercó rabioso a la parte trasera de la casa. En ese momento se terminaría su jueguito.

—Mañana te veo, no olvides traer lo que te pedí —Andrea susurraba, no obstante logró escucharla perfectamente. No permitió que Pedro alcanzara a contestar cuando de pronto el muchacho sintió como una mano fuerte lo tomaba del hombro y lo hacía a un lado de un empujón.

—¡Eres increíble! —la joven no alcanzó a reaccionar pues todo estaba ocurriendo demasiado rápido y sin verlo venir. Se quedó ahí, helada, observando con temor y asombro la rabia avasalladora de Matías. Tragó saliva y buscó con la mirada a Pedro. Lo siguiente que pudo darse cuenta era que él la aferraba con rudeza del brazo y la acercaba a unos centímetros de su rostro—. En serio eres una actriz consagrada... ¡pero no más! ¿Entendiste?, ¡no más!

—Patrón, no, espere —Matías giró hacia el chico iracundo.

—¡Largo de aquí! Contigo hablaré después —Pedro negó con ansiedad tratando de zafar a Andrea de su agarre, sin embargo, ella parecía inmune a todo, los observaba, ya para ese momento, sin reflejar ninguna emoción. Eso enfureció más a Matías, hizo a un lado a Pedro sintiéndose fuera de sus cabales—. Qué te largues dije... y te advierto que ésta fue la última que hiciste, no debí confiar en ninguno de los dos, ¡vete de una maldita vez! —Pedro iba a luchar de nuevo cuando Matías, más ágil que él, entró a la casa y cerró azotando la puerta.

Sin soltarla, la obligó a caminar a su paso hasta llegar a la puerta de su habitación.

—Mañana hablaré con tu hermano, y te irás de aquí —Andrea sintió que el agujero en el corazón que, comenzaba a sanar, volvía a abrirse dejando expuestas todas esas viejas heridas con las que había convivido desde su infancia. Ni siquiera le preguntaba, daba por hecho que ambos estaban haciendo algo malo, como siempre todos la creían capaz de lo peor—. ¡Dime algo! —le exigió zangoloteándola midiendo su fuerza.

—Tú ya lo dijiste todo —murmuró con la mirada clavada en sus ojos. No veía ni un poco de remordimiento, de miedo, vaya, no veía nada que le demostrara que comprendía lo que acababa de hacer.

—Eres soberbia. Debí hacer caso de lo que tu hermano me dijo. Tú solo sabes morder la mano que te da de comer, herir a quienes confían en ti —la soltó mientras la escudriñaba despectivamente. Andrea continuaba

impávida—. Mañana no tendrás tregua en el trabajo, los días que te queden aquí seré implacable ¿comprendiste?, se acabaron las consideraciones, no te las mereces. ¿Cuánto tiempo llevan escapándose?, ¿qué hacían? —ella continuaba distante, fría. Eso lo estaba poniendo aún más furioso pero al mismo tiempo lo desconcertaba, era como si se aislara y estuviera en un lugar muy lejano donde absolutamente nada entraba ni salía—. Entra a tu recámara de una maldita vez —masculló sin saber qué más decir. Ella giró en redondo e hizo lo que le pidió sin chistar.

Ya en el interior esperó a que sus pasos se alejaran. Se encerró en el baño y sintió de nuevo ese frío en el cuerpo que tanto tiempo la había acompañado. No se defendió, ¿por qué? Se miró en el espejo sin verse. Muy sencillo, se contestó a sí misma agotada, estaba harta de que todos siempre parecían estar listos para creer lo peor de ella y aunque sabía que eso podría suceder, se imaginó que él la escucharía y la dejaría hablar, creería en ella. Pero se equivocó y ya no le importaba, ni él, ni nadie.

Se recostó con la mirada perdida dejándose llevar por los recuerdos de aquellos tiempos cuando sus padres vivían y era feliz, esos momentos en donde su vida era paz y seguridad. No soltó ni una sola lágrima, esas no servían de nada, sin embargo, permaneció con los ojos abiertos completamente ajena a todo.

Matías sentía náuseas de la rabia, se encerró en su estudio sopesando lo que acababa de ocurrir. No podía ir en esas condiciones con Ernesto, estaba fuera de sí, la rabia aún viajaba por su torrente como si una marea de ira lo hubiese revolcado. Encontrarla entrando a la casa a hurtadillas, notar el asombro primero y luego la frialdad de su mirada, lo dejaron colérico, parecía indiferente a su enojo, a todo. Pero las cosas no se quedarían así, esa muchacha aprendería, aunque fuera por las malas a comportarse, no podía pasarse la vida decepcionando a las personas. Bufó dando un manotazo a uno de los estantes. María se llevaría una gran sorpresa cuando supiera todo eso y sus trabajadores una inigualable llamada de atención ¿Cómo era posible que ese par hubieran podido escabullirse sin que nadie los viera? ¿Cómo?

Se sentó en uno de los sillones de su estudio hundiendo la cabeza en sus manos. Sólo hacía unos minutos pensaba que Andrea era casi un ángel a pesar de todo lo que sabía. ¿Por qué había sido tan ingenuo?, ¿cómo era que se había dejado engañar tan vilmente?

Tenía que pensar qué haría. No sabía si debía decirle a Cristóbal o ¿debía enfrentar su error y rectificar? Se sentía aturdido, rebasado y muy decepcionado.

Unos minutos después decidió lo segundo, fue demasiado condescendiente con ella y se dejó influenciar por María, no obstante eso terminaría, esa chica de sonrisa ingenua y mirada desconfiada, aprendería a dejar de jugar con las personas. En cuanto a Pedro al día siguiente hablaría con Ernesto, sus oportunidades terminaron en el mismo instante en que los descubrió.

Cuando la alarma sonó, se levantó dándose cuenta de que no durmió en lo absoluto. La actitud de Matías le había afectado más de la cuenta. Necesitaba hablar con Pedro y pedirle que dijera la verdad, no haberlo intentado sacar de su error fue una tontería, sin embargo, estaba tan acostumbrada a enfrentar así las cosas, que la reacción apareció en automático. Lo cierto era que él, al igual que todos, estaba listo para pensar lo peor de ella sin otorgarle oportunidad de defenderse, de explicar.

Se duchó, se vistió y cuando juntó todas sus fuerzas, bajó. En el comedor no estaba ni María ni él, no sabía si alegrarse o gritar, como siempre, no hizo ninguna de las dos. Se sentó en silencio y esperó a que le sirvieran sintiéndose aún ajena a todo. Era muy difícil intentar enfrentar las cosas de una manera diferente a la que solía. Indira le sonrió, pero como siempre, no platicó nada. Apenas pudo comer, era urgente que hablara con Pedro.

Cuando llegó al campo buscó al chico con la mirada ansiosa frotándose los brazos con un poco de desespero.

—Que tenga buen día, aquí estaré esperándola hasta que termine —de inmediato comprendió que Matías ya había dado la orden de que se quedaría ahí hasta sabía Dios qué hora. Lorenzo le regaló una sonrisa

compasiva y desapareció. Respiró profundo caminando sola hasta donde solía trabajar, una vez ahí, empezó su labor. La hora de la comida llegó y ni una señal de Pedro. ¿Dónde estaría? Las manos le sudaban de tan sólo pensar que lo hubiesen castigado, regañado... Dios, ¿por qué no sabía nada de él? Picó un poco de lo que le mandaron, para unos minutos después regresar a trabajar.

Ernesto había llegado poco antes de mediodía y cada que podía, la miraba molesto, con recriminación. Andrea evitó sus ojos cuando cruzaba por donde se encontraba recolectando sin cesar. Si Pedro no aparecía esa noche, no tendría otra alternativa salvo intentar hablar con Matías, no podía permitirse regresar a la capital, su vida quedaría arruinada ahora sí para siempre.

Ya estaba sola en los cafetales, llevaba casi siete canastos, los jornaleros se fueron en cuanto comenzó a oscurecer y lo peor era que aún no sabía cuántos tenía que hacer para que la dejaran marchar. El frío en aquel lugar era mucho más intenso por lo que de vez en cuando le castañeaban los dientes, por si fuera poco, su estómago comenzaba a exigirle comida. Los brazos le dolían como siempre, deseaba desesperadamente sentarse, descansar un minuto aunque fuera. Pero cuando se detenía, uno de los capataces le pedía amablemente que continuara. Cuando iba a terminar la octava cesta sintió que algo le picaba en la pantorrilla, no supo qué fue, pero enseguida sintió un pequeño ardor en la zona, se frotó con las manos encima del pantalón sintiendo un poco de alivio al hacerlo. Acabó la cesta casi a las nueve, ya no podía más, estaba sudada, sucia, las manos y brazos le pesaban, moría de hambre, de sed, pero sobre todo por poner su rostro en la almohada.

—Hasta ahí deje, mañana continuará señorita —Andrea asintió sintiéndose extrañamente mareada y con un intenso dolor de cabeza, debía ser el hambre, la falta de descanso, todo. Caminó dándose cuenta de que un sudor espeso le recorría el cuerpo desde los pies hasta la cabeza haciendo que su cabello se adhiriera a su nuca y rostro como si se hubiera mojado. Llegó hasta la camioneta de Lorenzo sin saber cómo lo logró.

—Necesita descansar con urgencia —el hombre la ayudó a subir al verla tan pálida.

Aún no entendía por qué el patrón le hacía eso a esa muchacha tan dulce, sin embargo, cuando lo cuestionó la respuesta fue tan dura que no dejó lugar a ningún otro comentario. Cuando llegaron a la casa Andrea sentía la vista nublada por mucho que pestañeaba para que desapareciera la molesta sensación; además, pequeños temblores le recorrían todo el cuerpo haciéndola sentir muy extraña. Bajó despacio intentando no preocupar a Lorenzo. Se despidió intentando sonreír. Caminó con mucho esfuerzo hasta el interior. Se detuvo un minuto para recobrar el aliento, pero al darse cuenta de las escaleras que tenía frente a ella, sintió que no podría llegar hasta su habitación. Resopló débilmente, necesitaba descansar, seguro después todo ese malestar desaparecería. Se agarró del barandal con todas las fuerzas que le quedaban y subió como pudo. El cuerpo le dolía demasiado, cada músculo, cada hueso, la ropa se pegaba a su cuerpo por el sudor. Abrió la puerta sintiendo que había corrido todo un maratón, sin saber cómo, se dejó caer sobre el colchón cerrando los ojos sintiendo que el aire no entraba con facilidad. Casi de inmediato le costó mucho más trabajo respirar, no sentía las piernas, su corazón martilleaba a un ritmo frenético, además que unas nauseas descomunales emergieron sin más, de pronto comprendió que necesitaba pedir ayuda. Se palpó la pierna sintiendo que esa zona se estaba quemando, ardía tanto que no podía siquiera aguantarlo, además lo sentía por debajo de la gruesa tela hinchado. No tenía idea qué animal le había picado, pero se daba cuenta que probablemente era ponzoñoso y el veneno ya estaba actuando en su torrente sin que nada lo detuviera. Intentó hablar e incorporarse, necesitaba avisarle a alguien, no pudo, tenía la garganta completamente cerrada y una extraña somnolencia la envolvía sin poder luchar contra ella, un espasmo le avisó que su estómago estaba a punto de devolver lo poco que ingirió en el día, no obstante, su cuerpo no le respondía. Tenía que salir de ahí, debía pedir ayuda.

Matías no podía creer lo que Pedro le acababa decir. Andrea le enseñaba todas las noches desde hacía casi tres meses. Era el tiempo que llevaba ahí. Dar con él le llevó buena parte del día. Ernesto estaba furioso y le

dijo que hiciera con él lo que creyera prudente, confesándole con tristeza que ya no sabía qué hacer con su hijo. Al amanecer tuvo que salir al rastro para vigilar un embarque importante, claro, no sin antes dar instrucciones sobre Andrea y hablar con el padre de Pedro. Cuando regresó para almorzar, no pudo ver a María ya que fue hacer las compras para las visitas que esperaban el siguiente fin de semana. Sabía que la mujer se pondría furiosa cuando supiera todo lo ocurrido. Maldición, la culpa lo tenía hecho su presa. ¿Por qué no les dio la oportunidad de explicarse? Pedro apareció a media tarde con la maestra de la escuela del pueblo. No quiso hablar con él escondiéndose tras ella, la mujer le informó que era imperioso tener una conversación con el padre del muchacho. Matías no comprendió nada, por lo que lo mandó llamar enseguida. ¿A qué se debía tanto misterio? Se preguntó en aquel momento sin poder ocultar su enojo. Cuando la maestra les relató todo lo que sabía y les hizo ver que ella misma le aplicó un pequeño examen en la mañana para poder probar lo que decía, los dos se quedaron helados.

—¿Estás diciendo que Andrea y tú se escabullían para estudiar todas las noches? —Matías se sentía más desconcertado que nunca. Eso no podías ser verdad.

—Sí patrón, intenté decirle ayer pero no me hizo caso y pensé que sólo me creería si se le demostraba que era verdad —se acercó más confiado al ver que Matías bajaba la guardia, sacó todos sus cuadernos de la mochila que llevaba en la espalda y se los tendió con seguridad. El hombre enseguida reconoció la letra de Andrea. Era cierto. El tiempo se les fue mientras la maestra platicaba con ambos haciéndoles ver que Pedro tenía que continuar con sus estudios, aun no estaba listo, pero si seguía así probablemente podría entrar a la secundaria. Ambos estaban atónitos. Matías sentía un agujero en el estómago y un remordimiento del tamaño del Everest. Nuevamente fue muy duro con ella. Recordaba su rostro la noche anterior, eso lo hizo sentir mucho peor. En cuanto aquella charla concluyó, decidió ir a buscarla, pero de pronto le hablaron de los cafetales; un grano estaba al parecer contaminado, sudó frío, si era así, las pérdidas podían ser millonarias. Olvidó todo y salió corriendo hacia allá mientras Ernesto se quedaba ahí resolviendo el problema con su hijo

Ya eran casi las nueve y media cuando entró a la casa. María acababa de llegar pues varios mozos estaban afuera descargando las compras. Caminó a la cocina, Andrea debía estar comiendo, acababa de hablar con Lorenzo y este le informó que hacía no menos de quince minutos la dejó ahí. Con la falsa alarma de la tarde no recordó decir que la regresaran a la hora de siempre a la casa. Ahora sí había cometido una grave injusticia. Esa chica lo estaba volviendo loco, era impredecible, extraña y demasiado hermosa y él... estaba definitivamente perdido por ella, ¿para qué continuar evadiéndolo? ya no podía ni quería luchar contra eso. Tomó aire antes de abrir la cocina e ingresó. María lo miró sonriente, estaba notoriamente atareada.

—Hola hijo.

—¿Y Andrea? —esa fue su respuesta. La mujer lo observó extrañada, Matías parecía confuso, ansioso.

—No sé, acabo de regresar, apenas estamos bajándolo todo —él giró sobre sus talones y salió enseguida de ahí. Debía estar arriba tan agotada que ni siquiera comió. Mierda. En serio se sentía pésimo.

Tocó su puerta despacio. Nada. Volvió a hacerlo pegando ahora el oído para intentar escuchar en el interior de la habitación. No se escuchaba ni un solo ruido. Abrió lentamente asomándose un tanto curioso, seguramente estaba rendida bajo las cobijas. El lugar estaba en penumbras, sólo entraba el reflejo de las luces del jardín a través de las ventanas, notó que estaban abiertas. La vio recostada sobre la cama hecha ovillo completamente vestida. No sabía qué hacer, debía estar demasiado exhausta como para quedarse así. Torció la boca arrepentido. Ya iba a cerrar cuando escuchó un pequeño gemido, se detuvo poniendo mayor atención, era como una queja pero apenas audible. Abrió de par en par la puerta y entró sigilosamente. Se acercó despacio hasta donde estaba, volvió a escucharlo, era ella. Frunció el ceño. La observó de cerca intrigado, en ese momento fue cuando se dio cuenta que temblaba como una hoja. Prendió la luz de la mesilla de noche ya seguro que algo no andaba bien. En cuanto la miró se quedó petrificado. Andrea estaba temblando, sus labios estaban transparentes y su cara estaba completamente pálida, unas pequeñas ojeras enmarcaban sus ojos y gemía quejándose. Tocó su frente, ardía. Sin pensarlo la hizo girar hacia él de inmediato.

—¿Andrea? —la llamó ansioso. Le daba pequeñas palmadas en las ardientes mejillas—. ¿Andrea? —estaba completamente inconsciente. Respiraba con dificultad y no parecía pretender volver en sí—. ¡María! —gritó ya impaciente—. ¡María! —continuó moviéndola ya con desespero—. Andrea... por favor reacciona, Andrea, veme maldición —pero ella ni siquiera parecía escucharlo, su cuerpo colgaba inerte entre sus brazos, parecía una muñeca de trapo laxa, sin vida.

—Hijo ¿qué pa... —no terminó de decir la frase cuando los vio. Se acercó de inmediato—. ¿Qué tiene?, ¿qué pasó?!

—No lo sé, llegué hace un momento y así la encontré. Ayúdame a desvestirla, está ardiendo en fiebre —la mujer se acercó, comenzó a quitarle la sudadera mientras él la detenía, para después despojarla de su calzado y poco a poco de los *jeans*. Algo llamó su atención inmediatamente aun en la oscuridad de la habitación.

—Hijo, llama a al doctor —Matías sacó su móvil y marcó tembloroso.

—Lorenzo, perdón por la hora, es urgente que traigas a Ramiro ahora mismo, Andrea está muy mal —y de verdad parecía medio muerta.

—Matías, prende la luz, mira —él hizo lo que le pidió y volvió a acercarse sintiendo más angustia que en toda su vida. Una de sus torneadas pantorrillas estaba hinchada y tenía las huellas de un... piquete. Ambos se miraron por un segundo sin saber qué decir.

—María... trae de inmediato el botiquín, corre, no sabemos hace cuánto tiempo le pico... Dios —la mujer salió rápidamente, mientras él mantenía a Andrea con el dorso en alto, debía de mantenerla así para que el veneno no llegara al corazón, si seguía con vida. Rogó sudoroso para que no fuera demasiado tarde. Podía jurar que esa era una picadura de alacrán y si ya habían pasado varias horas, Andrea no sobreviviría, no si fue uno de los que por ahí aniquilaban. La acercó a él sintiendo cómo la culpa, la angustia y el dolor atenazaban su pecho. No la dejaría morir, a ella no.

Comenzó a desabrochar la camisa que cubría una blusa guinda, decidido. Con cuidado se la pasó por lo hombros, cuando terminó rozó fugazmente su frente y la recostó sobre varias almohadas. Rasgó violentamente los *jeans* y de inmediato hizo un torniquete justo arriba de la zona afectada, sabía que ya no tenía mucho sentido, pero podría ser de alguna utilidad para el veneno restante; si es que existía aún, no continuaría viajando por su cuerpo. Un minuto después entró María apurada junto con Indira.

—Abre la regadera, con agua fría —le ordenó Matías a la muchacha. Él tomó la caja que María le tendía y sacó una solución que introdujo de inmediato en una jeringa. La golpeó un par de veces para sacarle el aire. Sujetó el delgado brazo de Andrea, buscó con pericia una vena dispuesta e introdujo en un segundo el

medicamento a su torrente sanguíneo. Agradeció en silencio saber hacer eso gracias a los cuidados que Tania había necesitado en diferentes ocasiones.

—María quítale blusa y los calcetines —la mujer obedeció mientras él se despojaba de su camisa quedando solamente en *jeans*. Al posar sus ojos sobre ella, los abrió sin poder evitar el asombro. Andrea ya solo contaba con su ropa interior, bragas y sostén por de más inocentes, no obstante, se quedó boquiabierto al ver que era completa y absolutamente perfecta, no le sobraba ni le faltaba nada. María la volvió a sentar como una muñeca sin vida sin mucho esfuerzo. De repente ambos observaron en su espalada dos cicatrices largas y delgadas de unos quince centímetros que le atravesaban por la parte baja. Se miraron en silencio desconcertados soltando respectivamente un suspiro de confusión. Matías recordó de inmediato que no tenían tiempo qué perder, la tomó en brazos y entró al baño con ella. Indira estaba ahí esperando más órdenes. Ingresó a la regadera sintiendo el agua helada. La puso de pie sujetando él todo su cuerpo y pegándola a su pecho con fuerza. Andrea pareció reaccionar por un segundo al sentir el líquido humedecer su afiebrado cuerpo para enseguida volver a desvanecerse. El hombre la mantuvo bajo el chorro varios minutos. La joven permanecía con la cabeza recargada en su tórax y los brazos colgando sin vida a los lados, mientras él sentía que moriría si algo le ocurriese, si no lograba reaccionar.

—Hijo... Lorenzo encontró a Ramiro en una rancharía de por aquí, ya está llegando —Matías asintió serio. Debía lograr bajarle la fiebre, no era médico, pero sabía que estaba demasiado alta y que una picadura de cualquier animal ponzoñoso si no era tratada a tiempo podía ser mortal. De repente Andrea se comenzó a retorcer en sus brazos. La sujetó más fuerte. Mierda, era una convulsión. Ella se movía violentamente, la pegó aún más a su pecho sintiendo cómo poco a poco el episodio pasaba. Le dio un beso en la cabeza sintiendo un nudo en la garganta, no le gustaba sentirla tan vulnerable, tan frágil—. Vas a estar bien... te lo prometo —le susurró junto a su sien jurándose a sí mismo que así sería—. María una toalla. Indira, apaga la regadera —Al salir envolvió delicadamente el cuerpo tembloroso de Andrea y la llevó en sus brazos hasta su cama. Ahí la recostó con una delicadeza que hasta ese momento María no había visto en él.

Matías observó fijamente a la enferma quitándole el cabello que se le adhirió al rostro. Seguía muy pálida y movía la boca diciendo palabras inaudibles.

—¿Matías?... ¿qué pasó? —al escuchar la voz de Ramiro sintió que el alma le regresaba al cuerpo. Le narró todo, incluyendo el antihistamínico que le suministró—. Perfecto —ahora déjame examinarla ¿de acuerdo? —él asintió sin desear alejarse mucho de ella. Unos segundos después observaron cómo tomaba su pulso, escuchaba su corazón, su respiración, de repente otra convulsión. Matías se acercó sin poder evitarlo para sujetarla tierna y firmemente. En cuanto concluyó el episodio continuó el examen—. ¿Tienen una idea de hace cuánto le picó? —preguntó Ramiro abriendo sus párpados para ver las pupilas.

—No, yo entré y ya estaba así.

—Eso no es bueno, no sabemos hasta dónde ha llegado el veneno, aunque es evidente que al corazón no, gracias a lo que le inyectase y el torniquete, a los pulmones tengo mis dudas, respira con dificultad —volvió a poner el estetoscopio sobre su pecho y escuchó atento.

—¿Qué debemos hacer?, ¿la trasladamos a Córdoba? —Matías la llevaría al fin del mundo si eso le daba esperanzas.

—Aguarda... el camino, aunque fuese en helicóptero, la desgastaría más y nos quitaría un tiempo valiosísimo. Necesito varias cosas, ¿alguien puede ir por ellas al dispensario?

—Por supuesto... tú dinos qué hacer.

—Aquí tienes una unidad de primeros auxilios, necesito ver lo que es de utilidad en lo que le hablo a Chayo para que abra el dispensario y le dé, a quien mandes, lo que pediré —Ambos salieron de ahí de inmediato mientras María e Indira se quedaban con Andrea poniéndole paños de agua fría sobre la frente. A los veinte minutos regresaron. El doctor le colocó un respirador artificial al que tenían que estar bombeando manualmente, así que Matías se acomodó a su lado y comenzó a hacerlo.

—Tiene el pulso muy débil. María trae por favor una solución con azúcar y una pizca de sal, corre —en cuanto lo dijo miró a Matías.

—Está un poco deshidratada, en cuanto llegue el suero anti alacrán se lo pondremos, estoy seguro que eso fue lo que la atacó —se sentó a los pies de la enferma y empezó untarle algunos ungüentos en el piquete, para un segundo después pincharla justo a un lado donde el animal había derramado su ponzoña. Andrea seguía inconsciente—. Matías si no cede la fiebre en unas horas el pronóstico no es muy alentador, debemos bajársela a como dé lugar. Espero que con lo que me traigan lo logremos y que estemos en tiempo —el responsable de aquella chica que yacía a su lado inconsciente asintió sin dejar de observar su rostro cenizo, esa belleza era su responsabilidad no permitiría que nada le ocurriera.

Cuarenta minutos después llegó todo lo que se pidió. Rápidamente se le administraron medicamentos por medio del suero, se le colocó un inhalador conectado a un pequeño tanque de oxígeno.

—Ahora sólo queda esperar...— María continuaba poniéndole paños de agua sobre la frente mientras Matías lo observaba todo.

—¿Le hablarás a Cristóbal?

—No lo sé... si no mejora creo que no tengo alternativa —el silencio se apoderó del lugar por algunas horas en las que los tres se limitaron a verla ahí, postrada, aguardando y rezando para que los medicamentos y remedios surtieran el efecto deseado.

Ya pasaban de las doce, la temperatura parecía no ceder. Matías seguía con el pantalón húmedo y se había puesto la camisa sólo por encima. Ramiro le tomaba la presión en plazos regulares al igual que los latidos y su respiración, nada cambiaba.

De pronto Andrea comenzó a hablar. Todos se pusieron en guardia de inmediato. Movía su cabeza agitada de un lado a otro.

—No... no... Mayra por favor, basta... no... —sollozaba angustiada. María giró hacia Matías desconcertada con el ceño fruncido. Costaba entender sus palabras, aún más con la máscara que suministraba oxígeno, pero ambos estaban seguros de lo que escucharon. Matías se acercó hasta quedar a un lado de la mujer y así poder ver mejor el demacrado rostro de Andrea sufrir por sus delirios—. No, él no... ¿por qué? te odio por favor para esto —y de pronto un llanto convulso de apodero de su débil cuerpo.

—¿Qué sucede? —le preguntó Matías a Ramiro preocupado.

—Está delirando, seguramente es algo que la perturba... no lo sé, debemos esperar, si en unas horas no empieza a ceder me parece que debemos trasladarla, el animal era bastante ponzoñoso o intervenimos tarde.

—María, ve a descansar, yo me quedaré aquí. No vale la pena que los dos estemos cansados.

—Hijo... —éste colocó una mano sobre su hombro con afecto. De verdad esa mujer de acero se había encariñado con Andrea, jamás hacía cosas así por nadie.

—Por favor... si no quieres irte a tu casa, descansa en uno de los cuartos. Yo te avisaré ante cualquier cambio —asintió resignada. Sabía que con Matías no podría discutir a pesar de que él lucía también bastante mal.

—Pero primero cámbiate de ropa, tú enfermo no nos servirás de mucho —en ese momento recordó que aún llevaba puesto el pantalón húmedo y la camisa abierta. En cuanto regresó ya seco María desapareció.

Él continuó con la labor de la mujer. Le cambiaba los paños cada que se calentaban mientras le acariciaba el rostro estudiando cada facción de su hermoso rostro. Necesitaba verla sonreír, quería ver con urgencia esos ojos verdes que lo intrigaban tanto. Había sido tan injusto con ella, debía decírselo. Tomó uno de sus mechones y se lo acomodó detrás de la oreja sin dejar de contemplarla. Ella volvía a inquietarse, continuaba diciendo cosas sin sentido, sin embargo, no pasó desapercibido el nombre de aquella mujer. ¿Qué escondía?, ¿por qué le pedía que se detuviera? Limpiaba sus lágrimas delicadamente para luego continuar refrescándola.

Eran un poco más de las tres de la mañana cuando comenzó a sudar tanto que las sábanas parecían estar entrando a un río. Matías y el médico estaban exhaustos.

—Ramiro, está empapada —éste se levantó de inmediato del sillón donde dormitaba. Le tomó la temperatura volviendo a revisarla.

—La fiebre comenzó a bajar gracias a Dios —Matías sintió un asombroso alivio al escucharlo. Eso quería decir que lo que seguía era recuperarse, que volvería a verla andar por doquier con esa sonrisa pegada al

rostro.

—¿Y ahora qué?

—Debe empezar a mejorar en teoría, sólo que debemos estar muy pendientes que la fiebre no regrese.

—¿Puede volver? —enseguida volvió a preocuparse.

—No suele pasar... sin embargo, no hay que confiarse, el veneno de estos animales es traicionero. Va a tener que guardar reposo algunos días.

—De acuerdo.

—Las indicaciones las daré mañana, ahora hay que esperar a que siga bajando la calentura y luego cambiarle las sábanas para que no le dé una gripa, en sus condiciones se convertiría de inmediato en pulmonía.

—Bien, yo me haré cargo. A lado hay una habitación, descansa y cualquier cosa te despierto, ¿sí?

—¿Seguro?

—Claro, no sabes cómo te agradezco todo lo que hoy has hecho.

—Me parece que tú has hecho más Matías, de todas formas no me des la gracias, es mi trabajo y te tomaré la palabra. Si no hay más novedades, por la mañana vendré ¿de acuerdo? —Matías asintió sin soltar la mano de Andrea que mantenía sujeta desde hacía varias horas.

En cuanto dejó de transpirar de esa manera, la destapó poniéndole enseguida otra frazada seca que se encontraba a la los pies de su cama y con la cual Ramiro se había estado cubriendo. La envolvió con cuidado para después llevarla en brazos al otro extremo de la cama. Observó el desastre que era la habitación; lo primero que debía hacer era vestirla. Buscó entre sus ropas alguna pijama que fuera fácil de poner, encontrarla fue sencillo, todo estaba immaculado ahí, pestañeó observando todas sus cosas cuidadosamente dobladas o colgadas, ella era así, organizada. Comprendió al sentir otro pinchazo en su corazón. Sacudió la cabeza dándose cuenta que por ahora eso no importaba. Se acercó hasta ella y la descubrió con cuidado. Con suma delicadeza la fue vistiendo mientras la joven se quejaba quedamente. Al bajarle la blusa, nuevamente aquellas cicatrices en su espalda robaron su atención, las siguió con la yema de sus dedos cuidadosamente. Podía asegurar que parecían hechas con una especie de látigo o fuelle. Juró por lo bajo preguntándose irritado ¿cómo se las habría hecho? Enseguida su abdomen plano llamo su atención, Andrea era preciosa, demasiado para ser verdad, concentrarse estaba resultando extenuante, tenía una figura bellísima y digna de poder pasar una eternidad contemplando. Sin embargo, en ese momento, se sintió despreciable por verla con esos ojos. Estaba delicada y él debía cuidarla, nada más. Una vez que la vistió, quitó ese lado de las sábanas, puso el grueso edredón por encima, acomodó las almohadas, la volvió a colocar ahí con dulzura, buscó otra frazada que encontró en su armario y la arropó dejándola completamente seca y abrigada. El trabajo lo dejó agotado, por un segundo se arrepintió por no pedir ayuda, no obstante, una extraña posesividad lo embargó al saberla medio desnuda bajo las sábanas, así que aunque la tarea resultara extenuante, no le importó, Andrea se merecía ese tipo de atenciones y sospechaba que muchas más. Unos minutos después se acomodó en el sillón que varias horas atrás acercó a un costado de la cama y decidió dormir un poco.

Al escuchar que llamaban a la puerta, despertó. Antes de abrir inspeccionó a Andrea, continuaba dormida, ya no estaba tan pálida.

—Soy yo —enseguida entró Ramiro parecía aun cansado—. ¿Cómo ha seguido?— Matías se frotó los ojos despabilándose un poco.

—Mejor... supongo —El doctor sacó sus instrumentos y volvió a examinarla.

—Hijo... —era María asomada por la puerta

—Pasa, Ramiro la está revisando —eran ya poco más de las siete. La mujer obedeció y se puso a su lado.

—Todavía se ve mal —susurró angustiada.

—Lo sé, pero la fiebre ya pasó hace varias horas y no ha regresado.

—Así es, ella va a estar mejor. Ya respira por sí misma. Le voy a quitar el oxígeno, espero que despierte en unas horas para poder quitarle el suero.

—Dios... que buena noticia —Matías por fin se pudo relajar un poco al escuchar el pronóstico.

—Por ahora no hay mucho qué hacer, ella debe descansar y recuperar fuerza —Ramiro comenzó a quitarle el inhalador mientras María y Matías lo observaban—. Listo.

—Vamos a que desayunen algo —Matías dudó, no quería dejarla sola.

—No despertará hasta dentro de un par de horas, aún no pasa el efecto del medicamento que le administré.

—De acuerdo, pero que suba una de las muchachas y se quede aquí en lo que regresamos, no quiero que esté sola —María sonrió asintiendo.

Una vez atendido el estómago, Ramiro subió a ver cómo seguía Andrea para después irse. En la cocina sólo quedaron ellos dos y una chica que lavaba los platos, así que María le inventó un quehacer en otra parte de la casa para que los dejaran solos.

—¿Qué pasa Matías? —éste la miró un segundo pero enseguida regresó su atención a la taza de café.

—¿Sabes lo que hacían Pedro y Andrea durante las noches los últimos meses? —ella asintió seria. Él abrió los ojos atónito—. ¿Tú lo sabías?, y ¿por qué diablos no me los dijiste?

—Porque supe que Pedro quería que fuera una sorpresa. Hace unas semanas me di cuenta y la seguí, escuché su conversación y al saber de qué se trataba decidí no decir nada, no tenía nada de malo.

—Lo sé... si yo hubiera esperado o por lo menos escuchado habría comprendido lo que ocurría en realidad.

—Si no fue así ¿cómo es que lo sabes? —Matías le narró cómo sucedió todo. María lo reprendió con la mirada toda la conversación pero no lo interrumpió, era evidente que se sentía arrepentido, responsable—. Hijo no es tu culpa que ese animal le hubiera picado si es por eso que te sientes tan mal —lo notaba bastante desconcertado y ansioso, la preocupación por Andrea era evidente y su remordimiento más.

—No puedo evitarlo, ella no está acostumbrada a estos lugares, no sabía qué debía hacer ante una situación como esa, por no pedir ayuda pudo morir —de sólo pensarlo sentía que la sangre dejaba de caminar por su cuerpo.

—Sí, en eso tienes razón, ella no pertenece a éste lugar, sin embargo, me atrevería a decir que con el tiempo la he visto cada vez más contenta —él asintió entendiendo a lo que se refería—. ¿De qué crees que serán esas cicatrices en su espalda? —Matías estaba pensando justamente lo mismo.

—No lo sé, pero a mí también me llamaron la atención, parecen hechos por un fuelle, látigo o algo por el estilo pero no podría asegurarlo, de todas formas ¿cómo se los hizo? No es una zona a la que ella tenga acceso.

—Matías, algo no está bien, no me gusta todo esto. Andrea oculta cosas, pero por más que pienso no sé qué puede ser.

—Ahora que mejore intentaré hablar con ella, pero no es fácil María, esquivo mis preguntas todo el tiempo.

—Tú también escuchaste el nombre de la esposa de Cristóbal, ¿Por qué habrá dicho que la odiaba, qué pasará? —negó igual de desconcertado. Las cosas eran turbias y extrañas, no obstante, averiguaría qué diablos sucedía. Necesitaba saberlo, esa mujer lo tenía completamente hipnotizado y sentía que no debía lastimarla más, al contrario, si él podía hacer algo por ella lo haría, su corazón le pedía a gritos ayudarla aunque no supiera muy bien porqué o para qué.

Ambos se quedaron pensativos cuando de pronto, escucharon voces a lo lejos. Matías no dudó, ni siquiera esperó a identificarlas, salió disparado de la cocina y llegó de inmediato hasta la recámara de Andrea con el corazón latiéndole muy fuerte.

Ella estaba despierta, completamente pálida, con la frazada bien aferrada y tapándose hasta el cuello. Veía a Ramiro desconfiada, con temor, mientras éste intentaba explicarle quién era, pero la joven parecía no importarle, le exigía que se alejara.

—Ramiro... espera —al escuchar la voz de Matías, Andrea se relajó un poco. El dueño de aquella hacienda, se acercó tranquilamente hasta quedar a su lado, se hincó en el piso para quedar a su altura y la miró con toda la ternura de la que era capaz. Estaba asustada, eso era más que evidente.

—Andrea, él es Ramiro, es médico. Ayer te picó un alacrán y estuviste muy mal. Deja que te examine... por

favor —sus ojos agotados y hundidos pestañearon varias veces, de verdad estaba muy demacrada.

—¿Un alacrán? —no se acordaba de nada. De pronto despertó sintiéndose demasiado cansada y adolorida. Lo siguiente que vio era que ese hombre le bajaba la frazada para intentar descubrir su pecho. Lo recuerdos de sentirse tan expuesta en diferentes ocasiones y no saber qué había ocurrido la golpearon sin piedad.

—Sí, te picó en el campo... —la ayudó lentamente a recostarse de nuevo, sintiendo cómo no dejaba de verlo.

—Pero... no comprendo —logró decir Andrea con voz áspera y ronca— ¿Quién... me cambió? —Matías la estudió arrugando la frente completamente desconcertado. Le parecía increíble que de todas las preguntas que pudiera formular hubiese hecho esa.

—Yo Andrea —intervino María con una sonrisa torcida -, ahora deja que Ramiro te revise ¿de acuerdo? —ella asintió más tranquila. Los párpados los sentía como dos lozas sobre sus ojos, su cuerpo acababa de hacer un gran esfuerzo al creer que debía defenderse.

Matías le agradeció a María con la mirada. Ambos se daban cuenta de que algo más le había ocurrido en su pasado, su reacción fue de terror y desconfianza, a pesar de su debilidad se intentó defender, cuestión que los alertó de inmediato.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó el médico mientras guardaba todo quitándole delicadamente el suero que hasta ese momento no se había dado cuenta, traía.

—Me... duele todo, sobre todo... la pierna y tengo... sueño —lo decía cabeceando. Los presentes sonrieron al escucharla.

—Es normal Andrea, debes descansar y comer muy bien, en unos días te sentirás como nueva.

—No tengo... hambre —articuló débilmente.

—Lo sé pero debes comer, si no te volveré a poner ese suero y no podrás ni siquiera levantarte de la cama —la joven respiró profundo asintiendo—. ¿Comerás?

—Sí... —no tenía más opciones, no quería estar conectada a eso si podía evitarlo.

—Enseguida te traerán algo de comer ¿de acuerdo? —ella asintió ya más dormida que despierta. María mandó a la muchacha que la estuvo cuidando por sus alimentos y enseguida los tres salieron de la recámara—. Va a estar perfectamente, si tuvo la fuerza para alejarse de mí quiere decir que sólo es cuestión de días. De todas formas estaré viniendo y ustedes no la dejen excederse, se ve que tiene su carácter —ambos asintieron serios.

María acompañó al médico mientras Matías regresaba a la habitación. ¿Qué le había ocurrido como para reaccionar así ante Ramiro? Se acercó de nuevo hasta ella y se sentó a su lado.

—¿Ya... se... fue? —pensaba que estaba dormida, no abría los ojos. Sujetó su mano con ternura.

—Sí.

—Lo... siento —él frunció el ceño sin comprender a qué se refería—. Me... asusté... cuando lo... vi.

—No hables Andrea, no pasa nada. Ahora debes cuidarte ¿de acuerdo? Ya platicaremos cuando estés mejor —escucharla le provocaba una necesidad tremenda de abrazarla y de jurarle que todo iría bien, que nada le ocurriría—. Matías... —abría los ojos con lo que al parecer era un esfuerzo enorme—. No... es... lo que tu... piensas —él quería silenciarla pero no se atrevió— Pedro... —tomó aire para seguir pues le estaba resultando ya casi imposible tener fuerza para hacerlo. El hombre al ver por dónde iba, le puso un dedo cariñoso en los labios acercándose más a ella para quedar a unos centímetros de su aún muy enfermo rostro.

—Lo sé todo, no tienes nada que explicarme, debí escucharte... yo soy el que lo siente Andrea —se perdió en su mirada sintiendo como volvían aquellas mariposas, retornaban. El ruido que hizo la chica al entrar logró que se separaran de inmediato.

—Aquí está la comida patrón, ¿quiere que se la dé?

—No Inés, déjala ahí yo me encargo —la muchacha desapareció enseguida. Andrea ya había cerrado de nuevo los ojos. Sonrió. Despacio pasó un brazo por debajo de sus hombros irguiéndola un poco, acomodó unas almohadas en su espalda y la ayudó a recostarse nuevamente en ellas. Andrea gemía con cada movimiento por lo que no estaba seguro de que estuviera mucho mejor. Tomó la mesilla con la que trajeron su

comida y se la puso sobre las piernas. La joven apenas y era consciente—. Andrea... prometiste que comerías —ella abrió lentamente los ojos—. Anda, aunque sea un poco, después dormirás lo que quieras —la chica sonrió levemente asintiendo, recargó su cabeza en la cabecera mientras él comenzaba a darle pacientemente cucharada tras cucharada. Más de una vez pensó que estaba profunda, pero cuando le hablaba, abría la boca con esfuerzo y recibía lo que le daba. Tomó poco más de medio plato.

—Ya... no puedo... estoy... cansada —se sintió satisfecho por lo que ingirió así que retiró la charola y la ayudó acurrucarse nuevamente. Enseguida supo que se durmió.

No tuvo idea de cuánto tiempo permaneció ahí, a su lado, observándola. Lo cierto era que no se cansaba. Escuchar su respiración, acariciarle el rostro sin que ella pudiera evitarlo, estudiar su gesto en completo abandono, lo llenaban de una profunda paz y tranquilidad que jamás había experimentado.

—Hijo... —María no esperaba verlo así cuando abrió la puerta. Matías prácticamente parecía un león acechando a su presa. Él giró un segundo hacia ella para enseguida regresar su atención a la belleza que tenía frente a sus ojos—. Te buscan...

—Diles que lo que necesiten se lo pidan a Ernesto, hoy no pienso moverme de aquí —susurró para no despertarla.

—De todas formas debes darte un baño, descansar un poco —él negó sin verla. Estudiaba a Andrea de una manera que dejaba bastante claro lo que sentía por ella. María no supo si alegrarse o preocuparse al ver el cuadro que tenía enfrente. Esa niña le simpatizaba mucho, incluso le tenía cariño, sin embargo, le daba la impresión que existían cosas en su pasado que podían ensombrecer su presente y peor aún, su futuro—. Está bien... como tú quieras. Estaré en la cocina, marca si necesitas algo —el hombre asintió y continuó deleitado por cada rasgo del hermoso y apacible rostro de Andrea.

En algún momento el sueño lo venció y se quedó dormido en el sillón que aún permanecía cerca de la cama.

Andrea sintió la garganta muy seca, abrió lentamente los ojos. Le costó unos segundos recordar dónde estaba y lo que sucedió. Tenía sed, demasiada, giró despacio en busca de agua, le dolían todos los músculos del cuerpo y la cabeza le martilleaba de forma insoportable. De pronto descubrió que Matías estaba ahí, sentado a un lado de su cama. Se quedó paralizada por unos segundos. Estaba dormido tranquilamente en aquel incómodo sofá. Sin poder evitarlo lo estudió durante unos minutos, nunca lo había visto así de apacible. Respiraba lentamente y lucía cansado. Sintió un pinchazo de culpabilidad. Recordaba vagamente lo ocurrido la última vez que despertó. Él le dio de comer y la trató como nadie lo hacía, fue tierno e imposiblemente cariñoso en cada una de sus palabras. La garganta comenzó a picarle de nuevo, la sentía áspera así que intentó incorporarse para tomar un vaso con agua que se encontraba en la mesa de noche; el esfuerzo era demasiado. De repente una enorme mano la interceptó en el camino. Enseguida supo quién era.

—¿Qué haces? Recuéstate —ordenó repentinamente despabilado. Ella alzó los ojos sin saber muy bien cómo reaccionar. Él se levantó y la acomodó nuevamente sobre las almohadas—. ¿Tienes sed? —la joven asintió sin poder articular palabra por tener la boca tan seca y por su cercanía si era sincera. Matías le sirvió un poco y se lo acercó dulcemente, le ayudó con paciencia absoluta a tomar pequeños tragos que para ella eran como el paraíso. El esfuerzo la agotó de inmediato—. ¿Listo?

—Sí... gracias —él, sin poder contenerse más, comenzó a acariciar su cabello con la yema de los dedos para después descender hasta su mejilla, ambos se miraron de pronto completamente ajenos al mundo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó sin perder la conexión.

—Mejor pero... me duele... mucho la cabeza —su enfermero personal continuó sin quitar su mano, solo que descendió de repente hasta su cuello. La sensación era demasiado nueva e intensa para Andrea.

—Es normal, estuviste muy mal. Debes dormir y cuidarte —ella asintió absorta en sus ojos miel—. Hablaré con Ramiro para ver qué te puedo dar para el dolor ¿de acuerdo?

—Sí... gracias... pero... no quiero causar tantas... molestias —era evidente el esfuerzo que hacía para hablar, así que volvió a silenciar su boca con su dedo índice.

—Sh... No es ninguna molestia Andrea, tú sólo cuídate, yo me encargo de lo demás —no recordaba la última vez que se sintió tan segura y protegida. La imagen de Cristóbal se abrió paso en su mente sin comprender por qué, de inmediato su mirada se ensombreció. El hombre notó el cambio en su ánimo—. ¿Qué sucede?, ¿te sientes mal?

—¿Le... le hablaste a Cristóbal? —eso era lo que cambió su expresión.

—No, quería esperar, ¿quieres que lo haga? —ella negó sin dudar. Él posó una mano en su frente tranquilizándola moviendo de un lado al otro su dedo pulgar, esas caricias estaban siendo demasiado íntimas... y placenteras—. Está bien, no lo haré... pero tú tienes que prometerme algo —Andrea lo miró desconcertada—. Cuando estés mejor tendremos una larga platica... tengo muchas dudas y quiero que me las aclares —al escucharlo dejó de verlo aspirando profundamente. No podía decirle nada, no debía—. ¿Andrea?... no voy a permitir que sigas esquivándome, necesito saber qué ocurre en realidad, sé que tú versión de tu pasado es muy diferente a la de él.

—Matías... yo...

—Sh, ahora no, ahora vas a descansar y a comer porque ya es medio día.

—Pero tú...

—¿Siempre debes de repelar de todo? —ella se sonrojó al escucharlo desviando la mirada. Matías se dio cuenta de que sonó un poco duro, acunó su barbilla para que lo viera—. No estoy enojado, sólo quiero que aprendas a dejarte cuidar, a mí no me pesa, ni a nadie de ésta casa, pero si desobedeces entonces sí estaré molesto.

—Pero tú debes tener cosas que hacer...—

—Nada es más importante ahorita que tu salud, así que no hay más que hablar —le guiñó un ojo y se acercó a ella para darle un dulce beso en la frente. El gesto la dejó perpleja, con el corazón bombeando peligrosamente. ¿Qué estaba ocurriendo?, estaba muy cambiado. Un segundo después ese hombre que la estaba enloqueciendo con sus actitudes, descolgó el teléfono y pidió su comida.

Matías salió un momento de la habitación, el ambiente se sentía plagado de electricidad, esa mujer lo enloquecía, ya no podía negarlo ni evitarlo, pero no era el momento para dejarse llevar, ella estaba aún delicada y débil, muy débil. Sin embargo, sentía una fiera necesidad de cuidarla, de tocarla, de sentir su piel bajo sus manos, quería que confiara, que creyera en él, deseaba como nunca deseó algo, que esa mirada se posara en la suya para siempre.

Se echó agua en el rostro y unos minutos después ya estaba de regreso, ella se había vuelto a dormir. La dejó descansar un poco más perdiendo la mirada en el jardín.

—Hijo... aquí está la comida —era María. La mujer depositó la charola sobre la gran cómoda y se acercó a Andrea—. ¿Ha vuelto a despertar? —Él asintió desde su lugar—. ¿Se la darás de nuevo tú? —volvió a asentir. María se acercó y lo observó por un momento—. Matías... esa muchacha... la quieres ¿no es cierto? —el hombre no mostró asombro ni desconcierto ante la pregunta.

—No lo sé... esto... nunca lo había sentido —confesó con sinceridad. La mujer buscó el punto en que aquel muchacho que conocía desde que nació, tenía posados sus ojos.

—Tú amaste a tu esposa, no lo dudes. Sin embargo... hay sentimientos que son así... no te avisan y de pronto... te golpean tan fuerte que ya no puedes reaccionar ni volver a ser el mismo.

—¿Te ha ocurrido?

—No de esa forma, pero lo vi un par de veces de joven en gente de los alrededores, aunque con Pancho te puedo decir que la forma en que miré el mundo después de quererle, no fue jamás igual y aunque ya falleció, sé que él fue el indicado, lo supe desde el primer día —él escuchó atento. Eso había creído con Tanía, su relación duró años, la amaba, pero el tiempo y las situaciones desgastaron los sentimientos. Ahora era diferente, a Andrea la había tratado poco aunque platicaban, intercambian risas, no profundizaban y sin embargo, desde el primer día que la vio en la cocina dispuesta a seguir órdenes, perdió la razón, un deseo demasiado agudo como para ser permitido lo atravesó a la vez que unas ganas imperiosas de protegerla de no sabía qué... probablemente de todos, lo absorbían por completo. Al principio sintió la necesidad de atacar el

sentimiento, de aniquilarlo, ya que por lo que sabía ella era un problema con pies, la había querido hacer reventar, quería demostrarse a sí mismo que era igual que las demás, débil y quejosa. No obstante, reaccionó totalmente diferente, jamás se quejó, incluso, en ese momento, enferma, era difícil que se dejara cuidar, había cumplido con todo lo que se le pidió al pie de la letra sin desobedecer en nada, era amable con todos lo que tenían alguna relación con ella. Los fines de semana se la pasaba quieta leyendo o intentando ayudar con labores de la casa, su recámara era orden para donde posaras las mirada y para rematar, se escapaba seguramente agotada todas las noches para ayudar al cabezotas de Pedro. ¿Cómo diablos no iba a quererla?, claro que la quería y la deseaba, pero sabía que algo de su pasado no estaba bien y antes de cualquier cosa debía averiguarlo. Para esas alturas estaba convencido de que ella no actuaba y podía jurar que no lo estaba engatusando, nadie podía ser así tanto tiempo. Además, su mirada la delataba, era una mezcla de ingenuidad y desconfianza que lo desmoronaba.

—Ma... ría —ambos giraron. La joven intentaba débilmente incorporarse. Él se acercó de inmediato y la impulsó con ternura.

—¿Qué sucede?, ¿te sientes mal? —ella negó bajando la vista ruborizada.

—Necesito... ¿puedes? —María se dio cuenta de inmediato de lo que quería Andrea.

—Deja hijo yo me encargo —él no comprendió muy bien qué se le estaba escapando. Ayudó a María a poner de pie a Andrea y una vez que la tenía bien sujeta, la soltó. La chica parecía realmente abochornada cuando entraron al baño. Matías sonrió al darse cuenta de lo que sucedía. Salió unos minutos de la recámara para darle privacidad y aprovechó para hablar con Ernesto. Era viernes y la semana siguiente esperaban visita de las comercializadoras, además tenían varios embarques en camino y la cosecha estaba por terminar. Tardó más de lo esperado, los asuntos iban bien, pero ponerse al corriente de todo llevaba su tiempo. Al entrar vio que María ya la había acomodado en la cama y Andrea sonreía por algo que le acababa de decir aún con el semblante muy cansado y demacrado.

—Le comentaba a Andrea que Pedro está impaciente por verla —él tomó la mesilla de la comida y dudó.

—No sé si sea buena idea, ella aún se ve cansada, no tiene ni un día de lo ocurrido —la joven dejó de sonreír sin saber qué decir. Al ver su cambio de humor lo convenció sin remedio, él solo quería verla tranquila, contenta si era posible, así que no le negaría nada que produjera ese efecto en su estado de ánimo—. De acuerdo, pero sólo unos minutos y con una condición —los ojos de Andrea se posaron en él desconcertada. Se daba cuenta que ese juego de palabras solían confundirla y regresaba de inmediato su mirada de desconfianza—. Que te comas todo —ella asintió de nuevo sonriendo. María se hizo a un lado dándose cuenta de que Matías le volvería ayudar.

En ésta ocasión no los dejó solos, Andrea había empezado sola a comer bajo la mirada atenta de ellos dos, pero pronto una delgada capa de sudor cubrió su frente. Él se dio cuenta de inmediato y sin dejarla discutir le terminó de dar. María los observaba en silencio, de verdad hacían una linda pareja. Matías la miraba con adoración y ya no lo intentaba esconder; mientras que ella aunque parecía temer de sus propios sentimientos, también lo miraba de una manera en la que no dejaba a dudas su atracción. En cuanto acabó cayó de nuevo rendida. Ambos salieron de la habitación con cuidado para no despertarla.

—Dile a Pedro que yo le avisaré cuando venga, ella aún se fatiga con mucha facilidad y no quiero que la canse de más.

—Tú eres el que debería descansar y comer un poco. Si quieres le decimos que suba y le cuide el sueño mientras tú bajas, él lo hará encantado, adora a esa muchacha.

—Qué raro... —comentó con ironía. María sonrió entendiéndolo.

Bajaron y después de varias amenazas, el chico por fin pudo subir a ver a Andrea. Se sentó en el sillón cerca de su cama sin hacer ruido y la observó dormir. Se sentía responsable de lo que le pasó, no había siquiera dormido bien. Si él no fuera tan burro nada hubiera sucedido. La quería mucho, nadie nunca lo había ayudado ni creído en él como ella lo hacía, por eso le permitía que lo regañara y le dijera sus verdades, sólo Andrea podía decirle lo que realmente pensaba, nadie más.

Cuarenta minutos después Matías se asomó a la recámara. Andrea aún continuaba dormida y Pedro sentado frente a ella en absoluto silencio custodiando su sueño. Sonrió por lo bajo y volvió a emparejar la puerta. Se dio un baño relámpago y decidió descansar un poco, por la noche no la quería dejar sola por lo que debía aprovechar y dormir un poco.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que ya había anochecido, observó el reloj. Eran casi las siete. Se echó agua en el rostro y salió de su habitación. Se acercó a la de Andrea, se escuchaban susurros. Hizo a un lado la puerta lentamente. Ella estaba acurrucada de lado sonriendo por algo que Pedro le platicaba en voz baja. Se

veía un poco mejor, la palidez continuaba. Ninguno de los dos repararon de su presencia, el cuadro le dio una profunda ternura y ganas de besarla. Volvió a emparejarla dejándolos un rato más solos, ella parecía disfrutar de su visita.

Bajó al tiempo que le hablaba a Ernesto. Este entró a su estudio quince minutos después platicándole los por menores del día.

Más tarde cenó en compañía de María, no platicaron de nada serio ya que estaban agotados de tanto acontecimiento. Cuando terminó le pidió a Inés la cena de Andrea. Al llegar a la recámara ahora sí entró haciendo un poco de ruido pero se silenció al ver que Andrea dormía nuevamente mientras Pedro leía muy concentrado un librito que no tenía la menor idea de dónde salió. Al escucharlo lo dejó en el sillón de inmediato.

—Se despertó hace un rato patrón, pero de pronto se volvió a dormir.

—Muy bien Pedro, ahora yo me encargo —Depositó la comida en la cómoda y se acercó para prender la luz de la lamparilla—. Necesito pedirte un favor —el muchacho espero detrás de él atento—. Necesito que me ayudes a cuidarla estos días en lo que mejora. Debe estar tranquila y descansar para que se recupere rápido —los ojos del adolescente brillaron de alegría.

—¡Claro patrón! yo la cuido, verá que lo hago re bien.

—Más te vale, no debes cansarla.

—No lo haré, ya verá. Mañana estaré aquí bien temprano —al ver la emoción que la nueva tarea le producía, le sonrió olvidando todo lo ocurrido.

—De acuerdo, entonces cuento contigo. Ahora vete a descansar, nos vemos mañana —el chico asintió y fue directo hasta la puerta, de pronto se detuvo serio.

—¿Patrón?

—Dime... —Matías iba a despertarla cuando lo llamó.

—¿Se va a poner bien verdad? Es que... se ve sin color —Matías se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Si la cuidamos bien para el sábado que viene va a estar como nueva —Pedro sonrió más tranquilo.

—Entonces la cuidaré muy bien, hasta mañana.

Matías se acercó a ella, sentía remordimiento de despertarla, sin embargo, Ramiro había insistido en que comer y descansar era la mejor medicina.

—Andrea... —ella aleteó un poco los párpados al escuchar su nombre—. Andrea... despierta... debes comer —de pronto abrió los ojos adormilada. Verlo de nuevo le despertó los sentidos de inmediato. Matías la ayudó a sentarse mientras la joven se colgaba de su cuello con un brazo y con el otro intentaba impulsarse—. Sé que tienes sueño pero debes comer.

—Sí, gracias —lo miró dulcemente, con una sonrisa que iluminó el corazón de Matías que desde hacía años, no latía así. La dejó de nuevo que comenzara sola, ahora pudo comer más sin ayuda, pero al final volvió a verse agotada así que él terminó de darle mientras ella masticaba en silencio cerrando los ojos. Al acabar lucía exhausta—. Gracias por... dejar que Pedro viniera —él sujetó su mano y se la llevó a los labios sin reparos.

—Ese muchacho te quiere mucho, al igual que muchos aquí —no supo qué decir ante la confesión, parpadeó varias veces desconcertada y emocionada a la vez con su mano aún entre la suya—. Él te va a cuidar ¿estás de acuerdo? —ver la reacción que provocó en ella lo hizo saber que algo también sentía.

—Sí... gracias de nuevo —acarició su mejilla cariñosamente. En las últimas horas se le estaba haciendo costumbre, pensó Andrea nerviosa.

—De nada, pero no se excederán si no cambiaremos de enfermero —ella sonrió asintiendo. Alguien llamó a la puerta haciendo que Matías pusiera un poco de distancia entre los dos—. Adelante.

—Hijo... hay que cambiar las sábanas. Traje a Indira e Inés para que me ayuden —el aceptó al tiempo que le entregaba la charola a una de las muchachas—. Tú ayúdala a levantarse y ellas y yo nos hacemos cargo —en menos de un segundo él ya la tenía en brazos y la movía como si fuera tan ligera como una pluma. Andrea se

aferró a su cuello con las pocas fuerzas que tenía, las alturas no le gustaban. Escondió por instinto el rostro en su hombro cerrando los ojos fuertemente. En un minuto Matías ya la depositaba en un sillón de los que estaban frente a la ventana. Su reacción no pasó desapercibida. Se hincó frente a ella arropándola con la frazada que trajo consigo al elevarla.

—¿El caballo? —recordó lo que le había contado sobre su experiencia, seguramente las alturas tampoco la hacían sentir segura. Andrea asintió avergonzada—. De acuerdo, no más alturas.

—Gracias —parecía que esa era la única palabra que podía decir últimamente, pero es que él se estaba portando de una manera muy diferente a como solía, era como si le coqueteara, como si quisiera enterarla de algo. De pronto, como para confirmar su teoría, Matías acarició con dulzura su mejilla olvidándose de las otras tres mujeres que arreglaban la cama por unos segundos, para después, ponerse de pie a su lado.

—María, Pedro vendrá a cuidarla a partir de mañana. Así que estén al pendiente de lo que les pida —Andrea se sentía incómoda con tantas atenciones. Además se daba cuenta de las miradas pícaras que intercambian las muchachas mientras trabajaban, ambas se habían dado cuenta del gesto de Matías.

—Andrea ¿quieres darte un baño? —María estaba metiendo una funda en la almohada que había estado usando. A pesar de estar muy cansada, lavarse un poco le pareció la mejor idea del mundo.

—No sé si tengas fuerzas —contestó él pues no le parecía adecuado aún.

—Sí... —respondió de repente girando su rostro al de Matías—. Por favor, lo necesito —dudó un poco, pero al ver sus ojos elevados hasta él, sonrió vencido—. Está bien.

María entró al baño para prepararlo todo mientras las chicas terminaban la cama. Cuando acabaron, una sacó la charola y las sábanas sucias, en lo que la otra entraba detrás de la mujer. Ambos permanecieron en silencio observando el movimiento en la recámara, unos minutos después salió María junto con Inés.

—Vamos, ya llené la tina para que no tengas que estar de pie —Matías la ayudó a levantarse aún no muy convencido que esa fuera una buena decisión, por lo débil que la veía. Ya en la puerta del baño se detuvo.

—¿Estás segura? No quiero que te desmayes ahí adentro, tendría que entrar a ayudar —ella abrió los ojos asustada ante la escena.

—No, estaré bien, lo prometo —el rubor que subió hasta sus mejillas aun pálidas le pareció encantador. María e Indira tomaron ahora a Andrea y cerraron la puerta tras ellas.

Ya en el interior, intentó hacer a un lado la vergüenza con las mujeres que parecían encantadas de asistirle y las dejó desnudarla. Se sentía muy sucia y sabía que debía oler a rayos. Entre todas la metieron a la tina lentamente hasta que quedó sentada; sentir el agua caliente fue medicina para cada uno de sus engarrotados músculos. Le comenzaron a lavar la cabeza mientras una le limpiaba los brazos haciendo mucha espuma.

—Nos dio un susto de muerte ayer señorita ¿verdad María? —esta asintió sonriendo mientras seguía tallándole la larga cabellera.

—¿No se dio cuenta de que algo le picó?

—No, bueno... sólo me ardió, estaba muy cansada —los párpados se le cerraban del agotamiento, sin embargo, de sólo pensar en que Matías entraría si se quedaba sin fuerza, encontraba energías para mantenerlos abiertos.

—El patrón se asustó mucho ¿verdad María?

—Sí Inés, échale agua para enjuagarla y deja de parlotear.

—Sí María —una vez limpio su cabello comenzaron a ayudarla a lavar el resto del cuerpo—. Si el patrón no la inyecta y la baña para bajarle la calentura, quién sabe qué habría pasado —Andrea se quedó estupefacta girando el rostro hasta María que regañaba con la mirada a esa muchacha boca suelta.

—¿Él... me bañó?

—Sí, la metió al agua fría y duró aquí una eternidad con usted.

—¡Ya basta Inés! cállate y has tu trabajo con la boca bien cerrada. Demonio de muchacha —la joven a la que aseaban no salía de su asombro—. Andrea, debía hacerlo, tú estabas muy mal —María intentaba tranquilizarla ante la metedura de pata de Inés.

—Pero... ¿me bañó con ropa?

—Hija... —nunca le había dicho así. Quería serenarla—. Era necesario...

—Sí señorita, usted parecía muerta, él también se quedó solo en pantalón —Andrea parecía asustada más que apenada.

—¡Diablo de muchacha! si vuelves a hablar te quedarás sin trabajo en menos de lo que canta un gallo. Anda, agarra la toalla, ¡rápido! —la chica se puso pálida ante el regaño e hizo lo que le pidieron. Indira la reprendía con la mirada al ver la reacción de Andrea. Inés solía ser una boca floja y aunque ella también se daba cuenta de que el patrón estaba enamorado de esa joven, era obvio que a ella no le gustó enterarse de que se habían tomado un baño medio desnudos y es que ¿a quién sí?, bueno, con ese hombre a más de una, pero ese no era el punto, la señorita de verdad parecía consternada.

Una vez afuera, la sentaron y secaron como si fuese una muñeca. Ella no decía nada, parecía sumamente agotada, por otro lado, se veía afectada por lo que acababa de descubrir. Ninguna de las tres volvió a hablar, la vistieron y le desenredaron la larga cabellera. Para cuando terminaron, Andrea parecía más dormida que despierta.

—Salgan —les ordenó María seria. Tomó la barbilla de la muchacha intentando ser lo más cariñosa posible— Él lo hizo porque debía hacerlo ¿comprendes? Con él nunca correrás peligro. Matías tiene un buen corazón e hizo lo que tenía que hacer, nada más —Andrea asintió aún turbada—. Ojalá confiaras en nosotros y nos dijeras lo que pasa... —ella pareció despertar de pronto y desvió la mirada—. Sé que ocultas cosas, lo leo en tus ojos Andrea y espero que sepas que en mí tienes una amiga, te ayudaré en todo lo que pueda porque a pesar de lo que dicen sé que eres una mujer buena y que ha sufrido mucho. Así que por favor intenta estar tranquila que aquí no permitiré que nada malo te pase —la joven la observó lagrimosa. María le dio un beso en la frente al verla tan vulnerable con tanto temor. Esa niña la sentía como la hija que nunca tuvo. La ayudó a incorporarse y caminaron lentamente hasta la puerta. Andrea ya parecía estar en el límite, respiraba agitadamente y su paso era demasiado lento. La mujer abrió la puerta temiendo que cayera de lleno en el suelo, por lo que llamó a Matías de inmediato, pues estaba segura permanecía ahí. El hombre enseguida soportó todo su peso, la recostó en la cama y la arropó cariñoso. Se quedó dormida en el acto.

Matías siguió a María afuera de la recámara al ver que ésta salía molesta.

—¿Qué ocurrió allá adentro? Inés e Indira parecían asustadas.

—Inés y sus meteduras de pata. Por favor recuérdame por qué le di trabajo. La muy metiche le dijo a Andrea cómo le intentaste bajar la fiebre ayer, y... ella no lo tomó bien...

—Pero no tenía otra opción... —intentó justificarse preocupado por lo que le acababan de decir.

—Lo sé hijo y así se lo dije cuando corrí a ese par de muchachas. Se quedó más tranquila, creo que lo mejor es no tocar de nuevo el tema, parece avergonzarse, ya vez cómo reaccionó con Ramiro —Matías pasó las manos por su cabello mirando al techo. Ya no comprendía nada.

—Me parece extraño tanto pudor, Cristóbal me contó que en un par de ocasiones encontró a más de un hombre en su recámara, todos parecían haber tenido una... agitada noche —María al escuchar esa atrocidad endureció el gesto enseguida.

—Esos son disparates, mentiras. Esa muchacha puedo asegurarte que no ha estado con nadie y si lo ha hecho, no fue muy grato.

—¿De verdad lo crees? ¿Por qué inventaría algo así su propio hermano? —él se sentía cada vez más confundido, el saberlo desde el principio no había evitado sentir lo que sentía por ella, más bien admiraba su valentía por querer cambiar.

—No tengo idea Matías, pero estoy segura de eso. Además, como le dije a ella, te lo digo a ti, no permitiré que aquí sufra ni la pase mal, está pagando por algo que hizo, eso no lo discuto y lo ha estado haciendo sin que tengamos la más mínima queja. Así que démosle tiempo.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que no es todo lo que dicen? —Se sentía intrigado respecto a la certeza con la que hablaba esa mujer que prácticamente lo crió. Por otro lado, él tampoco permitiría que nada le sucediera y dudaba de muchas cosas respecto a ella, sin embargo, necesitaba entender porqué María parecía estar convencida de que todo lo que sabían de ella era mentira.

—Porque lo siento, lo veo en sus ojos. Andrea nos dará varias sorpresas, más de las que ya nos ha dado, eso sí te lo prometo —caminó hacia el ventanal donde a veces se perdía en sus pensamientos sobre Tania. ¡Qué lejos parecía ahora todo eso!

—María, quiero creer lo mismo que tú, pero ¿y si no? Esa duda no me deja en paz.

—Matías, sé que tú, en tu corazón... —le puso ambas manos justo ahí—, sabes que digo la verdad. Dios también sabe lo que has sufrido, hazle caso a tu intuición, sé que te dirá lo mismo que yo. Nadie puede fingir tanto tiempo ni de esa manera, nadie.

—Precisamente porque le he hecho caso es porque siento esto tan intenso por ella. No sé cómo sucedió, pero ahora no sé cómo podría vivir sin verla. Me siento como un chiquillo, me atrae como si me halara su alma. Dios, ¿qué cosas digo? creo que estoy enloqueciendo —Admitió frotándose el rostro. María puso una mano en su mejilla con ternura.

—Estás enamorado hijo, lo sé, lo veo, se siente en el aire. Pero vamos a esperar, verás que todo esto tendrá una buena explicación —él asintió dándole un beso en la palma de su mano y acercándola a él.

—No sé qué haría sin ti...

—Tarugadas, ¿qué más? —ya regresaba su dureza, eso lo hizo reír.

—Eres incorregible, anda vete a descansar.

—Supongo que no la dejarás sola...

—No, si intenta levantarse de la cama podría lastimarse, prefiero estar ahí por cualquier cosa.

—Bien, entonces hasta mañana —la observó descender las escaleras y luego entró a la habitación. Ella continuaba ajena a todo. Con sus ojos cerrados y su cabello adornándole el rostro. Se recostó en el sillón pensando en lo que María y él acababan de hablar. Enamorado... Sí, definitivamente estaba enamorado de esa belleza que descansaba tranquila frente a él. Suspiró resignado. En ese momento comprendió que ya nada podría cambiar ese sentimiento, la quería, mejor aún, la tendría, sólo debía aguardar. Quedó dormido pensando eso sin percatarse.

De pronto un ruido lo despertó.

—Lo siento —era ella y estaba tomando con esfuerzo un vaso de su mesilla de noche. De verdad que era terca. Él se frotó los ojos somnoliento, le quitó el vaso de las manos para acercarlo a los labios y pudiera darle tragos pequeños—. Matías, no tienes que quedarte aquí... puedo cuidarme sola —él sonrió dejando el vaso de nuevo en su lugar.

—No lo creo, no sabes pedir ayuda, no me fío de ti.

—Pero...

—Nada de “peros”, me quedaré aquí, asunto zanjado; no me harás cambiar de parecer... Ahora duerme —Andrea se revolvió incómoda en la cama—. ¿Qué sucede? —quiso saber al darse cuenta de que parecía no quedarse quieta.

—Si necesito algo prometo pedir ayuda... no puedo verte dormir ahí.

—Inténtalo, no me iré —Buscó acomodarse en el incómodo sillón cerrando los ojos para que la joven hiciera lo mismo.

—Matías... —quiso reír ante su obstinación, no obstante permaneció inmutable.

—Mmm.

—Por favor, vete a tu cuarto.

—Andrea, duerme ya, aún no estás bien y no tengo la menor intención de entablar una conversación a estas horas, cierra los ojos de una vez —ella no sabía qué hacer, los remordimientos de saberlo ahí por su culpa no la dejarían dormir, estaba segura. Aferró con fuerza las cobijas sintiendo sus mejillas arder.

—Tu ganas —soltó de pronto. Él abrió un ojo observándola divertido, en serio no se daba por vencida fácilmente—. No pienses mal... pero... si te vas a quedar aquí... —podía jurar que estaba completamente sonrojada. La miró atento esperando a que continuara. Ella desvió la vista y siguió—. Me siento muy culpable, la cama es grande, si te recuestas... creo que descansarás mejor.

—¿Estas invitándome a dormir contigo? —arqueó las cejas provocativo. La chica abrió los ojos como

plato. Ese gesto casi hace que se acercara y la besara de una maldita vez.

—No... bueno... sí, pero sólo porque no quieres ir a dormir a la tuya —refutó con torpeza.

—No es eso, pero me he dado cuenta de lo orgullosa que eres y antes de pedir algo vas a preferir hacerlo por ti misma y entonces podrías lastimarte o sabrá Dios qué cosa provocar. Prefiero evitarlo y quedarme aquí —Andrea se mordió el labio, no tenía argumentos para refutar lo que acababa de decirle—. Sin embargo... te voy a tomar la palabra. Este sillón no es nada cómodo —la joven pasó saliva al verlo desplazarse en la oscuridad. Alcanzó a ver cómo tomaba unas frazadas que estaban en el otro sillón y se recostó a su lado boca arriba cubriéndose a sí mismo sin problema. Su olor lo inundó todo. Al sentirlo tan cerca enseguida se arrepintió, sin embargo, no tenía corazón para dejarlo ahí. La había estado cuidando todo el tiempo y era lo mínimo que podía hacer—. Ahora sí... buenas noches.

—Buenas noches —ella le daba la espalda, no obstante era consciente de su cercanía de una forma muy singular, era como si pudiera tocarla sin ponerle siquiera una mano encima—. Matías... —susurró la joven de pronto girando hacia él—. Gracias... —al escucharla decidió voltearse para quedar ambos de frente. No la veía con nitidez, sin embargo, alcanzaba a diferenciar sus rasgos sin problema. Acomodó un mechón de su hermoso cabello tras su oreja dejando su mano descansar sobre su delicada mejilla.

—De nada... —se miraban sin importarles nada, la intimidad del momento los hizo perderse uno en el otro como, ya en varias ocasiones, había sucedido.

—Por todo —completó Andrea con intensidad. Ese par de palabras envolvían demasiados significados y él lo supo en cuanto las escuchó.

—No me lo has puesto fácil —ella asintió perdiendo el contacto visual. No le gustó el gesto, así que tomó su barbilla e hizo que lo volviera a mirar—. Eres una enferma muy difícil, es complicado cuidarte, parece que te cuesta mucho trabajo aceptar atenciones —Andrea pasó saliva sin poder defenderse.

—Lo siento...

—Sh, no te disculpes, no pasa nada, yo soy muy terco y tú... una paciente muy hermosa, así que... podría ser peor —la chica sonrió sin saber qué decirle. Nunca alguien le había dicho eso y que él fuera el primero, hizo que todo tuviera sentido de repente. No hablaron más, se quedaron perdidos en sus miradas sin darle importancia a nada más. Andrea no recordaba haberse sentido más segura y en paz, mientras que él sabía que nunca había anhelado tanto algo en su vida.

No se percataron a qué hora se quedaron profundos, lo cierto era que el tiempo no había tenido trascendencia para ambos mientras su ojos se encontraron conectados y ninguno de los dos había dormido tan plácidamente en años.

Andrea fue la primera que despertó, al abrir los párpados lo primero que vio fue a Matías frente a ella, descansaba tranquilo. Lo observó un buen rato. Ese hombre generaba en su interior demasiadas sensaciones, tantas que le daba miedo aceptarlo. Estaba casi segura, que estaba enamorándose de él. Nunca había experimentado ese sentimiento, sin embargo, lo que sentía hacia él no podía ser otra cosa. Estudió sus facciones duras y cuadradas deleitándose. Tenía labios carnosos, ceja poblada y pestañas onduladas enmarcándole sus enormes ojos miel, su nariz era recta y muy masculina. Su cabello castaño lo llevaba muy corto y contaba con destellos claros gracias a que el sol lo había quemado en varios lugares. Era alto y con un cuerpo fuerte y envidiable, pero todo eso a ella no le importaba, lo que más le atraía era su forma de ser, lo que su mirada decía todo el tiempo, era bueno, noble y se preocupaba por su gente. Con ella, aunque al principio fue duro e inflexible, al poco tiempo dejó de serlo y poco a poco comenzó a volverse atento, simpático y agradable. Le ayudaba todos los domingos a comprender lo que leía acerca de las flores, incluso solía llegar con datos nuevos e interesantes, además le platicaba sobre los asuntos de la hacienda logrando despertar en ella un interés que nunca había tenido; escucharlo hablar era hipnotizador, cautivador. Matías amaba lo que hacía y amaba ese lugar, lo cierto era que lo admiraba y a veces lo envidiaba, ella hubiera dado todo por llegar a tener una vida en la que fuera dueña de su destino y sus decisiones, en donde nadie interviniera, en donde riera sin parar y sin miedo, donde se despertara con ganas cada mañana sabiendo que comenzaría un nuevo día, en donde pudiera ser ella misma e hiciera lo que quería hacer, una vida llena de paz

y tranquilidad, sí, eso era lo único que siempre había deseado y que hasta ese momento, no había podido tener. Acercó su mano hasta casi rozar su mejilla, no debía sentir eso por él, pensaba irse, no regresar jamás, era su única salida y una de las condiciones que Mayra le puso. Si se enamoraba todo sería más difícil e incluso podría provocar que le intentara hacer daño sólo por el simple hecho de que eso la lastimaría y eso ya no lo podría soportar. Debía intentar alejarse de ese hombre que la tenía tan perturbada. Ella estaría poco más de ocho meses ahí para después cederle todo a esa mujer y desaparecer. Jean ya la esperaba en San Diego, incluso tenía el dinero que previsoramente le estuvo mandando hacía algún tiempo para asegurar su sociedad en aquella florería que le alentó a montar hacía un año y en la cual por ahora ella trabajaba sola gracias al dinero que le proporcionó. Mayra no tenía ni idea de eso gracias al cielo, su nombre no figuraba en ninguna papel y aunque sabía que eso era arriesgado, no tuvo otra opción salvo confiar en esa chica que conoció en uno de los internados de Estados Unidos y en la que había llegado a confiar un poco más que en el resto de las personas.

Cerró los ojos sintiendo que las lágrimas se los escocían; se levantó con mucho cuidado y entró al baño sigilosamente. Se echó agua en el rostro y se observó, no sabía si era hermosa... pero el saber que a él le parecía así, le produjo el aleteo de millones de mariposas dentro del estómago.

—Él no es para ti y tú no eres para él—musitó deprimida. Era cruel pero cierto. Aspiró profundo unos segundos buscando las fuerzas que hasta ese momento no la habían abandonado. Bajó la vista hasta su pierna, le dolía apoyarla, levantó la tela del pantalón de dormir para observarla, estaba un poco hinchada y muy morada alrededor. Bufó dejando caer de nuevo la tela. Su rostro aún estaba pálido y tenía unas pequeñas ojeras que enmarcaban sus ojos apagados, ya no se sentía tan débil como el día anterior, sin embargo, se sentía de nuevo agotada con el simple hecho de estar ahí, de pie unos minutos

—Maldito animal, tú y ella han de provenir de donde mismo —se lavó los dientes, se peinó un poco y salió de ahí unos minutos después exhausta.

—Traes mejor cara —Matías estaba ya doblando las frazadas con las que se había cubierto en la noche. Ella se recargó en la cómoda que estaba frente al baño sonriendo con debilidad.

—Sí, me siento mejor —el hombre dejó de inmediato lo que estaba haciendo al ver que se ponía más pálida, se acercó y la rodeó por de la cintura protector llevándola con cuidado hasta su cama.

—¿Ya pasó? —parecía que se desmayaría. Se hincó frente a ella preocupado.

—Sí, es sólo que... me agoto... rápido —respiraba como si hubiera corrido. Esperó observándola atento hasta que el color le volviera dejando sus manos sobre sus rodillas. Ella aspiraba una y otra vez recobrando el aliento, su respiración poco a poco volvió a ser regular— ¿Qué clase de animal... te causa todo esto? —él sonrió al escucharla. La ayudó a recostarse y la cobijó.

—Hay alacranes más venenosos que otros, además me parece que tardamos en ponerte el antídoto y eso hizo que el veneno pudiera actuar sin problema. ¿Por qué no pediste ayuda? —ahora estaba sentado a su lado mirándola serio.

—Porque... no sabía, ni siquiera lo vi. Era de noche, sentí que algo me picaba en la pierna pero no sospeché que fuera un bicho de esos —Matías asintió acomodando con familiaridad un cabello suelto para aprovechar y acariciarle la mejilla con el dedo pulgar.

—Lo sé, tienes razón, pero cuando comenzaste a sentirte mal, por qué no dijiste...

—No sé... —desvió su mirada observando detenidamente los adornos del edredón—, pensé que estaba cansada... cuando ya llegué a la habitación y me di cuenta que de verdad algo no andaba bien, lo intenté, pero no salían palabras de mi boca.

—¿Y te ibas a dejar morir? Así de simple —lo miró atónita ante el tono de su voz, ahora la veía molesto y había quitado la mano de su rostro. ¿De qué hablaba?

—¿Morir? —él se dio cuenta de que ella no había pensado en esa opción y suavizó su expresión.

—Esos animales pueden ser mortales.

—Pero ¿cómo iba a saberlo? Ni siquiera supe que me picó —le hizo ver confusa. Matías se sintió un estúpido, claro que no tenía ni la menor idea, sin embargo, a veces los recuerdos lo traicionaban de manera

que se encontraba diciendo algo tan absurdo como eso.

—Tienes razón, pero por favor de ahora en adelante no te confíes. En serio nos asustaste mucho, con eso no se juega.

—Ahora lo sé —susurró avergonzada por su ignorancia sobre el tema. De haber sabido que un alacrán le clavó su ponzonia por supuesto que habría pedido ayuda, no pensaba dejarse morir, menos ahora que su vida parecía tener solución.

—Hey... —ella alzó la vista hasta toparse con sus ojos miel algo arrepentidos—. Lo siento, no quise sonar duro, es sólo que me preocupé bastante. Pero en fin... tú estás ya mejor y eso es lo único que importa, por otro lado, ayer por la noche creo que quedó claro que te dejarás cuidar ¿no es cierto? —Andrea asintió nuevamente perdida en sus estanques dorados. Le dio un beso en la frente que pareció durar horas. Los labios de Matías eran cálidos y suaves, sus manos comenzaron a sudar enseguida. De pronto el teléfono sonó sacándolos de aquel extraño momento. Él se despegó de ella y contestó sin dejar de observarla—. ¿Sí? —esperó unos segundos—. Está bien, que suba —colgó medio segundo después—. Es Pedro, ya llegó. Él te acompañara por cualquier cosa y tú permitirás que te cuide ¿de acuerdo? —ella asintió aún afectada por lo que acababa de ocurrir; con él sentía que ya comenzaba a ser una costumbre quedarse muda y asentir sin más, pero es que la manera en la que la veía, en la que le hablaba, la dejaba paralizada, con el corazón acelerado y los sentidos atrofiados.

No deseaba dejarla, podía pasar el día contemplándola, sin embargo, tenía cosas que hacer y ella ya estaba decididamente mejor. Se puso de pie y continuó doblando las frazadas mientras esa belleza de ojo verde lo observaba en silencio. Recordarlo junto a ella le provocó sin previo aviso un calor inesperado, todo con él era nuevo, no tenía ni idea de cómo actuar.

—¿Se puede? —era Pedro, asomaba la cabeza con su cabello húmedo, recién bañado.

—Pasa —el chico iluminaba la habitación con su sonrisa y frescura. Se acercó de inmediato a Andrea.

—Te ves mejor —ella sonrió alegre.

—Sí, me siento mejor —al verla así de despreocupada ante el adolescente sintió una punzada de celos, con él parecía relajarse.

—Pedro, regresaré por la tarde, no te irás hasta que llegue ¿de acuerdo?

—Sí patrón, no se preocupe, yo la cuidaré bien.

—Te advierto que no es una paciente fácil... así que no te confíes —Matías le puso una mano en el hombro mientras observaba a Andrea fingiendo molestia con la mirada. Ella se sonrojó enseguida desviando la mirada. Esas reacciones lo mataban, le daban unas ganas terribles de recorrer la distancia que los separaba y darle un enorme beso que la dejara de verdad sin aliento.

—Sí patrón, ya sé, cuando quiere puede ser muy enojona —al escucharlo decir eso, la joven lo observó entornando los ojos divertida.

—Y tú un poco flojo ¿no es cierto? —el muchacho metió las manos en las bolsas de su pantalón apenado por lo que acababa de decir. Matías los vio interactuar entretenido y arqueando una ceja.

—Ya te dije que no iba a volver a pasar...

—Y yo te dije que si así era yo me volvería a enojar —ambos discutían por algo que él no comprendía pero que lo hizo reír. Parecían dos chiquillos discutiendo.

—A ver... yo debo irme y ustedes traten de no pelear todo el tiempo ¿De acuerdo? —ambos asintieron mirándose con complicidad. Él se acercó a ella y se sentó a su lado ignorando a Pedro—. Cuídate y no te excedas ¿Sí? —al verlo tan cerca enseguida se puso seria y asintió como presa de un encanto. Él sujetó su mano para darle un pequeño beso—. Come bien... te veo más tarde.

—Sí —ya se iba a levantar cuando volvió a girar hacia ella.

—No lo hagas repelar mucho —Andrea sonrió al escucharlo bromear.

—Lo intentaré.

Un minuto después salió de la habitación dejándola con Pedro. Tomó una larga ducha intentando de nuevo bajar la temperatura de su cuerpo. Media hora después comprendió que era inútil, sentía su aroma impregnado en todo su ser. La noche que pasó a su lado dejó sus pulmones llenos de su olor. Resopló frotándose el rostro con desespero. Estaba seguro que jamás podría ya borrar esas horas de su memoria, no recordaba haber vivido algo tan íntimo con alguien estando vestido. Andrea le estaba demostrando, con una sola mirada, lo que era compartirlo todo y diablos, vaya que moría por hacerlo literalmente.

—¿Cómo pasaron la noche? —María le servía el desayuno observándolo con atención. Ese muchacho ya estaba completamente perdido por la chica que convalecía arriba.

—Bien, amaneció mejor —de pronto Inés entró cargando unos trapos. Al darse cuenta que ahí se encontraba su patrón, abrió los ojos buscando pasar desapercibida.

—Buenos días Inés... —él la observó áspidamente, no pensaba regañarla por lo que sucedió el día anterior, sabía que con María había tenido más que suficiente, esa mujer era implacable generalmente. No obstante, debía dejarle las cosas claras personalmente—. Te voy a pedir un favor —la chica se detuvo quedándose congelada en su lugar.

—Te están hablando Inés, por lo menos ten la decencia de mirar a los ojos — María le hablaba duramente, como solía hacer, era por eso que sus actitudes con Andrea siempre lo desconcertaron tanto.

—Sí... dígame patrón.

—No quiero volver a enterarme que hablas de más, tú no tienes por qué estar diciendo lo que en esta casa sucede ¿comprendes?

—Sí patrón.

—Si vuelvo a saber que dices cosas sin que se te pida sobre lo que aquí sucede, le tendré que pedir a María que ya no te deje trabajar aquí ¿de acuerdo?

—Sí patrón, no volverá a suceder —Matías asintió serio y continuó comiendo. La muchacha desapareció al instante—. Imagino que tú ya se lo habías dicho... pero debía quedarle muy claro, no me gusta la gente chismosa —María lo sabía de sobra, esa era una de las cosas con las que él odiaba lidiar.

—Sí hijo, creo que con esto ya le quedó aún más claro —en cuanto acabó de ingerir su desayuno, le dio un beso en la frente encargándole mucho a Andrea—. No te preocupes, estaré al pendiente. Ramiro vendrá más tarde, en cuanto termine de verla te aviso.

—Bien, te veo luego entonces.

Andrea almorzó en compañía de Pedro; éste la hacía reír sin piedad contándole anécdotas sobre sus amigos y su niñez. Con él era tan fácil estar, no le hacía preguntas y se contentaba con lo poco que le compartía.

—¿Sabes?... creo que... al patrón le gustas —ella sintió que se atragantaría con el cambio tan drástico de tema y por lo que a este se refería—. No me mires así, ¿no te has dado cuenta? —agachó la mirada sintiendo como sus mejillas ardían ante aquella afirmación.

—Pedro, creo estás confundido... él... me conoce desde pequeña, me ve como una hermana menor —el chico rió divertido a pierna suelta.

—Claro que no, soy hombre, sé de lo que te hablo —Andrea entornó los ojos fingiendo molestia.

—¿Y cuántas experiencias amorosas has tenido como para asegurar eso? —él se estudió las uñas con suficiencia.

—Varias.

—¿Varias?

—Sí, varias. Pero no cambies el tema. Vi cómo te dio ese besito en la mano, te ve como si fueras un dulce que se quisiera comer —sus palabras lograron divertirla a pesar de lo incómoda que se sentía hablado sobre aquello.

—Yo creo que ves mucha televisión.

—No me creas entonces... pero luego no digas que no te lo dije.

—Pedro, si tuvieras razón y fuera cierto... de todas formas no importa.

—O sea que me vas a decir que a ti no te gusta... ¡mentirosa! —Andrea estuvo tentada a aventarle la avena que se acababa de servir en la cuchara.

—Deja de decir tonterías, yo estoy aquí... de visita, y él es el mejor amigo de mi hermano. No intentes ver cosas que no son, en uno meses me iré de aquí. Listo. Tu historia de amor habrá acabado ¿de acuerdo?

—¿Te irás? —su voz ahora sonaba triste y decepcionada. Ella asintió seria—. ¿Por qué estás aquí de visita Andrea? Dijiste que si un día éramos amigos me lo dirías, ya lo somos ¿verdad? —recordaba muy bien esas palabras y se regañó a sí misma por haberlas dicho.

—Pedro... es complicado.

—No soy tan burro, dime... —la joven suspiró sopesando qué hacer.

—Me junté con personas que no debía y... me metí en un gran lío, un muchacho salió herido por mis tonterías y... digamos que estoy aquí pagando por lo que hice —él la escuchaba asombrado.

—¿Herido?, ¿cómo?, ¿por qué? No entiendo —no sabía qué más decirle, no era de muchas palabras, sin embargo, con él platicaba más que con cualquiera, pero cuando se trataba de su pasado, se frenaba siempre y daba pocas explicaciones o ninguna.

—Pedro, no quiero recordarlo... en serio no estoy orgullosa de lo que ocurrió, al contrario.

—Pero... ¿tú lo heriste? —parecía estar a punto de levantarse de ahí e irse.

—No, yo no, pero sí alguien con quien yo iba. Pedro escucha, mi vida es muy, muy complicada y he hecho

cosas como esa de las que no estoy para nada orgullosa. Me dejé llevar por un impulso y el resultado fue fatal. Yo no debería estar aquí, pero mi hermano logró que no me metieran presa—el chico abría los ojos cada vez más debido al asombro—. Y... a cambio debían de buscar la manera de alejarme de... todo y que aprendiera a portarme bien—Pedro comprendió sintiéndose identificado.

—O sea que sino estuvieras aquí ¿estarías en la cárcel?

—Sí —le avergonzaba profundamente aceptarlo pero era la verdad. Aunque no había planeado nada, ni tenía la menor idea de lo que sucedería, había estado ahí y en parte fue responsable por ir con esos chicos a ese almacén.

—Andrea... quiero saber bien lo que pasó, me dices pero no me dices, no entiendo —ella tomó aire comprendiendo que ya no podría escapar de esa.

—De acuerdo, yo... un día conocí a unos chicos, eran un poco extraños, y... bueno... me comencé a juntar un poco con ellos, nunca he sido de muchos amigos, pero... eran ideales.

—¿Ideales?

—Sí, se vestían muy llamativos y su aspecto era exagerado.

—Y eso ¿Cómo se hace? —sonrió comprendiendo su ingenuidad.

—Pues se vestían de negro, con ropa grande, se pintaban la cara y uñas de colores oscuros, se peinaban de formas que provocaban... risa.

—¿Tú también te vestías así? —ahora eso le parecía muy lejano.

—Sí, un tiempo. En fin... un día me invitaron a dar una vuelta a aquella tienda y acepté —no mencionó el hecho de que Mayra estaría ahí—, pero ellos no querían ir a ver, querían ir a... robar —el chico soltó un pequeño silbido—. Todo ocurrió muy rápido, yo no me di cuenta hasta que sacaron las armas, la gente gritó aterrada y un vendedor intentó llamar a la policía pero ellos le dispararon. Él cayó en mis... brazos —de sólo recordarlo podía volver a sentir el terror de aquel momento—. La policía no tardó nada en llegar y nos llevaron a todos.

—Pero tú, ¿no les explicaste que no sabías? —sonrió al escucharlo. Claro que lo intentó, aunque no mucho si era sincera, estaba harta de que siempre se creyera lo peor de ella. Así que con el tiempo había aprendido que defenderse no servía de nada, la gente creía lo que mejor le parecía.

—Sí, sólo recuerda que iba vestida como ellos, entramos juntos, por lo mismo no me creyeron. Después... uno de esos chicos declaró que yo sí sabía lo que planeaban, así que ya no tuve manera de escaparme de esa.

—Guau, esa sí que es una historia. Y... ¿qué pasó después? —la joven jugaba con la servilleta nerviosa recordando cada detalle. Decidió omitir ciertas cosas y continuó.

—Pues gracias a los abogados que me defendían, el juez decidió que yo era... bueno, que era una chica *difícil* —aún recordaba sus palabras: “inadaptada social”—. Así que decidió que lo mejor era alejarme de ahí para que aprendiera mi lección. Mi hermano, Cristóbal —prefería llamarlo de esa manera, porque para ella hace mucho que había dejado de ser su familia—, habló con los padres de Matías y ellos le propusieron que me trajeran aquí a trabajar un año, si al final de ese tiempo me portaba bien y no había queja de mí, podría volver.

—Bueno... pero aquí te has portado muy bien, yo creo que no tendrás problemas —de verdad eso esperaba—. Oye... ¿y sí te portabas tan mal? —sonrió al escucharlo dudar—. Es que... no lo puedo creer, digo, aquí no eres así, yo creo que sí metiste la pata, pero no eres “difícil” como dijo ese señor juez.

—Gracias Pedro, pero allá nadie piensa como tú —eso ya no le afectaba en lo absoluto. Con el tiempo aprendió a ponerse una coraza lo suficientemente gruesa como para que esas cosas no pudieran dañarla más.

—Ojalá no te tuvieras que ir, a mí gusta mucho que estés aquí —puso una mano sobre la suya cariñoso.

—A mí también me ha gustado, pero así debe de ser —él asintió triste—. Hey... —ella movió un poco su brazo para que la mirara—, pero todavía me queda un rato aquí y en ese lapso tú debes lograr entrar a la secundaria.

—Sí, pero ¿y si no te dejan seguir ayudándome? —en eso no había pensado.

—Encontraremos la forma, no te preocupes, si no soy yo buscaremos alguien más que lo haga —él negó

con firmeza.

—No, si no eres tú, ya no quiero regresar... nadie me va a tener tanta paciencia —se quejó preocupado.

—Está bien, ya veremos qué sucede ¿de acuerdo? —el chico asintió no muy animoso.

Lo que quedó del día platicaron de cosas sin importancia mientras ella permanecía bajo las cobijas. Para después de comer, Andrea estaba rendida y casi de inmediato, cayó profunda.

Ramiro llegó a Las Santas un par de horas después, se encontró a Matías en la entrada. Ambos subieron hasta la recámara de Andrea platicando sobre cómo seguía. Llamaron a la puerta, Pedro les abrió casi enseguida.

—¿Cómo están? —preguntó Matías en voz baja dándose cuenta de que dormía.

—Bien pero no ha despertado, lleva así mucho rato —no quería despertarla pero era necesario que Ramiro la revisara. Se acercó a ella cariñoso.

—Andrea... —sus párpados aletearon al escucharlo—. Andrea... —ella por fin los abrió, parecía cansada—. Está aquí Ramiro, debe examinarte —la joven asintió frotándose los ojos que aún sentía pesados.

La revisión no duró mucho, no obstante cuando concluyó ya estaba completamente espabilada.

—Estás mucho mejor, te recuperas rápido —Matías sonrió al escucharlo—. En unos días estarás como si nada, mañana comienza a dar paseos por ahí sin exagerar, te dolerá la pierna al apoyar, así que sin exagerar, pero poco a poco verás cómo te sientes bien del todo.

—Gracias doctor.

—De nada... cuídate ¿de acuerdo? —asintió elevando la mirada hacia Matías. Este lo acompañó hasta la salida. Cuando regresó, Pedro y ella platicaban tranquilamente.

—Qué bueno que están juntos, necesito hablar con los dos —ambos se pusieron serios de inmediato, si no se equivocaba, ahí iba el regaño por lo que hacían a escondidas—. Hablé hoy con la maestra Hortensia —se dirigía a Pedro serio— Imagino que ya te contó cómo es que me enteré de todo —Andrea asintió un tanto avergonzada—. Me dijo que si Pedro seguía así podía ayudarlo a terminar su secundaria abierta.

—¿Cómo que abierta?, ¿no podré ir con los demás?

—No, ya se te pasó la edad... así que tendrás que acabarla de otra forma —Pedro desilusionado, bajó la mirada enseguida. Andrea se incorporó un poco intentado acercarse a él.

—Eso es muy bueno Pedro, la terminarás más rápido que el resto, si estudias de verdad, en un año estarás fuera.

—Pedro, eso era a lo que me refería cuando dejaste la escuela ¿lo recuerdas? —El chico asintió desmotivado—. Pero si haces todo bien, yo te ayudaré para que vayas a la preparatoria y puedas llegar a estudiar una carrera, ¿qué dices? —los ojos del muchacho destellaron asombrados.

—¿De verdad patrón?

—Sí, pero sólo si en serio pones de tu parte. Si Andrea está de acuerdo podrá continuar enseñándote, Hortensia me dará un temario y les ayudará cuando no puedan con algo, después ella misma se encargará de que pases la secundaria.

—Patrón, ¡muchas gracias!

—No me las des... trabaja duro Pedro, esta es tu última oportunidad te lo advierto —el chico asintió sabiendo que era verdad.

—Yo te ayudaré —la voz de Andrea sonó tan dulce que no pudo evitar observarla de inmediato. Veía al chico tiernamente, con amor, ese gesto despertó de nuevo en su interior todo el deseo que había logrado controlar a lo largo del día. Maldición—. No soy maestra, pero vas a ver que lo lograrás.

—Sí, gracias Andrea.

—Otra cosa... ahora que mejores por completo quiero que entre los dos, con ayuda de Rosauero, escombren toda la Hacienda. Hace mucho que no se hace y no sé qué podrán encontrar —ambos asintieron obedientes—, pero en lo que eso sucede... podrían continuar con las clases y ya que te den de alta, buscaremos la forma de que por las tardes sigan, sin embargo, a una hora decente y terminando a tiempo para cenar y dormir como se debe —ella sonrió, tenía razón—. Ahora que quedó todo claro puedes irte Pedro, nos vemos el lunes,

temprano ¿de acuerdo?

—Mañana ¿no?

—No, mañana yo me hago cargo —el muchacho sonrió burlón al escuchar eso. Andrea lo regañó con la mirada adivinando a qué se debía su gesto. Matías frunció el ceño sin comprender, pero ya no pudo decir más porque Pedro desapareció casi enseguida— ¿Qué fue eso?

—No lo sé —mintió Andrea con inocencia.

—En fin... ya que no está... tú y yo debemos hablar —la expresión de la joven cambió drásticamente tornándose seria y lejana casi de inmediato—. No quiero más secretos, a veces se hacen cosas buenas que parecen malas por el manejo que se les da. No quiero que vuelva a pasar. Estoy consciente que te lo pidió y lo entiendo... nosotros lo orillamos a eso, pero comprenderás que al verlos juntos entrando a hurtadillas a la casa no me dejaron pensar fríamente —ella asintió intentando ponerse en sus zapatos. De una u otra forma siempre temió que algo así sucediera—. Cristóbal me dijo que tú insistías en no ser culpable de lo que sucedió en aquella tienda. Quiero que sepas que te creo —el cambio de tema fue tan abrupto que la tomó por sorpresa, y más aún el hecho de que le dijera eso último. Abrió de par en par los ojos demasiado atónita, nadie nunca había usado esas palabras con ella—. Andrea, quiero que me digas qué ocurrió realmente, quiero saber tu versión —las palmas le comenzaron a sudar, sentía una necesidad ardiente de contarle todo, sin embargo, una vez más debía hablar a medias y así lo hizo. Le relató lo mismo que a Pedro hacía unas horas—. Actuaste muy inmaduramente —que él se lo dijera le dolió profundamente, pero era verdad, lo que no sabía era que ya estaba harta de todo y de todos, eso sólo había pretendido ser una pequeña revancha que se había vuelto en su contra de una forma inimaginable—. Dime algo ¿ellos lucían como tú cuando llegaste aquí?

—Sí... —hubiera dado todo por negarlo, no obstante, era cierto. Él se levantó serio y se acercó a la ventana.

—¿Por qué te hiciste amiga de ellos? en primer lugar. El tiempo que llevas aquí has demostrado no tener problema para vestir y mucho menos comportarte como cualquier otra persona, incluso mejor que varias.

—No eran mis amigos...

—Pero entonces ¿qué hacías con ellos?, ¿por qué te expusiste de esa manera?

—Matías... yo... no sé qué decirte —se sentía tan frustrada que deseaba poder romper algo o por lo menos estrujarlo hasta que las manos le dolieran. No podía relatarle todo el contexto como para que pudiera comprender un poco las circunstancias. Él bufó y se acercó molesto hasta ella, colocó ambos brazos a los lados de su cadera y la miró fríamente, con advertencia.

—Andrea quiero la verdad... sólo eso... es muy difícil de pedir —ella desvió los ojos asustada por su reacción—. Si no eran tu amigos por qué diablos fuiste con ellos, por qué te vestías como ellos, a ver dime... ¿cómo los conociste?, ¿Cuándo? —no podía respirar teniéndolo tan cerca, sin embargo, agradeció a todo los seres que en el cielo pudiesen habitar, que eso último sí pudiera.

—Pocos días antes de eso... en el café de una plaza. Yo... leía y... ellos se acercaron.

—Tú ya te vestías de esa forma tan... ridícula —dedujo enseguida con desagrado. Ella asintió avergonzada—. ¿Y después...? —no podía hablar con él tan cerca, se sentía nerviosa, tensa.

—Nada, creyeron que podíamos ser amigos... por mi aspecto y... salimos un par de veces. Eso es todo, ni siquiera me sé sus nombres completos.

—Pero ellos sí parecían conocerte muy bien.

—Lo... sé, aunque no tengo idea de cómo lo supieron, nunca los llevé a mi casa, apenas y sabían mi móvil —el hombre se acercó un poco más quedando ya para esas alturas a no más de cinco centímetros de su rostro.

—Algo no encaja. ¿Por qué te defendiste al principio y luego ya no?, ¿por qué has dejado que las cosas lleguen hasta estos extremos? Tu hermano tuvo que soltar una fortuna para que no te encerraran y esos chicos se aprovecharon de todo esto para sacar provecho. Una persona inocente salió herida. ¿No te das cuenta de todo lo que sucedió? —lo decía un tanto frustrado, otro tanto confuso y demasiado desesperado. Ella lo encaró al fin con los ojos acuosos.

—Sí, sí lo sé y no ha pasado un día en el que no me arrepienta por haber estado en el lugar equivocado con

las personas equivocadas. Ese chico cayó en mis brazos... Dios no sé qué más decirte... hice mal, no debí haber estado ahí... pero no lo puedo cambiar Matías, hay tantas cosas que quisiera no hubieran sucedido, sin embargo, sucedieron y no hay forma de rebobinar y volver a grabar sobre de eso —él la estudio un momento pestañeando aturdido. De pronto entornó los ojos más serio aún.

—Andrea... ¿por qué odias a Mayra? —al escucharlo sintió un leve mareo y náuseas. ¿Cómo lo sabía? Al ver su reacción tensó su rostro comprendiendo que había dado con algo, sin embargo, también se asustó, ella de pronto se puso lívida—. ¿Estás bien?...

—No, yo... quiero descansar, por favor... ¿podrías... dejarme sola? Estoy agotada —se alejó de inmediato frunciendo el ceño dándose cuenta que evitaba responderle deliberadamente. Se sintió molesto al darse cuenta que ya no conseguiría más información ese día. Se paró a un costado de la cama examinándola

—De acuerdo... pero hay muchas cosas que aún me vas a explicar y no pienso permitir que me las ocultes. Créeme que las sabré por ti o de alguna otra forma —Ella sintió cómo algo pesado oprimía su pecho y no la dejaba respirar libremente, sin embargo, no lo miró. Un segundo después escuchó cómo cerraba la puerta de su habitación. Tomó una almohada con ambas manos y se aferró a ella asustada. Ya no quería recordarla, no quería que ahí también la persiguiera. Había jurado no decir nada como parte de las condiciones de aquel trato en el que recuperaba su vida, ¿En qué maldito momento Matías averiguó aquello?

Había acertado, lo sabía, lo sentía. No la iba a presionar más, no hasta que estuviera mejor, entonces sí le tendría que explicar su odio a Mayra, esas heridas en la espalda y ese pudor desmedido. Después de dar varias vueltas ansioso en su recámara decidió salir a montar un rato, necesitaba despejar su mente, calmar el cosquilleo que recorría todo su cuerpo.

Cuando regresó ya había anochecido. María lo esperaba, ya que debía consultarle varias cosas sobre lo que quería que se hiciera para las visitas que llegaban el viernes por la mañana. Tardaron más de una hora en decidirlo todo; el mismo día que arribaban se haría por la tarde una pequeña cena de bienvenida y la mañana siguiente el desayuno y almuerzo. Eran varios representantes importantes para las empresas de Matías y su padre, por lo que su cómoda estancia ahí era fundamental.

Subió cansado, se acercó a su puerta con la intención de tocar. Se arrepintió enseguida. María ya le había informado que no cenó pues cuando entraron, estaba dormida. Un pequeño remordimiento se apoderó de él. No debió exaltarla de esa manera durante la tarde, todavía no estaba bien, debió esperar, pero algo dentro de él necesitaba estar seguro de que no era tan culpable como su amigo le dijo. Caminó lento hasta su habitación dándose cuenta que no tenía derecho a perturbarla así, después de todo estaba cumpliendo lo pactado y no era responsable de los sentimientos que en él generaba.

Andrea no durmió muy bien, se despertó varias veces preocupada. ¿Qué debía hacer?, ¿cómo seguiría esquivando las preguntas de Matías? Y lo más importante ¿cómo haría para dejar a un lado todo lo que ya sentía por él? Su cuerpo no la obedecía cuando estaba cerca y su corazón amenazaba con salirse de su pecho cuando la miraba de aquella forma.

Cuando amaneció se tomó un baño lento y pausado. Al estarse tallando con lentitud recordó las cicatrices que tenía en la espalda. Cerró los ojos fuertemente. Matías se metió a la regadera con ella, debió verlas sin problema, eran de un tamaño considerable y difícil de ocultar. Evocó de inmediato cómo habían quedado aquellas marcas en su piel, esa era una de las cosas que más deseaba olvidar por la humillación que le generó, no obstante, sabía que jamás lo conseguiría. Resopló bajo el chorro de agua dándose cuenta de lo mucho que ocultaba y de lo vieja que se sentía con tan sólo veintidós años. Se puso ropa deportiva para dejar de sentirse enferma, anduvo despacio hasta los pies de su cama y comenzó a desenredarse el cabello intentando pensar en otras cosas más agradables. De pronto tocaron a la puerta, era él, lo sabía, su piel lo sentía.

—Adelante —musitó un tanto nerviosa. Matías apareció con una sudadera oscura, unos *jeans* y *tenis* a juego. Se veía tremendamente sexy y joven.

—¿Puedo pasar? —Asintió afectada por su presencia—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor... gracias —un nudo la distrajo y comenzó a pelear con él. Matías se acercó sin poder evitarlo hasta ella.

—Déjame... yo lo hago —le quitó con ternura el cepillo de sus manos y comenzó a pasarlo por su cabello delicadamente. Andrea no supo qué hacer ni cómo reaccionar ante la intimidad que mostraba ese gesto—. Tienes un cabello hermoso... ¿te lo habían dicho? —Negó con la mirada clavada en el suelo, sintiendo que no tomaba suficiente aire—. Pues así es... desde que lo vi libre de todas esas cosas con las que llegaste, me di cuenta de eso —tragó saliva con las mejillas completamente encendidas. Sus insinuaciones cada vez eran más claras. Terminó diez minutos después—. ¿Te gustaría desayunar en el jardín?

—Sí... —las palabras no salían de su garganta, él simplemente la dejaba sin aliento y por si fuera poco, muda. Cuando Matías terminó de dar instrucciones por teléfono se hincó frente a ella apoyando una mano sobre sus rodillas.

—Ayer no quería presionarte... discúlpame, no era el momento —no supo qué decir—. Hoy vamos a olvidarnos de todo eso y pasarás un domingo tranquilo ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —susurró intentando devolverle la sonrisa.

Y así fue. Desayunaron en el jardín en medio de una conversación fluida y amena. Minutos después, dieron un paseo por los alrededores, pues ella deseaba que un poco de aire acariciara su rostro aún un poco demacrado. No obstante, al caminar, el sitio donde aquel animal derramó su veneno, molestaba, por lo que cada cierto tiempo se detenía sonriendo y frotándose la zona. Matías, al percatarse de su malestar, aprovechó en más de una ocasión para rodear con firmeza su cintura y luego continuar el recorrido como si nada, dejando a Andrea nerviosa y con el pulso disparado.

Cuando la joven se comenzó a mostrar agotada, él la ayudó a subir de nuevo a su habitación y no se fue hasta que la vio arropada y acurrucada. Más tarde cuando ella despertó, comieron en la mesa de la cocina platicando animadamente sobre Pedro y sus travesuras. Sobre los recuerdos que tenían el uno del otro, cuando él era mucho más joven y ella una niña. Sobre los lugares que conocían y lo que a cada uno les parecían. Sin embargo, por muy agradable que estuviera resultando todo, él se daba muy bien cuenta de cómo al tocar temas un poco más profundos, ella cambiaba de dirección la conversación, incluso, en un par de ocasiones, de forma radical.

—¿Qué estudiaste? —eso lo intrigaba bastante si era sincero y no comprendía porqué no se le había ocurrido preguntarle a Cristóbal.

—Comunicación —no lo decía muy contenta, más bien con desgano.

—¿Comunicación? No lo dices satisfecha.

—No es eso... es sólo que... prefiero otras cosas —jugaba con el salero indiferente.

—¿Entonces por qué la cursaste? —alzó la vista un segundo para después volver a lo que hacía.

—Porque... -hizo una mueca perforándolo de pronto con sus ojos verdes- . Matías... ¿siempre preguntas tanto? —él sonrió sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—No, pero tú parece no querer decir nada, todos los caminos por los que voy siempre me llevan a un callejón sin salida —Andrea asintió seria.

—A Cristóbal le pareció una carrera más adecuada para mí —soltó sin más. El hombre frunció el ceño desconcertado.

—¿A Cristóbal?, él ¿qué tiene que ver con tu decisión?... No comprendo, lo que uno elija estudiar es decisión personal.

—No siempre es así —era asombrosa la indiferencia que derramaba en cada una de sus palabras, era como si le diera de verdad lo mismo. No pudo más así que posó una mano sobre la de ella para que dejara de hacer girar aquel objeto.

—Andrea... ¿dejaste que decidiera lo que tenías que hacer? No me parece esa clase de persona —la joven pestañeó aturrida al ver su gesto. Elevó la vista confusa, desorientada—. Espera... no digas más, llegué nuevamente a ese callejón del que te hablaba hace un rato ¿no es cierto? —su comentario, a pesar de lo que implicaba, le provocó gracia.

—Matías... —adoraba cómo pronunciaba su nombre, arrastraba cada letra con una cadencia tan sensual que erizaba hasta el último de sus bellos y por si fuera poco, lo hacía sentir invencible—, no es así, él y... su esposa creían que era lo mejor, eso es todo.

—¿No luchaste?... Dime, ¿qué te hubiera gustado estudiar?

—Finanzas... Economía... no sé, algo así —su rostro se iluminó mientras que el de él se sorprendió.

—¿En serio?

—Sí... qué, ¿tú también piensas como todos los hombres? ¿Crees que una mujer no debe estudiar eso? —sonrió un tanto satisfecho al poder conocer un poco más de sus ideales aunque fuera de esa forma.

—Claro que no, es sólo que son carreras de números, la gente suele correr ante ellos, no querer estudiarlos.

—Lo sé, pero a mí siempre me han gustado... no sé... no me parecen complicados.

—Es bueno saberlo, cuando necesite ayuda te la pediré.

—Si lo haces, sólo recuerda que no fue eso lo que estudié, digo, por si me equivoco —le gustó escucharla tan relajada y sonriente. Parecía así una joven alegre y despreocupada, que gozaba de la vida, de lo que ésta le brindaba.

El resto de la tarde transcurrió tranquila, él la obligó a descansar un rato puesto que sus ojos volvían a verse agotados. Cuando despertó decidió invitarla a ver películas en una de las habitaciones que tenía todo un equipo de teatro en casa instalado y que contaba con una sala cómoda para poder disfrutar de lo que se proyectara. Escoger el filme se convirtió en una odisea. A Matías le gustaban las de suspenso y a ella las de acción. Tardaron más de media hora en ponerse de acuerdo hasta que por fin escogieron una comedia. Ambos rieron divertidos, relajados, para cuando terminó la joven bostezaba nuevamente. Aún así se aventuraron a escoger otra, ahora de drama. Justo a la mitad la película el dueño de aquel asombroso lugar se percató que estaba profundamente dormida. La observó por unos instantes sin poder evitarlo y es que era verdaderamente una belleza, cada rasgo, cada facción, su cabello, sus labios entreabiertos, sus pestañas onduladas. Dios, era perfecta esa mujer que tenía frente a él, aun con su rostro en poco pálido, con esas leves ojeras, causaría la envidia de cualquiera, pues sin llevar una gota de maquillaje encima, continuaba viéndose espectacular, única. Sonrió haciendo a un lado uno de sus cabellos. Ella estaba completamente perdida, su respiración pausada y sosegada lo dejaban muy claro. Apagó el televisor unos minutos después. Andrea había quedado

acurrucada a su lado en una posición un poco incómoda, no lo dudó ni medio segundo, la tomó en brazos disfrutando de su agradable olor y la recostó con cuidado.

—Gracias —se sorprendió al escucharla, juraba que estaba dormida. Se acercó hasta ella y besó su cabeza quedándose ahí suspendido por unos segundos.

—Descansa Belleza —un segundo después salió de su habitación sintiéndose satisfecho por aquel día. Su compañía fue ligera y agradable, estar con Andrea era sencillo, no tenía que esforzarse mucho para entretenerla, era adaptable, sonriente y serena, conversaba con fluidez y sólo se detenía cuando las cosas se tornaban muy personales o entraban a ese “callejón” como decidió nombrarlo a lo largo del día. Era una mujer culta y muy inteligente, le encantó descubrir su afición a los números y a las películas de acción. Era poco común y eso lo enloquecía aún más. Manejaba varios idiomas gracias a los diferentes internados donde había estado y de los cuales salió al poco tiempo, cosa que aún no comprendía. Al parecer gozaba mucho de leer y hacía observaciones sobre las cosas que el resto de las personas ni siquiera se percataban. Sin embargo, no podía olvidar su pasado, la inmadurez con la que había aceptado actuar ante aquel incidente y muchas cosas más de las que aun dudando, algo debían tener de cierto.

Los días siguientes fueron una locura, aun así procuró estar en todos los momentos donde sabía, estaría. Por lo que las comidas y desayunos se tornaron sagrados e inamovibles para él. Sin darse cuenta logró mantener conversaciones agradables y divertidas, aunque ella, en cuanto sentía que se acercaban a aquella parte de su vida de la que no podía hablar, cambiaba el gesto quedándose muda. Matías ya comprendía muy bien las señales: mirada desviada, silencio absoluto así como angustia reflejada en cada una de sus facciones. Varias veces mientras la observaba haciendo justamente eso, se juraba a sí mismo que descubriría todo fuese lo que fuese. Sin embargo, ya no le irritaba, al contrario, estar a su lado era su parte favorita del día. Andrea poseía una vitalidad que pocas veces había visto en alguien, le encantaba cómo se reía con los ojos y cómo estaba atenta a cada una de sus palabras como si fueran tesoros que debía guardar en alguna parte de su interior. Se dedicaba todas las mañanas a ayudar a Pedro, sabía por María que el chico no podía con ella, cosa que le daba gusto. Esa era otra parte de ella que lo tenía perdido, su ayuda desinteresada y su carácter, dócil, humilde y a la vez orgulloso y aguerrido; a nada decía que no, siempre estaba dispuesta a colaborar con lo que fuera, hablaba con todos sin mostrar superioridad ni prepotencia, no obstante, era evidente su desconfianza. Se daba cuenta de que incluso con él, a pesar de todo, no se abría, mantenía ese lado oculto con un recelo impenetrable.

—Matías... ¿es necesario que esté?... —odiaba las apariencias y no le gustaba tener que cuidar cada palabra. Él, que había evitado casi toda la semana algún contacto físico con ella, posó su mano sobre la de ella dejándola con la boca seca, como siempre que se le acercaba un poco más de la cuenta.

—No deseo que te sientas obligada, pero te confieso que a mí me harías un gran favor. Creo que junto a ti se me hará más ligera tanta formalidad —al comprender que tampoco le encantaban los eventos sociales no pudo seguir negándose.

—Está bien, pero me debes una —el hombre sonrió triunfante.

—Cuando quieras... —le guiñó un ojo al tiempo que se levantaba de la silla—. Nos vemos en un rato, ya han de estar por llegar —Andrea sabía que serían una comitiva de medianas proporciones, al parecer cinco mujeres y ocho hombres, de puestos vitales de las diferentes empresas donde el padre de Matías había invertido consiguiendo a cambio aumentar sus canales de comercialización a Asia y Oceanía. Al sentir el ya tan familiar beso en la coronilla de la cabeza supo que su tiempo con él había terminado. Eso la deprimía un poco, le encantaba estar a su lado, las cosas siempre fluían sin problemas. No tenía que actuar ni pretender ser algo que no era, se dejaba llevar con una facilidad que a veces le asustaba, sabía muy bien que no debía enamorarse, sin embargo, ya era demasiado tarde para eso, lo quería, lo amaba, lo deseaba y lo necesitaba. Cada que lo sentía cerca temía que todos esos sentimientos salieran de una forma avasalladora, arrolladora.

Había pasado horas preguntándose si de verdad era eso lo que por él sentía y no una enorme gratitud por tratarla como una persona digna y confiable, por ver en ella más de lo que nadie nunca había querido ver, por lograr que por momentos se olvidase de todo, por sentirse una mujer común y corriente viviendo una vida como la de cualquier otra. Sin embargo, para esas alturas, ya había desechado cualquier duda, cada que él la tocaba, su cuerpo vibraba y se sentía más viva que nunca. Cuando le hablaba, todo tenía sentido y ya no le importaba más, cómo era que acabó ahí, en ese punto sin retorno.

Sintió la mirada de María sobre sí, giró regalándole una gran sonrisa como era su costumbre.

—¿Necesitas que te ayude en algo para la comida? —la mujer la estudió divertida.

—No Andrea, anda ve con Pedro todavía tenemos tiempo.

—De acuerdo, pero si necesitas algo ya sabes dónde estoy —María asintió cariñosa mientras la observaba salir aún flotando de ahí. Ya no había marcha atrás, pensó mientras secaba un vaso. Era cuestión de tiempo para que sus sentimientos salieran a la luz. Se querían... era demasiado evidente, el hecho ya andaba por toda la hacienda. Y cuando los veía, como hacía unos minutos, comprendía el porqué; se perdían el uno en el otro como si intentaran fundirse. Andrea era una buena mujer, no lo dudaba, sin embargo, no podía dejar de tener ese presentimiento de que algo no saldría bien al final entre ambos, que por mucho que lucharán, sufrirían demasiado. Movi6 la cabeza intentando sacar esa sensación, el día era largo y a media tarde debía de estar todo preparado para las visitas.

Durante toda la mañana y después del mediodía, no supo nada de él. Al llegar a su habitación para cambiarse, un vestido tradicional veracruzano negro con una sola manga estaba tendido sobre su cama junto con un lazo rojo. Era hermoso. A lado del atuendo, una tarjeta, dudosa se acercó hasta ella para ver lo que decía.

“Esto es sólo una manera de agradecerte el favor... Sé que te verás como todo una belleza”

En menos de un segundo sus mejillas ardieron como si las hubiera tenido en contacto directo con el fuego de una chimenea. Permaneció unos minutos más leyéndola una y otra vez. Nunca en su vida creyó sentir ni la cuarta parte de lo que ese hombre generaba con tan sólo tener entre sus manos un trozo de papel en el que él había plasmado unas tiernas palabras. Suspiró bobaliconamente pegándose la nota al pecho. Cuando vio la hora se apresuró, tomó el vestido y se lo probó por encima. Llegaba hasta los pies, se permitió dar un par de vueltas aún en las nubes, ¿cómo se peinaría? Corrió hacia el baño, se observó en el espejo y comenzó a ensayar con su largo cabello. Jamás se había preocupado por su apariencia pero esa noche quería impresionarlo, algo dentro de ella necesitaba hacerlo. Frustrada se dio un baño rápido, al salir se puso su nueva adquisición aun con aquella tonta sonrisa pegada a su boca, se amarró el lazo en torno a la cintura dejando un moño de lado. Se sentía cómoda, linda, mujer. De pronto Indira tocó asomando con timidez la cabeza.

—Señorita... perdón Andrea, el patrón esta abajo, preguntó por usted.

—Sí, ya casi voy, pero ven, necesito un enorme favor Indira... ayúdame, entra —la muchacha sonrió intrigada, esa joven le caía bien—. No tengo idea de cómo peinar mi cabello, hazle algo, lo que quieras, es tan largo que me desespera —se quejó agobiada y con las mejillas coloradas. La muchacha asintió encantada.

Media hora después Andrea bajó las escaleras lenta y tímidamente. Su pelo quedó sujeto en un sencilla coleta de lado que iba agarrada por un delgado mechón, mostrando enfrente su largo y abundante cabello y como adorno, Indira había conseguido de quién sabe dónde una flor que acomodó delicadamente en medio. Al verse en el espejo Andrea se sintió muy extraña, sin embargo, le agradó bastante.

Varias voces se escuchaban ya en la terraza que daba al jardín. Caminó hasta ahí un tanto ansiosa y con las palmas sudorosas.

En cuanto Matías la vio descender se olvidó de todo y de todos. Llevaba puesto el vestido que encargó especialmente para ella, sintió cómo su cuerpo se tensaba con la sola imagen, se veía demasiado bella para su propio bien. Su cabello parecía una provocativa cascada que bajaba por un lado de su dorso rozando partes de su cuerpo que deseaba tocar, no iba maquillada, parecía tener apenas un poco de máscara y rubor, sin embargo, de inmediato fue consciente de cómo los varones ahí presentes la contemplaron aturdidos.

Imbéciles, eso sí que no. Sin perder un segundo, se acercó a ella, un sentido territorial y posesivo que nunca había experimentado se apoderó de él, dejaría muy claro que esa mujer, aunque aún no era suya, pronto lo sería.

Al verlo aparecer frente a ella no pudo más que regalarle una de sus hermosas sonrisas, sólo que esta era de alivio.

—Creo que no debí regalarte ese vestido —le confesó ya a su lado. Sus palabras la desconcertaron y lo miró aturdida. Al notar su actitud vulnerable acarició su mejilla dulcemente acercándose peligrosamente hasta que sus alientos chocaron—. No me podré concentrar en lo absoluto, te ves... preciosa —Andrea pestañeó completamente ruborizada sin saber cómo actuar.

—Gracias —dijo con un poco de vergüenza. Matías sujetó con firmeza una de sus manos y la besó cálidamente.

—¿Vamos? —ella asintió siguiéndolo. Ese hombre la tenía embrujada; algo de magia debía saber porque no era normal sentir todo aquello que le despertaba, su organismo se descomponía y su cerebro dejaba de funcionar como si de repente se hubiera fundido.

Estar en medio de esa gente no resultó difícil. Hablaba inglés sin problema, por lo que se pudo relacionar con todos los presentes de forma fluida. Matías prácticamente no la dejaba sola y si lo hacía, sentía sus ojos sobre ella todo el tiempo. La reunión transcurrió mejor de la que esperaba, todos se mostraban encantados con el lugar y muy agradecidos por el recibimiento. A la hora de la cena quedó alejada de él, sin embargo, su sonrisa de complicidad y sus miradas cargadas de electricidad dejaban muy claro que entre ellos sucedía algo, por lo que nadie buscó ir más allá con ninguno de los dos. Al comenzar los postres, la marimba se instaló y comenzó a tocar. Continuó la velada sin problema. Para ese entonces, ya no le soltaba la mano y la mantenía cerca de él aunque estuvieran platicando con personas diferentes.

Los tres últimos invitados se despidieron después de medianoche.

—¿Cansada? —asintió observando como el trío entraba a la casa conversando entre ellos—. Andrea... — giró un poco nerviosa al escuchar su tono sugerente y saberse sola con él en aquel jardín. Esa noche en particular había quedado más que claro lo que ambos sentían, tragó saliva inquieta. Matías elevó su barbilla con su pulgar, su mirada la puso peor, dentro de esos ojos miel, había deseo, promesas, amor... —. ¿Sabes lo que siento verdad? —ella lo observó sin saber qué responder. Su aliento acariciaba su rostro de una forma sensual y decadente— Y... tú también lo sientes, lo sé —sin soltarla fue descendiendo lentamente hasta su boca. La joven se sentía anclada, no podía moverse ni siquiera respirar, él la besaría en un segundo y su cerebro le decía que debía darse media vuelta y salir de ahí enseguida, correr si era preciso. Sin embargo, su cuerpo no la escuchaba, al contrario, deseaba desesperadamente ese contacto, moría por averiguar lo que su gesto generaría. Él no se detuvo, miraba sus labios y sus ojos casi al mismo tiempo, con lentitud, con expectación. Cuando al fin llegó, cerró sus párpados y ella ya no pudo más, se dejó llevar sin poder evitarlo. Su boca era cálida, su aliento embriagador, su roce demasiado delicado, absolutamente tierno. Percibió cómo sus dedos la acercaban con suavidad rodeándola por la cintura. De pronto sus manos comenzaron a cobrar vida y fueron recorriendo su amplio pecho lentamente, deseaba memorizar cada músculo tenso, su fuerza, su olor. Llegó hasta su cuello y poco a poco lo fue rodeando con ambas manos acercándolo, inconscientemente más a ella. El hombre, al percatarse de su reacción sintió cómo su cuerpo despertaba, cómo su ser la deseaba. Arrastró su mano hasta enterrarla en su cabello y comenzó a incrementar el ritmo sin demora, sus labios se abrieron al mismo tiempo ansiosos. Andrea también quería eso, descubrió complacido, por lo que su lengua fue la primera en invadir esa exquisita boca, un segundo después la de ella salió a su encuentro. Definitivamente no estaba preparado para lo que ese acercamiento provocaría ni en su interior ni en su cuerpo, se sentía al límite, enardecido, enloquecido, una marea de fuego estaba barriendo con todo dejándolo con un anhelo asombroso por su cuerpo, por esa mujer. Ella estaba, con un solo beso, tomándolo todo. De repente, gracias a la potencia del deseo que en su interior hervía, fue necesario poner un poco de distancia, si no se detenía la poseería ahí sin importarle absolutamente nada.

Al ser consciente de su lejanía, Andrea sintió como si regresara de un viaje al que ni siquiera había dado

autorización para ir. Su respiración era cortada e irregular. Las palmas le sudaban, su ritmo cardiaco estaba a punto de caer en una arritmia o algo peor y su boca se sentía dolorosamente fría sin la de él ahí. Lo miró a los ojos asustada, y de golpe todos sus miedos regresaron arremetiendo sin piedad. Se separó negando una y otra vez. Él no alcanzó a reaccionar hasta que sus manos se quedaron extrañamente vacías sin su cintura y rostro en ellas.

—¿Andrea? —susurró aun desconcertado por lo que acababa de suceder.

—No... —el cambio tan abrupto lo dejó helado, era como si le hubiesen aventado un balde de agua bien fría. Intentó acercarse hasta ella de nuevo, la necesitaba, quería volver a sentir su cuerpo vibrar bajo sus manos, necesitaba volver a saborearla—. No Matías... no lo hagas —su voz estaba quebrada y aunque estaba oscuro, pudo detectar lágrimas que amenazaban con escaparse de sus ojos. De pronto y sin más, corrió prácticamente hasta la casa dejándolo ahí.

Por un minuto no supo qué hacer, no comprendía su reacción. Sin embargo, la alcanzó justo cuando estaba por entrar a su habitación. La tomó del codo haciéndola girar, su mirada era turbia y llena de impotencia. Ver esa angustia en su rostro, lo llenó de impotencia.

—¿Qué pasa?... Sé que tú también lo sentiste —Andrea se soltó con cuidado, su sólo tacto la alteraba y no la dejaba pensar claramente, no lo iba a lastimar, no iba a permitir que a él le sucediera nada, no podía arriesgar lo que al fin había logrado. Matías se acercó nuevamente aprovechando su confusión, no obstante su palma fue más veloz y lo detuvo.

—No... esto no está bien Matías, por favor no lo hagas —frunció el ceño poniendo la mano sobre la suya. ¿Qué ocurría?

—Si es por tu hermano...

—No... Cristóbal no tiene nada que ver... Por favor comprende... —parecía una súplica, un doloroso ruego. Eso lo desconcertó aún más.

—Andrea... yo... —ella silenció su boca con uno de sus delgados dedos.

—No... por favor no lo digas... Yo estoy aquí de paso y me iré... nada de lo que pueda pasar cambiará eso. De verdad no creo que sea la mujer ideal para ti —lo decía con tristeza, eso era evidente.

—Déjame a mí decidir eso... sé quién eres y no me importa tu pasado, para mí sólo cuenta lo que aquí he visto.

—No, no por favor. No lograrás que cambie de parecer... Te lo suplico... no insistas —al ver su vulnerabilidad y desasosiego se alejó un poco, no quería ponerla nerviosa y mucho menos incomodarla.

—De acuerdo... pero es “por ahora”, no quiero presionarte, no me voy a dar por vencido, no sabiendo que tú sientes lo mismo aunque intentes negarlo —ella agachó la mirada angustiada—. Sí Andrea, lo sentí y tú también... pero no pasa nada, soy paciente y por ti sé que vale la pena esperar.

—Yo... —ahora él silenció sus labios sonriéndole cariñoso, no quería verla agobiada, quería que sonriera como hacía unos minutos.

—Descansa y no olvides que aún estoy en deuda contigo —le guiñó un ojo relajado, como si nada de lo que pasó hubiera existido. Besó su cien y caminó hasta su recámara con asombrosa serenidad.

Andrea cerró tras de ella la puerta y se recargó en ella ansiosa. Ese beso había sido el más increíble que había experimentado en su vida, la había hecho volar y sentir que su cuerpo dejaba de pertenecerle. Lo quería, estaba absolutamente enamorada, pero ver de forma tan evidente ese sentimiento en él fue devastador, su mirada era de adoración, de... deseo. Un sollozo ahogado se escapó de su garganta al darse cuenta de que eso no importaba en realidad, esa mujer vivía exclusivamente para hacerla infeliz y si por alguna razón se enteraba de que había algo entre ellos no dudaría en utilizarlo a su favor, podría lastimarlo sólo para demostrarle que jamás la dejaría en paz o simplemente por el hecho de saber que a su lado podría ser feliz. Imaginaría que ella le contó todo lo que en su vida sucedió y eso, le advirtió, sólo lograría que el pacto de hacía unos meses quedara disuelto en dos segundos. Andrea no lloraba con facilidad, con el tiempo había lograda dejar de hacerlo ya que se daba cuenta que las lágrimas eran inútiles y no le permitían pensar claramente; además que no le gustaba en la posición que la ponía, se sentía aún más débil y cobarde de lo que

ya consideraba que era. A pesar de eso sus ojos se inundaron, lo quería, lo necesitaba y lo dejaría ir, eso era todo, no podía cambiar su vida, su pasado y la amenaza que ella en ese momento representaba para cualquier persona que le demostrase un poco de cariño y comprensión. Intentó dormir, pero varias horas después se rindió. Se sentó frente a la ventana que daba al jardín, la abrió sintiendo el golpe de frío. Se acurrucó en el sofá y se perdió en la oscuridad. Necesitaba encontrar la forma de resistirse, de no claudicar, pero era tan difícil sabiendo que él también sentía lo mismo. La lágrimas continuaron brotando aisladamente el resto de la noche sin que pudiera o quisiera contenerlas. Ahí estaba su cuento sin final feliz.

Matías despertó después tener una noche de lo más inquieta, no podía dejar de pensar en ella, en sus labios, en su cintura bajo su palma, en su delgado cuerpo estremeciéndose junto al suyo. Había amado a Tania, de eso no tenía duda. Sin embargo, nada de lo que en su adolescencia o en su juventud experimentó se comparaba con lo que Andrea le despertaba, su cuerpo la reclamaba, era como si fuera suya no de ahora, si no de siempre, incluso de otras vidas si estas de verdad existían. La esperaría y averiguaría que había detrás de todo, estaba convencido que esa era la llave para llegar a ella, así tuviera que vender su alma al mismísimo infierno, encontraría la forma de que esa mujer fuera suya, ya nada le importaba más que ella y el saber que sentía lo mismo no ayudaba en lo absoluto aunque menguaba la desesperación.

Cuando llegó a la cocina ya todo estaba dispuesto para que los visitantes desayunaran algo ligero como acostumbraban en el extranjero. Saludó a María afectuoso.

—Me dijo Andrea que todo salió muy bien ayer —asintió taciturno sirviéndose café—. El almuerzo estará listo a las doce hijo.

—Gracias María... —de pronto escuchó voces en el comedor que estaba separado por una puerta abatible de la cocina—. ¿Ya despertaron? —preguntó tranquilo.

—Sí, sólo algunos. Andrea los está atendiendo, habla inglés a la perfección, la estaba oyendo cuando... —pero no pudo terminar de hablar cuando Matías ya había cruzado la puerta. La mujer sonrió sacudiendo la cabeza, así era el amor, se recordó volviendo a sus tareas.

En cuanto supo que ya estaba despierta, su sangre recorrió violentamente todo su cuerpo, necesitaba verla, ahora. Al entrar los invitados, cuatro hombres y dos mujeres, lo observaron sonriendo. Andrea estaba sentada en el otro extremo de la mesa lejos del bufet platicando con una rubia llamada Megan que la noche anterior le resultó agradable. Ambas sonreían bebiendo café animadas. Andrea parecía no haber pasado buena noche, tenía ojeras y aún se veían huellas de llanto, eso le encogió un poco el estómago pues no comprendía porqué se negaba a lo que sentían de esa forma tan tajante. Se acercó hasta ella importándole poco el protocolo, la joven lo observó nerviosa dejando su taza lentamente sobre la mesa.

—Buenos días Megan, espero que hayas dormido bien —ésta asintió agradecida perdiendo su mirada en otro lugar, era evidente que a él lo único que le interesaba era la mujer que tenía en frente. Matías se agachó y le dio un beso posesivo sobre la frente a Andrea mientras ella lo miraba con la respiración contenida y los ojos bien abiertos —. Buenos días —sintió la boca seca y sólo pudo asentir. Todas las determinaciones de la noche anterior cayeron en cuestión de segundos. Estaba irremediamente enamorada de ese colosal hombre que la contemplaba como si fuera la más hermosa de las flores. Unos segundos después regresó a la realidad, los demás huéspedes lo saludaron animados, así que se alejó para regresar a su rol de anfitrión. Parecía relajado y aunque buscaba su mirada casi todo el tiempo, no la hacía sentir incómoda por lo que había sucedido. A las ocho ya todos estaban listos para continuar con el recorrido.

—¿Vienes verdad? —Artie, un hombre muy alto y extremadamente delgado procedente de Sidney, le preguntó a Andrea mientras todos se acomodaban en las tres camionetas destinadas para su transporte.

—Claro, ella nos acompañará —de pronto la mano de Matías se entrelazó en la de ella y sin preguntarle la guió hasta el asiento de copiloto de la camioneta que él conduciría. La ayudó a subir sin decir más y medio minuto después ya iban rumbo al rastro. La hacienda era imponente y enorme, por lo que se concentraron sólo en lo referente a los negocios. El día anterior ya habían ido a los cafetales, al ingenio, a la cosecha de caña y a la empacadora, sin embargo, faltaba ver el ganado, la embotelladora y el rastro. El tour fue muy agradable. Matías se comportaba con ella como siempre, tal vez con un poco de posesividad, se la pasaba a su lado, la

mantenía tomada de su mano y no permitía que se fuera con nadie más. Escuchaban atentos cada palabra de la guía que trabajaba dentro de la empresa y que fue exclusivamente para hacer ese trabajo. Conforme pasaron las horas se sintió más relajada, él no parecía tener la menor intención de hacer alguna referencia sobre lo ocurrido la noche anterior y eso la hacía sentir más tranquila. Al contrario, bromeaba y complementaba las explicaciones que la chica daba, hubo un par de veces que incluso se separaron del resto pero antes de que ella pudiera alterarse Matías ya le comentaba sobre algún detalle del lugar o sobre algún problema que debían resolver. Poco antes de las doce y justo cuando todos iban saliendo del rastro, tres jinetes con varios caballos siguiéndolos se acercaron a ellos. Andrea se puso enseguida en tensión. Él la alejó un poco de ahí rodeándola con uno de sus brazos protector. La guía les informó que el recorrido lo terminarían montando, la emoción de todos fue palpable. Sin embargo, Andrea permanecía quieta en su lugar. Matías se regañó por haber olvidado que esos animales eran parte de lo que se había planeado para el recorrido.

—Andrea, Matías ¿ustedes no vienen? —ya todos estaban listos para irse.

—No, nosotros los alcanzaremos en la casa en unos minutos, disfruten —todos asintieron sin preguntar más. Algunos sabían montar y los que no, solicitaron ayuda divertidos dejándose llevar por los jinetes expertos. En cuanto se alejaron entre risas y gritos, Matías se posicionó frente a ella, para su sorpresa no estaba blanca como el papel, más bien muy quieta y mirándolo serena—. Lo siento... no lo recordé —al escucharlo torció la boca con una tenue sonrisa y recargó el rostro en su pecho. A su lado no había sentido ni siquiera un poco de temor; fue como tener la certeza de que estaba segura y que ahí, entre sus brazos, nada pasaría. El hombre enseguida la rodeó asombrado, disfrutando el momento, ella había tomado la iniciativa y eso era más de lo que esperaba ese día. Su cuerpo era suave y embonaba perfectamente bajo el suyo, su olor era único y sentir su respiración tranquila sobre su piel le provocó deseos de mantenerla ahí para siempre.

—Patrón —el momento se rompió cuando uno de los trabajadores lo llamó. Andrea se alejó de inmediato. Matías juró por lo bajo—. Lo siento... —se disculpó el chico apenado—. Es sólo que quería saber si se va a regresar a caballo.

—No, llévenlos a la casa, nosotros ya vamos para allá —el muchacho desapareció un segundo después.

—¿Vamos? —giró hacia ella señalándole la camioneta. La joven asintió sonriente. Durante el trayecto no hablaron, ambos parecían inmersos en sus pensamientos, sin embargo, el silencio no era incomodo, al contrario, era relajante. De vez en cuando se miraban disfrutando de la sensación que eso les provocaba.

Durante el almuerzo se diluyeron entre los invitados. Dos horas después ya estaban observándolos alejarse en los helicópteros que los habían traído. Caminaron en silencio sin hablar hasta las escaleras exteriores de la casa, ambos parecían no querer decir nada por miedo a estropearlo todo. Matías la mantenía aferrada de la mano y a ella no parecía importarle, al contrario.

—Gracias —ya estaban por cruzar la puerta cuando se detuvo ubicándola frente a él.

—La verdad es que la pasé bien, fue... diferente —el hombre acomodó un cabello detrás de su oreja con suma atención, parecía perdido en sus pensamientos.

—Andrea... ¿Qué ocultas?... —el momento se rompió de inmediato al escucharlo. Él notó su cambio de actitud, se acercó de nuevo a ella frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa?... ¿por qué no te dejas llevar?

—Matías... estoy muy cansada y todavía debo hacer varias cosas —intentó irse, pero la tomó del ante brazo desconcertado. Ciertamente se veía exhausta, apenas hacía una semana le dio ese susto de muerte, sin embargo sabía bien que era un pretexto.

—De acuerdo, no quiero presionarte. Descansa, más tarde quiero mostrarte algo —ella asintió respirando con alivio. Un minuto después permanecía ahí cavilando, tenía miles de posibles respuestas para la infinidad de preguntas que surgían en su mente, pero ninguna lo convencía. Necesitaba saber qué ocurría, ¿por qué lo rechazaba a pesar de sentir lo mismo por él?, ¿por qué esas evasivas constantes cuando le preguntaba sobre varias partes de su vida?, ¿por qué esa desconfianza, ese dolor en sus ojos el día anterior al decirle que no iba a suceder nada entre ellos?, miles de “por qué” lo atormentaban, pero los averiguaría, todos.

Casi a las cinco regresó, se sentía impaciente por mostrarle lo que había pedido especialmente para ella.

—¿Andrea ya bajó, María? —la mujer aun acomodaba junto con un par de chicas, todo lo que se usó

durante las últimas veinticuatro horas.

—No hijo, se ofreció a ayudarme hace como tres horas, pero la vi tan cansada que la mandé a descansar — agarró una manzana y le dio una gran mordida. Subiría por ella decidió alegre.

Llamó a su puerta despacio, no hubo respuesta. Abrió lentamente. Estaba recostada de un costado profundamente dormida, la contempló durante varios minutos. No la levantaría, aunque ya estaba bien. Ramiro les había dicho que probablemente necesitara descansar un poco más de la cuenta ya que su cuerpo quedó un poco desgastado después de lo sucedido.

La tarde la sintió eterna, quería verla, necesitaba escucharla. Pero parecía que no se despertaría nunca. Ya era las siete y treinta cuando, desde su estudio, escuchó pasos en la escalera. Sin pensarlo cerró el ordenador y salió, era ella. Traía mejor cara y su cabello caía como una ondulada cascada sobre su espalda hasta la cintura. El deseo volvió a hacerlo su presa, esa mujer lo volvía loco.

—¿Descansaste?

—Sí... lo siento, no sé porqué dormí tanto —se frotaba los ojos como un gatito perezoso. Se acercó hasta ella miradora tiernamente.

—Porque estabas cansada —asintió sonrojada recargando su peso en el barandal de la escalera. Él se encontraba un escalón abajo observándola relajado—. ¿Tienes hambre?

—Sí... digo, sé que no es rest...

—Sh —la silenció divertido al recordar esas palabras que empleó ya hacía tres meses—. ¿Quieres ir al pueblo? —ella pestañeó varias veces.

—Pero... está muy lejos ¿no?

—No, es una rancharía en la que viven unas mil personas, no hay mucho qué ver, pero podríamos cenar en una fonda que conozco ¿te parece? —de pronto se sintió emocionada, algo que no sabía desde cuándo no recordaba, no sentía. Se le antojo agradable, más aun si el acompañante era él, ya que de inmediato la salida se convirtió en excitante.

—De acuerdo... sólo voy por un suéter —asintió contento.

—Te espero afuera.

Media hora después llegaron. El lugar era pintoresco pero demasiado pequeño, el pueblo se resumía a una pequeña plaza con un quiosco que en ese momento tenía unas cuantas personas a su alrededor, una iglesia ya bastante vieja, abarroteras, puestos de nieves, elotes, dulces, un par de pequeños restaurantes de los cuales uno parecía más cantina del viejo oeste que otra cosa. El resto eran alrededor de diez cuadras con calles pavimentadas de forma irregular y gente afuera de sus casas platicando animadamente.

—Te dije que era muy pequeño... —susurró Matías tan cerca de su oreja que la hizo estremecerse.

—Nunca había estado en un lugar así... me gusta —y de verdad parecía disfrutarlo. Observaba todo atenta y con una sonrisa en el rostro. Varios de los habitantes saludaban a Matías; él les regresaba el gesto llamándolos a casi todos por sus nombres.

—Muchos de los que trabajan conmigo viven aquí por no decir que la mayoría. La gente de aquí viene de Magdalena, que es el poblado que esta como a cuarenta minutos, pero desde que la hacienda empezó, ya hace más de un siglo, las personas que trabajaban en Las Santas se comenzaron a venir a vivir a los alrededores y con el tiempo aquí se ha ido poblando.

—¿Por qué la llamaron así? —ambos ya tomaban asiento en una de las mesas de plástico blanco que daba a la plaza del lugar.

—Mi bisabuelo no era muy religioso, quedó viudo muy joven y con tres hijos: un varón y dos mujeres; criarlos en aquellas épocas sin una mujer a lado era muy difícil. Así que se trajo a dos de sus hermanas para que lo ayudaran. Educaron a mi abuelo y a sus hermanas cuando esto apenas comenzaba como el sueño de aquel loco hombre con dinero y necesidad de vivir en paz. En honor a ellas nombró el lugar así. Las Santas. Dice mi padre que esas mujeres lo adoraban y él siempre fue bueno con ellas ya que podían vivir su propia vida mientras se hacían cargo de su hogar, por lo mismo nunca volvió a casarse y fue conocido como un eterno Don Juan —Ella lo escuchaba embelesada.

—Entonces me imagino que tendrás muchos parientes lejanos aquí —negó divertido ante sus conjeturas.

—Él quedó estéril después de dejar embarazada a mi bisabuela por última vez. Un caballo casi lo mata y después de casi perder la vida se enteró de que no podía volver a tener descendencia —una chica como de quince años con cara pizpireta se acercó hasta ellos en ese momento.

—Patrón... Buenas noches ¿qué van a querer? —Andrea lo miró sin saber qué pedir. La chica le dijo rápidamente los seis platillos que manejaban.

—Pediré por ti ¿de acuerdo? —ella asintió confiada. Dos minutos después la joven desapareció.

—¿Y cómo es que tú estás a cargo de todo esto?... déjame adivinar, sólo los hombres heredan —volvió a sonreír. Preguntaba sin rodeos. Eso era otra cosa por lo que lo traía hecho un tonto, era educada y muy culta, lo demostró durante la noche anterior y parte de la mañana al igual que en las múltiples conversaciones que solían mantener, sin embargo, no alardeaba y decía lo que pensaba sin miramientos. Podía apostar que eso le había provocado ya varios problemas, no obstante, eso sólo le servía para perderse más en ella y desearla aún más si eso era posible.

—Pues no, mi abuelo sí lo heredó y administró todo esto para él y sus hermanas, pero mi padre si tuvo hermanos, dos hombres y una mujer. Mis tíos fallecieron en un accidente aéreo hace varios años por lo que mi padre se quedó a cargo de todo al igual que mi tía, sólo que ella es una especie de bohemia y no le interesa mucho los negocios, así que deja que mi padre administre todo. Los únicos primos que tengo son sus hijos y el negocio les es irrelevante. Uno es artista y gana muy bien, otro trabaja para el gobierno de Canadá y mi prima se casó con un senador Inglés por lo que han cedido su parte de esto poco a poco. En realidad mi padre y yo somos los dueños de todo, entre él y yo tomamos las decisiones y pasamos puntualmente su parte a mi tía —La conversación era interesante, por lo que continuaron así aun después de haber terminado de comer el enorme huachinango que cada uno había pedido. Unos minutos después se acercaron a la plaza, unos jóvenes tocaban la marimba mientras un par de parejas bailaban divertidas. Se sentaron a observarlos. La plática continuó un par de horas más cuando el lugar se comenzó a vaciar Matías decidió que era momento de partir.

Al llegar a la casa la acompañó hasta su recámara. Se sentía un adolescente, flirteando, haciendo todo para llamar la atención de una chica que se le resistía, buscando cualquier pretexto para tener un contacto casto con alguna parte de ese cuerpo con el que soñaba todo el día. Andrea lo estaba poniendo de cabeza y ni siquiera parecía inmutarse por eso. Ella abrió la puerta y giró ruborizada de nuevo para encararlo.

—Gracias... me la pasé muy bien —acarició esa tersa mejilla perdiéndose en sus ojos. Sí, definitivamente estaba como un chiquillo de quince.

—Yo también, prometo que lo repetiremos —se acercó hasta ella lentamente pero en cuanto sus alientos chocaron desvió sus labios al sitio donde unos momentos había descansado su mano—. Buena noches... —ella asintió con la boca seca y sin poder respirar con fluidez. Su actitud la desconcertaba, unos segundos antes juró que la besaría en los labios. Lo observó entrar a su habitación sin saber qué hacer. Moría por volver a tenerlo ahí, donde sus alientos pudieran chocar, donde pudiera sentir sus manos sobre su piel, no obstante eso era lo mejor, las cosas entre ambos no debían avanzar. Se acostó creyendo que no lograría dormir, sin embargo, apenas un segundo después que su cabeza tocara la almohada, cayó profunda.

Matías se sentía extrañamente tranquilo y pleno. Su cercanía tenía ese efecto en él cuando estaba a su lado, era como si nada faltara, como si al fin después de toda una vida se sintiera completo. Ella le generaba paz de una forma muy singular. Permaneció observando un momento el jardín a través de las puertas del balcón de su habitación. Hacía unos momentos no supo cómo logró contenerse para no besarla desesperadamente como su cuerpo le exigía, sin embargo, esperar era algo que estaba comenzando a saborear para su propio asombro. Por otro lado, era evidente que mientras no insistía ella se dejaba llevar, provocando en él esa sensación de satisfacción total. La tendría, lo sabía, lo sentía, era cuestión de tiempo y una vez que así fuera, no la dejaría ir jamás, no después de descubrir todo lo que en su ser despertaba su sola presencia.

El domingo abrió los ojos extrañamente tarde, no solía hacerlo pero desde que ella enfermó, la semana anterior, no había descansado lo suficiente. Eso, junto con la visita de los gerentes de las comercializadoras, lo habían dejado exhausto. Despertó alrededor de las diez, se tomó su tiempo y bajó una hora después decidiendo que ese día sería únicamente para estar con Andrea.

Inés, en cuanto lo vio entrar, le sirvió un plato de frutas y le ofreció *chilaquiles*. Los engulló con apetito mientras leía el periódico con atención. Esa chica era demasiado chismosa para su propio bien, así que decidió no preguntarle sobre Andrea, la buscaría ya que hubiera terminado.

Media hora después salió al jardín para ver si la encontraba leyendo como solía hacer. Le pareció extraño no verla, subió hasta su recámara, tocó, pero al no recibir respuesta abrió. Nadie. Todo estaba perfectamente acomodado, pero de ella ni sus luces. Bajó hasta su estudio suponiendo que estuviera buscando otro libro, pero tampoco. Salió por la puerta de la entrada principal mirando hacia ambos lados, no estaba. Anduvo rumbo a las caballerizas y establos ya un poco preocupado. Ahí estaba, observando atenta cómo Héctor domaba a uno de los caballos que había recién adquirido hacía una semana. Tenía su barbilla recargada en sus antebrazos sobre la cerca de madera que rodeaba el corral y su cabello colgaba ondulado a lo largo de su espalda.

—¿Pensé que no tolerabas ni verlos? —Andrea volteó de inmediato al escucharlo. Un segundo después le sonrió tranquila. Se encogió de hombros animada, esa mañana se veía tremendamente joven y también tremendamente tentadora.

—Verlos sí... es un animal hermoso, sólo me da miedo acercarme —y de nuevo volvió su atención hacia el adiestramiento. Se puso junto a ella observando cómo Héctor hacía hábilmente su trabajo, pero cuidando todo el tiempo no acercarse al sitio donde ambos se encontraban.

—Quiero mostrarte algo... —eso captó su interés enseguida. La tomó de la mano y la guió hasta los establos. Andrea dudó un segundo deteniéndose.

—¿A dónde vamos? —preguntó nerviosa.

—Es una sorpresa —él la pasó del lado opuesto a las caballerizas y continuó su camino. Al final se detuvo frente a una. Andrea frunció el ceño esperando a tres metros de la pequeña puerta donde evidentemente había un caballo.

—Matías... ¿qué sorpresa?, no me gusta mucho estar aquí —admitió con las manos entrelazadas sudando. La estudió divertido, miraba a ambos lados ansiosa. Se acercó hasta quedar a unos centímetros de su rostro, acunó su barbilla e hizo que lo viera.

—¿Confías en mí? —ella pestañeó y enseguida.

—Sí —admitió con un hilo de voz. En respuesta le dio un beso en la frente, pasó una mano por su cintura y la hizo caminar unos cuantos pasos más hacia la cuadra. Una yegua de un color café muy singular asomó de pronto la cabeza. Andrea se detuvo en seco algo turbada. Matías la pegó cariñoso a él sin preguntarle.

—No pasará nada, está encerrada, no se puede acercar —la joven se sintió como una tonta. Reunió valor y dio unos pasos más quedando a sesenta centímetros del asombroso animal—. ¿Te gusta? —él ya estaba acariciando su hocico tiernamente.

—Sí... tiene un color muy bonito.

—Es una chica y... es tuya —Andrea lo miró atónita.

—¿Qué?!, ¿cómo?!, ¿por qué?! —su confusión lo agradó mucho más de lo que esperó. Sus mejillas estaban como dos cerezas, rojas a más no poder y sus ojos verdes lo observaban desorbitados, perdidos.

—Porque cuando la vi pensé en ti, y porque quiero verte montar de nuevo —ella se mordió el labio

arrugando con angustia la frente.

—Matías, yo... no puedo... además aceptar un regalo así.

—Claro que lo harás, esta chica es tuya y va a necesitar de tus cuidados: que la alimentes, que la cepilles, que la montes —Andrea retrocedió negando desconcertada.

—Sabes que no monto, no puedo... —Al ver su duda y miedo se volvió a acercarse hasta ella. La sujetó de ambas manos y se las llevó con sensualidad a los labios dejándola ya completamente aturdida. Andrea parecía un manojo de emociones y hacer eso le estaba gustando mucho más de lo que sospechó.

—Sí puedes y también montas, sólo que no lo has hecho en algún tiempo, pero con la práctica verás cómo lo recuerdas.

—No, no comprendes, de verdad me dan miedo, no actué aquel día, yo... no podría. En serio gracias, esto es... lo más hermoso que alguien ha hecho por mí, pero... —se tropezaba con cada palabra.

—sh... Lo harás paso a paso, conmigo, yo te ayudaré —le propuso con cautela. Ella agachó la mirada respirando ansiosa y sintiéndose sudorosa—. Hey... —elevó su barbilla con la mano—. Conmigo no tienes nada que temer Andrea, jamás permitiría que algo te sucediera. Sólo déjame demostrarte que puedes recuperar esa parte de tu vida. Sé cuánto te gustaba y comprendo tu miedo, pero esos accidentes pasan y hay que enfrentarlos —sabía que tenía razón. Esa mujer le arrebató muchas cosas, pero esa podía recuperarla, esa era su oportunidad para sentir que la vida aún le ofrecía muchas cosas que disfrutar y una manera de olvidar todo lo que había vivido—. Confía en mí —se lo suplicaba mientras acomodaba su cabello detrás de su oreja—. Lo haremos lentamente, primero te acercarán... luego la tocarás y así avanzaremos hasta que tú puedas hacerte cargo de ella por completo, te enseñaré a revisarla perfectamente antes de que la montes, verás que irás perdiendo el miedo. Si dudé cuando la compré, ahora estoy seguro que hice lo correcto, después de verte hace unos momentos observando tan atenta como domaban a aquel animal. Tú amas estos animales, el aire sobre tu rostro, la sensación de ser libre sobre su lomo —Claro que lo amaba, siempre fue así, hasta... ese día. Suspiró tomando valor, lo que decía sonaba bien, después de todo sabiéndolo cerca sería infinitamente más fácil.

—Gracias... —musitó. Sonrió al escucharla.

—¿Eso es un sí, o un no?

—Es un sí... y un lo intentaré... —no pudo evitarlo y la abrazó permitiendo que esa hermosa joven escondiera el rostro en su pecho.

—Eso es lo único que quería escuchar, verás cómo en unos meses la montas como solías hacerlo —se separó aun ansiosa.

—Matías ¿y si... te desesperas y si no lo logro?

—Tú no te preocupes por mí, soy paciente, es una de mis cualidades —lo decía burlón, sin embargo, comprendió enseguida que también se refería a ella. Un segundo después se volvió a separar para acercarse nuevamente a la yegua.

—¿Cómo la llamarás?

—¿Cómo?, ¿quieres que le ponga yo un nombre?

—Claro, es tuya. Tú la tienes que nombrar —Andrea frunció la nariz sin saber qué decir—. Vamos... ¿qué nombre te gusta?—observó al animal durante un momento, de verdad era hermosa y su color era igual al de las almendras.

—No sé... podría ser... ¿Almendra? —él giró hacia el animal asintiendo más que complacido.

—¿Cómo ves?, ¿te gusta ese nombre? —La yegua relinchó ante las caricias que Matías le daba en el cuello—. Creo que sí está de acuerdo —le dijo sonriendo—. Entonces esto es oficial, te llamarás Almendra señorita —Andrea rió al verlo hablando así con el animal, hasta ella se doblegaba ante sus encantos, y deseó con toda su alma llegar a acercarse a ella aunque sea una cuarta parte de lo que él lo hacía.

Unos segundos después caminaban de vuelta al corral.

—¿Sabes? Cuando la montes te mostraré un lugar muy especial para mí.

—Eso es injusto, quién sabe cuánto tiempo pase... —se encogió de hombros indiferente mirándola de

rejo—. Eso lo decidirás tú, dependerá de cuánto interés tengas —ella le propinó un pequeño empujón al escuchar su tono de broma. No tenía ni idea de lo maravillado que lo hacía sentir verla así, relajada, sonriente, serena.

—De acuerdo, si lo que quieres es motivarme lo admito, lo lograste... ya veremos en cuánto tiempo conozco ese “lugar especial”

—Ya veremos... —de pronto se detuvo y acarició como ya era costumbre su mejilla. Ese gesto la dejaba deseando siempre más, mucho más—. Sólo te advierto que una vez que lo conozcas ya no será mío, si no nuestro —pasó saliva entendiéndolo que él quería decir—. No me rendiré... nunca lo haré ¿comprendes? tú estarás a mi lado.

—Matías...

—No digas nada, no es necesario, sé que sientes lo mismo y como te dije “por ahora” me conformo con eso y con ver tu sonrisa y tus ojos todos los días, no tienes idea de lo que has hecho en mí Andrea, ni siquiera yo lo puedo comprender, sólo sé que envejecerás a mi lado —sintió como su pecho se llenaba de una sensación de placer que nunca antes había experimentado, sin embargo, sabía que no era muy probable que las cosas sucedieran así por mucho que ella lo quisiera. Un segundo después entrelazó sus dedos con los suyos y continuó caminando.

El resto del día no volvió a mencionar nada sobre ese tema, se daba cuenta de que la ponía nerviosa y lo último que quería era alterarla. Adoraba verla sonreír y platicar despreocupada, así que le mostró los alrededores del lugar mientras conversaban sobre diferentes temas. Más tarde comieron juntos, después retomaron las dudas que ella tenía sobre la floricultura. Al final terminaron ambos inmersos en internet buscando las flores más exóticas y la manera de cultivarlas.

—Matías... yo ya estoy bien, creo que mañana ya podríamos comenzar con la limpieza de la que hablaste la semana pasada —iban subiendo ya cansados las escaleras cuando ella hizo mención a sus deberes.

—Si en verdad te sientes bien, no tengo problema. Lo he pensado y lo mejor es que trabajen por las mañanas hasta la hora de la comida; por la tarde le dedicaremos unos momentos a Almendra y después, como a las cinco y media tú y Pedro podrían continuar con sus clases. Me parece lo justo, has cumplido con creces tu castigo y creo que has aprendido la lección, aunque dudo que lo necesitaras —lo decía serio. Era evidente que lo pensaba. Ella asintió sin querer comentar más sobre el asunto.

Al final se quedaron viendo el televisor un rato, una película de acción que ya estaba comenzada, pero como ella ya la había visto, pudo ponerlo al corriente sin problema. De vez en vez la miraba, ciertamente disfrutaba ese tipo de filmes cosa que lo divertía y le parecía refrescante. Cuando terminó ambos morían de sueño. La dejó en la puerta de su habitación despidiéndose con un dulce beso sobre su frente.

—Descansa...

—Tú también y... gracias... por todo —pasó sus yemas delicadamente por su brazo.

—No me las des, al contrario, me encanta tenerte aquí —volvió a darle un beso en la mejilla y caminó hacia su cuarto. Ella hizo lo mismo sin perder el tiempo, no planeaba quedarse de nuevo ahí, observándolo como una tonta. Se daba cuenta cómo la situación ya había salido de su control, él estaba jugando muy bien sus cartas y ella estaba cayendo redondita.

Matías sentía que ya no tardaría mucho para poder besarla todo el día si quería y la sola idea lo desquiciaba. Poder enterrar sus manos en su cabello, sentirla respirar sobre su boca, eran sólo unas de las cosas por las que daría, ya en esos momentos, todo lo que poseía. El televisor estaba encendido, sin embargo, no sabía ni en qué canal estaba, no le importaba, sólo quería disfrutar de la sensación tan embriagadora que sentía al saberla tan cerca.

La semana siguiente fue diferente. Ella entró en la rutina que Matías propuso. Por las mañanas se levantaba a la misma hora de siempre, desayunaban animosamente platicando de cualquier trivialidad. Después se encontraba con Pedro en la puerta trasera justo a las siete y media. Trabajaban sin parar, lo que hacía la entretenía y para ser honesta le gustaba. El orden era algo con lo que disfrutaba, así que organizarlo todo y deshacerse de lo que ya no servía para ella era pan comido. A medio día Matías pasaba por ella logrando así

las miradas burlonas de Pedro. Comían juntos disfrutando de su compañía mientras María los observaba ya para esas alturas divertida por aquella forma tan especial que tenían de tratarse. Para todos en la hacienda era evidente que se querían, pero la manera que tenían de estar juntos era algo que ella no había visto nunca. Se sonreían casi todo el tiempo, se miraban con veneración y se movían con sincronía como si cada uno supiera el próximo movimiento del otro. Estaban enamorados, peor aún, parecían amarse y rogaba a Dios porque lo que sentían durara para siempre, pues se daba cuenta de que él pretendía vivir la vida a su lado, sin embargo, la duda y miedo que a veces veía en la mirada de ella le provocaba cierto temor al respecto. Matías por la tarde ayudaba a Andrea pacientemente a superar su miedo a los caballos. Sabía que aún no había mucho avance, pero parecía ya no querer salir de ahí corriendo cada vez que se acercaban, cosa que le alegraba. Luego ella enseñaba a Pedro y a las ocho de nuevo se encontraban en el comedor, ya fuese que llegaran juntos o él después que ella. Para las nueve se acomodaban frente al televisor y veían un poco de noticias mientras conversaban sobre las situaciones del mundo.

El sábado por la tarde, después de comer, ambos se dirigieron a los establos. Ella observaba ya más cerca como Matías le daba de comer a Almendra mientras le acariciaba la base de la cabeza.

—¿Quieres tocarla? —Andrea mostró los dientes insegura—. Vamos... pon tu mano sobre la mía, no tengas miedo yo no me moveré —avanzó dudosa, un segundo después se ubicó tras él. Acercó su mano temerosa hacia la suya lentamente. Él la veía de reojo esperando. La escuchó resoplar, sin embargo, la admiró por el coraje que tenía para hacer lo que estaba haciendo. Matías comenzó a susurrarle una especie de canción a la yegua para que estuviera muy quieta. Andrea respiró hondo y colocó su mano sobre la suya aún temblando. Al sentir por fin su tacto sonrió sin dejar de cantar. No se movió por unos segundos. Lo que ella estaba haciendo era una de las mayores pruebas de confianza que hasta ese momento había logrado sacarle y la estaba disfrutando como si le hubieran dado la mejor de las noticias. Poco a poco comenzó a moverse, sentía su aliento a un costado de su rostro. Él, lentamente, fue quitando su mano midiendo su reacción, pero Andrea estaba absorta, contemplando el rostro del animal. De pronto, en un acto rápido, la sacó y la colocó sobre la de ella. Andrea dio un pequeño respingo al darse cuenta de lo que acababa de ocurrir y lo miró nerviosa—. Aquí estoy... nada sucederá —Tenía los ojos muy abiertos, sin embargo, asentía asustada—. ¿Te gusta? susurró sonriendo.

—Sí... —admitió observando a Almendra más serena. Parecía disfrutar la sensación de su pelaje bajo su piel—. Hacía muchos años... —él tenía ganas de abrazarla, pero no quería ni moverse por miedo a alterarla. Estaba dando un gran paso y un movimiento en falso terminaría con el momento de inmediato. Un caballero pasó por ahí alterando un poco a la yegua. Andrea quitó la mano de inmediato. Matías giró hacia ella esperando verla asustada, lívida. Sin embargo, sus ojos chispeaban, sonreía orgullosa. No pudo más, terminó con la distancia que los separaba y la besó sin importarle nada más. No fue lento como el primer encuentro, este fue invasivo, exigente y cargado de deseo. Andrea no se lo esperaba, pero un segundo después se dejó llevar, en ese momento se sentía simplemente feliz. Matías sostenía su rostro con ambas manos y la devoraba ansioso. Ella se aferró a su camisa sin percatarse que su cuerpo volvía a desconectarse; sentir sus labios contra los suyos era simplemente sublime. El hombre que la probaba gimió sintiendo que perdería el control en cualquier momento cuando de pronto ella se alejó intentado respirar.

Matías pestañeó varias veces aún sorprendido por lo que acaba de hacer. Andrea tenía las mejillas encendidas, los labios hinchados, lo miraba asombrada y parecía querer recuperar el aliento. Su corazón palpitaba a paso veloz, mientras su cabeza lo reprendía por la falta de control. Se quedaron uno frente al otro un par de minutos, estaba seguro que en cualquier momento saldría corriendo, sin embargo, no lo hizo. Bajó la vista hasta sus pies unos segundos para luego mirar a la yegua.

—Gracias... —murmuró viéndolo nuevamente. Él no supo qué hacer, ni a qué se refería. La joven se dio cuenta y le sonrió tímida—. No sabía que extrañaba sentir su pulso bajo mi piel —observó su mano satisfecha.

—Andrea... yo... —puso sus dedos delicadamente sobre su boca silenciándolo.

—No digas nada, déjalo así... por favor —asintió atónito—. Lo que tú hiciste hoy ni en una vida me lo hubiera imaginado... —la forma en la que hablaba hacía que fuera asombrosamente consciente de la sangre

que bombeaba por sus venas.

—Me alegro que sea así, verás que pronto dejas atrás lo que sucedió —ella asintió contemplando nuevamente al animal.

—Ahora sí lo creo posible —de pronto se acercó hasta él y le dio un dulce beso en la mejilla, permaneciendo ahí unos segundos para poder absorber su delicioso aroma. Lo amaba, eso era lo que había logrado con todo eso, lo amaba con desenfreno, con dolor, con pasión y con miedo, pero lo amaba definitivamente. Él disfrutó de su contacto sintiendo que sus pulmones se llenaban de su olor suave, delicado.

—Andrea... ¿Qué te detiene? —la joven continuó ahí, sólo que en tensión al escucharlo. La separó un segundo después para poder observarla. Ella no escondía la mirada, sin embargo, se daba cuenta que volvía a alejarse—. No, no lo hagas... no vuelvas a esquivarme, esto ya no lo podemos detener y lo sabes... dime por qué no te dejas llevar, necesito saberlo —la mujer por la que ya había perdido la cabeza intentaba zafarse algo turbada, nerviosa. No la dejaría, ya no.

—Matías... por favor, ¿no puedes dejar las cosas así? —le rogó al ver que no la soltaría.

—¿Así?, ¿así cómo?... ¿Robándote un beso de vez en cuándo?, ¿Luchando para no abrazarte y lograr que permanezcas ahí más de dos segundos?... No, no puedo, yo lo quiero todo de ti —¿Por qué permitió que todo llegara hasta ese extremo?, ¿por qué no lo detuvo a tiempo? Ahora no sabía cómo alejarlo, cómo poner distancia y lo peor, no sabía si quería hacerlo—. No confías en mí... —manifestó molesto.

—Eso no es verdad y lo sabes —parecía herido y eso le provocaba un dolor profundo en el centro del pecho, era como si estuviera sangrando algo en su interior. Pero ¿qué debía hacer?

—Sé que en lo general lo haces. Pero no en lo profundo, en lo que de verdad es importante.

—No digas eso... —intentó zafarse nuevamente—. Creo que lo mejor es que vaya a la casa —rio con mortal sarcasmo. El gesto ensombreció a Andrea.

—¿A esconderte?, esto volverá a suceder una y otra vez y lo sabes... ¿Siempre te irás? —los ojos de ella se rasaron de pronto logrando desconcertarlo. No solía llorar, incluso podía asegurar que la única vez que lo hizo fue con el evento del caballo.

—No comprendes... no quiero hacerte daño, en unos meses me iré, pase lo que pase y no regresaré... nunca —la soltó frunciendo el ceño. Lo decía con dolor y a la vez con mucha decisión, por otro lado, no olvidaba que no era la primera vez que lo decía.

—No tienes que irte yo... digo, si tú quieres, sería feliz que te quedaras aquí —ella sonrió con las lágrimas aún contenidas.

—Lo sé, pero eso no cambia nada. Así que no permitiré que entre tú y yo pase más, lo siento —no comprendía nada; la frustración lo estaba haciendo su presa, lo estaba consumiendo. Ella lo quería, lo sabía, lo sentía, sin embargo, hablaba de esa forma que lo dejaba helado. Se quedaron en silencio unos minutos.

—De acuerdo... haré que cambies de parecer.

—No lo haré Matías... —lo decía con firmeza, sin la menor duda.

—Ya veremos, ya te dije que envejeceremos juntos y ¿sabes por qué? —Puso una mano cariñosa sobre su mejilla—. Porque por más que intentes luchar... te amo —Andrea abrió de par en par los ojos sintiendo que con esa declaración la lanzaba al vacío y al mismo tiempo la elevaba hacia lo más alto—. Sí... y sólo es cuestión de tiempo para que comprendas que tú también, así que estás muy equivocada si crees que te dejaré ir sin más... aún cuento con varios meses para doblegarte —intentó hablar pero él fue en esta ocasión quien la silenció—. No lo digas, ya no por favor... de verdad me lastimas cuando lo haces.

—No es mi intención —admitió con suma tristeza.

—Lo sé, dices lo que crees... pero eso no significa que así sucedan las cosas —le dio un beso en la mano y la hizo caminar en dirección a una brecha que daba al campo. No dijeron una sola palabra por más de una hora. Ambos parecían necesitar recuperarse de lo sucedido y no querían hacerlo sin estar uno al lado del otro.

De repente él se detuvo frente a un árbol enorme, se recargó en el ancho tronco al tiempo que la soltaba. Andrea no supo qué hacer, así que cruzó sus brazos ansiosa mientras movía piedritas con las botas.

—¿Sabes? —alzó la vista al escucharlo. Tenía ambas manos metidas en las bolsas del jean y la mirada perdida como recordando algo—. Yo también cargo con cosas, situaciones que desearía olvidar, que daría todo para que no hubieran sucedido... y ya ves, uno no puede controlar el pasado, sólo el futuro —ella asintió estando de acuerdo con él por primera vez en ese par de horas. Supuso que se refería a su esposa, nunca le habló de ella, pero sabía que enfermó de gravedad por lo que falleció al poco tiempo. Sintió un pequeño agujero en el pecho al darse cuenta de que ese hombre por el que sentía que su ser despertaba de ese eterno letargo, ya había amado antes y que aún le dolía su ausencia—. Cuando tú llegaste aquí... sé que me porté mal —la miró un segundo y después volvió a perderse en el horizonte—. Tu hermano me dijo cosas sobre ti que ahora sé, no son verdad, o por lo menos no son como él las cree... sin embargo, yo no te conocía... no sabía cómo eras realmente y... mucho menos que sentiría esto por ti —sonrió negando con la cabeza. La joven volvió a agachar la mirada concentrándose en la punta de su calzado—. Cuando llegaste sentí una enorme necesidad de enseñarte que la vida era difícil y que en ella no había lugar para las personas cobardes, débiles —Andrea suspiró recordando cada detalle de esos primeros espantosos días—. Fui un tonto... no debí portarme como lo hice —la observó arrepentido.

—No pasa nada... era lógico que actuaras así... lo que sucedió... no es para sentirse orgulloso —sonrió al escucharla.

—Aun así... no creo que lo merecieras y aunque no es justificación, necesito que sepas porqué me porté de esa forma.

—Matías de verdad no te preocupes, no es necesario —él la estudió con atención buscando descifrar lo que en sus ojos había.

—Andrea, después de la muerte de... Tania... —permaneció en silencio unos minutos por lo que el ambiente se sintió denso y ella ya no se atrevió a interrumpirlo—. Mi vida se vino abajo, yo... me volví duro, amargado e insensible... —de nuevo calló unos segundos pensativo—. Ella no murió por la enfermedad... —Andrea posó sus ojos en él enseguida frunciendo el ceño, no comprendía. Matías desvió la vista negando—. Ella... se mató —al escucharlo dejó de respirar perpleja.

—Dios... —en ese momento Matías no parecía tan fuerte e implacable como siempre. Al contrario, se notaban los estragos que al recordarlo provocaban sobre su personalidad potente y decidida—. No tienes que hablar si no quieres... —no sabía que más decirle. Pero él no la miraba, ni parecía haberla escuchado.

—Yo la amaba, duramos mucho tiempo de novios y lo lógico era dar el siguiente paso. Tania era una chica consentida al igual que yo... tengo que admitirlo. Nos movíamos en el mismo círculo, estaba acostumbrada a obtener lo que quería y a ser el centro de atención, era muy bonita y eso la ayudaba. Nos casamos ilusionados, ella era lo que yo quería, la mujer ideal para mí —sonrió con sarcasmo y continuó—. Era femenina, dulce, tierna, caprichosa y débil... Sentir que me necesitaba todo el tiempo me hacía sentir importante, invencible. Regresando de la luna de miel nos vinimos a vivir aquí, como acordamos. Sin embargo, no logró adaptarse, vivía quejándose y no era feliz. Por más que hacía, nada la ponía contenta, nada era suficiente. Con el tiempo empezó a odiar este sitio, no existía día que no me pidiera que regresáramos. Peleábamos constantemente y las cosas que me enamoraron de ella comenzaron a hastiarme. Se vestía elegantemente, siempre impecable, muy bien maquillada y sin una sola arruga. Era su manera de demostrarme que nunca se adaptaría. No éramos felices y yo con tal de salvar nuestro matrimonio al final accedí —Andrea seguía en el mismo lugar escuchándolo atenta. Podía sentir su dolor y deseaba menguarlo de alguna forma, sin embargo, permaneció ahí, quieta—. Esta vida no era para ella. A Tania le gustaban las reuniones, salir a

cenar a los lugares de moda, viajar, visitar a los amigos, organizar grandes fiestas. Ella... siempre fue así... yo fui el que no lo quiso ver, no la puedo culpar, me amaba... lo sé y yo la estaba alejando de todo con lo que creció. Mi padre accedió a que yo regresara a la ciudad mientras estuviera viniendo constantemente. Al poco tiempo de nuestro regreso, le detectaron ese... cáncer. Su útero estaba invadido y lo tuvieron que extirpar. Sufrimos mucho, eso quería decir que jamás tendríamos hijos; sin embargo, no me importaba... verla sana era lo primero, adoptaríamos, yo lo tenía muy claro. Pero ella no pensaba igual que yo y cayó casi enseguida en una honda depresión, comenzó a... —resopló con dolor frotándose el rostro con ambas manos—, comenzó a culparme —Andrea ya no pudo más, se acercó hasta él consternada. Posó una mano sobre su antebrazo sin saber qué más hacer. Él le sonrió al tiempo que la tomaba dándole un pequeño beso.

—¿Por qué lo hacía? No comprendo, el cáncer... no es culpa de nadie.

—Lo sé y ella también lo sabía, pero era evidente que no estaba bien. No se cansó de repetir una y otra vez que esta hacienda la había enfermado. Su actitud era apática y negativa. Se dejó vencer con una facilidad impresionante. Al poco tiempo la enfermedad avanzó, su actitud no ayudó. Ya se había alojado en un pulmón...

—Dios... pobre... —él asintió.

—Sí, verla así no fue nada fácil y no puedo ni imaginar lo que ella sentía. Le ofrecieron quimioterapias, fue muy difícil convencerla. No quería perder el cabello y verse como sabía que se vería, además, insistía en que no tenía cura, que no tenía caso. Pero el tumor estaba en un lugar en el que no se podía operar. Al final prácticamente la obligué. El doctor nos recomendó un poco de calma antes de comenzar con ese largo tratamiento y sugirió que viniéramos durante una temporada para que ella estuviera desintoxicada y tranquila antes de comenzar. Estaba seguro que se negaría, me asombró cuando aceptó sin queja, supuse, en esos momentos que cambió de actitud y pensé que había una esperanza para ella, para mí... para lo nuestro. Me equivoqué. Tania... ya no era la misma, la enfermedad la consumió... su esencia, su vida. Buscaba problemas conmigo todo el tiempo. Le rogaba que luchara, sus padres, los míos, nuestros amigos, todos le suplicaban no dejarse vencer; todavía existían muchas posibilidades, los doctores nos lo habían dicho en varias ocasiones, pero ella no escuchó. Unos días antes que tuviéramos que regresar discutimos fuertemente. Yo, aunque sabía que debía entenderla, tener paciencia, estaba agotado también, desesperado —la miró culpable y con mucho dolor. Ella no se imaginaba todo lo que tuvo que pasar y comprendía un poco su forma de ser—. Me atacaba todo el tiempo y no paraba de hacerme sentir culpable por lo que le sucedía, insistía que se había convertido en un estorbo para mí y te juro que no era así, y sólo deseaba verla bien, sana, salir adelante juntos de alguna manera. Sin embargo, ese día, en medio de la acalorada discusión... admití sentirme cansado y... muy desilusionado por su manera de enfrentarlo todo. Saqué todo lo que tenía dentro de mí. Desde hacía ya más de un año todo se centraba en lo malo, yo... Dios, si no le hubiera dicho todo eso... —sus ojos estaban rojos. Se limpió las lágrimas con el antebrazo—. Regresé muy arrepentido varias horas después, sabía que debía entenderla, su situación no era para nada fácil y yo necesitaba encontrar la forma de que quisiera vivir, no de echarle en cara el cómo me sentía, yo estaba sano, debía ser el fuerte. Pero... fue muy tarde —de pronto se alejó observándola con dolorosa impotencia—. Ella... estaba recostada en el centro de la cama, la intenté despertar, parecía dormida. Los frascos en la mesa de noche llamaron mi atención. Estaban vacíos. No era uno el que se tomó, fueron más de cuatro. Ya llevaba varias horas cuando la encontré. María subió al escucharme. Ella fue la que vio la nota que Tania dejó. Nunca podré olvidar lo que escribió. Me pedía perdón... y me decía que no era tan fuerte, que sentía haber arruinado lo nuestro —Andrea no lograba creer lo que le decía. No podía juzgar a esa mujer, sin embargo, tampoco podía entenderla ¿Por qué le había hecho eso? Terminó con la distancia que los separaba y lo abrazó con toda la ternura que fue capaz de dar acomodando su cabeza bajo su barbilla.

—Lo siento mucho Matías... de verdad lo siento mucho —él la sujetó firmemente asintiendo. Recargó su mejilla sobre su cabeza sintiendo cómo con tan solo ese gesto su dolor menguaba drásticamente—. Gracias por confiar en mí, por contarme todo esto, no ha de haber sido fácil, no tenías por qué hacerlo... —susurró aún pegada a su cálido cuerpo. Él la separó apenas y lo necesario para poder verla a los ojos. Sonreía

cariñoso y... ansioso.

—Sí tenía que hacerlo. Ese es mi pasado Andrea y quiero demostrarte que puedo compartirlo todo contigo y aun siendo este el capítulo más duro de mi vida, no debía ocultártelo. Sólo María y mis padres lo saben, el resto saben lo que tú hasta hacía unos momentos; no permitiría, por nada del mundo, que se manchara la imagen de Tania. Ella sufrió mucho e hizo eso porque creyó que así nadie sufriría más —Posó sus labios sobre su frente y volvió a abrazarla.

—Entiendo.

—¿Sabes? ahora ya no duele tanto, muchos años viví sintiéndome culpable y miserable, no podía evitar sentirme responsable. Odié a la gente débil, a la gente que se dejaba vencer con facilidad. Me volví todo lo que viste cuando llegaste... sin embargo, ahora puedo hablar de esto, jamás lo había hecho... con nadie. Pero desde que apareciste... algo cambió dentro de mí... Luché mucho por acallar esto, por eso mi conducta al principio. Luego... ya fue muy tarde. No tienes idea lo que siento por ti y la medicina que has sido para mí. Tan sólo con tenerte así, absorbiendo tu olor, escuchando tu respiración, siento que esa parte de mi vida quedó completamente curada —se separó un poco de él, acarició su mejilla sin dejar de mirarlo. Un segundo después se acercó lentamente hasta sus labios. Él no se movió, temía que si lo hacía ella retrocedería. Sentía su aliento ya demasiado cerca, su calor casi sobre sí, hasta que por fin fue consciente de su tierna boca sobre la suya. Permitted que ella marcara el ritmo, su sabor era único, su roce decadente, lo hacía sentir mareado, al límite. Besaba dulcemente cada uno de sus labios, sin prisa, con deliberada dilación, como necesitando conocerlo, conocerlo de verdad. Él le respondió de la misma manera intentando descifrar lo que ese gesto significaba. De repente se detuvo. Su mirada se tornó distante mientras sus párpados no dejaban de aletear con nerviosismo y arrepentimiento.

—Matías, yo, perdón, no debí... esto es una locura —acarició su rostro sin comprenderla, sintiéndose perdido, confundido.

—No lo es Andrea —de pronto, al escucharlo, pareció tomar conciencia de lo que había hecho y se separó de inmediato. Pero Matías ya no quería ni podía tenerla lejos. La aferró por la cintura acercándola nuevamente—. Andrea... este juego se terminó, no permitiré que vuelvas a alejarte, ya no —y sin más la volvió a besar exigentemente. Ella se fundió en su ser sin poder rechazarlo. La separó unos segundos después con el semblante serio—. Quiero saber ahora ¿Qué es lo que ocurre?, ¿por qué no te dejas llevar?, ¿por qué hablas todo el tiempo de una forma en la que no comprendo? —eso fue como un balde de agua fría. Se zafó en un segundo retrayéndose nuevamente pero enseguida la sujetó por el codo.

—Matías... no sé a qué te refieres... —masculló exaltada. Intentaba desengancharse pero la tenía bien agarrada. Su cambio de actitud la tomó por sorpresa.

—¡Basta!, sí lo sabes y no te dejaré marchar, no hasta que me digas lo que pasa. Estoy harto de esto. Siempre siento que cuentas las cosas a la mitad, que no confías en mí del todo, que hay algo que no cuadra. Tú no eres la chica que tu hermano describió... y quiero saber ahora la verdad, toda ¿comprendes? —la joven sintió que un sudor helado le recorría la columna, las palmas de las manos comenzaron a sudarle sin poder contenerlo. Matías hablaba en serio, esta vez no cedería, eso era evidente. Tragó saliva desviando la mirada.

—No hay nada... no entiendo por qué supones eso —necesitaba que dejara de preguntar aunque eso implicara aceptar todas las mentiras que Cristóbal creía de ella. Tomó su barbilla molesto y posó sus ojos sobre los suyos.

—Mírame y júrame que no hay nada. Júrame que eres una mujer inmadura, infantil, que se la pasa en fiestas descontroladas, causando problemas en todas partes, que se droga sin freno y se mete con cualquier hombre al grado de no saber cómo llegaron a su recámara al día siguiente —lo escuchó atónita, lívida. La sujetaba firmemente y le lanzaba cada una de esas palabras buscando que se defendiera, que replicara—. Júrame que tú propiciaste todo ese desastre en la tienda que casi le cuesta la vida a una persona inocente. Júrame... —lo decía apretando los dientes y acercándola cada vez más a él con rabia, con decepción—, que te has dedicado a hacerle la vida de cuadritos a la esposa de tu hermano y que Mayra es una víctima de tus embustes, de tu

locura y desequilibrio. Júrame que eres... una meretriz, una mujer que se acuesta con uno o varios por el simple placer de hacerlo, que goza de no saber con quién compartió su cuerpo una y otra vez y que las cicatrices que tienes en la espalda son absolutamente tu responsabilidad, que tú en tus locuras las provocaste —sentía que el aire le faltaba, que sus pulmones se cerraban exprimiéndola y causándole un agudo dolor. No podía permitir que creyera todo eso de ella, él no. Se soltó de un jalón bruscamente con lágrimas brotándole de los ojos ya sin poder pararlas.

—¡no lo hare!, no soy todo eso que dices —le gritó desesperada, herida. De inmediato supo que pronto sabría por fin toda la verdad. No le agradó en lo absoluto el método, pero ya no podía más, era vital saber lo que pasaba, qué la tenía así—. ¡No te juraré nada!

—Entonces son mentiras... ¡Dímelo... defiéndete! —la retó con dureza. El llanto desbordado de ella lo dejó helado.

—No puedo... No puedo —se dejó caer sobre sus rodillas escondiendo el rostro entre sus manos, temblaba. No le importó verla tan mal, debía hacer que saliera de ese agujero en el que se encontraba, necesitaba que confiara en él. La levantó tomándola de ambos brazos.

—Sí puedes... ¿qué te tiene así? ¿Quién? Dilo de una vez —ella seguía llorando intensamente—. ¡Andrea!

—Matías no puedo arriesgarte, por favor comprende —explicó con dificultad. Pestañeó ahora más intrigado.

—¿Alguien te tiene amenazada? Por Dios Andrea, dímelo de una maldita vez, acabemos con esto.

—Matías —le rogó por última vez.

—No, no, no cederé te lo advierto, no más —de pronto la joven se limpió las lágrimas con rabia, con ira.

—Sí —la noticia lo dejó perplejo. La acercó más a él alarmado. Incrédulo. ¿Qué diablos era eso?

—¿Quién? ¿Con qué?! —no podía creer que las cosas se estuvieran yendo por esos rumbos. Eso era lo último que imaginó, simplemente no tenía sentido.

—Matías... —intentó de nuevo suplicar con los ojos empañados y con la voz completamente quebrada. Se veía pálida. Pero ya no podía dar marcha atrás, sabía que de eso dependía su futuro juntos, la tranquilidad de ella.

—Dije no. Dímelo ahora y si no lo haces... debes saber que no quiero volver a verte y te pediré que salgas de esta casa, no soportaré tenerte tan cerca sabiendo que ocultas cosas como esa, que no confías en mí, que hablas con medias verdades —decir esas palabras fue como si se le cortara el alma, pero no iba a permitir que continuara viviendo de esa forma, no si él podía ayudarla.

—Matías por favor —su mirada estaba cargada de dolor, de miedo, y eso le estaba rompiendo el corazón en mil pedazos pues se daba cuenta que conforme llegaba a la verdad, la Andrea que sufría se manifestaba sin remedio y lo que tenía entre sus ojos no le agradaba, le dolía, lo consumía.

—¿Es algún socio del conglomerado? ¡Dime! —la presión que estaba ejerciendo contra ella ni en mil años se la hubiera imaginado.

—Si te lo digo a... Cristóbal le hará daño —ya no daba crédito a lo que escuchaba. No logró reaccionar por un instante. No podía ser cierto, ella no podía estar viviendo algo como eso. Cuando la dejó libre al fin debido a la sorpresa, la joven se desmoronó en llanto convulso frente a él como si no lo hubiese hecho en años.

—¿De qué hablas?... ¿Quién Andrea? —se hincó frente a ella tomando su barbilla sin poder esconder su impresión.

—Matías, por favor —negó firmemente. La aferró por los hombros acercándola nuevamente hasta él muy serio.

—¿Quién? ¡Dímelo ya con un demonio!

—Mayra —murmuró, para en un segundo desvanecerse sin más. Matías alcanzó a agarrarla antes de que cayera de lleno en el suelo. No podía creerlo, no podía ser cierto todo eso, era abominable, increíble.

—¿Andrea? —la llamó con delicadeza, sin embargo, permanecía inconsciente, más pálida que nunca. Sintió una dolorosa opresión en el pecho. Le dio unas pequeñas palmadas en las mejillas, sentía que se había

adentrado en una pesadilla. Esa mujer. Pero ¿cómo?, nunca le cayó particularmente bien, pero de eso, a lo que se acababa de enterar, era un gran trecho, sin embargo, algo en su interior le dijo que era cierto, que Mayra se había dedicado a hacerle la vida miserable a la chica que en ese momento tenía abrazada y que parecía haberse fugado de esa realidad por no poder soportarla más—. Andrea... reacciona... Andrea —acarició su rostro con ternura limpiando las lágrimas que hacía unos momentos derramaba. Sintió cómo un gran agujero se abría bajo sus pies y que los absorbía juntos—. Andrea, por favor —sus párpados comenzaron a aletear. Sintió alivio al ver que comenzaba a volver. Tardó unos segundos más en regresar del todo.

Al regresar a la horrible realidad intentó levantarse abruptamente. Matías la detuvo delicadamente.

—Espera... tranquila —de pronto las lágrimas volvieron a brotar violentamente. La abrazó durante varios minutos dándole tiempo para recuperarse. Cuando la sintió mejor la ayudó a ponerse de pie ubicándola frente a él—. ¿Te sientes mejor? —ella asintió con los ojos aún llorosos—. Andrea... lo que dijiste... ¿es cierto? —lo aceptó vencida. Su vulnerabilidad lo atravesó—. Cristóbal ¿no se lo has dicho?

—Lo intenté pero no me creyó... Tú no sabes de lo que ella es capaz —sintió un escalofrío por todo el cuerpo, la mirada de Andrea lo hizo adivinarlo.

—Pero debes enfrentarla —la joven se alejó negando con vehemencia al tiempo que se limpiaba el rostro con desespero, pues no paraba de llorar.

—No sabes lo que dices... Por su culpa... mis padres murieron —eso ya era demasiado y era verdad. Lo podía sentir, le creía. Podía sin dificultad tocar la sinceridad de sus palabras, de su alma. Mierda.

—Por Dios ... Andrea —de pronto se sintió un imbécil, le contó toda su historia creyendo que era dura, bastante triste y sin embargo, ella llevaba viviendo una década de pesadilla. Andrea seguía demacrada por lo que temió que volviera a perder el conocimiento, enfrentar un pasado como parecía ser ese de golpe, no debía ser en lo absoluto sencillo. Se acercó afligido e intentó abrazarla, pero la chica se hizo a un lado de inmediato. Parecía un felino herido, asustado.

—No, no lo hagas, no ahorita —el rechazo de ella le dolió, no obstante lo entendió, la forma en que le arrancó la verdad fue cruel y brutal.

—Vamos a casa —le sugirió aún con el corazón desbocado por lo que acababa de saber. Ella asintió con desgano, un segundo después ambos iban uno al lado del otro sin tocarse. Andrea temblaba como una hoja y el llanto era imparable, mientras que Matías sentía hervir la sangre de rabia e impotencia, ambos sentimientos se apoderaban de su ser con cada paso que daba. No comprendía cómo era que había sobrevivido a algo tan espantoso y ser la persona que era. Al llegar subieron en silencio los escalones. Andrea iba rumbo a su recámara, sin embargo, aún no terminaban, así que la detuvo cariñosamente—. No Andrea... vamos a la mía —lucía muy cansada por lo que ya no discutió. Lo siguió sin decir nada. Sus ojos estaban hinchados, llenos de miedo y dolor. Él apretó los dientes frustrado.

La recámara era más grande que la suya, justo en la entrada había una sala de gamuza oscura con corte moderno y cojines de colores alegres pero masculinos, eso fue lo único que pudo apreciar. Matías la sentó en uno de los sofás preocupado por su estado.

—¿Cómo te sientes? —la observaba atento, colocándose junto a ella.

—Matías... comprendo si no me crees... yo...

—Quiero que me lo cuentes todo... esta conversación no acabará hasta que lo hagas —zanjó con decisión. Andrea lo miró como intentando descifrar si le creía o no. Sin embargo, su tono y actitud no le decía nada.

—¿Qué quieres saber? —parecía exhausta, era evidente que ya no lucharía.

—Todo, desde el principio —se limpió las lágrimas por milésima vez con la yema de los dedos. Resopló temblorosa y apretándose las manos con ansiedad. Perdió la vista en la mesa que tenía frente a ella sin verla de verdad.

—Cuando ella entró a trabajar a mi casa, mi nana cayó muy enferma. Mis padres la contrataron para ayudar en casa, pero gracias a su experiencia, creyeron que era la mejor opción para mí, porque mi nana no se recuperaba y pasaba más tiempo en cama que cuidándome —no lo veía y parecía tener que hacer un esfuerzo para no romper de nuevo en lágrimas—. Mi papá... estaba enfermo del corazón —él recordaba ese detalle,

no era un secreto—, se tomaba un par de pastillas diario. Un día, el día del accidente... —respiró profundo sintiendo cómo el evocar todo aquello abría de nuevo las heridas haciéndolas sangrar ahora sin poder contenerlas—, ella me dio la pastilla que mi padre debía tomar. Las olvidaba comúnmente, así que corrí hacia él y se la di. Él... —un sollozo escapó de su garganta—, él se la tomó dándome un beso en la frente como solía. Unos minutos después, mientras iba manejando, le dio un paro cardíaco. Murió al instante, mi madre... unos pocas horas después. El accidente fue... mortal, demasiado fuerte —Matías la observaba en silencio absorbiendo la información anonadado, petrificado—. Yo lo maté ¿comprendes? —al entender lo que acababa de decirle se sintió más perdido que nunca. Se acercó hasta ella importándole muy poco la distancia que procuraba. Se sentó a su lado buscando su mirada, necesitaba que lo viese, Andrea parecía morir con cada palabra.

—Dios, claro que no Andrea, tú no tuviste nada que ver. ¿Cómo puedes decir eso?

—Porque después del funeral ella me dijo que yo lo maté, que la pastilla que le había dado le había provocado el infarto —abrió los ojos de par en par perplejo, no era posible tanta maldad. Tomó una de sus manos angustiado. ¿Cómo alguien podía vivir con algo así a cuestas?—. Poco a poco se fue apoderando de cada espacio, logró que Cristóbal se enamorara de ella y le confiara la casa y todo lo que ahí había, incluyéndome. Él tenía que encargarse del conglomerado, no podía hacerse cargo también de mí... así que ella lo hacía. Corrió a toda la gente que trabajó por años con nosotros.

—Pero... ¿Cristóbal se lo permitió? —no daba crédito. Andrea sonrió sarcásticamente.

—Claro que la dejó... esa mujer hace y hacía lo que se le viene en gana, por otro lado, él ya tenía bastante con las empresas. Mayra se le metió por los ojos, él le creía ciegamente... aún lo hace. Cuando me enteré que se casarían intenté evitarlo... —observó sus manos como recordando—. Fue inútil, le dije que no me importaba que me encerraran por lo de mi padre pero que no dejaría que se casaran... Como te podrás dar cuenta no lo logré. Ella en respuesta... envenenó a mi caballo —Matías entendió mejor algunas cosas—. Yo... no sabía, él no se veía enfermo. Pero después de varios minutos trotando enloqueció, así, sin más; cuando intenté bajarme me di cuenta de que mi bota estaba enganchada a la silla, no comprendía cómo sucedió, pero un mozo me había ayudado a subir. Después, cuando al fin me encontraron, Cristóbal estaba furioso conmigo. Mayra convenció a los caballerangos para que dijeran que yo insistí montar aún sabiendo que estaba enfermo. Ella, para esas épocas, ya le había metido ideas... a Cristóbal sobre mí —el hecho de que se expresara de él siempre por su nombre cobró sentido al fin—, decía que no superaba lo de mis padres y que era imposible de tratar, que era grosera, rebelde y muy prepotente. Las chicas del aseo, compinches de ella, avalaban cada una de sus mentiras a cambio de dinero, supongo. Después de eso, esa mujer se confesó conmigo y me dijo que fue la responsable, ahí fue la primera vez que me amenazó con la vida de Cristóbal. Ella no jugaba, de verdad le haría daño —se detuvo sobándose la sien, ya sentía un agudo dolor de cabeza que la atravesaba. Matías se sentía atónito.

—¿Qué sucedió después?... —si iba ayudarla necesitaba saberlo todo. Andrea se puso de pie acercándose a un gran ventanal que daba hacia el enorme jardín y que rodeaba gran parte de la habitación. Se encogió de hombros.

—Me cambió de escuela una y otra vez inventado miles de pretextos, la realidad era que en cuanto veía que intimaba con alguien más de la cuenta o alguna maestra intuía algo sobre lo que sucedía en realidad, me sacaba de inmediato. Cristóbal la compadecía todo el tiempo por tener que criarme y sentía que le hacía un enorme favor por lo que dejaba que ella tomara las decisiones que mejor creyera respecto a mí y mi educación —guardaron silencio unos minutos cada uno perdido en sus pensamientos.

—Andrea ¿cómo te hiciste las marcas de la espalda? —la joven se tensó, levantando el rostro con tristeza observándolo abatida durante un segundo.

—La relación entre ella y yo era... bueno, ya te la imaginarás. Yo... cuando podía le hacía pasar... malos momentos. Una noche organizó una cena en la que pretendía como siempre, hacerse notar en sociedad... le eché a perder toda la comida —se acercó hasta ella imaginándola de pequeña teniendo que enfrentarse con todo eso sola y sin embargo, teniendo las agallas para intentar no dejarse—. No debí hacerlo, Cristóbal se

enojó mucho conmigo y dejó de hablarme por varios meses. Por la mañana al día siguiente, ella entró cuando me estaba bañando y con un látigo de cuero que mi padre tenía de colección, me pegó... una vez que terminó yo salí de la regadera importándome poco el dolor y la sangre y la golpeé en la cara rabiosa. Nuevamente sus amenazas, si decía una palabra él corría peligro. A las semanas me mandó a un internado a Londres, duré un año ahí, después otro año en Italia, otro en Canadá, en Estados Unidos y otro en Alemania. De alguna manera se las ingeniaba para mantenerme vigilada aun a distancia y en cuanto me hacía amiga de alguien mi cambio de escuela era inminente.

—O sea que... tu hermano no tiene ni la menor idea de todo esto —se sentía tenso, con los puños fuertemente cerrados a los costados. Lo que decía era monstruoso. Ella negó triste.

—Las pocas veces que lo intenté, ella se cobraba logrando que al final dejara de insistir y permitiendo que mi hermano pensara que tenía problemas para aceptar que mis padres ya no estaban, además de problemas para controlar mi carácter. La relación entre él y yo... murió hace mucho tiempo —la impotencia lo tenía sometido, su vida parecía una pesadilla de pies a cabeza y a pesar de eso... sonreía, eso no pudo más que admirarlo, era la mujer más fuerte que había conocido jamás.

—Es un idiota... ¿cómo te ha podido arriesgar así?, eras una niña y... su vida corre peligro... Discúlpame pero no puedo creer que alguien sea tan ciego —ella no dijo nada, comprendía su reacción—. Andrea... quiero... preguntarte algo más... —para esas alturas ya le importaba poco qué era. Esperó a que hablara con la mirada gacha—. ¿Por qué tu hermano cree que eres...

—¿Una cualquiera? —completó la pregunta nerviosa.

—Sí —aceptó avergonzado.

—Matías... eso... no quiero recordarlo —él la acercó hasta su cama y la hizo sentarse, luego se hincó frente a ella, acunando su barbilla para que lo viera.

—¿Ella también tuvo que ver?

—Dios... es humillante —admitió queriendo desaparecer.

—¿Qué sucedió?

—Cuando regresé de los internados... nos llevábamos peor, yo la provocaba intentado que me dijera qué quería de mí. “Tu infelicidad”, siempre era esa su respuesta. Cuando no quise estudiar lo que ellos propusieron, comenzó a poner droga entre mis cosas para que Cristóbal después casualmente las encontrara. Un día grabé una conversación entre ella y yo, no sé cómo supo que lo hice y en respuesta a eso... —sus ojos se llenaron de agua salada nuevamente—, amanecí... Dios Matías... no puedo —un sollozo ahogado se atoró justo en su garganta. Él aguardó en silencio aún frente a ella y con ambas manos tomando las suyas—. No sé cómo sucedió, pero... desperté sin ropa, con dos hombres en iguales condiciones a un lado de mí, en la cama —Matías se levantó de inmediato hirviendo de raba, de consternación.

—¿Te... violaron? —ella se puso de pie también acercándose de nuevo a la ventana en pleno llanto, apoyó una mano en el frío vidrio deseando destruir de una maldita vez esos recuerdos, rogar porque existiera la forma de que desaparecieran y nunca más volvieran.

—No lo sé, sólo recuerdo haberme quedado dormida en mi habitación, sola. Pero al abrir los ojos por lo gritos de Cristóbal ese par de hombres ya estaban ahí y... me tenían abrazada, pegada a... sus cuerpos —él golpeó uno de los sillones con fuerza desbordada, con el cuerpo lleno de furia, lo que ella le contaba rallaba en la locura. ¿Cómo mierdas superaría algo así?—. Intenté escaparme, estaba harta de vivir así... pero cuando lo hice me dijo que no lo permitiría y que me atuviera a las consecuencias. Para ese momento ya no dudaba de lo que era capaz. En otra ocasión lo volvió a hacer, pero esta vez me tomó... fotografías y juró que las haría circular en internet si no hacía las cosas como ella quería.

—¿Y qué diablos era eso? —rugió Matías al borde de un ataque de rabia.

—No lo supe hasta que sucedió todo esto. Le cederé todo— él giró atónito hacia ella—, no contaré jamás lo que sé y desapareceré sin dejar rastro para siempre.

—¿Qué?! Pero no puedes... —ya comprendía todo al fin y no sentía en absoluto el alivio que esperaba, al contrario: la ansiedad, el dolor, la frustración e impotencia lo carcomían. Andrea... la mujer que amaba como

un loco llevaba a cuestras más dolor y humillaciones que varias generaciones de diferentes familias juntas.

—Matías... lo haré. No tengo más opciones yo... necesito rehacer mi vida y esa es la única forma —ahora lo miraba más serena recargada en el muro que estaba junto al ventanal—. Sé que... he sido cobarde... sé que debería luchar... pero ya no puedo... estoy muy cansada y de verdad no hubiera querido que sucediera lo de aquella tienda. Sin embargo, resultó ser la llave para mi libertad. Así que la tomaré —ambos se quedaron en silencio durante varios minutos, no encontraban palabras para lo recién dicho en esas cuatro paredes, simplemente porque no las había—. Lo... siento. No espero que creas todo lo que acabo de contarte, sé que no parece real y además, el que lo sepas, no cambia nada, yo me iré de igual forma aunque sienta esto que siento por ti, no pienso arriesgarte, no lo hice antes con Cristóbal y no lo haré ahora contigo, me importas demasiado como para ser tan egoísta y arrastrarte a esta espantosa historia, tú ya tienes mucho con la tuya, con tu pasado —él quería decirle que claro que le creía, que no estaría sola nunca más, que estaría a su lado y enfrentarían esa situación juntos, que mientras estuviera a su lado, esa miserable jamás volvería a ponerle un dedo encima y que por supuesto que no le permitiría irse de ahí ni en ese momento, ni nunca. Andrea era simplemente la mujer de su vida, después de enterarse de toda esa monstruosidad lo tenía aún más claro. Sin embargo, se sentía perdido en sus pensamientos y en el dolor de saber ahora una verdad que rayaba en la locura, en la demencia—. Ahora que ya lo sabes todo... espero que no te moleste, pero necesito estar sola.

—Andrea... —ella negó caminando hacia la puerta. Intento seguirla, pero su mirada dejaba claro que lo que decía era cierto, no lo quería cerca. Ya había anochecido varias horas atrás y lo cierto era que también necesitaba decidir lo que tenía que hacer; la vida de ella dependía de eso, así que no podía actuar sin pensarlo antes. Andrea, era su mundo, su razón y en ese momento también su motivo, haría todo lo que fuera necesario para que pudiera recuperar lo que se le arrebató con tanta frialdad y horror.

Ninguno de los dos durmió esa noche, ambos sin saberlo permanecieron observando el mismo punto en el jardín. Pero antes de que amaneciera Matías ya había tomado una decisión. Tomó una ducha, hizo un par de llamadas y salió de la casa unos minutos después. Andrea lo escuchó partir, un dolor profundo en su pecho se instaló provocándole dolor físico, no sabía si le había creído o no, pero el haber revivido todo de nuevo la hacía sentir vulnerable y triste... muy triste.

Durante el día no salió de su recámara, se sentía sumergida en un mundo de recuerdos y dolor del que no lograba escapar. Varias veces Indira tocó ofreciéndole comer, sin embargo, era en lo último que pensaba. Se sentía más sola que nunca y de pronto la vida que planeó con tanto esmero ya no le parecía tan buena. Sería libre, sí, pero él no estaría ahí, tendría que aprender a olvidarlo y eso ya parecía algo imposible. Lo amaba, cada cosa, cada detalle suyo logró despertar en su interior, sin poder evitarlo, ese sentimiento y ahora ya no sabía cómo hacerlo a un lado, cómo aniquilarlo. No entendía de dónde salían tantas lágrimas, sin embargo, no dejaban de brotarle como si de una cascada se tratase. La cabeza le dolía, sentía frío en todo el cuerpo, estaba perdida ¿qué debía hacer?, ¿le habría creído?, si no era así, ¿qué sucedería?, ¿a dónde había ido? Su mente brincaba de tema en tema de una forma ya frenética y obsesiva. A media tarde se dio un largo baño, ya no podía más, nunca pensó en hacer algo similar a lo que la esposa de Matías había hecho, no obstante, en ese momento ya no encontraba fuerza para seguir, su futuro parecía ahora tan gris y oscuro como su pasado, ya no quería vivir así, ya no podía.

Matías llegó por fin al anochecer a la hacienda. Estaba muerto de cansancio pero se sentía tranquilo con la decisión que tomó. No se quedaría con los brazos cruzados después de saberlo todo. La ayudaría y la sacaría de esa pesadilla aunque tuviera que llevarle toda una vida. En todo el día no pudo dejar de pensar en ella, sentía una opresión en el pecho cada vez que recordaba sus palabras. Varias veces se regañó por no haberla seguido y decirle que claro que le creía y no sólo eso, la ayudaría y haría todo lo necesario para que olvidara, si es que podía, todo lo que le sucedió. Dedicaría todo su tiempo en este mundo para que esos años logran ser sólo un mal recuerdo.

Aún no comprendía cómo Cristóbal era tan ciego, cómo era que arriesgó de esa forma a Andrea y cómo era que a pesar de todo, ella era esa maravillosa mujer de la que se enamoró apenas verla. Pero lograría descubrirlo todo y Mayra pagaría por todo, por cada lágrima de Andrea, de eso se encargaría él personalmente.

En la casa reinaba un silencio ensordecedor, no propio del lugar.

—Patrón... lo estaba esperando —era Indira, lucía preocupada.

—¿Qué ocurre? —preguntó en guardia, con cierto miedo.

—La señorita Andrea no ha querido comer en todo el día. No quiero ser chismosa, pero no ha salido de su cuarto para nada. A lo mejor está enferma... estaba a punto de llamar a María —él sabía muy bien que no lo estaba y el dolor en su pecho aumentó.

—No te preocupes, vete a descansar, yo me encargo —la muchacha asintió más tranquila y desapareció de inmediato. Subió de dos en dos los escalones, las palmas le sudaban. Tocó a la puerta esperando respuesta.

—¿Sí? — era ella y su voz sonaba apagada, sin vida. Abrió sin esperar invitación. Estaba sentada frente a la ventana con los brazos enroscados en sus rodillas. Giró al escuchar la puerta abrirse. Verlo, ahí, de pie, dejó a sus pulmones con problemas para trabajar.

—Hola... —la saludó en susurros caminando directamente hasta donde ella se encontraba. Se veía agotada, tenía unas líneas rojas debajo de sus ojos y sus mejillas continuaban húmedas. Su cabello abrazaba su espalda haciéndola parecer un ser puro, irreal. Se puso de rodillas para quedar a su altura y así poder ver de cerca su rostro. Acarició su cabello sintiendo una paz infinita al hacerlo—. Andrea... te juro que esta pesadilla se terminará —la joven bajó sus piernas desconcertada, pero atenta a cada una de sus palabras—. Esa mujer pagará por lo que ha hecho, pagará por lo que te ha hecho —Andrea se levantó asustada al comprender lo que decía.

—¿Qué hiciste?, ¿a dónde fuiste?—tomó sus manos e hizo que se volviera sentar sólo que esta vez a su lado en la cama.

—A la capital, contraté un agencia de investigación... algo deben encontrar y en cuanto lo hagan, la hundiremos. Por favor confía en mí, jamás te pondría en peligro. Tendrás tu vida y yo... te tendré a ti —no podía dar crédito a lo que oía.

—Entonces... ¿me crees? —él sonrió tierno al escucharla. No dudó, la acercó hasta poder rodearla completamente por sus brazos.

—Claro que te creo y... no sólo eso, te ayudaré, lucharé con todas mis fuerzas para lograr hacerte olvidar aunque sea un poco todo lo que has vivido, dedicaré mi vida a hacerte feliz, te lo juro —la separó tomando su rostro entre las manos. Apenas y unos centímetros los distanciaba—. Te amo, ya te lo dije y eso no cambiará nunca... pase lo que pase ¿comprendes?

—Yo... también... —sus palabras eran apenas audibles, pero al escucharlas sintió que mataría o moriría por ella si era preciso. De inmediato, sin pensarlo, rozó sus labios temblorosos, se sentían fríos, no obstante, los probó con vehemencia, con promesas, con deseo, con su lengua probó su boca dulcemente, para luego,

poco a poco adentrarse en ella, invadirla, saborearla. Andrea no pudo evitar que un gemido de asombro se escapara de su garganta y es que ese beso estaba siendo diferente, intenso, demasiado sensual y al mismo tiempo demasiado tierno. Se dejó llevar sin miedo, no lucharía más contra lo que sentía, no podía, él era una parte de su ser que ya era imposible hacer a un lado, su esencia corría través de su venas, su olor era parte del propio—. Matías... si algo te sucede...

—Sh... El riesgo lo asumo yo, no tú ¿comprendes?, no tienes ni idea de lo que por ti sería capaz, estás clavada en mi alma Andrea, te apoderaste de mí sin que pudiera evitarlo. Es como si... siempre te hubiera esperado y ahora que al fin te tengo lucharé por ti hasta el último momento —de nuevo las lágrimas brotaron, no las podía frenar por más que lo intentaba, por mucho que las odiara.

—Yo... no quiero separarme de ti, ya no podría —confesó con temor. Matías se sintió complacido, feliz en realidad a pesar de todo. Rozó sus labios nuevamente y apoyó su frente en la de ella.

—No tendrás que hacerlo, nunca... eso te lo juro —tenía sus dudas y él lo leyó en su mirada, sin embargo, confiaba que con el tiempo se diera cuenta que así sería—. Perdóname por cómo me porté ayer... no debí presionarte tanto —la dueña de sus noches y sus días colocó un dedo sobre su boca con dulzura.

—No te lo hubiera dicho de otra forma.

—Lo sé, pero me duele saber que recordarlo todo te tiene así y no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Te equivocas, contigo aquí... así, me siento mejor. No sé si algún día lograré olvidarlo Matías, no sé si podré llegar a perdonar... pero estos meses a tu lado han ido cerrando las heridas poco a poco, curándolas.

—Te admiro ¿sabes?, eres la persona más valiente y fuerte que conozco. Aún no comprendo cómo es que puedes seguir sonriendo, intentando disfrutar tu vida... Dios me siento tan miserable, yo... no pude hacerlo, me dejé llevar por el dolor y la culpa.

—Lo que a ti te sucedió no fue fácil Matías y... yo no tenía otra opción.

—Sí la tenías, siempre las hay... de hecho tenías muchas y decidiste tomar la más honorable y correcta posible; jamás atentaste contra ti en todo este tiempo, de verdad tengo mucho que aprender de tu temple, eres mucho más de lo que se merezco —sus palabras le estaba llegando al alma, ni en mil años soñó que alguien pudiera decirle todo aquello, y a pesar del miedo, del dolor, se sintió tranquila por primera vez en doce años.

—Matías... te amo —soltó al fin sin poder evitarlo. Esas dos palabras lo hicieron flotar— y... ya no quiero luchar contra esto —acarició su mejilla con suma atención—. Sólo te pido que... me tengas paciencia —lo miró a los ojos sin quitar su mano. Él se sentía preso de un embrujo, era como si hubiera tomado alguna poción—, esto... es nuevo para mí, no tengo idea de cómo comportarme ni qué decir, sólo sé que me gusta estar a tu lado y todo lo que provocas en mí aun cuando no estás —esa pequeña confesión fue lo más dulce que le había escuchado decir.

—Eso es lo único que quería saber... no temas a mi lado, solo déjate llevar, créeme que yo tampoco sé cómo actuar y eso me encanta, contigo también todo es nuevo y quiero disfrutarlo, cada cosa, cada momento, cada segundo —la acercó de nuevo y la besó pero ahora de una forma más exigente, ambos lo necesitaban. Sus lenguas se encontraron de inmediato, casi en el acto; sentían la necesidad de tomar todo el uno del otro y así lo hicieron. Penetraron sus seres con ansiedad, intercambiando no sólo alientos, fluidos, si no promesas, verdades, certezas. Cuando al fin se separaron ambos sonreían sin dejar de mirarse. Ver ese gesto en su rostro lo tranquilizó, porque aunque no traía buen semblante, le daba a entender que estaba más serena, que por primera vez se sentía segura.

—Me gustan tus besos... —le confesó tímidamente al separarse de sus labios gruesos y delineados. Eso lo hizo reír por primera vez en casi dos días.

—Eso espero, porque no pienso dejar que beses nunca a nadie más.

—No planeo hacerlo, pero tú tampoco —el hombre levantó la mano solemne.

—Eso te lo prometo —ella escondió su rostro en su pecho. Se sentía bien ahí, tranquila, confiada y... feliz. Sí, a pesar de todo, ese sentimiento logró emerger y la sensación fue inigualable.

—Matías...

—Mmm —no recordaba sentirse más completo en su vida, con ella bajo sus brazos no necesitaba nada

más. Jugaba con aquel cabello que lo enloquecía y con el que había soñado miles de veces en perder sus manos sin restricción.

—Sé que... no es restaurante... pero tengo hambre —él rió al escucharla hacer alusión a lo que hacía unos meses le advirtió. Todo parecía ahora tan lejano.

—¿Te burlas de mis palabras?

—Un poco, de verdad me diste miedo cuando te vi. Fuiste... duro —un pequeño remordimiento lo atravesó, no lo decía acusándolo, parecía simplemente recordarlo y el saber que se había tenido que topar tantas veces en su vida con situaciones como aquella o peores, hizo que el corazón se le contrajera. Ya sabía mucho, pero seguro existían millones de detalles que lograron hacerla tan desconfiada, reservada y fría cuando se le confrontaba. Aun podía recordar cómo hacía unas semanas se comportó cuando la descubrió con Pedro. Su actitud lo dejó perplejo y helado. Sin embargo ya comprendía porqué se comportaba así, ella se ponía en un lugar seguro, lejano, se protegía como seguramente ya estaba acostumbrada de las acusaciones y críticas de los demás. ¿Cuántas cosas más habría vivido? La respuesta a esa pregunta le dolía incluso físicamente.

—Lo siento yo... no sabía nada de ti Andrea, pero además, verte con ese disfraz que traías cuando llegaste me dejó asombrado —la sintió reír. No parecía tener planes de salir de su refugio y eso le fascinaba.

—Lo sé, era una manera de... molestarla. Un poco inmadura, lo acepto —ahora de nuevo sonaba seria.

—¿Lograste el efecto deseado?

—Sí... un poco, ella odiaba a la gente que se vestía así y... luchaba todo el tiempo por permanecer en sociedad, no hay nada que le guste más, así que ridiculizarla era... una manera de vengarme, algo infantil, pero... nada era fácil ya.

—Te comprendo... —repentinamente se separó. Lo veía suplicante.

—Matías... ayúdame a olvidar... por favor —le rogó con los ojos de nuevo razados. Sintió cómo el alma se le quemaba lentamente, tomó sus manos y las besó con devoción.

—Te lo juro —un par de lágrimas brotaron por su joven rostro sin poder evitarlo. Lucía exhausta—. Creo que lo mejor por ahora es que bajemos a comer... ¿de acuerdo?... vamos a intentar olvidarnos un poco de todo esto. Quiero disfrutar el hecho de que por fin me hayas dado el “sí” —la forma en la que dijo lo último logró hacerla sonreír.

Entre los dos calentaron lo que Indira dejó preparado. Matías no paraba de buscar un contacto con ella, le robaba besos cada que podía y Andrea, aunque lucía al límite de sus fuerzas y su mirada aún guardaba dolor, sonreía alegre, relajada. Platicaron de cosas sin importancia, ya no querían pasar a terrenos serios, no por un rato. Cuando llegaron a la planta alta ninguno de los dos quería alejarse del otro.

Ella lo miraba preocupada. Él se acercó y la abrazó cariñoso.

—¿Qué sucede Belleza? —le gustaba cómo se escuchaba esa palabra en su boca.

—Es que... no quiero estar sola... ¿podríamos pasar un momento más juntos? —claro y no un momento, la eternidad si pudiera, el problema era que ella quedaría inconsciente en cualquier momento debido al cansancio; era un hecho que no había dormido durante la noche y al parecer en el día tampoco, además recordarlo todo de una forma tan brutal logró hacer mella en su organismo.

—Hagamos algo, cámbiate y te veo en la sala dónde está la televisión ¿Te parece? —ella asintió tímida, peor claramente animada. Tomó su rostro entre las manos—. Y que no te de vergüenza decirme lo que piensas o sientes ¿de acuerdo?, créeme que yo nunca quiero separarme de ti —quince minutos más tarde prendían el aparato. Ella traía un pijama negro, un tanto abrigador y ya lucía pálida para ese momento, mientras que él, acostumbrado a dormir con apenas un bóxer, se tuvo que enfundar en unos pantalones para dormir junto con una camiseta vieja. Abrazados, uno al lado del otro, le cambiaban de canal sin ponerle demasiada atención a los programas que había. Unos minutos después, sin que ninguno de los dos se percatase, cayeron rendidos sobre aquel sofá.

Durante la madrugada Matías despertó incómodo por la posición. Andrea dormía serena sobre su pecho completamente acurrucada y ajena a todo, su respiración era sueva y pausada. Sonrió al verla disfrutando de

su cercanía, al saberla completamente abandonada ante el sueño; en verdad era muy tierna, pero por si eso fuera poco, era una belleza con todas sus letras: su cabello, sus ojos, su cuerpo, su corazón, su carácter y su fortaleza. Acarició su melena de color tan extraño durante unos segundos, sujetó su mano laxa y se la llevó a la boca, estaba un poco fría. La temperatura había bajado bastante durante la noche, pero a ella parecía no importarle, estaba completamente perdida. La cargó con mucho cuidado; al instante, quejándose en sueños, la chica se acurrucó sobre su pecho, anduvo hasta su recámara con la intención de dejarla ahí, pero lo cierto era que no deseaba separarse de ella. Dudó por unos segundos y después caminó a su habitación. La depositó con cuidado en su cama mientras ella ni siquiera parecía notar lo que sucedía. La arropó con las cobijas mirándola unos segundos con adoración, después fue hacia el lado contrario para recostarse también, los ojos le ardían, moría de cansancio aun. El problema fue que el saberla tan cerca aceleraba su pulso, se acercó hasta ella sin poder evitarlo y la rodeó con sus brazos. Respiró su olor una y otra vez, el deseo lo atravesaba como una bala certera y a corta distancia, sin embargo, lo único que de verdad quería, era tenerla así, junto a él, segura y serena.

Por la mañana el timbre del teléfono los hizo despertar. Ya el sol había salido hacía varias horas al parecer. Andrea observó aturdida a su alrededor. Matías ya contestaba adormilado. No comprendía cómo terminó ahí. Recordaba haber estado viendo la televisión con él en aquel cuarto, pero luego... nada. Luchó por no sentir esa ansiedad de no saber qué había ocurrido. Ambos estaban vestidos, era evidente que nada pasó. El hombre que estaba a su lado colgó medio segundo después. Giró hacia ella aún somnoliento. Ya lo estaban buscando, no solía dormir tanto, sin embargo, el fin de semana había sido fuera de lo común por lo que él también se sentía al límite de sus fuerzas la noche anterior. En cuanto lo vio, despertó de inmediato, parecía preocupada y un tanto asustada. Se acercó a ella de inmediato y acarició su mejilla desconcertado.

—¿Qué sucede? —Andrea reaccionó enseguida un tanto confundida.

—¿Cómo... Llegué aquí? —comprendió enseguida su miedo. Maldijo en su interior. Era evidente que la sensación de no saber lo que ocurrió la alteró de esa forma.

—Nos quedamos dormidos y... yo tampoco quería estar alejado de ti, así que te traje aquí conmigo ¿Te molesta? —le hablaba con una ternura infinita. Ella negó más relajada.

—Lo siento... es sólo que... lo siento —sacudió la cabeza intentando borrar su ansiedad.

—No, perdóname tú a mí, no debí —al escucharlo decir eso se tranquilizó.

—No te disculpes, la verdad es que... verte al abrir los ojos no me desagrada en lo absoluto —parecía que la nube negra se había disipado. Él sonrió al escucharla, estaba simplemente hermosa, aun un poco hinchada por tanto dormir y tenía el cabello un tanto alborotado. Era terrenal, real.

—Te ves preciosa —le dijo ya acercándose a ella como un león a su presa. La joven sonrió nerviosa—, y debes saber que cuando suceda algo entre tú y yo estarás completamente despierta —Andrea ya sentía la almohada sobre su espalda mientras el cuerpo de él la apresaba sensualmente. No sabía si salir corriendo de ahí o reír ante su actitud.

—Matías... Pedro debe estar esperándome —lo hizo a un lado rápidamente poniéndose de pie en segundos. Él soltó una pequeña carcajada poniéndose con agilidad frente a ella.

—Lo sé y será mejor que te vayas de una vez si no quieres atenerte a las consecuencias, tú... me vuelves loco —ella pestañeó varias veces notando cómo su voz enronquecía y sus pupilas se dilataban por la excitación. Era asombroso saber que provocaba todo eso en él, en ese hombre que ahora podía admitir, amaba.

—Eso no es justo, tú fuiste el que me trajo aquí...

—Eso fue ayer y ambos estábamos agotados, ahora estás aquí, en mi recámara, despierta, mirándome con esos ojos que matan y envuelta por ese cabello que me fascina. Jamás haría algo que no quisieras, sin embargo... —tenía ya enredado uno de los dedos en su pelo observándolo extasiado. Andrea no sabía qué hacer, lo deseaba, por supuesto que sí, ¿quién no?, bastaba verlo por Dios, pero además lo adoraba. No obstante, aún sentía temor de darse cuenta que de alguna forma, sin que supiera, había compartido su cuerpo sin reparos con alguno de esos hombres que despertaron a su lado hacía algún tiempo

—Sin embargo... —continuó ella respirando agitada—, no es el momento —le quitó su mechón, le dio un rápido beso en la boca y salió de la habitación prácticamente corriendo. Sonrió feliz al verla actuar de esa forma. Andrea lo tenía completa y absolutamente perdido, pasar la noche junto a ella había sido mágico, pero verla al despertar fue sublime. La amaba, definitivamente esa chica tomó todo de él y saberlo, lo llenaba de vida.

Ambos duraron más de la cuenta bajo el agua sin imaginarlo. Él se regañó varias veces por su reacción, no quería presionarla, mucho menos asustarla. Verla ahí, recién levantada y en su cama, pudo más que toda su cordura. Entró a la cocina esperando encontrarla.

—Hijo... buenos días —la voz de María sonaba extraña. Agarró la taza de café que ella le tendía y le dio un trago frunciendo el ceño.

—Andrea ¿ya bajó?

—Sí, hace unos minutos, apenas y bebió del jugo y salió para alcanzar a Pedro —él asintió incómodo por la forma en que la mujer lo observaba.

—Yo también debo irme... nos vemos más tarde —María estuvo a punto de soltar una carcajada. Algo había sucedido el fin de semana. Ya todos sabían que se besaron en las caballerizas el sábado por la tarde y que luego desaparecieron por horas. El día anterior, Ernesto decía que Matías voló a la capital y llegó al anochecer mientras que Andrea permaneció todo el día en su recámara sin probar bocado. Y esa mañana, al ver que ninguno de los dos bajaba marcó a ambas habitaciones, sólo en la de él contestaron, lo había despertado y eso era totalmente atípico. Minutos después ambos bajaron, de inmediato se percató que algo cambió en sus miradas y aunque la de ella parecía más triste de lo normal, también alcanzaba a percibir el mismo brillo que había visto en los ojos de Matías.

—No te preocupes, ya empezamos. Rosauero fue a conseguir unas cajas —Andrea se disculpó con Pedro por llegar tan tarde, para enseguida ponerse a trabajar-

—De acuerdo... hay que tirar todo eso —señaló varios cacharros oxidados de una esquina del pequeño bodegón—. Parece que son de la época de la inquisición —el chico los tomó obedeciéndola mientras ella seguía categorizando cajas con papeles que databan de hacía casi un siglo y que habían ido a parar ahí por ya no tener importancia.

—Andrea...

—Mmm.

—¿Es cierto que tú y el patrón... pues... —alzó la vista al escucharlo arqueando una ceja.

—Yo y el patrón... ¿qué? —el muchacho parecía apenado al tiempo que un rubor subía hasta la base de su cabeza.

—Pues... dicen que los vieron besándose —ella pestañeó varias veces sin saber qué decir—. ¿Es verdad?... porque digo... no me parecería raro, ya te dije que yo tengo mucha experiencia en esas cosas y... bueno... tú eres muy bonita... digo, si yo fuera él y tuviera su edad... —cargó una caja fingiendo desinterés—, también me gustarías y... también te besaría —Andrea lo miró azorada. Quería que la tierra se la tragara, no entendía porqué le daba tanta vergüenza que los hubieran visto.

—Pedro ¿estás coqueteando conmigo? —necesitaba cambiar de tema, el chico cayó redondito.

—¡No!, claro que no...

—Entonces ponte a trabajar y deja de estar repitiendo todos los chismes que escuchas, ojalá y así se te quedara grabado todo lo que te enseñó.

—Eso no es justo, claro que me aprendo todo lo que me dices... —comenzaron a discutir como solían sobre banalidades.

Ya estaban los tres acomodando lo último para irse, cuando Andrea escuchó su voz en la entrada del lugar. Las palmas comenzaron a sudarle y la ansiedad por tenerlo cerca comenzó a apoderarse de ella sin más. Unos segundos después ya estaba de pie en la entrada del pequeño cuarto del bodegón.

—¿No piensan ir a comer? —Andrea le sonrió al verlo con cierta coquetería que era desconocida para él,

pero que se le antojo adorable, así que imitó su gesto feliz por volver a verla.

La mañana fue un pequeño suplicio, cada segundo pensaba en sus ojos, en su boca, en su cabello... y más de una vez estuvo a punto de dejar lo que hacía para ir a verla. Sin embargo, se contuvo, debía darle su espacio y por otro lado tenía mucho trabajo.

—Sí patrón, ya terminamos —Rosaura fue el primero en desaparecer feliz porque su jornada ahí había concluido, aunque en silencio disfrutaba de los chismes que ese par le regalaban sin fijarse. Andrea iba a mover una caja cuando Pedro se la quitó.

—Yo lo hago... nos vemos al rato —ella asintió cariñosa y se dirigió a Matías sonrojada. Este tomó su mano en cuanto la tuvo cerca llevándosela a los labios con deliberada lentitud. Habían caminado unos cuantos pasos cuando la detuvo.

—Te eché de menos... —susurró ya casi sobre su boca. El recuerdo que tenía de su roce nunca le hacía justicia, eran delicados y arrebatados, al mismo tiempo la hacía olvidarse de todo y le despertaban la necesidad de querer más—. Dios... me enloqueces —la tenía bien agarrada por la cintura—. Haces que me olvide de todo Belleza.

—Eso no está bien —respondió ella sonriendo. Matías arqueó una ceja al escuchar su tono ligero.

—Creo que tienes razón, pero esa joven de la que me he enamorado como un adolescente no deja de sorprenderme, es lo más tierno, hermoso y delicioso que jamás hayas visto —ella rodeó su cuello pegándose a él sin pensarlo, olvidando de pronto dónde estaba.

—Parece que hablas de un caramelo señor.

—No, hablo de lo más succulento con que me he topado en mi vida, hablo de que para mí esa sirena de ojos imposiblemente verdes y de sonrisa fácil ya lo es todo. No sabes lo que haría por una mirada suya, por poder enredar mis manos en su cabello para siempre... esa mujer, es la mujer de mi vida y definitivamente la amo —Andrea casi pierde el conocimiento ante esa declaratoria; es que ese hombre era imposiblemente maravilloso, perfecto y suyo.

—Y... ella... ¿también te ama?

—Eso espero, si no, no importa —lo decía despreocupado.

—¿No?

—No, porque me dedicaría toda la vida a enamorarla.

—Y... ¿si no lo lograras?

—Con lo que siento alcanzaría para los dos... —ese juego estaba resultando divertido y excitante, le gustaba.

—Uf, qué bueno que no es el caso... —la acercó más hasta casi rozar sus labios.

—Y doy gracias a Dios por eso —la besó nuevamente perdiendo una de sus manos como tanto deseaba en su cabello. Lo llevaba sujeto por una larga trenza, sin embargo, no tuvo problemas para enroscar sus dedos en él.

—Te amo... —susurró ella contra sus labios.

—Te amo —respondió él dándole ya pequeños besos. De pronto, Andrea descubrió que Pedro estaba de pie en la puerta del cuartito observándolos abochornado. Lo habían olvidado por completo. Se separó de inmediato de Matías. Este notó su reacción girando hacia donde ella veía. Sonrió al darse cuenta de qué era lo que sucedía.

—Lo siento patrón... —estaba colorado de pies a cabeza—. Nos vemos en un rato Andrea —medio segundo después desapareció claramente nervioso. Ella se mordió el labio y miró a Matías preocupada. Él la tomó de la mano y caminó rumbo a la salida.

—Todos se enterarán —se detuvo al escucharla.

—Claro que así será, no pensaba ocultarlo. Es más, quisiera que todo el mundo lo supiera —Andrea se angustió de inmediato—. Hey... —acunó su barbilla sereno—. Aunque muero de ganas de que tu hermano sepa que esto es muy en serio, no se lo diré, sé las consecuencias que eso tendría y no pienso arriesgarte ¿de acuerdo?, pero aquí no hay peligro y podemos estar libremente. Así que... a partir de este momento quiero

que a todos les quede claro que estamos juntos y que te amo Belleza —ella asintió intentando sonreír. Y para demostrarlo, en cuanto salieron, pasó una mano por su cintura posesivamente mientras se dirigían hacia la casona. Ver el rubor en sus mejillas le encantó, más aun su nerviosismo.

Andrea era increíble, enfrentó una vida llena de adversidades y situaciones que a cualquiera lo hubieran doblegado y sin embargo, parecía querer huir de tan sólo pensar que todos en aquel lugar supieran lo que entre ellos ocurría. Era evidente que nunca había tenido novio, le dolió saber el porqué de aquello. Andrea era preciosa y seguramente más de uno buscó acercarse anhelando algo más que su amistad, sin embargo, ella no había podido darse ese lujo y entendía muy bien sus razones. Y, a pesar de saber que él era el primero con el que cedía y que eso era un privilegio pues aprendería muchas cosas a su lado, no lo hacía sentir feliz. El hecho de que su vida no hubiera sido la de una chica normal lo llenaba de rabia, nadie se merecía vivir algo como aquello, pero ella mucho menos. Le dio un beso en la sien casi llegando a la puerta trasera, su ahora novia, aun parecía ansiosa. Así que la soltó dejándola pasar primero, no la presionaría en ese momento, quería verla feliz y tranquila.

—Llegan a tiempo... —Andrea se colocó como siempre frente a la estufa para investigar con curiosidad genuina lo que había para comer, por lo que María le compartió la preparación, como solía hacerlo. Él se sentó contemplando la escena; la última vez que reparó en ello salió corriendo de ahí, pero en ese momento era diferente, no existía algo que deseara más en el mundo que perpetuar esos momentos. Con Andrea ahí se sentía en un hogar, la sensación era ya tan común y a la vez tan nueva, nunca antes la había sentido ni siquiera de pequeño, sin embargo, desde que ella entró a su vida tenía ganas de regresar a casa cada que la jornada terminaba; escucharla reír, conversar, verla probar la comida inquieta por saber a qué sabía, pasar una tarde viendo simplemente el televisor, escucharla opinar inteligentemente sobre cualquier tema relacionado con la hacienda, en fin... sentirla simplemente a su alrededor lo llenaba de vida y de ganas que así fuera siempre. Ella se sentó unos segundos después donde solía hacerlo, del otro lado de la mesa casi frente a él. Sonrió al notar el gesto, pero ahí la dejó, ella marcaría la pauta en esa ocasión y Matías la seguiría. Comieron animadamente platicando sobre cosas sin importancia. María les comentaba sobre alguna de sus anécdotas con su, ya fallecido, esposo, mientras ambos la escuchaban atentos.

—Este flan está delicioso... —María ya estaba acostumbrada a las continuas adulaciones que Andrea hacía sobre su comida. Siempre la disfrutaba y saboreaba como si nunca la hubiese ingerido.

—¿Quieres más? —ella asintió sonriendo.

—Uno más porque si sigo así creo que no cabré por la puerta de la cocina en unos meses —lo decía sin una pizca de vanidad, más bien como aceptando que eso sería la consecuencia a sus glotonerías.

—Lo dudo niña, eres un muchacha que nunca se cansa, más bien creo que deberías de comer más —Matías las observaba dando un sorbo a su café.

—¿Tú crees? — la joven se miró el cuerpo dudosa.

—Yo creo que eres perfecta así como estás —ambas giraron en dirección a Matías. Hasta ese momento no había intervenido prácticamente para nada en la charla. Andrea se sonrojó enseguida—, pero come tu otra rebanada Belleza, creo que ya es momento de ir a ver a Almendra, desde el sábado no la visitamos y me parece que es hora de dedicarle un poco de tu tiempo —Andrea entendía por su mirada que no se refería precisamente al caballo con lo de “tu tiempo” así que asintió sin poder decir más.

En cuanto ella terminó de engullir otro pedazo de ese postre que parecía adorar, se levantó de la silla y se acercó hasta su lugar tendiéndole la mano. Andrea miró a María y luego a él con franco nerviosismo.

—¿Vamos? —la joven aceptó el gesto sin tener más remedio. Se sentía especialmente tímida con esa mujer observándolos; no recordaba muy bien lo que era tener una madre, pero esa mujer ejercía sobre sí misma algo similar a lo que se siente cuando se tiene una—. ¿Pasa algo? —durante toda la comida la sintió distante, prácticamente evitó sus ojos, su roce y aunque no pensaba presionarla, sí sentía una necesidad casi compulsiva de tenerla a su lado, de poder tocarla y olerla sin parar. Ya iban llegando al lugar donde la yegua descansaba cuando al fin respondió.

—Matías... no sé... me da un poco de vergüenza con María... ¿Qué va a pensar? —él se detuvo para de

inmediato acariciar su rostro tiernamente.

—Nada... que nos queremos, ¿tú crees que de verdad ella no se ha dado cuenta de lo que sentimos?

—Sí... digo... supongo... ¿es tan evidente? —parecía confusa. Esa ingenuidad era parte de lo que lo tenía completamente enamorado. A pesar de lo que vivió conservaba intacta esa parte. Sentía que duraría toda una eternidad para descifrarla.

—Claro que es evidente, por lo menos de mi parte sí, no intento ocultarlo. Pero por favor —tomó su barbilla acercándola aún más a él—, deja de preocuparte por esas cosas, yo hablaré con ella y se lo diré ¿de acuerdo? Quiero que te sientas libre Andrea, aquí nadie te juzgará ni pensará nada malo de ti. Y si lo hacen, no debe importarte, tú y yo sabemos lo que sentimos ¿no es cierto?

—Sí, tienes razón. Es sólo que... no sé... ella en especial se ha portado muy bien conmigo y no quisiera decepcionarla.

—No lo harás, te lo juro, María te quiere mucho, porque créeme que es un hueso muy difícil de roer y tú, en cuanto pusiste un pie en esta casa, lograste cruzar esa dureza en la que suele vivir en segundos. Estoy convencido de que esto le causará más alegría que cualquier otro sentimiento. Confía en mí...

—Confío en ti —lo decía seria, dejándole ver que lo hacía en todos los aspectos. Pasó una mano por su cuello y la besó ahí, justo a medio pasillo de las caballerizas mientras ella le respondió ansiosa, sin el menor reparo.

Ese día se acercó a Almendra más de la cuenta, incluso, con ayuda de Matías le dio un poco de comer. Él sostenía su mano y la mantenía pegada a su cuerpo, mientras ella le ofrecía el alimento tratando de controlar el temor. Cuarenta minutos después permanecieron abrazados frente a la yegua. Andrea la observaba embelesada mientras él la mantenía rodeada por la cintura y pegada a su pecho disfrutando de ese íntimo momento.

—¿Crees que pueda montarla pronto? —tenía su rostro recargado en su hombro por lo que sentía su aliento cerca de su mejilla.

—Estoy seguro, eres muy valiente, no creo que tardes en superar lo que sucedió —alcanzó a ver cómo ella dibujaba una media sonrisa.

—Eso espero... —y se giró lentamente para quedar justo frente a él—. ¿Ya te dije que te amo?

—Sí, aunque no lo suficiente.

—Pues... te amo, te amo, te amo —ese gesto lo dejó más enamorado aún si eso era posible. La besó nuevamente en respuesta.

—Y yo a ti, como un loco, ¿Podrías decirme qué me hiciste?... es como si ahora fueras mi corazón, mi mente, mi cuerpo... jamás había sentido algo así —susurraba sensualmente sobre sus labios. Escucharlo hablar así la llenaba de ilusión, sabía muy bien que quiso a su esposa, sin embargo, oírlo decir todo eso y saber por su mirada que no exageraba, la hizo sentir poderosa.

—No lo sé, sólo espero que dure... para siempre.

—Esto no es pasajero Andrea, tú ya te mudaste a mi alma y no pienso dejarte marchar nunca. Cuando te dije que envejecería junto a ti no bromeé. Quiero vivir mi vida contigo.

—Matías...

—Sh —leyó el temor en sus ojos—. Sé que tienes miedo, te entiendo. Soy consciente que por ahora no podemos dar un paso en falso, pero esto no será eterno, tendrá solución y entonces volveremos a hablar del tema ¿de acuerdo? —ella asintió queriendo creer que así sería.

Más tarde ella se encontró con Pedro en la terraza, este la miraba pícaro pero no tocó el tema. Hacía sus ejercicios sin chistar poniendo mucha atención a lo que su maestra temporal le decía.

Matías y María se encerraron en el estudio para revisar las cuentas semanales. Terminaron como siempre rápidamente, esa mujer era muy organizada y tenía todo controlado.

—María... necesito hablar contigo —ella guardó su libreta en el delantal y esperó—. Creo que ya sabes que... algo sucede entre Andrea y yo —asintió mostrando una pequeña sonrisa—. Pues no son chismes, ella y yo ya estamos juntos.

—Me da gusto hijo, ambos son buenos chicos —de pronto él se puso serio, se acercó a la ventana y recargó un brazo en ella pensativo.

—Pero no es sobre eso de lo que quiero hablar —calló un segundo y continuó abatido—. María... tenías razón, siempre la tuviste —frunció el ceño confusa.

—¿Sobre qué?

—Sobre Andrea... Decías que algo no encajaba, que nos sorprendería, que había sufrido mucho.

—Y aún lo creo, aunque ustedes estén juntos. De hecho tengo que confesarte que su relación me asusta un poco, no quiero que sufran —él la escuchaba sin voltear.

—Pues... debes saber que como siempre no fallaste...

—¿Al fin te lo dijo? —Matías asintió girando hacia ella con la mirada turbia, llena de impotencia y dolor.

—Esa mujer... la esposa de su hermano.

—¿Mayra? —de sólo escuchar su nombre se le revolvía el estómago.

—Sí, ella. Es un monstruo María, uno de verdad, no tienes idea de las cosas por las que ha hecho pasar a Andrea.

—Pero... ¿Cómo, por qué?

—Por ambición, por poder... no lo sé. Alguien así definitivamente es un psicópata.

—Pero ¿qué le hizo?, ¿qué te dijo? —la mujer lo observaba atenta y muy preocupada.

—María esto es muy grave... —calló unos minutos tratando de encontrar la forma de decir algo tan espantoso—. Ella... provocó el accidente donde los padres de Andrea murieron —María soltó un pequeño gritito tapándose enseguida la boca conmocionada—. Sí, ¿podrás imaginar mi reacción al saberlo? Pero eso no es todo.

—Por Dios... ¿hay más?

—Mucho más. Ese... monstruo mantuvo amenazada a Andrea todo este tiempo con la vida de su hermano.

—Hijo... ¿de qué hablas? Lo que dices es espantoso, no puede ser —se sentó a su lado y le platicó en resumen todo lo que Andrea le confesó hacía dos días. María se sentía helada de la impresión, dolida por saber lo que esa niña tuvo que pasar y con un sentimiento de ternura absoluta por verla aun entera a pesar de todo aquello. Comprendía al fin tantas cosas—. Lo que me cuentas es... terrible. ¿Cómo puede ser que esa muchacha siga sonriendo?, Dios, eso es para volverse loca.

—Lo sé... y al saber todo esto me sentí un imbécil. Ella ha vivido un infierno María y jamás se quejó, luchó, sigue luchando aún. Tiene ilusión de que su futuro sea diferente... ¿Cómo lo logró?, yo... me hundí con lo de Tania y eso comparado con lo que ella ha pasado no es jodidamente nada —María puso una mano cariñosa sobre su rodilla.

—Son cosas diferentes. Andrea buscó sobrevivir, era su vida la que estaba en juego y la de su hermano.

—Y no sabes cómo me llena de rabia e impotencia saber todo lo que ha tenido que pasar. Quisiera tener a Cristóbal enfrente y escupirle en el rostro todo lo que generó. Andrea era una niña, huérfana, sola y él se la entregó en charola de plata para que la descuartizara si lo deseaba.

—No puedes hacerlo, si todo esto es verdad y... siento dentro de mí que así es, sólo empeorarías todo para ella.

—María si no logro descubrir algún error que haya cometido esa mujer, Andrea se irá, lo sé, lo siento y... no quiero perderla, no puedo —lucía desesperado y muy preocupado.

—Matías, lo primero es que ella esté a salvo, por lo que te dijo esa mujer es capaz de todo —sujetó su barbilla con firmeza y lo hizo mirarla—. Hijo... si de verdad la amas tanto como veo que lo haces, harás las cosas bien y con calma, no corras, pisa con pie de plomo, es mucho lo que está de por medio. Además, Andrea está muy lastimada y aunque es una chica valiente y muy fuerte, no será fácil, cuando el miedo vive en ti tanto tiempo se vuelve una costumbre tenerlo de compañía, pero por otro lado, debe de comprender que no estará sola en esto nunca más, si es que decides entrar en esta pesadilla.

—Ya es muy tarde para eso María, no tengo opción. Nunca sentí algo siquiera cercano a lo que siento por ella. A Tania la amé, pero con Andrea es diferente, me llena, ¿comprendes? Andrea se metió en mi alma desde el mismo momento en que la vi entrar a la cocina. Es como si... la hubiera perdido y al fin la hubiera encontrado, no podría seguir sin su mirada a mi lado —María sabía que cada una de sus palabras eran ciertas, lo conocía desde pequeño y conocía su alma, esa muchacha vivía ya en lo más profundo de su ser.

—Entonces... tendrás que ser paciente hijo, no debes presionarla. Deja que sola vuelva a confiar y no bajes la guardia. Presiento que si lo haces algo sucederá.

—No lo haré... ella es lo más importante para mí y te juro que la sacaré de todo esto. Esa mujer pasará el resto de su asquerosa existencia en la cárcel, así me lleve toda la eternidad hacerlo. Andrea recuperará su libertad mental, su vida en general... eso es a lo que me dedicaré el resto de la mía —escucharlo hablar así la hizo comprender lo mucho que ella lo cambió. María estaba convencida de que había amores que arrastran a lo más bajo y otros que hacen emerger con tal fuerza los verdaderos espíritus que la vida jamás volvía a ser la misma. Eso le estaba ocurriendo a él y aunque la situación era incluso peligrosa, la resolución y coraje que vio en su mirada la llenó de satisfacción.

—Entonces haz feliz a esa niña, se lo merece y tú también.

—Eso haré. Y por favor... sé que no debo decirlo, pero ni una palabra a nadie. No quiero ponerla en riesgo. Quiero que intente olvidarlo o por lo menos superarlo. Ya tengo gente buscando sobre la vida de esa mujer, pero en lo que algo surge, ella debe permanecer segura aquí y serena en la medida de lo posible.

—No te preocupes hijo, no diré nada ni a mi difunto marido —él sonrió sin alegría.

—¿Sabes? No tengo idea de qué le inspires, pero no sabes el temor que tenía de que tú supieras sobre lo nuestro —María rió extrañada al escucharlo.

—¿Qué podría decir? Si para mí era cuestión de tiempo que esto se diera.

—Lo mismo le dije... pero a veces es tan... ingenua. Es como si hubiera desarrollado su malicia sólo para ciertos aspectos, sin embargo, hay otros que parece que ni siquiera ocuparon alguna vez su mínima atención.

—Así tuvo que ser, seguramente hubo muchas cosas que no pudo vivir por estar siempre tan preocupada por lo que esa “señora” podría hacerle.

—Sí, lo sé y me duele tanto saber lo que ha sufrido... Daría mi vida para que no hubiera vivido nada de todo esto. No es justo María —sus ojos estaban razados y existía mucho rencor en ellos.

—No lo es hijo, pero Andrea es como un capullo que a pesar de la asombrosa tormenta invernal logró abrirse y mostrar su belleza, su fuerza, su entereza, eso la hace única, diferente y tan atractiva para ti como para los demás —él asintió completamente de acuerdo con esa metáfora. Andrea tenía ciertamente una belleza física y sobre todo espiritual muy especial, única en realidad y eso era lo que lo atrajo desde el primer momento.

Pedro guardó sus cosas más lento de lo normal. Andrea lo observó adivinando que en unos segundos le mencionaría algo sobre lo sucedido a medio día.

—A ver... dilo de una vez —el chico la miró indeciso—. Vamos Pedro, ¿qué quieres saber? —el chico se rascó la cabeza y se volvió a sentar a su lado.

—bueno... pos.

—Pues — lo corrigió atenta y divertida.

—Pues... es que tú y el patrón —juntó sus dos índices un par de veces como intentando hacer referencia a que estaban juntos.

—Yo y Matías ¿qué? —Pedro siempre lograba hacerla reír y en ese momento, aunque la situación la avergonzaba incluso con él, le parecía divertido verlo completamente abochornado.

—Ya sabes Andrea... pues son novios ¿no? —Andrea sonrió ampliamente mientras Pedro se volvía a rascar la nuca—. Digo, si quieres no me contestes, por lo que vi en la tarde pos... pues sí. ¿No es cierto? —volvía a preguntarle apenado.

—Sí, supongo que sí, Matías y yo somos novios.

—Guau.

—¿Alguna otra pregunta?

—Bueno... no creo que no. Sólo que... te dije que tenía experiencia en estas cosas —Andrea rodó los ojos al escucharlo de nuevo alardear.

—Mejor ya vete, nos vemos mañana y espero que con Irma no presumas tanto porque seguro que lo único que conseguirás será puros nabos.

—¡Claro que no! —ya iban a comenzar a discutir como siempre cuando Matías decidió al fin acercarse. Ninguno de los dos lo habían visto pues le daban la espalda pero escuchó toda la conversación desde su lugar. Ambos parecían tener una forma muy singular de comunicarse y quedaba muy claro el evidente cariño que compartían.

—Dios, de nuevo peleando, ¿no se cansan? —ambos giraron de inmediato sorprendiéndose al verlo.

—No patrón, yo ya me iba —miró a Andrea con las mejillas encendidas—. Hasta mañana —se despidió levantando una mano y girando en dirección a la puerta trasera de la casa. En cuanto dejaron de verlo se acercó a ella y la rodeó por detrás agachándose para quedar a su altura.

—Siempre que los veo están discutiendo —ella giró y se colgó de su cuello mientras la levantaba sin esfuerzo para ponerla de pie frente a él.

—Eso no es cierto... es sólo que siempre tiene el comentario perfecto —la pegó más a él sintiendo cómo su aliento acariciaba su rostro.

—Pedro no es fácil, pero creo que contigo se topó con pared —susurraban perdidos en el éxtasis del momento. Ella enredó sus brazos alrededor de su cuello acercándolo definitivamente a su boca.

—Deja a Pedro en paz, mejor dame un beso.

—Eso no tienes que pedirlo, era justo lo que pensaba hacer.

—¿Qué esperas? —lo provocó arqueando una ceja juguetona. Aferró firmemente su nuca e hizo exactamente eso, devorarla sin piedad, con deseo y con ardor. Unos minutos después la arrastraba a una pequeña sala hecha para exteriores que se encontraba muy cerca de la mesa en donde ella y Pedro solían estudiar. La tomó por la cintura y la acomodó sobre una de sus piernas.

—Pensé que nunca terminarían, eres una maestra muy exigente —seguía mirándole los labios con deseo. Ella podía sentir cómo miles de hormigas se estacionaban en su estómago ocasionando un caos con sólo ver la forma en la que la contemplaba.

—¿Tú crees?... yo creo que no —con la yema de los dedos comenzó a dibujar el contorno de su boca lentamente.

—Ese chico tuvo suerte.

—¿Por?

—Porque... —esa caricia lo tenía completamente al límite, no podía concentrarse.

—¿Matías? —su nombre pronunciado por ella le provocaba una ola de calor que incluso sentía que lo haría sudar. No pudo más y volvió a pegar su boca con la suya. Ella se entregaba sin reservas, se dejaba llevar sin

tapujos y sin pudor. Eso sólo ayudaba a que sintiera aún más deseo del que ya de por sí sentía cada vez que la veía. Mantener sus manos lejos le estaba resultando un esfuerzo titánico. De pronto la temperatura comenzó a subir peligrosamente, sentía que en cualquier momento ya no sería consciente de sus actos, la separó poco a poco no muy feliz de hacerlo, sin embargo, debía tomarse las cosas con calma por mucho que esa mujer le estuviera haciendo perder la razón.

—Creo... que... —los dos se encontraban agitados, anhelantes. Andrea nunca había sentido algo similar, sin embargo, la sensación la dejó queriendo más y seriamente afectada en su pulso. Ese era deseo, ahora lo entendía. Descansó sobre su pecho aún asombrada de lo que su cuerpo era capaz de sentir cuando él la tocaba. Estaba segura de que jamás sentiría algo similar con alguien más. Matías la rodeó protector intentando regular su respiración. Varios minutos después ambos estaban más tranquilos.

—Andrea será mejor que me vaya a dar una ducha —ella asintió al tiempo que levantaba su rostro hasta él sonriendo.

—Creo que también tomaré una —admitió pícaramente. El hombre pasó la yema de un dedo por su mejilla aún sonrojada muriendo por volver a perderse en ella.

—Lástima que deba ser separados —bromeó midiendo su reacción. Si ya estaba colorada, en ese momento pudo jurar que estaba del color de una granada.

—Sí, lastima —logró decir con voz ahogada, a lo que él respondió dándole un beso casto sobre su frente. Se pusieron de pie el al mismo tiempo caminado con sus dedos bien entrelazados.

—Por cierto, ya sabe María —iban ya subiendo las escaleras cuando lo soltó recordando que eso la preocupaba. La joven se detuvo mirándolo con los ojos abiertos.

—En serio y... ¿qué dijo? —él negó serio. Eso la angustió.

—Tenías razón... no lo tomó muy bien —Andrea se llevó la mano a la boca alarmada. Sabía que eso podía pasar, se reprendió un tanto triste.

—Dios... ¿qué dijo?, ¿por qué? imaginé que no le parecería... —tomarle el pelo resultaba tremendamente fácil, pero en seguida se sintió mal al ver que de verdad creía que eso podía suceder. Acomodó un cabello suelto detrás de su oreja.

—No es verdad Andrea, le encantó la noticia —ella frunció el ceño confundida, un minuto después comprendió.

—¡Matías, te odio!, ¿por qué me haces esto? —el hombre se carcajeó sin poder evitarlo al ver su reacción. En respuesta Andrea le dio un pequeño empujón y subió corriendo indignada. La alcanzó casi cuando pisaba el último escalón.

—¡Hey!... no me odies... era una broma —reía confundida, incrédula.

—En este momento sí lo hago... ¡Me estabas tomando el pelo!

—Lo siento... pero no pude evitarlo —ella lo hizo a un lado y continuó rumbo a su recámara.

—Pues deberías intentarlo, me siento una tonta gracias a ti —le escupió un tanto irritada, no obstante, la situación estaba resultando muy cómica, no podía dejar de reír y por si fuera poco, se veía preciosa molesta.

—Está bien... no lo volveré a hacer —prometió frente a su puerta obstaculizándole la entrada.

—No te creo —lo miraba con ambas manos en su cintura enarcando una de sus hermosas cejas. Matías no tuvo más remedio que levantar los brazos rendido. Se acercó a ella e intentó besarla—. No sueñes... por ahora no habrá más, ese será tu castigo por bromear a mi costa —él la sujetó por la cadera en medio segundo deseando seguir riendo, sin embargo, fingió un poco de seriedad y arrepentimiento.

—No, castígame con lo que quieras... pero no con eso, no es justo, era una broma inocente —se volvió a acercar pero la joven hizo a un lado la cabeza en seguida logrando que le diera un beso en la mejilla—. Okay, ya aprendí mi lección, lo juro, no más bromas, nunca de los nunca... pero dame un beso... por favor —la forma en la que le hablaba la tenía a punto de la carcajada, era evidente que era un embustero. Frunció la boca moviéndola de un lado a otro fingiendo meditarlo. Matías notó el gesto distraído, así que aprovechó y la beso con ardor, con el deseo más primario que jamás hubiese sentido mientras ella no oponía ni la menor resistencia ante la intrusión—. ¿Ya me perdonaste? —le preguntó aún rosando sus labios.

—No sé... la verdad es que aún no me convences —él rió alegre bajo su boca y volvió a arremeter sin dudar, podía pasar el resto de sus días pegado a esos labios tan suaves y deliciosamente tentadores. Sin darse cuenta terminó completamente recargado en la puerta aun cerrada de su habitación recorriendo ese bello cuerpo por debajo de la blusa memorizando toda su espalda, incluso aquellas marcas que recordaba sin problema, su piel era suave, delicada y sensible a su tacto, eso lo estaba matando, pero peor aún, la reacción de ella que parecía importarle muy poco en donde se encontraban. Las voces procedentes de la planta baja los volvieron a la realidad de golpe, como si le hubiesen aventado un par de baldes con hielos en su interior. Se separaron con la vista nublada por el deseo, ninguno de los dos articulaba palabra, se sentían asombrados por lo fuerte de sus reacciones.

—Creo que definitivamente debo darme un baño... —susurró ella con las mejillas enrojecidas y los labios hinchados. Dios, se veía tan irreal, y tan terrenal al mismo tiempo. Pasó un dedo por su boca recorriéndola con un dedo maravillado por lo que esa belleza despertaba en él.

—Sí... creo que es buena idea —se miraron unos segundos más con seriedad. Andrea fue la primera que se separó un poco, tomó el pomo de la puerta y la abrió. No avanzarían, no por ahora comprendió Matías escondiendo su desilusión, la amaba y deseaba en la misma medida, no obstante si tenía que esperar la eternidad para tenerla bajo su cuerpo arqueándose ansiosa para recibirlo, la verdad era que no le importaba, por ella sabía ya muy bien que era capaz de todo, incluyendo eso.

—Te... veo en un momento —acarició su mejilla sonriendo.

—Te estaré esperando... — ella sonrió lánguida entendiendo el real significado de sus palabras, cosa que no le molestó, al contrario, sabía de alguna forma que él jamás la presionaría ni con eso, ni con nada más.

La cena fue agradable, esta vez el hombre que la despertó a la vida, le separó la silla que estaba a su lado, así que se sentó ahí dejándose llevar más tranquila sabiendo que María estaba al tanto de todo. Él besaba su mejilla o las manos cada cierto tiempo, bromeando y riendo como pocas veces. Andrea sentía que con Matías no debía importarle nada más, salvo lo que por él despertaba, así que decidió, ahí, en esa mesa, que viviría, sería feliz, aprovecharía cada momento a su lado como si fuera el último, no pensaría en el futuro y evitaría a toda costa el pasado. Disfrutaría lo que tenía y la segunda oportunidad que la vida le estaba dando. Lo observaba satisfecha por su decisión, mientras él se quejaba sobre algo relacionado a la forma de cocinar de Indira. Era perfecto, sus labios eran sensuales y provocativos, sus manos eran grandes y cuando las posaba en cualquier parte de su cuerpo, encendía un interruptor que no sabía que tenía. Sus ojos eran una de sus partes preferidas, era como si hablaran por sí mismos, gozaba, se enojaba, y se entristecía con ellos, eran una ventana con pase directo a su interior. Su aliento era dulce, cálido. Su olor era único y lo sentía ya anidado en sus pulmones. Lo amaba, el sentimiento era tan extraño... sin embargo, vivirlo junto a él era como si siempre hubiera habitado ahí en algún lugar de su interior. Matías ocupaba todos sus pensamientos y definitivamente ya era dueño de su corazón.

El hombre sintió su mirada y giró hacia ella con ternura.

—¿Pasa algo? —Andrea negó recargando con asombrosa familiaridad la cabeza sobre su hombro. Matías se sintió pleno ante su gesto, esa mujer que lo tenía definitiva y rotundamente enamorado, se veía tranquila a su lado, eso era evidente, cosa que, por ser ella justamente, era toda una prueba de confianza que estaba decidido a guardar en un lugar importante de su alma. No obstante, no dijo nada y continuó con lo que decía. Era consciente de que lo había estado observando por varios minutos de una forma muy especial y que no le ponía atención en lo absoluto a cada una de sus palabras, sin embargo, le fascinó, sus ojos no demostraban preocupación, al contrario, parecían observarlo como si no quisiera dejar de hacerlo nunca y eso le llenaba el alma. Ella lo amaba, no sabía si tanto como él, pero sí de una forma similar, comprendió en ese momento.

Esa noche tenía trabajo de escritorio acumulado, así que mientras lo hacía, ella optó por ponerse a leer sobre aquel tema que tanto le apasionaba en uno de los sofás que había en su estudio. Algunas horas después terminó y juntos subieron. Les costó trabajo despedirse pues entre beso y beso, afloraba aquel deseo asombroso que no lograban acallar e ignorar con facilidad. Sin embargo, Andrea aún no se sentía preparada para llegar a más, no era que no lo amara, al contrario, estaba loca por él; pero ignorar por completo qué

sucedió aquellas noches, con esos asquerosos hombres, aún la agobiaba bastante, además de llenarla de temor. Sabía que si descubría que estuvo por completo con ellos, no podría volver a sentirse limpia por un buen tiempo y su seguridad sufriría estragos importantes, dejándola nuevamente con una pequeña depresión que en ese momento deseaba evitar a toda costa. Quizá, cuando se sintiera verdaderamente más fuerte, segura, podría sentir menos ansiedad respecto a esa atrocidad y sin dudarlo se dejaría llevar sin sentir que su cordura peligraba.

La mañana siguiente se encontraron al salir de sus habitaciones. Andrea, sonrió coqueta sin moverse, sabía que él se acercaría a ella de inmediato, eso le fascinaba, era como si el mundo de Matías girara a su alrededor y eso lograba hacerla sentir importante, vital, extasiada.

—¿Dormiste bien Belleza? —Andrea asintió enredando las manos en su cuello embelesada. Matías estaba recién bañado por lo que su masculino olor inundó sus pulmones de inmediato.

—Sí, aquí siempre lo he conseguido —y era verdad, salvo algunas ocasiones en las que las cosas daban virajes inesperados, lo había logrado sin problema desde el primer día. El hombre besó su nariz con ternura para después descender hasta ese anhelado hueco que sabía asombrosamente bien y que estaba custodiado por dos exquisitos pétalos que se sentían mejor que cualquier flor sobre su piel.

—¿Sabes?, debemos llegar a un acuerdo —habló bajito, cerca de su oreja. Andrea se separó un poco pestañeando intrigada, poniéndose alerta de inmediato. Matías la sintió tensarse en sus brazos intentando esconder el enojo que le provocaba comprender su reacción. Para ella las buenas noticias o simplemente conversar sobre algo específico eran cosas con las que no estaba familiarizada, por lo que con el tiempo él aprendió a ir directo al grano sin avisarle, así no le daba oportunidad de alterarse sin motivo, no obstante, en ese momento lo olvidó y es que estando entre sus brazos difícilmente se acordaba de algo más que no fuera la indescriptible sensación de calidez que le proporcionaba tenerla pegada a su cuerpo.

—¿Por?, ¿pasó algo?, ¿sobre qué? —él sonrió negando al mismo tiempo que acunaba su barbilla con dulzura. Sus ojos verdes lo miraban expectantes.

—No siempre las cosas van hacia esas direcciones, a veces, e intentaré que sean la mayoría, se puede hablar de temas que afecten nuestras vidas de forma placentera, positiva ¿de acuerdo? —Andrea tapó sus pozos bajó esas espesas pestañas adúladas, para luego observarlo sonriente y relajada.

—La costumbre a veces es difícil de hacer a un lado, pero tienes razón. Dime, ¿a qué te refieres? —Matías rozó uno de sus labios con deliberada lentitud. Adoraba que siempre estuviera más que dispuesta para saltar las situaciones dolorosas que la vida le puso durante tanto tiempo en su camino. Comenzaba a entender por qué siempre esas mágicas sonrisas. Ella era así, decidida, digna y lista para no dejarse ni doblegar ni abatir ante nada, incluso ante los peores problemas, de una manera que no lograba comprender. Encontraba el sendero de luz dentro de una inmensidad de oscuridad, daba con lo que le servía, con lo que la podía ayudar para aferrarse a eso y no caer vencida después de soportar tanto de pie.

—Aquí y de ahora en adelante, todo será distinto para ti Belleza —la joven le robó otro beso elevando la comisura de su labios.

—Lo sé, ya lo es en realidad —admitió serena.

—Deseo que elijas lo que quieras para invertir tu tiempo. No volverás a hacer nada por obligación en la hacienda Andrea, no es justo y tampoco lo correcto. Así que me gustaría que fueras honesta y decidas si quieres o no hacer algo, que pienses si quieres vagar por ahí observándolo todo, si deseas sentarte en una silla a ver pasar el día o si quieres hacer lo que se te venga en gana, por mí lo que decidas estará perfecto ¿de acuerdo? —sacudió la cabeza alejándose un poco arrugando la frente.

—Yo... no sé qué decirte... —confesó turbada al tiempo que lo tomaba de las manos llena de agradecimiento. Lo que encerraban sus palabras era valiosísimo para ella y así lo atesoraría. No obstante, no tenía ni la menor intención de pasársela haciendo ovillos, sabía bien que eso provocaba días eternos, llenos de vacío, de aburrimiento, por lo que ni siquiera se lo podría plantear.

—Piensa en lo que te digo y cuando sepas, listo, eso será.

—Cada minuto a tu lado es mejor que el anterior y no comprendo aun cómo lo logras y el que me lo digas

de verdad me hace sentir bien, feliz en realidad, pero... no podría, no me gusta estar por ahí sin hacer nada. Quiero terminar lo que estamos haciendo Pedro, Rosaura y yo... ¿hay problema con eso? —preguntó expectante.

—No si eso es lo que eliges... —respondió orgulloso al tiempo que acomodaba uno de sus cabellos que se salió hacia un segundo de su preciosa trenza.

—Es lo que elijo y bueno, cuando terminemos, ya veremos ¿sí? Quiero aprender tantas cosas que... no veo por dónde comenzar —reconoció relajada. No pudo más y volvió a besarla.

—Saber eso me alegra, tú puedes hacer aquí lo que quieras y aprender lo que desees y si yo puedo ser el maestro, mucho mejor —lo decía con tono sensual, agarrándola con firmeza por la cintura y con los ojos chispeantes.

—Sé que a tu lado aprenderé más de lo que alguna vez imaginé Matías, aunque cocinar dudo que sea tu fuerte, pero siempre está lo de montar ¿cierto? —el hombre soltó la carcajada al ver su rostro nuevamente enrojecido, le había entendido muy bien y su respuesta fue astuta.

—Sí, siempre está lo de montar Belleza —besó su mano con lujuria mirándola fijamente. Claro que ella montaría y no solamente sobre un caballo. De sólo pensarlo sintió que su cuerpo lo traicionaba. Apretó los dientes regañándose a sí mismo, de verdad en todo lo referente a esa mujer actuaba como un maldito adolescente, estaba seguro que ni Pedro se comportaba así.

Las semanas siguientes fueron cada vez más fáciles e intensas también. Andrea parecía florecer con cada día que pasaba y si Matías creía no poder sentir más por ella, con el paso del tiempo se dio cuenta que estaba en un enorme error. Ella se dejaba llevar sin problemas, disfrutaba cada momento a su lado, trabajaba sin parar por más que él le suplicaba que no lo tomara tan en serio puesto que no era su obligación, sin embargo, eso lo disfrutaba como pocas veces en su vida lo había hecho, así que Matías al comprenderlo, dejó de ser tan insistente respecto a ello.

Continuaba ayudando a Pedro toda la semana, incluso a veces Hortensia iba para poder ayudarla y revisar los avances del muchacho. La gente ahí la adoraba, la trataban con mucho respeto pues para todos era evidente que Andrea estaba impregnando cada lugar de la hacienda con su esencia, con su hermoso carácter. Ni con el paso del tiempo lograba hablar de las cosas que más le dolían. Matías la entendía y en cuanto veía su cambio de actitud, desviaba la conversación buscando hacerla sonreír de nuevo. Los avances con Almendra eran asombrosos, cada día se mostraba más temeraria, se acercaba a ella sin problema, la cepillaba, le hablaba, la acariciaba e incluso la alimentaba con la mano. Matías cada vez intervenía menos, permanecía ahí, cerca, observando. Esa joven de cabellos largos y de color asombrosamente singular se estaba convirtiendo en su sol, en su aire, en su sangre. Cuanto más la veía, cuanto más la conocía, más la adoraba. Andrea tenía luz propia y brillaba todo el tiempo.

En cuanto a Mayra, comenzaba a sentirse algo frustrado. Hasta el momento sólo había conseguido una extensa descripción sobre su vida, pero en ella no existía nada que pudiera ayudarlo. Los investigadores seguían buscando cosas que pudieran comprometerla o que dejaran en entre dicho su reputación. Sin embargo, parecía tener una vida común, un tanto excéntrica y demasiado social para su gusto, pero nada que Cristóbal y todos sus millones no pudieran solventar. Pertenecía a varias organizaciones de caridad donde las mujeres más acaudaladas y bien posicionadas en sociedad también prestaban sus servicios. Sabía muy bien que eso no decía nada de su calidad moral, pues en esos círculos era muy común hacer ese tipo de cosas; era una forma de evitar impuestos y un verdadero nido de poder y superficialidad a la que sólo tenía acceso una elite

minúscula que se jactaba todo el tiempo de ser buen samaritano debido a su participación en esas organizaciones. No perdía las esperanzas, algún error debía de cometer; él tendría las evidencias en sus manos y en el mismo momento en el que sucediera, la hundiría sin contemplaciones. Esa alimaña tenía que pagar por todo lo que provocó en la vida de la mujer que amaba y sabía, amaría, el resto de sus días.

La navidad llegó sin que él se hubiese dado cuenta. Para ese entonces ya había decidido pasar esa temporada ahí y no en Europa como solía hacer a excepción de unas cuantas ocasiones en las que el trabajo no se lo permitió. Andrea no podía salir del país ni de la hacienda, pues aunque no existían cargos en su contra, ni estaba en arresto domiciliario, el juez exigió que permaneciera todo el año en Las Santas cumpliendo con su pena. Ahí debía trabajar, mantenerse ocupada y aislada para no recaer en sus vicios y no volver a cometer una imprudencia de esa magnitud; en ese paraje alejado del todo debía madurar y aprender a adaptarse de una manera adecuada a la sociedad. Cada que recordaba aquel estúpido papel que él mismo firmó, dispuesto, en aquel entonces, a cumplir con ese deber, hervía de coraje y rabia. Andrea tenía más capacidades que mucha gente para adaptarse a la vida, bastaba verla y saber lo que pasó para saber que podía dar incluso lecciones sobre cómo vivir de una forma honorable a pesar de la adversidad. Sin embargo, a ella no parecía molestarle el hecho de que tuviera que estar confinada en aquel lugar, al contrario, parecía disfrutarlo y sentirse feliz de estar ahí. Cuando la joven escuchó la conversación telefónica con sus padres en la que les informaba que no iría, fue el único momento en que la vio ser consciente de su situación; en cuanto intento abrir la boca para convencerlo que fuera, la acalló llenándola de besos y argumentando que nada, jamás, lograría alejarlo de ella y que sólo quería estar donde estuviera. Eso la dejó sin palabras, sin embargo, él aun varios días después percibía la impotencia en su mirada. Así que puso todo su empeño para que lo olvidase y continuara disfrutando como venía haciendo desde hacía meses.

Una semana antes de Noche Buena ella lo sorprendió informándole que se sentía preparada para montar a su yegua. Verla acercarse con esa confianza al animal, segura de que podía hacerlo sin dificultad, para luego subirse como si nunca hubiese dejado de hacerlo. Simplemente lo dejó sin palabras, deslumbrado a decir verdad. Sin embargo, al principio, cuando la observó en su lomo, tuvo cierto miedo que ese pánico retornara en sus ojos pues se quedó quieta, sin moverse. Pero unos segundos después sonrió abiertamente asombrando a todos los que ahí se conglomeraron para presenciar ese evento. En el corral se instaló un silencio sepulcral, nadie quería que sucediera algo que alterara un momento tan especial. Andrea le pidió a Matías con tranquilidad que no soltara la rienda, cosa que por supuesto no pensaba hacer y se deleitó mirándola montar casi como si nunca lo hubiese dejado de hacer. Su rostro estaba iluminado como pocas veces, estaba llena de orgullo, se percibía de inmediato cómo una parte de su vida le estaba siendo devuelta y cómo ella la tomaba sin recelo ni dolor, sino con alegría y satisfacción. La gente ahí se mostró admirada y claramente complacida al ver que su miedo estaba desapareciendo de forma tan veloz, mientras ella parecía no querer bajar nunca de ese animal. Después de aquella asombrosa tarde, todo fue más sencillo; ella poco a poco se fue soltando, ya montaba sola en el corral, a veces daba pequeños paseos que parecía disfrutar al máximo y mimaba a Almendra al grado que Matías pensó que esa yegua, al igual que él, no querría volver a estar con nadie más. A pesar de todo eso, ella aún no estaba preparada para hacerlo sola, si Matías no estaba a su lado o cerca, no se aventuraba tanto con el animal, aún temía que sucediese algo que no fuera capaz de controlar. Eso a él no le molestaba en lo absoluto; estar con Andrea era la único que realmente quería, así que el hecho de que se mostrara tan aprensiva en ese único aspecto lo hacía sentir feliz. Con el tiempo fue comprendiendo que en general esa mujer era increíblemente independiente y a veces irritablemente autosuficiente, no era que él quisiera resolver todo, sin embargo, no podía evitar la educación un tanto machista que traía auestas y que lo hacía sentir un poco frustrado cuando ella parecía siempre tener todo bajo control sin siquiera pedir un poco de ayuda. Era muy clara, nada la detenía, resolvía las situaciones sin problema, jamás se quejaba y tenía una determinación impresionante. Y cuando se daba cuenta de la frustración que esto le generaba a él, lo

dejaba deliberadamente tomar el control o criticaba amorosamente su carácter controlador. No obstante, en las situaciones de mayor intimidad, daba gracias a Dios ser él, el que contaba con la experiencia y aunque se daba cuenta que ella aún tenía cierto recelo en ese aspecto, lo dejaba llevar las riendas sin chistar, su confianza era ciega por lo que se empeñaba en no defraudarla siendo delicado, amoroso y deteniéndose cuando ella se lo pedía o se tensaba bajo su tacto. Conocía ya su piel, tenía en su lengua su sabor tatuado, pues aunque no habían llegado a tanto, sí se tocaban con ansiedad, incluso algunas veces sin prendas inocentes que dejaban un poco a la imaginación. Cada día que pasaba la deseaba más, pero a pesar de eso no corría, sabía que con ella todo era así, poco a poco, despacio pero que definitivamente todo ese camino lo llevaría en algún momento a lo que tanto anhelaba; estar dentro de su ser y sentirla tensa y feliz bajo su piel dando todo y tomando todo como solía. Con Andrea nada, nunca sería a medias.

Para la cena de Noche buena decidió que la sorprendería, nada era suficiente cuando se trataba de ella. Organizó cuidadosamente una íntima cena frente a la chimenea en la gran sala. Planeó todo para poder estar a solas con su *belleza*, como siempre la nombraba.

Al estar frente aquello que con tanto esmero preparó ese hombre que la tenía rosando la felicidad todo el tiempo, Andrea sintió cómo un par de lágrimas resbalaban por su mejilla; nadie nunca la había tratado en la forma que él lo hacía y no recordaba la última vez que esperó esa fecha con esa típica ansiedad infantil. Después de la muerte de sus padres ese día se volvió tan común como cualquier otro y tan horrible como los demás. Así que al ver la pequeña mesa elegantemente adornada con un par de velas iluminándola, rodeada por lo bajo de almohadas, percatarse del fuego chispeando como fondo de todo aquello, sintió que nunca podría ser más feliz que en ese momento. Él lo preparó todo meticulosamente sin que sospechara nada y eso la maravillaba aún más. La interceptó a eso de las ocho cuando salía de su recámara de forma casual, ella juraba que cenarían algo tranquilo y luego conversarían para más tarde irse a dormir, no obstante, aunque iba relajadamente vestido, había algo en él que parecía más formal que de costumbre. Rodeó sus dedos con los suyos mientras bajaban conversando sobre banalidades. Cuando sus ojos se toparon con todo aquello quedó asombrada, hasta quedar frente al hermoso cuadro.

—Feliz navidad Belleza —susurró él rodeándola por la cintura mientras besaba su cabeza dulcemente. Andrea no supo qué decir. Se quedó ahí, sin moverse, congelada. Al notar su reacción el hombre la instó a acercarse a la chimenea—. Siéntate, esta noche eres mi invitada —ella se ruborizó asintiendo aún atolondrada. Poco a poco fue soltándose y comenzaron a platicar animadamente mientras él se hacía cargo de todo. Cuando llegó la hora de los presentes ella insistió en ser la primera como una niña emocionada, Matías asintió sin remedio, sabía muy bien que cuando algo se le metía en la cabeza era imposible detenerla, además estaba consciente que nunca podría negarle absolutamente nada a esa mujer que ya era su vida. Subió de prisa hasta su habitación dejándolo un par de minutos solo. Al bajar cargaba una caja de medianas proporciones envuelta cuidadosamente en papel marrón. Él se sorprendió al verlo, pues no esperaba que le hubiese comprado nada y por lo tanto, no tenía ni idea de lo que en ese empaque podría encontrarse. Cuando quitó la tapa, vio que dentro se encontraban seis pequeños tomos de cuero enumerados y con el logo de la hacienda grabado de forma artesanal. La miró desconcertado, ella esperaba observándolo sonriente y notoriamente ansiosa. Agarró el que decía “UNO” con un número cuidadosamente escrito. La carátula principal tenía de nuevo “Las Santas” grabado y justo debajo “1880—1920” frunció el ceño y lo abrió de inmediato. Adentro había fotos de su bisabuelo de pie frente a lo que antes solía ser el casco de la hacienda, enseguida comenzó a hojearlo impresionado; era toda su historia familiar cuidadosamente ordenada y acomodada.

—¿Dónde conseguiste todo esto? —se sentía emocionado y maravillado al ver lo que Andrea había hecho.

—Las encontré olvidadas en diferentes partes de la hacienda mientras Pedro y yo organizábamos todo —lo decía satisfecha, ya que la reacción de Matías fue justo la que esperó desde el momento en que aquella idea se le metió en la cabeza.

—Andrea esto es... impresionante, aquí está toda mi historia ¿lo comprendes?, esto es... asombroso... hermoso —se acercó a ella dejando el tomo a un lado y la besó con todo el amor que en ese momento

amenazaba con desbordarse y salir sin más de su pecho. Era el regalo más increíble que jamás alguien le había dado. Se notaba el esmero y dedicación en cada hoja, estaba ordenado cronológicamente y en la parte inferior de cada fotografía o recorte existía una línea para que ahí se describiera la imagen. Se sentó a su lado y comenzaron a verlos juntos mientras ella le hacía preguntas sobre algunas fotos y él le relataba emocionado la historia que encerraba cada cosa en ellas. Andrea sacó de la caja un marcador negro y comenzó a escribir en pequeñas frases lo que Matías le iba relatando. Cuando llegaron al último álbum ella cambió de actitud, a la mitad del libro supo a qué se debía, sus padres aparecían junto a los suyos justo frente a unos caballos, que parecía, montarían. La observó un momento comprendiendo el dolor que eso le estaba generando, intentó cerrarlo pero ella se lo impidió mostrando una sonrisa torcida. Sus padres aparecieron en un par de fotos más y casi hasta el final, Cristóbal y él montando despreocupados cuando tenían a lo mucho diez y siete años. Al terminar lo cerró y acunó su barbilla acercándola hasta su boca.

—Lo que hoy has hecho por mí... jamás lo podré olvidar y ahora que sé que además te hizo revivir también ese pasado que tanto te duele, no tienes una idea de cómo lo valoro Belleza — sus ojos verdes se rasaron al escucharlo.

—Yo... lo hice porque te amo, quería darte algo especial.

—Y lo lograste, nadie había hecho algo así por mí —ella sonrió más relajada y completamente perdida en su mirada.

—Me gusta saber eso, porque... —se mordió los labios con esa peculiar timidez que la caracterizaba cuando de algo serio se trataba.

—Porque, ¿qué? —le preguntó rozando su boca con uno de sus dedos.

—Porque... yo también quiero ser la primera en alguna cosa en tu vida. Digo... sé que estuviste casado y que amaste a Tania, es lógico... era tu esposa y te juro que no importa pero... —parecía tropezar con cada palabra que decía. Eso lo hizo sonreír.

—Sh... claro que quise a Tania, pero lo que por ti siento Andrea es diferente y no lo digo porque ella ahora ya no esté, lo digo porque es verdad. Tú me llenas ¿comprendes? me has hecho descubrir sentimientos en mí que no sabía que existieran. Una mirada tuya, una caricia tuya, es como si el mundo cobrara un sentido distinto y girara de manera contraria. Créeme que tú eres la primera en muchos más sentidos de los que te imaginas y te juro que serás la última, sé que nunca sentiré esto por nadie más. Contigo tengo aquello que no sabía y siempre busqué. No pienso dejarte por nada del mundo ¿comprendes? —ella posó ambas manos en sus mejillas completamente convencida de que le decía la verdad.

—Te amo Matías y pase lo que pase —él intentó acallarla pero esta vez ella no se dejó—, y pase lo que pase nunca lo olvides.

—No hables así Belleza, sabes que no me gusta, nada va a pasar —Andrea no estaba tan segura, se daba cuenta de que aún no había avances sobre la investigación y aunque intentó aportar información que pudiera servir, descubrió que no la conocía demasiado y por lo tanto, lo que sabía no era de mucha utilidad. De pronto él se puso en pie tendiéndole la mano, sacándola con ese gesto de la oscuridad de sus pensamientos; la conocía muy bien, por lo que intuía por dónde iban sus cavilaciones—. Ven... ahora me toca a mí —ella frunció el ceño confusa—. Anda... ven —se levantó y lo siguió intrigada.

—¿A dónde vamos?

—No seas curiosa... —le colocó un abrigo que previó necesitarían y luego se puso también uno. La sacó por la parte trasera de la casa caminado a lado contrario de las caballerizas. Andrea no solía ir hacia esa dirección, que ella supiera no existía mucho qué ver, no obstante lo siguió. A Matías lo seguiría al fin del mundo si se lo pedía.

De pronto una pequeña estructura llamó su atención, parecía iluminada desde el interior con una luz tenue. Matías la tenía rodeada posesivamente por la cintura y con la otra mano iluminaba el camino con una gran linterna.

—¿Qué es eso? —preguntó apuntando hacia aquel extraño lugar. Conforme se acercaron notó que las paredes eran de policarbonato transparente sin embargo, no se veía nada en el interior. Cuando quedaron a

unos metros él se detuvo mirando hacia aquella pequeña construcción.

—¿De verdad no sabes de qué se trata? —ella negó haciéndose una idea, pero la oscuridad no la dejaba ver con nitidez.

Matías continuó andando sonriente. Una pequeña puerta del mismo material se cristalizó frente a ellos. Andrea lo observó comenzando a sorprenderse. El sitio medía no más de tres metros cuadrados y por el reflejo que alcanzaba a dar la luz, imaginaba lo que podría ser. Él sacó una llave de su bolsillo, abrió, e hizo un ademán para que ella entrara primero.

Andrea se quedó de piedra justo a un paso de la puerta. Se llevó las manos a la boca con los ojos muy abiertos. Era un vivero lleno de plantas y flores de diferentes especies, todas estaban acomodadas alrededor cuidadosamente, en el centro había una pequeña mesa de trabajo y más flores. Eso era increíble.

—¿Te gusta? —No podía hablar debido al asombro a la marea de sentimientos que se acumulaban en su interior—. Es tuyo... ya estaba aquí, así que... sólo lo adecuamos de nuevo, las plantas llegaron ayer... —ella caminó unos pasos hacia el interior admirándolo impresionada. De pronto giró y sin más corrió hacia él regalándole un beso que demostraba lo mucho que le gustó lo que con tanto cuidado pensó para ella.

—No lo puedo creer Matías... esto es... demasiado...

—No lo es y es tuyo. Sé que todo esto te gusta mucho y sé que lo mantendrás vivo —la joven recorrió de nuevo todo el lugar con la mirada.

—Claro que lo cuidaré, no lo puedo creer.

—Entonces... ¿sí te gustó? —Andrea se separó aún sin poder convencerse.

—¿Bromeas?... esto es... Dios, me encanta —las velas que estaban justo en medio de la gran mesa captaron su atención y de inmediato se percató de un enorme arreglo floral colocado justo a un lado. Frunció el ceño alegre. Se acercó hasta ahí sin soltar su mano. Era muy extraño, miró a Matías un segundo y luego regresó su atención a las flores. Había por lo menos treinta tipos diferentes. Tomó la pequeña tarjetita que adentro se encontraba y la leyó feliz.

“*Te amo belleza,*” adoraba esa manera que tenía de llamarla “*ahora que estás rodeada de tantas flores ¿dime cuál es tu favorita?*” ella lo evaluó divertida y pensativa.

—¿Y bien? —pasó una mano por su cintura complacido por su reacción, parecía completamente relajada.

—Es una pregunta muy difícil Matías.

—Piensa... ¿cuál te gusta más?, muero por saberlo.

—Dios... no puedo. Es como elegir entre... tu boca —y le acarició con la yema de sus dedos—, o tus ojos —y los besó sensualmente—, o tus manos —y sujetó una llevándosela provocativa hasta sus labios—, o tu piel —y recorrió su cuello con apenas un roce—. No puedo decidirme... me gustan todas, como me gustas todo tú —él sacudió la cabeza sintiendo como el deseo lo atravesaba de inmediato, esa mujer no tenía idea de lo que estaba logrando. De repente, sin que se lo esperara, Andrea buscó su boca y lo devoró ansiosa, exigente. Eso era nuevo, ella no solía ser la de la iniciativa. No pudo contenerse más y le devolvió el gesto con la misma intensidad. Ya no pensaba, ese beso se estaba tornando mucho más exigente que cualquier otro que hubiesen compartido hasta ese momento—. Matías... —jadeó ella contra su boca. Escucharla sólo logró encenderlo más, sabía que en cualquier momento terminaría el encuentro, sin embargo, continuó sin poder detenerse. Le dio un pequeño respiro y comenzó a besarle la quijada mientras sentía cómo esa belleza gemía completamente abandonada a la sensación. Se topó con su oreja y continuó lamiéndola, adoraba su olor, su sabor. Ella se aferró a su abrigo como intentando no caer—. Dios... Matías... —esa forma que tenía de decir su nombre lo hizo enardecer aún más. De pronto ella lo tomó del cabello salvajemente y buscó su boca de nuevo ansiosa. Eso era ya demasiado y despertaba en él una excitación desconocida.

—Belleza... —gimió entre besos preparándose para quedar profundamente noqueado y con ganas de más.

—Sácame de... aquí —exigió esa mujer que temblaba bajos sus manos. No comprendió lo que decía, sin embargo, era imposible detenerse, aunque si era lo que pedía, lo haría sin remedio—. Matías... te deseo... —de inmediato se detuvo, mirándola sorprendido. ¿En serio acabas de decir eso?—. Ahora... —declaró agitada. Era verdad comprendió al ver su mirada nublada.

—Belleza... —no quería mal interpretar sus palabras, con ella no se perdonaría ningún error. Andrea lo silenció pegando sus labios a los suyos con ansiedad, con deseo, con expectación.

—Por favor... —susurró sin aire. Desde luego no necesitó más. La tomó de la mano y la instó a correr junto a él como dos niños desesperados por presenciar algún espectáculo. Cuando entraron entre risas y caricias volvió a mirarla buscando su reiteración, en respuesta lo acercó nuevamente y lo besó, ambos ya estaban al límite. Así que sin darle más tiempo, la cargó sin dejar de probar sus labios llevándola escaleras arriba hasta su habitación. La depositó sobre el colchón aún respirando con dificultad, muriendo por la antelación. Había soñado miles de veces con ese momento, sin embargo, no planeó que así sucedieran las cosas.

Se contemplaron por unos segundos sin siquiera poder moverse.

—Belleza... si no estás segura... —la joven se hincó sobre la cama para quedar a su altura y lo miró confusa, con cierto temor.

—¿Qué pasa?, ¿tú no lo estás? —el recelo que leyó en sus verdes ojos derribó el último atisbo de conciencia. Tomó su rostro entre sus manos y volvió a besarla.

—Nunca vuelvas a pensar eso... nunca Andrea —ella sonrió asintiendo obediente contra su boca. La puso en el piso besándola con delicadeza, con asombrosa lentitud. De pronto fue consciente cómo las manos de esa mujer que lo tenía embrujado, comenzaban a quitarle con un poco de torpeza el abrigo, que para ese momento estorbaba. En un ágil movimiento él terminó su labor para emprender ahora la misma tarea con el de ella. Andrea sonreía con timidez, pero anhelante, chispeante. Poco a poco, paulatinamente, fue abriendo su camisa bajo la mirada expectante de su propietaria. Sus mejillas, aun en la penumbra del cuarto se veían encendidas, sin embargo sonreía confiada. De pronto la parte alta de ese glorioso cuerpo quedó frente a sus ojos apenas y cubierto por ese sencillo sujetador. Pasó saliva elevando la vista hasta ella.

—Eres perfecta ¿lo sabes? —Andrea negó con sinceridad y un poco de pena. Así que sin dejar más tiempo pasar comenzó a hacer lo mismo con la camisa de ese colosal hombre, todo bajo su mirada también atenta y es que verla ir sacando botón por botón con sus delicados dedos, lo hacía sudar, vibrar y eso que aún no estaban completamente desnudos.

Pronto los dos estuvieron en iguales condiciones. Ella posó la mano sobre su pecho deseando sentirlo piel con piel. Sus músculos tensos la recibieron de forma cálida, mientras Matías soltaba un leve suspiro de aceptación. Andrea sonrió lánguida, coqueta, trazó lentamente con sus palmas todo su tórax, desde sus hombros pasando por sus fuertes pectorales, para descender con parsimonia hasta su plano abdomen.

—Tú eres perfecto —reviró deleitada. El hombre detuvo su viaje con una de sus manos, la pegó a él ávido de su ser. La hizo girar sin que la joven lo viera venir, la tomó por la cadera hincándose para que su rostro quedara justo sobre la parte baja de su columna. De pronto, recordando lo que en esa parte de su cuerpo se encontraba tuvo deseos de cubrirse, jamás las mostraba, la odiaba por cómo surgieron y cómo se veían, por ser el recordatorio constante de eso que tanto deseaba olvidar. Sin embargo, al ver él su tensión, paso un dedo por encima de una de forma tierna, dulce, luego hizo lo mismo con la otra. La piel de Andrea se erizó, no podía ser que estuviera haciendo eso y de pronto, sintió sus labios sobre ellas, lamiéndolas, besándolas, probándolas y sin más, algo que siempre la perturbó, que detestó con fervor, se convirtió en otra cosa, en algo que tenía su huella, su aliento, su aprobación. Después de ese inigualable acto de amor, las manos de Matías se desplazaron hacia su abdomen, ella sentía el pulso desbocado, el corazón asombrosamente acelerado y la sangre instalada en su rostro. La observó pestañeando con una sonrisa traviesa. Sentía cómo su aliento iba caminando hasta que girándola con lentitud tuvo frente a ella su rostro adherido a sus costillas. Enredó los dedos en su corta cabella complacida, rebasada de ansiedad. En un movimiento se percató de que abría su sujetador y que él estaba justo frente a su pecho bajando con sensualidad los tirantes del mismo. Pestañeó comprendiendo que al fin habían llegado al punto sin retorno y que de ninguna forma saldría de esa habitación sin haber conocido de todas las formas posibles a ese hombre que la tocaba y acariciaba como si fuera vital hacerlo, como si acabara de descubrir lo mejor de su vida.

Matías estaba más que enardecido y complacido con sus reacciones, con su manera de verlo, con su sonrisa relajada, fácil. Ahogando un gemido de anhelo, la probó sin limitarse, torturando, mordiendo, mientras ella

gemía temblorosa, sudorosa. No pasó mucho tiempo más para que hiciera lo mismo con sus pantalones y luego con los propios. Ambos sonreían con los ojos inyectados de placer, de ganas de perpetuar ese momento en especial. La fue recostando con cuidado sobre el colchón al tiempo que iba haciendo lo mismo sin besarla, sin tocarla. Sentirla desenfadada, rendida ante él, era algo sublime, simplemente incomparable y completamente insólito, porque si bien no era arrebatada, tampoco parecía asustada, sino ilusionada y eso sólo aumentaba el de por sí ya exorbitante deseo.

Sin consultarle continuó recorriendo y probando su cuerpo intentando saborearlo de pies a cabeza mientras Andrea, abandonada por completo a las sensaciones que le regalaba, gemía, se arqueaba y exigía sin palabras, más; parecía estar tan fuera de sí como él. Respondía a cada uno de sus besos ardientemente, era como si quisiera tomarlo todo, sentirlo todo. Varios minutos después, o tal vez horas, Matías sintió que ya no podía más y es que esa mujer lo tenía justo en la punta de aquella asombrosa montaña, así que o se aventaba de una maldita vez o sufriría, sin remedio, un ataque fulminante en el corazón. Sabía que ella estaba lista, su mano y boca lo corroboraron en repetidas ocasiones a lo largo de ese candente encuentro. Se colocó entre sus torneados muslos e ingresó firmemente con todo el deseo contenido. Andrea se dobló bajo su cuerpo y un sollozo escapó de sus labios. De inmediato se detuvo estupefacto, era su primera vez y no se lo dijo. Apretó los dientes regañándose por no haber pensado en eso. La mujer que tenía tiernamente envuelto su cuerpo, tenía los ojos cerrados y un par de lágrimas se le habían escapado de ellos. La besó con ansiedad, con preocupación.

—Belleza, ¿estás bien?... yo... —de pronto ella sonrió y lo miró tranquilizándolo.

—No te detengas... no ahora —suplicó, era apenas un susurro pero la pudo escuchar sin problema. La besó nuevamente dándole tiempo para que su interior se acostumbrara a él. Cuando la sintió relajada, comenzó a moverse con exquisita lentitud, se sentía al borde con cada embestida, estar dentro de ella era agonizante, estimulante y único—. Matías... —sus palabras salían apenas y audibles, respiraba agitada al igual que él, sus cuerpos ardían y ya no podían parar.

—Te amo Andrea, te juro que te amo —en el momento que lo dijo la joven sintió cómo su cuerpo caía a un precipicio de placer con nada equiparable, la sensación la hizo gritar de placer. Matías rugió sobre sus labios, ambos habían descendido juntos.

Varios minutos después aún continuaban intentando recuperar el aliento. Él sobre su cuerpo soportando todo su peso, escondiendo su rostro en su cabello, mientras Andrea inhalaba todo el aire que sentía le hacía falta.

—Esto fue... increíble Matías —al escucharla buscó su mirada convencido de que sin esa mujer ya no podría vivir. Lo dejó sin nada, en algún momento durante el encuentro esa adorable criatura tomó todo. Hizo a un lado dulcemente un mechón que se adhería a su frente gracias a su transpiración y la besó de nuevo con languidez.

—Sí Belleza, de verdad lo fue —ella sonrió fatigada y lo abrazó para poder sentirlo por más tiempo piel con piel. Pocos minutos después el frío comenzó a sentirse, así que él la arrastró sin problemas dentro de las cobijas y la colocó sobre su pecho para que descansara ahí su cabeza—. Andrea... —ella jugaba con un rizo dorado de su pecho. Se sentía laxa y sin ganas de siquiera moverse.

—Mmm —Matías pasó un dedo bajo su barbilla para que lo mirara. Se sentía preocupado, un tanto desconcertado, culpable también. Por mucho que lo sucedido no tuviera comparación con nada en su vida, el simple hecho de pensar que la pudo haber dañado, lo aniquilaba.

—¿Te lastimé?... ¿por qué no lo mencionaste?... hubiera sido más cuidadoso... —en ese instante sus ojos se ensombrecieron, bajó la vista con semblante serio y su cuerpo tenso.

—Yo... no sabía —eso fue demasiado. Al escucharla sintió que una lápida caía sobre su pecho. La furia se apoderó de él en segundos, se cubrió parte del rostro con el ante brazo intentando calmarse, pensar con claridad, respirar como debía. No olvidaba lo que ella ignoraba, lo que sucedió con aquellos hombres; entendía que incluso aquello la podía haber dejado traumatizada. Mierda, ¿cómo no lo pensó antes? Era evidente que Andrea no había tenido una relación. Ella misma se lo dijo hacía un tiempo y por sus actitudes

se daba cuenta que no mentía; sin embargo, jamás pensó que a esa edad y viviendo todo lo que tuvo que vivir fuera virgen, simplemente no pasó por su mente, juraba que si en esos meses no habían llegado a más, era porque ella aún no se sentía segura de él por completo, confiada de los rumbos de la propia relación. Un sudor helado recorrió su cuerpo al comprender que ella, todo ese tiempo, vivió con la duda. No tenía cómo comparar la situación y llegó a pensar que algo más sucedió aquellas noches sin que supiera.

Al ver su actitud distante y molesta, ella intentó alejarse, no comprendía por qué se ponía así.

—Hey, no... espera —la acercó nuevamente más tranquilo—. Andrea, lo siento. Es sólo que no soporto saber que has tenido que pasar por todo eso... es abominable —ella asintió sin verlo. Tomó su barbilla con extrema dulzura y rebasado de amor, de pronto comprendió la confianza que esa joven depositó en él pues aún ignorando lo ocurrido aquellas noches, se entregó de una manera indescriptible, inigualable, total—. Belleza... veme —obedeció, sus ojos se habían tornado tristes—. No, no te pongas así. No me gusta pensar que te pude haber lastimado, eso es todo.

—Pero no lo hiciste... al principio, bueno, fue... incómodo, pero estoy bien... feliz Matías —él sonrió al escucharla.

—Esto ha sido maravilloso y no hay algo que desee más que así quede para siempre en tus recuerdos —ella lo besó dulcemente, de pronto alegre otra vez.

—Y yo en los tuyos.

—No tengas la menor duda, tú estás en mi sangre Andrea.

—Ahora eres mío ¿sabes? —declaró con firmeza, con aire triunfal. Claro que era suyo, desde hacía ya varios meses, pero después de lo que acababan de compartir por supuesto que lo sería hasta el fin de sus días. Hacer el amor con ella fue completamente revelador, no hubieron remilgos, dudas, ni mojigaterías, sólo deseo puro y entrega absoluta y el saber que a pesar de su incertidumbre fue así, le dio la certeza de que lo que sentía por ella ya era indestructible, sólido, inquebrantable.

—Y tú mía... para siempre —la joven entrelazó sus dedos.

—Sí, para siempre —sus ojos no perdían contacto, se hablaban con la mirada e intercambiaban sus almas sin siquiera ser conscientes de lo que ese acto significaba. El deseo volvió a resurgir, como una ola que busca nuevamente reventar sobre la arena; sin embargo esta vez Matías fue más cauteloso, la llevó más de una vez a los límites del placer y cuando ella pensaba que ya no podría más, ese hombre endiabladamente sensual, volvía a recorrerla con sus manos y con su boca logrando que su cuerpo despertara de nuevo y rogara más. Sentirla completamente a su merced lo hacía sentir poderoso, más poderoso que nunca y capaz de cualquier cosa por tenerla toda su vida así, ansiosa y deseosa por él.

—Dios... Matías, no seas cruel, te lo suplico —su voz salía con dificultad, jadeaba ya al borde, mientras clavaba sus uñas en sus anchos hombros. En esa ocasión se adentró dulcemente, de forma delicada, con cuidado, ya no hubo resistencia, sólo placer y gozo absoluto. Varios minutos después ambos estaban exhaustos. Matías la mantenía cerca de sí, no quería, no podía y no deseaba ya, mantenerla lejos. Sentía su piel bajo la suya cálida, su respiración ya se regularizada hacía unos momentos. Sonrió besándole la cabeza. Era maravilloso encontrarse así, recostados, saciados, o casi y relajados.

El momento se rompió cuando Andrea se sentó en la cama como un resorte. Al verla no pudo más que sentir orgullo de lo que tenía ante sus ojos, su cabello revuelto tapándole por completo la espalda, su rostro sonrojado y sus labios hinchados, dejaban muy claro lo que acababa de suceder y saber que fue con él, volvió a despertar su deseo de inmediato. Andrea era una mezcla entre lo real y lo fantástico, la amaba y la amaría hasta su último aliento.

—Dejamos todo abajo... las velas —sonrió sacudiendo la cabeza al escucharla, ya había vuelto en sí comprendió divertido—. Debemos bajar, podría suceder un accidente —ya iba a salir de la cama para hacer justo eso, cuando la detuvo apresándola bajo su cuerpo.

—Yo iré y traeré todo acá arriba ¿de acuerdo? —ella lo reflexionó un segundo y como siempre refuto.

—Vamos los dos, digo... es mucho y tendrás que dar varias vueltas y —la acalló besándola lánguidamente, logrando de ese modo que ese torrente de ideas que solía salir de su cabeza se detuvieran.

—Iré yo y tú me esperarás aquí, en mi cama —la forma sensual en la que lo dijo la dejó muda. Aprovechó su silencio, se puso unos pantalones, una playera y salió del cuarto. Adoraba esa forma de ser, la recordaba al principio tan callada y reservada, pero ahora que la conocía se daba cuenta que eso era sólo producto de años de aprender a esconder sus sentimientos y emociones; sin embargo, Andrea era parlanchina, directa y difícilmente dejaba de decir lo que pensaba. Rebosaba siempre de vitalidad, era ocurrente, tenaz y muy decidida. Sólo dejaba de ser todo eso cuando por alguna razón su pasado salía a relucir, entonces, se tornaba ausente e insegura. Recordar lo que hacía unos momentos lo enfureció sin poder evitarlo. Se sentó en un sofá, ya lejos de ella, intentando recobrar perspectiva. Nadie se merecía vivir en esa incertidumbre y nadie se merecía haber pasado por lo que pasó. Odiaba a esa mujer, la hundiría, encontraría la manera, si tenía que contratar a todos los investigadores del mundo lo haría, no escatimaría en nada, ella debía de pagar por todo lo que estaba haciendo. Cuando pensaba en ese tema, la impotencia lo invadía, saber que no podía hacer nada porque la integridad de Andrea corría peligro, lo frustraba y perturbaba.

Varios minutos después subió con parte de la comida perfectamente acomodada en una charola. Al entrar buscó su mirada, intentó hacer su tarea lo más rápido que pudo pues estaba seguro que en cualquier momento bajaría a querer ayudar, pero de pronto se dio cuenta de por qué no fue así. Ella estaba dormida hecha ovillo justo donde la dejó. Su cabello estaba desordenado por toda la almohada y la cama, su espalda estaba medio descubierta y parte de su pierna también. La boca se le secó enseguida, se dio cuenta que tenerla así era como completar el cuadro que siempre soñó. Acomodó todo en la mesa de la sala que tenía frente a la gran cama, intentando no despertarla.

—¿Llegaste? —se frotaba los ojos mirándolo soñolienta.

—Sí, ¿tienes hambre?— ella se sentó perezosamente. Se cubrió enredando la sábana en torno a su cuerpo ya que por mucho que él ya la conociera completamente, incluso mejor que ella misma, tampoco se sentía a gusto danzando por ahí desnuda. Salió de la cama un segundo después, bastante dispuesta a atacar el fondue que Matías volvía a calentar. Verla así le pareció lo más sensual que nunca hubiese visto, era simplemente preciosa con aquel enorme pedazo de tela oscura, tapándole de forma un tanto desgarrada esas curvas y esas partes de su ser que ahora tan bien conocía. Le hizo un hueco a su lado donde de inmediato se acomodó y cenaron con apetito terminando con todo lo que subió. Más tarde jugaron, rieron y al final, volvieron a entregarse el uno al otro con la misma pasión.

Andrea despertó sintiendo que todo el cuerpo le dolía, sobre todo ciertas partes que no estaba acostumbrada a usar. De repente sintió su mirada clavada en la espalda y giró sonriendo, era él. Tenía el dorso desnudo y parecía llevar un buen rato observándola.

—Tienes un cabello de verdad hermoso —sonrió al escucharlo, sabía muy bien que esa era una de las cosas que más le gustaban de su cuerpo.

—¿Eso quiere decir que un cambio de corte provocaría una ruptura? —su comentario lo divirtió.

—Incluso si te raparas te amaría como te amo y seguirías siendo la belleza que eres.

—Pero ya no te gustaría tanto...

—Creo que aún te hace falta dormir, el agotamiento no te deja pensar con claridad —ella se abalanzó sobre su cuerpo logrando que cayera sobre las almohadas que tenía en sus espalda.

—Me raparé para ver tu reacción —Matías ya sentía de nuevo como cierta parte despertaba ante su cercanía.

—Hagas lo que quieras jamás podrás deshacerte de mí Belleza, así que ya lo sabes —de pronto la hizo rodar y quedó justo sobre su pecho—, tendrás que aguantarme... el resto de tu vida.

—¿Lo prometes?

—Lo juro, te llevo en la sangre Andrea, no lo dudes —no hubo más que decir, un beso cargado de ansiedad junto con la necesidad de hacerse uno otra vez.

A medio día por fin se dieron un descanso, se ducharon juntos y luego ella se vistió en su habitación. Cuando salió enfundada en un jean, un grueso suéter y botas, él ya la esperaba en el pasillo.

—¿Te gustaría salir a montar? —Andrea asintió confusa por la propuesta. Ya lo hacía mejor, incluso sola,

no obstante, siempre y cuando él estuviera cerca, sentía que si algo salía mal Matías lo solucionaría de inmediato.

En las caballerizas había sólo un mozo. Entre él y Matías ensillaron los caballos. Minutos después ya cabalgaban tranquilamente uno al lado del otro disfrutando del paisaje, el viento frío azotaba contra sus rostros refrescándolos, revitalizándolos. Iban a paso lento, tranquilo, conversando sobre cualquier cosa, riendo de vez en vez.

—Ven... sígueme —le pidió con una enorme sonrisa. Andrea lo hizo sin decir nada. Estaba disfrutando cada momento al máximo, sentir el cuerpo del animal bajo sus muslos adoloridos era verdaderamente mágico, aunque recordarlo a él sobre ella era como tocar el cielo. El recuerdo de la noche anterior y las últimas horas, le provocó un leve sonrojo. Hacer el amor con Matías fue lo más increíble que jamás hubieses vivido, se daba cuenta que si no compartió su cuerpo con nadie a lo largo de los años fue porque ningún hombre despertó en ella ni una milésima de lo que él despertaba con sólo una mirada. Y por primera vez en mucho tiempo no sentía esa angustia de no saber si sucedió algo con aquellos hombres, no podía asegurar que no hubiese pasado nada; sin embargo, no llegaron tan lejos, así que decidió pensar que todo fue un montaje de Mayra y que no ocurrió nada como ella le intentó hacer creer con tanta insistencia.

Matías se detuvo de repente colocándose a su lado. Se veía tan joven, tan feliz, tan pleno que eso, combinado con su asombroso rostro, cuerpo y enorme corazón, la hacían sentir que volaba, pues le pertenecía. Ese magnífico hombre, era suyo y rogaba porque fuera así para siempre, una vida sin su sonrisa ya era impensable, imposible.

—¿Recuerdas que te dije que cuando volvieras a montar te llevaría a un lugar muy especial para mí?

—Sí... y no has cumplido tu promesa —él sonrió al escuchar su recriminación.

—Lo sé, estaba esperando el momento ideal. Sígueme, estamos cerca y quiero que lo conozcas —Andrea sintió cómo el júbilo la embargaba mientras lo seguía. El camino que hasta ese momento fue muy similar: árboles deshojándose, hierva por doquier, hojas crujiendo por donde los caballos pisaban y un aire húmedo y frío que calaba, de pronto cambió, no había más árboles, ni hojas caídas. Ella giró a los lados admirada por lo extrañamente verde del lugar. De repente miró hacia el frente y se quedó pasmada. Un árbol con un gran tronco torcido en forma de “S” estaba a unos metros de un enorme acantilado. No se había dado cuenta que estuvieron subiendo. El lugar era imponente, sacado de un cuento. Se podía ver hectáreas y hectáreas de tierra desde ahí, además que el aire soplaba mucho más fuerte que en cualquier otro punto de ese bello sitio. Había unas cuantas flores aún vivas que adornaban aun más lo extrañamente bello del paraje.

—¿Te gusta? —él ya bajaba del caballo y lo amarraba a la rama del último árbol cercano. La instó a descender tomándola con firmeza por la cintura e hizo lo mismo con el suyo. Andrea parecía hipnotizada, muda. Se encaminó enseguida asombrada hacia aquel extraño árbol. Matías la siguió a cierta distancia deleitado por su sola presencia en ese lugar al que nunca a nadie llevó.

Al llegar hasta el raro tronco, sintió un poco de vértigo. A poco menos de cinco metros terminaba la tierra y seguía el vacío. Se aferró a él contemplándolo todo maravillada. Sintió como Matías rodeaba su cintura y apoyaba su barbilla sobre su hombro. No dijeron nada durante varios minutos. De repente y sin decir nada, la joven caminó justo hacia el fin de la enorme barranca. Sentía cómo las palmas le sudaban y su respiración se volvía más rápida al igual que los latidos de su corazón. Se detuvo dos metros antes y extendió los brazos sintiendo por primera vez en su vida una libertad absoluta, esa que necesitó con urgencia tantas veces, esa que dudó en muchos momentos, existiera. Su cuerpo se llenó de paz y de pronto ser feliz y olvidar todo su pasado, parecía posible, real.

Matías la observaba maravillado, ella giraba con los brazos abiertos y sus ojos cerrados, parecía estar absorbiendo toda la energía que ese precioso sitio ofrecía. Unos segundos después no pudo más y se acercó, Andrea lo vio venir y se abalanzó sobre él riendo feliz.

—Esto es espectacular, este lugar parece salido de un cuento Matías... —lo besó con ansiedad, con deseo, pero sobre todo con agradecimiento. Un momento después se dio la vuelta con él aferrado a su cintura, se deleitó nuevamente con lo que sus ojos veían. No podía creer que existiera un lugar como ese, simplemente

no era posible.

—Te dije que era especial y ahora es nuestro —Andrea asintió entusiasmada. Ambos se sentaron varios minutos después a los pies de aquel peculiar árbol—. Cásate conmigo Andrea —su cuerpo se tensó enseguida, su mirada de ensueño desapareció. Se encontraba sentada entre sus piernas de cara a la magnífica vista, pero al escucharlo giro hacia él de inmediato.

—Matías... yo —notó su agobio por lo que silenció sus dulces labios con un tierno beso.

—No hoy, aunque debo de confesarte que no me parecería mal; sin embargo, sé que debe solucionarse todo antes de hacerlo. Lo único que te pido es que en cuanto quede resuelto lo hagamos. Quiero que seas mía de todas las formas posibles Andrea y quiero que todo el mundo lo sepa —la joven acarició su rostro comprendiendo muy bien lo que sentía, ella también necesitaba que todos supieran lo que en su corazón había y no existía algo que quisiera más que pasar el resto de su vida a su lado.

—Sí... sí quiero, no hay nada que desee más en el mundo que estar contigo por siempre, sólo que por ahora...

—lo sé Belleza, no te preocupes, entiendo. Y créeme que esto terminará y entonces te haré cumplir esta promesa.

—No habrá nada que quiera más Matías —en ese momento él metió una mano dentro de la bolsa de su chamarra. Andrea lo observó sintiendo cómo el pulso se le aceleraba. Una cajita de terciopelo blanca apareció justo frente a su rostro. Los ojos se le llenaron de lágrimas y buscó su mirada perpleja. Le hombre tomó su mano delicadamente, abrió el empaque y un anillo con varios diamantes diminutos incrustados eclipsó su atención.

—Andrea... te amo y sé que jamás amaré a nadie como a ti... estoy consciente que por ahora comprometernos no es lo más sensato; sin embargo, quiero que lleves este anillo como símbolo de nuestro compromiso, del amor que te tengo y como recordatorio eterno que nunca más estarás sola. Eres la mujer de mi vida y quiero que siempre lo tengas presente —un segundo después lo colocó en su dedo anular.

—Dios... Matías... es precioso... no tenías que... —la acalló con otro roce de sus labios.

—Claro que tenía, si has cambiado mi vida y te quiero para siempre en ella —sus mejillas se humedecieron sin poder evitarlo mientras lo abrazaba escondiendo su rostro en su pecho.

—Te amo tanto... —él beso su cabello absorbiendo su suave aroma.

—lo sé Belleza, lo sé.

Su relación a partir de ese momento se tornó aún más intensa, cada día les costaba más estar lejos el uno del otro. Matías logró, sin mucho esfuerzo, que no abandonara su cama noche tras noche, no importaba si sólo dormían o la sentía temblar entre sus brazos con frenesí, con asombro, con deseo; lo elemental era tenerla a su lado al despertar cada mañana y claro, si se podía, hacerla suya cada que la situación se prestaba. Su relación fluía sin problemas, ambos irradiaban felicidad por cada uno de sus poros y su alegría era incluso contagiosa. Andrea prefirió mantener guardado el anillo que le dio aquella tarde, no quería responder preguntas que no tenían por ahora respuesta, eso la agobiaba, la preocupaba. Matías no se sintió precisamente complacido con el hecho, no obstante, la comprendía. La felicidad de esa mujer que adoraba siempre era frágil, sabía que pendía de hilos asombrosamente delgados pues mientras aquel monstruo estuviera libre, Andrea no sería completamente feliz, por lo que sin complicarse mucho, le regaló una cadena donde introdujo el anillo y así lo pudo traer colgado alrededor de su cuello, pegado a su corazón, sin despertar ninguna sospecha.

—¡Es increíble! ¿Para qué te pago Ernesto?, no puedo creer que no te hayas dado cuenta maldición, ese es tu trabajo ¿no? —Enero ya terminaba y aunque el carácter de Matías era mucho más dócil y ecuánime existían momentos en que afloraba sin poder controlarlo, así era él, fuerte, aguerrido y duro si se lo proponía. Andrea después de los enfrentamientos que tuvieron al principio no volvió a verlo así, pues frente a ella

nunca se presentó algo que lo sacara de sus casillas, por otro lado, teniéndola cerca cualquier sentimiento que no fuera amor o deseo salía sobrando por lo que se convertía en un ser dócil, alegre y despreocupado, tanto que todos en ese lugar ya lo sabían.

—Matías... lo sé, de verdad no entiendo cómo sucedió. Las reses estaban bien, no comprendo —ambos hombres entraban por la puerta principal gritando y se dirigían hacia el estudio para ver cómo solucionarían ese gigantesco problema. Ernesto estaba notoriamente contrariado mientras que Matías parecía estar a punto de asesinar a alguien.

—¡Esos son pretextos!, no hiciste bien tu trabajo y no hay más qué decir, no te justifiques Ernesto, lo que sucedió es muy grave y es un error millonario, ¿sabes cuánto dinero podemos perder por tus pretextos estúpidos?, ¿tienes una maldita idea?

—Matías escucha... sé que no puedo decir nada a mi favor... —de pronto él se detuvo confrontándolo.

—¡Entonces no lo hagas, con un demonio, no me interesa escucharte! ¿Qué diablos pasa contigo? ¿Acaso hay algo más importante que tu trabajo aquí?, ¿acaso no se te paga lo suficiente?!

Andrea llevaba un rato leyendo en una de las salas en las que había una chimenea que calentaba el lugar. Él no había llegado a cenar por algún problema que se le presentó, por lo que decidió esperarlo ahí hasta que llegara. No le gustaba entrar en esa gran cama sola. Cuando de pronto, escuchó esos gritos. Se acercó a la puerta y comenzó a poner atención a lo que sucedía. Matías estaba furioso, le hablaba a Ernesto de una forma que no le parecía correcta, fuera lo que fuera no tenía derecho a tratar a nadie así. Sabía mejor que nadie lo que se sentía y no le gustaba en lo absoluto que se comportase de esa forma tan atroz.

—¡Te advierto que esto no se quedara así!... sino me traes una buena explicación en veinticuatro horas tú serás el único responsable y créeme que no te gustará la consecuencia —las reses que enfermaron fueron contagiadas sin que el veterinario lo hubiese detectado y la única opción era tener que matarlas. Lo realmente preocupante era que ninguna otra se hubiera infectado, eso podría tener pérdidas millonarias, toda esa carne ya estaba comprometida y estarían en un verdadero lío si el virus se había propagado.

—Matías... —la voz de Andrea lo hizo girar hacia ella de inmediato. Había tenido un día nefasto, lo único que rogaba cada hora que pasaba era llegar de una jodida vez a la cama y perderse en esa mujer que adoraba, sabía que a su lado encontraría esa calma y paz que con urgencia necesitaba.

—Andrea... —se acercó hasta ella intentando darle un beso. Moría literalmente por probarla, así que verla de pie, ahí, logró que se sosegara un poco; sin embargo, ella se hizo a un lado seria rechazando sus labios. Se desconcertó al ver su reacción. Por los acontecimientos de las últimas horas no la había podido ver prácticamente desde que amaneció, dejándola bien acurrucada en la cama, pues eran apenas las cinco de la mañana cuando recibió la primera llamada con malas noticias, su único consuelo era que llegaría y su belleza estaría ahí—. ¿Qué sucede? —no pudo esconder la frustración. Ella tragó saliva observando a Ernesto que parecía de verdad alterado y muy preocupado.

—Necesito hablar contigo —frunció el ceño confuso.

—Ahora no puedo belleza, estoy en medio de algo, en unos minutos ¿de acuerdo? —recordó que su caporal aún seguía ahí. De pronto se dio cuenta de que María también llegó, claro, después del escándalo, seguro alertó a todos lo que por ahí estaban.

—Matías necesita ser ahora —la firmeza con la que habló lo dejó perplejo. Ya no intentó acercarse de nuevo.

—Dame unos minutos —insistió de la forma más dulce que pudo, a pesar de sentir que golpearía algo en cualquier instante.

—O hablas conmigo en privado o lo haremos aquí —abrió los ojos sorprendido, la creía capaz de hacerlo, por otro lado, temió que algo de verdad importante hubiera sucedido durante su ausencia y no se hubiese enterado. Con un ademán la hizo entrar de nuevo al salón de donde salió.

—Espera ahí —le advirtió furioso a Ernesto.

—Sí patrón.

Una vez solos esperó desconcertado. Ella dejó su libro en la mesa y volteó muy seria hacia él.

—No sé qué ocurrió, pero sea lo que sea no tiene ninguna justificación que le hables así a alguien —sus palabras lo dejaron completamente atónito. Parecía molesta y no bromeaba. Arrugó la frente con curiosidad.

—¿De qué hablas Belleza? —esa era una nueva faceta en ella. Andrea no era alguien que buscara problemas, al contrario, sus actitudes normalmente le aseguraban no tenerlos por muy directa y clara que fuera.

—De lo que escuché hace unos segundos. No, me corrijo... de lo que gritabas hace unos momentos... —estaba verdaderamente irritada.

—Andrea... Ernesto —intentó explicarle pero la joven no se lo permitió.

—Ernesto es un hombre que te ha sido leal, que te obedece sin cuestionarte, siempre está a tu disposición y confía en tí ciegamente, pero además de todo eso, creo que debes saber que también es una persona, por lo tanto, tiene derecho a un trato digno —no podía creer que estuvieran teniendo una discusión por eso.

—Lo sé, ¿a qué viene todo esto?, si es por lo que estaba discutiendo con él —ella se acercó unos pasos más a Matías con decisión.

—No discutías, le gritabas, lo humillabas y no veo cómo eso pueda solucionar lo que está ocurriendo. Pero tienes que saber una cosa, yo no puedo estar al lado de una persona que trata así a la gente. Sé muy bien qué se siente y no me gusta para nada que tú te comportes de esa forma, tú no —no pudo decir nada ante esos argumentos, verla defendiendo algo que creía justo con tanta ferocidad lo dejó mudo. De repente Andrea se acercó más tranquila quedando a unos centímetros de su rostro sintiendo que había llegado demasiado lejos—. Matías... sé que no debería meterme y sé que tú sabes manejar este lugar mejor que nadie, pero al escucharte hablar así... yo... —él no le permitió terminar, la sujetó por la cintura y la besó ansioso, deseoso. Ella le respondió como siempre aunque un poco desconcertada por su actitud.

—Te amo Andrea... te juro que te amo —la joven pestañeó varias veces sin comprender, creía que no lograría entender lo que defendía.

—Matías yo...

—Sh, tú eres la mujer más increíble que he conocido nunca. Tienes más convicción que todo un ejército defendiendo a su país y más fuerza que cualquier luchador de sumo. ¿Y sabes? Creo que tienes razón, debo tranquilizarme, Ernesto es un buen hombre y lo necesito tanto como él a mí. Te juro que esto no volverá a suceder —ella sonrió feliz.

—Gracias... —susurró perdida en su mirada.

—Nunca dejes de defender lo que crees ni de decirme lo que piensas, aunque debes saber que lo que vas a provocar con eso es que te encadene a mi cuerpo el resto de tus días.

—Eso no suena muy bien... —rió al escucharla completamente relajada.

—Belleza, aunque odio abandonarte y muero por dejar sin palabras a esos labios tan exquisitos, debo ver a Ernesto, hablar con él ¿de acuerdo? las cosas están delicadas en este momento —ella asintió dándole un tierno beso.

—Gracias por escucharme.

—Gracias por sacar lo mejor de mí —unos segundos después, ambos salieron. Ernesto y María conversaban cerca de la puerta del estudio. La mujer lucía preocupada y el hombre muy agobiado.

—Vamos al estudio Ernesto debemos ver que haremos en caso de que suceda lo que tememos.

—Sí patrón —un momento después abrió la puerta del despacho dejándolo pasar primero. Andrea ya iba rumbo a las escaleras cuando la interceptó haciéndola girar y dándole un beso cargado de necesidad, sin importarle en lo más mínimo que los estuvieran viendo.

—No tardo Belleza —asintió soñadora observándolo adentrarse en el estudio.

—Eres justo lo que necesitaba —no recordaba que María seguía ahí. Se detuvo unos escalones arriba y la miró sonriente.

—Y yo ya no sé qué haría sin él.

—Yo en tu lugar no me preocuparía por eso, ese hombre no piensa soltarte Andrea.

—Eso espero... —susurró enamorada.

A lo largo de esos nueve meses Andrea resultó ser una caja de sorpresas y tener una fuerza interior que explicaba muy bien el porqué sonreía a pesar de todo lo que vivió. Matías y ella llevaban juntos poco más de seis meses, su amor se afianzaba cada día que pasaba. Disfrutaban uno del otro todo el tiempo que les era posible. Incluso había días en que botaban todo y se dedicaban a sí mismos sin importarles lo que estuviera ocurriendo.

La joven se ganó, para esas alturas, el amor y el respeto de todos lo que trabajaban ahí. Siempre tenía gente que estaba al pendiente de su menor deseo y que estaba dispuesta a ayudarle en lo que fuera. Por otro lado, todos estaban asombrados por lo que logró con Pedro, este, a finales de abril, pudo pasar la primaria con su ayuda y ya estaba comenzando a cursar la secundaria abierta a distancia con ayuda de la maestra Hortensia. Debido a eso, él dejó de ir por las tardes, lo que le causó una pequeña tristeza, misma que Matías combatió con ahínco distrayéndola y pasando más tiempo a su lado ya que aunque permanecía horas en el vivero o aprendiendo sobre cocina con María, él se daba cuenta que se había encariñado con aquel muchacho mucho más de lo que se imaginaba; sin embargo, no pasaba fin de semana en el que el chico no fuera a la casa y se quedara horas platicando con ella. Su presencia surtía un efecto muy especial en Andrea, la hacía sentir relajada y joven. Matías lo notaba, así que nunca interrumpía esos encuentros por muy ansioso que estuviese por estar con ella. Mientras Andrea fuera feliz, él lo era, así de simple, así de complejo.

No podía pedir más, tenía todo lo que jamás soñó, se sentía completo y más vivo que nunca. Como el típico punto negro en el arroz, aún no lograba dar con algo que hiciera caer a esa mujer. Las investigaciones no sólo no avanzaban a pesar de haber contratado a un par de agencias más. Para esos momentos parecía que esa mujer era una santa. Su vida era la de alguien ejemplar y llena de cualidades. Intuía que algo no estaba bien, pero no comprendía cómo era que todos coincidían en sus descripciones. Mayra, al parecer, ayudaba de verdad a la gente necesitada, asistía a diferentes eventos sociales con regularidad y en algunos, Cristóbal también. La gente que la conocía hablaba maravillas sobre ella, era religiosa, buena esposa, gastaba mucho para su gusto; sin embargo, eso no tenía nada de malo ya que con el dinero que su marido tenía podía hacer eso y más, mucho más. Varias veces al leer los informes cayó en cuenta de que era el tipo de mujer en el que Tania se hubiera convertido a los pocos años de casados si no hubiera muerto. Por más cosas positivas que eso parecía tener, ya nada le parecía más vacío que eso. En fin, a lo largo de ese tiempo tenía toda una carpeta llena de informes sobre su vida que no le servían de nada. A pesar de eso no dudaba de lo que Andrea le confesó aquella lejana tarde, él tenía la certeza de que era completamente honesta, lo que sí comenzaba a sospechar era que esa mujer fuera más inteligente de lo que creían y si se apegaba a lo que sabía, Mayra tenía alcances incalculables y la integridad emocional e incluso física de Andrea estaba en indiscutible peligro. Precisamente por eso intentaba no hablar sobre el tema con ella, pues las pocas veces que lo hizo la joven se alteró de forma preocupante y regresaba esa mirada llena de temor y desconfianza que tanto odiaba y que deseaba borrar para siempre de su rostro. Andrea era feliz en ese lugar, por lo que tenía que pensar en otra forma de encontrar algo contra aquel monstruo.

Faltaban poco menos de tres meses para que la mujer por quien daría la vida estuviera libre de cualquier cargo y castigo, entonces le cedería todo sin chistar presa del chantaje y muy probablemente intentaría desaparecer para siempre. Para esas alturas la conocía de sobra, sin embargo, eso no lo permitiría. Si para ese tiempo nada cambiaba, él mismo se encargaría de ocultarla, se dedicaría a encontrar pruebas en su contra y en algún momento, estaba seguro, conseguiría regresarle la tranquilidad a esa joven que jamás debió vivir algo tan repugnante. Esa noche decidió pedirle a su padre que le diera los datos sobre una buena empresa de investigación americana o europea argumentando que un conocido creía que alguien tramaba un fraude en su empresa. Su padre quedó en mandárselos a la brevedad pues debía cerciorarse de que fuesen eficaces.

Él continuaba mandando la carta firmada sobre la *buena* conducta de Andrea mensualmente y cada que la firmaba seguía sintiendo hervir la sangre. Miles de veces estuvo a nada de levantar el teléfono y gritarle a su amigo lo imbécil que era, estaba casado con una asesina y había puesto a su merced a su propia hermana. Sin embargo, se detenía, a pesar de todo era su amigo y si cometía alguna indiscreción su vida corría peligro. Además que el día en que todo quedara al descubierto no le alcanzaría la vida para arrepentirse de esas malas decisiones y de perder la cabeza por aquella mujer que humilló, chantajeó y abusó de su hermana y que por si fuera poco, mató a sus padres. Había veces que le parecía increíble todo lo que sabía y estaba seguro que si no creyera en Andrea como creía, en esos momentos tendría severas dudas de lo que le confesó. Sin embargo, con tan sólo verla a los ojos confirmaba que no mentía y que en su alma quedaron cicatrices demasiado profundas que ni con toda la paz y felicidad que intentaba proporcionarle, lograría desaparecer jamás.

El tiempo pasaba rápidamente, ya estaba a la mitad de mayo. El calor era insoportable, asfixiante. Andrea había estado en el vivero casi toda la mañana. Le encantaba podar las plantas, sembrar diferentes tipos, regarlas, clasificarlas, en fin... Ahí el tiempo pasaba sin que lo notara, tanto que casi siempre Matías tenía que ir por ella para que comiera o pasaran unos momentos juntos en el día, ya sea montando, comiendo por ahí, o amándose, como tanto les gustaba. Pero ese mañana ya no podía estar un minuto más ahí, a pesar de llevar una bermuda ligera y una blusa de tirantes, el calor no le permitía estar cómoda en aquel lugar que aunque estaba colocado en un punto estratégico para que no fuese ni muy frío ni muy caliente, a ella le parecía demasiado encerrado en esos instantes. Decidió que era tiempo de dejar su trabajo ahí y que tomaría un baño pues se sentía sudorosa y pegajosa. Al salir cerró como solía hacer, sintiendo enseguida como fluía mejor el aire.

—Señorita Andrea —giró en dirección a la voz abanicándose con la mano.

—Hola Inés ¿qué pasa? —La chica lucía un poco nerviosa así que Andrea se acercó y le regaló una amplia sonrisa—. ¿Sucedó algo? —La joven le regresó el gesto mirando ansiosa a los lados.

—Ay señorita me da mucha pena lo que voy a pedirle...

—¿De qué se trata? Si puedo te ayudaré.

—Pos... es que... fijese que mi hermana Chayo acaba de regresar de la ciuda y pos...no tiene trabajo y tiene cuatro críos que alimentar y pos... quería ver si uste podría darle algo —Andrea la miró desconcertada.

—Inés, yo no soy la que decide esas cosas, porqué no le dices a María, seguramente le encontrará algo — la chica bajó la vista con tristeza.

—No señorita, es que María me tiene un poco de mala fe y pos no creo que me ayude, en cambio si uste le dice a lo mejor lo piensa y pos la pone a hacer algo.

—Inés, no me parece que sea la forma de hacer las cosas...

—Ya sé, pero uste es bien buena, todos los sabemos aquí, mire, venga, se la voy a presentar y ya después uste decide ¿sí? —a Andrea le provocó mucha ternura su actitud y asintió sabiendo que al final hablaría con Matías y lo convencería para que ayudara a esas chicas.

Caminaron por detrás de la hacienda, Inés iba al frente parlotando, mientras Andrea la seguía muerta de calor, sentía las mejillas coloradas y muy calientes. Llegaron a una especie de bodegón que nunca había visto, estaba bastante retirado de la casa y no parecía haber ni un alma por ahí. La chica abrió la puerta sonriendo.

—Le dije que me esperara aquí mientras yo la buscaba, no quería que nadie la viera porque enseguida le irían con el chisme a María y se enojaría conmigo por andar distrayéndome de mi trabajo —Andrea asintió comprendiéndola. María era muy dura en ciertas ocasiones aunque también sabía que Inés era muy boca suelta y un poco dispersa.

Ambas entraron, olía a humedad y viejo, pero el lugar estaba extrañamente fresco, casi frío. Una chica con un rebozo estaba sentada sobre una roca en una de las esquinas, no le podía ver bien el rostro ya que lo mantenía bajo.

—Ya traje a la señorita —Andrea se acercó más para poder conversar, moría por terminar con eso y encontrarse bajo la ducha de una vez. De repente la muchacha se levantó descubriendo su cabello y su cara.

Andrea dejó de respirar quedándose petrificada.

—Hola Andy, tanto tiempo sin vernos, veo que te acuerdas de mí —pasó saliva con asombrosa dificultad, las palmas le transpiraban y su corazón estaba detenido. Odiaba ese apodo que esa maldita le puso desde hacía ya tantos años.

—Mayra... ¿Qué haces aquí? —Un sudor frío recorrió su columna vertebral, de pronto el miedo y odio acumulado por tantos años regresó como si nunca se hubiera ido.

—Inés vete y vigila que nadie venga —Andrea giró incrédula hacia la chica que ya cerraba la puerta serena. Era una trampa. ¿Por qué?

—Pero siéntate... tienes mucho que contarme ¿no es cierto? —Andrea se sintió muda de repente, su peor pesadilla estaba volviéndose realidad.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, todo lo que teníamos que decirnos me parece que ya lo dijimos.

—Te equivocas Andy... no todo.

—¿Qué quieres Mayra?... ¿Qué haces aquí? —la mujer la miró de forma cínica. Era guapa, alta, tenía unos ojos negros como el carbón que contrastaban muy bien con su blanca piel y su cabello color cuervo. De pronto la mujer agarró fuertemente su brazo y la hizo sentarse en la roca que hacía unos momentos había estado ocupando.

—¿No te lo imaginas?... —tomó su barbilla apretándola. Andrea se zafó de un jalón sintiendo cómo la furia se apoderaba de ella. Se levantó nuevamente y se dirigió a la puerta; sin embargo, Mayra fue más rápida y la detuvo enredando su mano en el moño que Andrea se hizo hacía unos momentos. Pegó la mejilla a su rostro por detrás de ella.

—¡Suéltame! —le exigió con furia. La sujetó de las manos e intentó zafarse.

—Eres una estúpida Andrea, te lo advertí y no me creíste —le dio un jalón más fuerte aun provocando que saliera de su boca un pequeño grito de dolor—. Pero ¿sabes? Estás de suerte... te daré otra oportunidad, pero si esta vez me fallas acabarás en un psiquiátrico y tu hermanito tres metros bajo tierra ¿comprendes?, no estoy jugando escuincla estúpida —la soltó aventándola al piso. Andrea se puso de pie enseguida enfrentándola.

—Haz lo que quieras, no te tengo miedo, tus amenazas ya no me asustan —la mujer soltó una carcajada que la dejó perpleja; sin embargo, no se lo demostró.

—Veo que sigues siendo la misma, de verdad me sorprendes, nunca has sido fácil, siempre luchando, siempre defendiéndote, pero ¿no te quieres dar cuenta de que yo soy más fuerte que tú, que siempre voy un paso adelante y que si sigues enfrentándote a mí lo único que vas a conseguir es que un día me harte y deje de darte oportunidades?

—Di lo que quieras ya no me interesa.

—Que egoísta Andy, ¿la vida de tu hermano ya no te importa?

—Si él muere yo seré la dueña de todo... sabes bien que el testamento de mis padres así lo dispone, así que... tú te quedarás con nada y juro que si algo me sucede regalaré todo, pero al final nada será tuyo ¿comprendes? —en ese momento se sentía más valiente que nunca, el saber que Matías estaba a su lado le daba el coraje necesario para confrontarla.

—Muy mal Andy, muy mal —Mayra negaba serena—, veo que te sientes muy confiada, pero... te tengo malas noticias, las cosas no son tan simples “cuñadita” —Andrea sintió que el pulso se le aceleraba. Conocía a la perfección esa faceta en ella y tenía pánico por lo que estaba a punto de decirle. La esposa de su hermano se sentó en la piedra cruzando la pierna con confianza—. Iré al grano, ya sabes que no me gustan los rodeos. Estoy al tanto del tórrido romance entre tú y el engréido de Matías y debo admitir que no pierdes el tiempo, el hombre está como quiere, aunque en lo personal nunca me ha caído muy bien y tú no eres más que una niña tonta a su lado, en fin... —Andrea sintió que el aire se comenzaba a tornar espeso, sabía que algo ya traía entre manos—. Sé que has vivido aquí como reina y que no has cumplido con tu castigo como las autoridades dispusieron... pésimo Andy, si el juez se entera de esto, Matías tendrá problemas.

—No te atrevas a meterte con él Mayra, te lo advierto —la pelinegra se levantó de un brinco y se acercó hasta ella con el rostro deformado de rabia.

—¡Tú no me vas a advertir nada niña estúpida!, sé que le contaste todo, sé que me están investigando gracias a tu enorme bocota —la sujetó fuertemente de la barbilla llena furia. Andrea le temía, le temía demasiado y sabía que todo eso podía llegar a ocurrir—. ¿Cómo te atreviste a desafiarme? —un segundo después la soltó y volvió a recobrar la postura—. Gracias a Dios como te dije, siempre voy un paso adelante y me enteré gracias a lo previsor que soy; debo confesarte que tuve que soltar una fortuna y eso no me puso muy feliz, pero al final no hay nada que el dinero no solucione y pues... tu *amorcito* no se enterará de nada malo sobre mí por mucho que busque —Andrea la miró atónita, los alcances de esa mujer nunca dejaban de asombrarla—. ¿Te sorprende? Me lo imaginaba... en fin, eso está solucionado, pero conozco a Matías y no se quedará con los brazos cruzados. Es un hombre demasiado obstinado y sé que está sumamente encaprichado contigo y como conozco por propia experiencia de lo que son capaces los hombres cuando se obsesionan con algo, debo tomar mis precauciones —el temor de Andrea ya comenzaba a tomar de nuevo proporciones estratosféricas—. No me mires así, es la verdad... Ve a tu hermano, jamás te ha creído y jamás lo hará, a lo mejor cuando ya sea demasiado tarde, pero por ahora me he encargado de que crea que soy una santa y que he sufrido mucho gracias a ti.

—Dime de una maldita vez ¿qué quieres?

—Muy fácil Andy, dile a Matías que todo lo que le dijiste de mí es mentira —Andrea sonrió negando.

—Ni lo sueñes.

—Sabía que me dirías eso, en serio no aprendes —comenzó a dar vueltas a su alrededor como cuando un animal acecha a su presa para propinarle el golpe letal—. Debo admitir que te ves mejor así, que con ese disfraz con el que te vi la última vez.

—Basta Mayra... no pienso seguir escuchándote, púdrete —intentó caminar nuevamente hacia la puerta pero ella se lo impidió poniéndose justo en frente.

—Escúchame muy bien Andrea, si no haces lo que te digo Matías pagará las consecuencias —el negro de sus ojos se intensificó de tal forma que le pareció inaudito.

—¿También piensas matarlo? Por Dios Mayra, no creerás que puedes ir por la vida asesinando a la gente y que nadie algún día te descubrirá —la mujer rió al escucharla.

—Que simple eres cuñada, claro que no pienso matarlo. A él, pienso... meterlo a la cárcel por asesinato —Andrea dejó de respirar.

—¿De... qué hablas?

—Sé que Tania, esa mujercita con la que se casó y que debes saber que era una snob de lo peor, se suicidó —enseguida sintió náuseas, ¿cómo sabía eso?—. Veo que te impresioné, pues sí lo sé, Inés me ha sido de gran utilidad, es increíble lo que hacen esas chicas de pueblo por un poco de dinero. Bueno... pero a lo que iba, él no dio parte a las autoridades, vaya, ni siquiera sus suegros lo saben, qué poco considerado de su parte ¿no te parece? Sin embargo, los padres de Matías sí, por lo que se verían implicados en todo esto y en lo que se define si tu “turroncito de miel” la mató hartado de ella y de su enfermedad o esa odiosa mujer decidió quitarse la vida, su nombre quedaría en entre dicho, pasaría unos días o quién sabe y meses en la cárcel al igual que sus padres, para cuando todo terminara su reputación estaría por los suelos si es que saliera libre. Sus negocios sufrirían una verdadera crisis y muy probablemente nadie quisiera seguir invirtiendo. Basta una denuncia anónima Andrea para exhumar el cuerpo, no tienes idea de cómo ha avanzado la tecnología y por supuesto, con un poco de ayuda económica, no tardarían en darse cuenta de que su muerte no fue natural y sabes ¿quién sería el principal sospechoso?, él, porque para demostrar que esa cobarde decidió hacer eso, créeme, puede tardar años —Andrea se recargó en la pared más cercana sintiendo cómo su mundo volvía a venirse abajo sin poder evitarlo, no podía permitir que Matías pasara por eso, lo destruiría y al final terminaría odiándola por no haberlo evitado. Las manos le sudaban y el cabello se le adhería pegajoso a la cabeza.

—¿Ahora comprendes lo que debes hacer y qué implicaciones tiene que no lo hagas?

—No dejaré que lo lastimes, le diré ahora mismo lo que estás planeando, me creerá —Andrea sentía cada vez más debilidad en las piernas. La mujer rió al escucharla.

—Anda... cuéntale, seguro te cree, el hombre está lo suficientemente perdido por ti para hacerlo sólo que en ese instante comenzará la peor de tus pesadillas. Créeme tontita que si estoy aquí es porque tengo cualquier posibilidad cubierta y bien planeada. De unos días en la cárcel y una reputación bastante mancillada no se salvará eso si la situación fuera leve. Si de verdad pudieran convencer a todo el mundo que no la mató cansado de cargar con ella, por otro lado, si todo salió bien para él, todos sabrán que su mujercita se suicidó y es evidente que es lo último que desea ya que ha mantenido tan recelosamente guardado ese secretito. Pero anda... díselo y verás de lo que soy capaz... tú, Cristóbal y Matías perderán, grábate esto en la cabeza Andrea; aquí la que siempre va a ganar soy yo... no lo olvides.

—¿Por qué Mayra?... ¿Por qué te empeñas en hacerme esto?

—Porque como te he dicho muchas veces: *tu infelicidad es mi felicidad*. Así que harás lo siguiente: ahorita que te vayas irás con él y le dirás que todo este tiempo le mentiste.

—No me va a creer...

—Sí lo hará, de ti depende, si lo quieres tanto como todos dicen, lo harás. Y no me interrumpas, este calor esta insoportable y me urge un buen baño. Irás y le dirás que no es verdad nada de lo que le dijiste sobre mí, no será tan difícil, las investigaciones que tienen dicen maravillas sobre mi vida, al final te creerá —Andrea sentía escocer las lágrimas, pero no las dejó brotar, no le mostraría debilidad, no frente ella—. Después le harás ver que te enredaste con él para hacer tu estancia más placentera y que bueno... ya te cansaste de fingir —Andrea caminó torpemente al interior del lugar. No podía hacer eso, no podía dejarlo—. ¡Hey! no te vayas a desmayar aquí, eso sería muy oportuno pero no te salvaría de nada ¿comprendes? —La joven se recargó en otra de las paredes dejando que su espalda resbalara hasta quedar sentada sobre la tierra con las rodillas flexionadas y las manos cubriendo su rostro—. Okay, regresando a lo nuestro. Harás eso, no sé qué actitud tome, con suerte y te deja libre de tu castigo y puedes volver a México y continuar con los planes que acordamos. Si no, pues... te veré allá en un par de meses más. No tengo prisa, tu tranquila, lo que sí es muy importante es que hoy mismo le digas todo esto, no puedo arriesgarme más. Si para mañana por la mañana no has cumplido con lo que te pedí, lo sabré y haré lo que te dije.

—Mayra por favor, eso no. Te daré todo mi dinero, veré la manera de que él deje en paz todo esto, pero por favor no me pidas que le mienta, que terminemos.

—Lo siento cuñadita, tú aún no aprendes que conmigo no se juega, así que no hay plan “B”. Harás lo que te digo hoy mismo y no quiero fallas ni pretextos. Porque te juro que si no lo haces, él acabará en ese oscuro agujero donde los delincuentes habitan, tú encerrada en algún psiquiátrico de mala muerte en el que te refundiré por conflictiva e inadaptada social. Basta mostrar todos los expedientes que me he encargado de manipular a lo largo de tu vida para declararte inestable emocionalmente. Tu hermano, para esas alturas, no estaría en este mundo, la única dueña de todo seré yo, ¿ahora entiendes? Después de todo no soy tan cruel, nadie saldrá lastimado si haces las cosas que te pido, siempre podría ser peor Andy —Mayra colocó con destreza el rebozo cubriéndose muy bien, al verla con aquel atuendo comprendió cómo era que pudo colarse hasta ahí—. Me voy, te juro que no entiendo cómo es que te gusta estar aquí es verdaderamente insoportable —abrió la puerta volviendo a observarla—. Cuídate Andy y recuerda que una vez que termine todo esto y desaparezcas para siempre, tu pesadilla se habrá acabado. No me falles esta vez porque hasta esa tal María y el mugrosito ese, la pagarían. Suerte cuñadita —le mandó un beso burlón y desapareció.

Andrea se sentía anclada a ese lugar, como si cargara miles de piedras sobre sus hombros y evitaran que se levantase. Simplemente no podía creer todo lo que le estaba ocurriendo. Buscó en su cabeza una salida a todo eso, pero por mucho que le daba vueltas no la encontraba. Esa mujer era demasiado inteligente y capaz de hacer todo eso y mucho más. No podía arriesgar a Matías, a él no. Lo amaba demasiado como para verlo pasar por todo eso, no se lo merecía; ya había sufrido mucho por lo que sucedió con Tania como para que por su culpa terminara preso por algo que no hizo.

Inhaló y exhaló varias veces para poder recobrar la postura. María, Pedro, él, Cristóbal, toda la gente que quería, que le importaba, podría sufrir si daba un paso en falso. Y lo peor de todo, era darse cuenta de que siempre supo que algo así podría suceder y aun así se dejó llevar egoístamente, la consecuencia a su

negligencia se encontraba ahí, y en ese momento, con más personas en riesgo que antes.

Durante largos minutos rastreó ese sitio donde solía refugiarse cuando ya no podía más, aquel lugar donde lograba esconder las emociones y convertirse en una persona fría y sin sentimientos. Pero por más que intentaba no daba con él. Bajó la guardia demasiado tiempo, se entregó a la felicidad confiada de que esta podía durar para siempre y ahora debía pagar el precio de su ingenuidad. Estaba marcada, siempre lo estaría, esa mujer jamás la dejaría en paz. Ahora lo entendía y la única manera de que no volviera a hacerle daño era evitar sentir algo por alguien, quién fuera y desaparecer por supuesto. Eso la convertía en vulnerable y presa fácil de cualquiera.

Poco a poco comenzó a recobrar la calma sin comprender muy bien cómo, tenía que pensar en algo, no quería dejar a Matías, no podía, moriría sin él. Intentó pensar en todas las opciones, pero una y otra vez se encontraba en un callejón sin salida. La cabeza amenazaba con estallarle, dio vueltas por el oscuro y frío lugar cavilando ansiosa y frenética. Si se lo decía, él le creería pero y... después ¿Qué pasaría cuando todo saliera a la luz?... ¿de una forma inconsciente no le guardaría rencor por haberlo arrastrado a él, a sus padres y a Tania, por todo aquello?, ¿Mayra se quedaría en paz? Ella sabía muy bien la respuesta, su hermano estaría en peligro de inmediato, Matías detenido no podría defenderla y ella, ella quedaría completamente a expensas de Mayra y más devastada de lo que ya estaba, sabiendo que podía haber evitado todo aquello. Continuó pensando varios minutos, pero cuando se dio cuenta de que no tenía otra cosa salvo lo que ese monstruo ordenó, sintió que el aire le faltaba, se sentó en el piso escondiendo la cabeza entre las rodillas para permitir que sus pulmones volvieran a funcionar porque estaba segura entraría en paro respiratorio en cualquier momento. Cuando se sintió medianamente mejor, se puso de pie aspirando profundo. Debía parecer tranquila y segura, mostrarse así ante él para que le creyera. Debía conseguir mantener esa máscara de indiferencia a como diera lugar, era la única forma de salvarlo aunque eso la hundiría para siempre. Un sollozo salió de su pecho sin poder evitarlo.

Se quitó con odio una lágrima que logró escapar de sus ojos -no hay opción, no tienes opción Andrea. Nunca la has tenido- volvió a aspirar todo el aire del lugar intentando llenarse de fuerza. Su corazón comenzaba a endurecerse poco a poco, lentamente, como cuando una tormenta de nieve llega sin previo aviso en pleno verano a algún lugar, convirtiendo en hielo todo a su paso, la sensación comenzó a ser familiar. Durante doce años lo mantuvo así y Matías lo derritió los últimos meses con su amor, con su confianza, con sus detalles, con sus besos, pero eso ya no sería nunca más y aunque le dolía como le dolía, no iba a arrastrarlo a la pesadilla que era su vida. Se juró en ese momento que nunca arrastraría a nadie más. Su mirada se desconectó de su ser paulatinamente. Sabía cómo vivir en la adversidad, en la soledad y en el dolor así que con el tiempo volvería a acostumbrarse. No lloraría, no ahí, las lágrimas no servían de nada y tampoco el corazón, la vida no se cansaba de demostrárselo, por lo menos no en la de ella.

Caminó de regreso a la casa ajena a todo, de repente el calor dejó de importar, sentía las manos frías y su mente en blanco, su corazón sólo sentía ya en esos momentos un odio infinito. Pasó por el vivero sin siquiera mirarlo, en cuanto llegó a la parte trasera de la casa, lo vio. Sintió cómo sus defensas flaqueaban de inmediato. Matías surtía un efecto demasiado intenso en su interior, jamás pudo resistirse a él y ahora le resultaba imposible hacerlo. Sin embargo, al verlo sonreírle de esa forma que le hacía volar por el cielo, recordó que debía protegerlo aunque fuera de sí misma.

—Belleza... iba ir a buscarte, tengo que mostrarte algo —lucía radiante acercándose a ella a paso veloz. Adoraba esa forma de hablarle, era como si fuera el tesoro más valioso del planeta. Tan sólo la noche anterior había dormido segura entre sus brazos como desde hacía meses. En la madrugada despertó al sentir demasiado calor, se hizo a un lado sentándose en la orilla de la cama, por su nuca escurrían pequeñas gotas de sudor, se las limpió molesta, moría de sueño, no obstante, así no lograba descansar. De pronto sintió su mano rodeando su abdomen cubierto por una fina tela. Matías había llegado más tarde ya que los últimos días tuvo demasiadas cosas que hacer debido a un embarque de enormes proporciones que saldría al viejo continente, por lo que por mucho que se empeñó, no lo sintió cuando entró en la cama.

—¿Pasa algo Belleza? —su voz sonaba aún ronca debido al sueño. Ella negó mirándolo por encima del

hombro—. Entonces ven acá, pasé todo el día sin ti y no me obligarás a que la noche también lo padezca.

—Tengo mucho calor —se quejó abanicándose el rostro. Matías enarcó una ceja, el aire acondicionado estaba encendido. Se quitó la sábana y se sentó a su lado poniendo la mano sobre su pierna.

—Ven, refresquémonos entonces —la hizo levantarse y la guió hasta el baño. Andrea sonrió sacudiendo la cabeza.

—Debes estar muy cansado, no has parado en días, me ducharé y en un minuto regreso —le propuso deteniéndose en la puerta.

—Por supuesto que no, ¿en qué mundo me perdería una ducha contigo? Tú los has dicho, no he parado y lo único que deseo ahora es un momento de paz y recreación con mi mujer bajo el frío chorro de agua. ¿Qué dices, te animas? —ella asintió entrando primero que él. Una vez dentro Matías abrió el grifo y sin esperar a que se calentara, la desnudó tan rápido como a sí mismo y en medio de besos y suspiros entraron en la enorme regadera. La combinación del agua sobre su piel, con la marea del fuego que él provocaba, hizo que olvidara su bochorno, lo único importante era su cercanía, sus manos resbalando por toda su piel, sus besos exigentes, cargados de deseo. Lo necesitaba, lo quería en ese instante y lo tuvo. El hombre la pegó con ansiedad a los mosaicos blancos, la elevó con facilidad, adentrándose sin dificultad, ahogando con un beso el gemido de alivio que Andrea emitió. No supo cuánto tiempo estuvieron así, jugando ese juego tan pecaminosamente perfecto, donde él iba más fuerte, cada vez más profundo y donde ella sentía que moría sin poder evitarlo al sentirlo en su interior de aquella manera. Dormir después de eso por supuesto no costó trabajo, entraron a la cama sin ropa y húmedos, así que conciliar el sueño no fue ya un problema, menos con su enorme cuerpo protegiéndola por su espalda.

¿Cómo haría de lado miles de recuerdos como ese, cómo? Andrea llenó nuevamente sus pulmones de aire intentado enterrar en lo profundo de su alma cada caricia, cada beso, cada mirada, cada palabra, de otra forma no lo conseguiría, no podría. Cerró sus manos en puño logrando así sentir como las uñas se le encajaban dolorosamente en las palmas, tenía que decirle... tenía que hacerlo... tenía que romper su corazón en mil pedazos y la imagen que tenía de ella aunque en el proceso perdiera su alma, sin él ya no le interesaba, ya nada le interesaba.

Él la tomó de la mano una vez que la tuvo cerca, todos esos días habían sido eternos, mucho trabajo y muy poco tiempo para ella, pero esa mañana todo quedó listo, así que no se despagaría de su lado por varias horas, deseaba escucharla parlotear, sonreír, gemir también. El recuerdo de la noche anterior lo excitó de inmediato, si pudiera le haría el amor ahí mismo, nunca tenía suficiente de esa belleza que habitaba en su alma, sin embargo, casi enseguida se percató de que algo sucedía. Andrea se zafó haciéndose a un lado como si no soportara su tacto.

—¿Qué sucede belleza? No te sientes bien, estas algo pálida, sigues sintiendo mucho calor —sabía muy bien que esa época del año, para quienes no estaban acostumbrados a ese clima, podía resultar insoportable. La joven lo miró y lo que vio en sus ojos le asustó, parecía otra.

—Matías, tenemos que hablar —su voz sonaba plana y sin vida. Andrea lloraba en su interior, moría por besarlo, por tocarlo aunque fuese por última vez.

—Andrea ¿Qué pasó?, ¿alguien te hizo algo? —ver esa carencia de expresión en su rostro lo preocupó más de lo que imaginaba. Parecía ajena a todo, su cara no mostraba ninguna emoción y ella no era así, siempre sonreía y hablaba sin parar.

—¿Podemos hablar en la casa o prefieres hacerlo aquí? —pestañeó confuso. Se acercó de nuevo e intentó acariciar su mejilla como solía, pero ella se quitó sabiendo que si lo hacía ya no podría seguir.

—Andrea...

—¿Matías? —él se alejó desconcertado e hizo un ademán para seguirla hacia la casa. Algo había ocurrido, algo grave pues ella no era así. Esa expresión sólo la vio el día que la sorprendió con Pedro entrando a hurtadillas. Recordaba que lo hizo enojar aún más, sin embargo, no entendía en ese momento qué la podía tener así.

Andrea intentó buscar las palabras adecuadas en el breve camino que era de ahí al estudio, era consciente de que él la seguía por detrás y eso no la dejaba pensar con claridad. Entró en aquel lugar donde tantas veces se amaron sin límites, una vez que estuvo frente a la ventana se detuvo, aspiró fuertemente y giró. Matías estaba cerrando la puerta. Caminó hacia ella cariñoso, pero retrocedió otra vez.

—¿Qué pasa?, ¿hice algo que te molestó?... Si es así no tienes porqué ponerte de esta forma, lo hablaremos y listo. No entiendo todo esto — con la mano la señaló completa.

—Matías te mentí —él sonrió al escucharla. Y se acercó de nuevo, su proximidad siempre fue magnética. Pero lo esquivó. Eso ya no le estaba gustando, en ese momento comenzó preocuparse seriamente.

—Belleza, sea lo que sea no te preocupes, lo solucionaremos... ¿En qué me mentiste? —lo observó fijamente, lo que le provocó un gran escalofrío, esa no parecía ser ella.

—No veo cómo lo solucionaremos —parecía cínica.

—Basta Andrea ¿qué pasa? —los nervios comenzaron a irritarlo. Ella lo prefería así, si se molestaba no intentaría acercarse nuevamente.

—Pasa que todo este tiempo te he mentido...

—¿A qué te referes?, ¿en qué? —y de verdad no tenía ni idea de qué hablaba.

—No era cierto lo que te dije sobre Mayra —él la observó incrédulo por unos minutos.

—¿No esperarás que crea eso?... Sé que lo que me dijiste era verdad. Escucha... ya sé que no hemos avanzado en las investigaciones y es por eso que me dices esto. Belleza, en estos días contrataré a gente experta que viene del extranjero, no te preocupes, todo saldrá bien, yo te lo prometí y así va a ser. Pero tú debes estar tranquila y confiar... no permitiré que nada malo te suceda, esa mujer pagará y tú vas a estar libre —quiso volver a acercarse pero ella otra vez rechazó el gesto. De repente una pequeña sonrisa escapó de los labios de esa mujer con la que soñaba tener una familia, envejecer, confundiéndolo aún más.

Ahí comenzaba la mejor actuación de su vida y también la más importante, se trataba de la integridad y reputación de Matías, no podía fallar.

—No comprendes ¿cierto?, ¿por qué crees que no has encontrado nada?, ¿por qué crees que no te pregunto sobre el tema? —La miró extrañado, su forma de hablar era tan diferente en ese momento, que lo dejaba sin palabras—. Matías no seas ingenuo, la respuesta a esas preguntas es simple: sencillamente no hay nada, todo lo inventé —la escuchaba esperando ver hasta dónde podía llegar con aquella farsa, no le gustaba mucho que no creyera en él; sin embargo, comprendía su miedo, ese sentimiento la acompañó siempre y ahora, cuando faltaba tan poco tiempo para irse, se daba cuenta de que nada había cambiado—. ¿No me vas a decir algo?... te usé.

—No tengo nada que decirte porque no te creo y quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar... pero sea como sea no te creeré... te conozco —ella caminó a su alrededor sonriendo con ironía, con prepotencia.

—¿Me conoces?, por Dios, si llevo unos meses aquí, nadie puede conocer a alguien en tan poco tiempo.

—Pues yo te conozco —su actitud de nuevo comenzaba a irritarlo, pero intentó serenarse.

—Piensa... nada de lo que te dije se puede probar y ¿sabes por qué? Porque no ocurrió, ella no me ha hecho nunca nada. Tú sabes lo posesiva que siempre fui con Cristóbal y desde el primer instante sentí celos, así que... le hice la vida difícil, todo lo que mi hermano te dijo es cierto —la evaluó un momento asombrado por su capacidad de intentar enredarlo todo.

—Explícame entonces esas cicatrices en tu espalda —la cabeza de Andrea trabajaba más rápido que nunca, debía de ser hábil, certera.

—Golpeé a la madre superiora en uno de los internados y ese fue mi castigo, un poco retrogrado, pero esa es la verdad. Mayra en cuanto se enteró me sacó de ahí. En serio enfureció y amenazó con demandarlas.

—¿Ah sí?, ¿y por qué no lo hizo? —saber que confiaba en ella de esa forma sólo logró que lo amase más si eso era aún posible. Nadie creyó en su palabra como él lo hacía.

—Porque la chantajeé, le dije que si lo hacía diría que ella me las hizo e iría a servicios infantiles. La realidad era que no quería que Cristóbal se enterara, él me conoce y sabría que algo hice.

—No te creo... —la estudiaba atento con las manos en las bolsas del jean.

—Como quieras... esa es la verdad y podría explicarte todas y cada una de las cosas que te dije hace unos meses.

—y ¿Por qué me lo dices ahora? —ella puso cara de hastío. Matías le evaluaba, no le creía, era evidente y supo que en ese momento lo amaba más aún.

—Porque ya me cansé de fingir... —continuaba mirándola reticente. Debía ser más contundente e hiriente—. ¿De verdad creías que sentía algo por ti? —ahora sí abrió los ojos apretando la quijada duramente.

—No vayas a decir algo de lo que te arrepientas... recuerda que yo he estado ahí en todo momento y sé muy bien lo que sientes... no intentes ensuciarlo... te lo advierto, estás pasándote de la raya... —otra pequeña sonrisa dejó salir para darle más credibilidad a la situación.

—Matías, me llevas diez años... por favor... Eres guapo, eso no lo puedo negar —de repente la agarró del ante brazo ya con furia en la mirada y apretando los dientes.

—No sigas Andrea, enserio no lo hagas... sea lo que sea lo solucionaremos juntos —ella volvió a sonreír sintiendo cómo su corazón se iba rompiendo con cada palabra que salía de sus labios.

—Veo que no soportas escuchar la verdad, entonces ¿por qué las mentiras sí?... Déjame te digo porqué... porque así podías ser el típico príncipe que salvaba a su princesa de la bruja mala, es increíble cómo les gusta eso a los hombres y tú no podías ser la excepción —Matías comenzaba a ahogarse. Hacía unos minutos se sentía el hombre más feliz de la Tierra, estaba ansioso por enseñarle las flores que mandó pedir para el invernadero y así pasar todo el día juntos plantándolas, sin embargo, ahora estaba ahí, escuchando toda esa locura que no tenía sentido.

—Te voy a dejar sola y cuando hayas pensado bien las cosas hablaremos. No pienso seguir escuchándote —giró decidido hacia la puerta intentando hacer justo lo que acababa de anunciar. Cada palabra se le estaba enterrando en el alma.

Las manos de Andrea comenzaron a sudar, no podía irse, debía buscar la manera de que le creyera.

—Matías... no seas soberbio, ¿tanto te cuesta entender que... —sintió que no podría decirlo, pero no tenía más opciones ya había agotado todas—, no te amo —su corazón explotó en miles de pedazos que se incrustaron en todo su ser dejando un agujero inmenso en su lugar. Él se detuvo con la manija de la puerta en la mano, volteó lentamente con el rostro completamente descompuesto y los ojos entornados llenos de rabia, de dolor. Andrea sintió que devolvería el estómago en ese momento. Acertó, empezaba a creerle—. No me mires así, tú me veías como a un dulce que morías por probar... no fue tan difícil. Debía convencerte de que era buena y tierna. Unos cuantos coqueteos y tu caíste rendido —escuchó atónito—. Aún no me crees... Dios... qué terco. Mira... es muy fácil, ya no soporto que me toques, al principio fue... placentero, sabes lo que haces no lo puedo negar, pero ya me cansé, cada noche lo mismo... fingir y fingir, ya no puedo, no quiero —jamás había mentido tanto en su vida y cada palabra que decía le dejaba un sabor ácido al pronunciarla. Sin verlo venir él se acercó tomándola del brazo, la vena de la base del cráneo amenazaba con salirse. Pasó saliva un tanto asustada, llegó demasiado lejos, pero no podía ser de otra manera.

—Te voy a demostrar de una jodida vez que mientes —buscó sus labios pero Andrea fue mucho más rápida adivinando lo que haría. Si se besaban todo habría sido en vano y ya no sabía qué otra mentira inventar para que le creyese.

—Suéltame...

—No —intentó zafarse más que por el dolor, por la sensación de tenerlo cerca. Moría por esconderse en su pecho y llorar hasta quedar seca, hasta quedar sin nada.

—¡Suéltame!, me lastimas...

—Nadie puede mentir tan bien Andrea, no sé por qué estás haciendo todo esto, pero te exijo que me lo digas, ¡dime!, dímelo de una ¡maldita vez! ¿Qué te hizo cambiar así? ¿Por qué dices todas estas atrocidades?

—Porque son verdad, porque estoy harta de estar aquí, de fingir todo el tiempo. No quiero que me vuelvas a tocar, no quiero volver a compartir la cama contigo, ya no —la soltó asombrado sintiendo cómo todo su mundo se desquebrajaba sin poder evitarlo. Parecía que lo había golpeado más de un hombre a la vez.

—¿Es cierto?... todo lo que dices ¿es cierto?

—¡Sí!, ¡sí! ¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Porque... te sentí vibrar en mis brazos, yo... fui el primer hombre en tu vida...

—No tuve más opción si deseaba asegurar una cómoda estancia aquí, tú me querías en tu cama, ¿qué querías que hiciera? —Matías estaba pálido, ojeroso. Andrea creyó que perdería el conocimiento en cualquier momento, no obstante se daba cuenta de que al fin le creía y cómo no, lo que le estaba diciendo era lo más hiriente que alguien podía decirle a otra persona.

—Escucha, esto es muy sencillo, comprendo que después de todo esto ya no quieras volver a verme. Si quieres me voy, muero por regresar a México, alguien me espera y... quiero verlo —eso ya fue demasiado, los celos lo cegaron como si una venda negra se hubiera colocado sobre los ojos, la sujetó por los hombros ya fuera de sí.

—¿Qué mierdas estás diciendo?! —Ahora sí la lastimaba, pero el dolor no era equiparable con lo que sentía en su interior, ya para esas alturas su mente se había despegado de su cuerpo sabiendo que si no lo hacía, enloquecería.

—Hay un hombre... más joven por cierto... todo este tiempo me ha estado esperando... Si no me hubieras regresado mis cosas, ¿cómo crees que hubiera podido mantener la relación? —las mentiras ya fluían sin siquiera pensarlas.

—¡No es verdad!... ¡no es verdad Andrea!... no puedes ser tan cínica, tan despreciable, tú no, no me pude haber equivocado tanto.

—Pues ya ves que sí... tú morías porque alguien calentara tu cama y por eso lo hiciste, no te engañes, esa es la realidad, después de que tu mujercita se matara... —la hizo hacia un lado sintiendo que si no lo hacía haría algo de lo que se arrepentiría.

—¡Cállate, ni siquiera la nombres!

—¿Ahora la defiendes?!... por Dios Matías, lo único que querías era olvidar tu parte de responsabilidad en su muerte.

—¡Cállate de una maldita vez!... ¡Cállate! —y lo hizo. El daño fue certero e irreparable. María entró de repente muy alarmada. Al ver a Matías recargado en uno de los estantes con la cabeza escondida y Andrea a varios metros de él observándolo seria, enseguida supo que algo andaba muy mal.

—Hijo... Andrea ¿qué sucede?, ¿Por qué gritan así? —Él la miró con los ojos rojos y desbordados de rabia, de dolor, de desilusión.

—María... te equivocaste... —la mujer los observó sin comprender. Matías estaba pálido y parecía diez años mayor, estaba completamente descompuesto, parecía enfermo. Mientras que Andrea lo veía de una manera que la dejaba fría. Parecía no estar ahí.

—Hijo... ¿qué pasa?

—Pasa que nos ha mentido todo este tiempo, pasa que fui un imbécil que creyó en cada una de sus palabras, pasa que me olvidé de todo por ella. Pero se acabó —giró hacia Andrea furioso—. Te largarás de aquí, pero no para reunirte con ningún maldito hijo de perra. Aprenderás la lección que viniste a aprender y que por mi estupidez no lo hiciste —temblaba, estaba muriendo en su interior, ella lo había matado—. María... que te lleven al rancho de Don Mariano y dile que va a tener ayuda gratis estos dos meses, dile que —mientras hablaba la miraba con odio, Andrea supo en ese momento que todo acabó entre los dos y una parte de ella se desintegró en ese instante, no le importaba a dónde la mandara ni lo que decidiera, acababa de ponerlo a salvo y eso era lo único que le importaba—, la ponga a trabajar como a cualquier otro, dile que no quiero consideraciones de ningún tipo, ella puede llegar a ser... cautivadora y dile que si me entero que no cumple mis órdenes dejaré de tener negocios con él. ¿Queda claro? —la mujer lo veía sorprendida. Ese hombre era un patán que no tenía consideraciones con nadie, tan era así que no se codeaba con los demás de los alrededores, todos sabían que maltrataba a su joven esposa y tenía trabajando a sus dos cuñados a cambio de apenas un techo y un poco de comida. No podía mandarla ahí, Andrea no aguantaría.

—Hijo... piénsalo bien...

—Haz lo que te digo ahora, nos mintió descaradamente y yo fui un estúpido. Adquirí una responsabilidad legal y no la he cumplido gracias a sus embustes, pero ya no más. No la quiero aquí, ni cerca de este lugar. Va a aprender que no puede ir por la vida dañando a las personas... así que ve de una vez, quiero que esta noche no esté aquí ¿oíste? —María estudió a Andrea buscando algo en su mirada que le dijera que lo que acababa de escuchar no era cierto, no podía ser. Pero no vio nada, ella simplemente no mostraba ninguna emoción.

—Andrea... di algo. Nadie puede mentir de esa forma hija... ¿Qué pasó con Pedro, con lo mucho que te gustan las flores, con tu miedo a los caballos, con lo mucho que trabajaste para escombrar toda la hacienda? Andrea mírame... —la obedeció aun con la misma expresión. Matías la miraba esperanzado—. ¿Dime qué sucedió con todo eso?, ¿también era mentira?, parecías ser feliz aquí, tus ojos lo decían. Por favor confía en nosotros, no te hagas esto —por un segundo, sólo por uno solo, estuvo a punto de hacerlo y de contarles toda la verdad. Pero el miedo volvió a ponerla tensa, María también podía sufrir las consecuencias, esa mujer que ya quería como a una madre, no, no cometería otro error.

—Sí... todo lo era. Lo siento, sé que llegué demasiado lejos con todo esto. Será mejor que me vaya a hacer las maletas, yo tampoco quiero permanecer aquí —un segundo después salió sintiendo cómo todo a su alrededor se desmoronaba, ni siquiera cuando sus padres fallecieron sintió ese desasosiego ni ese vacío que la consumía. De repente ya nada tuvo sentido y supo que su vida sería así, plana y gris, sería imposible que eso cambiara.

María la observó alejarse completamente perpleja. Giró hacia Matías, de inmediato sintió un profundo dolor al verlo sufrir así. No comprendía porqué Andrea se comportaba de esa manera.

—Hijo... haz algo, está mintiendo —Matías se sentó con la cabeza escondida en sus manos. Se sentía derrotado, engañado y muy herido. Habría metido las manos al fuego por ella; sin embargo, las cosas que le dijo con ese cinismo, la manera de escupirle a la cara todo, terminó por hacerle ver que decía la verdad. Nunca lo quiso, fue astuta y había usado lo que sentía por ella para su conveniencia. Recordó la forma en la

que lo enamoró, fue convincente, demasiado, tanto que aún sentía duda en su interior. No podía haber jugado con él de esa forma, ella no.

—María haz lo que te dije.

—Matías —no se atrevía ni siquiera a acercarse. Jamás lo vio sufrir tanto, ni siquiera después de la muerte de su esposa. En aquellos momentos su reacción fue llenarse de culpa y coraje, se había vuelto duro e implacable. Ahora se veía vulnerable y rendido, Andrea lo lastimó como nunca nadie lo había hecho.

—Por favor María, hazlo y dile que... —alzó la mirada vidriosa—, si le toca un pelo, lo mato —María asintió ya sin más remedio creyéndolo capaz y comprendiendo que aun después de lo que acababa de saber la quería y lo único que buscaba era alejarla de él, era evidente que no podría tenerla cerca por más tiempo.

Andrea empacó todo sin derramar una sola lágrima, tuvo que entrar a la habitación de Matías por algunas cosas que ya residían ahí. Observó la cama recordando cada momento que pasó ahí, junto a él, envuelta en sus brazos, dormida sobre su pecho, compartiendo su cuerpo o simplemente conversando con sus manos entrelazadas. ¿Cómo viviría sin sus besos, sin sus caricias, sin su olor?, ¿cómo pasaría cada noche lejos de él?, en ese corto tiempo se daba cuenta de que se había metido mucho más hondo de lo que siquiera imaginó. Fue feliz con él a su lado y en ese sitio más de lo que nunca lo había sido.

—Adiós... —musitó con un hilo de voz dando un beso a su mano y haciéndolo llegar al colchón. Caminó de nuevo a su cuarto y terminó de guardarlo todo. Se quitó la cadena con la intención de dejarla; sin embargo, se la metió en el bolsillo del pantalón sabiendo que en sus momentos de soledad la necesitaría. Ese anillo representaba el amor que hacía unos momentos acababa de perder y que la acompañaría siempre pues sabía bien que jamás volvería a entregar el corazón, su vida de ahora en adelante sería muy distinta.

Una hora después María entró a su recámara, se veía muy triste y desilusionada.

—Andrea... ya llegaron por ti —ella asintió tomando su maleta y colgándose la mochila. Tenía un nudo enorme en la garganta que no conseguía pasar. María la detuvo por el brazo cuando iba a cruzar la puerta—. Hija... ¿por qué haces esto?, ¿por qué mientes? —Andrea la miró intentando no demostrar ninguna emoción. Esa mujer la conocía muy bien, tampoco la olvidaría, todos en aquel lugar se convirtieron sin que se dieran cuenta en su familia y por lo mismo no permitiría que nadie les hiciese daño, no se lo perdonaría nunca.

—María, ya no quiero estar aquí, prefiero irme de una vez, gracias por todo —la mujer la soltó sintiéndose más confundida que nunca. La siguió con la mirada. Andrea parecía ajena a cualquier sentimiento, a cualquier pensamiento, era como si su alma la hubiera abandonado. María era muy religiosa, al verla así dudo por un momento que esa chica estuviera en realidad viva, era como si estuviera vacía y la muchacha con la que estuvo compartiendo todo ese tiempo hubiera sido secuestrada, aniquilada. No le creía, algo había sucedido, confiaba plenamente en su experiencia, jamás le había fallado y sabía que con ella menos que con nadie, lo detectó en sus ojos desde el primer instante. La dejaría un tiempo, luego la buscaría, probablemente al ver el lugar a donde iba se arrepentiría y le dijera toda la verdad.

La camioneta que Andrea vio al salir estaba prácticamente destartalándose. Un chico sucio y de mal aspecto estaba arriba observándola con desprecio. Anduvo hacia él sin temor ni miedo, lo que le sucediera ya no le importaba, ya nada le importaba. Dejó la maleta en la batea y abrió con esfuerzo la puerta del copiloto. Al entrar el olor a sudor la inundó.

—Rápido... tenemos prisa —el chico parecía molesto. Era delgado, no muy alto y muy moreno. Cerró la puerta fuertemente sin contestarle ni mirarlo. La camioneta se puso en marcha medio segundo después—. A ver si nos sirves de algo y no estorbas... una señorita como tú no creo que nos saque de apuros, al contrario... —parecía muy enojado. Lo ignoró y se concentró en mantenerse en aquel lugar donde ni el dolor, ni la tristeza entraban, ese lugar donde no sentía nada y que era el único sitio seguro en esos momentos.

Fueron dejando Las Santas poco a poco. Se aferró a su mochila al salir definitivamente de ahí. Todo terminó y ya nada volvería a ser igual.

—Bájate... o qué, ¿quiere la señorita que le ayude? —Andrea observó a su alrededor desconcertada, no se había dado cuenta de que se estacionaron frente a una vivienda muy pequeña y desvencijada. Bajó dándole igual y cargó sus cosas. Un hombre gordo, sudoroso, con media camisa abierta y con cara de pocos amigos

salió de la casa.

La miró perplejo. María le dijo que le darían ayuda gratis por dos meses y que no debía propasarse con ella, el patrón lo había ordenado y ese hombre era de armas tomar, pero al verla le pareció muy difícil no hacerlo. Aquella mujer era una preciosura, con la mirada más extraña con la que se había topado, pero al final una deliciosa preciosura. Intentó mostrarse indiferente y calmar sus pensamientos, si la tocaba se quedaría en la ruina en un segundo. No tenía ni idea porqué a alguien así la mandarían con él, sin embargo, no le importaba, era gratis y necesitaba gente que le hiciera el trabajo, la chica era alta y se veía fuerte, aguantaría muy bien la vida ahí.

—Vieja... lleva a esta muchacha al lugar en el que dormiré —una mujer menuda y no más amable apareció enseguida.

—Venga, sígame señorita —Andrea la obedeció sin decir nada. A un lado de la casa había un cuartito hecho de madera, la mujer abrió la desvencijada puerta y le hizo señas para que entrara—. Aquí dormiré, en la casa sólo hay un cuarto y María apenas hoy nos dijo... —ahora le sonreía tímidamente, se veía extremadamente joven.

—Gracias, esto está bien —el sitio era más bien un intento de construcción de no más de metro y medio cuadrado, de hecho parecía que al mínimo viento saldría volando. El piso era de tierra bien aplanada, contaba con un catre en malas condiciones y una silla de bejuco ya muy desgastada—. El baño está justo atrás —ambas salieron y le mostró una pequeña construcción de ladrillo que tenía una puerta de fierro oxidada—. Ahí se puede bañar, pero que sea por la noche, mi esposo odia que el baño este ocupado por la mañana, si quiere yo le diré como a qué hora entre, si es que se quiere limpiar —Andrea asintió importándole poco todo lo que la mujer le decía—. Me llamo Juana —le tendió la mano después de limpiársela con el delantal. Ella correspondió al gesto.

—Andrea —ya estaba oscureciendo y la mujer prendió un foco que no había visto.

—Bueno, será mejor que me vaya, mi viejo me dijo que no hablara mucho con usted. De todos modos es bueno tener otra mujer aquí, espero que aguante, él... tiene su carácter.

—Aguantaré.

—Juana, sal de una maldita vez y dile a esa muchacha que te ayude a limpiar el chiquero, esos cerdos están peor que nunca —ambas salieron de inmediato. Juana le mostró cómo hacerlo. El lugar era un asco y olía horrible, sin embargo, no se quejó, pensó que trabajando sería más fácil sobrellevar la situación. Tres horas después terminó sola, ya que la esposa de ese asqueroso tuvo que ir a servir la cena.

—Veo que trabajas bien, a lo mejor sí me convienes —Don Mariano la veía de forma lasciva—. Mañana a las cinco de la mañana te quiero aquí en el patio, los inútiles de mis cuñados te dirán qué hacer y más te vale que sigas así porque aquí nadie come de a gratis ¿entiendes? —Andrea asintió sin decir nada. El hombre ya se iba, pero regresó sonriendo enseñando una dentadura descuidada—. ¿Quién viera al patrón? Mira que venirte a botar aquí... En fin, esa gente rica sola se entiende, pero no te cruces mucho por mi camino porque si no, no respondo.

Unos minutos después se refugió en el cuarto que le asignaron. Se desnudó con cuidado, no sin antes verificar que nadie la pudiese ver desde afuera. La construcción le daba un poco de desconfianza y ese hombre más. Rogaba que su estancia ahí volara porque sabía que no estaría mucho tiempo segura. Fue al baño lavándose lo más rápido posible, regresó, se comió el biscocho con una manzana que Juana le dio y se acostó intentando dormir. Una hora después lo logró.

En Las Santas las cosas estaban fuera de control. Matías había destrozado todo el vivero dejándolo sin una planta viva. Ahora estaba ahí afuera observándolo rabioso y muy dolido. Tenía planeado echarlo abajo; sin embargo, algo lo detenía, no podía hacerlo. Se sentía usado, humillado y herido, más herido que nunca. La amaba, a pesar de todo la amaba más que a su propia vida y se había burlado de ese sentimiento. Se dejó caer frente a la construcción escondiendo la cabeza en las rodillas. Se sentía dentro de una pesadilla con la diferencia de que no despertaría y Andrea no estaría serenamente dormida a su lado, lánguida, después de haber compartido una vez esa pasión arrebatada que podía jurar, era real.

—¿Por qué? —Se preguntó impotente—. ¡¿Por qué?! —La rabia volvió a apresarla—. ¡¿Por qué maldita sea? ¿Por qué? —Aventó el mazo que tenía en la mano directo al lugar, creando un gran agujero en la puerta de la estructura. Al darse cuenta de lo que hizo se quedó petrificado. Algo no cuadraba, algo lo hacía dudar y esa sensación lo estaba carcomiendo. Anduvo hasta el interior de la casa, subió hasta la recámara que ella ocupó ansioso por encontrar algo que hubiera olvidado. Necesitaba olerla, no le importaba lo que le había dicho, las palabras con las que le infringió tanto dolor, necesitaba tenerla cerca, absorber su aroma, si no enloquecería... Nadie podía aguantar tanto dolor. Buscó por todos lados y no encontró nada. Ella se había llevado todo. Fue hasta su habitación y la escudriñó completa, lo único que encontró fue una banda que solía usar para no permitir que su largo cabello se le fuese a la cara a la hora de lavársela. Al recordarla haciendo eso, permaneció mirando el vacío, si se concentraba podía verla ahí, frente al espejo, quitándose el jabón del rostro, sonriendo, pues sabía que él siempre estaba ahí mirándola; adoraba observar todo lo que hacía antes de dormir, nunca dejaba de hablar e iba de un lado a otro por toda la recámara. Él la ayudaba a desenredar su cabello disfrutando de la sensación de tenerlo entre sus manos, luego ella se ocupaba de su aseo mientras él la contemplaba; cuando estaba lista para ir a la cama el deseo despertaba llegando a niveles estratosféricos por lo que hubo ocasiones que ahí mismo, en el baño, la despojó de su ropa, la montó sobre la encimera junto al lavamanos y la hizo suya sin reparos. Andrea respondía siempre de forma única, temblaba en sus brazos con un sólo roce, se entregaba como ninguna otra mujer lo había hecho recibéndolo en todas las ocasiones ansiosa, deseosa. Tomó la banda y se la llevó a la nariz encontrando lo que tanto buscaba, su olor. La mantuvo ahí por varios minutos. Caminó al interior de su habitación dejándose caer sobre el sillón, de inmediato más recuerdos lo golpearon, miles de veces lo compartieron. Ella solía sentarse ahí cuando lo veía muy cansado, estresado y le ofrecía leerle para tranquilizarlo mientras él recostaba su cabeza sobre sus piernas y ella le acariciaba el cabello con una mano y con la otra recitaba lo que el libro decía brindándole la paz y sosiego que necesitaba. De pronto ya no pudo contener las lágrimas resbalando a través de sus pómulos sin más. La amaba, a pesar de todo la amaba y la amaría siempre.

Despertó sintiendo todo el cuerpo entumido, se quedó dormido sin darse cuenta en aquel sofá. Lo primero que llamó su atención fue la banda que tenía enrollada en las manos. La volvió acercar a la nariz para olerla. Debía buscarla. La idea lo puso de pie de inmediato. Debía buscarla, probablemente después de pasar la noche ahí hubiera decidido retractarse de lo que dijo y le confesaría el porqué de su actitud. Se lavó el rostro, se cambió de ropa y salió de inmediato. Su corazón guardaba una esperanza, algo dentro de él le exigía volver a verla, Andrea lo amaba, estaba seguro.

Ella se encontraba llenando de tierra una carreta que tenía que ir a vaciar a un lado de la casa, pues los cuñados de Don Mariano construirían ahí una bodega y necesitaban que hubiese la suficiente. El calor, a pesar de estar amaneciendo, ya era abrazador y muy húmedo. No se había bañado desde el día anterior y apenas comió. Juana en cuanto se levantó le dio frijoles con tortilla junto con un plátano; sin embargo, sentía la garganta cerrada y no se los había acabado, además estaban rancios, o por lo menos eso creía. Pasaban de las siete de la mañana, cuando escuchó el rugir de un motor, se puso en alerta enseguida. Unos minutos después, su voz. No se movió durante varios segundos, Matías estaba ahí. Enseguida luchó por tranquilizarse, no tenía ni idea de a qué iba.

—Señorita... —de uno de los costados de la casa salió Juana y detrás de ella, él. Lucía cansado, no se había rasurado y la miraba ansioso. Andrea combatió sus sentimientos, no sabía por qué estaba ahí; sin embargo, debía mantener su envergadura. Dejó de hacer lo que hacía y lo estudió fríamente, con indiferencia. Matías sintió que de nuevo la herida se abría en su interior, su expresión no había cambiado, es más, parecía molesta de verlo.

—Con permiso patrón —él apenas y vio a la mujer desaparecer.

—¿Qué haces aquí? —Matías se acercó un poco más hacia ella, se veía cansada y sonrojada por el sol.

—Andrea...

—Matías ¿no te cansas?... vete por favor, no quiero verte, créeme que esto es mejor que continuar fingiendo cada noche —sus palabras generaban un agujero aún más hondo que el anterior. Retrocedió varios

pasos como si de verdad le temiese.

—Yo pensé que...

—¿Qué?, que por unas horas aquí, en este lugar, correría de nuevo a tus brazos para que me dieras otra oportunidad, si esa era tu intención déjame decirte que te equivocaste, tu encárgate de firmar esas cartas y yo haré aquí mi trabajo, son dos meses, el tiempo pasa volando y lejos de todo aquello más —tomó una bocanada de aire perdiendo la mirada en algún punto lejos de ahí.

—Está bien, tú ganas, te creo. Me mentiste, me usaste y yo caí como un estúpido. Sin embargo, debes de saber que yo a pesar de todo eso te amo, y siempre será así, haz lo que haz nada va a cambiarlo, porque aunque te empeñes en que crea lo contrario sé que tú también sentiste algo por mí.

—Vete... vete de una vez, no quiero volver a verte ¿no entiendes? —las palabras que le acababa de decir, la manera en la que le creía, la honestidad con la que hablaba, sólo podía lograr hundirla más. Si continuaba así, pronto no encontraría la manera de emerger si es que algún día le interesaba volver a hacerlo. Matías era el hombre de su vida y nunca nadie volvería a ocupar su lugar, no después de tener el valor para volver a buscarla a pesar de todo lo que le dijo y mostrar esas asombrosas agallas para confesarle que aún la amaba. Ese hombre era mejor de lo que creía y lo estaba perdiendo, para siempre.

—Andrea, no creo que este lugar sea para ti, lo siento no debí...

—¡Que te vayas! Me quiero quedar, ¡vete! —esa era la primera reacción que le veía desde el día anterior en la tarde; sin embargo, no era la que esperaba. La estudió un momento evaluándola. Ella se dio cuenta de su error enseguida; le estaba demostrando que le dolía, que algo pasaba. Cerró los ojos por un momento y cuando los abrió había conseguido volver a esconder toda emoción—. Matías ya me cansé de esto, ¿cuántas veces debo de decirte lo mismo? No-te-amo, ¿de verdad estás dispuesto a humillarte? —él recibió esta nueva embestida con mucho más dolor que la anterior. La miró con los ojos vidriosos, estaba vencido.

—Siento haber venido a buscarte fue... un impulso, no volverá a suceder... Adiós Andrea, cuídate por favor —al verlo alejarse sintió que el llanto se desbordaría, quería correr tras él y rogarle que la llevase lejos, pero esa no era la solución, Mayra lo sabría tarde o temprano y el daño sería el mismo. Se intentó pasar el nudo en la garganta, enterró la pala en la tierra con todo el coraje acumulado y logró seguir con su labor. La odiaba y ahora más que nunca, pero se juró que un día ella perdería todo así como ahora Andrea lo estaba perdiendo.

Las semanas pasaban, la vida en ese lugar era agotadora. Se levantaba muy temprano, comía la horrible comida de Juana, comenzaba a trabajar en cualquier cantidad de cosas que al asqueroso dueño del lugar se le ocurrían. A medio día siempre le daban un caldo insípido que le servía para agarrar fuerzas y continuar limpiando, cavando, arando, en fin... haciendo todo lo que era obligación de los zánganos de sus cuñados y que al verla a ella hacerlo todo sin quejarse, habían decidido adjudicarle sus tareas. Se sentaban ahí, cerca, observándola lascivamente hacer su trabajo. A ella le daba igual, el dolor físico la hacía olvidar un poco el dolor emocional, cuando ya no podía más, el odio y rencor le daban nuevas energías. Saldría de ahí en poco tiempo, tenía que pensar muy bien su siguiente paso, si ya había llegado tan lejos con todo eso no podía arriesgarse a que Mayra cambiara de parecer y decidiera hacerles daño a Cristóbal o Matías. Trazaba sus planes día a día sabiendo que no debía fallar.

Ya faltaban dos semanas para que se marchara de ese maldito lugar. Un dolor en el vientre le impidió seguir limpiando los deshechos de los animales. Tomó aire intentando tranquilizarse, pero la horrible sensación le atravesaba la espalda. Se quedó ahí, agachada con una mano en el bajo abdomen. Agachó la vista hasta el lugar del dolor y abrió los ojos de par en par helada, su pantalón estaba completamente manchado de sangre. Se levantó lentamente y como pudo salió de ahí. Necesitaba pedir ayuda. No veía a nadie y el dolor era cada vez más intenso. Intentó calmarse, llevaba días sintiéndose especialmente cansada, esa mañana el dolor en la parte baja de la espalda fue sumamente fuerte pero de inmediato se lo achacó a la llegada de su periodo y lo mucho que se excedía.

—Andrea... ¿qué le sucede? —era Juana y ya estaba hincada frente a ella.

—No, no lo sé... me duele —y le señaló con la vista el lugar. La mujer la observó atónita llevándose las manos a la boca.

—Dios... uste está embarazada, la criatura se le está viniendo —Andrea pestañeó confundida. Juana alzó la vista y le limpió la fina capa de sudor que perlaba su frente tiernamente—. ¿De cuánto tiempo está?

—Yo... ¿de qué hablas?... Auuuu —se dobló al sentir otro espasmo. Su cabeza caviló de prisa. ¿Cuándo fue la última de vez que menstruó? Intentó contar mentalmente, recordaba que quince días antes de salir de la hacienda la tuvo. En seguida se puso pálida.

—Pero... hoy comencé el periodo —la chica negó seria.

—¿No señorita, yo he tenido varios y sé de qué le hablo, uste está preñada —Andrea no lo podía creer, apretó la mano que tenía en su vientre instintivamente.

—Un hijo...

—Sí... pero ya no se logró. Vamos, hay que darle un baño, debe hacer cuentas pa ver cuánto lleva si no esto puede ser peligroso —Andrea se dejó ayudar por la joven sin decir una palabra. Las lágrimas comenzaron a salir sin que pudiera evitarlo. Un bebé de ella y Matías y lo estaba perdiendo, no podía ser, lo quería, quería conocerlo, quería sentirlo crecer dentro de ella, era lo único que tendría de él.

—Juana... haz algo, no quiero perderlo... ayúdame te lo suplico —la mujer la miró angustiada. Sabía muy bien lo que se sentía, ella misma ya había pasado por eso cinco veces.

—Señorita, no hay nada que hacer, su criatura ya no está viva.

—¡No!, ayúdame, te lo suplico, por favor, algo debe poder hacerse, quiero verlo, quiero conocerlo —la muchacha sintió lastima por esa hermosa mujer que ya lloraba la pérdida de alguien que nunca podría acunar. En todo el tiempo que llevaba ahí, apenas y habían conversado. Siempre estaba trabajando sin descanso, parecía que necesitaba con urgencia olvidar algo, o... a alguien. Su mirada era vacía y jamás se quejaba. Sin embargo, en esos momentos hablaba más que en esas semanas y mostraba una emoción en el rostro, estaba sufriendo, la veía con ansiedad y desesperada, pero ya era muy tarde, no existía nada que se pudiera hacer.

—Vamos sígame, hay que lavarla, debemos darle un té pa que saque todo y no se ponga mala —Andrea se resistía intentando frenarla.

—No por favor, debe de poder evitarse, dame algo, lo que sea... no dejes que se vaya —otro espasmo la atravesó.

—No, de veras créame. Dios ya decidió llevárselo no hay nada qué hacer, ande vamos —en cuanto llegaron al diminuto baño, la joven la ayudó a deshacerse de su ropa. Sangraba mucho. La chica abrió la llave y la hizo entrar al chorro. Ambas miraban su ropa interior, era evidente que ya no había nada qué hacer. El agua estaba helada pero Andrea no se percató. Estuvo embarazada todo ese tiempo y no lo sospechó, ¿cómo era posible?, no tuvo ningún síntoma, sólo ese extraño dolor por la mañana que ahora entendía a qué se debía, pero en efecto, la menstruación no apareció todo ese tiempo, cosa que ignoró por completo. Las lágrimas salieron mezclándose con el líquido transparente que la limpiaba. Sentía que la cordura comenzaba a abandonarla, su cuerpo y su mente ya no soportaban más dolor.

—Será mejor que le diga a mi viejo... uste mañana no podrá trabajar —las palabras de aquella mujer la hicieron regresar.

—No, por favor no le digas nada.

—Pero...

—Por favor, te lo suplico, nunca le digas nada a nadie —no quería que él se enterara, que nadie lo supiera, no tenía ningún caso y sólo lo haría sufrir más. Si pensaba que su vida había terminado, ahora se daba cuenta de que al haber perdido a ese ser que vivió por un tiempo en sus entrañas, se había enterrado tres metros bajo tierra. Ya nada podía ser peor salvo comprender que tendría que seguir viviendo a pesar de todo. Por un instante envidio las agallas de Tania, pero enseguida se deshizo de la idea, ella no podía hacer eso y aunque ya no tenía nada porqué luchar sabía que esa era una manera mucho más dolorosa de lastimar a las personas que justo intentaba proteger; porque a pesar de que para ella Cristóbal hacía mucho tiempo dejó de ser su hermano, lo compadecía, e incluso ahora lo justificaba porque si él sentía la mitad de lo que ella sentía por Matías entendía muy bien el porqué de sus acciones, aunque eso no lograba que lo perdonara.

—Se lo prometo... pero tranquilícese... le diré que algo le cayó muy mal a la barriga... no se preocupe —cuando terminó de bañarse, Juana la envolvió en miles de toallas y la acompañó hasta su cuartito. La ayudó a vestirse para luego tenderse en el catre y tocar su frente—. No tiene fiebre, pero pueden venir... estese atenta —Andrea miraba perdida hacia el lado contrario. No se dio cuenta cuándo salió y menos cuando regresó—. Señorita, tome esto, ándele —Juana tuvo que voltear su rostro y hacerla beber. El sabor era amargo—. Verá que con esto saca todo lo que quedó adentro y en unos días está como si nada —Andrea la miró ausente. La muchacha se dio cuenta de que volvía a ser la misma que hacía unas horas y le dio escalofríos, nunca había visto a alguien mirar de esa forma.

El día siguiente Juana la atendió lo más que pudo. Pero Andrea no podía seguir ahí echada, pensando una y otra vez frenéticamente en cómo podría haber sido su vida si esa mujer no se hubiera empeñado en destruirla, si Matías y ella estuvieran juntos y se hubieran enterado de que iban a ser padres. Por la mañana del siguiente día, se levantó sintiéndose mejor y continuó con sus labores. Cuando fuera a México vería a un médico; por lo pronto necesitaba ocuparse o ella misma se internaría en un psiquiátrico.

Matías firmó la carta de liberación de Andrea sin leerla. Hacía un poco más de dos meses que ella se había ido. Su vida, desde que regresó de ese rancho aquella mañana se desmoronó por completo. Trabajaba incansablemente, apenas y hablaba lo necesario. Cuando estaba en la casa se encerraba en el estudio hasta sentir que el agotamiento lo dominaba. Sus días sin su presencia era terribles, pero las noches eran la peor parte. La habitación olía a ella, cada rincón de su cuarto guardaba algún recuerdo de su presencia. Por lo mismo muchas noches acabó durmiendo en cualquier otra recámara. Se sentía solo, más solo que nunca. Con ese papel terminaba todo lo que a esa joven lo ataba. Se pasó las manos por el rostro aún perdido en los

recuerdos. Ella le mostró qué era la verdadera felicidad y también el verdadero infierno. María lucía ya todo el tiempo irritable y preocupada por su estado de ánimo. Pedro sufrió una fuerte impresión al pensar que ella lo dejó sin más y no había vuelto a aparecer. No se escuchaba su risa, ni la alegría que le imprimía a cada espacio de esa casa.

—Hijo... ¿vas a comer? —ya era común verlo así. Pensativo y meditabundo. Al principio pensó que volvería a ser el mismo hombre rencoroso e inflexible que solía ser; sin embargo, Andrea lo había cambiado más de lo que se hubiera imaginado, por lo que no desquitó su impotencia y dolor con los demás; se encerraba en sí mismo y pasaba horas en silencio con la mirada perdida en algún lugar. Su ausencia era dolorosamente evidente, ella misma no podía ser la de antes y entendía su actitud, aunque le dolía mucho que estuviera pasando por todo eso.

—Sí, ahora voy... Espera.

—Dime.

—Dale esto a Lorenzo —le tendió un sobre color manila—. Dile que vaya al Sahuayo —el lugar donde Andrea residió los últimos dos meses—, y que le entregue esto a... —cerró los ojos sintiendo cómo su nombre se le atragantaba— ella. Advértele que ni una palabra a nadie y que la lleve a la Magdalena, ahí el helicóptero la estará esperando para llevarla a la capital —María agarró el papel asintiendo.

—Matías...

—No digas nada, ya sabes que no quiero hablar...

—Está bien hijo, haré lo que me pides.

—Gracias —y de pronto sacó del cajón otro pequeño sobre—. Que esto se lo dé a Mariano, es lo que acordamos por su silencio y por su... ayuda —María sabía que en ese arreglo quedaron al día siguiente que Matías fue a buscar a Andrea. Ese tipo asqueroso se dio cuenta de que la ocultaba ahí por algo y solicitó algún beneficio además del evidente. Matías le ofreció dinero para que no dijera que ella estaba ahí. No quería chismes, ni dar explicaciones, ya todo era demasiado doloroso y si Andrea quiso quedarse en ese lugar, entonces eso era lo que se haría. Esa mañana, al recibir aquel papel por correo electrónico, decidió agilizarlo todo, ella tenía que irse lo más pronto posible, no quería seguir sabiéndola cerca y mucho menos ahí, a pesar de saber que lo repudiaba. Cristóbal seguía pensando que todo iba como siempre le hizo creer, normal. Y ya le había hablado para decirle que en unos días pasaría por ella pues debía agradecerle personalmente, pero Matías lo persuadió con muchos pretextos y le prometió que él se encargaría de que ella volara para allá el día de su liberación.

Necesitaba olvidarla, pero por más que lo intentaba no lo lograba. Tomó el teléfono y marcó un número extranjero.

—Hola Papá... —esperó su saludo y luego le informó que el viernes volaría hacia Europa —era lo mejor, ya no podía continuar ni un segundo ahí y aunque no era de la idea de huir, sentía que un poco de distancia y de distracción no le caerían mal.

Andrea recibió la hoja de las manos de Lorenzo. Este al verla se quedó con la boca abierta. Lucía más grande y con varios kilos menos, su piel estaba algo deteriorada y su mirada era vacía. Esa no parecía ser la señorita Andrea, no comprendía un rábano lo que sucedía, todos pensaban que se había peleado con el patrón hacía unos meses y que por lo mismo abandonó la hacienda. Sin embargo, todo ese tiempo estuvo en el rancho de ese viejo rabo verde que se la comía con la mirada.

—¿Dónde están sus cosas señorita?... tengo instrucciones de llevarla a tomar su vuelo —Andrea no comprendía.

—¿Qué vuelo Lorenzo?

—El patrón me dijo que un helicóptero la está esperando en la Magdalena pa llevarla a la capital —al escucharlo hacer referencia a Matías su corazón dio un pequeño brinco que enseguida se vio oprimido por su razón.

—De acuerdo... voy por ellas —el hombre la observó caminar, esa muchacha ya no era la misma, algo muy

grave había ocurrido. La recordaba hacía un año cuando la llevaba diario a la cosecha, su mirada al principio solía ser triste y desconfiada; sin embargo siempre le sonreía, era amable y con el tiempo hasta llegaron a bromear y hablar de cualquier cosa. Pero esa joven que veía no era la misma, algo murió en su interior y saberlo le generó una profunda tristeza pues de ella todos recibieron solo atenciones y buenos tratos, nunca fue mandona ni alzada, incluso todos sabían de aquella vez que defendió a Ernesto con el patrón por lo del ganado. Ernesto se impresionó tanto con el cambio de Matías que no había podido dejar de contárselo a todos. Logró cambiar al patrón, al cabezota de Pedro y a la dura de María. No comprendía qué podía ser tan grave como para que hubiera terminado ahí.

En cuanto la vio salir de aquel lugar que se hacía llamar cuarto, fue a su encuentro y tomó las maletas él mismo. Ella se montó en la camioneta mirando al frente, eso era lo que haría de ahora en adelante, tenía que mirar hacia adelante y jamás volver la cabeza atrás si quería conservar la poca cordura que sabía ya tenía.

Llegó a la capital de México a media tarde, agarró un taxi y alquiló una habitación en un hotel tres estrellas cerca de donde iba a estar. Hizo un par de llamadas, pidió algo de comer, se duchó y se durmió casi en el acto. Por la mañana se despertó sin saber muy bien dónde estaba. Los recuerdos acudieron rudamente hasta llenar toda su mente. Entró al baño recordando lo que ese día debía hacer, de hecho apenas y contaba con un par de horas. De pronto su reflejo captó su atención, su piel estaba reseca y bronceada por el sol, sus ojos se veían más verdes por esa misma razón. Observó su boca, su nariz y sus pómulos que estaban notoriamente más marcados. Su cabello, que caía como una cascada multicolor a su alrededor, le resultó imposible de mirar. Recordaba como él pasaba horas observándolo, tocándolo, perdiendo sus manos una y otra vez. Lo acarició unos segundos y se quedó cavilando. Necesitaba dejarlo atrás y aunque sabía que jamás lo olvidaría, el verse a diario esa parte de su cuerpo que Matías idolatraba, no le ayudaría. Entró a su habitación y comenzó a buscar desesperada en la maleta. Cuando al fin encontró lo que deseaba, regresó al baño. Era una navaja multiusos. Agarró decidida un mechón de cabello y con las tijeras, lo cortó. Cuando el primer manojo cayó, una lágrima rodó por su mejilla; no obstante, la ignoró y continuó. Unos minutos después terminó. Su pelo lucía desigual, ya no pasaba de los hombros. Recogió todo el cabello que quedó en el suelo y lo tiró al bote de basura con los ojos entornados llenos de rencor. Se sentía más ligera y muy extraña. Se dio un baño y veinte minutos después ya iba rumbo a su destino.

El notario la recibió en cuanto se anunció. El lugar era elegante y clásico, casi no iba ahí, de hecho creía que era la segunda o tercera vez que ponía un pie en ese bufete. Ese hombre estimó mucho a sus padres y les debía a ellos gran parte de lo que poseía. Él tenía acceso a todos sus documentos legales debido a que fue abogado de la familia desde siempre, Gregorio fue quien la salvó de no caer en la cárcel hacía un año a cambio de vivir exiliada todo un ese tiempo en aquel sitio.

—Señorita Garza, puede pasar —una chica joven y bien vestida le sonreía amablemente mientras le señalaba la puerta. Andrea asintió entrando enseguida.

—¡Andrea! Veo que ya estás de regreso —el hombre debía estar rondando los sesenta años, era regordete y siempre muy amable, aunque cuando se trataba de su trabajo era implacable. Gregorio se levantó de su comfortable silla de trabajo y se acercó a ella para tenderle la mano. Andrea respondió al gesto sin mostrar ninguna reacción—. ¿Todo salió bien?... un año me parece aún un exceso, mucho más sabiendo que te implicaron, pero... bueno, era eso o enfrentar un proceso legal.

—Sí, todo salió bien, gracias —sacó de su bolso el papel que Matías, enseguida sintió ese dolor en el pecho al recordarlo, le mandó.

—¿Qué es? —preguntó recargándose en su escritorio relajadamente. Esa chica siempre le agradó, sabía que en los últimos años se había vuelto conflictiva y algo difícil; sin embargo, la justificaba. Quedarse huérfana tan pequeña, no era fácil y menos aun bajo los cuidados de aquella mujer que no le terminaba de convencer y por la cual Cristóbal perdió la cabeza.

—Son los documentos de mi liberación —estaba extraña. Si bien ya no parecía estar vestida de aquella forma tan excéntrica, algo había cambiado en su interior, eso era evidente. Su mirada siempre era de recelo y desconfianza sólo que ahora tenía algo más, parecía ausente, vacía. El hombre se puso los lentes y hojeó lo

que le dio.

—Todo está en orden... ahora por favor no te metas en más líos. Andrea asintió levemente.

—Gregorio, necesito pedirle un favor —el hombre se acomodó en su silla interesado—. Deseo ceder todo lo que tengo a una persona, ¿puede ayudarme? —el abogado tosió sintiendo que la saliva se le iba por otro lado de la impresión, ¿esa chica perdió el juicio?, su fortuna ascendía a bastantes millones de pesos, no podía estar hablando en serio.

—Andrea... creo que no comprendo, es absurdo... impensable, ¿tu hermano lo sabe? —lo miraba fría y sin mostrar un ápice de emoción.

—No y no quiero que lo sepa, quiero cederle todo a su esposa... —Gregorio comenzó a sudar y se aflojó el nudo de la corbata sintiendo que le faltaba el aire. Eso era inaudito, Cristóbal le platicó muchas veces los problemas entre ellas. Andrea no podía estar hablando en serio; sin embargo, parecía que así era.

—¿A Mayra?

—Sí, ¿cuánto tiempo se llevaría eso? Necesito que sea lo antes posible, mañana si se puede.

—Andrea no debo permitir que hagas algo así, es tu patrimonio, el de tu hermano, el conglomerado es suyo prácticamente, estás hablando de millones, así no se hacen las cosas y menos sin una razón de por medio —lo escuchó con imperturbable calma.

—Lo sé, pero eso es lo que deseo, además es mi dinero, nadie tiene porque decirme cómo usarlo. ¿Puede ayudarme o tendré que buscar a alguien más que lo haga? —él se levantó y se acercó hasta quedar sentado en la silla que estaba frente a ella. Dios, no podía permitirlo.

—Andrea... tus padres no querrían esto. Sé que no te llevas bien con tu cuñada, ¿Por qué habrías de hacer algo así?, comprende, no tiene el menor sentido todo esto —viéndola detenidamente se dio cuenta de que lucía cansada y que su mirada parecía la de alguien que había vivido mucho más que una persona de avanzada edad.

—Gregorio... ¿me ayudará o no? No quiero sonar grosera, pero no es el único abogado y notario, aunque sí en el único en quien confió —y era así. Si quería hacer lo que planeaba era necesario que él fuera el encargado del trámite.

El notario se puso de pie dándose cuenta de que no la haría cambiar de parecer. La joven parecía muy decidida.

—Debo comunicárselo a Cristóbal, una decisión así cambia su posición en la empresa.

—Si lo hace me iré y lo haré de todas formas... Necesito que no sepa hasta que esté hecho, después de todo es mi herencia, soy mayor de edad, no tengo por qué darle cuentas a nadie.

—Andrea... ¿estás segura?

—Sí, ¿cuánto tiempo le llevaría hacer la cesión?, necesito que sea lo antes posible —él regresó a su lugar y la miró reflexivo.

—Mañana por la mañana podría estar, hoy me dedicaré a ver todo lo que tienes y hay que hacer la lista de tus bienes, que como sabes, son cuantiosos, así como de todo tu dinero.

—De acuerdo... Hay otra cosa que debo pedirle y... de esto dependen muchas cosas. ¿Puedo confiar en usted? —asintió serio. Lo que estaba sucediendo era inaudito—. Quiero que ponga una cláusula dentro de la cesión en la que... si mi hermano pierde la vida —abrió los ojos atónito—, o la reputación de Matías se ve dañada al igual que su integridad física, entonces todo lo que poseo será donado a diferentes instituciones de caridad —el abogado se limpió el sudor que sentía sobre su rostro con un pañuelo. No comprendía nada.

—Andrea ¿te están extorsionando?, ¿por eso haces esto?

—Gregorio, ¿es posible hacer algo así?

—Andrea... —se acercó de nuevo a ella—, por favor confía en mí, dime qué sucede. ¿Es Mayra quien te amenazó con eso?, o ¿es alguien más?

—Lo siento, no voy a contestarle nada de lo que me pregunte, créame que entre menos sepa mejor para usted.

—Hija... te lo suplico.

—¿Puede o no puede? —Ahora lo miraba impaciente y algo nerviosa. Era la primera emoción que le veía en el tiempo que llevaba ahí sentada. Diablos, ¿qué estaba ocurriendo? Eso era muy serio, grave en realidad, delicado también.

—No es fácil, ella podría darse cuenta al leerlo.

—Es importante que ella no lo sepa y que aun así quede estipulado. ¿Qué se puede hacer?

—Andrea... ¿la vida de esos dos muchachos corre peligro? Debemos dar parte a las autoridades, no puedes ceder a los chantajes de nadie, no puedes regalar todo lo que por derecho te corresponde —la joven se levantó de inmediato un tanto descompuesta.

—Si lo hace, lo negaré. Usted es mi única salida, si no lo haré con alguien más que, seguramente no podrá ayudarme con esto que le pido y que es imprescindible para mí —la estudió varios minutos sin contestar. Lo que le pedía era inaudito; sin embargo, sí quería ayudarla y debía hacerlo, tenía que ser él, el que lo hiciese.

—De acuerdo... —se acercó a ella y la hizo volver a sentarse—. Lo haré, pero debes saber que no estás sola, yo puedo ayudarte —no podía implicarlo a él también, si Mayra intuía que ese buen hombre conocía la verdad entonces también encontraría la forma de fastidiarlo. Se daba cuenta de que ella no actuaba sola y no podía arriesgarse.

—Gregorio, mañana vendré con ella a la hora que me diga. Por favor busque la manera de que firme todo sin que se dé cuenta de ese detalle... es vital.

—Por supuesto hija, cuenta con eso... Serán tantos papeles que si viene sola y no se pone quisquillosa, los firmará sin importarle. Al final le daré una copia que no contenga ese documento en particular, puedo hacerlo, mis años en este oficio me ayudarán a lograrlo —Andrea soltó por fin la respiración. Estaba hecho, ellos estarían protegidos y esa bruja no volvería a chantajearla.

—Otra cosa, esto lo hago porque estoy muy arrepentida del trato que le he dado en todos estos años y quiero compensarla a ella, a mi... y a Cristóbal, no hay más razones, simplemente deseo retribuirle por su esfuerzo, después de todo no me dejarán a la deriva, soy su... familia ¿de acuerdo? —el hombre sonrió incrédulo.

—¿En serio esperas que crea eso?

—Es la verdad, yo me haré a un lado y dejaré de estorbarles para que puedan hacer su propia vida, para que sean felices al fin.

—Andrea no soy tonto, viejo sí, pero tonto no. Eso no me lo creo aunque lo juraras sobre una Biblia —ella se levantó sin parecer haberlo escuchado.

—Creo que es todo Gregorio, mañana vendré a la hora que me diga —el hombre se puso de pie evaluándola, de verdad algo muy gordo sucedía.

—Alrededor de las doce estará todo, sólo habla para confirmar.

—De acuerdo... —iba a abrir la puerta y se detuvo, su mirada ya no era tan ausente—. Prométame que si no les pasa nada a ninguno de los dos jamás revelará ese documento.

—Andrea... hija...

—Prométalo, por favor.

—Lo prometo. Sólo cuídate muchacha y por favor si en algo te puedo ayudar no dudes en acudir a mí, sabes que los quiero mucho, no estarás sola si decides contarme qué te llevó a hacer esto.

—Gracias, hasta mañana —la observó desaparecer sintiendo una opresión en el pecho. Lo que sucedía era algo que no comprendía. Era evidente que la estaban extorsionando y el saber con qué, lo dejaba helado. Pero no podía tener la certeza de que fuera esa mujer o alguien más, Andrea estaba actuando así para proteger a ambos jóvenes, lo extraño era que no comprendía qué tenía que ver en todo eso Matías y por qué quiso establecer que no debía mancharse su reputación. Si Mayra no era la que la estaba perjudicando, entonces cederle todo era una forma también de salvarla a ella. Se acercó al enorme ventanal que tenía frente a él perdiendo la vista en los enormes edificios que lo rodeaban. Recordó a sus amigos de toda la vida, sus hijos siempre fueron su prioridad, los amaban muchísimo, ¿qué padre no? Aún recordaba las largas charlas con Iván, el papá de ambos. Él siempre temió por su seguridad e integridad, sabía que ser herederos de una

fortuna como la que ellos tenían no era fácil y podían ser presas de diversas situaciones; incluso, a muy temprana edad, les contrató escoltas personales que sólo los dejaban en paz cuando estaban en casa. La gente que trabajaba para ellos siempre era de primer nivel y con las mejores recomendaciones. Y ahora nada de eso había valido, porque si una de sus sospechas era cierta, el verdadero peligro lo introdujeron ellos mismos a su casa y ahora sus hijos pagaban las consecuencias. Pero ayudaría a Andrea, haría lo que le pidió e investigaría muy bien la situación. Lo haría por la memoria de sus amigos y porque esa niña no se merecía vivir con eso a cuestas.

Andrea le habló a Mayra llegando al hotel. Odiaba siquiera tener que escuchar su voz; sin embargo, era necesario. Acordaron de verse al día siguiente a las doce en el notario. Ella parecía ocupada así que la llamada duro escasos dos segundos, cosa que agradeció. En cuanto terminó, prendió su ordenador y comenzó a navegar en internet. Sus correos estaba saturados, casi no los había checado el último año. Recordar el porqué la llenó de nostalgia, la hizo a un lado enseguida y se concentró en lo que realmente era importante en ese momento. Buscó entre sus contactos a Sean, necesitaba dar con él. Unos minutos después encontró un correo en donde le mandaba sus datos. Enseguida apuntó el teléfono y salió de la habitación. Compró en un establecimiento cerca del hotel un móvil cualquiera y lo registró con datos falsos, una vez que lo hizo le abonó crédito y marcó.

—Hi —al escuchar su voz sintió un alivio instantáneo. Él era de Canadá, por lo que no hablaba español; sin embargo, eso no se le dificultaba en lo absoluto—. ¿Sean? Hi it's me, Andrea —conversaron por unos minutos. El joven se encontraba en Toronto, era arquitecto y estaba a cargo de una obra en ese lugar por lo que le quedó estupendo para sus planes. En cuanto colgaron reservó boletos para esa ciudad pagándolos por internet. Esa sería la última vez que utilizaría una de sus tarjetas de crédito, ya no las iba a necesitar. Con el tiempo hizo pequeñas transferencias a una cuenta personal de Jean, a la que tenía acceso total y único gracias a la lealtad de aquella chica. Ese dinero sería suficiente para empezar.

Juntas, en su primer año de bachillerato, en aquel internado en Londres donde Jean estuvo becada, lo idearon todo. Ella sabía parte de la historia. Andrea no ahondó en detalles, así que ambas, con el afán de ayudarse, quedaron en montar aquella florería que ahora ya no le resultaba tan atractiva como antes. Esa era su única opción, Jean se había comprometido a cuidar de sus intereses hasta el momento en que ella pudiera huir; no obstante, eso ya no era necesario, Andrea sería “libre” si se le podía nombrar así a su situación actual al firmar esos malditos papeles, así que ese sería su refugio y el lugar donde intentaría sobrevivir si es que podía.

Por la tarde asistió a su cita con un ginecólogo que jamás había visto. No quería que nadie supiera a qué iba y mucho menos lo que sucedió aquel abominable día. Era consciente de que debía revisarse pues en las circunstancias en que se produjo aquella irreparable pérdida, no fueron las mejores. El doctor la examinó minuciosamente y no encontró nada, ella estaba en perfectas condiciones. El resto de la tarde se tumbó en la cama logrando envolver su mente en esa blanca espesura que no le permitía pensar ni sentir. Por la mañana se vistió con lo primero que sacó de su equipaje, se hizo una coleta y asistió a la cita pactada.

Mayra ya se encontraba ahí hablando por móvil, parecía verdaderamente feliz. Andrea creyó que al verla su odio crecería aún más y que no se podría contener; sin embargo, con agrado, se dio cuenta de que no sintió nada, ya nada le hacía sentir nada.

La actuación de Gregorio fue digna de un Oscar, se limitó a informar sobre lo que ahí se enumeraba y a leer toda la cesión. Para la suerte de ambos, Mayra no llegó con ningún abogado. Andrea supuso que se sentía muy confiada de lo que estaba logrando y no vio la necesidad. Por otro lado, si quería que el teatro pareciera real no podía entrar con la espada desenvainada, debía parecer una víctima de Andrea y después fingir no poder aceptar eso una y otra vez, aunque al final terminara cediendo.

—Bueno, es todo... iré a sacar una copia de esto para que conserven una.

—Muy bien Gregorio, aquí te esperamos. Aún estoy demasiado impresionada como para pensar en levantarme de esta silla —sonreía fresca y fingiendo conmoción. El abogado asintió aparentando pensar lo mismo. No le creía, algo estaba muy mal. Hacer el documento fue toda una prueba a su ética y sus creencias. Sin embargo, si era verdad que a esa niña la estaban chantajeando con algo tan delicado como la vida de esos dos muchachos, no podía darse el lujo de cometer ningún error, pues además de que él probablemente también pagaría las consecuencias, ya no podría ayudar a Andrea y así saldar, en parte, la deuda que tenía con su familia.

Una vez sola Mayra comenzó a carcajearse. Andrea ni siquiera la miró. Esa bruja podía irse al infierno con todo y sus zapatos de marca, a ella le daba lo mismo.

—Si necesitabas un peluquero créeme que te hubiera mandado con el mío, sé que ahora eres... pobre, pero pareces un espantapájaros cuñada —al ver que Andrea ni siquiera se inmutaba con su comentario continuó—. En fin... ya tú sabrás, me queda claro que eso de la moda nunca ha sido lo tuyo, al contrario —de repente metió la mano en su bolso y sacó un sobre blanco—. Firma esto —se lo tendió esperando que la joven a la que acababa de despojar de todo lo agarrara. Al ver que no lo hacía perdió la paciencia, esa chica siempre la exasperaba—. Es una carta para tu hermanito, en ella te despides y le dices que quieres dejarlo ser feliz junto a mí, muy conmovedor ¿no?, sinceramente no creo que se preocupe mucho por ti; sin embargo, así me aseguro que de verdad no trate de contactar contigo. Le diré que yo misma te vi hoy y que después de pedirme un millón de veces que te disculpas te fuiste dejándome esto —Andrea la leyó corroborando que en efecto eso decía. Escribió con desgana su nombre y se la regresó—. Gracias Andy, pero ya quita esa cara, pareces, no sé... me das escalofríos. Mejor sonríe, por fin no volveremos a vernos las caras, si a ti eso no te hace feliz a mí sí, incluso hoy pienso celebrarlo. He soñado tanto tiempo con este día en que al fin desaparecieras —Andrea seguía ausente. Se puso de pie harta de escuchar su cuchicheo, por otro lado, respirar el mismo aire que ella ya comenzaba a afectarle—. Por cierto... ¿dónde te metiste todo este tiempo?, pensé que el idiota de Matías —al escuchar su nombre aunque fuera en los labios de esa mujer sintió una punzada de dolor que enseguida logró enterrar—, te mandaría de regreso, pero desapareciste este par de meses —Andrea miraba por la ventana recordando exactamente donde estuvo y las veces que deseó que su cuerpo le doliera más que su alma para dejar de sufrir—. La verdad es que me importa un cuerno, pero por como luces no fue nada grato lo que te puso a hacer. Tu cutis.... Dios, en serio necesitas un facial con urgencia y no te digo de tu peso, de por sí nunca has sido muy llamativa, ahora das... no sé... lastima —su indiferencia ya estaba irritándola, la odiaba, nunca había odiado a nadie tanto como a Andrea Garza. Lo tenía todo, todo maldita sea: una familia, dinero, mucho dinero, una belleza tan extraña que hacía que a donde fuera la observaran y un temple de acero. Por más que hizo durante todos esos años para doblegarla, para hacerla sentir insignificante, para que dejara a un lado su maldito orgullo, no lo consiguió, siempre luchó. Más de una vez se quedó ya sin armas en contra de esa odiosa niña. Sin embargo, era demasiado noble para su mala suerte, por lo que amenazarla con la vida de su hermano y luego con destruir la reputación de ese imbécil de Matías, logró que accediera a todos sus caprichos. Debía reconocer que no fue fácil, pero al final ya tenía lo que quería, la había llevado poco a poco a la situación ideal para que sin mucho riesgo, ella ser dueña de la mitad de todo y luego, con la ayuda de

Ricardo, ese imbécil que trabajaba con su marido, lograr ser la que manejase absolutamente todo. Debía pensar fríamente y no dejarse llevar por la emoción, un paso en falso y todo se vendría abajo. Le llevaría su tiempo, pero no importaba, el plan era perfecto, nada podía salir mal si se apegaba a él como hasta ese momento. Esperó tanto para llegar hasta donde estaba y tener a ese par de hermanos donde ahora los tenía, que debía controlarse para no brincar de la emoción. Andrea por lo pronto estaba eliminada, ahora faltaba Cristóbal. Sonrió para sí misma gozando su victoria. Con él... con él lo haría después, a lo mejor, mucho después, probablemente el día que se cansara de tenerlo en la cama.

De repente Gregorio entró atareado.

—Siento la tardanza... son varios documentos y tenía que certificarlos —de inmediato notó que Mayra se alejaba de Andrea y lo miraba inocentemente.

—No te preocupes Gregorio, este papeleo ha de ser muy tardado —sonreía mostrando una dentadura perfecta que a él nunca le convenció. Le tendió un sobre con todos los documentos.

—Aquí está todo, creo que ya no falta nada.

—Gracias, aún estoy muy sorprendida por recibir este... regalo. Andy, recuerda que todo esto es tuyo y si llegas a arrepentirte te lo devolveré, para mí será como si te lo estuviera cuidando —parecía sincera, eso destanteó al abogado mientras observaba cómo Andrea giraba hacia ellos con semblante indiferente.

—No lo haré... todo eso no me interesa y... —la miró incisivamente—, jamás me interesó, disfrútalo —Mayra abrazó los papeles fingiendo conmoverse.

—Has sido como una hija para mí, le daré tu carta a Cristóbal, no te preocupes, él entenderá que necesitabas alejarte —se acercó de nuevo a ella cariñosa—. Cuidate Andy, pase lo que pase ya sabes que somos familia —Andrea la perforó con los ojos. Lo que Mayra vio o más bien, no vio en ella, le puso la piel de gallina. No mostraba emoción alguna. Se hizo a un lado de inmediato desconcertada, pensando que probablemente esa chica acabó por enloquecer. El hecho no le importó demasiado en realidad, lo que a ella le sucediera de ahora en adelante no le importaba.

—¿Cuándo entrarás en posesión de todo eso Mayra? —preguntó Gregorio como si no le interesara mucho.

—Aún no lo sé, me esperaré unos meses... ¿puedo pedirte un favor Gregorio?

—El que quieras.

—No se lo menciones aún a mi marido, tú sabes que este tipo de cosas podrían poner en peligro el futuro del conglomerado y no quiero verlo estresado. Ya encontraré la manera de yo misma decírselo, pero por ahora no tiene ningún caso, prefiero que sigan pensando que él continúa manejándolo todo, además, como escuchaste quiero darle tiempo a Andrea para ver si no cambia de opinión —el hombre asintió fingiendo comprenderle.

—No tengas pendiente, me parece una buena decisión. Después de todo el que él maneje las acciones a ti te da lo mismo ¿no es cierto?, quién mejor que Cristóbal para velar por tus intereses o los de Andrea.

—Así es Gregorio —ese hombre no le caía mal, si bien tenía una lealtad infinita hacia los Garza, con ella siempre se mostró cortés y la aceptó de inmediato como esposa de Cristóbal, cosa que no podía presumir de muchas otras personas que se habían cansado de hacerla sentir menos cada que podían. Pero eso ya no volvería a suceder y menos teniendo el poder que ahora tenía. Cada una la pagaría y le suplicaría que la perdonase. Pensar en eso iluminó su rostro. Le tendió la mano a Gregorio para despedirse, gesto que él respondió sonriente—. Andy... ¿quieres que te lleve a algún lugar? —ella negó fríamente. Andrea le dio un abrazo soso al abogado después de agradecerle.

El hombre quería que no se fuera, necesitaba hablar con ella, ni siquiera sabía dónde contactarla. Sin embargo, Andrea, un segundo después, desapareció dejándolos ahí a los dos. Mayra se encogió de hombros indiferente.

—Yo creo que Andy no está bien... me parece que es bueno que se dé un tiempo —el hombre asintió sintiendo una enorme impotencia en su interior. Andrea no tenía prácticamente un peso ya, ¿qué iba a hacer?, necesitaba encontrarla y decirle que no le haría falta nada mientras él viviera y aún después.

Mayra se fue unos minutos después fingiendo consternación y confusión.

En cuanto se quedó solo le preguntó a su recepcionista si Andrea no había dejado ningún dato. La respuesta fue negativa. Regresó a su despacho y cerró poniéndole llave, se sentó en su mullida silla y sacó del cajón que dejó entreabierto una pequeña grabadora. La detuvo y le puso *play*. Lo que escuchó lo dejó helado, esa mujer tenía que ver en todo eso, en la grabación lo daba a entender, aunque no lo decía abiertamente. Sintió que el aire le faltaba, se aflojó el nudo de la corbata y esperó a tranquilizarse, no podía enfermar en ese momento, no con esa niña por ahí sola, seguramente asustada. Debía actuar inteligentemente, esa no era suficiente prueba como para denunciarla aunque para él si lo fuese. Ayudaría a Andrea y llegaría al fondo de todo aquello.

Pensó unos minutos en todo lo que estaba sucediendo y en lo que acababa de hacer. Una hora después le pidió a su asistente que se pusiera a buscarla en todos los hoteles de la capital. No fue suficiente con su ayuda, un par de chicas más también tuvieron que emprender la labor. Encontrar a una persona en una ciudad tan grande era prácticamente imposible, tanto, que él mismo se dio a la tarea de hacerlo.

Ya eran casi las ocho y media de la noche cuando por fin, Margarita dio con ella. Sin embargo, la buena noticia de inmediato fue opacada, Andrea había abandonado el hotel a medio día. El hombre sintió náuseas. ¿Cómo la encontraría? Si se marchó con una amiga, sería imposible dar con ella y sabía muy bien que no tenía dinero, él mismo presencié el momento. Se quedó en la ruina y todas sus cuentas pasaron a ser de aquella mujer... La buscaría, daría con ella.

Andrea aterrizó en Toronto a media noche. Agarró un taxi afuera del aeropuerto y pidió que la llevaran a la dirección que Sean le dio. Las luces de la ciudad, los espectaculares asombrosos, los edificios altísimos, mucho movimiento en las calles, pero ella sólo podía pensar que aún le faltaba un poco más para comenzar su nueva vida. Llegó a unos modernos departamentos y timbró en el número que tenía anotado en el papel.

—*Hello it's me* —un segundo después subió al elevador, tecleó el número de piso al que se dirigía y esperó. Cuando se abrieron las puertas metálicas, apenas un segundo después, lo primero que vio fue a él.

—Dios... Andrea... —se acercó a ella y la abrazó fuertemente. La joven no sintió alivio, ni alegría, ni nada. Estaba ahí, solamente. Sean notó su falta de reacción, asió su maleta esperando que saliera al pasillo. Caminó hacia la puerta y entró sin esperar. Enseguida la escuchó que cerraba y giró hacia él.

—Siento llegar tan tarde, no encontré otro vuelo —Sean era alto, de cabello negro y pestañas muy espesas, los ojos de ambos eran del mismo tono verde oliva y sus facciones se encontraban en perfecta armonía con su rostro. Era guapo, demasiado, pero de un modo muy diferente a *él*, recordarlo nunca le hacía bien; sin embargo, no podía evitarlo en ese momento. Mientras que Sean era conquistador e increíblemente atractivo, Matías era sensual, grande, dolorosamente perfecto e irradiaba masculinidad por cada poro de su cuerpo.

—¿Bromeas? Si me lo hubieras dicho te habría recogido —la recordaba sonriente y temeraria, de hecho gracias a eso estaba en deuda con ella. Andrea siempre le intrigó, desde el primer momento que la vio entrar a aquel aula en el internado de Vancouver. Era imposible no notarla, demasiado hermosa y demasiado poco consciente de ello. No se relacionaba con facilidad, miraba con desconfianza pero aun así, siempre sonreía. Eso le atrajo desde el primer momento. Él, en esa época, era el típico chico insoportable y muy popular. Sin embargo, no pudo evitar acercarse a ella desde el primer momento. Recordaba lo difícil que fue intercambiar unas palabras con esa joven de mirada desconfiada; pasaron meses para que lograra sacarle más de una monosílaba cada vez que platicaban. Con el tiempo se fue abriendo y logró ser como máximo su amigo, ya que a Andrea parecía no importarle el sexo opuesto para otra cosa que no fuera eso. Se sintió frustrado, pero confió que con el tiempo conseguiría enamorarla y poder arrancarle aunque fuese un beso. Sus planes se vieron frustrados por Lauren, recordar aquella chica aún le producía un leve dolor de cabeza. Fueron novios, pero él la dejó casi al mismo tiempo que Andrea ingresó a ese internado donde tenía que permanecer hasta terminar el *highschool* si pretendía independizarse del negocio familiar de sus padres y quería elegir su propio destino. Lauren, al ver que la relación entre ambos avanzaba tan lentamente, no se sintió amenazada, pero en cuanto Andrea y él se empezaron a hacer más cercanos, la chica ardió en odio. Así que inventó que Sean intentó abusar de ella una noche; mostró incluso signos de pelea por todo su cuerpo. Andrea se enteró

del embrollo en el que estaba metido y sabía muy bien que si de ahí también lo corrían no tendría oportunidad de estudiar lo que tanto quería, ni zafarse de sus padres jamás. Así que sin que él supiera, la joven que le quitaba el sueño, le dijo al director que eso era imposible pues ella se había colado esa noche a su habitación e intentó que entre ellos sucediera algo, cosa que, según sus palabras, Sean había evitado a toda costa rogándole una y otra vez que regresara a su recámara. Él nunca supo cómo era que la chica con quien compartía cuarto Andrea confirmó su cortada al igual que Ron, su mejor amigo aun ahora, que también ratificó los hechos. Su reciente amiga, como era de esperarse, fue expulsada del internado al poco tiempo, sin que él pudiera siquiera intentar limpiar su nombre e intentar demostrar su inocencia. Esa hermosa joven lo salvó y haría por ella lo que fuera en recuerdo a aquel gesto que le permitió, de cierta forma, ser dueño de su destino.

No se sentía orgulloso de lo que Andrea inventó. Al ver que ella continuó en contacto con él y que estaba bien en aquel internado en Italia lo hizo sentir sólo un poco mejor. La quería, siempre lo había hecho, pero sospechaba que esa chica jamás lo notó. Y ahora la tenía frente a él, después de tanto tiempo se volvían a ver; sin embargo, no parecía ser la misma. Siempre le dio la sensación de que algo ocultaba, que no le decía algo vital en su vida; no obstante, siempre respetó su silencio, más se daba cuenta de que seguramente el peso de aquello que no sabía, acabó al fin con su alegría y frescura.

—No era necesario Sean, ya ves, estoy aquí —se acercó a ella y acunó su barbilla haciendo que lo mirara.

—Y no sabes lo feliz que me hace... ha pasado tanto tiempo —volvió a abrazarla. Ese gesto la tomó de nuevo por sorpresa, pero esta vez no se quitó, necesitaba sentir el afecto de alguien, era urgente olvidar, aunque fuera un momento todo lo que pasó y todo lo que dejó. Recargó su rostro en su pecho rendida y cerró los ojos añorando que fuesen los brazos de otra persona los que la rodearan—. Andrea... ¿está todo bien?... digo, tu llamada fue algo extraña —ambos caminaron hacia la moderna sala.

—Sí Sean, pero... —agachó los ojos al tiempo que se sentaban uno frente al otro. Confiaba en ese hombre; sin embargo, no podía contarle la verdad, no podía arrastrar a más personas, se lo había jurado.

—¿Pero qué? —él siempre se mostró atento y cariñoso, desde el primer momento buscó ser su amigo y con el tiempo lo logró. Sin embargo, cuando sospechaba que comenzaba a sentir algo más por ese joven de sonrisa sincera, sucedió lo de aquella chica y como sabía que Mayra pronto se enteraría que tenía una amistad ahí, usó eso a su favor por única vez y lo salvó de la furia de sus padres. Si, le tenía mucho cariño, pero no iba a decirle nunca la verdad, su pasado debía enterrarlo, ese era el siguiente paso y para eso necesitaba su ayuda.

—Sean... no quiero que me hagas preguntas... ¿Lo prometes? —Asintió levantando la mano derecha—. Tú ¿podrías ayudarme a conseguir papeles falsos? —la miró atónito y sin comprender.

—¿Papeles falsos?, pero... ¿para qué? —Andrea se puso de pie y deteniéndose a unos centímetros del enorme ventanal que daba a una avenida central donde todos los rascacielos lucían soberbios y enormes ante ella. Espectaculares por doquier y aún a esa hora, gente caminando y saliendo de diferentes establecimientos después de una noche de diversión. Así era Toronto. Sacudió la cabeza haciendo a un lado cualquier sentimiento y pensamiento.

—Necesito cambiarme el nombre...

—Por Dios Andrea... eso es ilegal y... peligroso —ella asintió sin mirarlo.

—Lo sé, tú sólo ayúdame a conectar con alguien, yo haré el resto.

—Me asustas... ¿qué sucede?... No puedes soltarme algo así y dejarme sin la posibilidad de preguntar.

—Sean, no puedo decirte nada. Lo siento, ya cometí muchos errores y no pienso cometer más. ¿Puedes o no puedes ayudarme? —se acercó hasta ella haciéndola girar para que lo viera.

—Andrea, eso que me pides puede ser muy arriesgado, si te descubrieran podrías terminar en la cárcel. Olvídalo, no lo haré, no me lo perdonaría.

—Entonces buscaré alguien más que lo haga —volvió a perder su mirada en la ciudad. Lo escuchó alejarse y sentarse de nuevo en el sofá.

—Dime ¿Por qué quieres hacer algo así?... ¿estás en peligro?... Andrea tener que llegar a esos extremos...

—Sean no te diré nada, no puedo, no debo —volteó hacia donde estaba sintiéndose un poco frustrada. Sabía muy bien que no sería fácil. No tenía ni idea de cómo convencerlo.

—De acuerdo, tú sabes que te debo mucho y... te voy a ayudar —se sentó de inmediato a su lado asombrada. Él parecía tenso y la observaba temeroso.

—Gracias...

—Lo haré pero... no como quieres. Comprende, no podría vivir sabiendo que pude haberte evitado esa situación —lo miró confundida.

—Escucha, vamos a descansar, tanto tú como yo estamos agotados, mañana hablaremos ¿de acuerdo? —Andrea no quedó muy convencida; sin embargo, estaba exhausta y necesitaba con urgencia dormir. Sean le preparó un emparedado junto con un vaso de leche sin volver a tocar el tema. Le mostró su habitación mientras metía su equipaje en ella—. Descansa y... estoy feliz de volver a verte, aunque sea en esta situación —le dio un beso en la frente que no alcanzó esquivar. Sean se daba cuenta que evitaba a como diera lugar cualquier acercamiento, algo muy grave estaba sucediendo.

Durmió casi hasta el mediodía. Después de salir de ese rancho donde llevó el cuerpo a su límite, no pudo darse el permiso de recuperarse. Aun así se regañó a sí misma al darse cuenta de que se le olvidó poner una alarma. Necesitaba hablar con Sean.

Se duchó rápidamente y cuando salió encontró un recado en la barra de la moderna cocina.

“El frigorífico está lleno, come lo que quieras y siéntete como en tu casa. Cualquier cosa mi número está en la memoria del teléfono. No tardo. Sean.”

Paseó la mirada contemplando el lugar. No era muy grande, pero sí muy moderno y bien equipado, era evidente que a le iba bien y eso le dio gusto. Se preparó otro emparedado y se lo comió perdiendo la vista por las grandes ventanas que rodeaban prácticamente al apartamento. En cuanto terminó, lavó todo, regresó a su habitación y sin darse cuenta se volvió a quedar dormida.

Unos ruidos la despertaron, se talló los ojos desorientada. Recordó de pronto donde estaba y ojeó el reloj de su móvil. Pasaban de las seis de la tarde. Se levantó de prisa maldiciendo, se echó agua en el rostro y salió de inmediato.

Él estaba poniendo un par de manteles en la mesa y sacaba de una bolsa algo de comida. Al verla le sonrió cariñoso.

—De verdad estabas cansada —se acercó hasta él con la intención de ayudar. Pero no se lo permitió—. Yo lo hago, tú siéntate. Traje comida China, espero te guste.

—Sí, gracias.

—¿Descansaste? —preguntó estudiándola de reojo mientras ponía todo hábilmente en diferentes recipientes.

—Sí —se daba cuenta de que no tenía intenciones de entablar una conversación. Desde el día anterior en la noche la notaba muy diferente, pero ahora que la veía a plena luz del día estaba seguro de no conocer muy bien a la chica que tenía ante sí. Ella ya era toda una mujer, su figura se había estilizado a pesar de verse tan delgada, su piel estaba muy bronceada, lo que hacía que sus ojos se vieran aún más verdes y grandes. El cabello lo llevaba enredado en una coleta descuidada, vestía un jean y una blusa blanca de lo más común. Parecía que su imagen no era muy importante en esos momentos, aun así era hermosa y con los años, su belleza se había acentuado de una forma muy especial haciéndola ver a pesar de todo, una mujer verdaderamente asombrosa digna de contemplar.

Sean comenzó a contarle sobre su trabajo y acerca de la obra que hacía allí. De esa forma se enteró de que ese era uno de los apartamentos que la empresa donde laboraba ponía a disposición de los empleados de altos cargos. Él ya contaba con un chalet en Quebec al que casi no asistía y en el que le encantaba estar. El joven era dos años mayor que ella, así que era admirable lo que logró hacer en una edad tan temprana.

Conforme transcurrió la cena supo también que su padre hacía poco se jubiló por razones de salud, por lo que absorbió, sin remedio, parte de la responsabilidad de la empresa automotriz de la cual su papá era dueño. Eso no lo hacía muy feliz; sin embargo, estaba logrando conjugar ambas cosas gracias a que su padre tenía personal altamente calificado que estaba muy comprometido con la empresa y su buen funcionamiento.

Sean notó que lo escuchaba atenta, no decía nada, sólo esas respuestas monosilábicas que negaban o afirmaban sobre algo. Ambos ya habían terminado de comer cuando bebió un poco de vino de su copa y la miró inquisidoramente.

—Andrea, he estado pensando todo el día y... te voy a proponer algo que... puede ser la solución para lo que ayer me pediste. Sé que sonará descabellado, pero es lo único que te puedo ofrecer —ella lo observó sin comprender—. Sólo que hay una condición... —asintió aguardando—. Contestarme una sola pregunta...

—Sean... yo... —la silenció poniendo una mano sobre la suya, pero sin perder tiempo la quitó para colocarla en la base de su copa. El pelinegro ignoró su reacción. Era evidente que algo muy grave ocurrió, confiaba en que era cuestión de tiempo para que esa Andrea que conoció y con la que tantas veces soñó, despertara de ese letargo y volviera a sonreír como siempre.

—Sólo di sí o no, he notado que eso no te cuesta ningún trabajo —al ver que ella no dijo más continuó—. Lo que quieres hacer ¿lo haces para... esconderte de alguien? —La joven sopesó si debía responder. Al final asintió seria—. De acuerdo... una más... por favor.

—Está bien... —aceptó suspirando.

—¿Te busca la... policía?

—No —le dio un pequeño golpe a la mesa y luego volvió a beber de su copa con una media sonrisa de esas que seguramente hacían fantasear a más de una.

—Muy bien, entonces te diré mi propuesta... Andrea... cástate conmigo —al escucharlo abrió los ojos como plato y sintió que si hubiera tenido algo dentro de la boca se hubiera atragantado. El chico se congratuló al ver una reacción en ese bello rostro.

—¿Casarnos?

—Sí, casarnos. Escucha... —hizo a un lado los platos recargándose en la mesa con desgarbo—. A mí me no me quita nada, no tengo pareja, ni nada formal con nadie y debo decirte que no pienso tenerlo; sin embargo, mis padres se mostrarán felices cuando se enteren de que al fin senté cabeza —esto último lo dijo entrecomillándolo—, y tú... necesitas cambiar de nombre, yo te ofrezco cambiar de apellido, y que te conviertas en Andrea Blake, nadie sabría de ti. Podrías volver a empezar sin miedo a que alguien te descubra —lo escuchó meditando acerca de lo que acababa de decir. La idea no le parecía la adecuada.

—Sean, eso también es ilegal, digo... es fraude.

—Sí, pero no es ni por asomo tan arriesgado como lo otro. Andrea, no sé qué te sucedió, ni por qué estás así, debo admitir que me preocupas mucho; sin embargo, no haré más preguntas y sabré sólo lo que tú quieras decirme. Podrás hacer tu vida como quieras, aquí o en cualquier parte al igual que yo, será un matrimonio de conveniencia y nosotros seguiríamos tan amigos como siempre.

—Pero... ¿si tú algún día te quieres casar? Ahora dices que no, pero puede llegar alguien que te haga cambiar de parecer —eso era justo lo que le había pasado en cuanto entró a su apartamento la noche anterior—. Sean yo no puedo hacerte eso —él tardó un segundo en responder mirándola de una forma un tanto extraña.

—Eso no creo que suceda...

—Tú... no eres gay ¿verdad? —lo decía en serio. El chico soltó una carcajada que le hizo saber su respuesta de inmediato.

—No, nada más lejos de eso, digo... no tengo nada en su contra pero no, me gustan las mujeres. Así que ¿qué dices? —perdió la vista en el líquido rojo que él acababa de volver a verter dentro su copa.

—No lo sé... yo no pienso vivir aquí —no comprendió.

—entonces ¿dónde?... creí que por eso habías venido hasta acá.

—No... tengo que llegar a San Diego.

—¿San Diego? ¿Y eso por qué?, ¿no crees que rodeaste un poco?

—Porque ahí me esperan —Sean sintió una punzada de celos que logró esconder.

—¿Quién?

—Jean, una amiga. Ambas comenzamos una florería allá y debo ir ayudarle.

—Entonces... ¿piensas vivir ahí? —asintió sin verlo. Sean permaneció en silencio unos minutos.

—Okay, eso no es problema, tú vives allá, yo viajo mucho... al final no seremos un matrimonio normal...

—Sean...

—No, espera... ¿pero ella?... No comprendo. Si ya tienes un negocio allá y esa chica te espera, ¿para qué el cambio de nombre?... de todas formas te encontrarán —tomó aire para responderle.

—Nada está a mi nombre, yo sólo puse el dinero y Jean lo montó, de hecho todo lo que me queda está a su nombre —él abrió los ojos impresionado. Enseguida se dio cuenta de que Andrea en verdad huía de algo muy grande, nadie hacía todo eso por cualquier cosa.

—¿Confías plenamente en ella?

—Tuve y tengo que hacerlo, espero que no me haya equivocado —el pelinegro se levantó y se acercó hasta la ventana meditando.

—Andrea, prometí no preguntar más y también ayudarte, cumpliré mi promesa aunque créeme que me cuesta mucho... ¿qué dices?... ¿nos casamos?

—¿No tendremos problemas por mi nacionalidad?

—No, averigüé y no, aquí en Canadá no es tan complicado. Pero debemos vivir aquí un mes juntos, así será todo más creíble, podemos comprobar que nos conocemos de muchos años —ella asintió sopesándolo todo. Le urgía llegar a su destino; sin embargo, si salía de ahí con otro apellido y cruzaba Estados Unidos con ese nuevo nombre vía terrestre, probablemente sería mucho más complicado dar con ella.

—De acuerdo —él sonrió al escucharla. Jamás planeó casarse, pero desde el momento en que la idea cruzó por su cabeza repentinamente, el hecho ya no le pareció tan desagradable y sabía bien que se debía que era con ella.

—Perfecto, entonces en un mes serás la Señora Andrea Blake, ¿no suena tan mal? —sintió un nudo en la garganta que casi la ahoga. Sí soñó en casarse, pero no así, no con él, no de esa forma. Ella había soñado en hacerlo con Matías, en aquella capilla que la hacienda poseía y alrededor de toda la gente que ahí conocía. Sin embargo, todo eso era parte de su pasado y ahora era terriblemente lejano e imposible. Jamás volvería a entregar el corazón, ese ya lo había otorgado y quería que permaneciera en ese lugar para siempre pues nadie en el mundo se lo merecía más que él. La propuesta de Sean era buena y ayudaría para desaparecer realmente, por otro lado, siendo casada, se ahorraría muchas situaciones desagradables.

—Sólo una condición.

—¿Tú me pones condiciones? —le preguntó bromeando. Pero la joven no sonrió.

—Si conoces a alguien y quieres... formalizar las cosas, me lo dirás... ¿de acuerdo?... yo no quiero complicar tu vida.

—Por eso no te preocupes... no pasará.

—Pero si pasa, prométeme que me lo dirás.

—De acuerdo, pero probablemente me guste estar casado contigo más de lo que espero —ella no comprendió muy bien a qué iba ese comentario; tampoco quiso averiguarlo. Lo importante era que todo iba saliendo conforme lo planeó y con cada minuto que pasaba aumentaba la sensación de dolor.

Matías ya no podía más. Le gustaba estar en Londres, desde que aterrizó, hacía un mes, no paró de trabajar. Viajaba y se mantenía ocupado todo el tiempo para no pensar, para no sentir. Sin embargo, nada lograba hacerlo sentir mejor. Ya llevaba más de tres meses sin verla, sin saber nada de ella y cada día era peor que el anterior. La última vez que habló con Cristóbal, le comunicó que se iría a Europa y que tardaría una temporada en regresar por lo que a su amigo sólo le quedó darle las gracias y desearle buen viaje. De ella ni siquiera conversaron, pues su hermano sabía que en unos días llegaría a la capital y que a Matías no le agradaba hablar mucho sobre ese tema en especial ya que al parecer las cosas no terminaron bien.

Había días, como ese, que sentía una necesidad enorme de buscarla y de rogarle que lo dejase verla, con eso se conformaría. Sin embargo, no podía humillarse más. La última vez que la vio ella fue dolorosamente clara, no lo amaba y prefirió quedarse en ese lugar, que regresar a la hacienda para no tenerlo cerca. Aún no se reponía de ese golpe, sus palabras se clavaron como cuchillos filosos en su alma. Seguía teniendo esa sensación de que ella no había sido honesta, que su cambio fue demasiado abrupto. Sorbió de su expreso perdiendo la mirada en la llovizna tan común y se regañó a sí mismo. No podía seguir justificándola o intentando buscar razones para su comportamiento, ella lo usó y no existía nada más, se burló de él tanto, que en esos momentos debía estar revolviéndose de la risa solo de recordarlo.

Aún creyendo eso, no podía odiarla, la amaba y sospechaba que tendría que aprender a vivir con ese sentimiento a pesar del dolor que le causaba. No sabía porqué ese día sentía que esa opresión en el pecho, que lo acompañó los últimos meses, crecía de una manera desproporcionada; ese día ni siquiera logró trabajar. Desde que amaneció su rostro no lo dejaba pensar con claridad y por mucho que intentó ocuparse en los problemas de la empresa, no pudo. Así que después de cometer un par de errores decidió salir a dar una vuelta. Sus padres se fueron a unas pequeñas vacaciones de una semana después de su llegada. Los comprendió, después de todo en esos momentos no era muy buena compañía. Los dos intentaron por todos los medios saber qué era lo que le ocurría y por otro lado, era difícil que ambos tuvieran tiempo para disfrutar de su matrimonio, por lo que él mismo los instó a hacer un crucero por las islas Griegas que tanto les gustaban. Pensando en todo eso, observando el gris exterior, tomó una decisión, en cuanto regresaran volvería a México; extrañarla a ella y también a la hacienda estaba siendo ya demasiado. Por lo menos allá la sentiría más cerca aunque eso abriera aún más la herida.

Andrea y Sean se casaron en la alcaldía de Toronto esa mismo día en que Matías no lograba sacarla de su mente. El chico se hizo cargo de todo mientras ella pasaba los días comunicándose con Jean por internet o conociendo un poco la ciudad. Su compañía se tornó bastante grata a pesar de lo callada y poco expresiva que ahora era; no sonreía salvo en contadas ocasiones y lo único que lograba era un intento muy débil y poco convincente. Él decidió que dejaría pasar un tiempo para comentarles a sus padres sobre su nueva situación ya que prefería usar esa carta cuando mejor le conviniera.

A Andrea en realidad le daba igual, para ella era sólo un trámite que no representaba nada y sabía que nunca lo representaría. No obstante, firmar aquellos papeles fue como si algo dentro de su pecho se terminara de romper, eso la separaba definitivamente de él y era el punto final a esa fantasía de que algún día podrían volver a estar juntos por mas ficticia que fuese esa unión.

No hubo celebración, ni nada especial, pero él insistió en que usase un vestido que le regaló un día antes, argumentando que si el juez notaba la poca importancia que le daba y debido a su nacionalidad, podrían

dudar de la legitimidad del matrimonio. Con el mismo pretexto prácticamente la arrastró hasta una estética donde le arreglaron el extraño corte que traía y le alaciaron el cabello maquillándola sólo un poco. El resultado no le desagradó, pero tampoco la ilusionó; le era inclusive si era sincera. Sin embargo, cuando Sean la vio, supo que haría todo para que ese matrimonio se volviera realidad. Le daría tiempo... era evidente que lo necesitaba, pero lucharía por ella, eso ya estaba decidido, después de todo... ya era su esposa.

Unas semanas más tarde los nuevos papeles en donde se demostraba su nueva identidad, llegaron. Al verlos sintió que al fin era libre. Se encontraba sola y se dio cuenta de que sonreía a pesar de lo que esto significaba. Al llegar Sean y ver el sobre con los documentos sobre la mesa del comedor, sintió una oleada de ansiedad. Sabía bien lo que significaba; ella se iría, lo dejaría probablemente más pronto de lo que pensaba. Ese sentimiento de posesividad le resultó bastante desconocido; no pudo evitar que creciera después de aquel día en el que se casaron y tuvo que darle un beso frente al juez. Aún después de tres semanas podía sentir sus labios sobre los suyos. Andrea se le estaba clavando en el corazón a pesar de ser la sombra de lo que él recordaba que era y que sabía aún existía en su interior y que, por alguna razón lo enterró. Varias veces, cuando la observaba sin que se percatase, se daba cuenta de que estaba a miles de kilómetros de ahí y no podía evitar pensar que alguien ya ocupaba su corazón y su mente y que era en él en quien pensaba, pues sólo en esos momentos bajaba la guardia y se mostraba como una mujer radiante y plena; sin embargo, en cuanto percibía su presencia volvía a ser la de siempre: callada, taciturna, desconfiada y lejana, muy lejana.

—¿Ya los viste? —alzó la vista del sobre que tenía en las manos. Ella llevaba el cabello agarrado en una coleta y traía unos pants negros que la hacían ver especialmente hermosa.

—Sí... —le tendió los papeles serio. Andrea ignoró el gesto agarrándolos.

—Sean, mañana quiero salir hacia San Diego.

—¿Tan pronto? —asintió mientras se servía un vaso de agua tranquila.

—No puedo dejar que Jean siga haciendo todo, tengo que ir a ayudar.

—Pero... si te esperas yo puedo acompañarte, si quieres el fin de semana... —no quería que se fuera, necesitaba tenerla cerca.

—No Sean, ya compré el boleto. Me iré en tren y autobús —frunció el ceño al escucharla.

—¿Por qué?, vas a tardar varios días en llegar allá, si es por el dinero no te preocupes... mañana reservo un boleto para San Diego —recargó su cadera en la barra observándolo agradecida.

—No es eso, yo tengo suficiente. Necesito... que no haya registros de mí.

—Pero... si ya te cambiaste el nombre... nadie sabría que eres la misma que entró a Canadá hace casi dos meses.

—Lo sé... pero aun así, lo haré de esa forma —Sean intentó infructuosamente sacarle lo que en realidad sucedía; no obstante se mostraba hermética y no lograba exprimirle ni una sola palabra ni de eso, ni de gran parte de su pasado. Aún no comprendía por qué sentía lo que sentía por ella; sin embargo, no lo podía evitar y lo peor era que el sentimiento estaba creciendo peligrosamente.

—De acuerdo, pero me dejarás la dirección ¿verdad? —asintió mostrándole un leve gesto que parecía ser una sonrisa. Sean se había portado mejor de lo que esperó, estaba segura de que si no amara como amaba a Matías ya a esas alturas estaría perdidamente enamorada de ese chico de carácter sencillo, divertido e inteligente, con gran corazón. Sin embargo, no era así y mientras más rápido lo supiera mejor, no quería lastimarlo, no quería volver a lastimar a nadie más, nunca.

—Y el teléfono...

—Okay... ya sé que no te haré cambiar de parecer... pero... ¿me aceptarías una cena de despedida? —dudó, no sabía si era buena idea, tenía que terminar de empacar y descansar pues el viaje en efecto sería largo.

—Por favor... será tu última noche aquí...

—Está bien, dame cinco minutos para cambiarme —él sonrió feliz.

—Tómate tu tiempo, iré reservando en un lugar que sé te gustará.

Esa última noche juntos, ella habló más de lo que solía; no obstante, continuaba manteniendo una enorme distancia entre ambos. No permitía mucho el contacto físico y conversaba sobre temas seguros como la situación actual del mundo, las nuevas políticas o el estilo de vida en Canadá. Sean se daba cuenta de que estaba más accesible de lo normal, así que no hizo preguntas personales y disfrutó de la inteligente charla.

Al día siguiente la acompañó a la estación y se despidió dándole un beso en la frente que de nuevo no alcanzó a esquivar y que odiaba le diera pues inevitablemente le recordaba a aquel hombre con el que soñaba noche tras noche y por el que daría toda su vida a cambio de volverlo a ver aunque fuese de lejos.

Tardo más de tres días en llegar, pues aunque el transporte era rápido, se tomaba su tiempo para descansar. Salió primero hacia Chicago, de ahí todo un día viajó para llegar a Dallas, después Phoenix, Los Ángeles y finalmente San Diego. Al llegar no pudo evitar evocar las veces que fue junto con Cristóbal y sus padres. Era un sitio tranquilo, bonito e ideal para comenzar su nueva vida. Por la noche del tercer día, el conductor del taxi se detuvo frente a la dirección que le dijo. La calle era ancha y a varios kilómetros al fondo se podía ver el mar. La casa desde afuera se adivinaba pequeña, una reja blanca de madera que se podría pasar levantando una pierna; un jardín minúsculo en el que había una escalera de no más de diez peldaños que culminaban en una puerta blanca muy al estilo americano. A pesar de eso le pareció perfecto.

Jean, desde que se mudó a San Diego, rentó ese lugar con dos habitaciones, así que en lo que Andrea la alcanzaba, la joven lo rentaba; sin embargo, hacía un par de semanas que el cuarto se desocupó gracias a su inminente llegada.

Pagó al conductor una vez que le bajó las maletas y aspiró todo el aire que era capaz de almacenar en sus pulmones. Ahí iba, su nuevo comienzo, con su nueva identidad y ahora debía averiguar cómo enterrar para siempre ese pasado que la atormentaba todo el tiempo y que tanto la hacía sufrir. Su vida en los últimos doce años se redujo a pérdidas; primero su nana, luego sus padres, después su hermano, Matías y... su bebé. Recordarlo a él, era de todo, lo más doloroso. Ese ser no tenía la culpa y en el mismo momento que se enteró que lo llevaba dentro y que estaba muriendo, sintió el amor más profundo que hubiese experimentado. No obstante, lo perdió, como a todos, como a todo. Sabía que jamás podría olvidar lo que ocurrió, marcas incluso físicas le dejó la ambición de esa mujer, pero tenía que lograr hacerlo por lo menos a un lado e intentar avanzar. La felicidad era un lujo demasiado difícil de alcanzar, así que ya no le interesaba acceder a ella, la había conocido y el sólo recuerdo la lastimaba demasiado, así que volvería a empezar sin ataduras, sin poner el corazón y sin recordar toda su vida anterior.

Tocó la puerta temerosa que nadie le abriera. Jean sabía que ese día llegaría; sin embargo, no quedaron en la hora. La florería cerraba a las seis, así que ya no podía seguir ahí, pasaban de las ocho. Escuchó ruido del otro lado y esperó serena.

—¿Andrea?... ¡Dios! Al fin... —en cuanto la vio la abrazó cariñosa. Andrea le devolvió el gesto sin tener más remedio. Jean fue su salvación, su única amiga y ahora sabía muy bien que la persona más leal y honesta con la se podía haber encontrado. Ambas eran de la misma edad, aunque físicamente muy diferentes. Jean le llegaba a la barbilla, tenía el cabello rubio platino, muchas pecas y unos lindos ojos azules. Su figura estaba bien torneada, no era delgada más tampoco pesada, estaba en lo que se denominaba “normal”, su cabello era muy rizado y al igual que el de Andrea, lo llevaba a los hombros. Jean solía traerlo suelto permitiéndolo esponjarse sin piedad. A su lado Andrea siempre se sintió, a pesar de su delgadez, mucho más grande y torpe, ya que esa chica se movía con gracia y agilidad, mientras que Andrea si bien no se caía cada tercer paso, nunca logró verse ligera ni tan suelta.

—Pero pasa, estás en tu casa —dijo guiñándole un ojo con complicidad. La recién llegada asintió cargando su equipaje. Al entrar el lugar le pareció mejor de lo que pensaba. Era muy pequeño; no obstante acogedor y eso era lo que siempre buscó. Todo estaba en el mismo espacio prácticamente. Una sala de diferentes colores y texturas se encontraba de lado izquierdo, en el fondo un diminuto comedor estaba justo en el centro de lo que al parecer era la cocina, la cual se reducía a una “L” donde estaban situados todos los aditamentos que una cocina común debía tener. Terminando un refrigerador blanco que hacía juego con las cubiertas. Más adelante una puerta donde se adivinaba un baño, a su lado y cerrando de nuevo el circuito, un escritorio con

un ordenador portátil abierto y montones de papeles, luego dos puertas que supuso serían las recámaras, en seguida un perchero muy simpático y una mesilla para las llaves. Ese era el apartamento y aunque era del tamaño de la que fue su habitación durante toda su vida, le pareció perfecto y muy hermoso—. ¿Te gusta? — Jean esperaba su veredicto de pie a su lado.

Andrea lucía diferente, sabía que su vida jamás fue fácil, que a pesar de tenerlo todo nunca pudo ser feliz y por su expresión algo aun peor había sucedido. Recordaba la inmediata amistad que surgió entre ambas, a pesar de sus diferencias culturales, físicas e incluso económicas; durante aquel año se llegaron a conocer bastante bien. Al grado que Andrea, cuando supo que el siguiente año no regresaría, le confesó que su cuñada provocó el accidente donde perdió a sus padres y ahora la mantenía amenazada con la vida de su hermano. Al principio no lo creyó si era honesta, le parecía algo salido de una película de suspenso; sin embargo, el miedo y desesperación con la que ella se lo narró logró convencerla. Andrea no era mentirosa, al contrario, solía decir lo que pensaba y sentía sin reparos, era directa y muy clara con ella a diferencia de las demás chicas; nunca se mostró altiva, más bien en cuanto la vio se acercó a ella sonriendo y presentándose. Después de eso la suerte las volvió a juntar poniéndolas en el mismo dormitorio. Se adaptó de inmediato al lugar; hablaba inglés fluidamente y no tenía problemas con nadie. Eso logró que ella misma pudiera tener varias amigas además de Andrea; sin embargo, ambas eran inseparables. Por eso cuando le contó su realidad, Jean se quedó helada y de inmediato se olvidó de sus problemas, ya que tener una familia que no poseía mucho dinero y estar rodeada de amor y mimos no era en absoluto una pesadilla. Lo idearon todo en días, Jean juró que la ayudaría; no obstante, durante más de un año no supo más de su amiga y Jean regresó a su escuela de los Ángeles. Pero justo antes de salir de highschool, Andrea se comunicó, siempre lo hacía desde correos diferentes, números diferentes y nunca a la misma hora. Hablaba poco y ambas continuaron planeándolo todo. Le pidió abrir una cuenta en donde iría depositando poco dinero para no levantar sospechas, luego le pedía que la cerrara y abriera otra en otro banco y hacía lo mismo. Más tarde, cuando había juntado una pequeña fortuna, Andrea le dijo que era tiempo de abrir la florería. Jean decidió que en San Diego sería ideal pues estudió mercadeo y llevaba años buscando el sitio ideal para establecer el negocio. A Andrea le daba igual, le pidió que tomara todo el dinero que necesitara, incluso para que pudiera establecerse, claro que no lo hizo, buscó un trabajo y montó el local poco a poco. Alquiló aquella vivienda junto con otra conocida que no pensaba quedarse mucho tiempo ahí. Cuando por fin lo logró, todo estaba a su nombre y supo que si había tenido una duda de la honestidad de Andrea era totalmente absurda, ella estaba dándole toda su confianza y el poder de dejarla sin nada si hubiese querido; sin embargo, jamás se lo planteó. Quería a Andrea y le estaba dando la oportunidad de independizarse y de tener un negocio propio con la sola condición de trabajarlo sola hasta que pudiera alcanzarla. Sabía que su amiga llevaba aún más tiempo depositando pequeñas cantidades. Ahora ella le devolvería todo y ambas serían socias del local.

—Está muy bien Jean.

—Me alegra, la verdad es que temí que no fuera así... —estaba a un lado de ella sonriendo—. Ven, te mostraré tu recámara para que dejes tus cosas. Has de estar cansada, luego habrá tiempo de conversar ¿no? —caminaron hacia la primera puerta que estaba de lado derecho. Una cama matrimonial cubierta por un edredón blanco que parecía ser de pluma de ganso; un par de mesitas de noche a los lados y enfrente una larga cómoda color maple que hacía juego con los otros muebles. De lado derecho, a la mitad de la pared contaba con una ventana que daba hacia la siguiente casa; tenía unas persianas blancas entreabiertas y otra cortina romana por debajo de un color rojo encendido que por la hora, ya se encontraban abajo. Ese detalle le agradó, le daba vida a la habitación y justo al lado un closet con puertas blancas. No tenía detalles ni nada que lo personalizara. Jean al parecer lo equipó con lo necesario esperando que ella lo decorara a su manera. Dejó su beliz recargado en la pared de lado izquierdo mientras que su mochila la abandonaba sobre su cama.

—¿Qué te parece?, no supe qué más ponerle, supongo que tú querrás imprimirle tu propio estilo.

—Está perfecto Jean... gracias... por todo —Jean se acercó dándose cuenta de que apenas y había hablado y que su voz sonaba más apagada en persona que por teléfono y eso ya era bastante.

—Andrea aquí todo va a ser distinto, ya lo verás y no tienes nada que agradecer al contrario —le puso una

mano sobre el ante brazo y le guiñó un ojo cariñosa—. Te dejo descansar y que te acomodes, ya tendremos mucho tiempo para saber de nuestras vidas ¿no es cierto?

—La verdad es que sí te tomaré la palabra, estoy rendida, me gustaría tomar un baño y descansar, ¿no te molesta? —la realidad es que necesitaba organizar todo en su cabeza y hacerse a la idea de que por fin estaba donde llevaba años planeando estar y ahora debía encontrar la forma de vivir esa vida sin que su pasado siguiera interfiriendo. Sin embargo, sabía que eso podría llevarle mucho, mucho tiempo. Por lo que decidió que en lo que eso ocurría, se mantendría en ese sitio seguro donde sus sentimientos y cualquier emoción, no tenían permiso de emerger, ya que varias veces en los últimos meses sintió que si no lo hacía así, perdería la razón y acabaría haciendo algo de lo que podría arrepentirse para siempre.

—Claro que no, lo único que importa es que por fin estás aquí y quiero que sepas que me da gusto que así sea —caminó hacia la puerta dándose cuenta de que Andrea necesitaba estar sola. Bastaba ver su rostro para entender que no la estaba pasando nada bien, ¿y quién estaría feliz teniendo que dejar su vida para inventarse una nueva por las razones que lo hacía? Una parte de ella sentía pena por su amiga y la otra una profunda admiración por intuir lo mucho que tuvo que luchar para sobrellevar la terrible situación en la que se encontraba metida.

—Gracias Jean.

—Descansa.

—Igualmente —se tomó un rápido baño y media hora después ya estaba metida entre las cobijas intentando dormir. Una hora más tarde lo logró aferrando con fuerza entre sus manos el objeto que colgaba de aquella cadena que desde que regresó del rancho, no se volvió a quitar.

Las semanas siguientes fueron todo un maratón. Andrea se incorporó de inmediato al negocio. Jean le explicó todo con paciencia y mucho conocimiento del tema. El local se encontraba cerca de la casa, por lo que se iban caminando cada mañana. Entre las dos atendían con la ayuda de una chica que Jean contrató no hacía mucho tiempo gracias al incremento de pedidos y clientes. Andrea estaba asombrada con lo bien que iba todo; Jean sabía manejar el lugar sin problemas, mantenía las finanzas en orden y parecía amar lo que hacía. Por la mañanas llegaban a la florería, recibían mercancía y la acomodaban para poder abrir. Jean le enseñaba cómo se formulaban los pedidos y las listas de los diferentes proveedores. En poco tiempo dominó los precios y se fue metiendo más en las finanzas del local. Los números eran favorables y si bien no eran ricos ni mucho menos, les daba perfectamente para vivir sin problemas económicos. Jean, al día siguiente de su llegada buscó infructuosamente averiguar qué era lo que la tenía así. Era evidente que algo más sucedió y que eso acabó con la alegría de Andrea. No sonreía, era difícil entablar una conversación con ella a menos que fuese de trabajo. Se ocupaba hasta agotarse; si no era en la florería podando y acomodando cada flor con manos expertas, hacía el aseo de toda la casa. Jean no se podía quejar, Andrea era una excelente compañera de negocios y de vivienda; sin embargo, no existía modo de llegar a ella. El día que se enteró de su matrimonio casi se derrama encima el café que traía en la mano. Su amiga le dio una muy escueta explicación en la que dejaba claro que sólo fue para cambiar su apellido y de esa forma no ser rastreada por aquel monstruo que era su cuñada, pero que entre ella y el chico no había ni habría nunca nada. A Jean le daba a veces miedo darse cuenta de hasta dónde tuvo que llegar para salvar la vida de su hermano. La compadecía y cuando sentía que la sacaba de quicio esa frialdad e indiferencia con la que se manejaba, se regañaba preguntándose a sí misma ¿cómo ella hubiera podido enfrentar algo así?... al darse cuenta todas las veces que su respuesta era mucho más cobarde, se tranquilizaba e intentaba comprenderla.

Al mes de su llegada, Jean le devolvió todo su dinero oficialmente, que si bien no era mucho gracias a los gastos de montaje de la florería, era de ella. También al mismo tiempo arreglaron la situación legal del establecimiento quedándose como Andrea le prometió, con el cincuenta por ciento cada una.

Matías había regresado ya hacía un mes de Europa. Si bien ahí tampoco estaba tranquilo, por lo menos no

se sentía tan fuera de lugar. La vida de la ciudad no le desagradaba y tampoco atender la empresa que compartía con su padre; sin embargo, no era lo que a él en realidad le apasionaba. Sentir el aire acariciar su rostro, llenar los pulmones de la limpieza del campo, convivir con toda esa gente, levantarse al alba, escuchar el silencio en las noches, eran cosas que lo hacían sentir vivo y que desde que ella desapareció las necesitaba aún más, a pesar de que ahí todo se la recordara. Se mantenía ocupado todo el tiempo, incluso los fines de semana encontraba la manera de trabajar hasta caer rendido, pero cuando por algo eso no era posible iba, sin poder evitarlo, hacia aquel lugar en donde le propuso una vida juntos y donde en algunas ocasiones, no pudieron evitar entregarse el uno al otro, quedándose horas enteras perdido en sus recuerdos y pensamientos.

Hacia más de cuatro meses de su partida; de aquel día en el que tiró todo a la basura y aun así no lograba comprenderla y sabía que jamás lo haría. Él permanecería ahí sintiendo que su vida concluyó, mientras que ella probablemente estuviera disfrutando de la suya sin recordarlo.

Las semanas avanzaron lentas, densas. El tiempo no se detenía y avanzaba a pesar del dolor que esto les provocaba a ambos.

Ya era enero, Andrea veía transcurrir los días dándose cuenta de que cada vez se hundía más en aquel agujero. Sean le hablaba con frecuencia e iba a visitarla cada que podía, eso no le ayudaba en lo absoluto. Era evidente que los sentimientos hacia ella eran algo... posesivos y que comenzaba a buscar la manera de pasar más tiempo a su lado.

Cuando él iba, se quedaba en algún hotel y permanecía todo el fin de semana. La invitaba a cenar o a hacer diferentes cosas. Intentaba distraerla ansioso para ver por lo menos una sola sonrisa, pero tal parecía que conforme pasaba el tiempo Andrea se alejaba más de cualquier sentimiento. Sean, se convirtió en amigo de Jean gracias a la preocupación que ambos compartían por la indiferencia e insensibilidad que Andrea demostraba en todo momento, por lo que en varias ocasiones intentó que la rubia le dijera lo que en realidad sucedía ya que sospechaba que sabía algo; no obstante, se topaba con respuestas esquivas y negativas constantes. Se sentía atado de manos y enamorado, muy enamorado. Era increíble que fuera su esposa y que eso no cambiara en nada la situación entre ellos. No se rendiría, Andrea volvería a ser feliz y lo sería a su lado.

—Patrón... —era Pedro. Ya era raro verlo por ahí; entre la secundaria y el coraje que le provocó la inesperada partida de Andrea, ya no pasaba mucho por la casa. Ese día encontró un cuaderno donde ella le había enseñado y sintió la necesidad de ir a preguntar por ella.

Matías estaba sentado, perdido en sus pensamientos, en unos de los escalones de cantera que daban al jardín. Hacía frío; sin embargo, a él parecía darle lo mismo. Al verlo Pedro sintió un poco de tristeza. Todos en la hacienda hablaban de lo cambiado que estaba, creían que cuando ella se fue todo volvería a ser como solía ser. Ese buen hombre no volvió a ser el mismo. Andrea lo cambió como había cambiado muchas otras cosas ahí. Todos comentaban lo mucho que la extrañaba y la falta que ella hacía en el lugar. Incluso, Pedro sufría aun por su ausencia y aunque le guardaba resentimiento por haberse ido así, sin más, la quería y moría por volver a verla. Jamás olvidaría que gracias a esa joven estaba en la secundaria y si seguía así, pronto la terminaría. Nadie había creído en él, sólo ella y ahora no tenía ni idea en dónde estaba, ni de porqué se marchó así, sin decirle nada, sin siquiera despedirse.

—Dime Pedro —no volteó a verlo, sólo le respondió. El chico se sentó a su lado sin esperar invitación.

—Patrón, sé que no debería de preguntarle pero... —Matías ahora sí lo miraba sonriendo tristemente. Ese chico se la recordaba de una manera muy especial. Al verlo dudar supo por dónde iría, su partida le afectó mucho y sabía que él tampoco la había superado.

—Pero... ¿qué? —Pedro se miró las manos agarrando valor.

—Pos... ¿cree que algún día regrese? —Matías cerró los ojos al escucharlo. Moría porque así fuera; sin embargo, eso jamás sucedería. Lo odiaba a él tanto como a ese lugar, todo fue un montaje, así que era imposible que algún día volviera siquiera a verla.

—No Pedro... no creo.

—Patrón... sé que no debo meterme... pero pos... ¿por qué no la busca?... digo... pídale perdón, ella lo quería, yo lo sé —Matías aspiró absorbiendo el dolor al escuchar lo que el chico le decía.

—Pedro... no puedo, las cosas no son tan fáciles... créeme que si esa fuera la solución ella ya estaría aquí, pero no es así... ya se fue y... nunca va a regresar ¿comprendes? —el muchacho asintió bajando la cabeza triste. Al verlo sintió coraje hacia ella, él no fue el único lastimado.

—Perdóname... yo no debí decirle eso, uste se ve que aún la quiere, si fuera tan fácil ya hubiera ido por ella ¿no es cierto? —Matías asintió contemplando el jardín—. ¿Cree que... ya nos olvidó? —esa pregunta le produjo un nudo en la garganta. Ese chico no tenía porqué sufrir.

—No lo sé, es probable.

—¿Y uste?... ¿cree que algún día la olvide? —sabía bien la respuesta a esa pregunta; sin embargo, no le contestó.

—¿Sabe?, yo creo que aquí nadie la podrá olvidar, Andrea era —escuchar su nombre casi lo hace levantarse e irse de ahí— muy especial y yo creo que ella también se acuerda de nosotros —Matías sonrió con tristeza ante su ingenuidad. Nada le gustaría más que saber que ella jamás lo olvidaría. Ya habían pasado ocho meses sin tener una sola noticia suya así que para esas alturas pensar en que esa joven por quien daba la vida los recordara, ya era imposible.

—Hijo... —era María. Matías giró hacia ella agradeciendo la interrupción. Pedro le estaba removiendo todas las heridas que luchaba día a día cerrar. Traía el teléfono en la mano y lucía intranquila—. Es Cristóbal, quiere hablar contigo —se levantó lentamente y tomó el aparato con desgano y algo de curiosidad. Hacía un par de meses que no hablaba con él. Así era su relación; de pronto ambos se enfrascaban en su trabajo y pasaba algún tiempo para que se vieran y de repente hablaban una vez por semana platicando de negocios y de sus vidas. No obstante, en esa ocasión escuchar que era él, lo inquietó.

—Cristóbal... qué milagro.

—¿Cómo estás Matías?

—Bien, con mucho trabajo como siempre, ya sabes... —Cristóbal hablaba relajado; sin embargo, algo había extraño en su tono de voz.

—He estado igual... pero así es esto, necesito con urgencia un pequeño respiro, ¿qué te parece que pase mañana por allá?, no he tenido tiempo de agradecerte personalmente todo lo que hiciste por mi hermana y Mayra ya me regañó por mi falta de educación —Matías sintió algo extraño al escuchar el nombre de esa mujer.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí... —ya habían pasado meses de la partida de su hermana, reflexionó frunciendo el ceño.

—Por supuesto, pero insistió. Además hace más de un año que no nos vemos y vendría bien cambiar un poco de aire —algo no estaba bien, lo conocía desde niños. Cristóbal parecía... ansioso.

—Sabes que esta es tu casa y María estará encantada de verte —esto lo dijo poniendo una mano sobre el hombro de la mujer. Continuaba ahí, actitud rara en ella, ya que era sumamente discreta y no acostumbraba a escuchar las conversaciones, pero desde que Andrea se marchó siempre que hablaba con Cristóbal se ponía ansiosa de inmediato.

—Perfecto, entonces mañana llego a medio día... No hay problema ¿verdad?

—Claro que no, acá te veo.

—Entonces hasta mañana, salúdame a María.

—Y tú a tu esposa, cuidense —colgó desconcertado. Cristóbal era un hombre apegado a las buenas costumbres, así que invitarse tan insistentemente para él era impensable; lo había hecho por primera vez en su vida.

—¿Qué pasa Matías?

—Mañana va a venir... quiere agradecerme personalmente lo de... su hermana —María se daba cuenta cuánto le dolía aún la ausencia de Andrea. Matías ya no era la sombra de sí mismo. Sus padres incluso hablaron con ella para averiguar qué era lo que le sucedía; sin embargo, no dijo nada, lo que pasó era algo que sólo le incumbía a Matías y si no quería decirlo, supuso que tendría sus razones. Las humillaciones y las dudas de las que fue presa lo lastimaron tanto que ahora no veía cómo lograría volver a ser aquel hombre lleno de vida. La muerte de Tania fue un duro golpe para él; no obstante logró salir airoso de la situación, pero en ese momento era diferente, parecía pasar cada día sin importarle nada más que sobrevivir. Era evidente que aún la amaba y comenzaba a pensar que no la olvidaría en mucho tiempo.

Esa noche no consiguió dormir; se la pasó dando vueltas intentando adivinar qué querría Cristóbal y pensando qué sería de ella. Verlo le haría revivir cada recuerdo sobre esa mujer que tanto deseaba olvidar, si bien no eran idénticos, sí muy parecidos y además eran hermanos. Cristóbal probablemente hablaría en algún momento sobre su hermana a pesar de saber que las cosas entre Matías y ella al final no acabaron muy bien.

Al amanecer al fin se rindió y decidió salir a ocuparse. Su amigo llegaría hasta mediodía, así que trabajaría lo más que pudiese hasta entonces para lograr mantener la cabeza bien ocupada.

Ya casi era la una cuando Lorenzo le avisó que Cristóbal acababa de aterrizar en su helicóptero. Veinte minutos después cruzaba la puerta principal de su casa. Escuchó voces en la cocina y caminó hasta ahí sintiendo algo extraño en el pecho.

—Ya veo que no pierdes el tiempo... —Cristóbal estaba sentado en la mesa de la cocina bebiendo el café que tanto adulaba a María. En cuanto lo vio se puso de pie y se dieron un fuerte abrazo.

—¡Qué bueno es verte! —Cristóbal le ponía una mano en el hombro cariñoso. Para él, Matías siempre fue como su hermano y si bien la relación ya no era tan cercana como solía ser gracias a los compromisos que ambos adquirieron al crecer, lo quería aun como en la niñez.

—Lo mismo digo... —al verlo no pudo evitar sentir cómo un escalofrío recorría su columna, nunca había sido consciente de los rasgos que como hermanos compartían hasta ese momento. Tenían el mismo color de ojos y el mismo color de piel, además, existían ciertos gestos que demostraban su parentesco. Cristóbal agarró una botella que no había visto y se la tendió.

—Te la debía... gracias por todo de verdad, sé que no fue fácil —era una botella de vino tinto de gran reserva de las costas de Chile. La sujetó sonriendo.

—No tenías que hacerlo... pero gracias, ¿te parece si en un rato la abrimos?

—Creo que te voy a tomar la palabra —de pronto su semblante cambió y pudo notar que no se había equivocado el día anterior, algo sucedía—. Matías... necesito hablar contigo —María enseguida dejó de cocinar el caldo de pollo y giró desconcertada con los ojos abiertos.

—Claro... ¿quieres que vayamos al estudio?

—Sí, esto es... delicado —Matías sintió de inmediato cómo una ola de ansiedad lo golpeaba. No le gustaba para nada la expresión de su amigo y menos el pensar que podía tratarse de ella lo que tenía que decirle. Una vez dentro se sentó donde solía hacerlo y lo invitó a hacer lo mismo, pero Cristóbal declinó la sugerencia y caminó hacia la ventana perdiendo por un momento la mirada en el exterior. Un minuto después volteó recargándose en el marco y cruzando los brazos, parecía en serio preocupado y muy desconcertado.

Al principio pensó que probablemente se había enterado de la relación que mantuvo con... su hermana, pero enseguida lo desechó, su amigo no parecía molesto, ni tener la menor intención de reclamar algo. Lo estudió esperando.

—Matías... lo que voy a decirte es... Necesito contar con tu discreción y con tu ayuda si es que puedes hacerlo —asintió serio ya de pie con su cadera sobre un costado de su escritorio mirándolo sin comprender qué era lo que ocurría; sin embargo, las palmas le sudaban. Cristóbal se dirigió al sillón pasándose las manos nervioso por el rostro.

—No sé por dónde comenzar... En fin... dime si voy rápido.

—Cristóbal, ¿qué sucede? —con cada minuto que pasaba parecía verse mayor.

—Hace unos días Gregorio, mi abogado.

—Sé quién es.

—Bien, pues hace unos días se comunicó conmigo y... me preguntó si... sabía algo de Andrea —al escuchar su nombre en seguida se puso en guardia. Cristóbal se levantó de nuevo y volvió a mirar al jardín—.

No comprendí por qué preguntaba eso. Andrea me dejó una carta con Mayra en la que me pedía perdón por su comportamiento los últimos años y en la que me avisaba que quería viajar por un largo tiempo. Yo... no me molesté en hacer contacto con ella, nuestra relación es... no sé cómo describirla... complicada —Matías comenzaba a sentir una opresión en el pecho y ansiedad, mucha ansiedad. Tanta que sentía el pulso acelerado y la respiración demasiado pausada—. Como te imaginarás le dije que no y es verdad, desde hace meses no tengo idea de en dónde está. Gregorio se portó muy extraño y... me citó en su casa esa misma noche para cenar con el pretexto de poder hablar sobre varios asuntos legales que necesitaban mi atención, accedí notando de inmediato que eso era un escusa, por alguna razón él parecía haber olvidado el tema de mi hermana y hablaba más relajado de lo normal. Demonios... no sé cómo decir esto Matías, pero... —alzó la vista hasta él con el semblante asombrosamente descompuesto— a Andrea... a mi hermana la han estado extorsionando —Matías sintió que perdería la conciencia; un mareo se apoderó de su cuerpo repentinamente, sus peores temores comenzaron a hacerse realidad, un sudor frío dominó su columna subiendo estrepitosamente hasta la base de su nuca. Intentó con desespero regular la respiración, debía tener calma, así no ganaría nada.

Cristóbal se volvió a sentar en el sillón con la cabeza hundida entre sus manos, luego de unos segundos recargó los codos en sus rodillas y volvió a mirarlo.

—Ella... le cedió todo lo que nos dejaron nuestros padres a Mayra —al escucharlo sintió que devolvería todo el estómago, sin poder ya mantenerse de pie se sentó en la silla de su escritorio mirándolo con los ojos muy abiertos—. Lo hizo el día que regresó a la capital, mi mujer no me lo ha dicho, ya hace más de seis meses de eso. Mierda, no sabes cómo me siento. Gregorio fue el que hizo todo el trámite y... ¿sabes por qué aceptó tal locura? —Matías no pudo contestarle aunque sabía muy bien la respuesta—. Porque la amenazaron con matarme... ¡¿comprendes?! Un hijo de puta la amenazó, y no sólo eso, también con hacerte daño a ti —eso ya era demasiado, sintió que el aire le faltaba, su corazón latía más rápido que nunca. Tomó bocanadas de aire intentando tranquilizarse y no perder el conocimiento; no obstante, en lo único que podía pensar era en su rostro, en su mirada ausente, en sus ojos llenos de miedo, de desconfianza, en su dolor.

—¿Dónde está Andrea? —eso era lo único que le importaba. Ella le mintió pero no de la forma que buscó hacerle creer, lo hizo para protegerlo. Cristóbal negó con infinita tristeza.

—No lo sé... Gregorio la ha estado buscando todo este tiempo y no ha dado con ella. Andrea... desapareció sin dejar un maldito rastro. Lo último que sabemos es que viajó a Toronto, después... nada. Ya revisé todos sus estados de cuenta, no hay nada, ella... diablos, no ha usado un solo peso ni firmado nada. Matías... —su amigo temblaba como una hoja y parecía haber corrido un maratón de lo agitado que se veía—, Gregorio grabó aquel día que cedió todo a Mayra una conversación entre ellas. Mejor dicho, lo que Mayra le escupía... Se burlaba... la humillaba... sin embargo, no queda muy claro si es quién la ha amenazado o si simplemente estaba feliz de que le dejara todo y saliera de nuestras vidas. Pero lo más fuerte fue darme cuenta de que Andrea... no se defendió a pesar de que Mayra la provocó una y otra vez —se pasó las manos nuevamente por el cabello lleno de ansiedad—. Dios... oírla hablarle así fue completamente nuevo para mí, era como si fuera otra persona, alguien que no conozco —Matías ya sólo escuchaba sintiendo que el agujero en su pecho y la preocupación, le oprimían la garganta. Perdería el conocimiento en cualquier momento, estaba seguro—. Matías... ¿Por qué quería Andrea proteger tu reputación?, no comprendo... sé que no se llevaron bien el tiempo que aquí estuvo, tú mismo me dijiste que al final las cosas acabaron bastante mal... ¿Por qué ella estaría preocupada por tu vida, por lo que pudieran decir de ti?, ¿tú... sabes algo? Nada es jodidamente claro, me siento envuelto en mentiras, en traiciones. Ella ha sido tan difícil todos estos años, por mucho que intento no comprendo. Tienes una idea de dónde podrá estar. Estoy desesperado por entender, siento que no va a regresar, siento que... le fallé. Veo a Mayra y dudo; sin embargo, no quiero que sepa que sospecho, es como si no la conociera y... me doy cuenta que... a mi hermana tampoco. ¿Por qué mierdas no me lo dijo?, ¿Por qué le dejó todo a ella?... ¿Sabes lo que hizo?... Le dijo a Gregorio que incluyera una cláusula en la cesión en la que si tú o yo perdiéramos la vida o tú te veías afectado en tu reputación todo sería donado a instituciones de caridad, ¿puedes creerlo?, ¡¿qué carajos está sucediendo?! —Matías sintió la sangre hervir,

ya no podía oírlo más. Se puso de pie y caminó hasta quedar frente a su amigo. Era hora de que supiera todo de una jodida vez. Las cosas ya habían llegado demasiado lejos y Andrea podía estar en peligro o peor aún... podría estar... No quiso ni pensarlo.

—Cristóbal... ¿quieres la verdad? —este lo miró extrañado. Matías parecía muy molesto y estaba exageradamente pálido.

—¿Sabes algo? —quiso saber esperanzado.

—Sí... lo sé todo y debo advertirte que lo que te voy a decir no te va a gustar nada... —por su tono era evidente que no.

—¿Qué?!, ¿cómo diablos no me lo dijiste?!... ¡somos amigos! —Cristóbal ya se había levantado quedando frente a él y su expresión ya no era la de hacía un minuto, ahora parecía rabioso. A Matías eso le importó muy poco, esto se trataba de ella y ni miles de demonios dirigidos por el mismísimo Satanás podrían, en esta ocasión, lograr que no la protegiera y la sacara de una maldita vez de ese asqueroso infierno en el que vivió la mayor parte de su existencia. Así que le sostuvo la mirada con la misma intensidad.

—¿Quieres saber o no? Estamos perdiendo tiempo en esto y mientras tanto no sabemos dónde está tu hermana... —sus palabras y lo que le decía, eso lo hizo reaccionar, por lo que se alejó estudiándolo molesto.

—Dime de una jodida vez qué sabes... —exigió contenido y los puños cerrados.

—Es mejor que te sientes... —le recomendó pacíficamente.

—¡No quiero sentarme! quiero saber con un demonio lo que sucede... ¿no comprendes? estás hablando de mi vida, de la de mi hermana, de mi esposa... no puedo creer que no me hayas dicho nada, que te lo guardaras sabiéndolo, también se trata de ti —Matías ignoró sus acusaciones recargándose en el marco de la ventana con el cuerpo dolorido por la tensión de cada uno de sus músculos.

—Cristóbal... no tengo pruebas de todo lo que te voy a decir, pero espero que por tu bien, me creas, si no es así, te advierto que no me quedaré con los brazos cruzados y buscaré a tu hermana yo mismo y la protegeré... —su amigo no entendía por qué hablaba de Andrea con esa urgencia y posesividad. No obstante, era su amigo y sabía que no le mentiría y menos si su vida también estaba en juego.

—¡Suéltalo de una vez! —rugió tenso aflojando el nudo de su corbata.

—La persona que ha extorsionado todo este tiempo a Andrea... sí, es tu mujer —Cristóbal recibió la noticia sintiendo que su mundo se venía abajo. Después de hablar con Gregorio y escuchar todo lo de aquella cinta sintió que la mataría él mismo. El abogado le hizo ver que no podían asegurarlo, así que el siguiente paso fue buscar a Matías para saber qué razones Andrea tendría para protegerlo a él también. Saber que su vida estaba en peligro no era grato en lo absoluto; sin embargo, sabía bien quién era y que tenía enemigos, pero sospechar que su esposa podría estar detrás de todo sí lo tenía al límite y sumarle a esa aberración que Andrea estaba desaparecida y que sin consultarlo con él le cedió todo poniendo en juego demasiadas cosas, ya era demasiado. Se sentó en la silla que Matías había estado ocupando y se cubrió el rostro entre sus manos sintiendo que su vida se iba por el drenaje—. Como te dije, no tengo pruebas de esto y créeme que las he buscado... —Cristóbal alzó la vista sin comprender arrugando la frente—. Sí, durante varios meses me dediqué a intentar encontrar algo que la implicara pero... nada. Los reportes que me llegaban solo hacían énfasis en lo ejemplar que era Mayra.

—Entonces ¿cómo lo puedes asegurar?

—Cristóbal... no te engañes... sabes que no miento y también sabes que ella, por mucho que la ames, es capaz... Amigo... no sé cómo decirte esto... pero... debes saber que... tu... mujer, es responsable de la muerte de tus padres —la noticia lo hizo saber que si no hubiese estado sentado se habría caído.

—¿Qué?!... ¿cómo te atreves?! Lo que dices es muy grave Matías, estás hablando de mi esposa carajo —se acercó hasta él y lo sujetó de la camisa con la mirada desorbitada. Matías se soltó con fuerza haciéndolo a un lado. Lo comprendía, recibir una noticia como esa no era nada fácil—. No puede ser... ellos murieron en un accidente, le dio un paro cardíaco a mi padre.

—Sí... pero tomaba medicina para que eso no sucediera... Piensa un poco, están de por medio demasiadas cosas. Debes escuchar Cristóbal. Sé que es... abominable y que puedes creer que lo invento, a mí aún me

parece increíble pero sé que es verdad. Iván solía olvidar la medicina y Mayra aprovechó para darle otra que aumentara el ritmo cardiaco.

—¿Cómo sabes todo eso? —tenía los ojos rojos y llenos de rabia. Parecía acabado y aun un poco incrédulo.

—Porque Andrea me lo dijo... —Cristóbal frunció el ceño sin comprender—. Ella misma... le dio esa pastilla a tu padre, Mayra le recordó que solía olvidarla y la instó a dársela cuando iban de salida. A los minutos sucedió el accidente donde ambos perdieron la vida. Andrea... no comprendió cómo era que le dio un ataque si ella misma le dio en su mano la pastilla. Pero... Mayra se lo dijo al poco tiempo y ahí comenzó la pesadilla de tu hermana. Mayra la amenazó con meterla presa a un reformatorio pues ella fue quien se la dio —Cristóbal sintió un sudor espeso que le recorrió lentamente el cuerpo. Recordó de inmediato aquellos días, fueron los más horribles de su existencia. Adoraba a sus padres y de repente todo su mundo se vino abajo sin poder detenerlo. Recordaba a Andrea llorosa y muy deprimida, no se soltaba de él en ningún momento y llegó al grado de buscarlo por las noches para que le permitiera dormir en su cama. Ella siempre fue muy dulce y él hubiera hecho cualquier cosa por su hermana menor; sin embargo, también sufría y mucho, así que en la única que podía recargarse era en Mayra que se portó tierna y paciente, asumiendo el control de la casa y de Andrea sin chistar, mientras que él intentaba asimilar su nueva vida. Recordó, con un poco de esfuerzo, el cambio repentino en la actitud de Andrea, de pronto comenzó a ser grosera y demasiado posesiva con él, al grado de agredir a Mayra si ésta se le acercaba. Él se sentía rebasado, por lo que no había tenido tiempo de ver qué era lo que la tenía así, además de lo obvio. Decidió creer lo que su ahora esposa le decía. Andrea estaba así porque no se reponía de la muerte de sus padres, se negaba a aceptarla y lo único que le quedaba era él. En ese instante, como si de un foco prendido repentinamente se tratase, su cambio tan abrupto cobró otro sentido. Andrea era apenas una niña cuando todo ocurrió y él... la dejó a cargo de Mayra a pesar de que miles de veces le rogó que la corriera—. Cristóbal, lo siento... yo... no quería que te enteraras así, pero esto ya es insostenible y si no te dije nada al principio fue porque creí que podía ayudarlos y al mismo tiempo no ponerlos en peligro, pero luego... luego ella lo negó todo y me hizo creer que me mintió —su amigo parecía no escucharlo, estaba serio y pálido.

—Quiero saberlo todo... absolutamente todo, porque supongo hay más... así que dime de una vez qué es lo que sabes, qué fue lo que te dijo Andrea —no parecía más tranquilo; no obstante, estaba listo para escuchar la verdad por primera vez en su vida. Matías se sentó en una silla frente a él deseando con toda su alma que esa pesadilla se terminara pronto y volviera a ver a esa mujer por quien daría hasta el último aliento sin dudar.

—¿Seguro? —este asintió serio y muy demacrado—. Fueron muchas cosas y... Andrea sólo me contó algunas, supongo porque eran las que yo deduje —le narró cómo Mayra propició el accidente en el caballo, porqué Andrea se reveló ante su matrimonio ya que la amenaza de que la metería a la cárcel le dio lo mismo con tal de que no se casaran. También cómo su mujer tuvo que recurrir a chantajearla con su vida para poder doblegarla más adelante. Los golpes en la espalda cuando echó a perder una de sus cenas; los cambios de escuela, las drogas entre sus cosas y... los hombres en su habitación. Conforme Matías avanzaba e iba relatándole todo, un dolor agudo se iba clavando en su alma como si una navaja bien filosa estuviera ahí dando vueltas en el centro de sus ser sin detenerse y logrando cada vez llegar más hondo. Respirar empezaba a ser casi imposible, abrió un par de botones de la camisa y se limpió el sudor con el puño de su ropa.

Él lo recordaba todo, pero sin saber porqué ahora lo veía desde otra perspectiva. Le creía, en el fondo de su corazón le creía y de repente todo cobró sentido. Cada cosa, cada detalle... Él decidió creerle a Mayra, siempre lo hizo. Andrea intentó advertirle más de una vez, pero la imagen que tenía de ella estaba ya tan deteriorada que no la escuchó, así que cada insinuación se la había contado a Mayra y después, su hermana se ponía peor o lucía más deprimida y más rebelde. Recordaba sus ojos, siempre desconfiados y temeroso; no obstante siempre indiferente y altiva. Al principio se defendió con fiereza; sin embargo, con el paso del tiempo recordaba cómo dejó de hacerlo. Sintió escalofríos por todo el cuerpo. Andrea se convirtió en una joven cínica, conflictiva y ahora entendía porqué, no había tenido otra opción, jamás la tuvo y él era el único culpable. Andrea era su responsabilidad y se la cedió a Mayra pensando que ella sabría más de esas cosas y

que podría educarla en lo que tomaba las riendas del conglomerado con ayuda de Gregorio. En aquellas épocas contaba con tan solo veinte años maldición, no tenía ni una jodida idea de cómo enfrentarlo todo. Sin embargo, ella había sido una niña y se la había puesto en charola de plata.

Se levantó de nuevo sintiendo que le faltaba el aire ya de una forma total, su hermana, su pulga -como solía decirle, pues no paraba de saltar por todos lados de pequeña-, ella... cedió su vida por la de él y ahora... no sabía cómo podría volver a verla a los ojos.

—Matías... debo encontrarla, debe saber que sé todo, que ya no debe temer... por Dios ¡Qué ciego he estado! Metí a mi cama a la mujer que mató a mis padres ¿comprendes lo que eso implica?... he sido un estúpido. Maldición, esto es... repugnante, inverosímil —si hubiera estado en su casa sabía que habría golpeado algo de la desesperación y furia. Lo engañaron, esa mujer lo usó, ahora lo veía muy claro, existieron señales, pero las ignoró por estar siempre tan ocupado y ahora se presentaban ante él tan claras que se sentía un estúpido por haberlas hecho a un lado.

—Cristóbal, lo siento, de verdad lo siento mucho. No sé qué decirte... —su amigo se limpió violentamente las lágrimas que salieron de sus ojos sin poder evitarlo.

—¿Crees que algún día logre que me perdone?, ni yo mismo podré... ahora la entiendo, sé porqué se comportaba así, porqué se volvió de esa forma y ¿Cómo no?, esa es una carga que jamás debió sufrir, no puede ser tanta atrocidad... por Dios, esta es una pesadilla, un maldito infierno —varias lágrimas más de desesperación, decepción, dolor y ansiedad se le escapaban sin poder contenerlas. Su mujer era un monstruo, uno de verdad.

—No lo sé, pero tu hermana es la mujer más fuerte y noble que he conocido, confío en que algún día lo haga —de pronto se dio cuenta de cómo Matías se expresaba de ella, de cómo le cambiaba la voz al pronunciar su nombre. De algo se estaba perdiendo. Frunció el ceño y giró hacia él intrigado.

—¿A qué te refieres con eso?... Matías ¿hay algo más que no sepa? —Matías se levantó regresándole la mirada serio.

—Sí Cristóbal, algo trascendental en mi vida, yo... amo a tu hermana —el hombre abrió los ojos petrificado—. Ella... es mi razón, mi único motivo.

—Pero... ¿cómo?, ¿por qué?... ella... Dios, Andrea no es fácil de tratar, sé que es mi culpa y te juro que la entiendo, todo esto es una abominación y mi hermana se ha llevado la peor parte, pero... —su mente estaba sufriendo una enorme coalición ya no lograba pensar con claridad.

—Continúas en un error Cristóbal, tú no tienes idea cómo es en realidad, Andrea... no es lo que piensas. Ella lo cambió todo aquí, trabajó sin parar, jamás se quejó, se echó a la bolsa a todos y... a mí también. Tu hermana... es la mujer más valiente, más inteligente y más fuerte que nunca había visto, eso te lo juro.

—¿Por... eso lo sabes todo? ¿Ella... te lo confió? —nada era lo que creía.

—Sí y no sabes lo que me costó sacarle la verdad. Le prometí ayudarla y fue por eso que puse gente a investigar, como ya te dije no obtuve nada.

—Pero... tú me dijiste que las cosas acabaron mal —Cristóbal ya no sabía qué pensar, qué sentir, su mundo se estaba viniendo abajo y estaba seguro que eso apenas era el principio. La expresión de Matías cambió de inmediato.

—Así fue... un día, sin más, me dijo que todo lo que me reveló sobre Mayra era mentira y que... no sentía nada por mí.

—Diablos, no comprendo... ¿ella también te quería?

—Sí, sé que debías saberlo, pero Andrea vivía con miedo de que Mayra se enterara, por eso callé, de otra forma te lo habría dicho enseguida...

—Esto es...

—Cristóbal, no sé qué sucedió, no sé por qué cambió así y me dijo todo eso, pero ahora puedo jurarte que alguien la obligó. Andrea notaba que las investigaciones no avanzaban y que el tiempo seguía corriendo, Mayra... —se quedó en silencio un minuto recordando todas y cada una de sus palabras, ahora comprendía su expresión, ella lo intentó proteger.

—Mayra ¿qué?... esto ya no puede ser peor Matías —rogó en su interior para que así fuera, aunque sabía muy bien que se llevaría un chasco.

—Mayra le dijo que al regresar de aquí la dejaría en paz y a ti con vida si le cedía todo y desaparecía para siempre de sus vidas. ¿Ahora comprendes lo que sucede, por qué Andrea le cedió todo?... ¿por qué no dudó? supongo que... de algún modo contactó con ella y no sé cómo se enteró de lo que había entre nosotros, así que... la amenazó con hacerme daño, no encuentro otra explicación —Cristóbal continuaba pálido y serio, muy serio. Sin embargo, comenzaba a parecer que se hacía dueño de la situación; en sus ojos verdes empezaba a crecer cierta determinación que lo tranquilizó.

—Esa mujer me las va a pagar, te juro que esto no se va a quedar así, yo mismo la voy a matar, gran hija de perra.

—Yo mismo pensé en hacerlo muchas veces, pero eso sólo empeoraría las cosas y tu obligación es proteger a Andrea, no puedes cometer ningún error que la ponga en riesgo, eso no lo puedes permitir ¿comprendes?

—¿De verdad la amas tanto? —parecía demasiado sorprendido. Matías se perdió en el inmenso jardín.

—Tanto que duele Cristóbal.

—Hijo de puta... debería golpearte, es diez años menor que tú y... te la confié, pero me vería ridículo poniéndome en ese papel después de lo que ha vivido por mi culpa —rió amargamente; sin embargo, no bromeaba en lo absoluto, Andrea aún era muy joven, pero con todo lo que tuvo que pasar era muy probable que tuviera mucha más madurez que incluso él—, además, fuiste el único que creyó en ella e intentó protegerla, aunque eso debí haberlo hecho yo... —un sollozo ahogado quedó en la mitad de su garganta—. Le fallé Matías, le fallé a lo único que me queda en el mundo, a mis padres —las lágrimas volvieron a salir sin más—. Debí cuidar de ella. Andrea era feliz, no tenía por qué haber pasado por todo esto, no tenía por qué vivir todo lo que ha vivido. Ella debería estar aquí, conmigo, segura, viviendo lo que cualquier chica de su edad, no ésta monstruosidad. Dios... ¿Qué hice?... aunque ella pudiera llegar a perdonarme, yo no podré, nunca podré.

—Cristóbal... no hables así, debes ser fuerte, tu hermana te necesita. Andrea sólo vivirá tranquila hasta que esa mujer este en la cárcel.

—O muerta...

—¡No!, ella debe pagar lo que hizo y lo que ha hecho, la muerte no es suficiente... —escucharlo hablar con el mismo odio que él sentía lo impactó—. Haremos esto juntos, la hundiremos, te juro que lo haremos —la vehemencia con que lo dijo no dejaba de asombrarle, en serio estaba enamorado.

—Matías... ¿por qué dices que no la conozco?... dime... necesito saber cómo era aquí... quiero saber de ella, su carácter. Antes se la pasaba sonriendo, era tan fácil tenerla feliz; quiero que me digas cómo es ahora. Me doy cuenta que no soy mejor persona que esa... mujer. María ¿sabe todo esto?, ¿tus padres?

—No ellos no, solo María. Ella fue la primera en saber que algo sucedía con tu hermana. Sabes lo dura que es y desde el primer día... la defendió, aun creo que cree en ella, tu hermana hizo milagros en este lugar Cristóbal.

—Todos lo vieron tan claro, tú, María, Gregorio y... yo... yo debía de ser quien mejor la conociera, quien supiera que algo no estaba bien...

—Deja de hacerte eso, no tiene sentido. Ahora mismo te juro que me arrepiento de no haberla encerrado en una habitación aquella tarde hasta que me hubiera dicho lo que en realidad estaba pasando. Saberla sola y con miedo créeme que me está partiendo en dos, daría mi vida porque no hubiera pasado por todo esto, pero no puedo, así que no vale la pena pensar en lo que pudo ser, sino en lo que haremos, en cómo la sacaremos de todo esto —hablaba de ella de una forma que ni siquiera sospechaba; su casi hermano y su *hermanita*... era una locura, otro hecho sin precedentes. No obstante, Matías era su amigo desde pequeños y aunque no le acababa de convencer la diferencia de edades, le quedaba claro que si existía un hombre en el que pudiera confiar y que sabría cuidar de ella, ese era él.

—No te reconozco Matías, jamás hablaste así de Tania —admitió con la mirada perdida en un pisa papel que tenía entre sus manos. Necesitaba pensar con claridad, fríamente, no hacer nada apresurado.

—Esto me ha costado mucho, la amé, te juro que sí, pero con Andrea es... diferente, desde el primer momento lo fue. Me atrajo casi al día siguiente que llegó; desde ese momento se metió en mí y ya no pude evitarlo. Te juro que luché, luché por no sentir eso... sé que nos llevamos varios años y que crecimos juntos, pero no pude... me atraía como un imán y... me intrigaba demasiado, tu hermana envolvió mi alma, así de simple. Lo siento Cristóbal, supongo que debí haber luchado con mayor ahínco... ella fue más madura que yo e intentó alejarme, pero al final... yo sabía que sentía lo mismo y... ya no pudimos negarnos más.

—No digas nada... si ella te correspondió fue porque también lo deseaba. Ahora me doy cuenta de que mi hermana no hace nada porque sí.

—Nada. Por eso cuando cambió tan abruptamente de actitud me desconcertó tanto. Fue cínica, indiferente, su mirada era... vacía y... no logré sacarla de ahí, al contrario, entre más insistía en que no le creía, más duro atacaba, no tienes idea de las cosas que me dijo, fue hiriente y al final, logré convencerme...

—Sé a qué te refieres... esa es la Andrea que yo conozco. No sabes cómo me irritaba que se portara así.

—Puede ser demasiado frustrante, pero era una forma de defenderse, de protegerse. Ella ya estaba muy cansada de todo esto cuando me lo confesó, no comprendo de dónde sacó más fuerzas para hacer lo que al final hizo.

Duraron un par de horas más conversando sobre ella. Cristóbal le suplicó le contara su estancia ahí, necesitaba llenar su cabeza, aunque fuera por un instante de cosas agradables y saber de ella, era más que eso. Matías lo hizo a pesar de sentir que cada palabra lo llenaba de nueva ansiedad. Omitió los detalles íntimos, esos no le concernían por más hermanos que fuesen, por otro lado, ya estaba teniendo bastante con hacer una remembranza de los meses más felices de su vida.

Cristóbal suspiró impresionado y muy afectado. Su hermana era asombrosa; a pesar de lo que vivió, se convirtió en una gran mujer, eso lo llenó de orgullo, de admiración. Cualquier otra habría decidido tomar muchos caminos y ella eligió el más digno. ¿Cómo conseguiría volver acercarse a ella?

—Creo que es momento de pensar en lo que vamos a hacer... tengo miedo de que algo le haya sucedido, es inteligente pero... —ambos estaban sentados en la sala uno frente al otro.

—No digas eso. Gregorio ha estado buscándola y no hay registros de que le hubiera pasado algo... Andrea está bien... debe estarlo ¿comprendes?... si no te juro que Mayra lo pagará con su propia sangre; esa mujer aún no sabe de lo que soy capaz —ver la resolución en sus ojos lo hizo saber que Cristóbal se comportaría como debía, que protegería al fin con su vida a esa mujer que tanto adoraba y que terminaría con toda esa pesadilla de una maldita vez.

—Cristóbal, ¿crees que te tiene vigilado?

—Ya lo había pensado, por eso quise venir personalmente y no te dije nada por teléfono.

—Entonces debemos ser cuidadosos. Hay muchas cosas en juego...

—Lo sé. Lo que aún no comprendo es porqué Mayra no ha tomado formalmente lo que Andrea le cedió. No sé qué está esperando...

—Nada bueno, esa mujer es todo un alacrán, lo siento pero es la verdad. Sin embargo, debes fingir... sé que será difícil pero ella no debe sospechar nada, si lo hace podría buscar a tu hermana y encontrarla antes que nosotros, no podemos permitir que eso suceda, eso sí terminaría con Andrea si es que no lo hizo ya.

—La encontraremos y estará bien, lo juro —el hombre se recargó en el respaldo del sillón bufando aún rabioso—. No tienes idea del asco que me produce y lo difícil que va a ser todo esto, pero sé que no hay opción. Debo ser muy cauteloso, tu vida, mi vida, la vida de Andrea y el trabajo de millones de personas está en juego, no puedo cometer un solo error.

—Tenemos que buscar pruebas que la hundan, contrataremos una agencia extranjera. Justo cuando Andrea se fue, lo iba a hacer. Tengo la sensación de que Mayra pagó por su silencio a las que contraté.

—Bien, tú encárgate de eso, yo no debo hacer nada estúpido, no tengo idea de hasta dónde me tenga vigilado y si está actuando sola, algo me dice que no. Así que todo será por medio de ti y Gregorio. Él ya se puso a mi disposición y sé que cuando sepa todo esto contará con su ayuda sin dudar —un hombre decidido y calculador ya era quien hablaba. Juntos acabarían con todo esa monstruosidad.

—Lo que debemos hacer es primero encontrar a mi hermana y al mismo tiempo buscar pruebas contra Mayra. Cuando encontremos a Andrea será necesario llevarla a un lugar seguro, porque una vez que todo se destape no sé qué vaya a suceder, esto va a ser una bomba mediática y varios intereses van a estar en juego, sin contar que *mi mujercita* —lo decía con odio— pueda hacer que la busquen y encuentre otra manera de extorsionarla. Creo que el mejor lugar será aquí... después de todo ella no sospechará que Andrea está contigo si fue quien la hizo irse.

—De acuerdo, yo me encargaré de encontrarla y traerla de regreso. Una vez que así sea... ¿Qué harás?

—Comenzará todo, haré una acusación formal con la asesoría de Gregorio, pero antes debo hacer que toda la gente que ha estado implicada de una u otra forma esté dispuesta a declarar. No hacer nada hasta que esté seguro de que nunca saldrá de la cárcel y eso puede llevar un tiempo. Mientras tanto, mantendré ocupada a Mayra con el pretexto de abrir un centro comunitario donde todas sus amigas de sociedad mueran de envidia; ella se enfuscará en eso y no sospechará lo que poco a poco va ocurriendo a sus espaldas.

—Pareces tener todo bien maquinado...

—Gregorio fue el que me dio esa idea... ese viejo es todo un lobo de mar. Gracias a Dios está de mi lado.

—Lo mejor será nada de correos electrónicos, ni nada de llamadas telefónicas en las que digamos algo sobre esto. No sé si exagero, pero podrías tener las líneas intervenidas y las cuentas también.

—Sí lo pensé, compraré un móvil cualquiera... por ahí podremos comunicarnos cuando se trate de esto.

—Cristóbal, no harás nada hasta que Andrea esté aquí, segura.

—Por supuesto que no, lo único que en realidad me preocupa es que su vida va a quedar expuesta y si esto llega hasta el fondo, Andrea va a tener que declarar todo lo que esa alimaña le ha hecho y si todo esto no la ha destrozado creo que recordar lo que tuvo que pasar de esa forma, si lo hará. Por muy fuerte que sea, nadie puede superar algo así sin ayuda...

—lo sé y... también me preocupa. Debes de saber que la última vez que la vi, no era ella. Era como si...su alma hubiera abandonado su cuerpo. Sin embargo, debemos confiar en que podrá, es la única forma de que en verdad pueda volver a vivir, no hay otra opción, no podemos mantenerla escondida toda la vida y tú atado a esa mujer, además, que en algún momento tomará posesión de todo y las cosas se pondrán peor.

—Sí, estoy consciente de ello... —dijo un largo suspiro sobándose la sien; la cabeza le estallaría en cualquier momento—. Esto es una pesadilla Matías, jamás creí que a mí me podría pasar algo así. Pero te juro que todo terminará y mi hermana volverá a sonreír alegre y despreocupada como me la describes, como solía y así tenga que pasar toda una vida para reivindicarme ante sus ojos, lo haré. Ella será feliz de nuevo, eso es lo que más quiero, ya nada más me importa.

—Tú también lo serás... aunque supongo que también pasará un tiempo para que encuentres la manera de perdonarte... sin embargo, lo harás... porque Andrea lo hará... la conozco y te perdonará... no lo dudes —Cristóbal torció la boca a manera de sonrisa. Matías tenía una fe ciega en ella y eso le agradaba, definitivamente se la merecía y esperaba que después de todo logran estar juntos. Ambos debían ser felices.

—Gracias Matías, gracias por ser mi hermano y por... quererla como lo haces. Todo esto debe de estar siendo demasiado duro también para ti. Ojalá que puedan volver a estar juntos, de verdad lo deseo, aunque será muy extraño.

—No me agradezcas nada, tú también lo eres, lo sabes... y sí, es extraño —una hora después Cristóbal abandonó la hacienda. Matías se sentía más tranquilo y más preocupado a la vez. Saber que mintió para protegerlo y sostuvo esa mentira de una manera tan espectacular para que a él no le pasara nada, sólo logró que el sentimiento que estaba intentando enterrar resurgiera con mayor intensidad. Pero por otro lado debía encontrarla, no sabía dónde estaba, ni si estaba bien. Le dolía pensar cómo sucedió todo y comprender a todo lo que esa mujer la había orillado.

No perdió el tiempo y se puso en contacto de inmediato con las diferentes agencias de las que su padre le mandó los datos. Todas eran de Estados Unidos, se trataba de ex miembros de la Interpol o del FBI y ahora, como solían hacer esas personas, se dedicaban a investigar y encontrar gente. Concertó varias citas, contrataría una para cada cosa, no escatimaría en gastos, la encontraría y hundirían a esa mujer de una maldita

vez así le llevase la vida y todos sus bienes.

Esa misma noche, después de hacerle una breve reseña a María que la dejó helada, salió rumbo al país vecino. Dos citas eran en Florida, otra en Chicago y otras dos más en Nueva York. Todas parecían ser agencias serias y muy confiables. Incluso compartían un contrato de confidencialidad en el que, si ellos no lo cumplían, Matías podía hacerlos pedazos en dos segundos. Al final se quedó con la de Chicago y una de Nueva York. A los seis días regresó a Veracruz realmente agotado.

Justo cinco semanas después, que se estaban convirtiendo en siglos para él, recibió los primeros informes. Gregorio era el responsable de lo concerniente a Mayra y sabía que sobre ella la información comenzó a caer prácticamente a los pocos días de que las contrataran. Por fin encontraron algo, pero como habían quedado, la información sólo se daría personalmente. Así que viajó a Córdoba donde uno de los representantes de la agencia lo esperaba. Se quedaron de ver en el café de un hotel poco concurrido. Se sentía muy ansioso y nervioso; ardía en deseos de verla, por averiguar dónde estaba y sobre todo de saber que estaba bien.

—El señor de la Torre, ¿cierto?

—Así es —el hombre ahí sentado coincidía con las características que este le dio para encontrarlo.

—Tome asiento... aquí está la información —era una carpeta con unas cuantas hojas. Matías la agarró y cuando iba abrirla el investigador comenzó a hablar. Matías se dio cuenta de que parecía todo menos un ex agente dedicado a eso, en realidad se asemejaba a un hombre de negocios que rondaba los cuarenta y que estaba en muy buena forma. Enseguida notó que este lo veía serio—. La mujer que busca, Andrea Garza, ha sido tan difícil de encontrar por una sola razón. Ella cambió su apellido... hace unos meses ella contrajo matrimonio —Matías lo miró atónito.

—¿Qué?!

—Sí, la joven viajó a Toronto hace siete meses, después de eso... nada. Así que hace unos días se nos ocurrió revisar en las alcaldías. Se desposó con un hombre llamado Sean Blake de procedencia canadiense, arquitecto y propietario de varias agencias de autos. Ella adoptó su apellido, ese mismo día solicitó su cambio de documentación y le llegó a las semanas. El problema ha residido en que ya no vive donde dejó dicho, al parecer ese lugar es en el que vivieron al principio pues él hacía una obra ahí —Matías ya no podía escuchar. Andrea se había casado, no lo podía creer. De repente recordó que ese espantoso día le mencionó sobre alguien que la esperaba. No comprendía. Él estaba seguro de que todo lo que le dijo fue porque Mayra la chantajeó; sin embargo, en eso no mintió y entonces probablemente tampoco en el hecho de que no lo quería, no podía encontrar otra explicación—. Señor de la Torre ¿si quiere revisar usted mismo el material? —Matías observó la carpeta como si fuera algo repugnante y luego al portador de la maldita noticia sintiendo que en ese momento era capaz de matar a alguien, incluso a ese hombre que se daba cuenta de su reacción.

—¿Dónde está... ella? —el detective meneó su café y luego le dio un sorbo. Parecía estar acostumbrado a cualquier tipo de reacción.

—En eso estamos, al parecer se desplazó vía terrestre por el territorio americano y siendo así, es mucho más complicado dar con ella, ya que no necesita dar su nombre para eso. Podría estar en cualquier parte de los Estados Unidos. Hace unas horas uno de mis colegas me informó que van sobre una pista, si esta es verdadera, me parece que en unos días sabrá en dónde encontrarla —Matías se levantó sintiéndose mareado.

—Entonces espero las nuevas noticias, con permiso —el hombre asintió y volvió a sorber de su taza como si nada hubiese ocurrido.

Llegó a Las Santas casi cuando oscurecía. Sabía que María aguardaba ansiosa en la cocina, pero se dirigió directo a su estudio sintiendo que la furia y el dolor lo consumían. En cuanto entró aventó los papeles con odio y se recargó bufando sobre los respaldos de una silla. Después de todo sí lo había usado, ella sí dijo la verdad sobre ese tema. No encontraba otra explicación, ¿por qué otra razón se habría casado con alguien más y en tan poco tiempo? Ya no pudo más y lanzó la silla golpeando así varios objetos a su paso. Colocó ambas manos en el escritorio sintiendo cómo su mundo se acababa y la rabia viajaba por su cuerpo quemándolo todo.

—¿Matías? —El ruido se escuchó hasta la cocina.

—¿Qué paso?... ¿ella está bien? —parecía un león herido. La mujer junto sus manos nerviosa.

—Debe estarlo —la forma en la que lo dijo la desconcertó, pero no dijo más. De pronto él volteó, tenía el rostro rojo de furia, los ojos razados y ya un par de lágrimas viajaban silenciosas por sus mejillas—. Andrea se casó —María se tapó la boca estupefacta—. Necesito estar solo... —pasó a su lado desapareciendo escaleras arriba. La mujer se sentó en la otra silla aun con los ojos abiertos de par en par.

Cristóbal logró comunicarse al día siguiente con él. Al enterarse se quedó completamente mudo. Sabía lo que eso implicaba para su amigo, por otro lado, jamás pensó que esa podía ser una opción. No había podido estar a su lado y mucho menos conocer el hombre que eligió; sin embargo, algo no encajaba. Si su hermana quería a Matías como este le dijo y lo quiso proteger, no era posible que hubiese hecho algo así. Lo único que le restó fue decirle que comprendería si no quería continuar. Pero Matías declaró que seguiría hasta que todo terminara, después de todo también estaba implicado y si las cosas con Andrea no salieron como deseaba, eso no quería decir que permitiera que ella se la pasara huyendo. Cristóbal admiró sus agallas, entereza y se lo agradeció sintiendo profunda pena por lo que debía estar sintiendo.

Los días posteriores a la noticia Matías parecía echar fuego. Él mismo sentía hervir la sangre sin poder evitarlo, ella lo aniquiló y él había creído como un idiota en cada una de sus actitudes, de sus palabras. Con todo y ese maldito dolor la ayudaría ya que comprendía que todo fue, de alguna manera, su responsabilidad, por no comportarse como un hombre maduro frente a una joven que llevaba una losa cargando desde pequeña, Andrea era diez años menor y enamorarse de alguien con tantos problemas sólo podía desembocar en eso, en aflicción, pena y una nueva pérdida.

Tres semanas después de saber sobre ese matrimonio, se volvieron a comunicar. Era el mismo hombre, se citaron en otro sitio. Ahora era en un bar cerca del centro. Matías llegó puntual sentándose en la mesa donde se encontraba el detective sin esperar invitación.

—La encontramos —no pudo evitar sentir ansiedad al saberlo y un poco de alegría.

—Está en San Diego... vive ahí desde hace seis meses. Tiene una florería en sociedad con una señorita Jean Williams —al saber a lo que se dedicaba comprendió su curiosidad por las flores y recordó cuando le dijo, hacía tanto tiempo, que eso era lo que quería. ¿Cuánto tiempo llevaba planeando irse?—. De hecho ambas comparten vivienda —Matías frunció el ceño al escucharlo.

—¿Los tres viven en el mismo lugar?

—No, el lugar es muy pequeño. Ahí sólo viven ellas dos. El esposo de la señora no reside con ella, viaja mucho y está por todo el país. Va algunos fines de semana a verla, pero siempre duerme en un hotel —Matías cada vez comprendía menos y ya no quiso saber más. Lo importante ya estaba. Andrea apareció y aunque su situación sentimental lo estaba desgarrando como si garras filosas hirieran cada minuto un nuevo sitio de su alma, lo que en realidad importaba era su vida, así que haría lo que tenía que hacer aunque en el proceso el corazón se le rompiera en mil pedazos dejando en su lugar un agujero del mismo tamaño—. Aquí está la dirección de su casa y la de abajo, es la de la florería —le abrió la carpeta señalándole la sección donde se ubicaba ese dato—. El resto del informe habla sobre la situación financiera de la señora y de su establecimiento. Sus actividades diarias, en fin, datos a los que usted decidirá qué utilidad les dará —“¡Señora, señora!” cada que pronunciaba esa palabra deseaba dejarle bien marcado su puño en la cara, no obstante, era verdad por mucho que odiase escucharlo. Así que asintió serio guardándose las ganas.

—Gracias por todo... Este asunto para mí ya está concluido.

—Un gusto señor de la Torre —se dieron un apretón y un segundo después Matías volvió a dejarlo ahí bebiendo una cerveza. Una vez en la hacienda ojeo los documentos caminando en uno de los jardines. Andrea tenía una pequeña cantidad en el banco, al parecer ese dinero perteneció por varios años a Jean y hacía unos meses ella lo puso a su nuevo nombre. La florería tenía ya casi dos años y también hasta ese momento aparecía Andrea como copropietaria, siendo únicamente de Jean tiempo atrás. Al leerlo completo, una idea se empezaba a formar en su cabeza y una esperanza se abrió. Andrea lo planeó todo, llevaba años haciéndolo y fue escalofriantemente astuta. La forma de huir, luego casarse muy “convenientemente” perdiendo así su apellido, desplazarse vía terrestre por todo el país y luego ese informe que tenía en sus manos. Andrea depositó pequeñas cantidades a nombre de esa chica y ese mismo dinero, más tarde, fue el que se usó para

montar la florería. Esa era una explicación probable para todo lo que acababa de descubrir, no se lo ocurría otra, sin embargo, podía estar en un error. No obstante, si estaba en lo cierto, entonces Andrea era mucho más hábil e inteligente de lo que creía y se supo poner a salvo mucho mejor de lo que ellos mismos la habían puesto.

Creer que esa era la verdad lo dejó perplejo y muy admirado. Esa joven que solía vibrar entre sus brazos como si el mundo no tuviera mañana, lo tenía todo perfectamente bien orquestado. Asombroso. Unos minutos más tarde se comunicó con el piloto para que alistase el avión, hizo el equipaje y tres horas después ya volaba hacia San Diego. Llegó casi a media noche. Fue directo a un hotel y alquiló una habitación.

Esa noche no dormiría, lo sabía; sin embargo no se quedaría deambulando por ahí. Cristóbal no llamaría hasta el día siguiente, así que probablemente cuando lo hiciera, ya la hubiese visto.

Se levantó agotado a las seis de la mañana, las manos le sudaban y todo su cuerpo estaba en alerta. Era como si supiera que ella estaba cerca. Se duchó, pidió el desayuno al cuarto y esperó. Gracias a su tableta, la espera sería más llevadera. Era domingo, por lo que si llegaba a esa hora lo probable era que las despertara. Cuando dieron las diez decidió que era momento. Se dirigió hasta el lobby y alquiló un auto. En cuanto se montó anotó la dirección en el GPS y condujo. Quince minutos después se detenía delante de una pequeña casa.

Matías descendió observándolo todo curioso. El lugar era muy pequeño, pero parecía agradable, el diminuto jardín estaba lleno de plantas y flores en las que se veía con absoluta claridad la mano de ella. Unas voces procedentes de un costado de la acera, lo sacaron de sus pensamientos, giró al percibir unas siluetas de reojo y... la vio.

Era ella.

Traía cargando una bolsa de papel al parecer llena y... no iba sola. Un hombre alto, de cabello negro iba a su lado y no paraba de hablar, él también traía otra de estraza. Las palmas le sudaron y sintió una leve taquicardia.

En cuanto Andrea sintió su mirada alzó la vista y... lo vio.

Era él.

En ese momento las cosas que traía cayeron al suelo generando un ruido estruendoso al tocar el piso. Sean siguió su mirada de inmediato. Un hombre alto, apuesto, fuerte, que sabía cortar el aliento a cualquier mujer, pues emanaba masculinidad de forma apabullante, se encontraba justo frente a la casa de Andrea. Al voltear nuevamente hacia su esposa y ver su expresión, no pudo más que sorprenderse, parecía lívida y muy confundida, una lucha se estaba librando en su interior. Viró otra vez hacia el hombre, ambos estaban inmersos en una especie de burbuja en la que nada a su alrededor importaba, él también parecía estar suspendido y la miraba como si fuera lo más preciado con lo que se hubiese topado. El silencio de ese encuentro duró poco, no obstante, lo que se decían con los ojos valió para comprender que algo de enormes proporciones estaba ocurriendo bajo sus narices, miles de sentimientos intercambiaban sin moverse, podía apostar que ni siquiera respiraban o pensaban, solo sentían, era como si sus almas se reconocieran. Mierda, ¿quién era ese tipo?

—Andrea... —ella no lo podía creer, él estaba ahí. Sus músculos, sus huesos, nada reaccionaba, esa era siempre su reacción cuando lo tenía en frente; sin embargo, su cabeza empezó a trabajar. El instante de felicidad desapareció tan pronto como llegó, siendo remplazado por una angustia abrazadora que la consumió en segundos.

—¿Qué... qué haces aquí? —Sean escuchó sin comprender; le hablaba en español y con muchísimo dolor contenido. Se conocían, demasiado, eso era evidente. Y podía jurar que ella al verlo estuvo a punto de sonreír, pero ahora parecía preocupada y... molesta. Esas eran las primeras reacciones que le notaba desde que la volvió a ver meses atrás.

—¿Andrea... quién es? —le preocupó de inmediato que ese hombre fuera de quien huía. Aunque si era sincero, no lo parecía, no con esas miradas de hacía unos segundos.

—Vine a buscarte... tenemos que hablar —su voz gruesa la descolocó un poco, ya no la recordaba con esa

claridad y el sólo oír la hizo sudar. Sean no sabía español, por lo que no entendía qué sucedía. Jean apareció enseguida y se quedó ahí, observando lo que pasaba. Andrea estaba alterada, cosa muy extraña en ella.

—Matías vete... vete —comenzó a sentir cómo las lágrimas amenazaban con salirse de los ojos y eso no se lo podía permitir. Él dio un paso para acercarse, pero lo retrocedió enseguida. Matías no podía pensar con claridad, tenerla de frente era aún más intenso de lo que recordaba. Andrea lo seguía atrayendo como un imán, como si hilos invisibles lo halaran. Se veía más delgada y cuando giró hacia la chica que salió de su casa por un segundo, se percató de que ya no tenía ese glorioso cabello, lo llevaba sujetado por una coleta pero por lo que se adivinaba, no debía pasar de los hombros, sin saber porqué, sintió una punzada de dolor al verlo—. Lo siento... de verdad tenemos que hablar... Andrea... sé todo, tu hermano lo sabe también... —abrió los ojos impresionada.

—¿Qué sucede? —Sean estaba ya molesto por no entender. Jean lo calló con la mano, ella sí sabía español y entendía muy bien lo que ese imponente hombre acababa de decirle.

—Matías vete, no quiero verte ni a ti ni a él, vete... —abrió la pequeña rejilla nerviosa y entró olvidando lo que se le había caído.

—Andrea, no hagas esto. Ya todo va a terminar pero hasta que tú no estés en un lugar seguro Cristóbal no hará nada en su contra, no huyas, escúchame —la joven se detuvo dándole la espalda; verlo la estaba afectando más de lo que creía que podría ser. Sin embargo, no debía acercarse a él, si lo que le decía era verdad Mayra probablemente caería parada y ella se quedaría sin nada esta vez. Negó cerrando los ojos y continuó con los puños cerrados a los costados—. ¡Andrea!

—No quiero hablar contigo ni con nadie... si lo saben todo, también sabrás que el hecho de que estés aquí sólo lo complica más, vete, no vuelvas, vete —estaba aferrada al barandal de las escaleras con la mirada gacha, temblaba.

—No es así... debes venir conmigo, esto terminará, te lo juro —parecía más frágil que nunca, su mirada era de profunda tristeza y desolación. Sintió una enorme necesidad de acercarse, acunarla en sus brazos y llevársela de ahí hasta el fin del mundo si era preciso. La mujer que tenía frente a él era una criatura asustada, lastimada y dolida. Ella negó y siguió subiendo hasta que llegó a la puerta y la abrió con torpeza.

—Matías vete... dile a Cristóbal que se olvide de mí, yo... no pienso regresar, olviden que existo —no la comprendía, parecía ser otra. No quería escucharlo y si dio con ella era cuestión de tiempo para que esa mujer lo hiciera. No podía dejarla ahí, no quería volver a separarse de esa joven que adoraría hasta el día que dejara de existir.

—Lo siento... —Matías observó a la rubia pecosa que estaba de pie detrás de la reja—. Será mejor que vaya con ella —Sean asintió y decidió quedarse ahí por si el hombre decidía entrar—. Sean —giró hacia Jean al escucharla.

—Dile que te diga lo que sucede —un segundo después entró también a la casa. Esa chica parecía haber entendido lo que le dijo a Andrea.

Matías al escuchar su nombre se quedó paralizado, ese era el esposo de Andrea, parecía de la misma edad y con coraje, además de unos asombrosos celos, tuvo que admitir que tenía buena pinta.

—¿Hablas Inglés? —Matías asintió serio—. ¿Puedo saber qué sucede? —dudó un segundo pero enseguida se dio cuenta de que sólo él podría ayudarlo aunque la sola idea lo hacía morir de rabia.

—Vine a hablar con Andrea.

—Matías. Ese es tu nombre ¿verdad? —asintió imperturbable—. No sé quién eres, pero ella parecía no querer verte... sin embargo... esa se parecía más a la Andrea que conocí y no había logrado sacarle una sola reacción hasta ahora que apareciste... Así que quiero que me digas qué pasa y a qué viniste... y quiero la verdad, ella está huyendo de alguien... y si ese alguien eres tú debes de saber que no está sola —el chico lo decía en serio y parecía muy decidido. Eso no lo amedrentó; no obstante, era su única carta para acercarse a ella paradójicamente.

—No voy a hacerle daño, al contrario... no estará aquí a salvo dentro de poco tiempo —Sean frunció el

ceño sorprendido.

—Espera un segundo, iré a meter esto —se refería a la bolsa que traía en los brazos—, no te vayas, ahora vuelvo... —Matías lo observó alejarse, luego regresar por lo que Andrea hacía unos minutos tiró y volvió a meterlo.

—Okay... de acuerdo... debo confesarte que ahora sí estoy sorprendido... ¿Cómo es eso de que aquí no está a salvo? —el chico parecía relajado, iba vestido informal y eso lo hizo sentir mayor de repente.

—¿Cómo no sabes lo que sucede?, eres su esposo ¿No es cierto? —ahora él lo miraba buscando la respuesta. Sean metió las manos en las bolsas de sus pantalones y su expresión cambió.

—Sí, lo soy... pero... es muy complicado de explicar. Ella es... demasiado reservada —eso lo sabía Matías mejor que nadie.

—Te diré lo que pasa sólo porque necesito tu ayuda, ella debe salir de aquí... cuanto antes —el muchacho frunció el ceño de nuevo ahora preocupado.

—Necesitamos hablar... pero aquí no, ¿caminamos? —Matías no podía creer lo que estaba sucediendo; sin embargo, asintió.

Sin decir nada anduvieron varias cuadras, ambos tenían una revolución en su cabeza y necesitaban acomodarla. Cuando el mar ya quedaba a unos metros, Sean soltó la primera pregunta.

—¿Cómo es que sabes que está casada?... Andrea ha sido muy cuidadosa para no dejar huellas.

—Llevamos buscándola casi dos meses, no fue fácil dar con ella pero la gente que contratamos sabe cómo hacer su trabajo —Sean asintió molesto por saber que hurgaron en la vida de ella y probablemente en la de él. ¿En qué clase de lío estaba metida Andrea para que tuvieran que contratar gente especializada para encontrarla?

—Ahora... estamos lejos. Dime, ¿qué pasa? —Matías tomó aire mirando hacia el cielo intentando controlar los celos que sentía y que no lo dejaban pensar con claridad.

—Andrea viene huyendo de una mujer, de su cuñada para ser exactos —Sean se detuvo a media banqueta observándolo sin comprender.

—¿Por qué? —Matías se sentó sobre la orilla de la acera serio. La plática duraría varios minutos, así que decidió ponerse cómodo, si eso fuera posible. Cuando terminó el marido de Andrea estaba pálido y muy asombrado.

—Dios mío... nunca sospeché algo como eso. No suelo tomar tan temprano, pero de verdad necesito un trago —Matías no llevaba de conocerlo ni una hora y a pesar de todo le estaba cayendo bien. Parecía honesto y escuchaba cada palabra con mucha atención y sin interrumpir. Matías asintió comprendiéndolo. Diez minutos después entraban a un pub que estaba a medio ocupar, se sentaron en una mesa y ordenaron una cerveza. Sean parecía nervioso, mientras que Matías lo evaluaba serio. En cuanto llegaron las bebidas el muchacho le dio un largo trago y aspiró con fuerza, parecía más relajado ahora.

—De acuerdo... ya me quedó claro lo que esa mujer hizo y de lo que es capaz... Pero aún no comprendo muchas cosas. Como por ejemplo... ¿Tú qué papel juegas en todo esto?, y ¿esa mujer la está buscando a pesar de que le cedió todo?... Discúlpame, todo esto... Dios... —él estaba fuera de sí, sus manos temblaban ligeramente y a pesar de que no hacía calor, sudaba. Entendía su reacción, él mismo cuando lo supo sintió que se ahogaba.

—Sean... intentaré ser breve... Andrea cometió un error hace casi dos años y por cosas de la vida terminó en mi hacienda, en Veracruz, México. Soy el mejor amigo de su hermano, la conozco desde que nació... la relación entre nuestros padres siempre fue muy buena y... cuando vivió conmigo ese tiempo... tuvimos mucho más que una amistad —los ojos de Sean se abrieron desorbitados—. Siento tener que decirte las cosas así, pero es la verdad. Intenté ayudarla, pero no sé cómo esa mujer llegó a ella y la amenazó con sacar cosas sobre mi vida que podrían terminar con mi imagen y reputación. Andrea cambió repentinamente y me dejó por miedo a que cumpliera su promesa, luego... desapareció —Sean se frotó el rostro perdiendo la mirada unos minutos por el bar.

—Muy bien y... ahora dime... ¿Por qué hasta ahora la buscaron?, ¿Qué cambió? —Matías le dio un trago a

su cerveza y cuando la dejó en la mesa, se concentró en el líquido color ámbar.

—Que ahora su hermano sabe toda la verdad y está dispuesto a llegar a las últimas consecuencias de todo esto. Pero esa mujer, como te darás cuenta, es demasiado astuta y Cristóbal no va a comenzar el proceso legal sin estar seguro de que Andrea se encuentra fuera de peligro, no tenemos idea de qué contactos tenga, así que... vine para llevarla a México, conmigo—Sean ahora era él que lo evaluaba. Ese hombre aún la quería, se adivinaba en la forma que hablaba.

—Y ¿se puede saber a qué sitio?, digo, en el caso de que acepte ir.

—A la hacienda donde vivo, ahí podremos tenerla segura.

—Si es así... ¿Cómo es que esa mujer se acercó a ella?... Andrea estaba ahí cuando la volvió a chantajear ¿no es cierto? —Matías notó su cambio de actitud, era evidente que no le gustó enterarse sobre la relación que Andrea y él mantuvieron.

—Así es, pero en ese momento no vigilábamos, pues no creí que hubiese necesidad. Ahora ya tengo todo preparado para que nadie pueda acercarse —y era cierto. Contrató un equipo especializado de seguridad que había entrenado a varios de los que colaboraban en la hacienda y además que se quedarían el tiempo que se necesitara.

—Dime una cosa... aún la quieres ¿no es cierto? —Matías lo evaluó y asintió un segundo después. Sean sintió que el mundo se le venía abajo.

—Pero sé que es tu esposa y... eso lo cambia todo —por un momento Sean contempló dejarlo con esa impresión, pero no era verdad y ese hombre estaba siendo sincero. Además se trataba de la vida de Andrea y no iba a complicársela más.

—Sé que no tengo por qué darte explicaciones, pero tú estás siendo honesto, así que yo lo seré... Andrea y yo nos conocemos desde hace muchos años... —Matías sintió que no podía escuchar, sin embargo, permaneció en silencio. Sean le narró toda su historia y aunque los celos lo tenían completamente hecho su presa, saber lo que ella hizo por él no pudo más que doblarle el alma. Se daba cuenta de que Andrea siempre fue así, sonriente, humilde y noble, muy noble, una mujer buena desde el centro de su ser—. Cuando llegó a Toronto me dijo que la ayudara a cambiarse el nombre... —sintió que las cosas comenzaban a encajar, ¿su sospecha sería cierta?—, le dije que no, eso es demasiado arriesgado y... no me perdonaría si algo le sucediera... así que... le propuse que nos casáramos, era una forma de perder su apellido y de esa manera nos evitaríamos los peligros que lo otro implicaba —el comprender el porqué de su matrimonio le devolvió en parte la paz; sin embargo, era obvio que ese joven sentía algo por ella y por si fuera poco, era su marido, a pesar de no serlo en las mejores condiciones—. La tuve que convencer y en cuanto obtuvo sus papeles... se vino para acá... No obstante, aunque las cosas se dieron así, tienes que saber algo, yo la amo... —Matías sintió cómo todo el cuerpo se le tensaba, moría por dejarle en el rostro más de una huella de su puño. Andrea era suya, su cuerpo y su mente la reclamaban; sin embargo, debía controlarse, no era momento para sus arrebatos de posesividad, muchas cosas más importantes estaban en juego—, y aunque por ahora no es ni el asomo de aquella chica que solía ser, sé que si todo esto termina y lo logra superar, volverá a ser la misma y yo... lucharé por ella. Siempre la he querido y no estoy dispuesto a que se me vaya de las manos sin siquiera intentar darle una oportunidad a nuestro matrimonio —el castaño tuvo que cerrar los ojos fuertemente y hacer un monumental uso de su autocontrol para no partirle la cara. Estaba hablando de su *belleza*, maldito hijo de perra.

—¿Por qué me dices esto? —Sean lo miró serio. Ahora parecía mayor y era evidente que no bromeaba.

—Porque me acabas de decir que tú sientes lo mismo y ambos debemos saber qué terreno estamos pisando. Te ayudaré a que se vaya contigo, es su única oportunidad para recuperar su vida y lo haré a pesar de sentir que hiervo de celos de pensarla lejos y a tu lado, pero te pediré una cosa... si decide regresar cuando todo termine, no interferirás...—ahora sí lo golpearía, estaba diciendo una serie de estupideces que por supuesto no pasarían, o bueno, esperaba que no. Lo decía en serio, no se rendiría, lo veía en sus ojos, en su determinación, en su maldita postura, ese chico tenía agallas, demasiadas a decir verdad—. Sé que puedes decidir no hacerlo, pero no voy a ser quien la haga sufrir ahora con una guerra entre nosotros. La decisión

será suya y ambos deberíamos respetarla —Matías sopesó sus opciones, estaría con ella probablemente varias semanas, la acompañaría y juntos pasarían por todo el proceso de recuperar su vida. Esperaba que ese tiempo fuera suficiente, después de todo ahora sabía que no lo dejó por falta de amor, sino al contrario, había hecho todo precisamente por lo que sentía hacia él.

—Si ella regresa la dejaré para que sea... feliz a tu lado... o de la manera que elija —Sean lo observó dudoso, no lo conocía, pero parecía que hablaba en serio.

—¿La amas tanto que la dejarías si su felicidad estuviera en otra parte?

—Supongo me lo entiendes, tú actuarías igual Sean, porque si no regresa, no la buscarás, eso entiendo de todo esto. Así que sí, si ella es feliz aunque no sea a mi lado yo también lo seré... Andrea es mi vida y yo solía ser la suya, no quiero verla derramar una lágrima más, nunca —el chico se sintió un hipócrita, la amaba y mucho, pero él sabía cómo se encontraba Andrea en esos momentos y dudaba mucho que se abriera pronto. Ese hombre en cambio, la amaba de una forma totalmente desconocida; sin embargo, decidió dejar las cosas así, era su única oportunidad para llegar a ella si es que ese hombre no lograba, como suponía, derretir el alma de su aún esposa.

—De acuerdo. Hablaré con ella y lograré que se vaya contigo, sé cómo convencerla. Espera mi llamada esta tarde, sólo espero que sepan lo que están haciendo... me da la impresión de que no soportará una caída más, no tienes idea en lo que se ha convertido... —Matías frunció el ceño al escucharlo—, no me hagas caso, mañana comprenderás... Por ahora me voy, tengo que ir con ella. Mucha suerte y recuerda en lo que quedamos —Matías asintió intentando serenarse. De todo lo que podía pasarle, esto ya rayaba en la locura. ¿Qué nada iba a ser fácil con ella?... Negó con la cabeza sonriendo triste. Por supuesto que él también lucharía por ella, era todo para él. Pero fue sincero, si decidía buscar su felicidad en otra parte se haría a un lado, quería tenerla libre y creyendo en él por convicción, no porque era su única opción. Se terminó la cerveza y decidió pasar el tiempo recorriendo las calles de San Diego, hacía mucho que no iba, así que intentó infructuosamente distraerse de esa forma.

Sean llegó veinte minutos después a la casa de Andrea. Lo que acababa de saber sobre su vida lo dejó helado y amándola aún más. Esa mujer era increíblemente valiente y fuerte, sabía que no se equivocó con ella; el único problema es que sospechaba que ya había entregado el corazón y mucho temía que a ese hombre con el que acababa de estar. Decidió hacer a un lado los celos, debía pensar claramente en esos momentos, no se trataba de él, sino de ella y de su vida. Tenía que ser claro y certero si quería volver a verla sonreír.

—Sean ¡qué bueno que llegas!... ¿Dónde te metiste? —el chico observó la puerta de Andrea cerrada.

—¿No te quiere abrir? —Jean parecía preocupada. Adoraba a Andrea y siempre estaba inquieta por verla vivir así, a medias.

—No es eso, ella parece... ida. No me contesta y no me mira, esto ya no es normal —Sean la rodeó por los hombros intentando tranquilizarla.

—Sí lo es Jean, y cuando sepas toda la verdad la comprenderás... pero ahora debo hablar con ella, debe irse de aquí —la rubia arrugó la nariz sin comprender.

—¿Irse?, ¿quién era ese hombre?

—Te explicare luego... ahora debo hablar con ella ¿de acuerdo? —asintió aún más confundida.

Entró a su recámara sin tocar, sabía que no le contestaría. Estaba hecha ovillo mirando hacia el lado contrario. Un nudo se situó en el centro de su estómago. Odiaba verla así, reducida a eso; sin embargo, por primera vez en varios meses se sintió más tranquilo. Si todo salía bien ella volvería a ser la que era o... por lo menos eso esperaba.

Se sentó a su lado sobre la cama teniéndola así de frente.

—Andrea... lo sé todo —ella elevó lentamente sus ojos hacia él, parecía más ausente que nunca y tomaba aprensiva esa cadena que solía traer colgada todos los días alrededor de su cuello, sus nudillos incluso estaban blancos. Acarició su cabello por impulso, pero la joven se hizo a un lado de inmediato y volvió a perder la mirada por la ventana—. Tienes que irte... si no lo haces estarás en peligro.

—No —era la primera palabra que decía, pero no se asomaba ninguna emoción en ella—. No iré a ninguna parte —continuó sin verlo y con sus manos enroscadas en aquel objeto que siempre supuso sería un recuerdo familiar y que ahora dudaba sobre esa hipótesis.

—Sí lo harás... debes hacerlo. Tu hermano la hundirá... están preparándolo todo, pero si no estás segura, no dará ni un solo paso y eso no lo puedes permitir.

—Dije que no iré.

—Andrea... ¿de verdad crees que esto es vida? —se levantó ubicándose justo en el punto que ella observaba—. No sonrías, no hablas, no nada... eres la sombra de ti misma y te conformas con vivir cada día así, el resto de tu vida... No lo permitiré ¿comprendes? —Andrea se dio cuenta de que estaba molesto, pero no le importó. Ver a Matías la había dejado peor que antes, si algo no salía bien ya no lo soportaría, sabía muy bien que su razón ya no lo aguantaría.

—No veo qué puedes hacer... digas lo que digas no iré.

—Andrea esto no sólo se trata de ti —eso captó su atención de inmediato. Sean al notar lo supo que no debía perderla—, se trata de tu hermano, de Matías... —le dolió ver cómo con solo pronunciar su nombre sus ojos cambiaban un segundo—, toda la gente que trabaja para ustedes, son millones de personas y quién sabe qué será de ellas si esa mujer toma posesión. Es la guerra que tanto has esperado, por fin se terminará todo. Debes de ir y enfrentarla, esta vez la solución no es huir.

—Lo siento —Sean se sintió frustrado, no sabía que más decirle, pero la convencería.

—¿No te importa lo que nos suceda? —su esposa lo miró mostrando un poco de confusión. Bingo, pensó él—. Si te quedas, ella dará contigo tarde o temprano, si Matías lo hizo esa arpía no tardara en hacerlo y entonces no solo tú estarás en peligro, si no también nosotros, esa mujer te odia y será capaz de usarnos también a su favor si se entera que somos cercanos a ti. Es mejor que te vayas antes de que lo sepa, antes de que nos use para volver a destruirte —se sintió más miserable que nunca. Andrea lo miraba con miedo y asombrada, no eran esas las reacciones que esperaba lograr en ella. Sin embargo, no encontró otra manera de sacarla de ahí. Parecía estar tan ajena y lejana que por un momento creyó que necesitarían ayuda profesional para emerger su mente de ese sitio donde se escondía.

—Pero... —Andrea supo que era verdad y ya no sintió ni siquiera ganas de gritar. Una vez más por culpa de ese alacrán, debía de dejarlo todo. Sean tenía razón y aunque se juró no atarse a nadie era evidente que no fue así, tanto a él como a Jean los quería mucho, hicieron por ella tanto como... Matías y María; no podía ponerlos en peligro, no a ellos también.

—Debes irte... aunque me duela en el alma, debes hacerlo. Recupera tu vida y deja que los que estamos a tu alrededor lo hagamos, ninguno podemos seguir así... —supo que tenía razón, por muy cansada que estuviera, por muy harta que se sintiera, su amigo decía la verdad. No podía llevar a Mayra hasta ellos, los destruiría en segundos.

—Sean... —se sentó de nuevo a su lado sin tocarla.

—Por favor Andrea... no te hagas ni nos hagas esto... has pasado la vida esperando este momento, no lo evadas justo ahora —sabía bien que tenía razón. Asintió cerrando los ojos sin remedio—. Vamos, le diré a Jean que te ayude a empacar —se puso de pie y caminó hacia la puerta.

—Espera... ¿A dónde iré? —su voz aún seguía siendo plana y por un instante se compadeció de Matías. Rogaba con todo su ser que ella no cediera fácilmente o lo hubiese olvidado.

—Matías... vendrá por ti mañana, irás a su hacienda —se incorporó de inmediato.

—¡No, no iré ahí! —la miró intentando hacer caso omiso a su reacción que más que tranquilizarlo, le dolía.

—Sí irás. Hablé con él y no hay más opciones, todo ahí está dispuesto para recibirte, es la única forma de que Cristóbal pueda actuar sin estar preocupado por ti... —nunca lo oyó hablar así, su voz era firme y no dejaba lugar a replica. Sin embargo, no quería ir a ese lugar. Sentía que su mundo acabaría destruyéndose sin que pudiera evitarlo y si por algo las cosas no salían bien ya no podría seguir adelante después. Sentía miedo, mucho miedo, pánico en realidad.

—Pero yo...

—No se trata solo de ti Andrea... esto ya se trata de todos. Irás y harás lo que te pidan ¿comprendes?, no permitiré que te arriesgues, ya no. Ahora las cosas se harán a nuestro modo —desvió la vista comprendiendo que tenía de nuevo razón, las cosas ya habían llegado a niveles inimaginables y ahora todo lo que conocía, absolutamente todo, dependía de que hiciera lo acertado.

—De acuerdo, dile que pase mañana por la mañana —de nuevo volvía a ser la misma. Sintió una punzada de culpa por hablarle así. No obstante, decirle todo eso fue necesario y en parte verdad. Era indispensable dejar que los demás, por primera vez en su vida, se encargasen de cuidarla y protegerla, era evidente que ya había traspasado su límite mental y emocional. Ahora todo estaba en manos de su hermano y Matías y esperaba que verdaderamente lo logran. No bromeaba cuando le dijo a ese hombre que ella no aguantaría una más. Estaba seguro que su cordura no lo soportaría. Ya le parecía mucho verla todos los días intentando llevar una vida normal después de haber vivido todo aquello.

—Okay, llamaré a Jean.

—Yo puedo sola.

—La llamaré de todas formas —Sean no se comportaba nunca de esa forma, eso la desconcertó. Durante todo ese tiempo fue tierno, paciente; intentaba distraerla de mil formas, le platicaba todo e intentó por todos los medios hacerla sonreír. Le dolía reconocer que por mucho que ella lo procuró ya nada la hacía sentir, por dentro estaba fría y completamente vacía, nada podía cambiar lo ocurrido, lo que tuvo que pasar y por más que trataba de olvidarlo y volver a comenzar, ya no podía.

Jean la ayudó aspirando a distraerla. Extrañamente no le preguntó nada sobre lo que sucedía y canturreaba por toda la recámara como si le estuviese haciendo el equipaje para irse de vacaciones. Cuando terminaron, le insistió que salieran a cenar. Quiso negarse, pero su amiga le hizo ver que probablemente sería su última comida que compartieran en algún tiempo; así que terminó aceptando. Sean y Jean platicaban como si nada estuviera ocurriendo, como si fuese un día cualquiera. Sin embargo, ella estaba más ausente que nunca, no paraba de pensar, ya de manera obsesiva, que si algo no salía bien, su vida quedaría arruinada y ahora sí no tendría a dónde ir.

Esa noche casi no durmió, pensaba en él y enseguida el miedo la atenazaba; las cosas que le escupió aquella horrible tarde, el hijo que perdieron... No podía volver a perder la cabeza de esa forma, las consecuencias fueron funestas, además ya no era la misma y por más que trataba, vivir así ya era una costumbre de la que no sabía muy bien cómo salir.

Sean durmió en el sofá de la sala, temía que Andrea se le ocurriese escapar por la noche pensando que era “lo mejor para todos”. Matías y él acordaron que pasaría alrededor de las ocho por ella. Era lo mejor, se lo repetía a cada minuto, Andrea tenía que recuperar su vida y sólo así él podría luchar por lo que sentía; sin embargo, el miedo de que entre ellos dos resurgiera algo lo hacía dudar de lo que estaba haciendo en ese momento.

Matías llegó puntual, no durmió bien, daba vueltas y vueltas pensando en su cabello, en sus ojos, en su actitud y en la temporada juntos que les esperaba. El saber por qué se casó borró súbitamente todo el rencor y la impotencia. Ahora ya no existía nada que los separase, él no lo permitiría. Sentía cómo cada célula esperaba ansiosa su regreso, moría por tenerla de nuevo entre sus brazos, sentir su cuerpo temblar y vibrar junto al suyo, como cada noche hacía ya un año. La amaba, mucho más de lo que alguna vez pudo imaginar. Ahora sólo esperaba que ella aún sintiera lo mismo y algo le decía que así era. Tocó y esperó a que le abrieran. Jean lo hizo regalándole una sonrisa.

—Hola... pasa —Matías la siguió al interior respondiéndole el saludo. El lugar era minúsculo; sin embargo, acogedor y decorado con detalle. No tenía uniformidad, había diferentes colores y texturas; le gustó y saberla viviendo ahí lo tranquilizó. Había plantas por doquier y su toque en cada cosa—. Matías... ¿verdad?... —asintió enfocándose en la rubia que seguía sonriéndole acogedora. Ella le tendió la mano y él respondió de inmediato—. Soy Jean, Sean ya te habló de mí... Andrea y yo vivimos juntas y somos dueñas de la florería.

—Sí y mucho gusto —en seguida le cayó bien, se daba cuenta que de alguna forma Andrea consiguió rodearse de gente que la quería.

—Siéntate, ¿quieres algo? Andrea no tarda —Matías se acomodó en un sillón gris rata con telas rojas y moradas que, sin comprenderlo, combinaban perfectamente.

De repente Sean salió de una de las puertas y al verlo sintió de nuevo la sangre hervir. Estaba recién bañado y lucía un traje que lo hacía ver mayor.

—Hola Matías.

—Buenos días Sean —Jean se acercó a otra puerta justo de lado derecho del apartamento y entró después de tocar. Matías supo que esa era la habitación de Andrea y se serenó enseguida. Sean al ver su reacción se rio.

—Me estaba duchando, yo dormí justo donde tú estás sentado, no te mentí —Matías asintió sintiéndose un tonto. No hubo tiempo de intercambiar más palabras porque de pronto Andrea salió de la habitación. Matías se puso de pie enseguida. Lucía cansada, traía unos pantalones de mezclilla deslavados, unos converse y una playera negra. Su cabello lo traía agarrado por una coleta descuidada y llevaba colgando una mochila en su hombro. Extrañaría esa cascada que caía tan sensualmente por su espalda, comprendió al verla, no obstante, y a pesar de estar de verdad mucho más delgada, que seguía tan hermosa como siempre.

Andrea sintió enseguida como su presencia llenaba el lugar, nunca le pareció un apartamento tan pequeño hasta ese momento; sin embargo, no lo miró, no podía. Sean se acercó de inmediato notando la tensión entre ambos.

—¿Y el resto? —se refería a las maletas.

—Sólo es una, está adentro —Matías los observó interactuar con interés, ella no manifestaba ninguna emoción y su mirada estaba... vacía. Jean salió de la recámara arrastrando un pequeño beliz.

—Dice que no necesita llevárselo todo —Andrea tomó el asa de su equipaje asintiendo.

—No, esto es temporal —Matías sintió una opresión en el pecho. Maldición, actuaba como si no estuviera ahí y eso comenzó a molestarle, después de todo ya nada los separaba y era cuestión de tiempo para que todo

terminara. Se acercó hasta ella y cargó la maleta sin dificultad. Andrea lo miró sin poder evitarlo. Matías la evaluaba serio, traía el cabello más largo, pero su rostro seguía siendo igual de perfecto; llevaba vaqueros y una playera blanca con una sudadera de cierre oscura. No estaba preparada para el impacto que le produjo su cercanía, era aún más impresionante de lo que recordaba. Irradiaba masculinidad, fuerza y la seguía atrayendo como el primer día.

—Entonces ¿es todo? —asintió, sintiendo cómo el corazón dejaba de latir al escuchar su voz. Metió la mano en su bolsillo y apretó con fuerza la cadena que se acababa de quitar del cuello, no quería que él la viera. Ese objeto fue testigo de su dolor, de su desesperación y de su miedo, pero también creía que era el responsable de que en sus peores momentos no hubiera perdido la razón.

Matías se dirigió hacia la puerta sintiéndose furioso, frustrado; ella parecía estar molesta por tener que irse con él. Si bien su rostro no reflejaba mucha emoción, tampoco parecía brincar de alegría de volver a verlo. Comprendía lo que tuvo que pasar y la razón por la que inventó todo aquello; sin embargo, recordar sus palabras aún le dolía. Después, saberla casada, un segundo golpe y aunque entendía sus razones, no dejaba de dolerle que legalmente estuviera atada a otro hombre que no era él. Pero verla así de indiferente, ignorándolo después de casi un año de no verlo, ya era demasiado. Lo único que había hecho era amarla, amarla hasta la locura y ella parecía ajena a todo y no recordar lo que entre ellos sucedió aquellos meses. Le dolía mucho que no hubiera confiado en él, que hubiera estado planeando todo aquello y que jamás se lo hubiera mencionado. Se sintió de repente un estúpido, un ingenuo, probablemente lo hubiera olvidado o al necesitar tanto el amor, comprensión, alguien en quién confiar, se había refugiado en él.

No podía seguir ahí, se estaba sofocando.

—Espero abajo... —zanjó escueto. Volvió a asentir mientras sus amigos observaban el cuadro desconcertados. Era evidente que la presencia de ese hombre la afectaba y mucho más de lo que Sean hubiera esperado. Andrea había dejado a un lado su tan común indiferencia para enseguida ponerse en guardia, alerta. Con tristeza comprendió algo, Matías aún le interesaba, peor aún, su esposa... todavía lo amaba, no podía encontrar otra explicación a esa nueva actitud. Sintiendo que se le iba de las manos sin poder evitarlo, la abrazó sabiendo que no correspondería al gesto.

—Cuidate ¿sí?—

—Sí Andrea, cuidate y se fuerte, esto ya va a terminar —asintió nerviosa por tener que dejarlos a ellos y a todo por lo que tanto luchó. Ambos salieron junto con ella del apartamento. Matías esperaba recargado en un costado del auto que alquiló; miraba hacia un lado concentrado. Andrea sabía que estaba siendo dura con él; sin embargo, no podía arriesgarse a dejarse llevar de nuevo y que algo no saliera bien, eso sí ya no lo soportaría. Si él la tocaba nuevamente o la besaba, ya no le importaría nada y... muchas personas saldrían lastimadas, además que al verlo no podía evitar recordar todo su pasado, ese pasado que sabía jamás podría olvidar y que tanto daño ya le había hecho.

En cuanto la sintió cerca, abrió la puerta del auto.

—Pasa... —ella se acomodó un cabello suelto tras la oreja y entró sin decir nada. Estaba irritado, lo conocía muy bien y entendía a qué se debía a su actitud; no obstante, decidió que era mejor así. Ya llevaban diez minutos de camino cuando el móvil de él sonó. Ella continuó mirando perdida por la ventana.

—Hola, tardaste en llamar —Andrea se tensó enseguida, no tenía la menor idea de quién era, pero pensar que podía ser una mujer le provocó una oleada de celos. Enseguida procuró controlarse, eso era una opción, ella misma lo orilló a buscar consuelo en alguien más con todo lo que le dijo. Esa era una de las miles de cosas que le debía a Mayra y ahora tenía que pagar las consecuencias de algo que ni en mil años hubiera hecho. Dejarlo.

—Sí, todo bien... ahora no puedo hablar, te marcó más tarde, cuando esté en la hacienda —Andrea congeló nuevamente su corazón y se dejó ir a ese mundo donde solía esconderse cuando las cosas ya eran demasiado duras como para soportarlas con plena conciencia. Perder a Matías definitivamente era el tiro de gracia que ella le dio y aunque consiguieran que pasara el resto de sus días en la cárcel, nada cambiaría lo que ya había hecho y el daño que provocó.

Matías la observaba cada cierto tiempo, la sentía tan lejos y tan cerca que le dolía. Ella parecía no estar ahí. En algún momento, cuando Cristóbal lo llamó, vio una emoción en su rostro; sin embargo, cuando volvió a mirarla ya estaba otra vez ausente. Observarla era como ver un cuerpo sin vida, sin nada en su interior. *Su* Andrea parecía haber desaparecido.

Subieron al jet cuarenta minutos después. La joven recordó la última vez que se subió a uno, fue justo cuando iba rumbo a la hacienda de... él, de ese hombre que le mostró otra manera de vivir la vida. En ese momento no sospechaba todo lo que sucedería y ahora ahí estaba de nuevo, yendo hacia el mismo lugar, pero ahora por otras circunstancias. Se acomodó en el asiento más alejado de la puerta y clavó su atención en la ventana.

Matías conversó con el piloto y se sentó unos asientos adelante. El viaje duró más de cinco horas en los que logró perderse en su trabajo mientras que ella no supo en qué momento se durmió. Cuando él se dio cuenta, le pidió a la sobrecarga una manta y se la puso encima. La observó durante unos minutos con suma atención. La amaba y no saber qué sentía ella por él le oprimía el alma. Recordó las palabras de Sean y se dio cuenta a qué se refería; Andrea era otra, esa mujer había logrado terminar con ella a pesar de lo mucho que luchó por salir adelante una y otra vez. Era verdad, si las cosas no salían bien, la mujer que tenía frente a sus ojos, no lo soportaría.

Llegaron a Las Santas cuando casi anochecía; al terminar el viaje en avión, un helicóptero los esperaba. Matías no tuvo que despertarla, ella lo hizo media hora antes de aterrizar. Lo seguía sin decir nada mientras él no la perdía de vista ni un momento. Cuando por fin llegaron a la hacienda iba ayudarla a bajar cuando Andrea esquivó su mano y lo hizo sola de un brinco. Apretó los dientes respirando profundo. ¿Hasta dónde llevaría su indiferencia?

—María está ansiosa por verte —de nuevo sintió esa opresión en el pecho, pero la volvió a ignorar de inmediato. No debía acostumbrarse a ese lugar que tantos recuerdos le traía—. Se amable con ella... por favor —al escucharlo lo miró de reojo dándose cuenta de lo que venía implícito en esas palabras. No importaba si con él no lo era, Matías adoraba a esa mujer y no quería que la lastimara. En cuanto cruzaron la puerta justamente ella salió a su encuentro.

—¡Por fin llegaron! —pero al ver la distancia entre ambos y los ojos de Andrea supo que las cosas no iban bien. Matías parecía molesto y expectante, mientras que ella la observaba sin ninguna expresión. Recordó lo que notó antes de que se fuera en esa joven y no podía creer que Andrea hubiese permanecido así todo ese tiempo.

—Sí María... estuvo largo, pero aquí estamos... ¿Tienes hambre? —Andrea se dio cuenta de que le preguntaba a ella.

—Hola María. Prefiero dormir —asintió con gesto adusto. No pelearía con ella, aunque se percató de que en todo el trayecto no probó bocado, ese detalle no pasó desapercibido. Sin embargo, no la presionaría, probablemente pasaría ahí una temporada, tendría tiempo para intentar sacarla de ese letargo en el que se recluyó.

—Llevaré sus maletas, a mí sí prepárame algo... no he comido prácticamente —la joven lo siguió sin hablar. Al llegar a su recámara los recuerdos la golpearon por lo que permaneció inmóvil en el umbral. Matías dejó su beliz sobre la cama sin darse cuenta de que no lo seguía.

—¿Dormiré aquí? —giró hacia ella y vio miedo en su rostro.

—Sí... solía ser tu habitación... ¿Tiene algo de malo? —quería que reaccionara. Ella negó volviendo a portarse fría y entrando con indiferencia. Sintió un fuerte deseo de zarandearla hasta que reaccionara y mostrara alguna emoción, la que fuera. Negó intentando controlarse y caminó hacia la salida—. Si necesitas algo... ya sabes que hacer —cerró la puerta tras de sí sin decir más. Una vez fuera, se recargó en la madera sintiendo más frustración e impotencia que nunca. Respiró con dificultad mirando el techo lleno de ansiedad, de miedo, si ella no regresaba, si no salía de ese mundo donde habitaba ahora, ya nunca volvería a ver a la mujer por la que perdió la cabeza y el alma sin siquiera darse cuenta.

Andrea se tomó un baño intentando con mucha dificultad mantener su cabeza en blanco. No quería ni podía recordar nada de lo que ahí había sucedido, ahora ya no era la misma, ya nada podía ser igual y no tenía nada que ofrecerle ni a Matías ni a nadie, salvo amargura y odio, mucho odio. Se recostó en aquella cama y logró caer profunda enseguida.

—Hijo... no la reconozco —Matías se sentó en la mesa frotándose el rostro asintiendo.

—Yo tampoco. No sabes cómo fue el viaje... no habló nada y no parece importarle tampoco nada... La verdad es que estoy muy preocupado, no está aquí y no parece tener la mínima intención de regresar.

—¿Conociste a... su marido? —Bebió un poco de ese café que tanta falta le hacía y volvió a asentir—. Y ¿la dejó venir así no más? —María ya le acercaba un plato con chilaquiles y frijoles.

—Cuando creo que ya nada puede asombrarme, ella lo consigue, de verdad que es increíble —la mujer se sirvió una taza de su café y se sentó frente a él intrigada.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se casó para que no la encontrarán, para cambiarse el apellido —María le dolió saber las cosas a las que Andrea tuvo que llegar por culpa de esa mujer—. Es por eso que no viven juntos.

—Ella te lo dijo.

—No, fue él —María abrió los ojos impresionada—. Sí, ella ayer que me vio prácticamente huyó... parecía que había visto... un fantasma o algo peor —le relató todo lo que sucedió las últimas horas. Necesitaba compartir lo que pasó con alguien y ella estaba al tanto de todo.

—Debemos tenerle paciencia Matías, lo que ha pasado afectaría así a cualquiera. Ya verás que pronto la volvemos a ver sonreír y a parlotear sin parar —eso era precisamente lo que más deseaba.

—Eso espero... porque... no puede permanecer así... parece... otra —María puso una mano sobre la suya. Matías parecía ansioso y desilusionado. ¿Cuándo se terminaría el dolor para ese hombre al que vio crecer?

—Hijo... esto es una prueba muy dura, sobre todo para ella. Su vida ha sido... terrible, y no ha de ser fácil vivir con tanto miedo y dolor cargando. Recuerda lo que dijimos cuando nos enteramos de todo lo que le había pasado, que era increíble que aun sonriera como lo hacía. Te puedo asegurar que dejarte fue lo más doloroso que esa arpía la hizo hacer.

—Ya no sé María, parece que le molesta mi presencia, a lo mejor se sentía tan sola que... se refugió en mí.

—Sabes que no es así, confía en lo que ustedes tenían. Ella te amaba, verdaderamente te amaba, por Dios hijo bastaba con verle la cara, tu iluminabas su vida, todo puede ser, pero de que para ese niña tú eras su mundo, de eso no tengo la menor duda.

—Y ella el mío —admitió perdido en el líquido que aún tenía su tasa.

—Lo sé, pero ahora ella está... sin esa luz y sin muchas más. Espera... ten paciencia... enfrentar lo que viene no va a ser nada fácil. Andrea tendrá que encarar todo su pasado de un solo golpe, debe de estar preparada —Matías no había pensado en lo que eso pudiera provocar en ella. Andrea para él era fuerte e inquebrantable, pero no era indestructible, ahora la veía claramente.

—No sé qué haría sin ti... —Matías tomó su mano y le dio un beso tierno. Ella acarició su mejilla respondiendo al gesto. No solía ser cariñosa, pero tantas cosas habían cambiado desde que aquella muchacha entró a sus vidas, que ahora le costaba recordar cómo solía ser antes de que eso sucediera.

—Todo va a estar bien, ya lo verás. A propósito hijo, ¿quién crees que estuvo aquí? —sorbió café intentando distraerse y sintiéndose extrañamente tranquilo. Saberla en su casa, aunque fuese de esa forma, le daba esa paz que tanto había extrañado.

—¿Quién?

—La hermana de Inés... —Matías frunció el ceño sin comprender a qué venía el comentario—, quiere hablar contigo, dice que esa muchacha está escondida... esa niña ya sabes que siempre se metía en líos. Pero bueno... parecía muy nerviosa e insistente.

—¿Por qué no te lo dijo a tí?

—No lo sé, créeme que lo intenté pero no hubo manera. Si quieres le digo que tú estás muy ocupado, me

dijo que mañana volvería a pasar.

—¿Escondida?... pero ¿por qué?... ¿no había renunciado ya hace meses?, a nosotros ¿qué más nos da lo que ahora haga de su vida?

—Pues sí, de hecho se fue justo unos días después de que Andrea... —de repente ambos se miraron con los ojos bien abiertos. Matías se levantó de inmediato.

—¿Dónde viven? Voy a ir a verla —María pensó lo mismo; sin embargo, era poco probable que tuviera algo que ver con lo que había sucedido.

—Hijo, espera mañana a que venga.

—No, dime dónde viven, iré ahorita. Si sabe algo puede arrepentirse e irse. No, tengo que salir de dudas —María le dio las señas, toda la gente vivía por ahí—. No sé a qué hora regrese, por favor no te vayas hasta que esté de nuevo aquí, la hacienda está bien custodiada pero... me quedaré más tranquilo si no está sola.

—Aquí te espero... pero con cuidado hijo —cinco minutos después ya iba rumbo a la casa de aquella muchacha teniendo un fuerte presentimiento.

Llegó a la pequeña casa sin problemas, conocía el lugar como la palma de su mano. Tocó la puerta con urgencia, enseguida le abrieron. Una mujer morena y muy parecida a Inés lo veía asombrada.

—Patrón, pase por favor —se hizo a un lado para que entrara.

—Buenas noches, me dijo María que fueron a buscarme... ¿Qué sucede? —permaneció de pie en la puerta sin hacer caso a la invitación. La mujer parecía nerviosa y veía hacia ambos lados de la calle.

—Será mejor que pase, es... importante —Matías arrugó la frente y entró. La casa era minúscula y vieja, como solían ser por ahí. No se escuchaba ruido, así que no supo si estaban solos o no—. Siéntese... ¿quiere algo? —negó a un lado de una desvencijada mesa.

—La verdad es que preferiría saber de una vez qué sucede —la mujer se sentó en una de las sillas justo frente a él.

—Mire... lo que tengo que decirle es... muy penoso —se comenzó a tronar los dedos de las manos mostrando que ciertamente no le agradaba tener que hablar del tema—. Yo soy Chela, la hermana mayor de Inés.

—Me dijo María algo de que estaba escondida, no entiendo qué tiene que ver conmigo... ¿hizo algo?... no comprendo, ella renunció hace meses a la hacienda.

—Patrón de verdad no sabe lo mal que me siento con lo que voy a decirle. Esa niña siempre ha sido un dolor de cabeza para mí y mis difuntos padres. Todo el tiempo metiéndose en líos, pero este sí que es... muy grande —Matías la miró sin entender aún qué tenía él que ver en todo ese lío—. Mi hermana hace año y medio comenzó a traer más dinero a la casa, me pareció extraño, sé que uste no paga mal, pero lo que traía era mucho. Por esos días un hombre estuvo por acá y ella enseguida fue de metiche a averiguar lo que quería... —Matías se sentó justo en el lugar frente a ella. En ese momento supo que algo importante iba a saber y sospechó enseguida sobre aquella mujer—. Al poco tiempo comenzó a cambiar —lucía apenada y muy preocupada—. Llegaba muy noche y ya no se podía hablar con ella. Empezó a hacer comentarios sobre que pronto se iría de aquí... Bueno... —sacudió la cabeza como deshaciéndose de los recuerdos—, lo que sucede es que mi hermana ayudó a una mujer a entrar a su hacienda haciéndola pasar por una joven de este pueblo.

—¿Cómo se llamaba? —sabía a quién se refería, pero debía estar seguro.

—No quiere decirme... lo siento. Lo que sí sé es que ayudó a que esa mujer hablara con la señorita que era... su novia —se levantó enseguida sintiendo que la furia e indignación lo apresaban. Chela se sobresaltó; sin embargo, continuó—. Inés escuchó todo lo que ella le dijo, la mujer no se enteró y no quiere decirme lo que sabe, pero después de ese día recibió una gran cantidad de dinero y la amenazaron con que si soltaba la lengua, ella o alguien de su familia pagaría con su vida —Matías no podía creer tanta maldad—. Patrón, Inés se fue varios meses pero regresó hace poco preocupada de que algo nos hubiera pasado... ella está arrepentida y quiso volver a irse pero no la dejé; al final me soltó lo que le estoy diciendo. Esa señora le

pagó para que la ayudara y que le dijera todo lo que en la hacienda pasaba y escuchaba, ella cumplió muy bien con su parte al parecer. Sin embargo, cuando se dio cuenta de lo que le dijo a... la señorita comprendió con quien se había metido y le dio miedo, mucho miedo —Matías se sentía molesto y profundamente frustrado, traicionado. Tuvo a Inés trabajando en su hacienda mucho tiempo y jamás creyó que algo como eso ocurriera.

—¿Dónde está esa niña? —Hablaba furioso. Chela se levantó poniéndose a su lado asustada.

—Por favor patrón, entiendo que este enojado pero...

—¿Enojado?!... ¡Estoy furioso!, usted no tiene ni idea de lo que ella provocó, de la vida que destruyó.

—Se lo suplico, seréne... Si lo busqué es porque necesito su ayuda... sé que hizo mal y créame que está aprendiendo su lección, por favor patrón...

—Quiero verla, ahora ¿Dónde está?

—Se lo diré, pero necesito que se tranquilice, ella va a hacer lo que uste le diga, pero de verdad debemos saber si esa mujer es capaz de cumplir su amenaza, tengo dos hijos pequeños...no quiero que les pase nada... comprenda —Matías al ver su temor y darse cuenta de su situación intentó tranquilizarse, después de todo esa era una prueba muy importante para terminar con todo eso de una buena vez.

—De acuerdo... las ayudaré...a ustedes no les pasará nada se los prometo. Esa mujer es capaz de muchas cosas y por supuesto que están en peligro si se entera de que tuvimos esta plática. Chela... siéntese... —lo hizo mientras que él volvía a ocupar el mismo lugar de hacía unos minutos—. Necesito hablar con Inés, necesito que me diga exactamente lo que escuchó y lo que vio. Esa señora es muy peligrosa —la joven lo oía con lágrimas en los ojos—. Inés y ustedes estarán a salvo pero ella debe prometerme que dirá todo lo que sabe a la policía... —Chela se llevó una delgada mano a la boca—. Sí, su hermana puede ser de mucha utilidad, créame que de ella dependen muchas vidas... no tiene ni idea de lo que está en juego.

—Maldita muchacha, ¿cómo nos fue a meter en esto? —se quejó limpiándose los ojos.

—No se preocupe... le juro que estarán bien, no permitiré que nada les pase. Pero debo verla... ahora —la mujer asintió después de pensarlo unos segundos.

—Está bien patrón, lo llevaré con ella y no sabe cuánto siento todo esto —Matías puso una mano sobre la suya que veía temblar desde hacía varios minutos.

—Yo también Chela, pero créame que el hecho de que sepa lo que sabe puede hacer la diferencia —la mujer asintió intentando tranquilizarse. Ambos salieron medio minuto después por la parte trasera de la casa. Caminaron por los matorrales más de un kilómetro hasta que llegaron a una especie de cabaña desvencijada que parecía desierta.

—Es ahí —señaló con seguridad. Matías sintió, por un instante, pena por Inés, pero enseguida la olvidó dándose cuenta de que se lo merecía por meterse en donde no debía.

No se escuchó ningún ruido.

—Inés —Chela susurraba cerca de lo que era una puerta de lámina. De repente se abrió y una Inés cabizbaja abrió—. Traje al patrón —al escucharlo alzó la vista sorprendida—. Hazte a un lado... déjanos pasar —le exigió su hermana visiblemente molesta. La chica asintió haciendo lo que ordenaban. El lugar olía a sucio y era realmente pequeño.

—Inés, Chela me dijo que tienes algo que decirme —la muchacha miró con disgusto a la mujer—. No te enojas, pero debes saber que de verdad estás metida en un grave problema... esa señora es muy peligrosa y yo te puedo ayudar siempre y cuando cooperes con nosotros y digas todo lo que sabes a la policía —Inés dio un paso hacia atrás negando.

—No, la policía no patrón. Sé que hice mal, pero no quiero ir a la cárcel —Matías sintió lastima por la joven, no tenía ni idea con quien se había metido, ni tampoco de que lo que peligraba no era su libertad, si no su vida. Le puso una mano en el hombro dejándola así petrificada.

—No iras a la cárcel, pero esa mujer sí es capaz de hacerle algo a ti o tu familia.

—Lo sé —admitió evocando cada una de las horribles palabras que la escuchó pronunciar a esa linda señorita aquel día. Ahora parecía triste.

—Inés, quiero que me lo cuentes todo y yo te llevaré a ti y a tu familia a un lugar seguro. Andrea ha sufrido mucho por culpa de ella y después de ese día ha sufrido más. Necesito tu ayuda, te juro que no pasará nada — la muchacha asintió sentándose rendida sobre el catre en el que solía dormir.

Una hora después Matías se sentía mucho mejor y mucho peor. Esa víbora amenazó a Andrea con decir a los cuatro vientos la verdadera causa de la muerte de Tania. Él ciertamente no dio parte a las autoridades; sin embargo, Ramiro dio fe de la causa. No quería que su memoria se manchara con algo tan horrible como un suicidio, ni siquiera los padres de ella sabían, en aquel momento decidió ahorrarse el dolor de saber que su hija no pensó en nadie y que era tan infeliz que se quitó la vida. Jamás pensó que una cosa así pudiera ser usada en su contra y sin embargo, así fue. Esa decisión le costó a Andrea tener que renunciar a él y a todo. Mayra le dijo que hasta sus padres quedarían implicados y ella se sacrificó una vez más por los demás, haciendo a un lado su felicidad e incluso su vida. Ahora tenía él mismo que abrir de nuevo ese doloroso capítulo de su vida para poder sacar a Andrea de todo aquello; en cuanto el proceso comenzara e Inés declarara, saldría todo a la luz. Esa mujer estaba haciendo daño a demasiadas personas, pero aun así lo enfrentaría, por Andrea enfrentaría cualquier situación. No tenía nada que temer, las cosas estaban legalmente en regla, pero jamás le perdonaría que el nombre de Tania saliera a relucir gracias a su enfermiza ambición y esa obsesión que ahora entendía tenía por fastidiar a esa joven que ahora ya no sonreía.

Cada día que pasaba se enteraba de cosas aún peores que el anterior, comenzaba a pensar que jamás se acabaría esa pesadilla y que sacar a Andrea de ese agujero donde se había metido, sería imposible.

Mayra le dijo que la haría pasar por loca y que debía mentirle a él, que debía dejarlo para que dejara de investigar sobre ella, así que Andrea eso hizo, lo hirió pensando que así lo salvaría.

Cuánto odiaba a esa mujer, destruyó la vida de muchas personas ya, pero sobre todo la de ella, la de Andrea.

Inés lloraba desconsolada y muy impresionada. Aquel día, se había quedado a un lado de la puerta escuchándolo todo, como era su costumbre, por eso pudo decirle con santo y seña cada palabra que se pronunció en ese lugar tan lejano de todo. Ese maldito día jamás debió existir, fue ese día justamente que la corrió de la hacienda mandándola con Mariano.

—Inés, gracias por decírmelo todo. Te prometo que todo saldrá bien, pero debes ayudarme.

—Patrón, pero si se entera me dijo que mataría a mis sobrinos —se puso en cuclillas frente a ella.

—No va a ser así, a tu hermana y tus sobrinos los mandaré lejos, nadie sabrá dónde están y tú también estarás en un lugar seguro, sólo que debes declarar. Por favor confía en mí, no dejaré que nada ocurra —la chica asintió temerosa. Él se levantó decidido—. Vamos para que recojan sus cosas, no podemos perder el tiempo —ambas salieron a toda prisa del lugar haciéndole caso.

Mientras las esperaba en la camioneta le marcó a Gregorio. Con todo lo ocurrido ya no pudo hablar con Cristóbal. Le dolía todo el cuerpo; el día había sido demasiado largo y lleno de noticias desagradables. Cuando el abogado le contestó, le contó todo. Quedaron en que Inés se quedaría con él en el D.F. y que a Chela la mandarían a Mérida con una hermana suya para que la escondiera con alguna de sus amistades. Y así lo hizo, esa misma noche lo dispuso todo y para el amanecer, ambas jóvenes ya estaban donde debían estar.

Vio el sol salir sintiéndose impotente. Andrea no despertó en toda la noche. María, al darse cuenta de lo que sucedía decidió quedarse en la casa, pero nada había cambiado. Se duchó, tomó un café bien cargado y decidió salir un rato a montar. Al llegar a aquel árbol, que lo consideraba su compañero pues recurrió a él en casi todos los momentos de su vida, se sintió un poco más tranquilo. Tenía que hablar con los padres de Tania, no podía permitir que se enteraran de todo de esa forma, también debía informar a sus padres y sus abogados, no quería dejar nada al azar.

Cada día entendía mejor a Andrea y admiraba más sus agallas y nobleza. Le contó todo acerca de la muerte de su esposa aquel día en el que ella también se sinceró, gracias a sus presiones por supuesto. Andrea, como era de imaginarse, se percató de lo mucho que el tema le dolía y de la culpa que cargaba, así que cuando Mayra la amenazó con sacar todo a la luz cedió sin dudar. ¿Cómo era posible que esas cosas ocurrieran?, ¿que personas como Mayra pudieran existir e hicieran tanto daño? Ahora no sabía lo que sucedería, su vida, la de Cristóbal, la de los padres de Tania, la de Inés y su hermana, la de Andrea sobre todos y la de quién sabe cuánta gente más estaba en peligro de diferentes formas. Atrapar a Mayra iba a ser como destapar una caja de Pandora, todo saldría a la luz y más de uno sufriría por todo aquello.

Regresó entrada la mañana a ver cómo iban las cosas en la casa. Andrea ya se había levantado, pero no bajó, por lo que María le subió su desayuno. La joven le agradeció educadamente; sin embargo, la trató como si fuese una extraña. Se lo comió todo en silencio y con la vista perdida en aquella ventana donde varias veces la vio leer o escribir sin parar sobre sus flores.

Qué lejano era todo eso ahora. María no la quiso presionar y eso era lo que le informó a Matías. Ambos decidieron darle su espacio, no querían alterarla, lo que venía iba a ser aún peor y Andrea tenía que estar fuerte y preparada para encarar su pasado de esa forma.

Trabajó el resto de la mañana fuera de casa, el ambiente ahí lo sofocaba, saberla tan cerca y a la vez tan lejos lo enloquecía.

A medio día ya iba de regreso a la casa, cuando le avisaron que Cristóbal estaba aterrizando. Desde que instauró la vigilancia, todo se lo reportaban a él personalmente. Y a la casa, nadie tenía acceso a menos que lo autorizara. En cuanto supo que se encontraba ahí se alertó, algo debía estar ocurriendo para que se presentara así, de improviso. Cabalgó lo más rápido que pudo, deseaba con toda su alma que no fueran malas noticias.

Llegó unos minutos antes de que él entrara. Fue a la cocina esperando ver a María, pero recordó que la mujer le mencionó en algún momento de la noche anterior, que iba a ir personalmente al mandado para comprar lo que sabía a Andrea le gustaba de comer. Indira era de su absoluta confianza; sin embargo, se le dieron órdenes de no ir a la recámara de Andrea hasta que Matías o ella llegaran. No podía arriesgarse a que esa mujer, por algún motivo, supiera dónde estaba e hiciera contacto con ella encontrando una nueva forma de manipularla.

Se tomó un enorme vaso con agua al hilo y salió para recibir a su amigo. Cristóbal abrió la puerta casi en el mismo instante en el que Matías iba a hacerlo.

—Matías... Lo siento por no avisar —se dieron un fuerte apretón de manos y un abrazo.

—Sabes que no necesitas hacerlo, pero debo confesar que me agarraste por sorpresa, ayer ya no me devolviste la llamada —Cristóbal parecía varios años más viejo, se veía decaído y fatigado.

—Matías... quiero verla, necesito verla y además ya supe lo de la chica que ayudó a Mayra, hoy hablé con ella en la mañana en casa de Gregorio —el dueño de aquel hermoso lugar asintió haciéndolo pasar al estudio donde cerró una vez que estuvieron dentro.

—Siéntate, te ves cansado —Cristóbal puso un par de dedos haciendo presión sobre el puente de su nariz

una vez que se acomodó—. ¿Quieres algo de tomar? —negó aún con los ojos cerrados.

—Esto es una pesadilla, no sé cuánto tiempo más lo soporte... —Matías lo observó comprendiéndolo. Cristóbal alzó el rostro y le devolvió la mirada—. No sabes lo que es tener que fingir día y noche, ahora que sé lo que ha sido capaz de hacer, cada cosa que hace me enfurece y más de una vez he pensado en terminar con ella yo mismo. Mayra es una excelente actriz, incluso... hay noches en que... pretende que haya... tú sabes... intimidad... me repugna —permaneció en silencio uno minutos y poniéndose de pie—, me da asco, no puedo, no la deseo, la odio con toda mi alma, se me acerca y me da náusea, ya no sé qué pretexto inventar... Mierda, esto se me está saliendo las manos.

—Cristóbal, debes de tener paciencia y tranquilizarte, hay muchas cosas en juego... lo sabes, por otro lado no será eterno, lo que haces tendrá buenos resultados, ya verás.

—Sí, lo sé, sólo por eso soporto este maldito infierno, por mi hermana, por mis padres, por verla en prisión el resto de su jodida existencia —volvió a sentarse frente a él—. Llegaré hasta el final, porque lo que esa malnacida ha hecho es imperdonable... ¿sabes qué acabó de saber ayer por la noche justo unos minutos antes de que te comunicaras con Gregorio? —Matías negó—. Mayra al parecer también mató a la nana de Andrea —su amigo absorbió la nueva noticia intentando mantenerse tranquilo—. Aún están buscando pruebas, pero al parecer tenía planeado todo esto... ¿de qué más me enteraré? Ya tengo miedo de seguir escarbando, sólo sale porquería y más porquería. Temo por la vida de Gregorio, por la tuya y sobre todo por la de Andrea... yo los arrastré a todo esto, no sabes lo mal que me siento, que haya pasado todo bajo mis narices, que haya sido un total y absoluto imbécil.

—Cristóbal, no vale la pena que te pongas así... ella lo planeó muy bien, no tenías modo de saber...

—¡Claro que tenía!, no me disculpes ahora. Andrea me lo intentó decir... la vi extinguirse cada día y no hice nada... ¿comprendes? ¡Nada! Nunca me perdonaré todo esto, el daño que le he causado... cómo quisiera volver el tiempo atrás y protegerla, cuidarla, darle todo lo que mis padres querían darle, ella no se merecía todo esto Matías... te juro que quiero matarla, quiero matarla yo mismo, deseo sentir su pulso extinguirse bajos mis manos.

—Debes calmarte, estás alterado. Te entiendo... muchas cosas ya no podrán ser iguales, pero esta es la realidad y debemos buscar salir de esto lo mejor posible —Cristóbal asintió evaluándolo con intriga.

—¿Por qué te callaste lo de Tania? Ayer que supe... Dios, no lo pude creer... debió ser... muy duro pasar por todo aquello —Matías pensó que el dolor que solía acompañar a ese tema regresaría, pero con asombro se dio cuenta que no fue así, aún le dolía, eso no lo podía evitar, pero no como antes.

—Porque no quería manchar su memoria, ni que su nombre estuviera en boca de todos.

—¿Y ahora?, Matías... si esa muchacha declara, eso saldrá a la luz.

—Lo sé y aunque me duela lo enfrentaré. Andrea está viva y la sigo amando igual que el primer día Cristóbal, ella va a luchar contra todo esto, así que yo haré mi parte... pase lo que pase para mí lo primero es ella —escucharlo hablar de esa forma sobre su hermana lo conmovió. Matías era como su hermano y aunque no brincó de alegría al saber que entre ellos nació algo, ahora veía que lo que él sentía era genuino y muy real, tanto, que estaba por dejar salir el capítulo más doloroso de su vida sin importarle las consecuencias con tal de ayudar a salvarla.

—Ella no podría tener un mejor hombre a su lado... sin embargo... sabes que está casada —ya se sentía más sosegado, aunque todavía nervioso.

—Lo está. Y ya conocí a su esposo —Cristóbal asintió suponiéndolo—. Es un buen chico y la quiere... pero no se casaron por amor, tu hermana se casó para cambiarse el apellido —su amigo abrió los ojos asombrado. Cuando creía que ya nada lo impresionaría, algo siempre le hacía ver que estaba en un error—. Sí, siempre creí que Andrea era inteligente, pero no de esta manera, ella planeó todo esto por años ¿te das cuenta? —le relató lo que había averiguado dejando a Cristóbal mudo y azorado.

—No lo puedo creer Matías... simplemente no sé qué decir. Andrea me está enseñando cosas que nunca esperé aprender y menos de ella, tiene una inteligencia envidiable —se quedó meditando un segundo intentando absorber toda la información—. Dime... ¿cómo está?... vine con la esperanza de verla, hace tanto

tiempo... sólo necesito cerciorarme de que está bien... —Matías se puso de pie dudoso. Cristóbal notó enseguida la tensión en él

—Cristóbal ella... no es... lo que solía. Ya no es la misma y no creo que quiera verte, no habla con nadie y... parece estar ajena a todo. Pensé que al darse cuenta de que ya todos lo sabíamos y que estábamos buscando la manera de solucionarlo, ella... no sé, se pondría feliz, pero no fue así... Ayer en el viaje no dijo ni una sola palabra, a María la saludó como si no supiera quién es y... no ha salido de su recámara... la verdad es que no sé qué hacer —el hermano de Andrea se frotó el rostro igual de preocupado—. Es como si... lo que había dentro de ella hubiera muerto ¿comprendes? está seca.

—No me digas eso, por favor no... ella va a estar bien y cuando pase todo esto volverá a ser la Andrea sonriente de la que me hablaste... volverá a cuidar sus flores y... —ya no pudo continuar porque varias lágrimas salieron sin poder evitarlo. Matías lo entendía, saberla así no era nada fácil.

—Cristóbal... lo que viene será peor, ella tendrá que declararlo todo, no sé si lo aguante... me da la impresión de que... no está bien... —admitirlo le dolió profundamente, pero era la verdad. Andrea había pasado por mucho, *su Belleza*, como siempre la llamó, vivió atormentada por años y veía muy complicado que sanara pronto.

—Traeremos a un especialista, alguien que nos diga si podrá o no. Matías, es clave en el proceso... sin ella se podrá hacer muy poco... Sin embargo, si no está bien, buscaré la manera de hacerlo de otra forma... no me perdonaría que esto tuviera repercusiones peores en su salud o en su... cabeza.

—Hay que esperar, es fuerte y... a lo mejor está preparándose para lo que viene —ambos se quedaron en silencio unos minutos sopesando lo que acababan de conversar.

Un golpe en la puerta los sacó de sus pensamientos.

—Adelante —Indira asomó el rostro un poco alterada, cosa rara ya que solía ser ecuánime y callada.

—Patrón... María —Matías se acercó hasta ella de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Está en la cocina, acaba de llegar, pero está muy pálida... —Matías y Cristóbal salieron inmediatamente de ahí corriendo prácticamente hasta esa mujer que quería como a una madre. Al entrar, Matías se hincó frente a la silla que ella ocupaba. María se frotaba la frente con una mano, parecía muy impresionada y ciertamente estaba pálida.

—¿Qué pasa?... ¿te sientes mal?... ¿llamo a Ramiro? —la mujer negó girando su rostro hasta él lleno de congojo. Acarició su mejilla llevándose la otra mano a la boca—. María ¿qué pasa? Me estás asustando —era dura, muchas veces pensó que insensible, que no imaginaba qué la podía tener así.

—Hijo... no sé cómo decirte esto —Matías frunció el ceño intrigado. Algo pasaba, algo que no le gustaría escuchar. Cristóbal continuaba ahí a unos metros observándolos, así que le pidió con la mirada que sacara a Indira, éste lo hizo sin saber si quedarse o salir.

—María por favor... no es momento para... —susurró conciliador. Ella volvió a poner una mano sobre su mejilla. Estaban muy cerca y parecía estar a punto de llorar. ¿Qué diablos pasaba?

—Hijo... te juro que daría todo para que todo esto no estuviera ocurriendo... para que yo no tuviera que ser quien te diga esto, pero debes enterarte, no está bien que calle.

—Por favor... dime qué ocurre, no me gusta verte así.

—Matías, Andrea... —al escuchar su nombre enseguida se tensionó. Rogaba que nada malo le dijera acerca de ella, ya no lo soportaría, no podría manejarlo—, estuvo embarazada... —en cuanto oyó eso se palideció sintiendo un sudor espeso recorrer poco a poco cada parte de su cuerpo—. Ella... perdió al bebé —permaneció ahí anclado sin poder reaccionar, con la respiración contenida y los ojos abiertos de par en par. Un hijo, un hijo de ella y él.

—¿De, de qué hablas? —apenas y le salió la voz. No, eso no podía ser, no algo así por favor.

—Me encontré a Juana... la esposa de Don Mariano en el mercado, ella misma la atendió... Andrea lo perdió poco antes de irse de aquel sitio —Matías comenzó a agitar la cabeza negativamente. Se puso de pie tropezando con los ojos desorbitados, buscando algún apoyo para no caer. Cristóbal no daba crédito a lo que

escuchaba, su hermana había estado embarazada, iba a ser madre.

—No, no, no puede ser... no, ella me lo habría dicho... no es posible —pero claro que lo era, sabía muy bien que varias veces la pasión los agarró por sorpresa y él no tomó precauciones pensando que de todas formas estarían juntos. Jamás le cruzó por la mente la posibilidad de que no fuera así. Sentía que una niebla blanca, lenta se iba adentrando en sus pensamientos, en sus huesos, en su alma. Eso ya era el colmo de una situación por demás aberrante y espantosa.

María intentó acercarse hasta él, pero el hombre continuó negando y alejándose trastabillando. Se sentía herido, más herido que nunca. Ella no le dijo nada, se quiso quedar ahí sabiendo que llevaba un hijo en su vientre. Si hubiera estado enterado de algo así, jamás lo hubiese permitido, por muchas amenazas que esa mujer lanzara hacia él, hacia su hermano, hacia ella misma; la vida de su hijo hubiera sido lo primero. Él los hubiera protegido con su vida, maldición. En ese momento sintió que perdía la razón, ya era demasiado, demasiado como para poder pensar con claridad. Un segundo después salió de la cocina ignorando que María y Cristóbal lo llamaban asustados. Subió los escalones de dos en dos sintiendo cómo la furia y la impotencia se encajaban más hondo en su alma. Entró a la habitación sin siquiera llamar. Andrea estaba sentada en la cama con las manos enrolladas alrededor de sus piernas mirando hacia el jardín. En cuanto lo sintió, lo miró desconcertada, pero enseguida volvió a perderse.

—¿Por qué no me dijiste?!... ¿Eh? ¿Por qué diablos no me dijiste que estabas embarazada? —al escucharlo la joven abrió los ojos sintiendo cómo su coraza caía sin poder evitarlo. ¿Cómo se había enterado? Él se acercó poniéndose a unos centímetros de su desmejorado rostro, podía sentir su aliento sobre sus mejillas, su ira penetrar su alma, su mirada llena de impotencia. De inmediato su cuerpo se despertó, los latidos de su corazón aumentaron alarmantemente y le costó, de pronto, trabajo respirar—. ¡No me mires así... ya no más!... ¿Por qué no me dijiste? Era nuestro hijo, yo los hubiera protegido... ¿Por qué no confiaste en mí maldita sea?! ¿Por qué?! No hubiera permitido que nada les pasara, hubiera encontrado la forma de ponerlos a salvo, de matarla si era preciso... —de verdad estaba furioso y lo entendía, ella misma ya no podía más, y recordarlo sólo la ponía peor.

—Yo... —Cristóbal ingresó seguido por María. Matías parecía estar fuera de sí. Ninguno de los dos ocupantes del cuarto se percataron de sus presencias. Su amigo obstaculizaba la visibilidad de su hermana. Cristóbal sintió cómo el instinto protector lo invadía.

—Matías... tranquilízate —le rogó en voz baja. Andrea, al escucharlo, hizo a un lado el rostro y lo vio. Sin poder evitarlo comenzó a sentir cómo la razón la abandonaba y cómo la frustración, el dolor, la impotencia, el rencor, el odio y la desesperanza se apoderaban de su ser llenándola por completo. Aventó a Matías con dureza sin importarle lo grande que era. Temblaba y un calor ardiente se apoderaba de todo su cuerpo logrando que así sacara todos los sentimientos contenidos por años. Matías trastabilló quedando de pie a un lado de la cama desconcertado.

—¿Crees que no sé lo que sientes?!... —gritó como nunca lo había hecho dejando helados a todos. Se colocó frente a él con el rostro transformado por la furia—. ¿Quién te crees para reclamarme algo?!... No tienes idea de lo que yo sentí... No tienes ni idea de lo que fue perderlo el mismo día que supe que estaba dentro de mí, ¡no tienes una maldita idea de nada! —Matías la escuchó asombrado. Retrocedió al verla avanzar hacia él. Su expresión era muy diferente a la que conocía, lo veía con odio y dolor.

—Andrea... yo no sabía, pensé...

—¡Claro que no!, sin embargo, sí me crees lo bastante estúpida para arriesgar a mi propio hijo. Pero como todos, siempre estás dispuesto a pensar lo peor de mí ¿no?!

—No, no es así, por favor tranquilízate... yo no quise... es sólo que... si me lo hubieras dicho.

—¿Tranquilizarme?! ¿Me lo dices tú? que llegas furioso a reclamarme por algo que no pude evitar, por algo que he querido borrar de mi memoria todos estos meses... ¡Estoy harta!... ¡harta de todo esto, de todos! ¿Tú alcanzas a entender lo que tuve que vivir, las decisiones que tuve que tomar? —Matías la observaba atónito sopesando si podía acercarse a ella o no. Sabía que María y Cristóbal estaban detrás, seguramente igual de impactados, pero Andrea no parecía ser consciente de nada salvo de su presencia. Se le veía pálida,

con los ojos rojos, ojeras y un odio desmedido en la mirada. Sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo, Andrea estaba fuera de sí.

—Andrea... vamos a hablar... no puedes seguir así... Por favor... te entiendo y lo siento, no debí decirte nada, pero todo esto va a terminar. Discúlpame... fui un estúpido —la joven dio otro paso hacia él amenazante. Su furia lo dejaba helado.

—¿Terminar?! ¿De qué hablas?!... tú no sabes lo que es perderlo todo, tú no sabes que es ver tu vida pasar sin poder decidir sobre ella, tú no sabes que es la desesperación y el miedo... ¡No me digas maldita sea que me entiendes!, nadie puede hacerlo. Nada va a terminar... porque jamás podré olvidar todo esto... nada va a recuperar la vida de mis padres, haber perdido a Cristóbal, mis amigos, Isela —su yegua-, a ti y lo peor de todo... mi hijo. Lo quise Matías, lo quise en cuanto supe que lo tenía dentro, pero ya era muy tarde, lo maté, yo no sabía y ¡lo mate! —Intentó desaparecer la distancia que los separaba; sin embargo, ella lo hizo a un lado empujándolo con fuerza—. ¡No me toques!, jamás vuelvas a hacerlo, lo único que quiero es alejarme de todos, de todo y olvidar que alguna vez existieron —sus palabras lo herían pero aun así no se amedrentó.

—Andrea... no fue tu culpa... por favor tranquilízate, te va a hacer daño...

—¡Vete!, ¡váyanse y déjenme sola!, ¡largo! —se acercó de nuevo buscando calmarla, era evidente que no podía dejarla así, estaba fuera de sí. La sujetó firmemente rodeándola con su cuerpo mientras sentía como Andrea se defendía con una fuerza descomunal, anormal—. ¡Suéltame!, ¡déjame!

—No, ¡por favor cálmate! María, ve a pedir ayuda, ahora —la joven se contorsionaba y se intentaba soltar desesperada, llena de rabia, de ira, de odio.

—Andrea... por favor —era la voz de Cristóbal, se dirigía a ellos para ayudar. No obstante al verlo, luchó con mayor ahínco, alterándose ya por completo.

—¡No quiero verte! ¡Aléjate! ¡No te acerques! Es tu culpa, si no te hubieras casado con ella nada hubiera pasado, mi hijo estaría aquí... ¡márchate!, no quiero volver a verte nunca, ¡te odio! —Matías notó que la mujer que intentaba contener con un asombroso esfuerzo, empeoraba buscando atacar su hermano elevando las manos para herirlo de alguna manera. Comprendió que si no la sujetaba con firmeza se le iría encima sin medir la consecuencia.

—Cristóbal salte, por favor salte, yo me encargo —le rogó Matías evitando como podía que Andrea se le fuera de las manos. Amortiguó con dolor los golpes, rasguños que le propinaba por su vehemente necesidad de zafarse para llegar hasta él. Cristóbal sintió cómo el dolor le atenazaba y perforaba el alma. Ella tenía razón, el único responsable de todo aquello, era él, por supuesto que merecía sus palabras y mucho más, su odio.

Matías procuraba calmarla, se sentía asustado pero no por lo que Andrea le pudiera hacer si no porque estaba completamente ida y notoriamente perturbada, era dolorosamente evidente que la mujer que adoraba, había llegado a su límite.

—Belleza por favor... cálmate —negaba frenéticamente propinándole golpes en el pecho con los ojos desbordados de llanto.

—¡No, ya no quiero tranquilizarme! ya no puedo más, no puedo más.

—Sí puedes, eres fuerte —le exigió forcejeando, sintiendo como su delgado cuerpo se contorsionaba y temblaba como una hoja.

—¡No, no lo soy!, no te das cuenta que sólo le he provocado dolor a todos los que me rodean... nadie es feliz por mi culpa, ¡ya no puedo más, no puedo más Matías! —gritaba, lloraba, gemía. Verla así fue lo más doloroso que jamás hubiese vivido, Andrea estaba rozando entre la razón y la locura y tal parecía que la segunda, estaba ganando la batalla.

—No digas eso *mi amor*... —no obstante seguía luchando y él tratando de evitar que se hiciera daño.

—Me amenazó, todos sabrán lo de Tania, tus padres sufrirán... Matías... la odio, la aborrezco y esto me está carcomiendo, está terminando conmigo. Tenía que dejarte, tus padres también pagarían, irías a la cárcel, María, Pedro, Dios, ¡déjame, suéltame! —hablaba ya sin coherencia mientras él continuaba manteniéndola segura aunque al parecer ya comenzaba a cansarse de luchar de esa forma tan feroz; sin embargo, seguía

golpeándolo, arañándolo—. Arruinó mi vida, la arruinó y eso no cambiará por mucho que esté encerrada... nada podrá cambiar lo que ha pasado... nada —sabía que decía la verdad y eso le dolía mucho más que los cardenales que seguro le estaba dejando en su pecho y brazos.

De repente Andrea comenzó a serenarse, su cuerpo empezó a desganzarse, sintió cómo iba perdiendo fuerza y se dejaba caer laxa.

—¿Andrea?... Belleza —parecía ya no reaccionar, un miedo terrible se apoderó de él al ver lo que sucedía, se estaba dejando ir. La sujetó por la espalda con un solo brazo y con el otro acunó su barbilla, estaba pálida, lánguida. Al ver que sus ojos lo miraban tristes, sintió ganas de llorar; estaba perdiendo el conocimiento y probablemente también la razón—. Andrea... todo va a estar bien —puso su rostro ausente sobre su pecho, sujetando su cuerpo firmemente. Las lágrimas comenzaron brotar sin poder evitarlo ni pretender hacerlo—. Todo va estar bien... te lo juro mi amor —cuando trató de observar nuevamente su cara, se dio cuenta de que estaba inconsciente. Un llanto desbordado lo atacó aun con su cuerpo pegado al suyo. La cargó deshecho y la recostó en su cama con sumo cuidado. La angustia no lo dejaba respirar. Andrea no estaba bien y ahora él tampoco sabiéndola así.

—Hijo... ¿qué pasó?... —era María que estaba aún agitada y conmocionada. Matías estaba hincado a lado del cuerpo laxo de Andrea tomándola de la mano, con el rostro escondido a un lado de su cadera dejando salir las lágrimas en medio de sollozos llenos de dolor e impotencia. Cristóbal observó todo recargado a un lado de la puerta viendo con las mejillas también humedecidas después de ser testigo de aquel lastimoso episodio.

—Perdió el conocimiento... Esto es una maldita pesadilla —María giró hacia Cristóbal al escucharlo ya que Matías no se movía. Los tres permanecieron quietos intentando procesar lo que acababa de suceder. Esa niña de sonrisa fácil, de mirada limpia, de palabras dulces, había perdido la razón.

Andrea empezó a sacudir levemente el rostro, estaba despertando. Eso puso en alerta enseguida a todos. El hombre que tenía a un lado, se preparó para un nuevo embate, se enderezó a su lado esperando que su cuerpo adolorido tuviera las fuerzas suficientes para otro ataque.

—¿Andrea? —susurró. No quería alterarla más. Ella al escucharlo giró hacia su voz. Un llanto convulso se apoderó de la joven de inmediato. Se sentó y sin que él pudiera siquiera adivinarlo, se colgó de su cuello y continuó dejando salir de esa forma todo lo que la acongojaba y consumía, escondida en el hueco de su hombro. No reaccionó por un momento pero al hacerlo, la abrazó sin perder el tiempo. No se atrevía a hablar.

—Yo... lo siento... Yo lo quería, te lo juro que lo quería, no te lo dije porque no sabía, perdóname...

—Sh... —le acariciaba la espalda angustiado, Andrea continuaba temblando como una hoja y no paraba de llorar.

—Era tuyo y mío, te juro que no sabía... —sollozaba escondida en su pecho, aferrando su camisa con ansiedad, con tristeza.

—Tranquila... lo sé... No debí decirte nada —no parecía tener intenciones de parar, lo abrazaba con fuerza, pegándolo a su cuerpo desesperada.

—Perdóname... —escucharla lo estaba aniquilando lentamente y haciéndolo sentir más miserable que nunca.

—No belleza... no hay nada que perdonar, tranquilízate por favor —no sabía qué decirle, él mismo ya estaba en shock; llevaba varias noches sin dormir bien y la anterior ni eso. Su cabeza daba vueltas, la información que recibió ya era demasiada y ni siquiera había podido procesarla, por eso la provocó deliberadamente de esa forma. Pero ella lo necesitaba y jamás la dejaría pasara lo que pasara. Él siempre estaría a su lado, porque Andrea era todo y ahora que la tenía tan cerca después de tanto tiempo se daba cuenta de que sin esa belleza de ojos verdes nada tendría sentido, esa mujer era su razón de vivir.

—Ya no quiero lastimar a nadie, ya no quiero lastimarte... —susurró atormentada.

—No lo harás... —su llanto fuera de ir cediendo se volvía cada vez más angustioso e intenso.

—Sí... sé que sí... ya no queda nada dentro de mí —al escucharla hablar así sintió que la perdía de nuevo,

sus nervios podían estar alterados, pero hablaba con plena conciencia.

—Tienes que tranquilizarte te lo suplico mi amor —ella negaba moviendo su rostro sobre su pecho y su cuello. Sentía su aliento, su calidez y no podía evitar querer amarla. Nunca deseó tanto a una mujer. Andrea despertaba todos sus sentidos con una sola caricia, con una sola mirada... era suya y él definitivamente de ella, sin remedio y para siempre.

—¿Matías? —no se movió ni un milímetro. Percibiendo como Andrea enseguida se ponía en tensión por lo que la presionó aún más cerca de su cuerpo—. Matías, permíteme examinarla... —era Ramiro. Este le puso una mano en el hombro logrado así que volteara.

—No me sueltes... no me dejes Matías —no podía con eso, no con su súplica, con su ruego, con su nombre en esos dulces labios. Estaba bien enganchada a él.

—Belleza deja que te revisen, no estás bien.

—No, no... no —la acunó como si fuera un bebé sobre sus piernas, de ese modo logró ver su rostro, al hacerlo sintió un hueco enorme en el estómago; sus bellas facciones estaban transformadas por el llanto y el sufrimiento. Un dolor agudo se instaló en su pecho—. Matías... —lo miraba suplicante negando con vehemencia mientras lloraba. Él asintió con determinación, la cargó sin esfuerzo y la colocó de forma que quedara expuesta al médico pero que sólo lo viera a él. Acarició su mejilla con infinita paciencia mientras ella seguía derramando ese líquido salado sin poder contenerlo. Pegada ahí, a su pecho, aferrada a su cuerpo, no sintió alivio, ni tampoco la dicha que se suponía, sino que fue aún más consciente de la tristeza que ella, su alma, su mujer, su... Belleza, llevaba en su interior. No pudo evitar que sus lágrimas resbalaran mientras besaba su frente una y otra vez. Ramiro aprovechó el momento y acercó una jeringa hasta su brazo con lentitud.

—Debe tranquilizarse... —Andrea ni siquiera parecía escucharlo, continuaba llorando de forma asombrosa, desbordada.

—Andrea por favor... necesitas calmarte...

—No, no puedo... no —gemía temblorosa. Matías elevó su rostro con ternura para que lo mirase, ese gesto la desconcertó pues de pronto se encontró perdida en aquellos ojos con los que soñó cada noche desde que lo dejó. Ramiro reaccionó de inmediato y le suministró la sustancia.

Apenas unos segundos después Andrea comenzó a dejar de temblar, esperó a que el medicamento surtiera efecto ahí, con ella entre sus brazos. La sintió relajarse, serenarse poco a poco. Lucía más tranquila y los ojos se empezaban a cerrar. Acarició su rostro, esperando a que callera en el sueño por fin. Un minuto después así fue. Limpio sus lágrimas con dedos trémulos y luego las propias. Tenía miedo, mucho miedo de que ella no lograra salir de ese estado.

—Necesito que me digan qué sucedió. Andrea estaba muy alterada —Matías lo observó asintiendo. Pero antes de decirle nada, la acomodó sobre la cama con sumo cuidado, tomó una manta y la cubrió tiernamente. Cristóbal no podía moverse, ver toda esa escena lo dejó noqueado, herido, vacío. La culpa lo carcomía y en ese momento supo que la imagen de su hermana así jamás podría sacarla de su cabeza, le hizo mucho más daño que cualquiera... Eso nunca se lo perdonaría y lo acompañaría para siempre.

Matías siguió a Ramiro afuera junto con María.

—¿Qué sucede Matías?... ¿Por qué se puso así?... Andrea es una joven tranquila, serena, ni siquiera cuando enfermaste fuertemente la vi alterarse un poco y mira que sí estuvo fuerte.... —Matías recordó ese día, un mes antes de que... lo dejara. Toda la mañana se había sentido fatigado, cansado, le dolía un poco la cabeza y sentía la piel irritada. Por supuesto se lo adjudicó al exceso de trabajo y al no poder ver el tiempo que deseaba a esa mujer por la que despertaba con una enorme sonrisa cada mañana. Al ir a comer a mediodía, ella apareció como solía y colgándose de su cuello, en plena cocina, lo besó ansiosa; venía del vivero olía a flores y plantas. Las mujeres que se encontraban ahí siempre se ponían coloradas por aquellas demostraciones, pero no podían evitar sonrisitas al verlos así, tan enamorados. De pronto ella se separó de su cuerpo mirándolo de forma extraña, con una de sus preciosas y suspicaces cejas enarcada.

—¿Te sientes bien? —Matías asintió pegándola de nuevo a su pecho, hacer eso era instintivo. No obstante,

Andrea no se movió y en cambio elevó una de sus manos hasta su frente con el ceño fruncido— Matías, no te sientes bien, ¿por qué mientes? —ciertamente no se sentía el más vigoroso.

—Belleza, estoy agotado, sabes que estas semanas han sido interminables... —se justificó planeando besarla nuevamente. Andrea se lo permitió pero fugazmente.

—Llamaré a Ramiro, debe verte, no sé si te has dado cuenta pero creo que tienes fiebre —ya iba a hacer un comentario mordaz cuando María hizo lo mismo que su mujer hacía unos momentos. Puso los ojos en blanco sintiéndose un niño de dos años.

—Es verdad, tienes temperatura —Andrea ya tenía sus brazos en jarras y lo miraba inquisidora.

—No me siento mal, sólo cansado —e intentó sentarse para comer, moría de hambre.

—¿Y dices que yo soy una enferma difícil? —lo retó sin moverse.

—Y muy hermosa... —le recordó con ternura—. Ven Belleza, me comería un toro y debo regresar —le tendió la mano sonriente, aunque sí sintiéndose hecho polvo. Andrea sonrió divertida e incrédula.

—Por supuesto que no regresarás y ni se te ocurra sentarte, tú vas derecho a la cama... —Matías rió abiertamente.

—¿Y qué haré en la cama? —Bueno, esa pregunta tenía una respuesta en particular que le atrajo de inmediato. De pronto la miró con deseo. La joven se ruborizó hasta la médula. No se encontraban solos por Dios. Sin embargo, no cedería; él lo supo desde el momento en que puso su delicada mano sobre su rostro hacía unos segundos. Así era ella, de que se le metía algo en la cabeza, no daba marcha atrás para lo bueno y lo no tan bueno...

—Matías de la Torre, o arrastras tus pies hasta tu habitación o te atendrás a las consecuencias. Me importa un cuerno que tengas trabajo de aquí a que el mundo se termine, tú descansarás y Ramiro te examinará —el hombre se cruzó de brazos negando. Deseaba ver hasta dónde llevaba todo eso. Claro que no debió hacerlo, Andrea era de armas tomar— Bien, acompáñame afuera un segundo —le exigió entornando los ojos.

—Belleza, estas mujeres son de confianza ¿cierto? —María reía al ver su interacción sacudiendo la cabeza y es que era recurrente verlos así; bromear, demostrarse sin reparos lo que sentían, sonriendo y discutiendo por cualquier tontería: que si ella no descansaba, si él tampoco, si montaba muy rápido, si él era sobreprotector, si cuándo conducían ella era la que debía elegir la música, que si era demasiado estruendosa, que si lo que la política, que si las flores debían ir de tal o cuál modo, que sí lo que fuera, comúnmente entraban a la cocina enfrascados en alguna situación del estilo pero eso sí, bien abrazados y entre palabra y palabra, besos y caricias, así eran ellos y todos ahí lo sabían.

—Bien... —tenía las mejillas encendidas, sabía que tenía las agallas para decir frente a quien fuera lo que pensaba—, si no subes en este momento y te dejas examinar... dormirás solo, de aquí en adelante Matías, eso es una promesa —el hombre abrió los ojos asombrado. Las chicas, que fingían no escucharlos, claramente estaban divertidas y reían sin poder evitarlo.

—Eso es coacción, abuso, intimidación, amenaza... —se quejó fingiendo indignación.

—No, es tú realidad a partir de ya, si no haces lo que te digo. Así que decide, ahora... —lo decía enserio, su postura lo demostraba. La miró fijamente, esa mujer era su adoración, su perdición y claro que haría lo que ella quisiera, no por sus amenazas, puesto que eso no lo permitiría jamás, sino porque estaba preocupada, porque le importaba, porque la amaba y lo que más deseaba era verla tranquila, relajada.

—Tú ganas. No tengo ni siquiera opciones. María, llama a Ramiro por favor, estaremos arriba en *nuestra* habitación —la forma en la que lo dijo la alertó y de nuevo se sonrojó. Salieron uno al lado del otro—. Supongo que me tienes que ayudar a bajar la fiebre en lo que llega el médico ¿no? —la acorraló contra una pared pegándose a ese hermoso cuerpo que lo enardecía. Andrea pasó saliva sonriendo nerviosa. A la hora de hacer el amor era desinhibida, atrevida, pero las insinuaciones siempre la ponían así, tímida y eso lo mataba.

—Paños sobre la frente —soltó, poniendo las manos en su pecho para que no se acercara más.

—No estoy de acuerdo, un baño, tu y yo, el agua sobre nosotros, creo que sería más efectivo —ella sonrió sacudiendo la cabeza.

—Eres... Dios, no sé ni qué palabra usar, estás enfermo, tienes fiebre... —logró escabullirse hacia las escaleras.

—Por eso... —se quejó siguiéndole el paso, pero le costaba trabajo, el cansancio comenzaba a ser más notorio. Subió ya sin decir media palabra. Andrea entró a la habitación y al verlo tan callado se alertó. Lo arrastró hasta la cama y comenzó a quitarle los zapatos.

—¿Te sientes mal? —Matías sonrió tranquilizándola. Sin embargo, sentía que un tractor acababa de pasar sobre él y el dolor de cabeza incrementaba al igual que un incipiente ardor en la garganta. Maldijo comprendiendo que en efecto, había enfermado. Sin darse cuenta se quedó dormido.

Los susurros lo despertaron, sin embargo, deseaba seguir soñando.

Ramiro lo examinó bajo la mirada atenta y un tanto angustiada de Andrea. No le gustaba verla así.

Los días posteriores a eso fueron simplemente inigualables. Andrea fue paciente, cariñosa hasta lo inimaginable. Era puntual con sus medicamentos, permitía la entrada a Ernesto una vez al día para que pudieran conversar sobre los pendientes, pero nada más, el resto del día ella permanecía ahí, junto a él, alejándolo de cualquier preocupación, siguiendo las instrucciones al pie de la letra de Ramiro y aunque el dolor de garganta con las horas se volvió espantoso, con ella alrededor, mimándolo, acariciándolo, al pendiente de la mínima cosa, no fue tan horrible. El médico, al darlo de alta, casi cinco días después, le dijo admirado, lo ecuánime que Andrea se había comportado, era una mujer con agallas, todos ahí le hacían caso, nadie repeló de las decisiones que tomó en su ausencia y mantuvo informados a los trabajadores de su estado de salud, siempre tranquila, siempre serena, logrando que todo ahí siguiera su curso sin problemas ni preocupaciones.

Evocar aquellos días, dolía, dolía demasiado. Creía que de verdad serían felices, que la sacaría de esa situación aberrante, que ya nunca sufriría... Pero qué equivocado estuvo, la razón de su existencia estaba perdiéndose a sí misma, estaba consumiéndose, estaba ahogándose y él, él no sabía cómo actuar, qué hacer para sacarla de ese agujero en el que iba cayendo sin siquiera luchar por no hacerlo.

—Ramiro, las cosas no están nada bien y es una larga historia, pero si te mandé llamar es porque unos minutos antes de que llegaras estalló, se puso incontenible, violenta, agresiva... parecía otra, apenas y pude evitar que se hiciera daño... —aún sentía adolorido todo el cuerpo por los golpes y rasguños que le había propinado. El médico lo escuchó serio y sin poder dar crédito. Esa mujer sufría, eso era evidente, incluso cuando la conoció lo vio en sus ojos, pero no lograba imaginarla así, como él la describía, no después de conocerla aquellos meses y verla manejarse de una forma dulce, paciente y segura.

—¿Y qué provocó esa actitud?

—Yo tuve la culpa... —Cristóbal los escuchaba sin poder siquiera abrir la boca. Matías le contó en breve lo que sucedió.

—¿Iba a tener un hijo tuyo? —Ramiro pestañeó varias veces sin comprender nada—, Matías... no sé qué está sucediendo... pero como me cuentas las cosas suena a un ataque de nervios y eso no es bueno... Andrea necesita calma, tranquilidad, su equilibrio mental puede estar en juego... —Matías y Cristóbal se miraron preocupados.

—Ramiro... eso... creo que no es posible por ahora... hay cosas que... ella debe estar bien.

—No tengo idea de a qué te refieres, pero sí te diré algo, si esto se repite tendrán que llamar a un especialista... Necesito saber a detalle qué pasa, es la única forma de ayudarles... Pensar juntos qué es lo mejor para ella. No me especializo en estas cosas; sin embargo, sé que la mente tiene formas de protegerse... dime qué la tiene así —Matías aspiró hondo de nuevo mirando a su amigo, este asintió serio. Los tres se dirigieron a una pequeña sala que se encontraba cerca de la habitación de Andrea y el dueño del lugar le relató todo, incluyendo la forma en la que ahora ella se conducía. Ramiro escuchó cada palabra asombrado,

esa no era la joven que conoció, ni siquiera podía imaginarla así. Matías le tenía mucha confianza, él certificó la causa de muerte de Tania y fue discreto con aquel asunto, por lo que desde aquel día una complicidad implícita se había dado entre ambos.

—Lo que me cuentas es terrible Matías, aberrante... y si puedo ayudarlos en algo cuenten con ello. Pero aquí lo más importante es ella y si dices que llegó en ese estado es probable que se estuviera protegiendo. No la presionen, si se encierra en sí misma, déjenla... probablemente se esté salvaguardando. Si ha funcionado todo este tiempo sin problema en su vida allá, es porque aún está bien, pero no hay que alterarla. Si vuelve a ponerse así no les garantizo que un sedante logre tranquilizarla.

—Ramiro... ¿Entonces es mejor que no declare?... será citada... —el aludido se rascó la cabeza sopesando.

—¿En cuánto tiempo será eso?

—En un par de semanas, no creo que más —respondió el hermano de la joven.

—De acuerdo... entonces veremos cómo está para ese entonces... Mientras tanto dejen que sola vaya midiendo cómo se siente, respeten su silencio, lo que me cuentan sobre ella es terrible y necesita procesar muchas cosas que... me parece que no ha hecho... No soy psicólogo, pero sé que nadie puede pasar por todo aquello y seguir con un equilibrio mental impecable; sin embargo, está bien porque supongo que ha encontrado la forma de evadirse, eso es común y no es malo, mientras no se afecte a sí misma y continúe manteniendo contacto con el mundo —Matías asintió comprendiendo—. Por otro lado les aconsejo que ella esté consciente de lo que vendrá, debe decidir si está mentalmente preparada para enfrentarlo, digo, si siente que vale la pena arriesgar su estabilidad emocional por... todo aquello, al final sólo ella puede decidir.

—¿Quieres decir que... puede perder la razón?

—Quiero decir que sólo Andrea sabe si está lo suficiente fuerte como para revivir todo lo que ha pasado con tal de ver a esa mujer pagar lo que le hizo. Pero eso no lo debe decidir nadie salvo ella. Confíen en su criterio... dudo mucho que ése esté dañado, lo poco que la conocí es una joven bastante fuerte —Ambos asintieron al escucharlo—. Pasaré a tomarle la presión, no despertará hasta dentro de varias horas. Le puse un fuerte calmante. Así que dejen que descanse y veamos cómo despierta... de eso depende todo lo que hemos hablado... —una vez que el doctor se levantó ambos volvieron a mirarse. Cristóbal lucía verdaderamente descompuesto, mientras que Matías tenía unas ojeras enormes y el cansancio reflejado en cada facción.

—Si ella no... lo logra... no importa, yo mismo acabaré con todo esto... no arriesgaré nunca más a mi hermana —Matías entendió muy bien a qué se refería, también sentía ganas de matarla, sin embargo, no era la solución.

—Cristóbal... no.

—Sí, no me importa terminar mis días en la cárcel Matías, pero Andrea no volverá a pasar por algo así jamás. No pienso permitir que viva una vida temerosa, ya no y si ella misma no puede hundirla junto con nosotros entonces yo lo haré... se lo debo —Matías asintió comprendiéndolo. Él mismo quería poner sus manos alrededor del cuello de esa mujer.

Se quedaron en silencio varios minutos.

—Debo decirte que... no puedo pensar en mejor hombre para ella que tú, tienes que jurarme que suceda lo que suceda la cuidarás y jamás la dejarás sola —su amigo frunció el ceño confundido.

—No digas eso, ella estará lista Cristóbal, confío en ella y sé que enfrentará todo esto. Lo que pasó fue el cúmulo de muchas cosas y... debía suceder, pero tu hermana es muy fuerte y hará lo que debe hacer, yo lo sé, la conozco —Cristóbal sonrió triste al escucharlo.

—Espero que sí y... debo confesar que nunca he podido ver a una mujer como tú la miras, ni hablar de una como tú hablas de ella... te quiere... lo vi en sus ojos, no lo puede esconder.

—Creo que por ahora todo eso no es suficiente... —asintió evaluándolo.

—¿La dejarías libre si... ella te lo pidiera? —Matías demoró unos segundos en contestar, sabía bien la respuesta pero le dolía mucho pensarlo.

—Solo quiero que sea feliz, jamás me perdonaría que sufriera por mi culpa. Así que aunque eso terminara con mi vida, lo haría, por ella haría lo que fuera —Cristóbal se dio cuenta de la intensidad del amor que le profesaba y esperaba que eso no sucediera, pues Andrea se merecía un hombre como él a su lado.

—Siento mucho lo de... el bebé —su amigo desvió la vista sintiendo cómo ese nuevo dolor aún seguía intacto y los ojos se le rasaban.

—Yo también, y más aun no haber podido protegerlos.

—No lo sabías, ella tampoco, no tenías manera de hacerlo, no te culpes... en todo caso yo...

—No, no digas más, ese dolor nada lo cambiará y ni tiene sentido buscar razones... Ahora lo único que quiero es que esté bien y si tengo que renunciar a ella para que así sea, lo haré... todo esto también está dejando en mi heridas que sé sólo con el tiempo podré borrar —lo decía más para sí mismo que para su amigo, alguna vez, cuñado.

—Lo siento... te juro que lo siento mucho... hubiera querido que todo fuera distinto para ustedes... para mí... pero te prometo por la memoria de ese pequeño que terminaré hasta con sus ganas de vivir, no me conoce aún y por defender a los míos soy capaz de todo, ahora lo sé, ni siquiera en prisión su vida será fácil, eso te lo juro —hablaba con odio, su voz destilaba sed de venganza. Lo haría, Mayra no tenía idea de con quién se había metido, comprendió Matías un tanto asustado al verlo tan lleno de ira. No obstante a él, lo único que le importaba era ella, su mujer, su vida, su única razón de respirar cada día.

—Gracias Cristóbal, eso es lo único importante ahora, lo demás con el tiempo espero que logremos todos superarlo y... tú también, el odio no sanará las heridas —ambos guardaron silencio perdiéndose en sus pensamientos, en su dolor, en su pena.

Cristóbal tuvo que irse por la noche sin más remedio. Mayra sabía que fue a visitarlo, a veces lo hacía, así que no le extrañó; no obstante, lo llamó pidiéndole que regresara, pues al día siguiente tendrían un evento de caridad temprano. Hastiado por haber tenido que intercambiar palabras con esa arpía no tuvo más remedio que irse. Sin embargo, antes de irse, pasó a ver a Andrea mientras aún dormía. Se sentó a su lado observándola con ansiedad, ternura y una enorme culpa. Con temor acercó una mano hasta su cabello desordenado, lo acomodó con delicadeza tras su oreja sin dejar de verla.

—Te amo tanto Pulga, perdóname por no ser el hermano que necesitabas, por... ser el responsable de tu desdicha, de cada una de tus lágrimas... —pegó con cuidado los labios en su frente sintiendo cómo las lágrimas saldrían en cualquier momento—. Aunque jamás logres perdonarme cuidaré de ti hermanita, será lo más importante para mí —salió limpiándose las mejillas. Ya no podía más, simplemente no. Matías al verlo así lo abrazó fuertemente permitiéndole limpiar aunque fuera un poco su interior.

—Cuidala, por favor, es lo único que tengo... —su amigo asintió poniéndole una mano sobre su hombro.

—No tienes que pedirlo... lo haré Cristóbal.

—Lo sé... Maldición, no me gusta tener que irme dejándola así... —tenía la mirada perdida en algún punto de la casa. Los ojos aún enrojecidos y las manos en las bolsas del pantalón.

—Cualquier cosa te avisaré con Gregorio, pero ten por seguro que estará bien, yo me encargaré de eso, sabes que no permitiré que nada ocurra.

—Gracias, en serio... eres un gran amigo... y un magnífico hombre.

—Tú también lo eres... ahora mismo no lo ves pero lo eres... Recuerda que ya falta poco... intenta verlo de esa forma amigo.

—Quisiera que el tiempo volara... te juro que hago uso de todo mi autocontrol.

—Y así debe seguir siendo... por el bien de todos —Cristóbal asintió triste.

—Lo sé... dile que la quiero... que... Olvídalo, solo cuidala —negó sin saber cómo continuar.

—Dale tiempo. Ya verás que ella supera todo esto.

—Eso espero... pero si no, lo merezco y... la comprenderé —Matías asintió acompañándolo a la planta baja. Su amigo de verdad la estaba pasando mal y ni en un millón de años le hubiera gustado estar en sus zapatos. Él mismo se había dado cuenta de que por más errores inconscientes que se cometieran en la vida, estos algún día cobraban su factura y a Cristóbal, eso le estaba ocurriendo

Matías ya no podía más, estaba a nada de desfallecer debido al agotamiento tanto físico, como mental; sin embargo, no quería dejarla sola. Si despertaba y no había nadie podría ponerse peor, por otro lado, era importante observar en qué estado se encontraba. Se acomodó en su cama intentando estar lo más retirado posible de su cuerpo, era un colchón grande, por lo que no tuvo problema para que así fuera. Su primera idea, cuando entró con la intención de no irse, fue haberse ido a dormir en aquel sillón donde pasó una noche velando su sueño aquel día tan lejano en que ese ponzoñoso animal le inyectó su veneno; no obstante, desechó la idea casi inmediatamente, su cuerpo ya no podía más, cada músculo lo sentía engarrotado, adolorido, el cuello parecía que le estallaría de la tensión ahí acumulada y los ojos los sentía como si miles de esquirlas se los rasgaran cada vez que parpadeaba. Así que se tendió cual largo sobre el edredón importándole ya sólo el hecho de que en cualquier segundo perdería el conocimiento y eso sucedió, en cuanto puso su cabeza en la almohada, quedó noqueado.

Andrea abrió los ojos un par de horas más tarde. No recordaba muy bien lo ocurrido, ya estaba oscuro por lo que no veía con claridad. De pronto, un suspiro profundo la alertó, abrió los ojos atónita, giró hacia su lado izquierdo y lo vio. Matías. Estaba profundamente dormido boca abajo con su rostro dando hacia ella. Lo observó sin moverse por unos instantes con las manos aferradas a la frazada. Lo amaba, siempre sería así, él llegó a ese sitio donde nunca nadie había tenido acceso, a ese lugar que siempre protegió comprendiendo que si lo mostraba, se exponería por completo. Él, su aroma, su sonrisa, su paciencia, su infinita ternura, su modo de mirarla, su pasión al tocarla, su serenidad al escucharla, su amor incondicional. Sintió que nuevamente un nudo enorme se atascaba en la garganta, ahí, en ese sitio donde duele, que si incluso se pone la mano, se puede sentir. Se sentía miserable por hacerlo sufrir nuevamente; sin embargo, se sentía vacía e incapaz de dar nada. Recordó de pronto lo que sucedió unas horas atrás y de inmediato el corazón se le encogió. Lo atacó, lo golpeó y él... él como siempre, simplemente se dedicó a tranquilizarla con aquella ternura y paciencia que empleaba únicamente cuando se trataba de ella. Después... vio blanco y sintió cómo su cerebro se desconectó de su cuerpo, como si hubiesen apagado una especie de fusible mental. Más tarde, al recobrar el conocimiento, de lo primero que fue consciente, fue de su mirada angustiada y llorosa sobre ella. El llanto que ya no pudo controlar, no recordaba muy bien qué le había dicho, ni qué propició todo; sin embargo, supo, con dolorosa certeza, que estuvo a un paso de perder la cordura, lo percibió en aquel momento y eso la aterró. También entre imágenes borrosas de aquel episodio, sabía que vio a Cristóbal. De pronto se escuchó a sí misma corriéndolo, culpándolo... no pensaba lo que le dijo, para ella, él no era el responsable; sin embargo, no se sentía lista para enfrentar absolutamente nada, ni a nadie. A pesar de eso, sabía muy bien que cuando llegara el momento tendría que hacer acopio de toda su fuerza para por fin acabar con esa mujer que le destrozó la vida, pero por ahora no se sentía lo suficientemente preparada para nada más, ni siquiera para luchar por el amor que sentía por el hombre que tenía descansando serenamente a su lado. Si permitía que se le acercara sólo lo lastimaría, ella era la sombra de lo que solía ser, la amargura y el rencor por ahora regían su vida y Matías no se merecía eso, no lo permitiría por mucho que lo amase. Volvió a vencerla el sueño mientras se perdía en sus pensamientos y acumulaba toda la fuerza que, sabía, necesitaría probablemente dentro de poco.

Ya amanecía cuando volvió a despertar, la luz del crepúsculo se filtraba por la ventana. Matías aún seguía ahí, inmóvil, endemoniadamente hermoso con aquellos colores del alba sobre su perfecto rostro. Se incorporó intentado no despertarlo y se dirigió al baño. Al mirarse a en el espejo no se reconoció, hacía mucho tiempo que no se veía... Acarició su reflejo recorriendo sus contornos con los dedos. Varias lágrimas volvieron a salir sin poder evitarlas, esas no eran como el día anterior, esas eran de tristeza por darse cuenta de lo que ahora era su existencia, en lo que a ella la había transformado.

—no más... nunca más decidirán sobre mi vida, nadie, nunca —apretó la quijada jurándose a sí misma que haría todo lo que fuera necesario para acabar con eso que la había perseguido por años y también se juró que después de hacerlo, recogería pedazo por pedazo todo lo que Mayra logró romper dentro de ella y lo pegaría, no se rendiría y al final ganaría. El llanto regresó, no quería ni podía evitarlo, sentía que con cada lágrima, un pedazo de su alma se limpiaba y se intentaba sanar. Cuando se sintió sólo un poco mejor, salió.

Él ya estaba sentado en la orilla de la cama pensativo, en cuanto la escuchó giró hacia su dirección.

—No quería despertarte —se parecía más a la Andrea por la cual perdió la cabeza y el corazón, sin embargo, no se confió y la evaluó dudoso.

—No lo hiciste... —la joven asintió y se sentó en el mismo lado de la cama pero lejos de él.

—Siento mucho lo de ayer.

—Lo importante es que estés bien... Debes de intentar estar tranquila. Ramiro dice que no se debe repetir.

—Lo sé

—Andrea... si no te sientes lista para todo esto... encontraremos otra manera... no tienes que presionarte —ella negó mirándolo nuevamente.

—No, voy a estar bien, sólo... necesito tiempo —asintió serio.

—Bien —se calló un segundo como pensando lo que debía decir—. Escucha, no quiero presionarte... —al oírlo supo que seguiría y desvió la vista hacia el lado opuesto—. Han pasado muchas cosas y... sólo quiero que sepas que no ha cambiado en lo más mínimo lo que siento por ti durante todo este tiempo, te amo y... siempre será así.

—Matías yo... —negó sin verla, él también miraba hacia otro punto de la habitación.

—No tienes que decirme nada, veo en tus ojos que no es el momento, que estás confundida y que intentas salir de todo esto. No quiero ser yo quien te complique más todo, pero sentía que debías saberlo. Eres mi vida, esperaré lo que sea necesario ¿comprendes?

—No Matías... no debes... yo... quisiera decirte que las cosas volverán a ser como antes, que lo nuestro... —su voz se quebraba, él lo notaba sintiendo unas enormes ganas de abrazarla, pero era evidente que no era lo que buscaba, su lejanía lo demostraba— funcionará de nuevo pero... no es así. Yo... ya no soy la misma y... no sé si lo vuelva a ser.

—Confío en ti, sé que así será.

—No, no lo hagas. No quiero lastimarte, yo tengo un pasado muy... complicado y aunque haré todo para superarlo, no sé si lo logre... no puedo arrastrarte a todo esto. No te lo mereces —sus palabras se le enterraban en el alma.

—Esa es mi decisión y yo ya la tomé hace mucho tiempo, por mucho que hagas eso no cambiará, te esperaré... —otra vez las lágrimas salían sin poder pararlas, sentía ya los ojos abotagados y vidriosos, pero no podía detenerse.

—Matías... por favor... yo... no puedo vivir sabiendo eso. Te amo —al escucharla sintió que su corazón volvía a latir, no obstante sabía que lo que venía lo volvería a parar—, pero... eso no es suficiente, no lo será... yo estoy vacía, no queda nada de mí y no sé quién resultaré ser después de todo esto. Tú ya sufriste bastante... lo mejor es que sigas tu vida sin mí —sintió como si lo hubieran golpeado. Cerró los ojos absorbiendo el nuevo dolor que se alojaba en el centro de su pecho.

—¿Por qué nos haces esto?... —preguntó con un hilo de voz. Andrea podía sentir su pena, su aflicción; sin embargo, no podía consolarlo, ella misma no era consuelo para nadie en ese momento.

—A lo mejor porque... sufrir se volvió parte de mí o porque soy tan estúpida como para dejarte ir sintiendo lo que siento y sabiendo que tú sientes lo mismo. La realidad es que haré las cosas por primera vez en mi vida bajo mis reglas, siguiendo sólo lo que siento, necesito ser egoísta por una vez en mi vida y pensar sólo en mí. Matías... sé que no amaré a nadie como te he amado y que nadie podrá compararse contigo...

—entonces ¿Por qué?

—Porque lo necesito, porque algo dentro de mí me dice que eso debo hacer y... para hacerte feliz debo serlo yo primero, hoy no tengo nada que ofrecerte, no hay nada dentro de mí para dar... te juro que lo siento

—asintió poniéndose de pie derrotado. Se daba cuenta de que no la haría cambiar de opinión, no por ahora. La contempló como solía, lo que pareció una eternidad.

—Está bien, aunque me está doliendo más que nada, respetaré tu decisión. Pero estamos juntos en esto, no me alejaré hasta que no termine, eso... no lo voy a discutir, y nada de lo que digas me hará cambiar de parecer —ella asintió tranquila de que así fuera. Sabía que sin él no podría lograr enfrentarlo todo y que además era lo suficientemente obstinado como para sostener lo que acababa de decir. Se acercó a ella y le dio un beso en la frente como los que le daba cuando su amor era el eje de sus existencias. Las lágrimas no habían dejado de brotar, pero al sentir su contacto, fueron aún más—. No llores... estaré bien y... tú también... eso me exime del dolor —acarició su barbilla haciendo que lo mirara—. Te amo Belleza y... te amaré siempre —pegó la frente a la suya y un segundo después salió precipitadamente.

En cuanto desapareció de su campo de visión, se sintió sola, profundamente sola. El llanto regresó y escondió el rostro entre sus manos. Una parte quería correr tras él y decirle que todo lo superarían juntos, pero la otra la detuvo, no iba a lastimarlo, esa no era la forma de hacerlo feliz. Matías ya había estado al lado de una persona a la que el dolor la consumió, no iba a ser ella la siguiente. Tenía que sobreponerse, tenía que olvidar y... perdonar, sólo así podría ser la mujer que él se merecía y la que ella quería ser. El amor ¿todo lo puede? Esperaba que sí, pero si no era así, saldría delante de una u otra forma, aun sin él a su lado.

Matías llegó sin saber cómo hasta su recámara y se encerró recargando la cabeza sobre la puerta. La estaba perdiendo, no había marcha atrás, lo sentía, lo sabía y lo peor de todo... la entendía. Andrea no vivió su propia vida jamás, tenía que aprender a tomar sus propias decisiones, aprender a vivir sin miedo y superar todo lo que su niñez y adolescencia fue y eso podría llevar años... La desesperación y ansiedad lo invadieron. Su vida no era como la pensaba, lo peor era que cada día que pasaba parecía alejarse más de esa idea platónica que un día soñó. Pero esta vez saldría adelante, seguiría su ejemplo y sería fuerte, enfrentaría lo que tuviera que enfrentar y al final volvería a luchar por ella, Andrea era lo único que lo mantenía anclado a la tierra y sin ella ya nada sería igual.

Los días siguientes la joven, aunque ya convivía y hablaba solo un poco más, fueron difíciles. Sentirla tan cerca y tan lejos a la vez lo estaba consumiendo. Tuvo que informar a los abogados sobre lo ocurrido y estos ya estaban tomando cartas en el asunto para que las cosas no lo afectaran ni a él, ni a sus padres, ni a la empresa. También pactó una cita con los padres de Tania para la siguiente semana y eso lo mantenía un poco alterado, ya de por sí.

Por otro lado, las pruebas contra Mayra iban cayendo una tras otra sin parar y se estaban enterando al paso de las horas de más y más cosas que esa mujer pronto tendría que pagar. El juicio no tendría problemas para cómo iba dándose todo; no obstante, Andrea tendría que ir, junto con Cristóbal a levantar la denuncia formal para que el proceso comenzara. Ella aún no lo sabía, como tampoco de todo lo que se enteraban acerca de esa arpía vengativa y carente de sentimientos. Se mantenía distante y alejada de todos, con su mirada siempre perdida. Cuando no se percataba, él la observaba, sabía que su cabeza era un torbellino y que debía estar blindándose para lo que vendría, muchas cosas quedarían al descubierto y tenía que estar preparada para enfrentarlas.

Ya llevaba una semana ahí. Los días pasaban lentos, ver a Matías a diario, aunque fuese unos minutos, le provocaba unas ganas inmensas de refugiarse en él e intentar olvidarlo todo; en cuanto eso sucedía, su cabeza la hacía retroceder. Ella no podía arrastrarlo a la pesadilla en la que habitaba, si realmente lo amaba y así era, no lo haría sufrir e intentaría buscarse. Ese hombre maravilloso se merecía la mejor versión de sí misma y era evidente que en esos momentos estaba muy lejos de serla.

—Andrea... —en cuanto escuchó su voz todo su cuerpo desertó, poniéndose de inmediato en alerta, cada poro se erizó y la nuca le cosquilleó. Estaba sentada en una banca del jardín perdida en sus pensamientos. Sin darle tiempo de buscarlo con la mirada, él ya estaba sentándose a su lado. Lucía exhausto y triste, su luz también se estaba extinguiendo.

—Hola —curvó los labios en una sonrisa triste al escucharla. Se veía tan joven ahí, sentada con sus brazos rodeando sus piernas, parecía un sueño. Enseguida buscó algún punto en el jardín para dejar de pensar así,

sufría sólo de ver a su Belleza atormentada, pues por si fuera poco, su dolor era el propio.

—Hola... —ella le regaló una media sonrisa cargada de ingenuidad y recelo a la vez. Se observaron por varios minutos sin decir nada. Hasta que no pudo más y desvió la mirada, sus ojos sobre los suyos lo quemaban, lo consumían lentamente como si cera líquida se vertiera de poco sobre la piel, ardiendo, deseando, añorando.

—Mañana iré a la capital... necesito hablar con los padres de Tania —Andrea bajó las piernas de la banca sin saber qué decirle—. Ellos deben saber la verdad de lo que ocurrió, no quiero que se enteren de otra forma.

—Lo entiendo... y lo siento... mucho.

—Será duro pero... así debe ser, probablemente es lo mejor... no debí ocultar algo... como eso.

—Tú... si esto no estuviera ocurriendo... si yo... —puso un dedo sobre sus labios rogando porque no lo hiriera más.

—No lo digas, prefiero enfrentar todo lo que tenga que enfrentar, que pensar en nunca haber estado a tu lado, esos fueron los momentos más hermosos de mi vida — la joven acachó la vista al oírlo—. No comprendes ¿verdad?... prefiero haber vivido un minuto contigo que una eternidad sin haberte conocido.

—Matías...

—Aguarda, no es eso lo que vengo a decirte, eso lo que te veo... y me cuesta mucho trabajo.

—No quiero que sufras más, a lo mejor debería buscar otro lugar donde...

—No —sabía lo que diría y no lo iba a permitir—. Tú te quedas aquí, no viviría tranquilo pensando que puedes estar en riesgo, haz eso por mí... —le rogó serio.

—Pero no te lo pongo fácil y....

—Por favor Andrea... espera aquí hasta que sea necesario, es lo mejor... —lo miró comprendiendo que tenía razón. Verlo así le dolía más que todo lo que había pasado y nuevamente... era su culpa. Al final asintió —. Regresaré mañana mismo espero... Pero eso no era lo que quería conversar... —de pronto se puso tenso y la observó fijamente—. Andrea... en unos días tú y Cristóbal tendrán que ir a poner la denuncia... se tienen que poner de acuerdo... sé que no quieres verlo y que...

—Lo haré —hablaba firme y tranquila. Parpadeó varias veces desconcertado.

—¿Segura?

—Sí, muy segura... Matías estaré bien, estoy bien —no estaba muy convencido; no obstante, su voz y su cuerpo en ese momento decían justo eso.

—Andrea... debes saber todo lo que hemos encontrado... no quiero que te llegue la información de sorpresa, las cosas son... complicadas —ella asintió serena mientras esperaba a que comenzara. Sin embargo, Matías parecía dudoso, temeroso.

—Dime... no pasara nada, estaré bien —resopló asintiendo serio.

—Descubrimos que... Mayra es la responsable de... que tu nana muriera —la noticia le sacó un suspiro de impresión y en seguida se le rasaron los ojos. Aquella mujer fue como su madre, la cuidó desde muy pequeña y siempre estaba al pendiente de su menor necesidad.

—Blanca... Dios... —cerró los ojos y dejó caer las lágrimas.

—Sí, Blanca no murió de forma natural, ella fue... envenenada poco a poco y por eso su corazón dejó de latir... Mayra lo hizo.

—Matías ¿por qué?... ¿por el dinero?... casándose con Cristóbal lo tendría, ¿qué más quería?

—Andrea, no es tan simple... —frunció el ceño sin comprender limpiándose las mejillas con las yemas de sus dedos—. Esto es... una especie de venganza...

—¿Venganza?, ¿de qué?, ¿por qué?, nosotros no le hicimos nada... —se levantó y se recargó en el tronco de un árbol justo frente a ella.

—Mayra es hija de un hombre que... tu padre arruinó.

—¿Qué?... No, eso no puede ser.

—Así es, pero no de una forma directa ni intencionalmente. El padre de esa mujer tenía una pequeña

empresa en crecimiento e Iván sin saberlo... comenzó a ganarle todo el mercado, así son los negocios. El padre de Mayra no pudo con la presión ni competir con el tuyo, no tenía la mínima posibilidad ni tampoco la preparación, comenzó a endeudarse y lo perdió todo. Lo cierto es que lo he estudiado y tu hermano también, le faltó visión y le achacó todo a tu familia. No duró mucho tiempo, le dio una embolia y luego un derrame cerebral al poco tiempo, dejando a su familia por la enfermedad en la miseria y sumamente desgastada. Mayra era su hija menor... ella entró a tu casa diciendo que sus padres habían muerto, nadie preguntó mucho creyendo que era un doloroso tema... lo cierto es que no es verdad, su madre vive y está en una especie de asilo donde la recluyó olvidándola, su hermana mayor murió hace algunos años en un accidente, ella ni siquiera fue al funeral. Andrea, Mayra está buscando apoderarse de todo y así sentir que vengó a su padre y las desgracias que le sucedieron a su familia. Su madre se lo dijo a Gregorio en un arrebato de angustia cuando él la fue a conocer... al parecer un accionista menor del conglomerado está coludido en todo esto, le ha ayudado, él es el que tomaría el mando cuando ella anuncie que tiene tu parte, logrando así quitarle la mayoría a Cristóbal y junto con sus acciones entre los dos tendrían el manejo de todo y venderán las empresas a los mejores postores —Andrea no daba crédito a todo lo que escuchaba, esas cosas pasaban en las películas, no en la vida real—. Sé que suena descabellado, pero es así. La gente que tenemos trabajando en todo esto ha dado con la verdad poco a poco y sin tanta dificultad como suponíamos. Gracias al cielo no son expertos, aunque debes saber que saben lo que hacen, sin embargo, han dejado huellas de lo que han hecho seguramente confiados de que no nos enteraríamos de nada... y la realidad es que si tu no hubieras ido aquella tarde con Gregorio y le hubieras pedido que anexara esa cláusula en la sesión, es probable que jamás nos hubiéramos enterado de todo esto hasta que ya fuera muy tarde.

—Matías esto es... Dios... no pensé que algo así fuera la razón de todo esto, jamás me lo imaginé —se sentó a su lado de nuevo buscando su mano, parecía abatida y muy confundida. Pero en cuanto la tocó, ella se quitó delicadamente.

—Andrea... el tiempo que dure todo esto no será fácil, me preocupas...

—Matías, lo del otro día... no era yo y siento mucho lo que te dije... pero sé que estaré bien, lograré salir de todo esto por muy doloroso que sea el proceso... cree en mí —acunó su barbilla tierno, tomándola por sorpresa. Su rostro estaba tan cerca que pudo oler su aliento.

—Eso no lo dudes... siempre lo he hecho —la soltó comprendiendo que eso sólo los dejaba peor a los dos.

—Espero que todo salga bien con los padres de Tania... —la joven se puso de pie para agregar distancia entre ella y su delicioso olor. Él asintió sin mirarla.

—Regresaré mañana mismo si todo sale bien.

—Ojalá que así sea y gracias por decirme todo esto...

—Tenía que hacerlo... —ambos se miraron tristemente. Andrea, un segundo después, desapareció dentro de la casa. Matías contempló el lugar perdido en las luces que reflejaban cada flor, cada planta. ¿Cómo era que todo terminaría así?

Recordó su imagen la primera vez que la vio, era igual que ahora, sólo que disfrazada. No mostraba emoción y parecía estar ajena a todo y a todos. Andrea con el tiempo aprendió a protegerse de esa forma y le daba rabia y mucha impotencia pensar en cuán lastimada debía de estar para comportarse de aquella manera tan indiferente y lejana. Evocó, con arrepentimiento, aquel comportamiento prepotente que tuvo con ella la primera semana y cómo le demostró con su fortaleza de lo que era capaz. Andrea era fuerte, más fuerte de lo que todos pensaban y lograría salir de lo que estaba por venir, sin embargo, no sabía muy bien cómo, ni a qué precio. Su memoria no paraba de jugar con su cabeza, el día que le dio el primer beso, sus palabras... en ese momento no les hizo caso... ahora hacían eco en su interior "*yo no soy la mujer ideal para ti*" era evidente que aún lo pensaba y después de todo lo que pasó no sería fácil hacerla cambiar de parecer. Aún no habían hablado sobre su hijo, sobre lo que sucedió ese día que se separaron; creía que para que eso sucediera pasaría mucho tiempo más.

Al día siguiente, al amanecer, salió de Las Santas. Llegó a México poco antes de las ocho. Los padres de Tania lo verían en su casa a las nueve, por lo que apenas y tenía tiempo con el tráfico que solía tener esa

ciudad. Llegó sintiéndose muy nervioso, hacía más de tres años que no los veía aunque de vez en cuando hablaban por teléfono y se ponían al día en lo concerniente a sus vidas. Efraín y Laura fueron muy cariñosos con él siempre, los recordaba de toda su juventud y parte de su adolescencia. Una mujer del servicio, que no conocía, lo hizo pasar hasta el desayunador. Ahí ya estaban ambos tomando café y esperándolo.

Narrarles la verdad de lo que su hija hizo no fue tarea sencilla, al contrario, abrió nuevas heridas que al mismo tiempo, curiosamente, cerró. Pues ambos señores, aunque se mostraron conmocionados, comprendieron su silencio, incluso lo justificaron, y la madre de Tania también le ofreció una disculpa por dejarlo solo cuando sabía lo mimada y difícil que era su hija; no obstante, siempre lo vieron fuerte y creyeron que podía con lo que vendría, evidentemente no fue así.

—Ahora... me gustaría saber qué es eso tan complicado por lo que hoy estás aquí haciéndole frente a esa parte de tu pasado que estoy segura, no quieres recordar y... ¿por qué dijiste hace unos minutos que todo saldrá a la luz? —Matías se mordió el labio desviando la mirada hacia el jardín. De pronto el rostro de Andrea apareció frente a él.

—Primero tienen que saber algo... jamás olvidaré a Tania, fue mi primer amor y... muchos años juntos... pero... ahora hay alguien más —sonrieron complacidos de escuchar esa noticia.

—En hora buena hijo... ya era hora... eres joven y tienes una vida por delante.

—Gracias... sus palabras me hacen mucho bien... sin embargo, no me reconfortan en este momento... yo... amo a esta mujer más que a nada y ojalá las cosas fueran sencillas y menos complicadas, pero no es así...

—Matías... por favor... dí qué sucede de una vez, de verdad me estás poniendo nerviosa. ¿Quién es esta chica?... ¿qué pasa con ella? y ¿qué tiene que ver mi hija en todo esto?

—Laura... Efraín... tengo que contarles una historia dura y cruel, creo que sólo así entenderán por qué estoy aquí y por qué tienen que saberlo... —ambos asintieron expectantes, intrigados. Matías les relató todo comenzando con el día en que Andrea llegó a Las Santas. Sus suegros conocían a Cristóbal y rápidamente supieron quién era ella. Una hora después, la pareja lo miraba abatidos, perplejos y con los ojos abiertos de par en par, mudos.

—Es... espantoso, aberrante... por Dios... —Laura conoció a los padres de aquellos chicos y no comprendía cómo era que todo aquello estaba sucediendo.

—En el juicio... es probable que salga a la luz la relación que ella y yo mantuvimos... así como el chantaje de Mayra hacia Andrea en cuanto a mí, es por eso que debían saberlo, yo intentaré por todos los medios que no se hable de Tania, pero no sé si lo podré evitar, mis abogados están en ello, pero lo ven muy complicado... —Laura volvió a poner una mano sobre la suya observándolo con admiración.

—Matías... que esto se sepa dolerá mucho... pero tú tienes que ayudar a Andrea, esa niña ha sufrido ya demasiado y quiero que sepas que por nosotros no te preocupes, entenderemos si esto sale a la luz. Lo verdaderamente importante es si ¿están conscientes del impacto mediático que tendrá una noticia como esta?, ella ¿podrá de verdad enfrentar algo de estas proporciones? Es que me parece increíble todo lo que nos cuentas.

—Hijo, cuentas con nosotros para lo que sea ¿comprendes?, si por algo necesitas que demos fe de estar enterados acerca de la verdad, lo haremos... tú siempre contarás con nuestro apoyo y cariño.

—Gracias... en serio gracias. Espero que no sea necesario y que no pase a más, pero en ese juicio saldrán a relucir muchas cosas y no quería que los tomara por sorpresa —la mujer le sonrió cariñosa.

—Lo sostengo, mi hija no pudo enamorarse de mejor hombre. No te preocupas hijo, nosotros sabremos enfrentar lo que venga, tú concéntrate en lo que ahora importa... porque es evidente lo que sientes por esa niña y ojalá que a pesar de todo esto logres encontrar la felicidad, te la mereces —se acercó a él y lo abrazó con dulzura, ese chico fue un ángel en la vida de su hija, ¿cómo no ayudarlo, cómo no quererlo?

Matías salió de ahí poco antes de mediodía. Y fue directo con Gregorio. Comieron juntos y se pusieron al corriente de todos los detalles. El siguiente lunes Andrea debía estar ahí y entonces comenzaría todo. El caso ya estaba armado, contaban con pruebas, testimonios y con un equipo impresionante de abogados para enfrentar lo que vendría. Lo único que faltaba por verificar era la necropsia del cuerpo del padre de Andrea,

que se había mandado a estudiar con especialistas para que pudieran hacer un informe pericial sobre la verdadera causa de muerte.

Andrea observaba absorta a Almendra. Recordaba la primera vez que la vio y cómo poco a poco fue perdiendo el miedo. Él... él hizo milagros en su vida y sabía bien que si ahora estaba a punto de librarse de esa mujer para siempre, se lo debía en gran parte a ese hombre excepcional que la vida, por alguna razón, lo puso en su camino. Desde que amaneció no dejó de pensar en que vería a los padres de Tania y moría por saber cómo reaccionaron; recibir una noticia como esa no debía ser en lo absoluto agradable y sí muy dolorosa.

—¿Andrea? —no giró enseguida, llevaba una semana ahí y aunque pensó varias veces en él, no se atrevió a buscarlo. De repente un chico alto estaba a su lado. Ella volteó nerviosa y lo vio. Era Pedro, pero un poco cambiado, había crecido varios centímetros y estaba más ancho.

—Pedro... —el chico la miró serio y asintiendo.

—Sí te acuerdas de mí después de todo —sus palabras estaban cargadas del más sencillo rencor. Pestañeó varias veces al darse cuenta de que estaba molesto. Por supuesto que se acordaba de él, siempre lo haría.

—Claro... siempre —la estudió con amargura. Hacía casi un año desapareció y nunca lo buscó, siempre creyó que entre ellos existía una amistad genuina, pero al ver que ella no había dado señales de vida se dio cuenta de que no fue así. Andrea lucía cansada, estaba bastante delgada y ya no tenía ese hermoso cabello, parecía otra aunque si se esforzaba podía ver en el fondo de su alma aquella chica con la que solía fugarse todas las noches para que le enseñara.

—Si tú lo dices... —la joven desvió la mirada hacia Almendra sintiendo una infinita tristeza, él hizo lo mismo.

—¿Sigues en la secundaria?

—Sí, ya acabo en un mes — Andrea lo observó, pero él seguía sin verla.

—Eso... es increíble —el adolescente se encogió de hombros indiferente.

—Espero que para el verano pueda entrar a la preparatoria.

—Apuesto a que así será —le dolía su apatía; sin embargo, supo que era lo mejor, se iría en unos días y no regresaría, no en mucho tiempo.

—¿Por qué no te despediste? —ahora se ponía frente a ella tapándole la visibilidad.

—Pedro... no entenderías...

—Intentalo... pensé que éramos amigos, pero te fuiste, así, no más, sin importarte nada —Andrea se mordió el labio mirando hacia uno de los lados—. No ¿verdad?... no lo éramos.

—Sí... eso no lo dudes —su actitud lo desconcertaba, en serio estaba extraña, parecía más joven y más vieja a la vez. No la reconocía.

—Entonces dime ¿por qué te fuiste así?

—No puedo... no ahora... —asintió molesto con los dientes apretados al igual que los puños.

—De acuerdo... no sé qué te sucedió, pero... es como si no fueras la Andrea que conocí, es más, tú no eres ella, ella sonreía y me regañaba, ella era feliz aquí y tú... tú pareces vacía —lo miró abriendo muchos los ojos—. Sí, tú no eres Andrea, ella adoraba al patrón y sé que por nada del mundo lo hubiera dejado aquí, así como lo hizo. No sé en qué te convertiste, pero no me gusta, no me gusta nada...

—Pedro... —los ojos se le rasaron al escucharlo hablarle de esa manera—, no comprendes... tuve que hacerlo —el chico movió los brazos negando también contenido, evidentemente dolido.

—No, no digas nada, pensé que te daría gusto verme... soy un idiota, sé que llevas una semana aquí y no me buscaste... yo tuve que venir pensando que te daría alegría que así fuera... me equivoqué.

—Eso no es cierto... —intentó convencerlo sin mucho vigor.

—Déjalo ya... no importa... después de todo, todos aquí hemos estado aprendiendo a vivir sin ti, incluso el patrón al que dejaste bien triste.

—Tú no entiendes... era por su bien... tuve que irme.

—¡No mientas! una carta, una nota... algo, pero nada, más de diez meses y nada... Nunca olvidaré lo que hiciste por mí, pero ya no te considero mi amiga... alguien que se olvida de las personas, no puede serlo, lo siento —Pedro se alejó dejándola ahí con un nuevo dolor en el pecho; ella lo quería y mucho más de lo que él mismo imaginaba. Pedro fue su único amigo en muchos años además de Jean; con ese chico se dejó llevar, era como era, no fingía y a su lado, como al de Matías, no existía el miedo, sólo el deseo de vivir, de sonreír, de disfrutar. Entendía su reacción; sin embargo, le dolía tanto como todo lo demás.

Anduvo hacia la casa limpiándose las lágrimas. Era lo mejor, ya no pertenecía a ese lugar, ya nunca lo haría. Caminó hasta su habitación y ahí se encerró entregándose a los lamentos y sollozos. Necesitaba encontrar tranquilidad de alguna forma, sino, no podría enfrentar lo que vendría. Una hora después, vio los calmantes que Ramiro le recetó y que no había querido tomar. En ese momento, sentía que ya no podía más, tomó la dosis recomendada y esperó quieta a que surtieran efecto. Cómo deseaba desaparecer, olvidar, diluirse en el aire sin ser notada, perder cada recuerdo que la atormentaba, que no la dejaba en paz.

Matías llegó al anochecer sintiéndose verdaderamente cansado.

—Hijo... ¿cómo te fue?... ¿les pudiste decir? —asintió haciendo girar su cuello para intentar menguar la tensión.

—Y ¿Andrea? —María agachó la mirada desolada.

—No ha salido desde mediodía de su cuarto, ya van un par de veces que me asomo y sigue dormida —negó sentándose frente al guisado que le acababan de poner enfrente.

—¿No comió? —sacudió la cabeza confirmando su sospecha.

—No puede seguir así, creí que estaba mejorando... el lunes tiene que estar en México pero en esas condiciones...

—Lo sé, pero me parece que tuvo una conversación con Pedro que no la dejó muy bien... después de eso la vi cruzar llorando y desde ahí no ha bajado —Matías frunció el ceño.

—¿Con Pedro?...

—Ese muchacho no sabe nada, él solo entiende que ella lo abandonó sin más, probablemente le reclamó... no lo sé —se pasó una mano por la frente soltando un suspiro con los ojos cerrados.

—No sabes cómo me duele saberla así... daría mi vida y todo lo que tengo por volver a verla sonreír.

—Te entiendo, Andrea ya no es el asomo de lo que era y no sé si algún día logre volver a serlo —admitió la mujer con sinceridad. Esa niña cada vez se alejaba más de lo que algún día fue y ya veía prácticamente imposible que pudiera ser lo que solía.

—Aunque no sea a mi lado espero que te equivoques, ella merece ser feliz... como sea, con quien sea, de la manera que sea.

—Hijo... te ama, tú y ella, estarán juntos ya lo verás, aunque tal vez tarde en suceder.

—No María, eso no va a ser, ya lo dejó muy claro y... pese que me duele mucho más de lo que crees, intento entenderla. Necesita recuperar su vida y ese proceso puede llevar mucho tiempo, demasiado.

—Pero...

—No puedo hablar de eso, créeme que me está matando. Pensé que la recuperaría en cuanto supiera que todo terminaría, pero es ahora cuando en realidad la pierdo —un segundo después desvió la conversación intentando olvidar aunque fuera por unos minutos, lo que en su vida pasaba.

Por la mañana Andrea salió de su recámara al mismo tiempo que él. Ambos se miraron sin saber qué hacer, como dos chiquillos que se atraen y que no tienen la menor idea de cómo enfrentar ese evidente hecho.

—Hola... —susurró ella con esa vocecilla tierna y débil que solía emplear al despertar a su lado cada mañana. Apretó los puños conteniendo su deseo, intentando tatuar en su alma aquella mirada que le derretía el corazón.

—Hola —respondió apenas y logrando respirar. Ninguno de los dos se movía.

—¿Te fue bien ayer? —logró preguntar ella después de agarrar coraje para hacerlo.

—Sí, todo salió muy bien... gracias —su escueta respuesta le dolió; sin embargo, entendía que esa era una forma de protegerse. Perdió el contacto visual al agachar los ojos.

—Me alegro...

—Andrea... —alzó la vista nuevamente—, hoy llegarán mis padres a mediodía, quería que lo supieras —asintió sin preguntar más. Se daban cuenta de que había miles de temas que necesitaban aclarar y platicar; sin embargo, ambos necesitaban también la distancia por mucho que al verse, al sentirse así, cerca, su amor absurdamente incrementara, sus corazones se reclamaran, se exigieran, se anhelaran.

—¿Bajas?... —preguntó él después de eso segundos de extraño silencio.

—Sí —caminaron uno al lado del otro sin tocarse. No era necesario, podían sentirse. Llegaron al último escalón ya con la descarga que despertaba uno en el otro, al máximo, con la piel erizada, con el ritmo cardíaco a mil, con la ansiedad a tope.

—Dios... no puedo... —la sujetó del brazo haciéndola girar hacia él sin que le diera tiempo de oponer resistencia. Cuando menos se dio cuenta tenía su cintura bien aferrada por esa mano que adoraba y su nuca apresada con firmeza, con desespero. Andrea abrió los ojos impresionada por el gesto y sin poder quitarse sintió sus labios cálidos sobre ella. Al principio intentó zafarse, pero no parecía tener la más mínima intención de dejarla ir, poco a poco fue sintiendo su calor entrar por su cuerpo como esa brisa delicada que viaja por la piel inundándolo todo, permeándolo todo, su aliento dulce, agradable, envolvente, evocó su sabor y su tacto y sin poder evitarlo comenzó a responderle. Lo acercó más a ella pasando también una mano por su cuello y aferrándose a su camisa con la otra. Gimió de placer al sentirla de nuevo así, esa era ella, era *su* Andrea, *su* Belleza. Invasión su boca ávida y ansiosa mientras él contestaba a sus exigencias deleitándose con su sabor, con sus delgados dedos adentrándose en su cabeza, reconociéndolo, tocándolo como antaño. Ninguno de los dos se dio cuenta de cuánto tiempo estuvieron así, ahí, al pie de la escalera, la espalda de ella recargada en el barandal de forma atrevida, mientras él seducía su boca con atrevimiento, con deleite, no existía ni una mínima separación entre sus labios, entre sus cuerpos. Sentirse después de tantos meses y con tanto deseo contenido, estaba siendo casi una reacción instintiva, animal. Un pequeño jadeo salió de la garganta de esa mujer que adoraba y sin poder evitarlo, la tomó en brazos caminando hacia el estudio. Andrea no lo soltaba, ni siquiera parecía percatarse de que la elevaba y caminaba con su peso a cuestas. Unos segundos después ya se encontraba sobre su delgado cuerpo en un enorme sillón de piel. Tocaba su cadera, su pecho, sus brazos, sus piernas, con esas enormes manos, de esa forma que la hacía perder toda proporción, con posesividad, con lujuria, con amor, mientras con su lengua la embestía sin reparos.

—Te deseo —soltó Matías junto a su oído succionándolo ansioso. Escucharlo fue como si de repente un interruptor fuese prendido, como si miles de hielos se vertieran sobre su cabeza convirtiéndose en agua congelada en el mismo momento en que habló. Se detuvo abruptamente mirándolo aterrorizada por permitir que las cosas llegaran hasta ese punto. Él se dio cuenta enseguida de su reacción sintiendo cómo la lava que corría por sus venas se convertía en piedra inmediatamente. Andrea lo observaba recelosa, confundida. La joven comenzó a negar haciéndolo a un lado para levantarse.

—No Matías... no puedo... no ahora —se quedó petrificado en el mismo lugar—. Lo siento... —murmuró afligida. Se dirigió hacia la puerta, mientras la impotencia de él aumentaba tan rápido como el deseo había desaparecido.

—¿Lo sientes? —se detuvo al escucharlo.

—Sí, yo... no debí dejarme llevar... perdón... —acercó su mano hasta la perilla, pero fue él más veloz y cuando menos se dio cuenta, ya estaba a su lado evitando que saliera. Andrea lo miró sin saber qué hacer, no quería confundirlo, no quería lastimarlo, lo deseaba, claro que lo deseaba, él era el amor de su vida y el hombre más maravilloso que hubiera podido conocer, pero la batalla que se libraba en su interior le decía que debía esperar, nada era seguro en esos momentos, no sabía qué era lo que sucedería y ella no podía vivir más así.

—Andrea... no vuelvas decir que lo sientes cuando no es así —bramó con los dientes apretados. La joven pestañeó varias veces sin entender—. No más mentiras, no tienes idea de cómo me duele darme cuenta de que no confiaste en mí y no me refiero a lo de Mayra. Tú tenías tu vida planeada, venías trabajando en ella aun antes de conocernos, jamás me lo dijiste, nunca creíste en mí, jamás pensaste que de verdad te pudiera ayudar, viviste todos esos meses haciéndome sentir lo contrario... fui ingenuo...

—No... no digas eso —le suplicó sintiendo que los pulmones se encogían.

—Es la verdad, yo te entregué mi alma, mi vida y tú... tú siempre supiste que de alguna u otra forma te irías... ¿cómo dejaste que me ilusionara así?... sabes cuánto te amaba, cuánto te amo...

—Matías... por favor... no es así —él soltó su mano dejándola libre, pero ella no se movió. Matías parecía rendido y cansado, profundamente abatido.

—Sé que no te lo pongo fácil, sé que me quieres... sin embargo, no de la forma en la que yo lo hago y no quiero reprocharte, te juro que no... te entiendo e incluso te justifico, necesitabas olvidarte de todo por un tiempo y yo estaba ahí... pero ya no puedo más Andrea. Soy consciente de que no debería de decirte ahorita esto, sé que debes tomar fuerzas para lo que viene y me siento un miserable por no poder callarme y controlarme... pero esto ya me rebasó. Te vas... me rompes el corazón, perdemos a nuestro hijo y no sé si alguna vez pensabas decírmelo, no sé de ti en meses aunque en ninguno dejé de recordarte y dudar de lo que al final me habías dicho, cuando tengo noticias tuyas... estás casada —agachó la mirada al ver el tono en el que lo decía—, ¿tienes una idea de lo que sentí?... yo pude haber sido él, yo te pude haber protegido, si tan siquiera hubieras confiado en mí, si me lo hubieras dicho.

—Confío en ti —él negó adentrándose de nuevo en la habitación. Sus ojos derramaban lágrimas de frustración mientras que los de ella eran de impotencia, no había visto las cosas de esa forma.

—No te engañes, sin embargo, no es tu culpa, a lo mejor no hice lo suficiente, no te hice sentir segura... estabas tan acostumbrada a no confiar en nadie que... se te hizo costumbre —se acercó a él asombrada por lo que le decía, nada era más falso que eso, no podía creerlo de verdad.

—Matías... no supe qué hacer... yo tuve miedo —él giró con los ojos rojos y las mejillas húmedas para acariciar su mejilla silenciándola.

—No me expliques nada, no es necesario... sólo quiero que sepas que no estás sola y que haré todo lo que esté a mi alcance para que tú seas feliz, incluso si eso implica que no estés a mi lado. Nunca quise así y créeme, aun cuando no estés, me sentiré mejor sabiéndote sonriendo, que aquí así, vencida, rendida, apagada —ella cerró los ojos entendiendo lo que decía. Se despedía, la estaba dejando realmente libre y como si su corazón ya no pudiera sufrir más, en ese momento se hundió casi hasta desaparecer. Él sería su amor eterno, su vida, su ángel, su sol, no obstante, no podía darle nada, no tenía a nada.

—Yo... —un sollozo ahogado no le permitió hablar.

—No, no te pongas así... por favor... perdóname por decirte todo esto... pero me estaba quemando

—Matías... las cosas no son como tú crees... —no pudo más y la atrajo hasta su cuerpo sintiendo su llanto.

—No pasa nada, tu vida ha sido... Dios no sé cómo describirla y yo no quiero complicártela más, nunca me perdonaría hacerte sufrir aunque fuera un poco, quiero que estés tranquila, que sepas que te entiendo... que aunque me duela no me resistiré y te dejaré ir, de mi parte jamás recibirás presiones, ni más dolor... eres mi

vida Andrea y lo único que quiero es que tú tengas la tuya... quiero que cuando todo esto termine hagas lo que sientas y lo que desees, que no pienses en mí, ni en nadie más que no seas tú, yo estaré bien y quizá, algún día podremos volver a vernos sin que duela tanto como ahora —ella negaba mojado su camisa.

—Perdóname... —le rogaba. La apretó un poco más.

—No tengo nada que perdonarte... iluminaste mis días, le diste otro sentido a mi vida... ¿de qué debo perdonarte?... haz lo que tengas que hacer y si algún día te das cuenta de que lo que sientes por mí es tan fuerte como lo que yo siento por ti, regresa... yo aquí estaré —ella abrió sus brazos al fin y lo rodeó fuertemente. Ambos lloraron sabiendo que esa sería la última vez que estarían así. Unos segundos después él la separó intentado sonreír, sus ojos estaban más tristes que nunca. Acunó su barbilla sonriendo—. Prométeme algo... —ella no respondió presa de sus ojos miel, de esa mirada que la cautivaba, que la enloquecía y que ahora no sabía cómo manejarla—. Sé feliz, donde sea... como sea y... con quien sea... sé feliz —Andrea asintió de nuevo con la vista nublada. Un momento después, él cerró los ojos y salió de la habitación sintiendo que se ahogaría si continuaba un minuto más ahí, a su lado, dejándola ir sin poder luchar más pues eso la lastimaba aún más.

Ella se quedó en medio de aquel lugar donde tantas veces compartieron su amor, donde estuvieron hacia unos minutos a punto de hacerlo. Se sentía más perturbada y confundida que nunca. Apoyó una mano sobre la repisa de uno de los libreros aún intentando poner orden en su cabeza. De pronto el llanto regresó como una marea de fuego y sin más se dejó caer derrotada. ¿Por qué lo dejaba ir?, ¿por qué no lo sacaba de su error?... en esos meses ni siquiera se acordó de que otra vida la estaba esperando, su mundo se redujo a su piel, a sus voz, a sus ojos, a sus sonrisas y sus días a disfrutar de lo que sentía estando a su lado.

—¡Te odio Mayra... no sabes cómo te odio! —se sentía completamente acabada e incapaz de volver a ser ella misma, sumergida en aquel agujero del que ya no sabía cómo salir, llena de vacío, de soledad y de tormento. Una hora después, salió de ahí sintiéndose sonámbula. Observó todo recordando cómo había intentado dejar su huella en cada cosa, cómo realmente olvidó todo, incluso su pasado. Se recostó en su cama sintiendo un enorme cansancio, ya no quería saber de nadie, de nada, ella había ganado y pasara lo que pasara ya nada cambiaría eso.

Unas horas después María tocó la puerta, Andrea despertó desorientada.

—Siento haberte despertado pero no es posible que sigas así, necesitas comer y así me tenga que quedar aquí para que lo hagas, comerás —la joven asintió sintiendo los ojos vidriosos. Ingirió hasta dejar limpio el plato.

—Gracias...

—De nada... vendré más tarde para ver si se te ofrece algo —ella asintió volviéndose a acurrucar. María era consciente de que algo sucedió entre ellos. Matías no había regresado y nadie sabía nada de él, mientras que ella parecía haber vuelto a llorar. Se sentía mal por ellos, era evidente que las cosas no se estaban dando y ambos estaban resultando demasiado lastimados.

Anabella y Eduardo llegaron a la hora prometida. Matías seguía sin aparecer... nadie tenía idea en dónde estaba. María los recibió sonriente para que no percibieran lo que en realidad ahí ocurría.

—¿Y Matías?... no nos estaba esperando.

—Hablamos con él por la mañana —Eduardo se daba cuenta de que algo no andaba bien, el ambiente del lugar era lúgubre, cargado de tristeza. Algo sucedió ya hacía algún tiempo con su hijo y era momento de averiguarlo todo. Con un demonio, él debía ser feliz y los últimos años eso era lo último que lo había visto ser.

—Salió... —los tres caminaron hacia la cocina mientras Lorenzo llevaba el equipaje a la habitación que pertenecía a ellos.

—¿A dónde? —quiso saber Anabella dejando su chalina púrpura de lado. Hacía un calor húmedo, infernal.

—No lo sé... probablemente no tarda —Eduardo sacó su móvil y marcó mirándola con la ceja enarcada. María fingió demencia y comenzó a limpiar una repisa distraída.

—No contesta... está apagado —la encargada de la casa asintió despreocupada.

—¿Quieren que les sirva algo de comer?, deben venir hambrientos —ambos negaron serios. Siempre se llevaron muy bien y la conocían de toda la vida. Algo ocurría, por eso estaban ahí. Su hijo les dijo que necesitaban volar hasta ahí lo más pronto posible y ahora resultaba que no estaba para recibirlos. Cuando lo vieron, hacía unos meses, estaba aún más melancólico que cuando su esposa falleció; sin embargo, ya no parecía estar amargado, más bien dolido y decepcionado.

—María... siéntate... —ordenó el padre de Matías. Ella obedeció al tiempo que ellos hacían lo mismo—. Te conozco casi desde muchacho... ¿qué pasa? Y no quiero mentiras... qué pasa con nuestro hijo, con sólo entrar a esta casa se puede percibir que algo sucede y quiero saberlo ahora —ambos esperaron interrogantes e inquietos.

—Eduardo, creo que no me concierne a mí decirte lo que sucede... esperen a Matías, él se los dirá... —negó firmemente.

—No, quiero que me lo digas ahora... no viajé más de dieciséis horas para esto... Matías me preocupa, por Dios, parece que no hay manera de que sea feliz... quiero saber lo que pasa ya.

—Yo se los diré... —los tres giraron asombrados al escuchar aquella voz.

—¿Andrea? —Anabella se levantó asombrada. No la veía desde pequeña, pero era ella definitivamente, esos ojos eran inconfundibles.

—Hola Anabella... Eduardo —se acercó decidida con los puños cerrados a los costados, encajándose las uñas en la palma sin poder evitarlo.

—No sabía que tú... ¿No había ya terminado tu tiempo?... ¿Era un año? —Eduardo la miraba sin poder articular palabra, hacía años que no la veía y se asombró al darse cuenta de lo hermosa y llamativa que ahora era; la recordaba juguetona, intranquila hostigando sin parar a su hijo y Cristóbal cuando se visitaba, era la adoración de sus padres, mimada, siempre sonriente, voluntariosa y demasiado tierna; no obstante, en esos momentos ya no parecía existir rastro de todo aquello, su mirada era algo desconfiada, llena de dolor, parecía abatida y muy cansada.

—Sí Anabella, ya acabó, pero todo es parte de lo mismo y yo... puedo decirles el porqué de mi presencia aquí.

—Ya no comprendo nada... ¿tú nos dirás qué pasa? —Andrea asintió observando a María que la evaluaba preocupada. Se sentó frente a ellos respirando profundo. Los padres del único hombre que amaría, fueron los mejores amigos de sus padres, verlos así de cerca sólo logró hacerla evocar y extrañar lo que hubiera podido ser si ella no le hubiera dado aquella pastilla a su papá aquel día. Ambos esperaron con una enorme interrogante pintada en el rostro.

—Anabella, Eduardo. Siento mucho de verdad encontrarnos en estas circunstancias pero... lo que voy a contarles es... mi vida y no miento. Necesito que me escuchen y que comprendan, Matías y Cristóbal pueden corroborarles todo lo que le diré.

—Hija, nos asustas... —Andrea llenó de aire sus pulmones y comenzó a relatarlo todo desde el inicio hasta la llegada a la hacienda; era la primera vez que decía todo sin importarle lo que pudiera pasar y sin omitir nada. Los tres la escucharon sin decir nada, sus expresiones variaban como las de un río en plena tormenta. Anabella incluso tenía los ojos rasados.

—Cuando llegué aquí... todo fue muy rápido, fueron los mejores meses de mi vida. Pude olvidar lo que en realidad sucedía, eso fue un grave error... Mayra llegó a mí poco antes de que me fuera y me amenazó, ahora no sólo con la vida de Cristóbal si no... también con la reputación de Matías...

—¿Reputación? —Eduardo no comprendía.

—Mayra sabe lo del suicidio de Tania —ambos abrieron los ojos perplejos—. Al parecer una de las chicas que aquí trabajaba se lo dijo, eso y muchas cosas más... amenazó con meterlo a la cárcel por asesinato y a ustedes también por cómplices, yo... él me dijo que nadie sabía la verdad y no podía exponerlos a todo esto, su imagen, sus vidas quedarían gravemente afectadas en lo que se demostraba lo que en realidad ocurrió. Matías ya sabía todo sobre Mayra, yo se lo había contado y tuve que decirle que le menté para que dejara de

investigar sobre ella; de todos modos no encontró nada porque esa mujer estaba coludida con las agencias, dice que gastó una fortuna a cambio de su silencio.

—¿Por eso me pidió aquellos datos?... Dios —Eduardo se pasó las manos por su encanecido cabello, mientras que Anabella la escuchaba sin pestañear.

—Supongo que sí. Después de eso me fui a un rancho cercano a terminar... mi castigo, y luego volé a México y le cedí todo.

—¿Qué?! —Ambos se miraron completamente perturbados, apantallados, atónitos.

—Sí, como les dije esa era la condición que me puso cuando todo aquello sucedió. Ya no podía jugar más con fuego, estaba agotada y no quería que nadie más sufriera por todo esto... le di todo y volé a Toronto, ahí un amigo me esperaba... me casé con él —Anabella dio un respingo. Lo que le contaba era inverosímil y demasiada información para procesarla en unos minutos—. No porque tuviéramos una relación... me ofreció cambiar el apellido y yo necesitaba desaparecer para que nadie diera conmigo... durante años organicé esta huida; cuando tuve mis papeles me fui a San Diego donde una amiga me esperaba con un negocio que con muchas mañas le ayudé a financiar. Ahí he vivido los últimos meses. Sin embargo... no sé bien cómo Matías y Cristóbal se enteraron de lo que había ocurrido y... su hijo fue por mí —agachó los ojos hasta sus manos visiblemente temblorosas recordando lo sucedido hacía unas horas, la mirada se le rasó ya sin remedio—. Me trajeron aquí porque... es el lugar más seguro, el lunes tengo que estar en México y... junto con Cristóbal levantar la denuncia, ellos y Gregorio... ¿lo recuerdan? —asintieron—. Los tres ya tienen todo armado y... dicen que... ella no podrá salir nunca de la cárcel... también mató a mi nana, eso lo acabo de saber —otro grito de horror escapó de Anabella, no había podido quitarse la mano de la boca en toda la conversación. No obstante, Andrea parecía una autómatas, aunque las lágrimas ahora humedecían sus mejillas—. Ha chantajeado y extorsionado a mucha gente, al parecer es una venganza debido a que mi padre indirectamente dejó en la ruina a su familia y por lo mismo su padre murió dejándolas sin dinero... los detalles no los sé muy bien, creo que... Matías podría contárselos mejor.

Nadie dijo nada por varios minutos. Parecían congelados, incluso María estaba muda. La pareja no se veía ni se tocaba. Andrea tenía su barbilla recargada en su mano con su vista clavada en la madera de la mesa.

—Eran los mejores amigos de mis padres y son los padres de Matías... tenían que estar enterados de... todo, él mismo les corroborará cada palabra —se levantó de la silla importándole poco el cómo los dejaba después de semejante confesión; haber abierto así toda su verdad, no resultó tan sencillo y se sentía de nuevo exhausta. Caminó hacia la salida sintiendo que no tenía nada más que hacer ahí.

—Andrea... no te vayas... —se daba cuenta de que su historia fuera de parecer real, parecía un cuento de suspenso o terror, ella misma no se la podría creer a nadie. De repente sintió una mano delgada sobre su hombro—. Dios, hija... no sabes cómo siento todo esto... de verdad es terrible —la hizo girar y la abrazó como su madre solía hacerlo. Anabella estaba realmente asombrada, mientras que Eduardo parecía estar en estado de shock, buscó la mirada de María aún sin poder creerlo y al ver que ésta le asintió, dos lágrimas salieron de sus ojos negando, impresionado.

—Eres una mujer muy valiente mi niña, nunca más estarás sola... nunca ¿comprendes? —tomó sus rostro entre ambas manos viéndola a los ojos. Andrea asintió sintiéndose extrañamente más tranquila, ella le recordaba a su madre. Anabella besó sus mejillas y volvió a abrazarla con infinita ternura y cariño.

—Andrea, gracias por decírnoslo todo y ser tan sincera. Te juro que todo saldrá bien, esa mujer se arrepentirá de haber nacido... —ambas giraron hacia la voz decidida de Eduardo—. Tú jamás tendrás que volver a esconderte, te lo juro por la memoria de tus padres, sé que estarían muy orgullosos de ti, yo lo estoy y también muy agradecido por lo que hiciste por Matías y nosotros, pero ahora está todo esto en nuestras manos y nada va a pasar ¿de acuerdo —la joven asintió nuevamente mientras que el hombre se acercaba y la abrazaba cariñoso—. Necesitamos hablar con Matías... —Eduardo veía a María—. Andrea... ve a descansar... no te ves muy bien, nosotros estaremos aquí ¿de acuerdo? —ella mostró una sonrisa torcida asintiendo, parecía más pálida que cuando llegó a la cocina, eso los alarmó.

Unos minutos después la hija de sus difuntos amigos, desapareció. Los tres volvieron a quedarse solos.

Había cosas que aún no les cuadraban, que no quedaban muy claras y necesitaban saberlas

—María... tú tenías conocimiento de todo esto.

—Sí —admitió seria. Ambos asintieron.

—¿Cómo está Andrea? —Ella frunció el ceño sin comprender la pregunta de Anabella—. María es evidente que no se encuentra bien, ¿tengo que llevarla a con un médico?

—Ya uno la revisó, tuvo una crisis de nervios muy fuerte la semana pasada y... desde que regresó... ya no es la misma, es como si su luz se hubiera extinguido —la madre de Matías apretó los labios asintiendo. Era evidente que Andrea estaba al límite de sus fuerzas y así no podría enfrentar ese proceso legal que sería desgarrador y doloroso. No la conocía de antes, desde hacía años que no la veía y no podía compararla con nada, pero era muy claro que no se encontraba saludable, tenía unas líneas rojas debajo de los ojos al igual que unas profundas ojeras, estaba muy delgada y parecía un tanto ajena a todo.

—Aquí pasa algo más... y tú lo sabes... ¿Qué es? —María se puso de pie dudando—. María dime ¿Qué es? No servirá de nada que me ocultes las cosas... me enteraré de todos modos —Eduardo sonaba enérgico y firme, era un hombre imponente, alto, guapo y fuerte; su hijo era muy similar a él, sólo que también conservó la belleza clásica de Anabella, su mirada miel profunda, y el cabello castaño claro.

—Tienes razón, hay más —él asintió resoplando.

—Su hijo y... ella... se... quieren —Anabella y Eduardo se miraron con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué dices?!

—No los juzguen, fue... no sé cómo explicárselos... la verdad no creo que ni ellos se hubieran dado cuenta... el tiempo que ella estuvo aquí... nació un algo muy grande entre ellos, si los hubieran visto juntos comprenderían, si aún ahora, con las cosas como están, es evidente... Matías luchó mucho por no sentirlo, lo vi intentarlo de todas las formas —sonrió con tristeza al evocar esa época. El pobre chico pasó por todos los estados de ánimo inimaginables antes de poder comprender que sentía una atracción enorme hacia ella—. Al final se rindió y no fue, sino un tiempo después cuando Andrea, cedió. No tienen una idea de la resistencia que puso; sin embargo, no se pudieron negar mucho más.

—Pero... ¿por qué no nos dijo nada?... ¿siguen juntos?

—No, Eduardo... Anabella, Matías está muy mal con todo esto. Han sido demasiadas cosas... tantas que yo misma me siento aún atolondrada, triste si he de ser sincera. Cuando esa mujer la chantajeó, Andrea le hizo creer a su hijo que todo fue una mentira y que lo había usado...

—Dios —Eduardo puso una mano sobre el antebrazo de su esposa sin poder dar crédito a todo lo que su hijo había tenido que vivir. Con treinta y tres años, ya podía hacer todo un libro de las desgracias que tuvo que pasar.

—Jamás vi peor a Matías, esa niña le cambió la vida, la ama de una forma... no sé cómo explicarles, era como si el mundo de uno fuera el otro, no podían ocultar lo que sentían y todos aquí nos contagiamos de ello... Ahora... Matías sufre y... me atrevería a decir que mucho más que cuando Tania murió. Andrea lo transformó y no saben de qué manera, se volvió dulce y complaciente, paciente y tolerante, esa muchacha sacó lo mejor de él. Cada día veía cómo se enamoraban aún más... al grado que... creí que se habían vuelto uno. No creo que lo supere pronto, probablemente nunca, Andrea se le metió en la piel... —Eduardo se frotó el rostro aun conmocionado.

—Dios... ¿Cómo diablos es que sucedió todo esto? —Anabella se puso de pie y perdió la vista por una de las ventanas. Sentía un dolor hondo al saber a su hijo así, siempre a destiempo, siempre con algún tormento sobre su ser.

—Esto está acabando con ambos poco a poco... Ella... no quiere estar con él, no quiere lastimarlo, no está bien como ya se dieron cuenta y él... él está dispuesto a dejarla ir si eso la hace feliz... Espero que puedan comprenderlos, no planearon nada y todo se dio sin más, yo fui testigo, esto ha sido muy doloroso para todos. Por otro lado, debo admitir que... el tiempo que ella estuvo aquí no solo lo cambio a él, sino a todos nosotros.

—Es lo que veo... —Eduardo la conocía desde hacía años y María era una mujer buena, pero demasiado

inflexible, dura, enérgica, un hueso demasiado difícil de roer, pero ahora parecía otra.

—Siempre sonreía y era tan dulce, tierna, tan bondadosa... a pesar de todo jamás se quejó y vivió aquí feliz, lo sé... porque bastaba verla a los ojos para saberlo... —de pronto agachó la cabeza afligida mirándose las manos turbada—. Pero hay más y... esto no sé si está bien que se los diga pero lo haré, son sus padres y deben saberlo.

—No puede haber más María... —suplicó la madre del dueño del lugar.

—Lo hay y juro por Dios que aún hay cosas de la vida que no logro comprender... esa niña no sé si algún día volverá a sonreír, y es que... ella... Andrea estuvo embarazada, perdió a un hijo de ambos cuando ya no estaban juntos —Anabella se llevó la mano a la boca de nuevo sintiendo que de nuevo las lágrimas saldrían sin avisarle.

—¿Matías lo sabe? —preguntó Eduardo horrorizado. ¿Cómo que lo había perdido?, ¿cómo que iban a ser abuelos?, ¿cómo acomodar todo aquello?

—Sí y se puso muy mal, Andrea no supo hasta que lo estaba perdiendo, después de que se fuera de aquí a aquel rancho en el que pasó los dos últimos meses. Trabajó sin descanso y... un buen día, lo perdió. La mujer que la atendió me dijo que... la niña sufrió mucho pero que ya no se podía hacer nada... —de solo recordar esas palabras de Juana le dolía el pecho.

—Maldita mujer... ¿Cómo un alacrán como ese pudo entrar a sus vidas?... ¿cómo?

—Hay cosas que nunca entenderé... —admitió atribulada. Eduardo se puso de pie y comenzó a pasear ansioso por la cocina mientras que su esposa seguía mirando por la ventana.

—Debemos llevárnosla, no le está haciendo bien estar aquí y seguro a mi hijo tampoco —Eduardo asintió estando de acuerdo con su mujer.

—Mañana por la mañana se irán, arreglaré las escoltas y la seguridad, yo me quedaré aquí, Matías ya ha pasado por mucho y quiero estar cerca.

—Es lo mejor... —sollozó acercándose a su marido—. ¿Por qué mi hijo no puede ser feliz? —las lágrimas de Anabella se derramaron ya sin poder evitarlas. Eduardo la abrazó consolándola.

—Tranquila Ana... él lo será, pero le costará más trabajo que al resto, eso es todo, ten fe mi vida.

—Y ¿Andrea?... si Leopoldo y Georgina vivieran... Dios... ¿Cómo pudo pasar algo así? Cristóbal se está arriesgando mucho... si esa mujer se entera de que él sabe todo... esto puede terminar en una tragedia peor.

—Ya son hombres Anabella, saben lo que hacen, confía en ellos. Además, le toca solucionar todo esto a ese muchacho, es un hombre fuerte, lo hemos visto crecer. Recuerda cómo asumió el control de todo siendo tan joven, sacará de esto a su hermana y espero que todos tengan un final feliz. Nosotros sólo podemos apoyar y cubrirles las espaldas, pero es su guerra... y dejaremos que peleen solos, los tres... ¿de acuerdo? —la miró a los ojos limpiando sus lágrimas. Ella era una mujer dura y tenía contadas las veces que la había visto llorar; sin embargo, la situación a él mismo lo tenía rebasado y muy confundido.

—Voy a hablar con ella... tú busca a nuestro hijo —Eduardo asintió dándole un beso en la frente.

Andrea estaba de pie a un lado de su balcón perdida en las diferentes plantas de ese jardín que tantos recuerdos le traía. Alguien llamó a la puerta y enseguida se abrió. Era Anabella.

—¿Podemos hablar mi amor?

—Sí... pasa —el apodo cariñoso la desconcertó. La observó caminar hacia ella atenta. Era alta y muy bella, estaba en los cincuentas y aun parecía muy joven, tenía tanto de él que no pudo evitar admirarla.

—¿Nos podemos sentar? —y eso mismo hizo en uno de los dos sillones que estaban frente a la ventana, Andrea ocupó el opuesto y esperó.

—Andrea... ya sé lo que... hay, bueno, hubo entre tú y mi hijo —la joven cerró los párpados asintiendo. La mujer se levantó para tomar su barbilla y la hizo mirarla—. No los juzgo, María dice que se aman y le creo...

—de nuevo las lágrimas salieron sin evitarlo, los últimos días no había podido dejar de hacerlo—. También entiendo que por ahora no puedes estar a su lado — se volvió a sentar soltándola.

—Anabella yo...

—No digas nada... no tienes que darme explicaciones, jamás me he metido en la vida de Matías y no pienso hacerlo ahora... pero lo que sí creo es que tú no te encuentras bien, permanecer aquí no te está dejando pensar con claridad ni tomar fuerzas para lo que vendrá... —asintió consciente de eso—. Andrea... ¿quieres que mañana nos vayamos tú y yo de aquí?... Eduardo se hará cargo de tu seguridad y él se quedará aquí con nuestro hijo... debes estar tranquila, lo que viene será muy difícil y si te soy sincera no te veo lista para enfrentarlo... allá estarás tranquila, en paz, serena —la joven se puso de pie sintiendo que el llanto llegaría en cualquier momento. Debía irse, pero dejarlo iba a ser un nuevo dolor para su ya casi inexistente corazón; sin embargo, era lo mejor y no podía permanecer así más tiempo ahí, cada día era peor que el anterior y para él... también.

—Sí Anabella, me iré contigo —soltó de pronto esperando no arrepentirse.

—Bien... mañana saldremos temprano y haré que te examinen... tienes que estar bien para lo que viene...

—Andrea asintió seria. La mujer se levantó y se acercó a su rostro, tomó sus dos manos y la observó fijamente—. Sé que alejarte de él está siendo duro... pero creo que tienes razón, uno debe estar bien consigo mismo para estar bien con los demás y tú tienes mucho que solucionar y perdonar... Admiro tu coraje y tus agallas Andrea... te has convertido en una verdadera mujer, me doy cuenta de que esto no es falta de amor, al contrario... —le dio un beso en la frente y se fue.

Matías llevaba ahí toda la mañana, ese lugar le daba paz como siempre y en esos momentos era lo único que necesitaba. Sin darse cuenta cerró los ojos y quedó dormido. Al abrirlos, ojeó su reloj... las cuatro. Se montó en el caballo, quitando un segundo después el silenciador al móvil. Varios mensajes en el buzón comenzaron a saltarle. No los escucharía, no tenía ganas de nada. Cabalgó despacio sabiendo que no podía permanecer ahí escondido una eternidad; no obstante, eso era lo que realmente deseaba.

Llegó a la hacienda veinte minutos después, iba a bajar del animal cuando escuchó la voz de su padre. Lo olvidó por completo. Dio un brinco entregándole las riendas al caballero. Dobló la esquina de las cuadrillas y ahí estaba él con otros tres de sus hombres conversando serios. Uno de ellos lo miró haciéndole un gesto al hombre para que volteara.

—Matías... ¿dónde estabas? Ya iba a mandar a buscarte, llevas horas desaparecido — ambos se acercaron para darse un fuerte abrazo.

—Lo siento... perdí la noción del tiempo —su padre asintió mirándolo, mirándolo de verdad. Lucía cansado y deprimido, su hijo ya no era el mismo, parecía mayor, esa niña ciertamente había causado más estragos en su persona que su difunta esposa.

—No importa, tu mamá muere por verte y... tenemos que hablar —Matías asintió serio. Después de todo para eso les pidió venir. Recordarlo todo de nuevo no iba a ser fácil, pero era necesario. En cuanto entró a la cocina Anabella se acercó a él abrazándolo como hacía mucho no lo hacía, le respondió el gesto sin comprender a qué se debía. Luego lo tomó por el rostro y lo observó fijamente. ¿Qué estaba pasando?

—¿Estás bien mamá? —no estaba acostumbrado a esas muestras de afecto o preocupación tan desbordadas.

—Sí hijo... es sólo que... no me hagas caso —se separó doliéndole su dolor mucho más de lo que él imaginaba, si bien no fue nunca la más cariñosa, para ella Matías, era su única razón, lo más importante y hermoso que la vida le dio y lo amaba profundamente, claro que odiaba verlo así.

—¿Quieres comer Matías? —era María, lucía preocupada. Negó desconcertado.

—Y ¿ella? —Sus padres se miraron comprendiendo a quién se refería.

—Le acabo de subir su comida, no quiso bajar —asintió observando a sus padres.

—Tengo cosas que decirles...

—Lo sabemos... —Eduardo posó una mano en su hombro haciéndolo sentarse—. En realidad lo sabemos todo —Matías pestañeó sin comprender y luego dirigió su atención a María.

—No hijo, ella no nos lo dijo... fue Andrea —se puso de pie enseguida colocando ambas manos en el respaldo de una de las sillas completamente descartado.

—¿Andrea?... —ambos asintieron. Volteó hacia María sin poder creerlo—. ¿Bajó?

—Sí y... les contó todo —Eduardo se sentó en una de las sillas estudiándolo con detenimiento.

—¿Por qué no nos dijiste nada cuando nos vimos en Europa? —Matías se dirigió hacia una de las repisas de la cocina para recargar ahí su cadera.

—Porque no tenía sentido... porque pensé que era mentira.

—Sí, eso también lo sabemos... así como lo que hubo entre ustedes dos —agachó la cabeza asintiendo apenas y perceptiblemente.

—Matías... Andrea se irá mañana conmigo —encaró a su madre de inmediato sin comprender—. No está bien y debe tener calma para lo que vendrá.

—Pero... aquí está segura... algo puede salir mal... No, no puedes llevártela mamá —Anabella buscó apoyo en su marido, este se acercó a su hijo suspirando.

—Lo haremos Matías, es evidente que ninguno de los dos están pudiendo con esto, lo que enfrentará en unos

días Andrea no será nada fácil y lo sabes... ¿En qué estado pretendes que llegue a declarar?... Las cosas por las que ha pasado rayan en la locura y no quiere arrástrate hasta eso...

—Pero Cristóbal y yo lo tenemos todo planeado y controlado —su padre se colocó a su lado.

—Eso lo sé, sé el hombre que eres y sé de lo que eres capaz también, pero en este tema creo que no estás pensando con claridad, ella necesita paz, tranquilidad y aquí no la tiene, teniéndote a su alrededor... basta verla —Matías resopló frotándose el rostro ansioso—. Hijo, todo esto ha sido muy difícil, jamás creímos que algo así le estuviera sucediendo a los hijos de nuestros mejores amigos y menos a ella. No interferiremos, confío en que saben en qué se están metiendo y que no harán nada estúpido, tienen todo nuestro apoyo, pero en cuanto a ella vamos a hacer lo que quiere y Andrea quiere alejarse... —los miró con angustia, nuevamente todo colapsaba, ya no podía más.

—Sí Matías, sabemos que estás sufriendo mucho... lo veo en tus ojos, pero esa niña no se ve bien, ya no te digo emocionalmente, si no de salud, allá haré que la revisen... intenta ser objetivo —Matías asintió al fin.

—Si quiere irse... no la detendré, lo único que deseo es que esté bien —ambos sonrieron al escucharlo.

—Lo estará... ya lo verás... si ha superado todo esto... debe poder superar lo que viene...

—Eso espero... —se alejó perdiendo la vista en la misma ventana en la que Anabella lo hizo hacía unas horas.

—Ahora... me gustaría saber cómo va todo en cuanto a lo de esa mujer, cuando Andrea nos lo contó debo confesarte que me pareció increíble, no le hubiéramos podido creer si María no nos confirma que todo es verdad.

—Te entiendo, pero es lamentablemente más real de lo que creen y peligroso... —se sentó intentando tranquilizarse. Ella se iría y probablemente esa sería la última noche que compartirían el mismo techo, eso le produjo un dolor muy parecido a un ardor producido por una fuerte quemadura justo en el centro del pecho. Era asombroso comprender que por mucho que se dijera lo contrario, el amor no lo podía todo, no por lo menos en su caso.

Para media tarde los tres aceptaron comer después de saber más detalles sobre todo lo ocurrido.

—Daremos una vuelta por ahí... hace mucho que no venimos y tu madre se irá mañana, además, creo que... necesitas estar solo —Matías asintió levantándose también. Caminó hacia las escaleras sintiendo esa opresión que ya no lo dejaba. De pronto un movimiento a lo lejos lo sacó de sus pensamientos. Se acercó con sigilo, era ella. El corazón amenazó por salirse por la boca. Se debatió entre dejarla sola, o subir y encerrarse en su habitación como decidió hacía unos segundos, ya bastante le había dicho por la mañana. Pero sin que pudiera evitarlo sus pies se encaminaron hacia su dirección.

Se dio cuenta en seguida de que iba al vivero, pasó saliva con dificultad al recordar el estado en el que ahora se encontraba, esa noche fue una de las peores de su vida y aun sabiendo que todo fue mentira, le dolía.

Andrea se detuvo observando el lugar, estaba muy descuidado y parecía haber sido atacado por algún objeto o animal. Entró sin problemas, pues la puerta estaba emparejada. Cada planta que cuidó por meses, residía en el mismo sitio, pero ahora sin vida, seca. Había tierra esparcida y macetas volteadas por todos lados. Sus instrumentos estaban aún en el mismo lugar, pero llenos de esa capa blanquizca que suele llegar al no mover algo de su sitio por bastante tiempo. Recordó el día en que él se lo obsequió y también lo que después ocurrió. Esa noche fue una de las mejores de su vida, sabía que ya nada podía compararse con sentirlo piel con piel. Recordó las veces en que la pasión los sorprendió en diferentes lugares y sin ser capaces de oponerse al deseo, se entregaron sin importarles no estar tomando precauciones. Se llevó las manos al vientre bajando la mirada hasta él. En todo ese tiempo, no se dio permiso de pensar en esa vida que creció pocas semanas en su interior, en despedirse de algo que no fue, que nunca podrá ser, de rogarle, de explicarle, de decirle que hubiera dado todo por conocerlo, por tenerlo aunque fuera un segundo entre sus brazos y así poder expresarle, de alguna manera, lo importante que fue saber que ocupó su cuerpo ese corto periodo.

—Te amábamos... te lo juro...

—Lo sabe —al escucharlo giró de inmediato. No lo sintió llegar y mucho menos entrar, estaba a un par de metros de ella.

—Matías... —él se acercó hasta quedar de frente a ese delgado cuerpo que adoraba, posó una mano sobre las suyas que aún descansaban en el vientre.

—Fue creado con amor... tú no tuviste nada que ver con su partida.

—Lo sé y aun así... me siento tan culpable... —Matías le dio un beso en la frente al tiempo que la tomaba por lo hombros.

—No lo hagas... sucedió, nada más y aunque hiciéramos lo que sea, eso no cambiará... Belleza, donde quiera que esté, sabe que lo recordaremos siempre, que fue creado desde el sentimiento más profundo y puro, no te lastimes más —la joven asintió triste. De repente él observó a su alrededor, parecía desolador ese sitio que antes solía rebosar de vida, de colores. Se alejó un poco de ella abatido—. Siento haberlo descuidado tanto.

—No pasa nada... —el lugar reflejaba su verdadero estado interior de una manera impresionante.

—¿Mañana te vas? —asintió un poco nerviosa y sintiendo que de pronto lo pequeño del vivero la sofocaba y más aun con él adentro. Salió adivinando que la seguiría.

—Creo que es lo mejor... —ya ambos estaban afuera. Andrea lo miraba tiernamente mientras que Matías mantenía la mirada gacha y las manos metidas en los bolsos del jean.

—Sí... creo que lo es —ninguno de los dos dijo nada durante unos minutos—. Cuídate... verás que todo esto termina pronto.

—Eso espero... —no sabían qué hacer, si acercarse o simplemente despedirse como si fueran un par de conocidos que apenas y se saludaban con un “hola” cada que se topaban.

—Matías... lo de hoy en la mañana... —él alzó la vista negando.

—No digas nada... no debí, no fue el momento... —la joven se acercó hasta quedar a sólo unos centímetros. No se iría sin hablar con la verdad, no permitiría que se quedara nuevamente con una impresión errada de lo único limpio y hermoso que tuvo en la vida.

—Nunca fui más feliz cuando estuve contigo... Te amé y te amo... confié en ti como en nadie jamás lo he hecho, por favor nunca lo dudes, si no te dije nada fue porque simplemente lo borré de mi cabeza, tu ocupabas todos mis pensamientos y... no pensé que todo esto sucediera. ¿No te dabas cuenta de que mi mundo giraba a tu alrededor nada más?

—Andrea no me digas esto ahora... no cuando te vas y me pides que no luche por ti —le rogó con los ojos enrojecidos. Ella colocó una mano sobre su mejilla.

—Matías... ¿viste el vivero por dentro? —Asintió sin comprender, disfrutando de su contacto—. Así me siento, esa es una fotografía de mi interior y... no es lo que tú mereces, te amo demasiado como para permitir que unas tu vida a una persona que tiene deshecha la suya, no puedo hacerlo...

—Pero...

—Sh —posó una mano sobre sus labios—. Tú eres el hombre más maravilloso que he conocido nunca y créeme que te llevaré conmigo siempre, pero por favor intenta comprenderme, no sé quién soy, ni quién seré después de esto —las lágrimas ya resbalaban por sus rostros.

—Yo sé quién eres... no nos hagas esto, permíteme ayudarte.

—Tú me conoces mejor que nadie, incluso mejor que yo... pero si me quedo haré de tu vida una pesadilla. Ya viviste junto a alguien que tenía un gran dolor a cuestas y sabes muy bien lo que se siente compartirlo, al final te arrastra junto con él, no lo permitiré... si ahora me dejas consolar y finjo que todo está bien, en semanas, meses o años todo saldrá de alguna manera y tú serás el objeto de mi frustración y enojo; no he perdonado, tengo mucho rencor, odio y culpa... quiero que me recuerdes como era... no quiero que me veas así... consumida, amargada, llena de sentimientos que lastiman —él asintió de nuevo vencido—. Mi vida ha sido llevada por caminos que no elegí, me veo al espejo y no me reconozco, no voy a arruinar lo único hermoso que en realidad he tenido en mi existencia, porque esta vez no podré culpar a nadie, será mi responsabilidad, mi elección ¿Me entiendes?... esto no es falta de amor, esto lo hago porque te amo y mereces

ser feliz —no pudo más y la abrazó con ansiedad. Andrea no opuso resistencia escondiendo el rostro en su cuello.

—Te amo y... siempre te amaré... recuérdalo cuando te sobrepongas a todo esto... ¿de acuerdo? —ella ya no pudo decir más, el nudo en la garganta no la dejaba así que asintió contra su quijada absorbiendo por última vez aquel olor que la hacía transportarse a aquellos momentos mágicos que compartieron alguna vez.

Los padres de Matías presenciaron todo a lo lejos, sin que ellos se percataran de su presencia. Se despedían, eso era evidente y ambos sufrían, no sabían de qué hablaron pero fue lo suficientemente doloroso. Recordaron lo que María les dijo en la cocina hacía unas horas, su intención no fue espiarlos, pero al verlos a unos cuántos metros no pudieron evitar detenerse y observarlos, era cierto, había algo especial en su forma de verse, de estar.

—María tenía razón —Anabella asintió conmovida—. Nunca lo vi así con Tania...

—Andrea tiene el corazón de nuestro hijo —Eduardo lo decía serio y un tanto desconcertado, jamás imaginó que algo así podría ocurrir—. ¿Quién iba a decir?... la hija de mi mejor amigo y el nuestro, enamorados, si aún la recuerdo con dos coletas, jugando con muñecas....

—Era tan dulce, qué lástima que la vida la tratara de esta manera y por lo mismo espero que algún día superen todo esto... ambos han sufrido mucho y aunque jamás imaginé que algo sucedería entre ellos, la verdad es que no me desagrada mi amor. Andrea, con todo esto, me parece que ha forjado un carácter fuerte y Matías necesita a alguien así a su lado —la acercó más a él dándole un beso en la base de la cabeza.

—Sí, también lo creo.

Matías aspiraba su esencia por última vez. La separó lentamente, tenerla tan cerca era demasiado.

—Andrea... estaré ahí para lo que necesites... Mucha suerte

—Lo sé... cuídate ¿sí? —besó su frente por última vez.

—Sí... no te preocupes por mí... yo estaré bien... gracias a ti sé lo que es ser fuerte y te juro que por mucho que duela, no me dejaré vencer —ella mostró una sonrisa torcida.

—Debo terminar de empacar... —susurró alejándose. Matías asintió serio—. Cuídate.

Anduvo hacia la casa dudosa, las palmas le sudaban, le cosquilleaban, su cuerpo la traicionaba como siempre que se trataba de ese inigualable hombre. Un segundo después giró y él ya iba hacia la otra dirección. Sintió un agujero que consumía todo a su alrededor sin detenerse. Ese fue un adiós, el final de un cuento que no terminó como algún día soñó. Empacó lo poco que se había llevado. Cuando María le subió de cenar, estaba sentada mirado por la ventana como ya era su costumbre; encontraba una extraña paz perdiendo la vista en ese asombroso jardín, observando los rosales rojos, tan grandes, tan vigoroso, tan soberbios que incluso los envidiaba y los admiraba. Esa flor era su preferida, nunca se lo dijo, jamás volvió a preguntar, por lo que observarlo cada cierto tiempo intentar de alguna manera averiguarlo la divertía, se convirtió en una adicción, en algo que gozaba como tantas cosas en esa dulce época y es que la rosa era tan hermosa como dolorosa, llegar a los pétalos espinaba, su color rojo podía simbolizar sangre, heridas, aflicción, también amor y pasión; era salvaje su belleza, no dulce, no tierna, si no dura, imponente cuando esa era su tonalidad, por eso le gustaba, por eso podía pasar horas admirándola, porque esa planta fue bendecida por la naturaleza con aquellas espinas para que no fuera tan fácil arrancarla, para que no fuese tan fácil doblegarla.

—¿Te lo dejo ahí? —Andrea asintió intentando sonreír. La mujer caminó hacia donde ella estaba y puso la charola sobre la mesa.

—María... —la mujer volteó desconcertada.

—Siento mi comportamiento últimamente... —María se acercó a ella estudiándola dulcemente.

—No pasa nada Andrea... sé que no es fácil todo esto.

—No, no lo es, pero aun así siento ser tan indiferente.

—No te preocupes, te comprendo.

—María... cuídalo... por favor —asintió acunando su barbilla cariñosa.

—Lo haré hasta que tú regreses y entonces volverás a ser tú quien lo haga.

—Gracias por siempre creer en mí... no tienes idea de lo que eso significa —la mujer le dio un beso en la frente y se alejó sonriendo sin decir más, esa era la jovencita que conocía y le dio gusto comprender que ahí seguía, por lo que la esperanza aún seguía viva.

A la mañana siguiente Andrea y Anabella salieron temprano de Las Santas, Eduardo y María se despidieron; sin embargo, Matías no apareció. Andrea lo entendía, de todos modos en unos días se verían.

Cuando llegaron a la ciudad lo primero que hizo Anabella fue llamar a un médico de su confianza, este revisó a Andrea y concluyó que estaba bien, baja de peso, pero nada que no se solucionara con buena alimentación y hábitos. En cuanto a su cabeza, le hizo varias preguntas y no daba signos de tener algún problema.

Esos días Andrea parecía concentrada y ecuánime, nada parecía perturbarla ni sacarla de su centro. Anabella la observaba dándose cuenta de que lo que hacía era poner toda su energía en lo que en unos días vendría. Por la tarde Gregorio llamó, tenía que platicar con Andrea antes de poner la denuncia el lunes. Al anochecer llegó y después de un par de horas encerrados, ella ya sabía muy bien qué decir y cómo. El fin de semana pasó relativamente rápido, Cristóbal pidió verla pero se negó sin posibilidad a replica, lo vería hasta el día convenido, no antes.

El domingo por la noche no podía conciliar el sueño, se tomó una pastilla para dormir ya que sabía que no podía estar mal para el día siguiente y esperó con paciencia a que surtiera el efecto prometido.

Gregorio pasó por ella a la hora acordada.

—¿Estás lista? —el abogado la evaluaba admirado por la entereza con la que parecía iba a manejar todo el asunto. Estaba al tanto de todo lo que últimamente ocurrió, por lo que el día que se citó con ella, esperó ver una Andrea vencida, insegura y descompuesta, pero nada más lejos que eso, la joven parecía serena, preparada para enfrentar lo que viniera.

—Sí Gregorio...

Al llegar a los tribunales la tomó por el codo y la guió. Subieron varios pisos de aquel burocrático edificio, caminaron unos pasillos, pasaron algunos cubículos y de pronto lo vio.

Su hermano estaba recargado en una pared muy pensativo, se veía mayor y triste, muy triste.

—Cristóbal —el hombre giró enseguida al escuchar su nombre. Lo primero que vio fue a la joven. Ninguno de los dos se movió ni un solo centímetro, pero él parecía querer abrazarla y salir corriendo de ahí con ella acuestas.

—Hola... —ella bajó la vista desviándola. Gregorio observó el gesto y negó con tristeza.

—Ya saben qué decir... ¿están listos para lo que viene? —Andrea alzó la mirada hasta él seria.

—Sí... esto debió ser hace mucho tiempo... —al escuchar a su hermano con esa decisión y coraje contenido, asintió también.

Poner la denuncia fue más corto de lo que pensaron, lo engorroso y verdaderamente doloroso era el desarrollo del juicio.

La orden de aprensión, se giró casi de inmediato.

Andrea se fue en cuanto terminaron, truncando así todos los planes de Cristóbal para acercarse y conversar aunque fuera un poco. Estaba perplejo, su hermana parecía fuerte, entera, la admiraba, la adoraba y se juró que aunque le llevara la vida, lograría que lo perdonara.

Detuvieron a Mayra esa misma tarde, no lo sospechaba, así que no pudo huir. Anabella se dedicó a distraer a Andrea esos días inventando miles de cosas que hacer, por supuesto siempre escoltadas y muy vigiladas, no sabían cuánta gente más estaría involucrada.

Los días pasaron y el proceso comenzó. Andrea y Cristóbal no podían salir de la ciudad y debían presentarse casi a diario para los careos. Pronto el asunto se volvió en una bomba mediática de enormes proporciones, los socios y accionistas se declararon a favor de los jóvenes Garza. La gente del aseo que trabajaba en casa de ellos y que Mayra corrió, declararon todo frente a ella. El juicio cobró tales proporciones que se tuvo que destinar un sitio que se tenía pensado para casos así, donde la información no se pudiera colar a los medios y el acceso fuera restringido.

Mayra fue acusada de homicidio en primer grado hacia Blanca, la que fuera nana de Andrea y los padres de ambos. Extorsión, abuso de menores, manejo de información y robo. Cada cosa fue comprobándose lentamente. Cristóbal y Andrea ante todos parecían más unidos que nunca, asombrando a la misma Mayra que no podía evitar ver a su cuñada con odio y a Cristóbal con mucho arrepentimiento.

Matías llegó una semana después, se instaló en la casa donde vivió con Tania. Procuró mantener la distancia; sin embargo, se cruzaron en un par de ocasiones sin poder evitarlo. Verla así de fuerte sólo sirvió para intensificar lo que sentía por ella. Sabía que estaba bien, que enfrentaba todo con aplomo y parecía no querer desviar su atención del proceso.

La muerte de su esposa salió a colación como lo vaticinaron, pero cuando los abogados de Mayra quisieron poner una denuncia penal en su contra por aquel hecho, todo quedó en intentos, pues él tenía como comprobar sus argumentos.

Inés testificó y su careo con Mayra fue uno de los más duros, pero no se rindió, la enfrentó sin dudar.

Se supo que ella contrató aquellos chicos por lo que Andrea estuvo a punto de ser procesada, cada uno testificó y ratificó los hechos.

Cuando fue el turno de Andrea, Cristóbal temblaba. La defensa de su esposa solicitó una valoración psiquiátrica, pues su hermana a lo largo de su vida, demostró no estar del todo bien. La petición fue aceptada por mucho que Gregorio buscó la manera de evadirla. Andrea no tembló y aceptó, para sorpresa de todos salió perfectamente.

Matías se enteraba día con día de lo que iba sucediendo, no pensaba abandonar la ciudad hasta que todo terminara. Andrea estaba dejando a todos asombrados y a él definitivamente más enamorado.

El careo entre ambas fue terrible. Andrea sintió varias veces un sudor helado que le recorría la columna. Cristóbal escuchaba cada palabra sintiendo que se le cortaba la respiración. Sabía lo que Matías le contó; no obstante, escuchar todo con detalle y muchas cosas más: abusos, humillaciones, golpes, insultos... era peor de lo que imaginó. Observaba a su hermana mirando el rostro de Mayra sin ninguna expresión, con seguridad, con decisión, lo dejó maravillado. Parecía serena, muy segura, era asombroso en lo que todo aquello la había convertido.

Ese mismo día Mayra se hundió sin remedio. Aferrada a los barrotes, comprendió cuál sería su sentencia. Atravesó a Andrea con la mirada, buscando infundirle miedo, odio, cualquier sentimiento aberrante que lograra transmitirle.

—Ahora estoy aquí... pero me quedo contenta porque de todas formas arruiné tu vida —todos escucharon el comentario perplejos. La joven asintió seria, se encontraba a un lado de la mujer, solo las separaba la herrería propia de lo separos. Se acercó un poco más sonriendo indolente.

—En algún momento fue así... pero justo esa es la diferencia ahora, tú estás ahí y nunca saldrás y yo... reconstruiré mi vida, aquí, afuera... libre —la que era su cuñada enfureció.

—Algún día saldré escuincla estúpida.

—Ojalá que no... Porque entonces seré yo quien me encargue de hacerte eternamente infeliz. Gracias a ti sé lo que es la crueldad —Mayra palideció al escucharla.

—¿La escuchan? ¡Está loca!, me odia, quiere matarme... me hará algo aquí adentro, esto es injusto, no pueden creerle a un loca como ella —Andrea sacudió la cabeza sonriendo con ironía.

—Ahora sabrás lo que es no tener poder de elección... Suerte —se alejó de ahí pidiéndole permiso al juez para retirarse mientras éste la observaba atónito. El hombre asintió asombrado por lo sucedido a lo largo de ese asombroso juicio. Al salir, cerró las puertas y sintió que las piernas se le doblaban. De pronto, sin saber cómo, unos brazos que conocía de memoria soportaron todo su peso.

—Ven... siéntate —se dejó llevar olvidando a la mujer que acababa de hundir definitivamente—. ¿Estás bien? —se encontraba hincado frente a ella un tanto preocupado. Enseguida escuchó de nuevo la puerta y ambos giraron hacia allí, era Cristóbal, pero al ver a Matías, asintió serio y volvió a ingresar—. ¿Todo salió bien? —ahora ya se sentaba a su lado.

—Sí... pero... —agitó la cabeza deseando borrar el enfrentamiento de su memoria—, fue desagradable.

—No podía ser diferente, hubiera querido estar ahí —ella lo miró sonriendo a medias.

—Con esto es suficiente... gracias.

—Sé que no debería estar aquí pero... no podía estar tranquilo, este día era decisivo.

—Qué bueno que lo hiciste... me hubiera dado un buen golpe si no llegas —él sonrió al escucharla un tanto confundido. De verdad parecía otra, no *su* Andrea, ni *su* Andrea de hace unas semanas, si no otra, una mujer decidida y muy firme, eso lo hizo preguntarse cuántas facetas tendría esa asombrosa mujer.

—Ya sabes... nunca te dejaré caer... —la joven asintió cambiando su expresión por la de hacía poco.

—Debo entrar... —asintió dándose cuenta de que nada había cambiado.

—De acuerdo —la siguió con la mirada hasta la puerta abatido. Debía entender de una maldita vez que ya nada existiría entre ambos, que ese amor que tan importante era, no podía con esa carga de dolor, de rencor, con un pasado aberrante y con el alma herida de Andrea. En definitiva el amor, no siempre era suficiente.

Una semana después todo acabó. Mayra acumuló más de noventa y cinco años de prisión. No saldría de ahí ni siquiera con fianza. Los bienes de Andrea fueron puestos a su nombre; se descubrió al pequeño socio coludido y fue sentenciado por la mitad de años por complicidad, junto con un par más de personas involucradas que no tuvieron mucha mención, pero que recibieron dinero a cambio de favores. Cuando Mayra escuchó su sentencia quedó en shock, lloró como nunca antes lo había hecho buscando desesperada con la mirada a Cristóbal.

—Mi amor, lo siento... de todo lo que hice... te juro que tú fuiste lo único real, no me abandones aquí, sabes que te amo —él palideció al escucharla, sentía el estómago revuelto, le dolía la traición, ser usado como anzuelo, pero sobre todo, ser tan increíblemente estúpido. Jamás volvería a creer, amar. Hacerlo había tenido un costo demasiado alto, absolutamente aberrante.

—¿Cómo puedes decirme eso? —le gritó horrorizado.

—Porque es verdad, a ti... te amé y siempre será así, jamás te hubiera hecho daño, lo sabes.

—¿De qué hablas? si me lo hiciste, lastimaste a mi hermana, mataste a mis padres... eres un monstruo.

—No era con la intención de dañarte a ti... —una lágrima de rabia resbaló por el rostro de él.

—¿Cómo te atreves?... yo sí te amé y gracias a eso olvidé lo más importante de mi vida... mi familia —Andrea escuchaba todo sin poder dar crédito. Mayra... sí lo quería, la conocía en ese sentido y... no mentía.

—Lo siento Cristóbal, de verdad lo siento..., le juré a mi padre que tampoco serían felices, pero no conté con que tú serías así, que... te amaría como lo hago, por eso no tomé posesión, por eso no pude seguir. Ojala algún día me perdones y comprendas lo mucho que te amo.

—Nunca... ¿comprendes?, jamás, lo único que deseo es borrar de mi vida el hecho de haberte elegido, de haberte creído, de haber sentido algo por ti —un segundo después Mayra desapareció tomada por un par de guardias. Cristóbal salió de ahí un segundo después. Gregorio terminó todo el papeleo mientras Andrea lo esperaba aún conmocionada por lo que acaba de presenciar.

Una hora después el abogado la ayudaba a bajar de su auto frente a la casa de Anabella.

—Gracias Gregorio... por todo, sé que gracias a ti fue posible todo esto —él sonrió tomándola con cariño de los antebrazos.

—No tienes que dárme las, se lo debía a tus padres... ahora... se feliz Andrea... es lo único que debe importarte... ya todo esto acabó y tú eres joven, fuerte, supéralo y vive niña, Leopoldo y Geo es lo único que siempre quisieron... —asintió sintiéndose bastante extraña ante la sensación.

—Eso intentaré, lo prometo —el abogado le dio un beso en la frente.

—Cuídate... espero verte pronto.

—Gracias... tú también cuídate.

Anabella y Eduardo ya la esperaban con unas copas llenas de champaña. Ambos la recibieron rodeándola con cariño. Andrea respondió al gesto con torpeza.

—Hija... al fin todo terminó —ambos parecían esperar a alguien más—. Y ¿Cristóbal?

—No lo sé, salió de los juzgados y no dijo a dónde iba —el trío hizo un pequeño brindis intuyendo que debía estar en algún bar, era de esperarse después de todo lo ocurrido.

—Ojalá que pronto puedas superar todo esto, eres muy fuerte y sabemos que lo lograrás —asintió confundida. Creía que se sentiría eufórica; sin embargo, no era así, la paranoia y el miedo continuaba ahí y se daba cuenta de que más de doce años viviendo con esos sentimientos causó ya una lamentable costumbre.

Dos horas después de eso, se enteró que su hermano estaba con Matías. Parecía que no la estaba pasando nada bien y una parte de ella lo comprendía e incluso lo compadecía. Empacó aprovechando que Anabella y Eduardo salieron un momento a comprar algo para merendar. Pidió un taxi y en lo que lo esperó, dejó dos notas en la mesa que estaba en la entrada. Una para su hermano, otra para los padres de Matías en la que metió aquella cadena con el anillo pidiendo que se lo dieran a su hijo. Llegó al aeropuerto y para su buena suerte un vuelo salía en una hora rumbo a San Diego, lo tomó si dudar ni pensar en nada más. Necesitaba irse, necesitaba poner orden en su cabeza, reorganizar su alma.

Cuando el matrimonio que la alojó llegó a casa, creyeron que Andrea ya había tenido tiempo suficiente para ordenar sus ideas. Pero las notas sobre la mesa enseguida captaron su atención. Una era para ellos y otra para Cristóbal. Se miraron confusos. La mujer tomó la que iba dirigida a ellos y haciendo a un lado el extraño colgije, comenzó a leerla.

“Anabella y Eduardo; siento irme así pero es necesario. Gracias por todo, jamás olvidaré lo que han hecho por mí. Sin embargo, debo alejarme, espero lo puedan comprender.

Por favor... entréguenle el collar a Matías, a él le pertenece.

Un beso

Andrea”

Eduardo le quitó la nota y la volvió a leer.

—Se fue... —de inmediato tomó su móvil y marcó—. Matías... trae a Cristóbal aquí, Andrea se fue —el silencio se hizo presente del otro lado—. Hijo, ¿me escuchaste?

—Sí... ahora vamos

Llegaron media hora después. Anabella le enseñó a Matías la nota y le entregó el colgije aún conmocionada. Al sostenerlo sintió que le quemaba, que una parte de su alma se calcinaba, sus manos temblaban sin poder controlarlo. Lo apretó contra su pecho sintiéndose perdido, completamente perdido y solo, más solo que nunca.

Cristóbal tomó su nota alejándose. Iba con la camisa de fuera, con el cabello revuelto y los ojos enrojecidos.

—No quiere que la busque... Dios —el llanto se apoderó nuevamente de él—. Pensé que... me perdonaría... creí que las cosas podían ser diferentes, pero me equivoqué, ella no me ha perdonado y no lo hará nunca —Matías le quitó la nota y la leyó.

“Cristóbal: debo irme, no espero que lo entiendas ni que lo comprendas, pero te quiero pedir que no me busques, necesito estar sola. Esto no ha sido fácil para ninguno de los dos y superarlo... llevará un tiempo.

Cuídate, Andrea”

—Cristóbal, tranquilo... te buscará... yo lo sé...

—¿Y si no lo hace Matías?... a ti también te dejó, no quiere nada que la ate a esta vida y la entiendo, todo esto ha sido muy doloroso y ella llevó la peor parte, pero por un instante pensé... que lo superaríamos juntos —Anabella se acercó a él llevándolo con cariño a un mullido sillón.

—Andrea necesita olvidar y perdonar y tú también... —negó dolido, acabado.

—Yo jamás me perdonaré, sólo aspiro que ella lo logre... Amé a Mayra, la amé más que a nada y ese amor

terminó con mi hermana, con mis padres... ¿Cómo me perdonaré si aún siento lo que siento? —se retorció de dolor, de desesperación mientras todos los observaban con compasión.

—Cristóbal, es cuestión de tiempo, sigue el ejemplo de ella e intenta sobreponerte —éste asintió llorando. Matías caminó hacia el exterior, necesitaba aire. Ella se había ido y dejarle ese anillo era como devolverle su promesa de que algún día estarían juntos. Sacó la cadena del bolso de su pantalón y la observó unos minutos sin poder encarar el dolor.

—Ojalá que encuentres todo lo que buscas... —le dio un beso y la volvió a guardar.

Los meses comenzaron a pasar sin poder detenerlos, así era la vida por mucho que eso incomodara o doliera, lo cierto era que cada quien debía seguir su camino y dejar atrás de alguna manera la atrocidad de lo vivido.

A los pocos días de que Andrea abandonara todo dejando aquellas notas, Matías regresó a la hacienda y sus padres junto con él. Duraron un par de semanas nada más, ellos eran de ciudad y a pesar del evidente dolor que traíauestas su hijo, ahora sí estaban seguros de que no se dejaría vencer, ese hombre que ahora era, mostraba todo el empeño que tenía por salir adelante a pesar de traer cargando un saco enorme de dolor y soledad.

Cristóbal solicitó el divorcio de inmediato, gracias a las causales no tuvo ningún problema para obtenerlo casi enseguida. Esa mujer, como ahora la nombraba en su cabeza para evitar decir su nombre, quiso verlo durante el proceso, pero se negó terminantemente. Nunca más quería siquiera escucharla mencionar; para él, desde el momento en que supo todo, estaba completa y absolutamente muerta. Vendió la casa donde ambos vivieron, donde creció con sus padres, donde Andrea fue la pequeña y luego adolescente más infeliz del mundo y se mudó a un lugar más adecuado, lejos de recuerdos y fantasmas que lo atormentaban sin piedad cada que cruzaba la puerta principal. Mantenía continuo contacto con Matías. Su relación, después de todo aquello, se afianzó nuevamente, se necesitaban, de alguna forma verse los hacía sentir cerca de aquella mujer que se había ido sin mirar atrás, Andrea. Ambos pasaban el día a día intentado sobrevivir, buscando motivos para ocupar la cabeza y no pensar en esa chica de diferentes formas.

Nuevamente junio. Más de un año de todo aquello...

—Andrea... si seguimos así tendremos que mudarnos a un lugar más grande —la chica asintió sonriendo, ahora lo hacía a menudo.

A las semanas de su regreso, buscó ayuda psicológica y era evidente que estaba funcionando. Cada día se sentía más ligera, más fuerte y más orgullosa de sí misma. Se daba cuenta de que enfrentó todo su pasado con valentía, aunque no siempre con madurez; sin embargo, para esos momentos ya no se exigía tanto. Ahora se veía a diario en el espejo y se regalaba una sonrisa reconociéndose cada momento sin miedo ni temor, aceptándose y comprendiendo que era mucho más fuerte de lo que llegó a creer.

Sean y ella, aunque seguían manteniéndose en contacto después de su divorcio y de una dolorosa declaratoria de amor, las cosas se complicaron irremediablemente. Sean le suplicó dejarlo todo atrás, empezar una vida junto a él, sin el pasado ahí, en medio, le juró que podía hacerla feliz. Andrea, que todavía no estaba tan bien emocionalmente, encontró la forma para no herirlo por completo, fue tierna, sutil; no obstante, muy clara. El que había sido su esposo, la confrontó preguntándole si Matías tenía que ver en ello, Andrea no lo negó, ya que si algo tenía claro, era que si algún día decidía rehacer su vida, con el único que podía hacerlo sería con él, de otra forma no le interesaba llegar a más con quien fuera. Sean terminó comprendiendo que no sólo se trataba del amor que ella sentía hacia aquel hombre, si no de su propio ser, necesitaba estar sola, sanarse, rehacerse y él no obstaculizaría eso, la quería demasiado como para permitirselo. Por todo eso, no se veían tan a menudo. Era lo mejor para los dos, sobre todo para él.

Por otro lado seguía sin usar un solo peso de su dinero. No le interesaba, ni lo quería, además sabía que su hermano debía estarlo cuidando muy bien, él siempre fue impresionante en cuestión de negocios.

A los pocos días de llegar a San Diego, le habló a Gregorio, le dijo dónde estaba y le pidió de favor, se lo comunicara a Cristóbal, solicitándole además que le dijera que deseaba que asumiera el control de todo lo suyo.

Durante las terapias había aprendido que nunca olvidaría, pero sí podía perdonar. Se dio cuenta de que

Cristóbal cometió un error; sin embargo, eso era, un error. Que jamás intentó lastimarla, mucho menos buscar todo lo que sucedió. Él mismo debía estar sufriendo aun por lo ocurrido. Su hermano había sido muy joven cuando quedó a cargo de todas esas obligaciones, incluida ella. Comprendió, con mucha dificultad y muchas sesiones, que era una niña cuando le dio aquella pastilla a su padre y que ella no era en absoluto responsable de su muerte. Entender, después de todo, que no fue cobarde al no denunciar a Mayra, eligió a su hermano por encima de todo y ahora estaba segura de que lo volvería a hacer.

En cuanto a Matías... él, él siempre sería el amor de su vida sin lugar a dudas. Muchas veces se arrepintió de haberlo dejado, pero cuando venían sus *crisis*, como las llamaba, recordaba el porqué de su proceder. Esos episodios eran terribles, las emociones se desbordaban de tal manera que le era imposible siquiera hacer contacto consigo misma; ansiedad acompañada de momentos de odio e infinito rencor se apoderaban de su razón, convirtiéndola en algo que se hubiera reprochado si él viera o tuviera que aguantar. Ahí, en esos momentos, comprendía que esa decisión, por muy fuerte y dolorosa que fuera, había sido la mejor. De hecho Jean tuvo que pasar por bastantes dificultades a su lado ya que su volatilidad y volubilidad no fueron nada sencillas los primeros meses. Ella misma no se entendía y aunque intentó controlar toda la ira contenida, esta salía de una forma abrupta y sin medida, para momentos después pasar a una absoluta depresión y aislamiento total. Verla en medio de ese desequilibrio, estaba consciente, era aterrador. Pero con el tiempo y ayuda de su terapeuta, las crisis fueron espaciándose hasta desaparecer. Ahora era momento de enfrentar su vida, esa misma mañana su doctor se lo dijo sonriente al ver los resultados de largas sesiones y un asombroso trabajo de su parte.

Lo cierto era que no tenía idea de cómo hacerlo. No obstante lo primero que apreció en su mente, fue su hermano. Hacía años que no hablaba con Cristóbal, de hecho no recordaba la última vez que se sentó en alguna mesa a platicar, ni siquiera creía que alguna vez hubiera sucedido, pero debía por lo menos hacerle saber que estaba mejor, mucho mejor.

—¿Pasa algo? Pareces preocupada —Jean la examinó con curiosidad. Andrea definitivamente era otra a la que había llegado después de ese impresionante proceso legal. No fue fácil, incluso hubo ocasiones en las que tenía que encerrarse en su recámara para no verla, para no oírla; sin embargo, con el tiempo y muchísimo trabajo, logró salir de ese mundo en el que se sumergió. Platicaba sin parar, reía y jamás paraba, era voluntariosa y muy inteligente, no se guardaba nada para sí misma y era muy generosa. Comprendió al vivir ese tiempo a su lado que Andrea tenía una voluntad de hierro. No hacía mucho Andrea le relató todo, por lo que en ese momento, además de todo, la admiraba ya que siempre se mostró decidida a curar, como diera lugar, todas las heridas producidas durante la mitad de su vida.

—No... es sólo que... es momento de buscar a mi... hermano —Jean sonrió al escucharla. Era la primera vez que la oía hablar sobre él de esa forma, reconociendo lo que de verdad eran, hermanos.

—¿En serio?

—Sí, ya es hora —su compañera la abrazó feliz por ella. Sabía bien lo que eso implicaba.

—¡Qué bien!, verás que todo saldrá genial —ella se mordió el labio ansiosa. Eso esperaba.

—No sé qué le diré... —Jean tomó el teléfono y se lo dio.

—Dile que venga, él lo hará sin dudarle y aquí le dices lo que sientes... El primer paso es el complicado, luego todo fluirá —Andrea, después de unos minutos de sopesarlo, asintió agarrándolo. Marcó el número que se sabía de memoria y esperó nerviosa.

—¿Cristóbal?... soy yo... Andrea... —su amiga comenzó a dar brinquitos de emoción. Andrea rodó los ojos sonriendo y se hizo a un lado, así no podía concentrarse.

—¿En serio eres tú? —no lo podía creer, hacía tanto que no la escuchaba que le parecía irreal.

—Sí, soy yo... Escucha... crees que... ¿podrías venir a San Diego? Me gustaría... que habláramos — se sentía torpe hablando con él.

Los ojos de Cristóbal se rasaron sin que ella lo adivinase, era su plegaria por fin realizada.

—Claro que puedo... ¿Cuándo?

—Cuando quieras... pero... ojalá pudiera ser pronto —él miró su reloj sonriendo por primera vez

genuinamente en mucho tiempo.

—Salgo en éste momento... ¿Dónde puedo encontrarte? —Andrea sentía la emoción viajar por todo su cuerpo como si fuese a llegar su regalo de navidad. Le dio todos los datos.

—Te aviso cuando llegue.

—Bien, acá te veo... —colgó sintiendo su pulso acelerado y sus manos sudorosas. Él iría, en unas horas lo vería, no lo podía creer.

—¡Ves! No era tan difícil —Andrea sonrió asintiendo nerviosa.

El timbre de su casa sonó a las nueve en punto. Hacía poco más de ocho horas que había hablado con él, no podía ser. Jean la miró sin pestañear.

—Debe ser tu hermano —Andrea asintió sin saber qué hacer. Ambas veían un programa en la tv recostadas cada una en un sofá—. Ve a abrir, yo me iré a mi habitación, Dickens me espera —Jean le dio un pequeño empujón haciéndola reaccionar.

Caminó hacia la puerta y abrió. Ahí estaba él, iba de traje y perfectamente bien peinado. Era apuesto y con el tiempo se convirtió en un hombre varonil, de fuertes rasgos y mirada dura.

—Andrea... —parecía triste y... ansioso. Ella se hizo a un lado intentando sonreír. ¡Qué extraño era verlo ahí!

—Pasa —él le hizo caso adentrándose. Observó todo con curiosidad; miles de noches pasaron imaginando cómo viviría, se sintió complacido por lo que veía. El lugar era acogedor y lleno de color, agradable. De pronto la miró sonriendo con ternura. Estaba más hermosa que nunca, su cabello había crecido y aunque aún no lo tenía como antes ya era bastante largo, llevaba unos shorts de mezclilla que dejaban ver sus muslos junto con una playera verde que hacía que sus ojos se vieran realmente impactantes. Ya no estaba tan delgada y parecía haber encontrado lo que él tanto había estado buscando. Paz.

—¿Quieres algo?, ¿deseas sentarte? —negó aún admirado de lo que la imagen le devolvía—. Llegaste rápido...

—Sí... no quería hacerte esperar —ella sonrió tímida acomodándose un cabello detrás de la oreja. Al verla supo exactamente por qué su mejor amigo aún no la olvidaba, era bella de un forma muy especial, pero además sus ojos permitían ver los sentimientos que dentro existían. Andrea era una mezcla asombrosa entre fuerza y serenidad. Impresionante.

—Gracias... Te... ¿gustaría que diéramos un paseo? —él asintió de inmediato, haría lo que ella dijera, lo que quisiera, como deseara. Unos minutos después dejaba su saco y corbata en uno de los sillones y bajaban las pequeñas escaleras juntos. Anduvieron varias cuerdas sin decir nada.

—Te ves muy bien...

—Gracias... tú también... —Cristóbal negó riendo.

—Si tú lo dices... —llegaron hasta una barda de piedra que dividía la playa de la calle. Andrea se sentó ahí y lo miró fijamente.

—Cristóbal... —al escucharla supo que le diría por lo que lo había hecho ir. Se sentó a su lado y esperó. Ambos contemplaban el océano como buscando las respuestas en sus oscuras aguas—. Quiero que sepas que... no te guardo rencor. Sé que para ti tampoco ha sido fácil todo esto y me... gustaría que... volviéramos a ser... hermanos —él observó su perfil sintiendo cómo las lágrimas resbalaban por su rostro. Simplemente no lo podía creer.

—Andrea... en serio eres asombrosa —la joven giró pestañeando—. No sé cómo lo lograste y te envidio, has superado tantas cosas, eres tan fuerte... Dios. Perdóname por no haberte querido escuchar, por no haberte protegido, esa era mi obligación y lo hice todo tan mal —ella puso una mano en su pierna.

—No, no era tu obligación, tú apenas habías salido de la adolescencia Cristóbal, no podías hacerte cargo de todo, hiciste lo que pudiste...

—Pero no fue suficiente, te arriesgué y no quise ver lo que estaba frente a mí.

—Cristo... no te hagas esto —al escucharla decir su nombre como solía hacerlo cuando era una niña, se

quedó perplejo—. Ninguno de los dos teníamos cómo saberlo, no te lastimes, ya nada tiene remedio y no podemos cambiarlo, pero el futuro es nuestro... quiero disfrutarlo contigo... quiero recuperar el tiempo perdido —el hombre se secó las lágrimas con la manga de su camisa.

—Te adoro Andrea y no habrá día de mi vida en el que no intente compensarte aunque sea un poco todo aquel dolor.

—No tienes que hacerlo... yo estoy bien... no te mentiré, fue duro al principio, pero... creo que lo estoy superado y aunque probablemente nunca olvide ese capítulo de mi vida no pienso vivir de él, ya no, nunca más... —él acarició su mejilla admirado, deslumbrado en realidad.

—Eres toda una mujer... —ella sin contener el impulso, lo abrazó. En cuanto la sintió así, de inmediato también la rodeó—. Perdóname Andrea... perdóname por favor —su hermana asintió contra su pecho. Ambos lloraron sin poder evitarlo, no se separaron hasta después de varios minutos. Cristóbal acunó su rostro entre sus manos y la besó en la frente con dulzura—. Mis padres estarían tan orgullosos de ti —un sollozo ahogado salió de su garganta al escucharlo—. Yo lo estoy... me has enseñado tanto, que fuera de parecer mi hermanita menor pareces la mayor —sonrió dándole un pequeño empujón—. Ya, en serio... no conozco a nadie como tú, eres demasiado especial —la chica se limpió las lágrimas y luego las de él.

—Eso lo dices porque no me conoces bien...

—No te conozco y no sabes cuánto lo lamento, pero sé que lo haré y eso me reconforta un poco —minutos después caminaron hacia el mar con los zapatos en las manos. Él le platicó a groso modo sobre su divorcio y su cambio de casa. En cuanto a los negocios, no era raro que fueran tan bien como iban. La instó a intentar entrar en ellos, Matías en alguna de sus conversaciones le dijo que ella había querido estudiar economía; sin embargo, se negó sonriente, su negocio ahí iba bien y eso era suficiente, no necesitaba nada más.

Cenaron en un pequeño bar que daba a la playa varios kilómetros después. Rieron, bromearon y volvieron a derramar algunas lágrimas al recordar su niñez y a sus padres. Esa época de su vida fue la mejor para ambos, habían sido chicos despreocupados y sí, muy mimados, que recibían lo que la vida les daba con las manos abiertas, sonriendo, así que evocar aquellas épocas tan llenas de alegrías los hizo reconciliarse aún más con aquel pasado, que si bien nunca olvidarían, podían de alguna forma no vivir de él. Andrea se sentía al fin en paz, sosegada, tranquila, sin embargo debía aceptar que... no completa, sentir eso, por mucho que hiciera, no lo lograba y sabía muy bien a qué se debía.

—Cristo... —él comía una alita de pollo con la mano luciendo más despreocupado y joven. Era asombroso lo que se podía lograr cuando se abría el corazón, cuando los tormentos del pasado se dejaban salir, para que se diluyeran con el aire, con el aroma a playa, con el lazo inquebrantable que entre ellos exista, hermandad—. ¿Puedo pedirte algo? —Su hermano asintió notando su seriedad—. Me gustaría que hoy sea el último día que hablemos sobre lo que ocurrió... Me alejé porque no encontré otra manera de... salir adelante, fueron meses muy difíciles, pero quiero volver a comenzar, necesito hacerlo.

—Te entiendo y yo también lo deseo...

—Quédate unos días... Sé que el conglomerado te absorbe pero...

—Claro que me quedo, no tienes que pedírmelo, yo también te necesito y quiero estar contigo, conocerte de nuevo, disfrutar de este momento que me estás regalando —ella sonrió serena.

Cristóbal se quedó en San Diego dos semanas. Compró ropa en el mall más cercano y se hospedó en un hotel que le permitiera desplazarse sin complicaciones a casa de Andrea. Hacía mucho tiempo que no se sentía así, emocionado, expectante; pero es que saber que pasaría a su lado esos días, lo llenaba de esa paz que creía, definitivamente había perdido.

Reconocerse fue fácil y complicado, ambos cambiaron mucho desde aquel día en que sus vidas tomaron caminos tan diferentes.

Por las mañanas la acompañaba a la florería e incluso la ayudaba a atender el negocio mostrándose jovial, sonriente y bastante entretenido. Las manualidades no eran lo suyo, así que en lo que cortaba una flor, Andrea entregaba tres arreglos e incluso los cobraba. No obstante, a él parecía gustarle estar ahí, observándolo todo, conociéndolo todo, entrometiéndose en todo. Jean congenió de inmediato con Cristóbal, por lo que

bromeaban y reían por cualquier simplicidad; sin embargo, algo que Andrea notó casi de inmediato, fue que evadía cualquier contacto visual, o de otra índole, con el sexo opuesto. Al parecer su hermano de verdad no tenía ni la menor intención de volver a posar los ojos en nadie y no podía culparlo, ni siquiera cuestionarlo; no obstante, sabía, que, algún día, probablemente lejano, encontraría a esa persona especial que lograra curar las heridas de todo lo que ocurrió con aquel monstruo que amó sin saber lo que en realidad era. Él aún era joven, demasiado atractivo, inteligente y a pesar de todo aquello, un gran hombre. Rogaba que consiguiera perdonar y perdonarse para que pudiera ser verdaderamente feliz. Por las tardes eran *sus* momentos, así que desaparecían yéndose a caminar por ahí sin preocuparles absolutamente nada; a un parque de diversiones donde gritaban como niños y se subían a todo lo que el tiempo les permitía, a comer o a simplemente a tumbarse en el sillón de la pequeña casa a ver películas arrebatándose el control del televisor tantas veces que ya habían tenido que sustituirlo por otro, pues el original falleció presa de una caída en una de esas discusiones sobre quién debía portarlo.

Los días pasaron demasiado rápido, disfrutaban de cada momento juntos como si fuese el primero y el último. Se compenetraban con cada hora y se hacían cómplices cada minuto. Jean descubrió que ese par juntos, eran dinamita pura, imposible frenarlos. Parloteaban hasta el cansancio y cuando Andrea no terminaba sobre su espalda y él dándole vueltas para que lo soltara, ambos permanecían en el exterior hablando sin parar, eso sin contar cuando se les ocurría que podían prepararse algo de comer; eso era la guerra campal en su apogeo. Esa semana casi podría jurar que rió más que en toda su vida, por otro lado, ver a su amiga así, libre, sonriente, inquieta, no pudo más que llenarla de felicidad, pues en algún punto de todo aquello, enserio dudó que esa chica de asombrosa belleza y orgullo monumental, lograra salir sin por lo menos, una fractura mental. No obstante, al verla gritar tras su hermano, no podía más que admirar sus agallas, tenacidad y coraje; jamás se dejó vencer y en ese momento disfrutaba de lo que con impresionante trabajo, conquistó. Su vida.

Estaban cenando en un elegante restaurante el último día que él pasaría ahí. Andrea, en todos esos días no se había atrevido a mencionar a aquel hombre que cambió su destino; ya no podía más. Necesitaba, con urgencia, saber de él.

—Cristo... —comenzó con las palmas sudorosas—. ¿Sabes algo de Matías? —su hermano dejó el tenedor en el plato serio—. ¿Está bien? —el hombre la observó detenidamente. En todos esos días no intentó siquiera tocar el tema, por lo mismo, incluso llegó a pensar que Andrea lo había olvidado, cosa que no podía evitar, lo entristecía. Pero al ver la mirada con que se lo preguntaba, comprendió de golpe que era todo lo contrario, su hermana adoraba a su mejor amigo y no dejó de pensar en él cada día desde que se fue.

—Sí... lo está... —ella asintió aparentemente tranquila, no obstante, notó un dejo de tristeza en sus ojos verdes. Era evidente que quería saber más—. Andrea... ¿quieres buscarlo? —su hermana desvió la mirada confundida, alterada.

—No lo sé. Ha pasado tanto tiempo que... no creo que tenga caso, lo lastimé demasiado —él puso una mano sobre la suya haciéndola voltear.

—Sé perfectamente lo que hubo entre ustedes, él me lo dijo cuándo lo descubrí todo y quiero que sepas que decidas lo que decidas, siempre te apoyaré...

—Gracias... —se quedó pensativa unos minutos observando su mano sobre la de ella—. ¿Sabes? todo fue tan raro entre él y yo. No lo planeamos, se dio, así, de repente... si no hubiera estado en mi vida no sé cómo estaría ahora. Siempre creyó en mí... y no sé... Lo extraño mucho, no ha habido un minuto que no piense en él desde que dejé México —sonrió complacido al escucharla. Matías estaba bien y ahora que eran mucho más cercanos lo conocía aún mejor, por lo que si pudiera tener el poder de elegir alguien para su hermana, definitivamente sería él. Sin embargo, por obvias razones ya no platicaban mucho sobre ella, ambos hacían de todo para evitar el dolor que les producía su solo recuerdo. Aun así sabía muy bien que seguía adorándola, que cada día que pasaba la extrañaba más y le dolía enormemente su ausencia. Optó por asumirlo, deduciendo que Andrea lo había olvidado y que estaba haciendo su vida, incluso, probablemente, con el que era su esposo. Pero lo más asombroso de todo eso era que para Matías creerla feliz era lo más importante. Nunca entendió esa forma de amar, ni siquiera la creía posible, pero ambos le demostraron hasta qué punto se

puede llegar cuando el amor es puro, limpio, real. El bienestar del otro se convertía en lo principal, aun a pesar de sí mismos.

—Andrea, te ama, no ha dejado de hacerlo un solo momento desde que te fuiste... Si realmente quieres regresar a él, búscalo... pero si no estás segura, quiero pedirte un favor... no lo hagas, le ha costado mucho sobreponerse a tu partida —la joven asintió comprendiendo y sintiendo un profundo dolor al saber lo que le provocó con todo aquello.

—Cristo... si lo dejé no fue por falta de amor. No sabes lo que era cuando regresé. Estaba consumida, seca, odiaba a todos y a todo. Yo no quería que él me viera así, lo hubiera lastimado mucho.

—Lo sé Pulga... te juro que lo sé, te entiendo y él... también. Sin embargo, piensa muy bien en lo que vas a hacer, no quiero verte sufrir de nuevo —le rogó sacudiendo su mano. La chica asintió perdiendo la mirada en algún punto del concurrido restaurante. Lo amaba, definitivamente sí, la pregunta era ¿estaba realmente lista para empezar de nuevo a su lado?...

A la mañana siguiente él pasó a despedirse antes de regresar a México. Andrea derramó varias lágrimas que Cristo le limpió conmovido, sintiendo cómo su corazón se estrujaba. La amaba, la adoraba y la mujer que descubrió durante su estadía ahí, lo dejó aún más orgulloso. Se iba sintiéndose pleno, tranquilo, sereno. Después de recuperarla ya no podía pedir nada más, ni si quiera lo deseaba.

—No llores Pulga, no me iré tranquilo —le rogó rodeando su delgado cuerpo.

—Lo siento... es que... no te has ido y ya te extraño —admitió alejándose un poco con una media sonrisa. Cristóbal besó su frente con ternura.

—Yo también Andrea, pero tú irás, yo vendré... verás que funciona, haremos que funcione —soltó con firmeza. Eso la serenó solamente un poco. Su hermano en esos días se convirtió en todo aquello que no fue durante más de trece años y ahora que lo tenía de nuevo, le costaba soltarlo. Asintió rodeándolo nuevamente.

—Te quiero Cristo.

—Y yo a ti Andrea, no tienes una idea de cuánto. Y por favor, piensa muy bien lo que harás... ¿de acuerdo? —afirmó más tranquila.

Ese día volvió a sentir una gran tristeza, pero de forma muy diferente a como solía sentirla.

Reconciliarse con su hermano fue mágico y muy especial; no obstante, en toda su estancia había sentido a Matías mucho más presente, a pesar de que desde el último día que lo vio, ya hacía más de un año, no había dejado de pensar en él cada segundo. Una tarde en la que prefirió estar sola, sentada frente al mar observando el crepúsculo con atención como en muchas otras ocasiones, algo se accionó en su interior sin previo aviso; de repente, como si una chispa perdida encendiera una hoguera, la respuesta a su pregunta de aquella noche que cenó con su hermano, llegó. Sí, sí estaba lista. Fue en ese preciso momento cuando una urgencia apabullante la embargó y comenzó, de pronto, a ser imposible seguir viviendo sin por lo menos intentarlo. Tenía que verlo, tenía que saber si aún tenía cabida en su vida, necesitaba olerlo aunque fuera una vez más.

Ya casi iba a ser de nuevo fin de semana cuando Andrea, a diferencia de los demás días, que él era quien le marcaba para saber cómo iba todo, lo llamó.

—Cristo, necesito que me ayudes... Sé lo que quiero.

Cada día que pasaba se daba cuenta que más se alejaba la posibilidad de que regresara. Incluso comenzó a aceptar que Sean había logrado conquistarla. Pero aun así, no podía apartarla de su mente. A la misma hora, al atardecer, iba a buscar un poco de paz y consuelo a los pies de ese árbol que tanto significaba para él, que tanto encerraba en su esencia. Apretaba el anillo en la palma de su mano y se dejaba ir preso de sus recuerdos.

Cristóbal le había dicho, ya hacía mucho tiempo, que ella vivía en San Diego. Él lo supuso desde el momento en que le dijeron que vio aquellas notas. Sin embargo, salvo eso, no sabía nada de su vida y comenzaba a pensar que era lo mejor a pesar de haber estado tentado, muchas más veces de las que podía

reconocer, en ir a buscarla y ver con sus propios ojos que lo había olvidado como estaba seguro, ocurrió.

Los fines de semana eran los más difíciles, así que planeó meticulosamente esos días para no estar desocupado. Por las mañanas iba a trabajar al campo y cuando las jornadas terminaban, dedicaba horas al vivero que un día le regaló pensando fehacientemente que ella lo cuidaría toda una vida. Cuando el cansancio al fin lo vencía, tomaba uno de los libros que solía leerle y se quedaba dormido regularmente con él en el regazo. Los domingos eran casi iguales, ventaja de trabajar en el campo, ahí siempre existía algo que hacer.

Viernes, una semana más había pasado y para el lunes, ese maldito mes habría terminado. Ya casi serían tres años de que llegó a ese lugar. Cómo dolía aún todo, era como si la herida continuase abierta, sin lograr cicatrizar ni un poco. No pudo evitar sentir una punzada en el pecho, ¿por qué diablos seguía viviendo en su mente como si nunca pretendiera irse? Apretó el anillo aún más fuerte y se lo llevó a los labios.

—*¿Podré olvidarte?*...—se preguntó en silencio. Veía el sol meterse sentado con las piernas flexionadas y recargando su espalda en el tronco. Qué cansado se sentía; sin embargo, no se desmoronaría, jamás lo haría.

Andrea no se atrevió a moverse, había dejado a Almendra lo bastante lejos como para que él no la escuchara. Estaba ahí, mirando hacia el horizonte como buscando algo. Sereno, impassible, tan asombroso como siempre. Pasó saliva con dificultad. Las manos le sudaban, la respiración la sentía desbordada y el pulso enloquecido. Sí, solo él lograba con su sola presencia todo eso en ella y por Dios que lo había extrañado tanto que ni en sueños saldría de ese sitio a menos que no tuviera otra alternativa. Lo recuperaría, a como dé lugar lo haría. Permaneció ahí unos minutos contemplándolo, observando cómo las sombras del ocaso lo teñían de colores que parecían imposibles, haciéndolo ver irreal, demasiado bello.

Cristóbal lo organizó todo para que no se enterara el día anterior después de que le hubiese llamado un tanto desesperada.

Sonrió al recordar el rostro de María, esa buena mujer que adoraba casi como a una madre. Al verla la saludó demostrándole lo feliz que era de tenerla nuevamente ahí.

—Regresaste mi niña —ella asintió dándose cuenta de que no se refería a su obvia presencia, si no a su esencia. Le dio un beso en la frente con todo el cariño y agradecimiento acumulado a lo largo de ese tiempo.

—Sí María, y espero no volver a irme —Cristóbal la observaba desde el marco de la puerta contento, con orgullo. Verla interactuar con tanta soltura en aquel sitio le agradó, era como devolverle él mismo algo que le arrebató sin que lo pudiera evitar. Desde que le dijo que quería pedirle un favor supo de qué se trataba. Andrea amaba a Matías y él a ella, no tenían por qué seguir perdiendo el tiempo y por supuesto que él la ayudaría, siempre lo haría—. ¿Dónde está? —preguntó ansiosa, tomándola de las manos nerviosa. La mujer al notar su actitud no pudo más que darle gracias al Señor por haber escuchado cada una de sus plegarias durante todo ese tiempo.

—Tú debes saberlo mejor que yo... —Andrea frunció el ceño sin comprender girando hacia su hermano—. Todos los días al atardecer se desaparece y algo me dice que tú tienes idea de en dónde —con esas simples palabras le dijo todo. Andrea sonrió al comprenderlo. La abrazó nuevamente emocionada.

—¡Gracias María!, buscaré un caballo.

—¿Montas de nuevo? —Cristóbal no sabía eso, pues Matías le llegó a platicar de su miedo y de cómo surgió; sin embargo, jamás pensó que lo hubiera superado. Ella se acercó a él radiante.

—Él lo logró —le confesó con orgullo. Un segundo después le dio un beso en la mejilla y desapareció por la puerta trasera sin perder más tiempo.

Al llegar a las caballerizas buscó cualquier animal; no obstante, la curiosidad le ganó, así que no pudo evitar ir a averiguar si Almendra aún seguía ahí. En cuanto la vio, una lágrima resbaló por su mejilla. La saludó acercando su hocico a ella. ¡Qué bien se sentía tener de nuevo a ese caballo bajo su palma! Miles de recuerdos la embargaron, recibió cada uno con una sonrisa, con felicidad. Sí, ahí, en ese majestuoso y preciso lugar había sido feliz.

—Señorita... ¿quiere que se la ensille? —giró de inmediato al reconocer la voz. Sonrió alegre. El hombre parecía tener frente a él una aparición. Sabía muy bien que en cuanto el patrón viera a esa hermosa joven que

siempre fue su perdición, los días de tristeza en esa hacienda, terminarían. Nunca supieron cómo, pero algo que siempre se decía, aún en esos tiempos, era que su presencia en aquel lugar, lo iluminó y cambió todo, tanto, que cuando se marchó, se llevó todo el color que ahí había existido.

—Sí Héctor... gracias —él sonrió al verla sacudiendo la cabeza contento. Enseguida se puso a trabajar.

—¿Sabe?, el patrón la saca de vez en cuando, pero la verdad es que creo que la ha extrañado mucho — Andrea observaba embelesada al animal mientras él ponía la silla y la ajustaba.

—Yo también Héctor y no sólo a ella —declaró mirándolo con cariño. Ese hombre como muchos otros, se comportó mientras estuvo ahí, de una forma inigualable. Así que era verdad, no sabía cuánto extrañó aquel lugar hasta que hacía unos minutos había llegado.

El sol prácticamente iba a medio camino, un día más terminaba y él, como siempre, no pudo hacer nada para que eso cambiara. De repente Matías sintió que no estaba solo, un cosquilleo en la nuca lo alertó. Giró lentamente a uno de sus costados. Al verla abrió los ojos desmesuradamente absorbiendo el impacto de creer que ella podía estar ahí. De inmediato pensó que su cabeza estaba jugándole una mala pasada. Se puso de pie pestañeando varias veces sin poder creerlo. Mal, muy mal, lo que seguía definitivamente era un psiquiátrico. No obstante ella, la dueña de su alma, la persona que habitaba en su cabeza, la responsable de sus más hondos sentimientos, se acercaba a él como solía hacerlo, presa de unos hilos que sólo servían para romper la distancia que llegaba a existir entre ambos. Se enderezó aún dudoso.

—¿Andrea? —ella sonrió al verlo más de cerca y poder escuchar por fin esa hermosa voz con la que tanto soñó esos meses.

—Sí... soy yo —afirmó notando que Matías parecía incrédulo. Él no pudo moverse, sólo logró mantenerse erguido y apretar aún más el objeto que traía entre sus manos. Andrea se dio cuenta de su conmoción y continuó su recorrido hasta quedar a unos centímetros de su hermoso rostro. Al tenerlo cerca se dio cuenta de que sus recuerdos no le hacían justicia, él era aún mejor, sus ojos atravesaron su alma sin que pudiera o quisiera evitarlo.

—Dios... Es verdad, no lo puedo creer —la joven sonrió acercando una mano hasta su mejilla sin dudar ni un segundo. Ese era él, su pareja, su hombre, su todo. Matías, al sentir su tacto cerró los ojos y disfrutó del momento llenando sus pulmones de aire. Eso era celestial.

—Matías... —al escuchar su nombre abrió de nuevo los párpados—. Lo siento —él la miró confundido; sin embargo esperó, no quería ilusionarse ni tergiversar las cosas—. No debí irme así... —la evaluó disfrutando de poder tenerla tan cerca. Aún no confiaba mucho en su suerte. Estaba más bella que nunca, había recuperado peso y traía su cabello suelto como solía llevarlo, no pudo evitarlo y perdió una mano en él. Andrea se la sujetó con ternura y enroscó sus dedos en los suyos— ¿Llegué... tarde? Fue mucho tiempo — admitió con congoja. El hombre la estudió sonriendo dulcemente.

—¿En serio lo preguntas? —ella asintió seria. Un año era mucho, pero dos, era excesivo, más aun después de todo lo vivido entre ellos.

—Sé que fue mucho tiempo y que... —él posó un dedo sobre sus labios silenciándola.

—Sólo dime una cosa... ¿Estás segura? —Andrea sintió que le regresaba el alma al cuerpo. Asintió acercándose cada vez más a él.

—Más segura que nunca —el dueño de sus pensamientos, de su corazón, incluso de su alma, acarició su mejilla y poco a poco la acercó. Sentir sus labios cálidos, suaves, ansiosos de nuevo sobre los suyos, se convirtió en mucho más de lo que siquiera recordaba, de lo que esperaba y sin dudar, todo lo que deseaba. Poco a poco, despacio se fueron fundiendo aún más. Su textura la mareaba, su aliento la embriagaba. Andrea se aferró a su camisa como solía hacer y rodeó su cuello inclinándolo hacia ella. Lo había extrañado, sí, cada momento, pero tenerlo de nuevo así le daba la certeza para comprender que eso nunca más ocurriría, ella viviría y moriría ahí a su lado, nada podría evitar que eso ocurriera. Él la sujetó por la cintura mientras sus

dedos se perdían en esa mata multicolor que idolatraba. Sus labios se besaban tranquilos, sin prisa, reconociéndose, prometiéndose y jurándose. Necesitaban disfrutar ese momento, *su* momento. Rememorar la sensación de sentirse tan unidos que nada podía separarlos. Poco a poco sus lenguas fueron invadiéndose con aquella confianza de antaño. El ritmo del beso comenzó a incrementar al comprender que de nuevo se tenían uno al otro ahí, entre sus brazos, sobre su boca.

De pronto y sin que lo previera, Matías se detuvo lentamente. Ella no comprendió y lo miró con la respiración acelerada.

—Lo siento... hace tanto tiempo que... me cuesta creerlo... —Andrea acarició su cabello entendiendo su resquemor, su miedo. Para ella todo lo que sucedió fue atroz, la deshizo interiormente de forma literal, tanto, que sabía seguía en ese camino largo que sería su reconstrucción, pues aunque sus heridas cerraban de la manera correcta, no podía decir que no dolieran aun a veces. Sin embargo, para él, tampoco había sido sencillo, nada de su vida adulta en realidad y estaba consciente de que aunque hizo lo mejor al alejarse, lo hirió y no sólo en esa ocasión, sino también en la anterior, aquella en la que le mintió y le gritó millones de mentiras, tantas que aun podía sentir escocer cada palabra en su boca como si de ácido se tratara y lo peor fue ver su rostro, ese lo evocaba todavía sin dificultad. Matías vivió creyendo esa mentira meses, dudando también, para que al enterarse de la verdad, todo apareciera frente a él, aun peor. No, para él tampoco fue fácil, al contrario; no obstante, jamás olvidaría que le creyó, siempre lo hizo, a pesar de que nada podía corroborar lo que ella le decía.

—Matías... si tú me aceptas de nuevo... yo quiero estar a tu lado —él sonrió al escucharla.

—No puedo creer que lo dudes... miles de veces te dije que te amo y que siempre lo haré... Nada ha cambiado Belleza. Es sólo que tenerte aquí, así, ahora, es mucho más de lo que me atreví siquiera a soñar todo este tiempo. La verdad creí que te había perdido definitivamente.

—Ya ves que no, y espera a ver esto... —Matías frunció el ceño. Andrea se hincó frente a él sonriendo, parecía *ella* de nuevo y eso sólo logró acelerarle el pulso, hacer que su sangre viajara acelerada por todo su torrente—. Aquí... frente a *nuestro* lugar —el hombre comenzó a comprender lo que sucedería—, quiero jurarte que te he amado y que siempre lo haré. Eres el hombre de mi vida y eso no ha cambiado un solo segundo desde que te conocí y si tú me dejas... quiero que lo sigas siendo por siempre. Quiero cumplir mi promesa, quiero que envejecamos juntos... —él sonrió al escucharla y se hincó también frente a ella anonadado, embelesado ¿se podía pedir más en la vida? Si así era, a él le importaba un comino, todo lo que deseaba lo tenía ahí, al alcance de su mano—. Matías de la Torre... ¿Me harías el enorme honor de casarte conmigo? —no lo podía creer, esa mujer jamás dejaría de asombrarlo. Andrea, al ver que no obtenía respuesta, lo miró ansiosa. Él tomó su mano con ternura y abrió la suya. Sus ojos se rasaron, era el anillo con esa cadena, de inmediato las lágrimas brotaron sin poder contenerlas.

—Belleza, esto es tuyo... como yo lo soy... como lo he sido desde el primer día y claro que me casaré contigo, mañana si es posible. Recuerda que siempre cumplo mis promesas y que yo fui quien te lo pidió primero —ella lo sujetó de la camisa y lo abrazó arrebataadamente sintiendo que su cuerpo encajaba en el suyo como si hubieran sido hechos para estar juntos.

—Te amo, te amo.

—Y yo a ti Andrea... no vuelvas a dejarme... —le suplicó contra sus labios. Eso era lo único que le pedía.

—Nunca, jamás —se separó un poco y lo miró a los ojos—. Matías, quiero vivir y morir a tu lado y si es aquí, mejor —un segundo después lo volvió a besar sintiendo cómo ese amor contenido durante tanto tiempo, salía a flote sin poder evitarlo. Ese hombre fue su sueño en medio de una enorme pesadilla, fue la alegría en medio de una absoluta tristeza, su compañía en medio de aquella espantosa soledad, su seguridad en medio de tanto miedo y por Dios que sería su alma para toda la eternidad.

Epilogo

—Traje cuatro diferentes, creo que con eso es suficiente —Andrea lo miró incrédula y al ver que no mentía, se echó a reír. Al día siguiente era la boda, ya muchos invitados se encontraban hospedados en la casa y otros llegarían por la mañana. En fin, todo estaba bajo control gracias a la eficiencia de María, la practicidad de Matías y los detalles de Anabella. La recepción no sería muy grande, amigos, familia y trabajadores de él, gente del conglomerado que era imposible eludir por parte de ella y su hermano, por supuesto.

Esos tres meses habían pasado como agua. Tan maravillosos, tan increíbles, tan intensos, que aún no se podía convencer de que esa fuera su vida, su eternidad.

Aquel día, cuando al fin lo recuperó... Dios, parecía que tan sólo pasaron dos minutos; regresaron a la hacienda envueltos en aquel halo de felicidad que era prácticamente imposible no notar. No podían separar sus miradas, sus manos, sus cuerpos. Al entrar entre risas y caricias ella se percató de que ahí Cristóbal ya no se encontraba. Juraba que los estaría esperando ansioso, moría por hacerlo partícipe de su felicidad. Así que le rogó, al que ahora era su marido por lo legal desde hacía un par de días, que regresaran de inmediato sin decirle el motivo, quería sorprenderlo.

María, al verlos llegar sonriendo, con sus dedos entrelazados, con esas miradas enamoradas que solían tener ya hacía tanto tiempo, se llevó, sin poder evitarlo, una mano a la boca con los ojos rasados y es que después de saber todo lo que habían pasado, todo lo que dolió amarse, al fin los podía ver juntos, con un futuro tal y como se lo merecían, tal y como llegó a pensar, jamás pasaría.

—No, no te pongas así... —dijo Andrea conmovida al verla. De inmediato se acercó y la abrazó. Ella, esa mujer dura como el hierro, fue la primera persona que se mostró considerada; que pudo ver a través de su alma y eso jamás lo olvidaría. Era por eso que tenía un lugar bastante grande en su corazón, al igual que Pedro, ese chiquillo que le dio la oportunidad de sentirse joven, normal, una chica cualquiera, despreocupada, incluso traviesa. Al recordarlo aun pegada a esa mujer, cerró fuertemente los ojos, lo tenía que buscar y explicarle todo, no podía permitir que siguiera pensando que lo olvidó que lo hizo a un lado. María la separó y tomó su hermoso rostro entre sus manos importándole muy poco la enorme muestra de cariño que implicaba. Andrea era Andrea, siempre sería así y se sentía realmente feliz de ver de nuevo en sus ojos a aquella chica vital y entusiasta de antes.

—Ahora les toca a ustedes cuidarse mutuamente —al recordar esas palabras, justo las últimas aquel día que se fue, no pudo evitar que sus ojos se rasaran.

—Gracias, de verdad gracias María —susurró mirándola fijamente. La mujer le dio un beso en la frente y se separó regresando a su envergadura. Andrea se percató y sacudió la cabeza contenta—. ¿Dónde está? —le preguntó curiosa. Ya le parecía raro que no pareciera por ahí.

—¿Quién Belleza? —ella se pegó de nuevo a él rosando sus labios fugazmente.

—Ya verás —Matías al ver su mirada picara solo pudo besar la punta de su nariz. Aún le parecía increíble tenerla ahí, entre sus brazos, frente a él.

—Andrea, te dejé esto... —anunció María tendiéndole un pedazo de papel cuidadosamente doblado. Lo tomó frunciendo el ceño.

La curiosidad de Matías aumentó. No comprendía a quién se refería, qué sucedía.

Abrió la nota entristecida, ¿dónde estaba?

“Pulga:

Sé que a su lado serás muy feliz, ambos se lo merecen, han luchado tanto que no veo cómo pueda ser de otro modo y debes saber que no hay nada que desee más en el mundo que verte sonreír cada día.

Te amo y espero saber pronto de ti, pero me voy porque este momento es sólo suyo y así deben vivirlo.

*Salúdame a mi cuñado y dile que le confío lo que más me importa en la vida. Tú.
Cristo”*

Matías, al ver sus ojos llorosos, no pudo más y tomó la nota de sus manos laxas. La leyó con asombro. Cristóbal...

—¿Se... reconciliaron? —ella asintió refugiándose en su pecho. Él besó su cabeza más orgulloso que nunca—. Dios, eres... impresionante —Andrea se apartó sólo un poco para poder mirarlo con una sonrisa torcida, algo triste.

—Eso tiene su razón... y esa eres tú, tú llegada a mi vida Matías... sin ti nada hubiera sido igual y estando a tu lado me siento... invencible, completa y satisfecha.

—Y así será siempre Belleza, lo juro y créeme, entiendo la sensación —la chica sonrió ahora sin recelo besándolo ansiosa. A ese hombre jamás lo dejaría ir.

Entraron a la habitación uno al lado del otro observándose de reojo. Sólo sus manos se tocaban; no obstante las chispas de deseo, de expectación, casi se podían ver. María, hacía unos momentos, al igual que cualquier otra persona que se pudiera encontrar a su alrededor, desaparecieron sin que ellos se percatasen, se miraron sonriendo, ese era el momento. Él la tomó de la mano y avanzó lentamente mientras ella lo seguía sin decir media palabra.

—Está igual —susurró al ver todo como solía estar. Las manos de Matías rodearon su cintura por detrás. De inmediato sintió que los bellos se erizaban, que su pulso cabalgaba y que todas sus terminaciones nerviosas se encendían al mismo tiempo. Soltó un suspiro placentero al percibir su aliento en su oreja. Dios, eso era mejor de lo que recordaba.

—No, nada fue igual desde que te fuiste Belleza... —depositó un cálido beso en su nuca después de haber acariciado su cabello y colocarlo al otro costado con extremo cuidado.

—Te amo Matías —musitó con los ojos cerrados recargando su peso en su pecho. Él tocaba su rostro con asombrosa lentitud, deleitándose con cada detalle extraviado durante todo ese tiempo de ausencia, besando cada rincón que fuera posible.

—Y yo a ti, más que a nada —su aliento cálido la hizo temblar. El hombre que había elegido hacía ya tanto tiempo como compañero de vida, la estaba tocando de una forma indescriptible, con cuidado, pero con firmeza, con seguridad. Ese era él. Pasó saliva con dificultad.

—Te deseo, ahora —logró decir con dificultad. Matías ya tenía sus enormes manos dentro de su blusa dibujando un camino decadente, placentero. Apretó los dientes al sentir que seguía en ascenso. No pudo más, se giró sin que él lo viera venir y lo devoró literalmente. De inmediato el ritmo incrementó como si hubieran prendido un potente motor. La ropa comenzó a volar quedando esparcida por todo el lugar, ambos se despojaban de ella con desespero, sin quitarse ni unos momentos la vista de encima, ansiosos por verse, por tocarse, así, sin nada de por medio, estar unidos piel con piel, calor con calor, hombre con mujer. Más de un segundo pasó en el que se admiraron sin poder siquiera respirar. Uno frente al otro, sus ojos cargados de necesidad primitiva, de deseo arrollador. De pronto, en su recorrido, sus miradas se cruzaron, la electricidad viajó vertiginosa por sus venas y al mismo tiempo, como si estuviesen sincronizados, se besaron soltando un gemido de placer. Ella enrolló las piernas en su cintura sin poder evitarlo, mientras él avanzaba con su peso a cuestas hasta la cama probándola sin parar, tocándola sin detenerse. Cayeron sobre el colchón al mismo tiempo soltando risas que no lograron oírse, pues no tenían la menor intención de separar sus labios. El calor inundó el lugar, sus cuerpos sudorosos sólo podían ser conscientes de lo cerca que se tenían; necesitaban fundirse, unirse de tal forma que nada pudiera diferenciarlos. Matías se perdió en su cabello enloquecido, en su pecho enardecido, recorrió su abdomen descontrolado y probó su ser con anhelo. Andrea creía que colapsaría si todo seguía así, se arqueaba suplicante, jadeaba su nombre cada dos segundos y enredaba los dedos en su cabellera sintiendo que si no lo hacía, gritaría.

—¿Ahora? —preguntó él ascendiendo de nuevo notando cómo ella ya no podía siquiera hablar, respiraba tan rápido que sino frenaba, hiperventilaría; sus miradas estaban vidriosas, sus labios húmedos, su frente perlada de ese sudor fino que él mismo había generado. La chica lo sujetó del pelo con lo poco que le quedaba de fuerza, lo pegó a su rostro sonriendo al mismo tiempo que lo hacía girar para quedar sobre él.

—Ahora —soltó montándolo sin piedad. No hubo palabras para describir la sensación de ser uno nuevamente, de sentirse parte de lo mismo, de estar conectados de aquella manera. De inmediato, después de un mutuo gemido de placer, él la sujetó con firmeza de las caderas y comenzaron ese viaje sin retorno, ese mismo que sabían los llevaría a ese precipicio donde los dos, al mismo tiempo, se dejaron caer sin pensarlo. No supieron cuánto tiempo pasó, lo cierto es que llegaron ahogando con besos los sonidos guturales que de sus gargantas salían. Eso había sido entrega total, la conexión de dos almas, de dos cuerpos que a pesar del tiempo, nunca se dejaron de amar, de añorar, de desear.

—Cómo te extrañé Belleza —murmuró él en su oreja cuando al fin pudo hablar. Andrea giró su rostro lánguido al tiempo que se quitaba algunos mechones rebeldes que no le permitían ver con claridad.

—Créeme, yo también a ti y a... esto... —admitió con las mejillas aun encendidas. Matías acarició su rostro, su mirada estaba cargada de pasión.

—Eso ya no sucederá, jamás volverás a extrañarme ni a mí, ni a esto —zanjó haciéndola rodar para besarla con renovado deseo, al tiempo que se adentraba en su cuerpo nuevamente. El deseo no había disminuido, sino todo lo contrario, necesitaba estar dentro de ella todo el tiempo que se le permitiera; la eternidad si fuera posible. Soñó con ese momento días y noches enteras. Por supuesto que estaba al límite, la necesitaba con fiereza, con urgencia, no saldría de ahí en meses si era preciso. Andrea era su luz, su aire, su mujer y por supuesto que nunca dejaría que fuera de otra forma.

Por la mañana ella fue la primera que abrió los ojos. De inmediato sonrió. Estaba refugiada en el pecho de Matías que al parecer, continuaba dormido. Besó su pectoral absorbiendo su aroma, estando ahí, no lograba comprender cómo era que había vivido tanto tiempo sin él, sin su mirada, sin sus caricias. Elevó el rostro separándose con cuidado. Lo observó con detenimiento. Era tan perfecto, tan único y tan suyo que sentía ganas de gritar del júbilo que eso le provocaba. Alguien llamó a la puerta en ese momento. Matías se quejó entre sueños al tiempo que comenzaba a tallarse los ojos. Andrea se puso su enorme camisa y abrió radiante.

María sonrió al verla asomar tan sólo el rostro. Ya pasaban de las diez y Ernesto preguntaba por él una y otra vez; sin embargo, no quiso decir nada acerca del regreso de ella hasta ver que de verdad sería definitivo. No obstante, al observarla así, despeinada, con la mirada brillante y los labios hinchados, supo de inmediato que así sería.

—Hola María... —la saludó alegre y despreocupada, como solía ser.

—Buenos días hija, siento despertarlos, es sólo que... —Andrea sintió las manos de Matías enroscarse en su cintura y su cuerpo cálido pegado a su espalda.

—Hola María... ¿qué sucede? —Su voz sonaba ronca, pastosa y Andrea sólo pudo pensar que lo quería de nuevo sobre su cuerpo. La mujer sacudió la cabeza complacida.

—Me están volviendo loca, no paran de buscarte como siempre. Te he dicho que los tienes mal acostumbrados —el hombre besó la mejilla de Andrea sonriendo.

—Llama a Ernesto, hoy y no sé hasta cuando, él se hará cargo. ¡Ah! y por favor manda algo de desayunar, muero de hambre —la chica se giró complacida escondiendo su cabeza en el hueco de su cuello.

—Me parece bien, no los quiero aquí pululado todo el día —se quejó dándoles una última ojeada. Ese par ya cerraba la puerta en medio de un profundo beso. Era asombroso cómo con su llegada de repente todo comenzaba a tener de nuevo color.

Una hora después, él se preparaba para abandonarla unos minutos en lo que delegaba todo. No se despegaría de ella en los siguientes días, la necesitaba adherida a su piel; no obstante, era importante que Ernesto asumiera el control.

—Belleza, no tardo, ¿dónde está tu equipaje? —preguntó en la puerta de la habitación al sentir que el deseo retornaba, aunque ya se habían duchado, como solían, continuaba enfundada en una de sus camisetas y se veía

sencillamente espectacular. Su mezcla de ingenuidad con esa asombrosa vitalidad lo descolocaba como en un principio.

—Cristo por ahí lo dejé, creo que lo necesitaré, no puedo estar con tu ropa todo el tiempo —admitió mirándose a sí misma con un dejo de agobio. Matías sonrió sacudiendo la cabeza, así era ella.

—Por mí no habría problema; sin embargo, tienes razón, ahora me encargo... —le dio un beso ansioso.

—No tardes —le rogó ella con sus manos enroscadas en su cuello.

—Te lo prometo —un último roce y se fue.

Su equipaje llegó cinco minutos después de que se fuera. Indira la llevaba. Abrió sin pudor al saber que era ella.

—Hola Indira... pasa, muchas gracias —tomó su bolso, que también había dejado ya no recordaba en dónde, mientras la chica dejaba el bolso en la habitación.

—De nada señorita —no podía creer que hubiera vuelto. Algo escuchó en las caballerizas, pero lo dudó; sin embargo, al verla ahí, comprendió que no mentían. Ella había regresado y era evidente que ya estaba con el patrón de nuevo.

—Andrea... ¿no habíamos quedado en eso? —le recordó sonriente. La joven asintió dándose cuenta de que todo volvería a ser como aquel tiempo, de nuevo regresaría la alegría a Las Santas.

—Sí, claro, lo siento.

—No pasa nada, ya tendrás tiempo de acostumbrarte nuevamente.

—¿Se... se quedará? —debía preguntarlo, por mucho que la prudencia fuera algo inherente a ella, eso no podía eludirlo.

—Sí, sí me quedaré —Indira sonrió ampliamente. Ese gesto sólo reafirmó, una vez más a Andrea, que sí, ese era su hogar.

—Bienvenida señora... Andrea.

—Gracias Indira.

Matías regresó una hora después, el resto de la mañana y parte de la tarde permanecieron envueltos en esa burbuja indestructible.

—¿Crees que... todos ya sepan que estoy aquí? —lo interrogó mientras engullía algo de comida que María les había mandado hacía unos minutos. Matías acarició su rostro con ternura, sabía bien por qué lo decía.

—Es lunes, él no está... recuerda que cursa la preparatoria. Así que entre semana vive en la Magdalena con una tía y los fines de semana regresa. Aunque ya está por salir de vacaciones... —la mirada de Andrea se nubló al recordar su último encuentro.

—Yo, no quería herirlo, y... cuando estuve aquí esperando lo del juicio... lo vi —él besó su frente con dulzura.

—Pedro lo sabe todo, no te preocupes. Cuando regresé, le conté la verdad de lo que ocurrió —Andrea abrió los ojos esperanzada. Era asombroso lo que ese chico siempre lograba en ella.

—¿En serio?, ¿te creyó?

—Claro que lo hizo, aun así... creo que te lo hará un poco complicado. Pedro esperaba que lo buscaras en este tiempo —al ver su mirada de desencanto sintió una punzada en el pecho. Sin embargo era la verdad.

—¿Sabes? —comenzó ella elevando los ojos, clavándolos en los suyos—. Debemos hablar —declaró dejando de lado el plato a medio comer que estaba sobre la mesa de la pequeña sala. Él asintió con seriedad. Eso era cierto.

—¿Puedo preguntarte algo? —soltó Matías con voz lejana.

—Matías, pregunta todo lo que necesites saber, yo te lo responderé... Sé que tienes dudas, que aunque me comprendiste, me respetaste, nunca me buscaste, lo sucedido aquella época siempre estará ahí. Todos estos

meses me he dedicado a recuperar mi vida gracias a la ayuda de un terapeuta y aunque te puedo decir que ya me siento lista, fuerte, aún me falta camino, sólo que... quiero recorrerlo contigo a mi lado —el hombre sonrió con un dejo de tristeza. Enredó la mano en su cabello con nostalgia al tiempo que ella cerraba los ojos al sentirlo.

—Estaré a tu lado Belleza, lo haremos juntos, no lo dudes.

—Ahora dime ¿qué quieres saber? —se separó resoplando. La mirada miel de Matías se oscureció de repente.

—¿Qué... qué fue de... Sean? —por supuesto haría esa pregunta, la esperaba. Se acomodó en los almohadones que estaban esparcidos en el suelo y lo encaró por completo.

—Matías, entre él y yo nunca existió nada. Sé por él que te contó cómo nos conocimos y la razón por la que nos casamos, no te mintió, fue así, tal cual. Ahora, viendo todo en retrospectiva, sé que cometí errores y mi única justificación es que vivir tanto tiempo con el miedo se volvió una costumbre, una forma de manejarme. Sé que... pude haberte dicho la verdad, también sé que tú hubieras hecho todo para ayudarme, para que nada sucediera, que... sacar a la luz tu pasado fue tan doloroso como lo que yo te hice vivir...

—No tienes que disculparte ni justificarte Belleza... —la interrumpió conmovido—. Hiciste lo que creías correcto ¿quién podría juzgarte después de lo que pasaste? Desde ahora te digo que yo no, nunca lo haré. Ahora estás aquí y lo que pasó, ahí espero que se quede, en el pasado —Andrea sintió de nuevo los ojos rasados. Lo besó por impulso para luego tomar su rostro entre sus manos pegando su frente a la suya.

—Siento mucho haberte hecho sufrir así —musitó con lágrimas en los ojos. Él la besó nuevamente limpiándole las mejillas.

—Tú también la pasaste muy mal, peor que yo incluso —le recordó con ternura. Sabía que Andrea se estaba dejando fluir, que hablaría de ello para después poco a poco irlo enterrando definitivamente, porque si existía alguien fuerte y capaz de comenzar de nuevo, era ella, él lo sabía perfectamente. No obstante, eso lo hacía porque lo sentía, porque lo necesitaba y si era sincero, él también.

—Tramité el divorcio en cuanto regresé —volvió a alejarse un poco—. Fui clara, aunque le costó entenderlo, lo aceptó. Para él nada fue fácil tampoco... —admitió mirándose las manos como recordando—. Todo lo que aquí sucedió me marcó, me cambió... —lo miró de nuevo con intensidad—. No recordaba lo que era ser feliz y a tu lado supe de nuevo lo que era. Planeé mi huida desde que tenía dieciocho años, cada detalle, nada podía fallar... pero cuando estuve aquí y tú... me mostraste otro mundo, lo olvidé... no fue omisión, ni siquiera miedo, simplemente lo guardé en algún lugar de mi cabeza tan bien que lo perdí de vista por completo. Cuando... ella vino... comprendí que debía seguir con lo trazado y fue por eso que lo retomé...

—Yo no debí mandarte aquel sitio con ese asqueroso tipo —se disculpó acariciando una de sus manos.

—No podías tenerme aquí... yo prefería eso, que verte a diario, no lo hubiera soportado.

—Pero esas condiciones inhumanas no eran la solución.

—Olvídalo, ese hombre jamás se acercó y yo, solo hacía lo que me decía... aunque sí era un animal con su mujer... en fin. Eso ya pasó.

—¿Por qué... te cortaste el cabello? —ahora lo llevaba largo, bastante, pero aún faltaba para que fuera aquella cascada que le llegaba a la cintura y aunque le seguía fascinando, no pasó desapercibido ese hecho cuando la encontró en San Diego. Ella desvió la mirada vidriosa.

—Me recordaba a ti, sentía, en aquellos días, que estaba peligrosamente cerca de perder la razón, necesitaba dejarte ir —admitió sin verlo.

—Lo entiendo, en realidad lo entiendo todo... lo que hiciste, tus reacciones, todo... y no te negaré que me dolió dejarte ir, más aún porque llegué a creer que ese chico te obtendría... que te habías aferrado a mí por las propias circunstancias... que... —ella no pudo escuchar más. Lo tomó de la nuca y lo besó con desespero.

—Eres, fuiste y serás el único hombre, mi primer amor, mi primera ilusión, mi más maravilloso sueño... Y el que me alejara todo este tiempo sólo fue porque sanar mis heridas, era necesario... no porque en algún

momento dudara que eres el amor de mi vida, eso nunca me lo cuestioné, fue así desde el primer día Matías y lo seguirá siendo para siempre –ambos terminaron recostados en los cojines jadeantes.

—Y tú el mío Andrea... tú el mío...

Varias horas más tarde acomodaba su ropa en aquellos espacios que habían estado siempre vacíos dentro del armario.

—Dime algo... ¿cómo se encuentra mi vivero?, ¿aún existe? –ella le pasaba una blusas para que él las fuera colocando en los estantes.

—Claro que existe y te dejaré boquiabierta cuando lo veas...

—¿En serio?

—Sí, en cuanto terminemos te lo muestro.

Andrea lo contemplaba todo, absorta, embelesada y profundamente conmovida.

—Lo tienes precioso Matías –susurró tocando con cuidado una de las flores.

—Gracias.

—¿Sabes? –Se pegó a él rodeándolo por la cintura coquetamente—. Ahora que viva aquí me gustaría que intentáramos cultivar flores... —él sonrió complacido. Haría lo que ella quisiera, Andrea lo sabía bien.

—¿Y la florería, tu vida allá? –Andrea se encogió de hombros despreocupada.

—Mi vida es aquí, éste es mi sitio. Hablé con Gregorio antes de venir, le regalaré mi parte a Jean... se lo merece, sin ella no sé qué hubiera sido de mí.

—Lo que hizo fue asombroso, pero... ¿estás segura?, deseo que hagas lo que sientes, no que pienses en mí para decidir, sólo en ti.

—¿Por qué dices eso?, ¿por qué lo preguntas?, tú ¿no estás convencido? –lo retó enarcando una ceja. Matías rodó los ojos.

—Si vuelves a preguntar algo como eso te encadenaré –ella sonrió más relajada. Matías comprendió que existían cosas en Andrea que no cambiaron en todo ese tiempo, una de esas era que seguía preocupándose por todo lo que se decía.

—¿Y para cuándo podría ser eso exactamente? –quiso saber ansiosa olvidando lo dicho.

—Mañana, hoy, cuando quieras... —sentenció acariciando su cabello con atención.

—Quiero que sea aquí, en la capilla, siempre soñé con eso –él la miró curioso.

—¿Soñaste con nuestra boda?

—Claro que sí, ¿no te dabas cuenta de que me la pasaba en las nubes?, Matías, creo que al que encadenaré será a ti para que comprendas que no tengo la más mínima intención de soltarte jamás.

—Me dejaré gustoso entonces, no hay cosa que desee más Belleza.

—Yo también, así que... Primera semana de Octubre, ¿te parece? el clima es agradable, ya no llueve y no hace tanto frío. Quiero que venga toda tu familia, la gente que aquí trabaja, Jean, Cristo por supuesto, a lo mejor gente del conglomerado, no lo puedo evitar..., en fin, no importa. Nada enorme pero sí cálido, no prensa. Tú más guapo de lo normal para la ocasión, yo, con un lindo vestido y jurar frente a todos que nos encadenaremos mutuamente para siempre ¿qué dices? –Matías la elevó hasta que sus pies no tocaran el suelo al tiempo que ella soltaba un grito de asombro.

—Esas son las palabras que yo siempre soñé escucharte Belleza. En tres meses entonces... así como lo quieres —la besó aun en el aire.

Ella seguía recordando mientras esperaban sentados sobre la cama apretándose las manos. Se miraban de vez en vez riendo con complicidad. Morían por saber ya qué decía. Dos minutos más según el reloj de su esposo. Tan sólo dos minutos y saldrían de dudas.

A los pocos días de su estadía en la hacienda. Un sábado por la mañana, Andrea acariciaba a Almendra absorta en su labor. Matías al fin había regresado al trabajo después de estar prácticamente una semana sin separarse ni un solo momento; reconociéndose, acariciándose, conversando y soñando, por lo que ella decidió comenzar su vida ahí, tal como sería. Los padres de él ya sabían y ella hablaba casi a diario con Cristo, cosa que la mantenía en el júbilo total; su vida ahora era perfecta, mejor de lo que soñó podría llegar a ser algún día. Así que después de engullir al lado de él, el delicioso desayuno que María preparó y verlo partir hacia sus labores, decidió que cabalgar era una buena idea, aunque primero debía hacer algo más importante.

—¿Andrea? —escuchar esa voz gruesa tras de ella la hizo detenerse. Abrió los ojos de par en par esperanzada. Giró despacio. Pedro. Había crecido aún más, se veía cada vez más hombre, con el tiempo ganó anchura, facciones más gruesas; no obstante, en su mirada se podía ver sin dificultad aquel chico con el que se escapaba por las noches para ir a estudiar, ese adolescente que solía hacerla reír sin siquiera proponérselo — Era verdad, regresaste —soltó perplejo.

Ella sonrió con ternura. Cuánto extrañó todo lo que ese lugar le dio.

—Pedro... —el chico asintió estudiándola con cautela. La última vez que la vio parecía un ser carente de vida, su mirada era vacía, su cuerpo consumido por la pena y su cabello era muy corto. Sin embargo, lo que tenía frente él en ese momento era aún más bello que lo que solía ser cuando solían ser amigos—. Yo... iba a buscarte hoy, sé que estás entre semana en la Magdalena...

—Sí, llegué ayer por la noche... papá me dijo que habías vuelto —estaba serio, con sus manos en los bolsos del pantalón. Andrea sintió una leve opresión ante su recelo.

—Llegué el domingo por la noche... —dio un paso hacia él atrevidamente—. ¿Darías un paseo conmigo? —el chico pestañeó desconcertado. Andrea sonrió como solía, cosa que lo deslumbró aún más confundiéndolo. ¿De verdad pensaba quedarse? Nada fue igual desde que se fue y no quería ilusionarse, ella se convirtió en aquel tiempo en su ángel, en su mejor amiga, en su hermana mayor.

—Sólo dime algo... —la chica esperó atenta—. ¿En serio te quedarás? —ella sonrió alegre. Elevó su mano izquierda y le mostró la sortija que llevaba en el dedo anular. Pedro abrió los ojos asombrado.

—Esto, ¿responde tu pregunta?—el muchacho sonrió sin poder evitarlo. Se casaría al fin con el patrón. Era cierto, ella ya no se iría.

Caminaron uno al lado del otro a través de un sendero en silencio. De pronto el chico se detuvo logrando que ella hiciera lo mismo.

—Sé todo lo que pasaste Andrea, el patrón me lo contó... pero... ¿por qué nunca me buscaste? Creí que habías olvidado a todos aquí, incluso a él —la confrontó con seriedad. Pedro sabía que ella no tenía ni idea de lo que ese lugar fue en ese tiempo. Su patrón se volvió taciturno, callado, ausente y por lo mismo, todo se permeó de su tristeza profunda, de ese vacío.

—Pedro, nunca olvidé ni este sitio, ni a nadie de aquí, tampoco a ti, o a María, mucho menos a él. Siempre lo he amado... es sólo que.... —bajó la mirada hasta su pies buscando las palabras—, lo que sucedió, me enloqueció —volvió a mirarlo—. No me sentía dueña de mí, ni siquiera sabía bien quién era. Aún después de

que metieron a esa mujer en la cárcel, yo seguía sintiendo miedo todo el tiempo, me sentía desconfiada, asustada, culpable, así no podía pensar en vivir una vida a su lado, no podía regresar, me sentía rota... Todo este tiempo me dediqué a sanar una a una las heridas que durante muchos años se crearon, necesitaba pensar sólo en mí y no tenía ni idea de cómo terminaría todo; quién resultaría ser después de eso, no podía lastimar a nadie más con falsas esperanzas, con ilusiones sin fundamento. Por eso no te busqué, por eso no busqué a nadie, ¿qué te diría?, y créeme, dejar ir a... Matías, fue demasiado, tú mejor que nadie sabías lo mucho que lo adoraba; sin embargo debía hacerlo, no quería ensuciar lo mejor de mi vida, incluyéndote a ti, a todo aquí... Por favor, intenta comprenderme y... perdonarme... —le suplicó abrazándose a sí misma con algo de ansiedad. Pedro la observó con detenimiento.

—Y... ¿ya estás bien? —quiso saber.

—Mejor, aún falta mucho para decir que “estoy bien” pero... lo estaré, con el paso del tiempo así será... —admitió serena y con absoluta certeza.

—Eres muy fuerte ¿sabes? —declaró él de pronto mirándola con admiración, dejando caer cualquier atisbo de resistencia.

—¿Qué quiere decir eso?... —preguntó sin quererse ilusionar.

—¿Qué crees tú?...

—Me perdonas ¿entonces? —Pedro sonrió sacudiendo la cabeza de esa forma que solía.

—Siempre y cuando me prometas que no te irás sin avisar nunca más... —la retó divertido.

—No me iré jamás, eso te lo juro... —sin que el chico lo viera venir ella lo abrazó feliz. De inmediato la rodeó alegre. A esa mujer le debía demasiado, ¿en qué mundo podría odiarla?, no es este por lo menos, pensó regresándole el gesto con fuerza.

Dos días antes de la boda, aún todo era calma, pero sabía que al día siguiente eso se perdería cuando todos llegaran. Sin embargo, eso a ella le importaba poco, tenía otra urgencia en ese momento, así que entró a la cocina frotándose el abdomen. Moría de hambre. Matías llegó en ese instante. Al verlo todo se le olvidó y se colgó de él como ya era su costumbre. De inmediato el hombre la elevó para besarla sin el más mínimo reparo, sabía que no estaban solos; no obstante, eso le importaba un comino, su mujer estaba ahí, nada era más imperioso que disfrutar que así fuera. Todas esas semanas la felicidad había retornado como si una ola se le hubiera regresado de golpe, sin aviso, sin siquiera adivinarlo. Cada día despertaba sintiendo su olor tan dentro de él que daba gracias a Dios que así fuera. Andrea se mostraba igual de activa que antes, incluso a veces más. Entre los preparativos de la boda, que nunca creyó fueran tan exhaustivos, ya que aunque no era su primer matrimonio, del anterior sólo pudo elegir el corte de cabello, nada más; por lo que en ésta ocasión no permitiría que las cosas sucedieran igual. Por otro lado, Andrea con su carácter, jamás lo permitiría, lo hacía partícipe de todo, hasta del mínimo detalle, así que se encontró participando el mismo porcentaje que ella en la preparación de su enlace. Y entre Pedro, la plantación de flores, el vivero, su empeño en saber todos los secretos de María en la cocina, su sesión de terapia semanal a puerta cerrada en el estudio a través del ordenador, apenas y se daba un respiro. Continuamente tenía que ir y arrancarla de lo que estuviera haciendo. Era un huracán, siempre lo había sido, cosa que lo fascinaba; su iniciativa, su torrente de ideas, su manera de ver las cosas, todo. Ella era absolutamente adorable. Sonreía todo el tiempo, por supuesto toda la gente que ahí trabajaba le rendía pleitesía sin dificultad, con sinceridad y cómo no hacerlo con esa forma que tenía de ser. No obstante, ya comprendía a lo que se refería cuando le comentó que iba mejorando, pero aún faltaba. No era común; sin embargo, existían momentos en los que la había encontrado sentada en aquel columpio completamente ausente, se acercaba con sigilo, ella al sentirlo parecía ir regresando lentamente de aquel sitio donde se escondía. En un par de ocasiones, incluso le limpió las lágrimas derramadas con toda la dulzura que existía dentro de él. En otras, alguna pesadilla que la hacía despertar abruptamente con terror en el rostro. De

inmediato le rogaba decirle lo que en su mente había, ella lo hacía tartamudeando, jadeando por la impresión, cuando al fin sacaba todo lo contenido y que tenía que ver con alguna vivencia del pasado que para él era nueva y lo dejaba con renovado coraje, la acurrucaba a su lado hasta que se serenara y lograrse conciliar otra vez el sueño. Salvo ese tipo de cosas, ella era una castañuela, alegre, vital, feliz.

—Muero de hambre... —admitió cuando la depositó en el suelo. María, ya acostumbrada a ellos, al igual que las demás, sonrió complacida.

—Ahora les sirvo —ambos se acomodaron en sus lugares platicando sobre sus mañanas.

—María, ¿hay flan? —preguntó cuándo terminó de engullir el plato fuerte. La mujer la miró divertida, era la tercera vez en la semana que se lo pedía.

—No hija, hice pastel de arándanos... —la chica no escondió su desilusión. Matías rio al verla.

—Hemos comido de postre eso casi toda la semana... era justo que variara... —le dio un beso en la mejilla conciliador.

—Lo sé, pero es que... sólo puedo pensar en que quiero un trozo —María la miró de manera extraña; no obstante, permaneció muda al tiempo que les servía un trozo de lo que había preparado. Andrea se lo comió sin mucho aspaviento. Ella moría literalmente por un pedazo de flan.

—Por la noche te tendré uno ¿de acuerdo? —soltó María con ternura. Enseguida su rostro se iluminó mientras Matías volcaba los ojos, esa chica siempre conseguía lo que deseaba sin mucho esfuerzo en esa casa, empezando por él.

—Quisiera saber qué vas a hacer en el barco sin poder chantajear con esa cara al chef ¿eh? —la retó sonriente. Se irían un mes a viajar y la primera parte del recorrido era un crucero por Europa y parte de Asia. Andrea entornó los ojos.

—Yo no me preocuparía por mí, menos por el chef, sino por ti... ¿sobre quién crees que desquitaré mi frustración? —Matías soltó la carcajada. La tomó con ambas manos del rostro para acercarla.

—De acuerdo, lo solucionaré, aunque espero que al ver tanta variedad sea en lo último que pienses —admitió vencido. Ella de inmediato lo besó.

—Lo dudo.

Por la tarde estuvo trabajando en el interior del vivero. De repente un calor asombrosamente molesto la invadió, sin poder evitarlo la llevó a aquel día que esa mujer apareció en la hacienda. Salió sintiendo que las gotas de sudor lograban que su cabello se adhiriera a sus mejillas, a su frente. Era octubre y el sol ya se estaba escondiendo para dar paso a la noche, ese bochorno no tenía motivo. Salió abanicándose con las manos, sentía las mejillas enrojecidas, de pronto, sin más comenzó a sentir como su cuerpo lentamente iba perdiendo fuerza, una sensación extraña recorrió sus pies, subió por sus piernas para lentamente irse apoderando de su columna. Se sujetó de uno de los muros comprendiendo que caería de lleno en el pasto.

—¿Belleza? —su voz se escuchaba lejana. Sin embargo, sintió sus brazos sujetándola con fuerza al tiempo que la elevaba sin dificultad—. Apóyate, tranquila... —susurró mientras caminaba agobiado. La había visto a lo lejos y de inmediato supo que algo no iba bien. Entró a la casa llamando con urgencia a María mientras la recostaba con cuidado en uno de los sillones más cercanos. Ella lucía aun pálida, más no tanto como hacía unos segundos. Sonreía con fatiga. Hizo su cabello a un lado mirándola con reproche, ya le había dicho en más de una ocasión que descansara un poco; no obstante, ella lo ignoraba sin problema y ahí estaban las consecuencias.

—¿Qué sucedió? —preguntó la mujer alarmada al verlos ahí, así. Andrea se encontraba algo pálida y observaba a Matías culpable. El hombre giró hacia ella con el ceño fruncido.

—Pasa que casi se desmaya afuera del vivero... ya le he dicho que se excede, pero no me cree.

—Sí te creo —se quejó su ahora esposa, intentando incorporarse. De inmediato él la detuvo sin esconder su disgusto y preocupación.

—¿Qué haces?

—Ya me siento bien —intentó explicarle mientras María los observaba comprendiendo que ninguno de los dos tenían ni la menor idea de lo que ahí pasaba.

—Tú te quedas ahí, ¿por qué siempre eres una enferma tan difícil? —se quejó besando su mano.

—Y hermosa... ¿lo recuerdas?, además tú no eres de lo más dócil —eso arrancó una sonrisa definitiva en él. Claro que lo recordaba, de hecho ambos eventos acudieron a su cabeza.

—Sí, muy hermosa...

—Y no estoy enferma, me dio calor y me mareé, nada más —volvió a intentar sentarse. Matías ya no la detuvo, sí se veía mejor. De pronto ambos voltearon hacia María que permanecía en silencio observándolos con una sonrisa enorme en el rostro.

—¿Qué es tan gracioso? —quiso saber Matías dudando de su facultades, eso no era normal en ella.

—Gracioso no, para nada...

—¿Entonces?... ¿tú también crees que estoy enferma o que me excedo? Porque esas son exageraciones, él tampoco para y no le digo nada y... —María la tomó por la barbilla acercando su rostro al suyo con detenimiento, algo buscaba en su mirada.

—Sí, sabía que esos antojos tenían su razón —Andrea arrugó la frente mirando intrigada a Matías.

—¿Su razón?

—Por Dios hijos, Andrea está embarazada, ¿en serio no lo saben? —ambos se quedaron estáticos, sin hablar, sin respirar, mucho menos sin parpadear. María soltó una risotada al verlos así, en serio resultaban cómicos—. ¿Creen que lo del flan es casualidad?, no, como tampoco este mareo, pero si no confían en esta mujer, vayan y compren una de esas pruebas, ya verán que no miento, ustedes dos van a ser padres... —dicho esto dio la media vuelta sintiendo una enorme emoción en su interior. Nada podía ser mejor que ver esa casa llena de chiquillos riendo por doquier.

El silencio se apoderó del lugar. Ninguno se movió por más de un minuto.

—¿Tú... crees qué... podría ser...? —ella fue la primera que habló. Su voz lo hizo reaccionar. No quería ilusionarse; sin embargo, era altamente probable, ya que desde que ella regresó no se habían cuidado ni una sola vez. Andrea no era del todo regular, así que tampoco llevaban las cuentas exactas, pero algo en su interior le dijo de inmediato que sí, ella estaba embarazada. Se sentó a su lado aún perplejo, rodeó una de sus manos al tiempo que acariciaba su mejilla con ternura y devoción.

—Sí, creo que podría ser... —la chica bajó la vista hasta su abdomen aún azorada. Él acunó su barbilla con delicadeza para que lo mirase—. Sabíamos que en cualquier momento ocurriría —ella asintió con la boca seca y sus ojos abiertos como plato. Matías besó su frente sonriendo—. Mañana compraré una prueba, saldremos de dudas ¿de acuerdo?

Andrea acercó lentamente una mano a su estómago. Parecía no dar crédito. Los ojos se le rasaron. Si era verdad, ya no podía pedir nada más en el mundo, nada.

—Yo... tú... un bebé... ¿será cierto? —la torpeza con la que hablaba sólo sirvió para que el pecho de Matías se llenara aún más de amor; la ternura que veía en su semblante lo dejaba simplemente sin palabras.

—Mañana lo corroboraremos —la joven se abalanzó sobre él con miles de sentimientos revueltos. No quería ilusionarse.

—Mañana... —susurró escondida en el hueco de su cuello.

—¿Quieres ir a merendar?

—Quiero flan —admitió alejándose con una sonrisa pícaro.

—Entonces habrá flan —sentenció besándola con dulzura.

Era tiempo. Ambos se levantaron aún con cierto temor de que sus sospechas fueran falsas. Se agacharon sobre el mueble de baño donde habían depositado la prueba para ver el resultado. Ninguno parpadeó.

—Vamos a ser padres... —musitó ella con un hilo de voz. Él sintió los ojos rasados al tiempo que giraba para verla. Andrea ya tenía un par de lágrimas que viajaban a través de sus mejillas.

—Vamos a ser padres —repitió él. Se miraban fijamente. De pronto comprendieron lo que ahí sucedía. Andrea se llevó las manos a la boca sonriendo sin poder evitar que un manantial brotara por sus ojos. Su esposo puso las manos en la cabeza, también con la mirada nublada. La chica comenzó a brincar ansiosa. Matías la tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo necesitando venerarla.

—¿De qué modo podré agradecer el tenerte en mi vida y que además, vayamos a formar juntos una familia?, ¿de qué forma Belleza? —Andrea rodeó su cuello al tiempo que él la elevaba.

—Así, como hasta ahora, siendo el hombre más extraordinario y maravilloso que existe en el mundo Matías...

—Te amor tanto y... ¡Vamos a ser papás! —giró con ella a cuestras soltando carcajadas y gritos de euforia. Si los escuchaban, no les importaba, ese momento estaba siendo el mejor de sus vidas y no podía esconder lo que en su interior bullía. Felicidad pura.

Al día siguiente se casaron justo como lo planearon, rodeados de todo lo que querían y llamaban hogar. Verlos entregarse en el altar uno al otro, sólo había logrado arrancar fuertes aplausos y uno que otro grito de júbilo, cuando el padre los nombró: marido y mujer.

—Felicidades... de verdad se lo merecen —Cristóbal abrazó a su hermana sintiendo que por fin su culpa iba disminuyendo. Verla así de plena, lograba que él se sintiera menos deprimido—. Ahora sólo espero que pronto me den sobrinos... Muero por cargar a una pulguita —ella sonrió de forma extraña. Matías llegó de pronto y rodeó la cintura de la que hacía menos de una hora, se había convertido en su esposa ante los ojos de Dios.

—¿Lo escuchaste? —Matías asintió mirándola con complicidad.

—Creo que... debes saber algo cuñado —Cristóbal se rió ante el parentesco.

—Cristo, en menos de nueve meses... cumpliremos tu deseo —él abrió los ojos impresionado, sin poder creer lo que esas palabras implicaban.

—¿En serio?, no lo puedo creer.

—Sh, no le hemos dicho a nadie, tú eres el primero en saber, lo corroboramos anoche —Cristóbal no pudo más y la abrazó nuevamente cargándola eufórico. En cuanto se dio cuenta de su brusquedad, la bajó avergonzado.

—Lo siento... Dios... de verdad me has dado la mejor de las noticias.

—Lo sé y espero que algún día tú me des una parecida —su expresión se endureció de inmediato. Andrea sabía muy bien que en sus planes ya no estaba el casarse, a pesar de ser ahora un codiciado soltero y mucho menos tener hijos, cosa que le dolía profundamente; él se merecía ser feliz a pesar de todo lo ocurrido.

—Creo que... eso no va a pasar Pulga, pero te juro que seré el mejor tío.

—Eso no lo dudo —le dio beso cariñoso en la mejilla. Uno segundos después se resguardó en los brazos de su esposo—. Espero que algún día logres olvidar y encuentres la felicidad... porque créeme, no hay nada mejor... —se perdió sin poder evitarlo en los ojos de Matías mientras éste, a su vez, lo hacía también.

Cristóbal los observó satisfecho, su amigo, sin pretender ocultarlo, devoraba a Andrea con la mirada para de inmediato, hacerlo con los labios. La amaba, la amaba de una forma absolutamente asombrosa y por lo que veía, lo haría toda la vida. Sonrió complacido. Se daba cuenta que después de todo lo ocurrido se conformaba con eso; para él eso sería la felicidad, ver a Andrea realizada, despojándose de todo el dolor, viviendo así, con intensidad y ser el mejor tío del mundo por supuesto, eso le daba un nuevo motivo para despertar cada mañana. Jamás le volvería a fallar, eso era su propio juramento. Nunca más podría confiar en otra mujer, no después de lo que tuvo que pasar para comprenderlo, así que por ahora las cosas así estaban

bien, él estaba bien.